XLI p. - 11h. - 501 p.

ANT
XIX
790

OBRAS

DEL

BEATO JUAN DE ÁVILA

24 cm[
R. 67.469



NUEVA EDICIÓN

DE LAS OBRAS DEL

BEATO JUAN DE ÁVILA

APÓSTOL DE ANDALUCÍA

CON PRÓLOGOS, NOTAS, DIRECCIÓN Y CORRECCIÓN

del presbítero

DR. D. JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA

TOMO CUARTO

CONTIENE:

Prólogo á este IV volumen.
Once tratados: De la Encarnación del Hijo de Dios. Del glorioso San José, esposo de la Virgen María, Nuestra Señora. De la festividad del nacimiento de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora. De la festividad de la Presentación de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora. De la festividad de la Visitación de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora. De la festividad del nacimiento de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora, y es segundo de esta fiesta. De la festividad de la Purificación de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora. De la festividad de la Soledad de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora. De la festividad de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora, en el milagro de las Nieves. De la festividad de la Asunción de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora. De la festividad de la Asunción de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora. — Cinco tratados para la venida del Espíritu Santo. De las Virtudes del Venerable Maestro Juan de Avila, clerigo, predicador apostólico de Andalucía, y su muerte en Montilla á 10 de Mayo de 1569.— Otros capítulos sobre la vida y las virtudes del santo Beato por el mismo Ldo. Muñoz, que son también estímulo y ejemplo á sacerdotes y fieles seculares.

Con las licencias necesarias.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, 1.—Teléf. 4.181.

1895

Luis de Goto y Porres - Linares

hospital del pueblo; las llamas, digo, de su celo de apóstol y de profeta no se limitaron á prender el fuego del Espíritu Santo en aquella sociedad española, prepotente de nuestro *siglo de oro*, única y sin par en el mundo en defender y propagar la unidad de nuestra santa fe católica contra protestantes y gentiles, sino que se extendieron y dilataron á las generaciones por venir, mediante sus escritos inmortales, que para provecho y bien del mundo cristiano con esta presente edición ahora se reproducen.

Pues á imitación del Apóstol San Pablo escribió el santo Beato muy gran número de cartas, epístolas admirables á todo linaje de personas eclesiásticas, religiosas y seculares, cada una de las cuales, como apuntado queda en el primer tomo, constituye un tratado cabal y perfecto de ciencia teológica, moral y ascética, donde el piadoso lector oye aún su voz entera, tan de Dios y tan enérgica que, según el venerable Granada, hacía desde los púlpitos estremecer y conmoverse las columnas de los templos. Y es cierto que en declaraciones, que yo mismo leí manuscritas y originales en el proceso de beatificación y canonización que conservan los sacerdotes naturales de esta villa y corte, se asegura ser tanta la fuerza y energía santa con que desde la cátedra del Espíritu Santo afeaba y condenaba los vicios y el pecado, que salían á veces como chispas de fuego de su boca. Y envuelto en fuego se mostraba á lo mejor cuando se ponía en oración á tratar con Nuestro Señor los intereses de las almas; porque es asimismo cierto, por referencia fundada de sus biógrafos, que en llegando un día á pernoctar en una posada se recogió el Padre Misionero, hoy bienaventurado, á orar en su retrete, y entrando precipitadamente un niño de aquel mesón, salió espantado y exclamando: «¡Madre, que aquel clérigo está ardiendo!» Tan encendido en divino amor vió el muchacho á nuestro Beato. Y es claro que este fuego del cielo era comunicado por tan santo apóstol en púlpitos y confesonarios á los corazones de sus oyentes.

El cual fuego del Espíritu de Dios calienta y alumbra hoy mismo á cuantos leen sus obras portentosas, en cuyas páginas se conserva. Y eso que no pasó por su imaginación, á lo menos que yo sepa, dejar sus escritos principales, en letras de molde á la posteridad, sino es el *Audi Filia* que, pasados más de veinte años después de compuesto para la ilustre y santa virgen Doña Sancha Carrillo, le movieron sus discípulos á corregirlo y estamparlo para bien y provecho de los siglos futuros. Quiso, además, con ello, desenmascarar otro falso *Audi Filia* que salió mucho antes á la pública luz en Alcalá de Henares, con el supuesto nombre del P. Maestro Juan de Ávila. Ya se sabe ser achaque y defecto de algunos en aquellos y otros tiempos, revestirse, como el pavo de la fábula, con plumas ajenas para poderse introducir donde con méritos propios no les fuera fácil penetrar.

Razón sobrada tuvieron los editores de las obras del Beato, de fines del último pasado siglo, para escribir de ellas todo lo que ahora aquí se sigue: «Para dar la estimación justa que se debe á estas obras, y dar á conocer su excelencia, en particular las cartas, en que parece resplandecer más la grandeza del autor, era menester la pluma de un Cipriano, un Jerónimo ó Crisóstomo, ó de otro maestro de la elocuencia cristiana, ó que el mismo Venerable Maestro, que tanto participó del espíritu de estos doctos santos, explicara su grandeza.» Así, con efecto, se comprende cómo, leídas algunas páginas de las obras del Beato Ávila, se siente al punto inclinada el alma á mirar al cielo y al desprecio del mundo; al aborrecimiento del vicio y al amor de la virtud; á detestar la vida del pecado, que es verdadera y horrenda muerte, y amar á Dios sobre todas las cosas, que es verdadero vivir. Porque rebosan todas ellas un no sé qué de suavidad y unción divina, que poco á poco encienden y derriten el corazón del fiel cristiano en purísimo amor de Dios, apartándolo de todo lo terreno y encaminándolo derechamente al cielo.

II

Todo lo cual resalta hasta en las más familiares epístolas del Beato, dirigidas á personas de la mayor confianza, como se puede ver en una breve correspondencia entre el mismo Bienaventurado Maestro y su amigo, paisano y vecino el célebre y santo varón P. Martín Gutiérrez, que por buena dicha mía, y bondad de un erudito y celoso sacerdote vino á parar á mis manos después de publicado el primer tomo de esta edición, siendo, por tanto, imposible haberla incluído allí. En primer lugar, deberá tener lugar aquí la carta del hijo preclaro de San Ignacio, el dicho P. Gutiérrez, y después será mejor comprendida la hermosa contestación del Santo Apóstol de Andalucía, escrita en Montilla muy poco tiempo antes de morir. Pues la carta del P. Martín, á que aludo, está fechada en el año 1568, y es como sigue:

«*Pax Christi*...: Nuestro Señor pague á vuestra merced la caridad que me hizo al tiempo que ahí estuve, y creo que la recibo muy mayor en absencia con el socorro de las oraciones de vuestra merced que se echa bien de ver en el gran concurso á los sermones después que vine y en el provecho que se experimenta por amor del Señor. Vuestra merced no me eche en olvido, pues que entiende cuán poco soy y valgo para poder hacer algún provecho. Lo mismo digo al P. Villarás, á quien vuestra merced mandará dar mis particulares encomiendas.

»En lo que vuestra merced me encarga de aquel escribiente, he tenido cuidado, y como todos están aquí tan engolosinados con el estudio, quieren más pasar aquí con poco, que fuera de aquí con mucha ventaja: todavía me quedará el cuidado; y en saliendo alguno que posponga el estudio de las letras al de las virtudes, le enviaré á vuestra merced. Hanme dicho que Pedro de Almagro viene á esta Universidad, y que se ha hallado buena como-

didad donde esté, y heme holgado mucho de ello, extraordinariamente; porque entiendo que Nuestro Señor se ha de servir mucho de ello. — De Salamanca, 4 de Enero de 1568 [1].

»La carta que vuestra merced me dijo que escribiría al P. Fray Luis de Granada, sobre los lugares comunes, suplico á vuestra merced no eche en olvido. De vuestra merced mínimo hijo en Cristo.—*Martín Gutiérrez.*»

El piadosísimo y venerable autor de la carta que precede era, como nuestro Santo Beato, natural de Almodóvar del Campo, villa por demás ilustre y afortunada por haber sido cuna de entrambos y otros hombres insignes. Es más; porque tuvo también allí mismo la suya el célebre Pedro de Almagro, de cuyo nombramiento para catedrático de la Universidad salmantina tanto se regocija y alegra el clarísimo varón y santo jesuíta Martín Gutiérrez. Del cual Pedro de Almagro, buen ornato de la muy católica y piadosa villa susodicha, dice el licenciado Muñoz que fué doctor, catedrático de prima, jubilado en la Universidad de Baeza, colocándolo entre los hombres de grandes letras y virtudes que entonces había en España. Por eso, y porque con tal noticia había de dar satisfacción y gusto santo al bienaventurado maestro Ávila, se la comunica en su carta como rumor que por Salamanca corría.

Por lo demás, y entre otras cosas, esta hermosa epístola del P. Martín Gutiérrez, cuya interesantísima biografía quedará aquí trazada á grandes rasgos, nos hace comprender que nuestro Santo Beato no cesó de trabajar hasta el fin de su portentosa vida. Porque dejó esta mortal de acá y se fué á la eterna en 1569; y un año antes, el de 1568, en que fué escrita la carta del preclaro Padre de la Compañía de Jesús que acabamos de leer, pedía algún escribiente á quien poder dictar cartas y libros que han llegado hasta nosotros, y quizá otros que, por ventura,

1 Esta fecha debe haberse leído y copiado bien, y no la que supone el tomo IX de los varones del P. Nierember, grabada en la losa sepulcral que adelante se verá.

yacen desconocidos en los rincones y estantes de bibliotecas públicas ó particulares. Y es cosa indubitable que las continuas enfermedades y el temblar del pulso no permitían ya al bienaventurado Maestro escribir por su propia mano, sino dictar, como se colige de la siguiente respuesta suya dada al ínclito hijo de San Ignacio, que se nos ofrece en letra ajena y sólo firmada por «Juan de Ávila.»

Hela, aquí copiada con toda fidelidad: «Charissime: Si el Señor Jesús da á vuestra merced más miese que segar, Él le dará más fuerzas para ello. Ámelo mucho, que cierto es digno de ello, y ruegue á todos que no le quiten el amor tan devido, y confíe vuestra merced mucho en Él, porque hacer esto es darle honra de bondad y mucho contentamiento. Y en lo que vuestra reverencia me quiere hacer merced de buscarme escribiente, le suplico que, aunque lo halle, no lo envíe ni le quite assiento alguno que tenga hasta que propio, ó por correo me lo haga saber, porque puede ser que tenga ya tomado otro, ó que haya tan poca salud, que no sea menester uno ni otro. Ahora estoy en pie, Jesucristo tenga siempre á vuestra merced debajo de su amparo. De Montilla 21 de Enero, *servus vestrae reverentiae*, Joan de Ávila.»

Es probable que nuestro Santo Beato no habrá llegado á recibir el escribiente que de Salamanca le prometió enviar el P. Martín Gutiérrez, porque los historiadores de aquellos tiempos nos certifican de las calenturas penosísimas y otras dolencias que en los postreros años le trabajaron é hicieron merecer muchísimo ante los divinos ojos. Y como se acaba de leer, el mismo santo Apóstol de Andalucía lo augura en su carta contestación. Demás sería ahora señalar la unción santa y suavísima con que están escritas entrambas epístolas, porque en leyéndolas una y otra, cualquiera al punto lo echa de ver.

Otra carta que, juntamente con las anteriores, vino á mi poder, está fechada dos años antes, y es de puño y letra de nuestro bienaventurado Juan de Ávila. Va dirigi-

da: «Al muy magnífico Señor el Señor Don Francisco de Guzman—mi Señor—en Ávila.» De la cual carta, con las otras dos arriba transcritas, se sacaron copias del archivo de los Padres Jesuítas de Loyola (núm. 24. Algunas cartas), y espero yo que no llevarán á mal mi resolución de publicarlas en este lugar tan propio, ya que resulta de ello aumento de gloria para la insigne Compañía que todo eso y mucho más merece. Pues la dicha carta autógrafa del santo Apóstol de Andalucía, tomada del original con toda fidelidad, al pie de la letra, dice como sigue:

«La gracia y paz del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre. Ahora me dieron una de vuestra merced, y como la respuesta es breve, doila luego; porque la tempestad de las enfermedades está tan alta, que no deja entender, sino en procurar paciencia para las llevar, y por la misma causa fuí breve en otra que á vuestra merced escriví, y creo habrá llegado á sus manos. Lo que en ésta tengo que decir, es que tengo por más acertado y de mayor reverencia para las sacras órdenes, por el ejemplo que se debe dar, que vuestra merced no se ordene de Misa esta Cuaresma, sino cuando tenga el latín que conviene; y éste alcanzado, me parece muy bien que vaya á hacer los ejercicios antes que diga Misa. Y procure vuestra merced de llevar el negocio del estudio, de manera que no se pierda el de la oración ni otros buenos ejercicios, porque algunas veces, especialmente si se toma con mucho ahinco y aprisa, suele dañar. Y por ahora esto basta hasta que Nuestro Señor me dé más fuerzas y lugar para escribir más.

»Al Sr. Martín Daza escribí el otro día, y no á todo lo que su merced me dice: suplico á vuestra merced alcance de él me espere por lo que falta, que cierto no estoy para más. Y Jesucristo con todos. Amén. De Montilla á 15 de Marzo de 1566.—Joan de Avila.»

No era raro entre la gente noble y poderosa del áureo siglo de nuestras grandezas religiosas, literarias, políticas y guerreras volver la espalda al mundo el prócer, el

grande de España, el título de Castilla, y cambiar el uniforme de los regios alcázares y los campos de batalla por la pobre sotana de la Iglesia, ó quizá el hábito humilde de algún instituto religioso. Y sin duda, después de los muchos casos de ello que entre los discípulos del Beato Avila se refieren, es otro más y nuevo el presente, el del «muy magnífico señor, el Sr. D. Francisco de Guzmán», quien, renunciando á toda su magnificencia y señoría, se tornaba entonces en la ciudad de la seráfica Doctora en pobre estudiante de latín, dispuesto á encerrarse en una celda para hacer los admirables ejercicios de San Ignacio y habilitarse con todo ello á cantar Misa. Y del contenido de esta carta, ¿qué decir sino que es en su totalidad digno de su bienaventurado autor?

Y conocida ya esta brevísima correspondencia, que creo inédita hasta la presente fecha, parece muy conveniente y oportuno dejar aquí seguidamente trazada la biografía del celebrado y excelente jesuíta

III

EL PADRE MARTÍN GUTIÉRREZ

Anda escrita la vida del P. Martín Gutiérrez en varios autores de su siglo y del siguiente. Por manera breve y compendiada la dejó el Licenciado Muñoz en la *Vida del Beato Juan de Avila* en esta forma: «No es inferior adorno de esta villa (Almodóvar del Campo) el P. Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, varón de grande espíritu y letras y superior talento en el gobierno de almas: ocupó los mayores puestos y estima de su Religión en la provincia de Castilla. Constó su vida de un ejercicio continuo de todas las virtudes; fué muy devoto de la Santísima Virgen, que le favoreció con mercedes grandes, apareciéndosele diversas veces, y siendo Rector le daba avisos de algunas cosas secretas en orden al buen gobier-

no de sus súbditos, y consolóle en una grande aflicción que tuvo por un testimonio falso que le levantaron.

»Siendo Prepósito de la Casa profesa de Valladolid, fué elegido con otros religiosos para hallarse en la Congregación general que se hacía en Roma para dar sucesor al excelentísimo Duque, después perfecto religioso, el santo Francisco de Borja. Haciendo su jornada por la Francia fué preso con sus compañeros por unos bandoleros luteranos y llevados á un castillo, donde los trataron como suelen á los sacerdotes de la Iglesia. En esta prisión, donde no pensaron salir vivos, le dió un dolor de costado que en cinco días le pasó al cielo. Previnole Dios con grandes sentimientos; mostró en esta ocasión su gran fe, paciencia y constancia. Tuvo ocho días antes revelación de su muerte. Dióle la buena nueva su gran Patrona María. Murió cumpliendo su obediencia, confesando entre los enemigos de la Iglesia ser su verdadero hijo.

Luego que expiró (caso raro) entró en aquella prisión una matrona venerable que amortajó el cuerpo: creyóse piadosamente fuese la Virgen Santísima, ó alguna mujer santa de orden suya. Enterráronle junto á una iglesia, donde solía estar una cruz. De este lugar, treinta años después, sacó la piedad de los suyos y trajo á España y colocóle aquellos huesos venerables al lado del Evangelio de la Casa profesa de Valladolid, con un honroso epitafio. La gloriosa Santa Teresa le vió en el cielo con aureola de mártir, y entre los suyos le pone su Religión con opinión de hombre santo.» Esta breve relación nos da una idea solamente general y como en extracto de la vida del siervo de Dios Martín Gutiérrez. Mas siendo, como es, varón tan levantado y ejemplar, y, por otro lado, amigo íntimo del Santo Beato, bautizados ambos en la misma pila y probablemente educados en sus primeros años en la misma escuela, justo será, y agradable á la «mínima Compañía» y á todo buen español, y mucho más si pertenece á los campos de Toledo y de la Mancha, añadir algunos de los infinitos pormenores de la vida del ínclito hijo

de San Ignacio, el P. Martín, por ser además dignos de ser conocidos é imitados por todo fiel cristiano.

Los biógrafos del P. Martín Gutiérrez refieren haber aprovechado mucho en las primeras letras, y estudiando Filosofía en la entonces famosa Universidad de Alcalá, mostró grande excelencia de ingenio. Con sus amigos era siempre alegre y aun gracioso, pero de grande compostura y costumbres inmaculadas. Jamás olvidaba aquello del Espíritu Santo: *El principio de la sabiduría es el temor de Dios*. Era piadosísimo y muy devoto de la Virgen Inmaculada la Madre de Dios, en cuyo honor ayunaba miércoles y sábados de cada semana. Tras la Filosofía estudió con ventajas y aprovechamiento la Medicina, llegando á ser colegial médico y recibir el grado de Doctor por todos sus actos, sin excluir el que llamaron *Alfonsina*. Gozaba entonces merecida fama en Alcalá rigiendo el Colegio de la Compañía, por donde pasaron tantos varones sabios y santos, el célebre P. Francisco de Villanueva, á quien llama Nieremberg persona de gran santidad y espíritu, escogido por Dios para ser maestro espiritual de muchos y con gracia singular del cielo para abrir sus puertas á todos los que quisiesen entrar por ellas haciendo y practicando los santos ejercicios.

A él acudió el Doctor y médico Martín, más deseoso de sanar almas y la suya propia que curar cuerpos ajenos. Dirigido por el P. Villanueva hizo los ejercicios espirituales, de donde salió por demás transformado; y al paso que tomaba el pulso á los enfermos de San Martín de la Vega, pueblo del arzobispado de Toledo, del que era médico, no cesaba de tomárselo á él Nuestro Señor. Y así, herido ya de Dios su corazón, tornóse á la complutense ciudad, y arrojándose en brazos del santo y sabio P. Villanueva, visto ser verdadera su vocación, entróse por las puertas del cielo de la Compañía de Jesús corriendo el año 1550. El primer oficio que tuvo en el Colegio de Alcalá fué de comprar todo lo necesario para la Comunidad. Y era cosa de ver y mucho ejemplo contemplar al

Doctor Martín Gutiérrez, tan conocido en aquella Universidad, marchando por plazas y calles, entonces tan bulliciosas y concurridas, en raída sotanilla, con paso grave y los ojos en el suelo, desempeñando el cargo de ministro y abastecedor que como prueba se le había impuesto.

Ni las compras ni el trato con las gentes vendedoras, ni el ruido siempre grande de plazuelas y mercados ahogaron su muchísimo fervor; y dábase tanto, á pesar del oficio, al ejercicio de la oración, que por hacerla muy larga durante la noche, sacrificado el sueño, perdió la salud y contrajo gravísima enfermedad. Salió de ella, y aunque flaca y débil su cabeza, fué enviado á estudiar á Salamanca, donde oyendo leer las ciencias sagradas al celebrado catedrático de Prima Fray Pedro de Sotomayor y otros doctísimos varones, se convirtió en consumado teólogo, moralista y filósofo, sin perder ni un punto de su profunda piedad y devoción á Nuestra Señora, por cuya intercesión desaparecieron las reliquias postreras de su dolencia.

IV

Terminados los estudios y habiendo recibido los sagrados órdenes, se mostró á la vista de Dios y de los hombres *un buen sacerdote;* y fué tan celoso predicador del Evangelio como prudente Superior. De ello pueden dar testimonio las Casas de la Compañía de Plasencia, Salamanca y Valladolid, que con sumo acierto y espíritu de Dios gobernó. Salían siempre sus pláticas y sermones empapados en unción santa y razones persuasivas é irresistibles. Era muy conocedor de las ciencias profanas y sagradas, y así predicaba con grande autoridad. Al mismo tiempo que nuestro celosísimo P. Martín, predicaba, llevándose tras sí la gente, en Salamanca, aquel otro gran siervo de Dios, prez y gloria de la Orden de San Francisco, el P. Fray Alonso de Lobo; pero así y todo,

el hijo humildísimo de San Ignacio, con sus profundos razonamientos, según palabras de Nieremberg, derribaba gran copia de aquellos que el P. Lobo tenía por imposible de ser rendidos á Dios.

Siempre sobresalía en todos sus actos, pláticas y predicación el amor encendido y la devoción á la Santísima Virgen, y padeciendo de nuevo continuas enfermedades, al llegar la Cuaresma postrábase á los pies de la Madre de Dios y le decía: «Ea, Señora, Vos habéis de predicar, que yo no tengo fuerzas para ello»; y así salía de sus apuros y del trabajo de púlpitos y confesonario con más fuerzas y salud que al principio. Inspirábale Nuestro Señor, premiando su grande humildad, lo que había de predicar; pues con frecuencia se veía incapaz por sus dolencias de manejar libros, y con suma sencillez pedía á algún estudiante súbdito suyo que le compusiese el sermón, y oyéndoselo leer, comunmente al P. Gil de la Mata, lo retenía y predicaba después, corregido y aumentado con mil conceptos que le proporcionaba el ardor de su piedad. Como era tan humilde y tan sencillo, á pesar del grande caudal de su sabiduría, no miraba que todos los de casa, y aun de fuera, conociesen que predicaba sermones de otro, y hasta á los Hermanos cocineros, ayudándoles á fregar y limpiar hierbas y platos, se los repetía como si fuera un escolar principiante.

Fué el P. Martín Gutiérrez alma de oración y contemplación altísima, y por demás favorecido de Nuestro Señor en ella. Todos sus historiadores, el P. Francisco Sánchez, el P. Antonio Balinguen, el P. Juan Burgesio, el Padre Luis de la Puente, el P. Jerónimo Plati y otros, aseguran haber sido este siervo del Señor visitado muchas veces de la Madre de Dios. «La cual—dice el Padre Nieremberg—se le apareció una vez resplandeciente como el sol, llena de gloria y claridad, con un manto muy grande y extendido, debajo del cual tenía y amparaba á todos los de la Compañía. Con la cual visión le mostró la Madre de misericordia cuánto cuidado tenía

de esta Religión y la devoción que los de ella le tienen y cómo por eso los mira como hijos.» Quedábase como embobado y solo después de comer por más de media hora contemplando una imagen de María Santísima que adornaba el refectorio, de donde salía con aquella oración y lectura de la comida, tan conmovido y encendido en divino amor, que le era preciso retiro y apartamiento de los demás para serenarse y seguir después el recreo.

Es común sentir y creencia de los Padres de la Compañía haberse resuelto el sapientísimo P. Suárez, por súplicas y persuasión de nuestro P. Martín, á tratar, como con tanto ingenio, profundidad y erudición trató, aquella celebérrima cuestión, á saber: si la gracia de que fué llena nuestra Madre benditísima, la Virgen María, excedió ella sola á la de todos los ángeles, santos y bienaventurados de los cielos y la tierra. De la cual solución teológica debió de quedar complacida la Señora inmaculada, porque hay muy atendibles fundamentos para afirmar que vino después del cielo la Madre de Dios á dar las gracias al P. Rector Martín Gutiérrez por aquel servicio que le había hecho, quedando el devoto Padre no menos consolado que agradecido á los favores que á él y á los de la Compañía hacía esta Señora y Madre de misericordia.

Consumíase el siervo de Dios y andaba muy afligido por causa de las faltas, aun pequeñas, suyas y de los demás. La Virgen Santísima se le apareció un día y le mostró en plato de oro un corazón muy pequeño y como ahogado en unas gotitas de agua, preguntándole si lo conocía. Respondió que no; y la Señora le dijo: «Pues el tuyo es, que en menos agua se ahoga». Le mostró después otro grande y muy capaz, hablándole de paso así: «Este es el corazón de Dios, que con tantos y tan abominables pecados de todo el mundo no se aprieta, ni se ahoga, sino que con suma benignidad va ablandando los corazones duros y empedernidos, y va sazonando la fruta verde y aceda para que á su tiempo sea madura y sabrosa.» Con la cual

visión quedó el P. Rector Gutiérrez muy trocado y consolado. Y estas apariciones y pláticas familiares de Nuestra Señora con el P. Martín eran muy frecuentes, como á la una refieren sus biógrafos. Y así tenía apariciones y visitas, no solamente de Nuestro Señor y de la Virgen Madre suya, sino de sus Santos, y sobre todo de San Francisco, el serafín de Asís, el desposado con la pobreza, de quien por lo mismo era muy devoto, y también de sus humildes hijos y admirable religión.

De todo lo cual dieron testimonio los Padres y Hermanos que moraban en su santa compañía; porque su devoción se hizo sensible, y las visiones y gracias del cielo extraordinarias producían en él tan fuertes efectos, que se manifestaban al exterior, hasta el extremo á veces que le derribaban en el suelo. Y así lo veían los suyos en ocasiones todo excitado, tembloroso, con movimiento raro de brazos y de labios, y de tal forma que no pocas veces caía en tierra como desmayado y sin sentido. Esto le sucedía particularmente en la oración y diciendo la santa Misa, acabada la cual, y dando gracias, movía tan apriesa los labios y la lengua, que se relamía como el goloso al comer algún manjar de mucha dulzura y suavidad.

Los efectos de su oración eran maravillosos; porque pedía con tal confianza, humildad y sencillez, que Nuestro Señor le oía y acudía con suma y paternal liberalidad á sus llamamientos. Si ponía los ojos en algún varón santo de letras y calidad, que le pareciese á propósito para su Compañía, suplicaba con instancia á Dios que se la trajese á ella, y al poco tiempo llamaba la vocación religiosa á las puertas del corazón de la persona deseada, y ésta á las de la Compañía. Lo cual fué muy notado, principalmente en Salamanca; y tiénese por cierto que el poder de las oraciones del P. Martín Gutiérrez hizo vestir la sotana envidiable y bendita de San Ignacio á muchos varones insignes en virtudes y saber de los cuatro Colegios mayores salmantinos, y entre ellos el P. Dr. Francisco de Ribera, el P. Estéban de Ojeda, el Dr. Vera, el Dr. Medra-

no, el Dr. Vega y otros sabios que fueron ornato magnífico y de mucho resplandor en la Compañía.

Tuvo luchas y combates singulares, y no pocos, el siervo de Dios, el amigo de nuestro Beato, con el demonio, que intentó engañarle transfigurándose en ángel de luz, cuando es ángel de las tinieblas; pero Nuestro Señor le defendía y alumbraba en tales casos y necesidades. Apareciósele el espíritu maligno un día en figura de la Madre de Dios; pero experimentando entonces el buen Padre malos sentimientos, comenzó á sospechar de aquella visión, porque tales efectos no podían provenir de pura y santa causa, y así cayó en la cuenta el Padre, y huyó corrido y descubierto el enemigo. Persiguióle asimismo Satanás pretendiendo exteriormente desprestigiar y mancillar su acrisolada virtud. Sucedió esto particularmente en Plasencia, donde la liviandad de una mujer fué reprendida del Padre con mucho fundamento; la cual, herida, levantó y propaló contra él un falso testimonio del que, en virtud de jurídica información, y á pesar del doloroso y deplorable apoyo que al falsísimo rumor prestó entonces un Prelado de muchas letras y autoridad de aquella santa Iglesia, pero enemigo obcecado «contra los Íñigos», salió victorioso, y su virtud y honestidad más pura y resplandeciente que antes.

V

EN EL GOBIERNO

Fué en gobernar el P. Martín caritativo, prudente y justo. Como con entrañable amor amaba á su instituto, procuraba corregir hasta las faltas más pequeñas, en las cosas que le fueron encomendadas. Daba él primero ejemplo en todas las virtudes, y prácticamente las predicaba. Devoto fervoroso de San Francisco, el enamorado de la pobreza, amábala también con entusiasmo grande nuestro P. Martín. Respetábale mucho y con amor filial la

Condesa de Monterrey, Doña Inés de Velasco, hija piadosísima del Condestable de Castilla. Quiso esta noble señora regalar al siervo de Dios, un invierno, manteo y sotana de paño fuerte que le defendiesen del rigor de los fríos, harto recios en tierra de Salamanca durante aquella estación; pero no hubo fuerzas humanas que le hiciesen aceptar. Aunque superior de tan gran fama no quería distinción alguna con su persona, sino ser y aparecer como el último de la casa.

Y así se comprende cómo, á pesar de ser autoridad gobernadora de ella, tenía trato familiar con todos, gustando mucho estar y conversar con los hermanos coadjutores; y esto en tal manera, que no parecía superior, ni siquiera sacerdote, sino uno de aquéllos. En la cuenta de conciencia, al ver las faltas ajenas esforzaba á los súbditos revelándoles las propias, suavizando así los actos mas difíciles de la vida del claustro. Y si mucho amaba la sencillez y la pobreza, era asimismo muy grande amador de la mortificación y la obediencia; y no ya sólo en teoría, sino en la práctica. Porque á veces convertía en superior á algún novicio, á quien ciegamente obedecía. En un caso de éstos iba de camino marchando largo rato de mañana y con mucho calor: llegados á un pueblo quiso el Padre descansar y decir Misa; pero el novicio dispuso otra cosa, y sin replicar obedeció y siguió adelante, diciendo que el buen novicio servía para superior, porque sabía mortificar.

Decíale en cierta ocasión un súbdito de los suyos: «Si vuestra reverencia se humilla tanto, ¿qué debemos de hacer nosotros? Y al punto le respondió: «Calle, hermano, ¿no ve que dijo un Santo que el superior ha de andar tan humilde que no se le conozca entre los suyos?» Ni tampoco le cansaban las impertinencias y necesidades de los demás, diciendo públicamente que miraba á los súbditos como á hijos de Dios, resultándole así sus cosas muy suaves y sus molestias más dulces que la miel. Ni quedaban sin premio de mucha gloria para el P. Martín y su

mínimo instituto tan admirables virtudes, porque, según refiere el P. Nieremberg, varón asimismo de grande santidad y letras, obraba milagros aun en vida. Acercósele una vez, yendo de camino, cierto hermano enfermo y achacoso desde los pies á la cabeza, para abrazarle según contumbre, saludo fraternal entre los hijos de San Ignacio; y habiéndolo hecho, se tornó limpio y sano de todos sus males.

Siempre deseoso y amador de penitencia, aunque flaco por demás y sumamente delicado, se atormentaba sin compasión el cuerpo con frecuentes disciplinas, y solía decir que quisiera hallarse como ermitaño en algún desierto, ayunando y castigándose por sus pecados y los ajenos. Y si había en las ciudades de su residencia pestes y otras enfermedades, el primero en acudir mañana y tarde á los hospitales y casas pobres era el Rector Martín Gutiérrez. El cual con gusto de caridad y humildad profunda se empleaba allí con otros Padres de los suyos en hacer las camas á los enfermos, barrer las salas y limpiar los vasos inmundos sin ascos, ni repugnancias, que el verdadero amor de los prójimos ahuyenta. Y una de las maravillas que más admiración causó en Salamanca fué que en los hospitales atestados de enfermos, y algunos muy graves, ninguno se murió mientras anduvo entre ellos asistiéndolos el siervo de Dios. Con tan grande celo y cuidados del P. Martín por los pobres y los enfermos se estimulaban los enfermeros y demás gentes caritativas á tratarlos y asistirlos con mas puntualidad y diligencia.

Multiplicábase y se hallaba en todos lados este insigne varón, espejo de religiosos; porque observando alguna apatía y frialdad en el clero secular, trató con el gobernador del obispado y pidió licencia y apoyo para reunirlos por grupos en algún lugar capaz; y así congregados los hablaba con el fuego y celo de su santo P. Fundador. El padre Nieremberg, al referir esto mismo, tan pulcra y lindamente como él sabe, dice: « Acudían al principio los clérigos forzados y de muy mala gana; pero puso Nuestro

Señor tanta gracia en los labios del fervoroso Padre, y vieron en él tan buen celo y espíritu, y experimentaron en sí tanto provecho, que no sólo con gusto, pero muy agradecidos á la buena obra que se les hacía, venían todos. Sesenta eran los que acudían en cada gremio. Lo que les trataba era de la suma dignidad del sacerdocio y el inestimable precio de las almas redimidas con la sangre del Hijo de Dios.» ¡Lástima grande no habérsele ocurrido á alguno de ellos tomar las pláticas, que serían dignas de un Santo, y darlas después á la estampa, por que pudiéramos gozarlas y aprovecharnos de ellas los que hoy vivimos, que cierto, á muchos nos hacen falta!

Ni se limitaba á ponderar allí en tales reuniones de la clerecía salmantina la dignidad y potestad de los sacerdotes, no concedida á los ángeles, ni aun siquiera á los serafines; sino que los amonestaba y enseñaba la mejor forma y reverencia con que habían de administrar los Sacramentos, celebrar el incomparable y divino sacrificio de la Misa, instruir á los niños y gente ruda con la doctrina cristiana, rezar el oficio divino y desempeñar cumplida y santamente los demás cargos que consigo lleva la cura de almas. Y en esto gastaba ocho días con cada tanda de sacerdotes, y luego pasaba á otra hasta recorrerlas todas, haciendo con ello un bien inmenso á los ministros del Señor, y beneficio incalculable á toda la ciudad.

Tuvo también nuestro siervo de Dios gran tino y peso de prudencia para componer disidencias de nobles y discordias. De éstas fué grande y empeñada la habida entonces entre el Gobernador eclesiástico y el Corregidor de Salamanca, sin que apagaran el fuego de la discordia las amenazas, ni aun las armas espirituales de las censuras, de que se echó mano: fué menester la intervención y reverencia del Padre Martín para llevar la paz á entrambas partes contendientes, las cuales, atendiendo á sus reflexiones, súplicas y argumentos, se dieron el abrazo de reconciliación. Y asimismo fué ángel de paz este varón de Dios

en aquellas luchas y mutuas venganzas entre los dos bandos formados por la nobleza y familias prepotentes salmantinas. Poniéndose en medio de ellas el sabio y santo jesuíta con el crucifijo en la mano, el espíritu de Dios en el pecho y la consideración social y filosófica en los labios, las trajo á todos á las vías del sosiego y aun de la amistad.

Por todas partes iba este ejemplarísimo varón imprimiendo las huellas de su tan alta santidad. Y consta cierto haber sido el P. Martín Gutiérrez autor de la célebre predicación de las Cuaresmas en el patio de la Chancillería de Valladolid; práctica digna de todo encomio, que después imitaron la chancillería de Granada, la audiencia de Sevilla y de otras ciudades. Y de este santo celo del hijo de San Ignacio participaron muy provechosamente los tres grandes y celebrados estudios de gramática que por aquellos tiempos de inquisición y obscurantismo abrían sus aulas á los escolares pobres y ricos de la ciudad del Pisuerga y el Esgueva. Con el admirable ingenio que le daba su piedad y amor á los prójimos, hizo que los susodichos estudiantes oyesen pláticas frecuentes, devotas y doctrinales, con que se encendían en vivos deseos de recibir á menudo los Santos Sacramentos, y tener todos vida de mucha religión y laboriosidad. El cual bien imponderable extendió aquel grande amador de Dios y de Nuestra Señora á los innumerables niños de las escuelas y los colegios de las ciudades de su residencia. A las cuales tiernas criaturas reunía él mismo en alguna iglesia capaz, y allí les enseñaba el catecismo todos los jueves, sembrando de esta forma el santo temor de Dios en sus almas infantiles.

Y como la caridad del siervo de Dios no conocía límites, no sólo miraba por las almas, sino también por los cuerpos. Y así, para remedio de las necesidades corporales de pobres y encarcelados, creó, con las debidas licencias y estatutos, una congregación que mereció aplauso general. De la cual formaron parte y fueron socios, por ruegos del humilde y sabio jesuíta, los principales caballe-

ros y los nobles de Valladolid, sin exceptuar los letrados, los procuradores y hasta el presidente y los oidores de su chancillería. Procuraba cada cual fondos á la congregación, y socorrían después con las limosnas las necesidades de la ciudad; cuidaban los enfermos y los presos, y por sus propias manos procuraban el remedio de sus males y desdicha; y si el protegido era encarcelado, buscaban forma legal de instar y acabar su causa, para que cuanto antes quedase libre.

Tales y tan admirables fueron las obras que incesantemente llevó á buen término, durante toda su vida religiosa el P. Martín, ejemplarísimo superior de la Compañía de Jesús, en Plasencia, Salamanca y Valladolid.

VI

SU MARTIRIO Y MUERTE

En el día 30 de Septiembre de 1572, á los sesenta y dos años de edad, entregaba el ánima al Señor, en Roma, San Francisco de Borja, después de haber rehusado capelos y mitras, y sido el tercer Prepósito General de la Compañía, elegido en 1565 para suceder en tan santo y alto cargo al inmortal y famosísimo Padre Láinez. Era, pues, preciso en aquella fecha nombrar sucesor al santo Duque de Gandía: y al efecto, en la congregación provincial fué elegido para ir á Roma, juntamente con el Padre Juan Suárez, Prepósito de la casa profesa de Burgos, y el P. Gil González de Ávila, provincial de Castilla, nuestro P. Martín, superior de la casa de Valladolid, varones de gran peso y autoridad todos tres. Pasando por tierra de Francia, dice el P. Nieremberg, se detuvieron á las puertas de una ermita de la Madre de Dios, para hacer un rato de oración. Y allí fué donde la Señora Inmaculada reveló á su devotísimo hijo el P. Martín Gutiérrez que le llevaría de este mundo dentro de ocho días. Andaban entonces asolando campiñas, incendiando pueblos y derri-

bando, con grande menoscabo de las artes, templos católicos, los protestantes franceses que llamaban hugonotes. Y en manos de su perfidia y crueldad cayeron los tres Padres jesuítas españoles, hechos presos en las proximidades de Cardellach, despojándoles de las pequeñas cantidades pecuniarias, libros y demás humilde alforja que llevaban para viajar. Tras de esto, condujéronlos á un castillo, como si fueran criminales, sin más culpa que la de ser sacerdotes y religiosos católicos, donde los encerraron robándoles hasta las cruces, imágenes, rosarios y reliquias que con furor y rabia heretical protestante y calvinista profanaron de mil maneras salvajes. Los trasladaron con precipitación de aquella fortaleza á otra, con vanguardia y escolta de hugonotes que en el camino les afrentaban y dirigían mil injurias, maltratando y martirizando con palos á las mulas y á los tres preclaros y constantes hijos de San Ignacio que iban en ellas.

Como todos tres oían las pláticas y disputas de sus verdugos sobre matarlos al punto, ó esperar el rescate, aprovechando la ocasión y esperando el definitivo fallo, se confesaron unos á otros, y se dispusieron á morir. Entre temores y esperanzas llegaron á la torre, donde les rodeaban chicos y grandes, preguntándoles con formas groseras que quién eran, y ellos con humildad, pero hermanada con la fortaleza cristiana, respondían ser sacerdotes y religiosos españoles de camino para Roma. Después de mucho deliberar aquella gente fanática predicadora de libertad ó libre examen protestante, resolvieron que fuesen ejecutados, comenzando por darle una cuchillada al respetabilísimo P. Gil González de Avila, el Superior general de la provincia de Castilla. A los otros dos llevaron á la fortaleza allí vecina para despeñarlos desde lo alto de ella. Mas la sórdida avaricia les ofrecía mucho dinero en lontananza por el rescate; y así suspendieron el acabarlos de una vez, dejándolos encerrados á todos tres en aquella cruel y durísima prisión.

Solos allí los siervos de Cristo, y sin más defensa ni

esperanza sino la de Dios, entraron en mutuos razonamientos sobre lo que habían de hacer; si ofrecer algún rescate por conservar la vida y obtener la libertad, ó dejarse matar como inocentes corderos. El P. Nieremberg á este propósito escribió con su elegancia acostumbrada lo que ahora sigue: «Entraron los siervos de Dios en consulta de lo que debían hacer: uno decía: «No tratemos de rescate, que más vale morir por cristianos católicos, sacerdotes y enemigos de herejes;» otro replicaba: «Algún día hemos de morir, y por ventura presto, y podría ser que no hubiésemos otro tal lance en nuestra vida y pluguiera á Dios que no saliesen á partido de dineros, que cierto la ocasión era linda; mas al fin, no merezco yo tan dulce y tan hermosa muerte.» Fué la resolución: «ofrezcámosles lo que pareciere bueno por el rescate, por que no nos maten por la miseria del dinero, y hecho esto, queda el morir por Cristo; ofrezcámosle la vida.»

Mas no aceptó Nuestro Señor tal sacrificio sino al P. Martín Gutierrez; porque lo había pedido así en oración durante muchos años de su vida. Y con efecto; siendo como era el más trabajado y flaco de los tres, no pudo sobrellevar las penalidades y los malos tratamientos de aquella mazmorra. Un punto en el costado, como decían los antiguos, le puso en estado grave, lastimoso y peligrosísimo, careciendo de todo remedio curativo, desamparado de todo lo humano, y hasta del jarro de agua fría de que nos habla el Evangelio. Sus dos compañeros no podían tampoco ofrecerle otro regalo más de un poco de cecina que les restaba, imposible de tomar á enfermo de última y tamaña gravedad. Animábanle y dábanle alientos para llevar tan pesada cruz y entrar en agonía, como con efecto entró en ella y salió de tan temeroso y y postrer combate, entregando á su Criador de muy buena gana su alma santa y purificada al cabo de cinco días de empezar la enfermedad. Para ayudarle á morir el Padre Juan Suárez, del cordón de la camisa y un poco de cera, hizo la candela y una cruz.

No es posible callar las palabras conmovedoras del dicho P. Juan Suárez, describiendo los momentos postreros de la vida ejemplarísima del P. Martín. Helas aquí: «Habíale Dios prevenido pocos días antes con grandes sentimientos de cómo no hay bien sino el que es eterno, ni mal, sino el que dura para siempre. Y allí le dió una alegría que manifestaba, como gustando de ella, y diciendo tener sed, y beber hasta satisfacer. ¡Oh qué será, Dios mío, tener sed y beber hasta hartar! ¡Gran cosa Dios! Comenzósele á levantar el pecho y á vidriársele los ojos, y á caer una lágrima á las diez de la noche; á la entrada del quinto dió las últimas boqueadas y con ellas el alma al que lo crió, que confío yo fué derecha al cielo por la gran virtud que Dios le había dado; por la buena doctrina y ejemplo que dió en la Iglesia y en la Compañía; por la fe, paciencia y constancia que mostró en esta ocasión; porque al fin murió siguiendo su obediencia, habiendo confesado entre los herejes y enemigos de la Iglesia católica que era su hijo y sacerdote en ella, y murió estando preso por los que le aborrecían y perseguían. ¡Plega á Dios que vaya mi ánima adonde está la suya!»

Y la mía, exclamo yo también aquí; que cierto se confunde el ánimo y enrojecen las megillas viendo la vida tan alta y santa que traían en medio del sufrir, trabajar y padecer continuamente por Cristo y con Cristo aquellos predicadores incansables y prácticos de los consejos evangélicos tales como nuestro Santo Beato Ávila y los herederos y seguidores de su espíritu, conviene á saber: éstos y tantos otros Padres sacerdotes y religiosos de la Compañía y demás institutos regulares en el siglo de nuestras grandezas, mientras se ofrece y considero yo la mía, tan escasa de virtudes, sobrada de regalos y disipación. Con la muerte del P. Martín, aunque tan envidiable, afligiéronse en gran manera los dos Padres compañeros y hermanos suyos, que le sobrevivieron. Decláralo bien, y con inimitable sencillez, el referido P. Juan Suárez, que en

el último trance asistió al P. Martín, tan santa y pobremente finado como había vivido: *qualis vita, finis ita.*

He aquí sus mismas palabras: «Traía consuelo en su compañía, confiado que por él me había de librar Dios de mal. Desconsoléme de su enfermedad, temiendo que si Dios nos le quitaba, había de ser por mis pecados, ó por mi castigo. Decíale (yo) algunas veces cosas de Dios y de la otra vida, como quien se las acuerda en aquel punto; y cierto que con confusión y ternura harta mía. Ayudábale con una cruz que hice con un poquito de cera que nos había quedado, porque muriese con cruz y con candela. Encomendéle el alma con un diurnalico que se quedó escondido del despojo, y acostéme á su lado, donde estuve hasta la mañana, sin ningun miedo, antes con mucha seguridad y consuelo.» Hasta aquí el P. Juan Suárez, describiéndonos el tránsito de su amadísimo hermano el Padre Martín Gutiérrez. Descripción tan sencilla como conmovedora y elocuente, la cual después de leída impele y mueve á exclamar: ¡Qué varones tan llenos de Dios aquéllos, los vivos y el siervo del Señor allí difunto!

Como el P. Martín Gutiérrez fué tan esclavo devotísimo de la Madre de Dios y también nuestra, no se puede callar la circunstancia de haberse trasladado de la tierra al cielo en día de sábado; y mucho menos el siguiente caso, inexplicable si en el mismo no se admitiere una especie de milagro. Y fué que muerto el siervo de Dios en el susodicho día á las dos de la mañana, penetró en seguida en el mortuorio aposento una mujer vestida en traje del país, de aire grave y de mucha honestidad, debiendo por precisión haber pasado por delante de la milicia y centinelas hugonotes. Dirigióse al afligido P. Juan Suárez, el castellano Provincial, y le preguntó si por ventura tenían allí algún difunto de cuerpo presente y si lo habían amortajado. Contestóle el Padre hallarse aún sin mortaja el siervo de Dios finado; y en el mismo punto sacó la desconocida matrona una muy limpia sábana que traía debajo del brazo, y con aseo y recato incomparable amortajó el

cuerpo del bendito Padre muerto, y le echó su bendición. Agradecido el P. Suárez ofrecióle algún dinero, del muy escaso que se salvó del registro; y ella respondió: «No vine por eso»; y al momento se salió.

Entendióse pronto por todos haber sido aquella señora la Santísima Virgen, ó persona enviada por Ella para satisfacer á la necesidad y carencia de todo en que los Padres prisioneros se encontraban. Por tradición constante y memoria conservada en el país se sabe que fué sepultado en las afueras de Cardellach, frente por frente de un templo católico, el cuerpo del inolvidable P. Martín. Consta asimismo que pasando por aquella tierra, de viaje para el Perú, el P. Diego de Torres, muy devoto amigo del difunto, suplicó con mucho encarecimiento á los Colegios de la Compañía más vecinos al lugar, que inquiriesen el sitio puntual y fijo del enterramiento de nuestro siervo de Dios.

Buscáronlo con toda diligencia y lo hallaron con señales ciertas de ser los restos venerandos del gran devoto de Nuestra Señora; y el mismo P. Torres, ya de vuelta, lo recogió y trajo á España, y lo entregó despues al Provincial de Castilla, que lo era entonces el P. Alonso Ferrer. Y aunque se lo disputaron otras casas de la Compañía que le obedecieron como Prepósito, ganó el pleito la de Valladolid, donde se le depositó en las gradas del altar mayor, al lado del Evangelio, y sobre cuyo sepulcro se colocó la losa funeraria, y en ella un epitafio latino que, vertido á nuestro idioma castellano, dice así:

«Al P. Martín Gutiérrez, natural de Almódovar, Prepósito de esta casa, varón de singular piedad, virtud y doctrina, que por los herejes de Cardellach, en Francia, murió en la cárcel el año 1573, á los cuarenta y nueve de su edad, de donde se trasladó aquí el año 1603. Los Padres de esta casa, en señal de amor, le dedicaron esta sepultura.» Como atrás se apuntó, la fecha, 1563, de la muerte del P. Martín que en la losa ó lápida de su sepultura nos ofrece el volumen IX de los Varones Ilustres de la Compa-

ñía, Bilbao, 1892, debe ser error de imprenta, puesto que según el insigne biógrafo de ellos, el P. Nieremberg, el siervo de Dios muerto en la fortaleza cárcel de los protestantes hugonotes iba entonces para Roma á procurar sucesor en el gobierno general de la misma Compañía á San Francisco de Borja, muerto en 1572, según algunos, 1573.

Y dejando ya en el cielo el ánima bendita y pura del P. Martín, y su cuerpo en el sepulcro precioso que le prepararon sus religiosos hermanos de Valladolid, pondré remate á esta relación interesante y piadosa diciendo que los otros dos compañeros del siervo de Dios, rescatados por los Padres jesuítas de Lyon, continuaron su viaje á Roma, donde ejerciendo el alto cargo de asistente recibió el P. Gil González una carta de nuestra Doctora de Ávila, Santa Teresa de Jesús, declarándole haberle mostrado Nuestro Señor al P. Martín en la gloria gozando de Dios y adornado con la aureola de los mártires.

Esta misma ó semejante revelación tuvieron del cielo otras almas santas, privilegiadas con gracias extraordinarias, y entre ellas una monja de Santa Clara de Vitoria, la cual refirió á su confesor, el cura de la parroquia, en el mismo día en que sucedió, la muerte gloriosa de uno de los tres Padres jesuítas pasados poco antes por allí, el más devoto de María Santísima. Y añadió hablando del caso: «No le ha salido vana su devoción; porque la Serenísima Reina de los ángeles en alma y en cuerpo le ha dado colmadísimo premio». Lo cual no es maravilla; porque la Madre de Dios y nuestra es Señora finísima y agradecida y nunca deja sin premios y sin corona á sus *devotos y verdaderos hijos*.

Hasta aquí el compendio de la vida santa y ejemplar del íntimo amigo de nuestro Beato, el P. Martín Gutiérrez. Y por cuanto no falta en ella fundamento al efecto, es de suponer que la Compañía de Jesús, celosa de la gloria de Dios, de la patria y de sus ilustres y santos varones, tendrá incoado el correspondiente proceso de beatificación en favor del mártir de Cardellach. Y si esto se

así, según yo creo, ¿cómo no se promueve, empuja y lleva adelante la causa, hasta poner al P. Martín al nivel de su paisano, vecino y amigo el Beato Juan de Ávila?

VII

UNA CARTA DE SAN IGNACIO HABLANDO DEL BEATO ÁVILA

No puedo pasar adelante sin dejar aquí estampada una carta, de mucha importancia á mi propósito de que el mundo conozca más y más á nuestro Beato Juan de Ávila, y el valor tan grande y provechoso de sus obras. La carta del muy santo Patriarca de Loyola se halla publicada en el volumen VIII de «Cartas y Noticias» *(Letters and Notices)*, edición inglesa de Roehampton, 1872, página 99, donde se da cuenta y razón de la materia y forma que en ella se ostenta. Va dirigida desde Roma á un docto varón de aquellos tiempos, llamado Nicolás de Turno, (Nicholao de Turno) y residente á la sazón en París. Hace dos años, en Septiembre de 1893, el P. Berchier, de la Orden de Predicadores, en el núm. 4, página 471 de la *Revista Tomista (Revue Thomiste)*, año primero, publicó otra carta semejante en latín y carácter de letra á la anterior, pero con el sobre ó dirección siguiente: *Nicholao de Furno,* haciendo sospechar que la traducción francesa sería así: *du Four*, *ó Dufour*, apellido distinto del leído y publicado por los ingleses, viniendo á sospechar algunos y entre ellos el sabio y muy laborioso P. Vélez, que me facilitó el texto inglés y latino de la carta (Dios se lo premie), ser tal nombre *Nicolás de Tour.*

¿Quién pudo ser este docto personaje al cual escribió la carta, hablándole de nuestro Beato, el Fundador de la Compañía? Yo no lo pude averiguar, ni tampoco hasta hoy los incansables hijos de San Ignacio. El citado Padre José María Vélez, sacerdote y religioso ejemplar, tuvo

empeño en descubrirlo, y al efecto mandó registrar en París la *Historia Universitatis Parisiensis*, por *Du Boulay;* pero en vano, porque no fué encontrado en los índices de escritores y maestros de aquellos años de 1538 y siguientes, alguno de ellos con sobrenombre de *Tour*, ni tampoco de Turno, ni de *Furnes*, que publicara ningún libro *contra haereticos*. Solamente se colige presto, leyendo las cartas del Santo Fundador, publicadas por los ingleses y el P. Berthier, haber sido el Nicolao de Turno varón ilustre y perito en las ciencias teológicas, é impugnador de la pravedad heretical y gente no santa. Mas como el entonces P. Ignacio pide al P. Turno que le *recomiende á Juan de Avila*, ¿no podría resultar aquél alguno de los primeros discípulos de nuestro Beato enviados por él á la naciente Compañía? Como á otros hijos suyos San Ignacio da al Nicolás desconocido, quizá de Toro, de Torres, de Tornos, Burgo, etc., el título *vuestra Reverencia*, *Reverentiae vestrae,* hoy mismo tan usado entre los individuos de esta santa y religiosa familia.

He aquí ahora el texto latino de la citada carta, y la traducción castellana después: «Reverende vir: quid est quod multum scribitis mihi de vobis, et tamen non representastis mihi semel illum librum quem scripsistis contra haereticos? Et scribitis mihi quod habuistis bonum ingenium quod composuistis illum librum et quod vultis mihi mittere copiam. Bonum tamen esset quod mitteretis mihi eam; sed non facitis, et tamen semper scribitis quod vultis facere.

»*Joanni Avilae debetis me commendare. Liber suus nuper est mihi portatus, et legi eum per totum, et significavi notabilia et continuationes in margine. Et multum teneo de tali libro, et multum me delectat quando lego, quia est notabiliter bonus.* Et similiter facere vellem de vestro, in quo mihi mittendo non amplius tardare debetis...» Dícele después que le envía varias cuestiones teológicas y sus soluciones ó réplicas á ellas, y cómo se gozará mucho que á su vez le mande las suyas. Y, por

último, termina así: «Valete. Datum in Urbe romana, decima die Junii. Reverentiae Vestrae quem Christus incolumen servet, Humillimus servus, IGNATIUS.—Reverendo charissimoque Domino Nicholao de Turno, Lutetiam.»

El cual documento en nuestro idioma viene á decir: «Reverendo Señor: ¿cómo se entiende que tanto me habláis de vos, pero no me hacéis de una vez presente el libro que habéis escrito contra los herejes? Y me representáis el buen ingenio habido con que lo habéis compuesto, y cómo es intento vuestro enviarme un ejemplar. Bien sería que me lo remitieseis, mas no lo hacéis; aunque siempre estáis diciendo que lo queréis hacer.

»*A Juan de Ávila os pido que me recomendéis. Poco ha me han traído su libro y lo he leído todo, poniéndole notas y adiciones marginales de lo más notable que allí se contiene. Grande concepto me queda de tal libro, y en gran manera me deleita su lectura, por ser bueno y muy notable.* Asimismo quisiera hacer otro tanto con el vuestro, que no debéis demorar ya el mandármelo.

»Como me tenéis dicho antes de ir yo á la curia que os puedo enviar alguna vez cuestiones teológicas, alla os mando varias de ellas, escritas y contenidas en ese papel, y también las réplicas que yo mismo les opuse. Si por vuestra parte las queréis resolver, mucho contentamiento me daréis en ello. Y sin más os encomiendo a Nuestro Señor. Pasadlo bien. Dado en la ciudad de Roma, á 10 de Junio. De vuestra Reverencia, que Cristo conserve incólume, vuestro humildísimo siervo, IGNACIO.—Al reverendo y carísimo señor Nicolás de Turno. París.

Hasta aquí la carta; y en vista de ella se ha de suponer por fuerza que, como escrita en Roma no lo pudo ser, sino lo más temprano en 1538, fecha en la cual sentó allí el Santo Fundador sus reales en compañía de todos los Padres reunidos en comunidad en la casa y viña del devoto Cluriano Garzonio, donde, viviendo en suma pobreza y carencia de todo, se repartieron la Ciudad Eterna, como los Apóstoles el mundo, dándose desde entonces á cono-

cer por el fuego de su predicación, virtudes y doctrina. De modo que el 10 de Junio en que el Santo fecha su carta puede muy bien ser del dicho año 1538, después de entrado en Roma, hechos sus estudios en París y ordenado de sacerdote en Venecia. Y por el final: «de vuestra Reverencia» y la dirección *al Reverendo y carísimo señor...* se colige haber sido el Nicolás de Turno persona grave, quizá de la Compañía, y digna del amor y respeto de San Ignacio.

Mas vengamos ya al punto singular y notable de la carta relativo á nuestro Beato Juan de Avila. Dice el Santo Patriarca de Loyola haber recibido *un libro suyo*, que leyó de un cabo al otro, escribiéndole notas al margen; que le gustó mucho y le agradó en gran manera su lectura, por ser muy importante y bueno. Los críticos y la curiosidad no cesan de inquirir y preguntar cuál de las obras, todas buenas, del nuevo Beato de Almodóvar será la recibida entonces por San Ignacio en Roma. Y como el Santo Fundador no dice el título de ella, permanece siempre este particular en la misma duda y obscuridad. Pero atando ciertos cabos sueltos, con el apoyo de la cronología y la historia, se puede asentar, con vehementísimas sospechas, que el libro compuesto por el Beato Avila, recibido en Roma por San Ignacio después del año 1538, fué el que hoy conocemos con el nombre de *Audi, Filia.*

Y en primer lugar, ¿estaba escrito aquel libro en tal fecha? Sí, por haber sido compuesto, según terminante declaración de su bienaventurado autor, para una doncella virgen; la cual, por testimonio del común de los historiadores contemporáneos y posteriores del Beato, fué doña Sancha Carrillo, de la nobilísima casa de Córdova, hija del sexto señor y marqués de Guadalcázar. Y el Padre Martín de Roa, biógrafo muy elegante de esta virgen admirable, en el capítulo XII de su obra, «Vida y maravillosas virtudes de doña Sancha Carrillo...» «esta señora insigne, á la temprana edad de veinticuatro años y medio

se fué á gozar de Dios para siempre *en 13 de Agosto del 1537*. Luego en 1537 estaba escrito el *Audi Filia*, y por consiguiente pudo haberlo recibido en Roma impreso, ó manuscrito después de 1538, el Capitán y Santo Fundador de la mínima Compañía de Jesús.

Y ha debido de recibirlo solamente manuscrito, y no impreso; porque el *verdadero Audi Filia*, tal cual hoy lo poseemos, no creo que haya salido en letra de molde al público sino en 1574, en que, añadido y revisado por su santo autor antes de morir, año 1569, fué publicada la primera edición. Y si por ventura hubo San Ignacio en Roma el libro *Audi, Filia* impreso, sería forzoso afirmar que fué alguno, como el publicado en Alcalá de Henares por los años 1556, en que el Santo voló al cielo; y, por supuesto, lo mismo que éste de 1556, dado á la estampa sin licencia ni conocimiento del Beato. Todo lo cual se infiere claro de la portada, licencias, aprobación y «prefacion del autor al charísimo lector», que ostenta al frente la edición referida de 1574, hecha por la piedad y diligencia de dos de sus discípulos, Juan de Villaras y Juan Díaz.

VIII

Y que esta edición del *Audi, Filia*, dada á la imprenta en el dicho año de 1574, fué la primera, se colige con toda claridad de la aprobación que lleva al frente por el Padre Bartolomé de la Isla, varón de grandes letras y virtudes, y el cual la fecha y autoriza en su Colegio de la Compañía de Jesús, de Madrid, en el día 10 de Junio de 1573. He aquí las palabras de tal aprobación que á mi propósito interesan: «...Que aunque *antes de agora* se imprimió debaxo de otro título y con el nombre del mismo author, en hecho de verdad, *ni él lo supo, ni para la tal impresión*, si lo supiera, diera su consentimiento, por no averlo entonces acabado de reveer...» Cuatro años habían transcurrido después de la muerte de

nuestro Bienaventurado Maestro, cuando el sabio jesuíta del Colegio de Madrid escribía las palabras que acabo de copiar. Y cualquiera ve por ellas que antes de 1574 no se imprimió el libro *Audi, Filia*, sino con otro título y sin saberlo ni consentirlo el santo Beato, que para esta primera edición lo revisó y adicionó con grande copia de sentencias y doctrina, pocos años antes de morir,

Conste, además, haber sido el libro del *Audi, Filia* el primero que compuso y ordenó el Beato Ávila, hecha excepción de algún opúsculo de la doctrina cristiana para las escuelas. Cualquiera otro impreso ó manuscrito sin firma que se pudiera presentar, sería supuesto y falsamente atribuído á su pluma. El mismo santo Beato así lo declara en el prefacio que puso al corregir y aumentar el *Audi, Filia*, luego sacado á luz por sus referidos discípulos en el dicho año 1574. Dice así: «Aora que va, recíbelo con charidad, y no tengas el otro por mio, ni le dés crédito. Y no te digo esto solamente por aquel tratado (el apócrifo impreso en Alcalá, 1556), mas también por si otros vieres impresos en mi nombre hasta el día de oy; porque *no he puesto en orden cosa alguna para imprimir,* sino una declaracion de los diez mandamientos que cantan los niños de la doctrina y este tratado de aora.» Esta declaración de los preceptos del Decálogo no anda entre sus obras, y ha debido perderse y ser cosa breve, fácil y sencilla, como la hecha para las ocho bienaventuranzas que conocemos, y enderezadas igualmente para las escuelas de párvulos.

Y en la misma prefación de esta obra incomparable nos manifiesta haber corrido ya veintisiete años desde que la compuso para la noble virgen doña Sancha, hasta que, empujado de sus discípulos, se ocupaba en corregirla, revisarla y prepararla para la imprenta, como queda dicho, poco antes de morir y ya muy dolorido y trabajado de sus enfermedades. Léanse aquí mismo sus palabras: «Veynte y siete años ha, christiano lector, que escreví á una doncella, que muchos há que es difunta, un tratad

sobre el verso del psalmo quarenta y quatro, que comienza: *Oye, hija, y vee.*» Y sigue diciendo que aun cuando muchos le pedían corregirlo, no lo hizo, ya por sus enfermedades, ya por andar tantos otros escritos en romance de que todos se podían aprovechar; y luego continúa diciendo: «Y assi se habia quedado el tratado sin imprimirlo, y aun cuasi sin acordarme dél hasta e año pasado, que vencido ya de ruegos de amigos comenzava poco á poco á le corregir y añadir para que se imprimiese, aunque sabía lo mucho que avia de costar á mi salud.

»Y á cabo de pocos días supe que se había impreso un tratado sobre este mismo verso y con título de mi nombre en Alcalá de Henares en casa de Juan de Brocar, año de mil y quinientos y cincuenta y seys. Maravilléme de que oviese quien se atreva á imprimir libro la primera vez sin la corrección del autor, y mucho más de que alguno diese por autor de un libro á quien primero no preguntase si lo es, y procuré con más cuidado entender en lo comenzado para que, imprimido este tratado, el otro se desacreditase. Mas las enfermedades que después acá han aún crecido y aver añadido algunas cosas, han sido causa para que más presto no se acabase:...» Por donde se confirma lo dicho, que al corregir el Beato su *Audi, Filia,* estaba muy abrumado de dolencias, y que, como fueron creciendo con la edad, se puede inferir haber sido hecha en los postreros días de su vida, y tan al fin de ella, que no lo llegó á ver impreso, según se proponía. Porque no creo—repito—que exista edición anterior á la susodicha de 1574, y el Santo autor se fué á la gloria en 1569.

Como por otra parte consta que doña Sancha Carrillo, para quien fué escrito el libro, murió en 1537, á los veinticuatro años de su edad, habiendo vivido en rigurosa penitencia los cuatro ó cinco siguientes á su conversión al confesarse con el Beato, corriendo poco más ó menos el de 1533, se infiere que durante ellos escribió dicha obra y la envió nuestro Bienaventurado Maestro á

su discípula. Entre 1533 y 1537 debió, pues, de ser escrito el maravilloso libro del *Audi, Filia*. Y contando ahora desde el término medio de estas dos fechas los veintisiete años de que habla la prefación, se colige que el Santo autor corregía y limaba para imprimirse el *Audi, Filia* por los años 1564 ó 1565. En cuya fecha, aunque hubiera salido á luz por vez primera, que, como fué notado por la aprobación, no la vió sino en 1574, no lo pudo haber recibido San Ignacio, muerto ya y subido al cielo en 1556. Luego aparece casi claro que el libro del Beato recibido en Roma por el Santo Fundador de la Compañía después de 1538, fué, ó el *Audi, Filia* impreso y apócrifo de Alcalá, ó en otra parte, ó quizá el verdadero, pero en este caso manuscrito y de las copias que corrían.

Y no pudo ser ningún otro libro de nuestro Beato, porque todos ellos son posteriores al *Audi, Filia*, y sólo fueron leídos en romance después de 1574. La primera edición del *Epistolario*, dividido en dos partes, vió la luz cuatro años después en Madrid, en casa de Pierres Cosin, 1578, como lo muestra bien nuestro muy docto y erudito presbítero D. Cristobal Pérez Pastor, en la pág. 58 de su excelente y útilísima *Bibliografía madrileña* ó *Descripción de las obras impresas en Madrid, siglo XVI.* En 1588 se reimprimieron el *Audi, Filia* y el *Epistolario*, añadiendo las *Reglas de bien vivir* y la *Vida del Beato*, por el Venerable Granada, Madrid, casa de Pedro Madrigal, y *prohibiéndose en el Índice del Cardenal Quiroga, Arzobispo de Toledo, 1583, las ediciones falsas del Audi, Filia, de 1556 y anteriores.* De estas últimas pudo haber recibido ejemplar en la Ciudad Eterna San Ignacio si, como queda dicho, no fué alguna copia manuscrita de las que andaban, desde que se compuso, de mano en mano.

Corriendo el año 1595 imprimiéronse de nuevo en Madrid, casa de Luis Sánchez, las dos primeras partes ya conocidas de las obras del Beato, el *Epistolario, Vida, Reglas*, y el *Audi, Filia* ó *Libro de los lenguajes*. Y en

el año siguiente de 1596 apareció por vez primera en casa de Pedro Madrigal, y villa de Madrid, la tercera parte de las mismas, que comprende los 27 tratados del Santísimo Sacramento de la Eucaristía en el primer volumen, y en el segundo los cinco sobre el Espíritu Santo, los diez de las festividades de Nuestra Señora, uno del glorioso San José, y el prólogo al cristiano lector, con dedicatoria á doña Beatriz Ramírez de Mendoza, biznieta de la otra famosa doña Beatriz Galindo, fundadora del hospital y convento de la Latina y de la Concepción Jerónima, habiéndolo sido á su vez la primera, condesa del Castellar, del convento de Religiosas del *Corpus Christi*, vulgo las *Carboneras*. Esta es la verdadera historia de las primeras ediciones que fueron hechas de las obras de nuestro Bienaventurado Juan de Ávila, y con ella queda declarado cuál pudo haber sido entre ellas la recibida en Roma por el benditísimo Patriarca Fundador de la ínclita y mínima Compañía de Jesús.

IX

Si después de todo esto quisiera yo ahora describir, aunque por manera breve, el mérito intrínseco y la materia escogidísima que en los 16 tratados de este cuarto volumen de nuestra edición se contienen, habría menester escribir otro tanto y más aún de lo que este prólogo comprende. Ni tampoco es fácil exponer en un prefacio, por largo que sea, cómo nuestro Santo Beato hace conocer, amar y adorar á la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, Dios como el Padre y como el Hijo que nos lo envían, y el fuego vivo y ardiente con que este divino Espíritu Paráclito consume poco á poco la escoria de la gentilidad y la herejía en el mundo, y enardece con fe, esperanza y caridad las ánimas fieles, cautivándolas dulcemente con cadenas de amor y perseverancia, hasta llenar con ellas las sillas del reino de los cielos. Quien

intente conocer —repito—amar y saber adorar al Espíritu Santísimo del Padre y del Hijo, *qui a Patre Filioque procedit*, lea despacio los cinco tratados que de esta Persona Divina de la Trinidad Augusta se contienen reimpresos en este volumen.

Asimismo es de gran provecho, ternura y espiritual ganancia para las almas el precioso tratado sobre la Encarnación del Divino Verbo, en el cual misterio muestra, en cuanto humanamente es posible, hasta dónde llegó y descendió el amor de Dios á los hombres. Es magnífico é incomparable. Y no lo son menos todos aquellos otros que nos enseñan, y con mucha suavidad y doctrina nos arrastran á ser verdaderos hijos amadores de nuestra Madre María Santísima, la Virgen Inmaculada Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, Templo, Sagrario y Trono limpísimo en donde habitó y mora la Divina Trinidad. También aquí enciende el Beato á las almas piadosas en amor de aquella Señora, la Madre de Dios, cuyo poder de intercesión y misericordia en el cielo es infinito, y cuyas gracias y virtudes, según Suárez, son mayores que las de todos los ángeles y moradores bienaventurados de los cielos y los justos de la tierra. Es menester igualmente que quien quiera tener muy encendida y enamorada el alma en el fuego santo de amor á María Santísima lea y medite los diez tratados que con tal objeto compuso nuestro Beato, aquí en este mismo tomo comprendidos.

Y precediendo en este punto á Santa Teresa de Jesús, fué también, como ella, el Bienaventurado Juan de Ávila gran propagador de la devoción al Patriarca San José, esposo castísimo y humildísimo de Nuestra Señora y custodio, por ordenación del mismo Dios, de la Sagrada Familia. Con todo lo cual, bien pensado, resulta que el Beato Maestro Ávila, con sus obras inimitables, señaló á los hombres las sendas más fáciles de andar y los medios más suaves y de mayor dulzura para llegar á la deseada patria de nuestra eterna felicidad; vivir acá en la tierra

enamorados y gozando ya, á manera de ángeles, de Nuestro Señor, presente, vivo y predicador constante y perpetuo de todas las virtudes en el divinísimo Sacramento del altar; de la Madre de Dios, y al mismo tiempo vida, dulzura, esperanza y madre nuestra; del Verbo Divino Encarnado, el gran misterio de amor y unión entre el cielo y la tierra, entre el Criador y la criatura racional; del Espíritu Santo, fortaleza invencible y vida de la Iglesia católica y de los corazones de los hombres; de San José, modelo de las almas castas, de esposos limpios y humildes, custodios, y no tiranos, de sus esposas, y espejo de padres ejemplares y buenos gobernadores del hogar doméstico. Tales son los puntos capitales que en sus libros desenvuelve por modo sin igual el Beato Juan de Ávila, llamando á todos los hombres á la paz de Dios aquí en la tierra, y después allá, en la eternidad, al goce sin fin de la bienaventuranza perdurable.

José Fernández Montaña,
Presbítero.

D. S. B.

Acabóse de imprimir este Prólogo y esta nueva edición, en la imprenta de San Francisco de Sales, á fines de Noviembre del año 1895.

TRATADO PRIMERO

De la Encarnación del Hijo de Dios.

Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.

"Ves aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra."

(Luc., I.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

Día es hoy de buena nueva; si calláremos, grande culpa será nuestra; hoy se hizo Dios hombre por los hombres; si se hiciera piedra, ¿qué hicieran hoy las piedras? ¡Qué de gracias le dieran por tan grande merced y misericordia! Las buenas nuevas que tal día como hoy se trajeron al mundo, se notificaron primero á la sacratísima Virgen Señora Nuestra, y verdadera Madre de Dios. Y porque cada día que predicamos decimos la salutación pidiendo gracia á la Virgen, es bien que la digamos hoy, pues tal día como hoy se dijo.

El santo Evangelio cuenta hoy esta santa salutación y dichosa nueva (Luc., I): *Missus est angelus Gabriel a Deo.* Cuando quiso Dios hacer misericordias al mundo, cuando quiso mostrar hasta dónde llegaba su amor, anduve yo buscando qué día fué este, cómo llamarle, y no pude hallar, ni supe darle nombre. ¿Qué día es hoy? Día de tales nuevas, llamémosle día de las misericordias de Dios (Daniel, III): "Bendigan al Señor todas sus obras." Si le llamamos día de las misericordias del mundo, eslo; si día de redención de cautivos, eslo; si le llamamos día

de desposorio, eslo; si día de dar grandes limosnas, eslo también. El que supo é hizo la misericordia, Él sea el que nos dé á entender el día que es hoy, y nos dé á entender cuán grande sea la gracia que hoy recibió el mundo, y la ponga en nuestros corazones, para que la conozcamos y agradezcamos.

Cuando vino el tiempo de derramar Dios sus misericordias en el mundo, fué tiempo de enseñar á los hombres hasta dónde llegaba, cuánto se extendía su misericordia. ¿Hasta dónde? Dice San Ambrosio: tú que lees esto, mira la letra y nota el santísimo misterio, casada y en cinta, casada con hombre y en cinta de Dios; casada y en cinta por Espíritu Santo; nota el misterio tan alto. Cada una de nuestras Iglesias cristianas está casada con uno, y en cinta de otro; casada con el Prelado, con el Pastor, y en cinta de otro, que es Dios eterno; casada con hombre, y en cinta de Dios, que es el Prelado y el predicador. Están las ánimas casadas con Él, mas allá dentro entra Jesucristo en sus entrañas, y las fecunda con su virtud y con su palabra para que hagan frutos saludables. No sabré yo decir este misterio santo (Isa., VI): "Yo esconderé—dice Dios—esto de vuestros ojos, esto que hago, este gran secreto no sabrá nadie hablarlo, no lo alcanzará ningún entendimiento de carne." Bien lo sabemos, que en aquel día quitaré la maldad de la tierra, quitaré los pecados del mundo, lavaré todas vuestras manchas. Gloria sea á Vos, Señor, para siempre.

Esto mismo de hoy dijo el Profeta Daniel, cap. IX: *Consummetur praevaricatio, et finem accipiat peccatum, et deleatur iniquitas, et adducatur justitia sempiterna, et impleatur visio, et prophetia, et ungatur Sanctus Sanctorum:* dijo, que en este tiempo se acabaría la prevaricación, sería quitado el pecado, traerse ha la justicia sempiterna, cumplirse han las visiones cuando fuere ungido el Santo de los Santos. Hoy se quita y se ha de quitar el pecado, y se da la justicia; pues que vino tiempo en que quiso Dios dar su misericordia, y enseñar hasta dónde llegaba el amor que á los hombres tenía. Envía Dios su mensajero, un arcángel con la embajada, que la venga á traer á la Virgen. Así hizo Abraham cuando envió por esposa para su hijo Isaac. Llama Dios un Grande de su casa, un arcángel, dale una embajada que venga á traer para una doncella desposada con un varón, cuyo nombre era Joseph, y el nombre de ella era María.

¡Oh, bendito sea Dios, que hay un Nazareth, una ciudad, según la honra del mundo muy baja! Allí pone Dios sus ojos, allí vino el arcángel, y supo bien la casa. Tomaría figura de hombre, entra en la casa, halla á la Virgen sola y en oración, híncase delante de ella de rodillas, allí muy cerca de ella, que hasta hoy se ven las señales; un marmolito está donde estaba la Virgen, y otro donde estaba el arcángel. Habla á la Virgen, propónele su embajada, y dice (Luc., X): *Ave gratia plena, Dominus tecum;* Salve, llena de gracia, el Señor es contigo, el Señor sea contigo, que todo está bien. Saludóla como se usaba entonces saludar: Paz sea con vos. El Señor lo mandó así: Cuando entráredes en alguna casa, decid: Paz sea en esta casa. Dice después la Glosa: Quien dice paz, desea paz, y dice todos los bienes juntos. Paz sea á ti, Señora. San Lucas dice, gozo: todo está bueno. Gozo sea á ti, paz sea á ti, pues tiene de venir á ti el que pacificará, alegrará y dará gozo al mundo. Razón es que os gocéis; razón es, Señora, que probéis de la fruta que habéis de dar al mundo. Dios te mantenga, Dios te salve llena de gracia, el Señor sea contigo.

Gran salutación fué aquésta, buena nueva fué ésta. Bienaventurada doncella, no fué liviana en el creer como Eva; alzaría sus ojos y su corazón á Dios, y no respondió. Esto tiene la virginal pudicia, que luego se turba. Veía un hombre delante de sí la Virgen, díjole que estaba llena de gracia, y era graciosa, y alabándola túrbase ella.

No hay cosa de que tanto se turbe el humilde, y más mal suene á sus orejas, que es verse alabar. ¿Qué será esto? ¿Si es de Dios ó no es de Dios? Buen aviso. ¿Qué recio engaño será pensar que le viene á uno el Espíritu Santo, y venir el espíritu malo? Y por eso cuando os viéredes en duda, pedid lumbre á Nuestro Señor para que podáis conocer si lo que os viene es espíritu bueno ó espíritu malo; y así la Virgen no responde nada. Y como el arcángel la vió así turbada, proveyóla á su turbación, y díjole (Luc., I): *Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum.* Esta gracia que os digo no es acá á los ojos de los hombres, no traigo embajada de hombres, no vengo de mala parte; la gracia que os traigo no es de hombres, sino de Dios. Entonces aseguróla Dios. Propone el ángel su embajada; la mayor embajada, la mayor y más alta que nunca jamás se dió. Bienaventurada mujer que tal oyó, y vientre que tal recibió.

Estad atenta, doncella: El Señor os manda decir (Luc., I): *Ecce concipies, et paries*. Oid, Señora, estas grandezas: concebiréis y pariréis un Hijo, y llamarse ha Jesús, que quiere decir Salvador. Este será grande, y llamarse ha Hijo del Altísimo, y reinará, y no habrá su reino fin para siempre. ¡Oh, bendito sea quien tal Hijo nos dió! Será grande, y tendrá, no aquel reino cortillo de Judea de cien leguas; mirad qué grande reino, mirad qué reino de cien leguas; darle ha la silla de David su Padre, no aquel reino, sino el figurado por Él; que aquel reino de David era muy pequeño, este muy grande; el de David temporal, éste espiritual; el de David se acabó, el otro nunca se acabará. Darle ha el reino de David, y reinará en la casa de Jacob para siempre. ¿Por qué dijo más en la casa de Jacob, que en la de Abrahán y de Isaac? Porque de los que descendían de Abrahán, Isaac fué fiel, Ismaél infiel. En los de Isaac, Jacob fué fiel y muy amigo de Dios, y Esaú fué malo; en la casa y familia de Jacob todos fueron fieles y creyentes. Reinará en la casa de Jacob, conviene á saber, en los que conocen á Dios, en los buenos, y su reino no se acabará.

¡Qué gentil Mesías tuviéramos, que reinara cien años y se acabara su reino, y luego viniera otro! Nuestro Rey y nuestro Mesías para siempre tiene de reinar, y su reino no se acabará, que allá donde está en el cielo, acá reina y rige, acá te mantiene, y te defiende, y sustenta, y alcanza gracia y perdón de los pecados, y te libra de los demonios, te consuela en los trabajos, y finalmente te da todos los bienes. Prosigue la embajada del arcángel, y dice: será llamado este vuestro Hijo, Hijo del muy Alto. Este será llamado, *frase hebrea es*, tanto quiere decir como será. ¿Qué mujer sin preguntar ni dudar no recibirá tal Hijo de buena gana? Es tanto el contento que de su virginidad y limpieza tiene la Santísima Virgen, que responde al Arcángel: ¿Cómo se hará esto? Espántame esto ¡Oh limpieza, que tan amada eres de la Virgen! ¡Oh entrañas limpísimas, que sellado está en vuestro Corazón el amor de la virginidad! No sin causa preguntáis: Angel, ¿cómo se hará esto, que no conozco varón? No es palabra de incredulidad. Mira que tanto amor tiene la Virgen á su limpieza, que no trueca su virginidad por Madre del Hijo de Dios. No dice si será ó no, que no lo duda, mas dice: Enséñame cómo será, que yo he propuesto y determinado de no conocer varón. Ya lo he dicho otras veces esto,

que vale tanto como cuando decimos acá: No cómo carne, quiero decir, tengo propuesto de no la comer en toda mi vida. ¿Cómo tengo de concebir? ¿Cómo ha de ser esto? Que yo no querría perder mi limpieza, ni querría desobedecer á Dios. Declaradme esto que os pregunto, si se me quedará mi limpieza, que á Dios bien sé que todo le será posible.

¡Qué ejemplo para doncellas! En todo quiere agradar á Dios. ¡Oh bienaventurada doncella, que no osa trocar su virginidad por ser Madre del Hijo de Dios! ¿Cómo será esto? Responde el ángel, que no sabe, que no es él el que ha de entender en el negocio, que él por mensajero viene á negociarlo, de parte de Dios viene, que el que lo ha de hacer es el Espíritu Santo, que Él sólo es Santo, mas la virtud y fuerza del Altísimo os hará sombra, os esforzará, os enseñará, os sustentará; que no es tan bajo este negocio que basten vuestras fuerzas para ello, mas la virtud y fuerzas del muy Alto os hará sombra. Frase hebrea es ésta. Y por eso lo que de ti naciere será llamado Santo. No masculino, sino neutro; para que sepas que no tomó persona, sino nuestra naturaleza. Será hijo, no de José, no de hombre, Hijo del muy Alto, concebido por el Espíritu Santo. Como sea santo, no puede hacer cosa que no sea santa, será llamado Hijo de Dios. Mirad, doncella, para que alabéis á Dios, para que le deis muchas gracias y veáis sus misericordias, dice el ángel, vuestra parienta Elisabeth, que es vieja y mañera, porque no os espantéis de lo que os he dicho, en su vejez ha concebido un hijo, para que sepáis que no hay para Dios cosa imposible, y por eso os lo represento, pues aquello es posible, esto también. Esta es la embajada, yo espero vuestra respuesta, y la Santísima Trinidad espera vuestro consentimiento: ¿qué respondéis?

Cuando la sagrada Virgen oye las grandes mercedes que de parte de Dios le promete el ángel, asegurada de Dios que lo que le promete hará de su parte, hincadas las rodillas, sus ojos y el corazón en el cielo puestos, dice humildemente y con reverencia: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.* "He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra." En aquel momento entró el Verbo divino en sus entrañas, y quedó hecha la mayor obra que se hizo ni se hará para siempre jamás. ¿Pues por qué se llama esclava y se abaja? Así lo quiere Dios, y es razón que la que tal Hijo recibía, y tanto se abajó,

que la ensalcen y la confiesen por Señora, y la honren los hombres y los ángeles, y los arcángeles, y por tal la tengan y reverencien en los cielos y en la tierra, á la que tan bien supo abajarse y recibir la embajada de parte de Dios. Grandísimo gozo recibió hoy la Virgen con esta embajada; y pues ahora cada vez que se la decimos se alegra, y para que la sepamos saludar y contar estos misterios, pidámosle que nos alcance el espíritu con que Ella la oyó, para que la sepamos agradar. ¿Quién hablará? ¿Quién hablará los poderíos del Señor? ¿Quién entenderá sus misericordias? ¿Habéis encontrado con algún libro en que hayáis leído las misericordias de Dios? ¿Habéis visto libro que las diga?

Andaba Moisés apacentando su ganado, y mételo allá en lo más dentro del desierto, y andando él bien descuidado, vió estar una zarza que ardía y no se quemaba; espantóse cómo ardía y no se quemaba. Por cierto que tengo de llegar allá y ver esta gran maravilla. ¿No hay más Moisés? ¿No hay más? Va allá, y ya que llega cerca, halla que estaba Dios en la zarza. Mirad por vuestra vida quien vió á Dios en la zarza, y dícele desde allí: Moisés, no te llegues acá, muy recio vienes, mira que la tierra donde estás santa es. ¿No hay más sino venir á ver? Descálzate. ¿Estaba más santo por estar descalzo? Descálzate, no traigas tu seso, no tu razón, no tu fuerza, no tu saber, quita allá eso que no vale nada, otro espíritu has menester, otra fuerza, otro entendimiento; descálzate, no eres nada, no vales nada, ¿pensabas que no había más? Cata que estás cerca de Dios, cerca de aquel de cuya Majestad tiemblan los ángeles.

Habla Dios desde la zarza (Exodo, III): *Ego sum Deus Abraham, Deus Isaac, Deus Jacob.* Maravilloso Dios, ¿y estáis en la zarza? ¿Qué manda vuestra Majestad? Yo tengo orejas para oir y ojos para ver las penas que padece mi pueblo: yo he oído las voces que me dan en Egipto: yo he visto su afligimiento, y viendo lo que pasa he descendido acá á librarle. Cata que te mando que vayas á Faraón, y le digas esto y esto de mi parte. Admirable es por cierto la visión, más maravilloso es su cumplimiento. ¿Quién entenderá las misericordias del Señor? ¿Quién su consejo? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Si nos entramos al desierto, si llevamos nuestras ovejas á lo más secreto, si nos retraemos á lo más interior de nuestros corazones, veremos la visión de Dios, que cerca está, que arde y no se quema,

que ven vuestros ojos una doncella virgen en cinta; está Dios en ella y no se quema, preñada está y doncella: si nos acercamos á ver este misterio, decirnos han que nos vamos para necios: quitad vuestras razones y naturalezas, descalzaos vuestros zapatos de cueros de animales, quita allá el saber y entender de carne (Cant., III): *Salid, hijas de Sión, y veréis al Rey Salomón coronado con la corona, con la cual le coronó su madre en el día de su desposorio.* Pidamos á Nuestro Señor gracia para que sepamos recibir, y gozar y entender algo de este misterio.

No te llegues con corazón profano y deshonesto: desnuda tu razón, llégate con pies descalzos, desconfiado de ti, desarrimado de ti, arrimado y pidiendo socorro á Dios. ¿Qué es esto? Llegaos un poco: ¿qué tiene esta doncella? ¿Qué fuego es éste que tiene dentro de sí? Responderos han: No ángel ni arcángel, sino el mismo Dios que está en ella. Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, Dios de Jacob. ¡Oh, bendito seáis, Señor, y glorificado para siempre, y los ángeles te adoren y reverencien para siempre! ¿Qué hace el Dios grande encerrado en una doncella? El nombre de la ciudad de Dios (Ezech., XLVIII), *Dominus ibidem:* el nombre del Hijo de la Virgen y de Dios, *Emmanuel:* llamáis á la ciudad, llegaréis á la Virgen pensando que no hay más; responderos ha Dios en ella: Yo estoy aquí. ¿Qué hacéis, Señor, ahí en una doncella? Vi el trabajo y penas de mi pueblo y los trabajos y angustias que padece, y he descendido á librarlo yo. ¡Oh maravilloso Dios, daban voces los hombres, y todos los Profetas, que viniese ya el que había de venir!

Estaba el mundo cautivo en poder del demonio, y en grande angustia; grandes eran las fuerzas del demonio, y gran dolor era ver que obraba el pecado en los corazones de los hombres con eficacia. No hay otro remedio, dice Dios; yo sé lo que pasa mi pueblo; yo sé sus angustias, yo he habido compasión de los hombres, de los Santos Padres del limbo, de las sillas que están por reparar; yo he descendido y venido á lo librar. ¡Oh, glorificado seas, Señor, que va de lo uno á lo otro! Acullá envió á Moisés para que le librase su pueblo del cautiverio de Faraón, y quedóse Dios sin que le costase nada: ¿es acá así? No. (Exodo, capítulo III.) *Descendi ut liberarem populum meum.* Descendí á librar mi pueblo. ¿Qué os costará á Vos? Cuando Moisés libró vuestro pueblo echastéis muchas plagas á Faraón; ya le echáis

moscas de perros, ya ranas, ya otras cosas que les daban mucha pena y trabajo: ¿mas á Vos qué ha de costar? ¿Qué cosa es esto, Señor? *Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de coelis; et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, et homo factus est.* Hombres, es razón no tener ya el corazón de piedras, sino de carne, pues el Verbo de Dios es hecho carne por nosotros hombres, y por nuestra salud. Dios encarnó y fué hecho hombre; acullá se queda en la zarza, y no tocan á Él; acá desciende de los cielos, y queda hecho hombre. ¿Qué ha Dios con el hombre? Júntame esos extremos.

Dame hoy gana (si no lo hubiera con quien tanto sabe) de decirle: ¿Señor, sabéis lo que hacéis? ¿Qué cosa más alta que Dios? ¿Qué cosa más baja que el hombre? ¡Dios y hombre! Después que Adán pecó, hombre es nombre de deshonra, que hombre y pecador una misma cosa es. Y cuando San Pablo quiere reprender á alguno, llámale hombre (Rom., IX): *Non ne homines estis?* Y el Salmista (Psalm. III): *Ut sciant gentes, quoniam homines sunt.* Sepan que son hombres, que son pecadores y miserables. ¿Quién nunca tal pudo pensar? ¿Que el cielo con el suelo? ¿Que lo alto con el bajo? ¿Que el rico con el pobre? ¿Que el limpio con el sucio? ¿Que el oro con el lodo del hombre? ¿Qué es esto, Señor, que tan verdaderamente os habéis juntado con el hombre? (Genes., II): *Erunt duo in carne una.* ¿Qué es hacerse hombre? Hácese hombre, y no deja de ser Dios; dos naturalezas y una persona, de manera que se diga Dios, Dios Hombre, y el Hombre Dios, y lo que se diga del uno, se diga del otro. Casados están (Aug., II): *O mira Dei usque ad hominem exinanitio? O mira hominis usque ad Deum exaltatio!* Desciende Dios hasta hacerse Hombre, y sube el hombre hasta Dios: ¡qué baja y qué alta!

Para que sepáis cuánto puede Dios, y su bondad, es abajado á hacerse Dios hombre, hasta juntar la humanidad y darle supuesto y personalidad de Dios; y no son dos supuestos, mas dos naturalezas juntas: naturaleza humana y divina; y la humana está apersonada, está supositada y arrimada al Verbo divino; no dos personas, sino una, para darte á entender que pudo la bondad de Dios, sin ningún merecimiento, levantar aquella humanidad á supositarla en Dios y adornarla de tantas excelencias y gracias; y que el que tuvo bondad para esto, la tendrá para levantarte á ti del estiércol, para que seas hijo de Dios

por participación; que para eso lo hizo, para que vieses en la cabeza lo que había de pasar en los miembros. Que así como le vino á Él sin merecimientos, así te vendrá á ti sin los tuyos (Rom., VIII): *Praeclarissimum nobis proponitur exemplar predestinationis nostrae Dominus Jesus.* El dechado de la predestinación, si eres predestinado, si Dios te llama, justifica y salva, es porque es predestinado de gracia.

Casado está hoy el Verbo con aquella santa ánima y cuerpo. ¿Casados, Señor? Por eso decía que yo os lo dijera si no supiérades tanto, casados. ¡Tomadme esa igualdad! ¿Están aquí algunos que entienden en casamientos? ¡Tomadme por ahí esa igualdad de linaje! ¿Son para en uno? ¿Qué va de linaje á linaje? ¿De saber á saber? ¿De riqueza á riqueza? Grandísima diferencia, que los ángeles todos se espantan de las oir. ¿Quién viera descender hoy á Dios y abajarse? (digo abajarse Dios; nunca muda lugar, mas quiero decir, tomar aquella humanidad) desigual cosa fué; mas al fin aquella ánima y cuerpo limpísimos eran y santos; vuestro amor todo, Señor, lo pasa; todo lo sufre, todo lo enriquece en trueco de hacer misericordias. ¡Oh gran bien, oh grande honra! ¿Pensáis que no hay más sino casaros con esa humanidad? ¡Oh Rey mío, y los parientes de la Esposa son muy desiguales, pobres y desacatados! ¡Si viniese uno de las Indias con muchos dineros, si supiesen que daba limosna, qué harían de demandarle y cargar de él los parientes pobres! Pues mirad, Señor, que vuestra Esposa no debe nada, nunca pecó, limpísima fué en su concepción; pues mirad cuánto debemos los parientes, qué cargados de deudas estamos, qué enfermos, desterrados, condenados á muerte, desarrapados y enemigos de Dios, con mil deudas y trampas, y todas han de cargar de Vos. Si no fuérades, Señor, quien sois, yo os dijera: Señor, ¿sabéis lo que hacéis? Todos los pecados de los hombres han de cargar sobre vuestros hombros: Vos lo habéis de pagar, sobre Vos han de caer todos, que no os han de soltar nada.

¿Sabéis con quién os casáis? ¿No os deshonráis de los parientes de la desposada? ¿Hijo de Padre tan rico en el cielo, venís acá á la tierra á casaros y vivir entre gente tan pobre? Si fuérades, Señor, algún avariento que no os movieran las necesidades de los otros, no fuera mucho en ello; mas siendo Vos, Señor, tan amoroso, tan misericordioso, y que dais las entrañas á quien veis con necesidad, ¿cómo os ponéis entre

tantos pobres? ¿Qué habéis hecho? Que han de cargar sobre vuestros hombros las necesidades de todos, y lo que el otro pecó en su carne, y lo que el otro pecó en su locura, y el otro en su adulterar y en su blasfemar. ¿Qué habéis hecho, Señor? Decirlo he, Señor. Bendígante los cielos y la tierra; yo haré que feo ames, y hermoso te parezca. No hay más; fué casamiento por amores; quiso bien el Padre que tal casamiento é Hijo nos dió (Joann., III): *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Quísonos bien el Padre, quísonos bien el Hijo que tal consintió, quísonos bien el Espíritu Santo que tal ordenó. ¿Para qué lo dió el Padre? Para que muriese y lo despellejasen, para que lo casasen con la esclava. He aquí la esclava del Señor. Lo que nace de la esclava esclavo es, aunque sea hijo de libre; porque el parto sigue el vientre. ¿No es así? Esclava se llama la Virgen, y esclavo se llama lo que de ella nace (Psalm. CXV): *O Domine quia ego servus tuus sum, et filius ancillae tuae!* ¡Oh Padre, yo soy tu esclavo, é hijo de tu esclava! Esclavo fuiste, Señor, ¿quién te aherrojó en esa cruz con clavos? (Luc., XXII): *El Hijo de Dios no vino á ser servido, sino á servir.* Esclavo fuiste de los hombres, pues los serviste, y á duras penas te lo quieren agradecer.

¡Oh, bendita tu bondad, y maldita nuestra maldad! ¡Que envió Dios á su Hijo al mundo para que remediase los hombres! ¿Qué fué esto, Señor, qué te movió? *Quae te vicit clementia, ut ferres nostra crimina* (*Hymnus*). ¿No bastara enviar un Moisés (Isa., XLVI): *Non angelus, non legatus, ego feci, ego feram, ego portabo, ego salvabo.* Oidme, pueblo mío, los que os traigo criados en mi vientre, dice el Señor: Yo os hice, yo os sufriré, yo os llevaré, yo os salvaré, yo os llevaré encima de mis hombros; porque yo os hice, yo os llevaré, y os salvaré hasta la vejez, hasta vuestras canas os esperaré. ¡Bendito seas Tú, Señor, que el que hizo el vaso lo vino á soldar, y aquel á cuyo molde se hizo, Él mismo le vino á remediar y amoldar!

Descender quiero, dice Dios; ¿qué fué esto? Dios os guarde de amor. Quísonos bien el Padre y el Hijo, y el Espíritu Santo. Este negocio es todo amor. No pidas igualdad, no te metas en ese trabajo, no pidas razón de amor; es amor; ¿habrá ojos para ver esto, que por el grande amor que nos tuvo se abajó y se

encerró en el vientre de la Virgen, determinado de pagar y padecer y morir por los hombres, y pagar todas su deudas, aunque á Él le cueste la vida? Es esclavo; ¿qué es razón que hagamos nosotros? Bien sé yo lo que hizo, que aun viniendo Él y pasando lo que pasó, no lo queremos agradecer. Qué, ni aun dar un cuarto por Él. ¿Qué hiciera si Él no viniera? ¿Qué es razón que hagamos? ¿Qué? dice San Pablo (Philip., II): *Si qua consolatio, si qua viscera misericordiae, implete gaudium meum.* ¿Habéis visto lo que he hecho por vosotros? Si alguna consolación, si algún amor me tenéis, si no sois piedras, ruégoos que en esto cumpláis mis deseos. *Implete gaudium meum ut idem sapiatis, eamdem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes, superiores sibi invicem arbitrantes, non quae sua sunt singuli considerantes, sed quae aliorum. Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu: qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo: sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo.*

¿Habéis oído lo que os he dicho, y qué es la causa que tenéis para padecer? Pues ruégoos que sintáis lo que Jesucristo Nuestro Señor hizo por vosotros. ¿Qué tanto se abajó? ¿Qué tanto? ¿No os han dicho que siendo Hijo natural de Dios se hizo extranjero? ¿Y no tenemos algún agradecimiento? ¿Ruégote que sientas en ti lo que Él sintió en sí; que siendo Dios, pudiéndo se tratar como Dios, padeció, y se apocó, y se abajó hasta morir muerte de cruz; no porque no fué igual á su Padre, no quiso usar de su grandeza, ni de su alteza, mas apocóse, humillóse. ¡Oh inmensa bondad de Dios! Cómo se abajaba tomando forma de esclavo, y no de cualquiera esclavo, sino de mal esclavo, y por malo era tenido. Á los esclavos malos azotan y aherrojan. Por malo fué azotado, y abofeteado, y remesado, y puesto en la cruz; fué hecho hombre, cansóse, comió y bebió, durmió, padeció; mirad tan gran bajeza: y si Dios tanto se abajó, ¿es razón que el hombre tenga ya presunción? ¡Qué! (Aug.). *Ubi exinanivit se maiestas ibi inflatur servus?*

¿Qué diremos á los que pecan? ¿Qué diremos á los que tienen fantasías? ¿Qué diremos á los que andan en puntos con sus prójimos? ¿Habíame de decir él esto? ¿Habíale yo de consentir esto otro? ¿Qué diremos cuando en juramentos, cuando en honras? Yo me abajaré—dice Cristo— ¿es razón que el esclavo se

ensalce? Yo me abajaré para subir el hombre; no andéis ya en celos de envidias, cada uno tenga al otro por mejor. El que en menos se tuviere, aquel es el que vale más, á semejanza de Dios, que siendo Dios, y estando en forma de Dios, y en su gloria, vino y se vistió de forma y hábito de esclavo, y donde Él no podía morir, tomó forma mortal, porque el amor hace grandes cosas y padece mucho; hace el amor que padezcas penas, y que el otro descanse; que tú enfermes para que el otro sane, que se abaje para levantar al otro; que el amor (II Cor., XIII) *non quaerit quae sua sunt, sed quae Jesu Christi, sed quae aliorum.*

Este amor prevaleció tanto en Dios, que lo tenemos hoy Dios y hombre, no porque era el amor su descanso, sino de los otros (Philip., II): *Hoc sentite in vobis.* No cumpláis con vosotros, sino con los otros, pues tanto pudo el amor con Dios, que le hizo hacerse hombre y padecer tanto por los hombres; pues razón es que pierdas ya tu sosiego por el prójimo porque él lo tenga; que te metas en trabajo por sacarlo á él; que por darle la vida mueras, pues este amor venció á Cristo á morir por ti. Pues si ves á Dios que perdió su descanso por los hombres, ¿qué es la causa que no te humillas para alzar á tu prójimo? No cumplas contigo por cumplir con los otros, pasa necesidad por remediar á los otros; toma ejemplo en Cristo, que siendo rico se abajó y se hizo pobre; siendo alto se hizo bajo; siendo honrado tomó deshonras. Cásase con el hombre, olvídase de su grandeza, disimula su divinidad. Aprende, aprende, cristiano, ¡Dios hombre por amores! Razón es, que como la Virgen dice (Luc. I): *Ecce ancilla Domini*, así como Cristo dice: He aquí tu siervo, así tú digas: He aquí que soy esclavo, no se haga mi voluntad sino la vuestra; como Él dijo al Padre.

Yo soy vuestro esclavo, hágase vuestra voluntad; en tiempo próspero y adverso, en la vida y en la muerte, ahora y para siempre llámate á boca llena esclavo de Dios, pues que la Virgen así se llama. Señor, ¿que vistéis en Ella? ¿Por qué os agradasteis? (Genes., XXIV): "Corre, ve—dice Abraham á su criado—búscame una mujer para mi hijo." Fuése allá á su tierra, pónese junto á una fuente, está allí esperando que saliesen las doncellas por agua, alza los ojos á Dios y dice: Señor, declaradme cuál ha de ser la que yo debo tomar por esposa de su hijo de vuestro siervo Abraham. Dice luego: Señor, esto tomo por se-

ñal, que aquella á quien yo le pidiere de beber y dijere: Bebe tú y también daré á tus camellos de beber, esto tomo por señal. Dicho y hecho; he aquí viene Rebeca, una hermosísima doncella, y escondida, que aunque escondidas, salían todas por agua; no había tanto mal como hay hoy en el mundo. Cogió su cántaro de agua, llegóse á él y saludóle, y dícela: Dame de beber, doncella; vino ella, y con gran diligencia y humildad quítase el cántaro de su cabeza, y dale á beber, y dícele: Y á tus camellos y todo daré á beber; y vierte presto su agua, y dales de beber á los camellos. Estábase el otro espantado, y dijo: Verdaderamente ésta es la que Dios ha encaminado para mi señor. Preguntóla cuya hija era; como supo era hija de un hermano de Abraham, holgóse en gran manera, y abre sus cofres y saca muchas joyas, saca manillas, y póneselas en los brazos, manos y orejas; tráela para que su señor se case con ella.

¿Qué es la señal en que se verá que la ha de tomar por esposa su señor? La señal que se da es: la mujer á quien yo pidiere de beber, y no solamente me diere á mí, mas á mis camellos, aquella es la que Dios tiene para esposa de mi señor. Viénele el ángel con la embajada de Dios, danle por señal: Aquella que no solamente diere lo que le pido, sino más de lo que yo le pido, esa es la que tiene Dios por esposa del Verbo eterno su Hijo. ¿Qué tiene que ver Rebeca con María? Si Rebeca es sabia, mucho más es María; si Rebeca es escondida, mucho más es María; si Rebeca es hermosa, mucho más María; ¿qué tiene que ver la caridad de Rebeca con la de María? Qué gran cosa era aquella señal, que diese de beber á quien llegase á una fuente con sed. Una ha de ser la esposa del Verbo, que esté tan llena de misericordia, llena de amor, llena de entrañas de caridad, que no le pidas cosa que no te la dé; que se quite el cántaro, y te dé agua de gracia que en tus tribulaciones sientas su ayuda.

¡Oh, válgame Dios, y cuándo ha de salir á plaza este libro, en que se lea todo lo que por esta Virgen se hace y por sus oraciones! Cuándo será el día que saldrá uno y dirá: yo tenía un pie en el infierno, y por ruego de la Virgen me libró y me perdonó Dios; cuándo saldrá otro y dirá: á mí me libró de tales pecados; otros de tales peligros de la vida; cuando viéremos que llamando á la Virgen ayuda y socorre, y no solamente da

lo que le piden, sino más. La sujeta á la voluntad de Dios, dice: Hágase en mí según tu voluntad. Yo esclava soy, y para consuelo de todos. Pues si Cristo se llama esclavo del Padre, y la Virgen se llama esclava, ¿qué haces, cristiano? (Jerem., XIII): *Usquequo delitiis dissolveris filia vaga. Quia creavit Dominus novum super terram: foemina circumdabit virum.* Ya tenemos á Dios por nuestro hermano, carne de nuestra carne, y hueso de nuestros huesos; hoy se ha engendrado. Así lo decía Moisés al pueblo: Es nuestro hermano, nuestra cabeza, nuestro amigo, y todo nuestro bien; vino acá á santificarte y quitarte todos los males.

Doncella, ánima cristiana, si te has apartado de Dios no es esa tu tierra; tu ciudad el cielo es, es el servicio de Dios, la caridad es tu guarida, el cielo es tu refugio; torna, torna á Dios, arrepiéntete y vuélvete á Dios, y Él te recibirá: ¿hasta cuándo has de huir de Dios? ¡Oh, que no me quieren recibir! Sí querrán, que una cosa ha hecho Dios nueva sobre la tierra: *Virgo circumdabit virum.* ¿Quién desmaya, que aunque esté á la puerta del infierno, le puede y quiere sacar, si el hombre se quiere ayudar con hacer lo que es en sí? ¿Para qué temes? ¿Dios no se hizo hombre para que los hombres seamos dioses por participación? Aparejado está para darte gracia y después gloria.

TRATADO SEGUNDO

Del glorioso San José, esposo de la Virgen María Nuestra Señora.

Cum esset desponsata Mater Jesu, Maria, Joseph.

"Como fué desposada la Madre de Jesús, María, con José."

(Matth., I).

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

Condición es de las buenas mujeres casadas encubrir las faltas de sus maridos y publicar las virtudes que tienen, deseando que todos los honren y sirvan; porque como la honra de la mujer sea el varón, el mal ó bien que ella de él dice, de su misma honra lo dice, de su misma persona lo dice, pues ella y él una cosa son.

Seguros estaremos que esta sagrada esposa y Virgen María no descubrirá faltas de su esposo el Santo José; porque ni él las tenía, y aunque las tuviera, ella no las dijera; pues tenía mayor virtud que Santa Mónica bienaventurada, de la cual cuenta su hijo San Agustín, que aunque su marido la maltrataba y era de ruines costumbres, á nadie se quejaba ni descubría las faltas de su marido.

No cupo, pues, en la boca de la Virgen decir mal del Santo José; mas decir muchos bienes de él, y honrarlo, y desear que todos dijesen bien de él, y agradecerlo á quien lo dijese. Cierto es así, que si por nosotros no queda, tenemos muy cierto el favor de Jesucristo Nuestro Señor y de su Madre bendita, para

saber contar las grandezas de este bienaventurado Santo; pues así como todo lo que se dice en alabanza de la Virgen bendita, dice San Jerónimo que resulta en honra de Jesucristo Nuestro Señor, su Hijo bendito, así todo lo que se dijere en alabanza del Santo José resulta en honra de Jesucristo Nuestro Señor, que lo honró con nombre de padre, y de la Virgen Santa María, de la cual fué verdadero y castísimo esposo. El Señor querrá que su santo ayo sea honrado, y la Virgen que digamos bien de su esposo, y Él y Ella lo agradecerán, y copiosamente galardonarán. Y así porque conviene á la honra de Dios, como por ganar tal galardón, comenzaremos esta santa historia en alabanza de este glorioso santo esposo de la Virgen.

Antes que del todo nos ocupemos en decir las señaladas y grandes misericordias y particulares privilegios que el Señor dió al bienaventurado San José (que cierto son tales que bastan para poner en admiración á cielos y tierra, y para rastrear por ellos la grandeza de la bondad divinal, que sube al pobre y menesteroso á tan grande alteza de honra, como á este Santo subió); antes, pues, que nos metamos en este golfo, conviene que cumplamos con el santo Evangelio, el cual aunque breve en palabras es copioso en sentencias, y que comprende los caminos de Dios, por donde viene y trata con los suyos, y los suyos con Él. La cual doctrina no es de estimar en poco, pues si está ignorada andaremos errados como gente que no acierta el camino, y camino que lleva á Dios; y ay de aquel que lo errare. Tres cosas nos declara este santo Evangelio que acaecieron á estos santos desposados José y María: conviene á saber, las grandes mercedes que Dios les hizo, la tribulación y prueba en que Dios les metió, y el piadoso socorro que en el tiempo de la mayor angustia les envió.

Notad bien y sabed considerar estas tres cosas, porque en ellas se encierra lo que nos acaece, no sólo en un día, mes ó año, mas en toda la vida que en este destierro vivimos. Lo primero de todo que nos acaece es recibir misericordias de Dios; y ninguno pudo tanto madrugar á hacer á Dios algún servicio, que no hubiese Dios madrugado más á hacerle mercedes; y no sólo es primero en dar, mas aun en dar lo que á Él se le da. ¡Qué gran verdad dijo el Rey Salomón, hablando con Dios! Todas las cosas, Señor, que tenemos y que te ofrecemos tuyas son, y lo que te damos, de tu mano lo recibimos. No se gloríe nadie de

lo que hace por Dios, pues cuanto más le da, tanto más recibe, y tanto más le debe, según dice la Iglesia Señor, de cuya mano viene que tus fieles te sirvan digna y loablemente. No puede ser visto el sol sino con lumbre del mismo sol, ni podemos agradar á Dios sino con la gracia del mismo Dios; y cuando corona y galardona nuestros merecimientos, es galardonar las mercedes que primero nos hizo.

A Dios se debe la gloria de todo lo bueno, porque de Él, y por Él y en Él son todas las cosas, y á Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén. Gran parte de estas misericordias cupo á estos dos bienaventurados casados, la Virgen bendita y San José, y entre ellas fueron muy grandes las que entre manos tenemos; conviene á saber, que la desposada fuese hecha verdadera Madre de Dios, y San José, hombre bajo, según el mundo, y oficial carpintero, fuese levantado á tanta honra de ser verdadero esposo de la Madre de Dios, y de ser llamado padre, y tomado por ayo de aquel que tiene al Eterno Padre por Padre, y que es criador de los cielos y tierra. Misericordias grandes, y tan grandes que otras iguales no fueron oídas, y bastantísimas para que ellos fuesen agradecidos á Dios, y para que cantasen sus alabanzas y con todo su corazón se alegrasen en Dios. Mas mirad, que cuán grandes fueron éstas mercedes, así fué grande la tribulación que tras ellas el Señor envió, cuya costumbre es enviar hiel después de la miel, y probar á sus amigos tentándolos, como hizo á Abraham.

Del Señor leemos que en su santo bautismo fué declarado por voz celestial por Hijo carísimo del Eterno Padre; mas tras este favor se siguió ser llevado al desierto á ser tentado del enemigo. No se engañe nadie ni se tenga por seguro, porque sea recreado del Señor con mercedes y consolaciones, ahora sean espirituales, ahora corporales. Menester es entender muy bien este negocio; y por no lo haber hecho así, han venido desastres no pequeños á muchos, que holgándose con lo próspero presente, dijeron lo que David (Psalm. XXIX): *Yo dije en mi abundancia no seré movido para siempre.* Y como sucedió la tribulación, y no estaban apercibidos para ella, cayeron muy fácilmente, y perdieron lo que habían recibido; lo cual, ó no se cobra, ó se cobra con dificultad.

Sepan todos que el lugar verdadero del gozo y descanso y prosperidades, el cielo es; y quien de estos bienes quisiere ser

rico, sin temor de perderlos, desee ir allá, y procure de ir allá; mas este destierro es lugar de trabajos, es una trabada pelea, es un mar de amargura y una tentación sobre la tierra; y cuando Dios da alguna consolación ó prosperidad, no es para que el hombre goce de ella, parando en ella, sino ó porque no desmaye en las tribulaciones que tiene, ó porque cobre fuerzas para vencer las que le quieren venir.

¿Para qué dan armas á un soldado, sino para que esté aparejado para la guerra? ¿Para qué dan de comer á un jumento, sino para echarle muy buena carga? Así, hermanos, pensad, y con estos mismos ojos mirad las mercedes que Dios os envía, que son ó para esforzaros en la guerra que tenéis, ó para avisaros que presto la habéis de tener; porque Él es amigo de tener amigos probados, y no puede haber prueba sino con tribulación, ni pueden entrar en el cielo si no caminan por el desierto, ni celebrar Pascua de Resurrección si no pasan por Viernes Santo, que es día de Pasión.

Tornemos á nuestros Santos desposados, María y José. Qué ricos, qué honrados, qué ensalzados en el acatamiento de Dios, ella con tal Hijo, y él con tal esposa, y con ser ayo del Hijo de Dios. Y tras esto viene que José vió á Nuestra Señora estar en cinta, por tener su seno crecido; de lo cual recibió tan grande alteración y tristeza entrañables cual no se puede decir. ¡Oh bienaventurado varón, y de cuántas angustias es tu corazón conbatido, y cómo Dios te ha lastimado en las mismas niñas de tus ojos, pues ves preñada á tu esposa, y nunca has llegado á ella, ni pensaste llegar; porque ella y tú entrambos tenéis hecho voto de común consentimiento, de guardar virginidad por toda la vida! Estaba el santo varón muy apretado y turbado, por una parte viendo lo que veía, y por otra parte acordándose de la bondad de esta Virgen y de las grandes señales que de sí daba para ser creída.

Sabía este santo varón que la mujer que tiene corazón deshonesto, tiene sus señales en lo de fuera, que dan testimonio de lo malo que tiene dentro de sí, pasos livianos, ojos altos, curiosos vestidos, holgarse de hablar ó de oir cosas no castas, falta de devoción y de temor del Señor, amiga de regalos y de ociosidad, dejarse vencer de los deleites de gula, que son camino para vencerse de los deleites de carne, y así otras señales, que aunque la lengua de la tal mujer suene castidad, ellas como más

verdaderas, por ser obras, declaran que hay deshonestidad; todas las cuales señales juntas y cada una por sí veía este glorioso Santo que faltaban en Nuestra Señora, y que toda ella, y todas sus costumbres eran más contrarias á deshonestidad, que lo negro con lo blanco, y eran tan predicadoras de la limpieza virginal que en su corazón y cuerpo tenía, que daban de sí un olor como bálsamo, y eran como resplandor de aquella pureza más que angelical que en su persona tenía.

Y cuando este santo varón se paraba á considerar las virtudes de ella, y su honestísima conversación, ó cuando le miraba su virginal y honestísimo rostro, parecíale cosa imposible caber maldad en vaso de tan excelente bondad, y hacer traición á Dios y á su marido la que con tanta lealtad servía al uno y al otro; y por aquel rato huían las malas sospechas, y reprendíase de ellas; pedía en su corazón perdón á Dios y á su esposa, y descansaba y estaba contento. Mas como era tiempo de tribulación y de prueba, y había determinado el Señor que este santo varón bebiese esta hiel y vinagre, tras este consuelo que recibía con estas buenas y verdaderas consideraciones, permitía que le viniesen otras contrarias á éstas, y dejábalo en su flaqueza para que fuese atormentado y fatigado con ellas.

Así como cuando se paraba atentamente á considerar las virtudes y honestidad de su santa esposa se deshacía la sospecha que de lo contrario tenía, así cuando la veía preñada se le entraba la sospecha en el corazón, y desaparecían las otras consideraciones; y si no se escondían del todo, no tenían tanta fuerza que librasen al Santo de angustia y sospecha; y así había pelea en su corazón entre unos pensamientos y otros, diciendo unas veces: ¿Cómo es posible que María mi esposa, de cuya bondad tanta experiencia tengo, haga traición? Y por otra parte, ¿cómo puede ser bien hecho estar en cinta, y no de mí? Gemía, llamaba el socorro de Dios, y no se lo daba, porque se lo guardaba para el tiempo de la mayor necesidad; y entretanto ya veía lo que podía sentir, pues esta pasión de celos concebidos, aun con pequeña ocasión, atormenta sobre toda manera á los maridos; tanto que en el Viejo Testamento proveyó Dios de particular remedio para que el marido que tenía celos de su mujer, supiese si era culpada ó no, yasí descansase.

En el cap. V de los Números se lee que cuando este espíritu de celos trajese fatigado un hombre, que llevase su mujer al tem-

plo y la presentase delante del sacerdote, diciendo cómo tenía celos de ella; y el sacerdote ofrecía sacrificio por ella, y luego escribía ciertas maldiciones, y lavábalas con agua, la cual agua había de beber, quisiese ó no quisiese, y bebida el agua decía el sacerdote: "Si tú no has hecho maldad á tu marido, estas maldiciones no te comprendan; mas si has sido adúltera, vengan sobre ti„; y ella respondía: "Amén, amén„; y así lo aceptaba Dios, que si estaba limpia de tal delito, ningún mal le sucedía, y si había adulterado, se le hinchaba luego el vientre, con otras claras señales, de lo cual venía á morir.

De aquí veréis cuánto atormenta esta sospecha á los maridos, y cuánto desagrada á Dios el adulterio de la mujer casada, pues para consuelo de los celos de él y castigo del pecado de ella daba Dios este remedio y manifiesta señal. Gravísimo pecado es delante de los ojos de Dios, y gravísima injuria hace la mujer á su marido, que siendo una cosa con él se parte y se hurta, y se entrega al que no lo es. Y así ninguna nación, por bárbara que sea, ha dejado este pecado sin castigo, por ser cosa impresa por instinto natural en los hombres pesarles mucho de que sus mujeres les hagan esta traición. Y por lo que ellos sienten cuando en esto les tocan, es mucha razón que se aparten con muy gran cuidado de hacer maldad con mujeres ajenas, pues entienden por lo que pasa por ellos, ó podría pasar, la grande injuria que al marido hacen y grave dolor que le hacen pasar. Nadie tenga en poco este pecado; todos huyan de lo cometer, y no les parezca que porque Dios no haya ordenado sacrificio para castigar al hombre adúltero como á la mujer adúltera, que por eso se deba atrever á cometerlo; porque aunque no lo castigue en los varones, mandando que los lleven al templo á examinar y manifestar su delito, mas no por eso le faltan otros muchos medios con que los castiga.

Atrevióse David, y siendo Rey, á hacer maldad con la mujer ajena; y aunque él procuró que su delito fuese secreto, mas no lo pudo esconder de los ojos de Dios, el cual manifestó en público lo que él había hecho en escondido, y le castigó con castigos terribles, entre los cuales fueron que su hijo Absalón se le alzase con el reino y persiguiese á su padre para le prender ó matar, y cuando no lo pudo haber, mandó que le sacasen á la plaza diez mujeres que su padre tenía, y debajo de unas cortinas, por hacer enojo á su padre, hizo maldad con todas

diez mujeres. Y cumplióse la amenaza que Dios le hizo diciendo: Tú pecaste en escondido, yo te castigaré en los ojos de este sol. ¡Oh pecado gravísimo, que por ser tal le parece á la divina Justicia ser término largo esperar á castigarlo en el otro mundo, y luego lo castiga en éste con diversos castigos, y algunas veces con que haya quien haga malas á las mujeres y á las hijas, como él hizo malas á la mujer é hijas ajenas!

Y pues ésta es cosa tan aborrecible á Dios y castigada de Él, todos huyan de caer en ella y de cosa que le parezca. Y las mujeres casadas, pues tanto lastiman á sus maridos los celos, no se contenten con no hacer esta maldad, mas vivan con grande cuidado de no dar ocasión al marido para que tan amarga sospecha y tal hiel y vinagre éntre en su corazón, porque tan descuidada puede ser en dar estas ocasiones, que aunque no sea mala en pecado de deshonestidad, sea mala y peque contra la ley del matrimonio, que le obligó á no dar enojo ni turbación notable á su marido, y otra mayor que ésta no la puede dar. Y también aviso á los maridos que no fácilmente reciban en su corazón este tirano, porque si de él se dejan vencer y llevar, vienen á grandes peligros de cuerpo y de ánima.

Cierto los celos son cosa que muchas veces el demonio procura, como cosa en que mucho gana, por ser muy dañosa á los que Dios juntó en el matrimonio. Hombres hay que ni pueden comer, ni beber, ni dormir, y se van cada día secando, y con la melancolía y tentación del demonio son tantas las sospechas que de sus mujeres tienen, y muchas veces sin causa ni ocasión, que les dan vida de galeras, y ellos la pasan peor. Hermano, ensanchad ese corazón, y entended que en ninguna manera podéis vivir en esta vida sin que os fiéis de alguno; porque si miráis á puédenme engañar, puede ser que me acaeca esto, toda vuestra vida será una temerosa congoja, una estrechura de corazón que tanto os apriete, que os haga vivir una miserable vida y aun hacer locuras con que se rían de vos. Claro está que saliendo de aquesta iglesia puede ser que alguno os esté aguardando y os mate, ó que en el camino caiga una teja del tejado y os descalabre; mas por eso no habéis de dar lugar al temor, porque es temor loco que nace de vuestra condición y melancolía, cuando lo tenéis sin haber justa causa para temerlo. Y así os conviene, cuando no viéredes suficientes causas para pensar mal de vuestra mujer, tener vues-

tro corazón sosegado, y resistir á los vanos temores y sospechas que vuestra condición ó el demonio os trae sin causa.

Si decís, ¿qué sé yo, si aunque mi mujer parece buena, no lo es? Dígoos yo, que si por esta regla os habéis de regir, también podéis dudar si Fulano y Fulana son vuestros padres. Cuando viéredes, hermano, suficientes causas para sospechar mal, poned el remedio; y cuando no, ensanchad vuestro corazón, y fiad vuestros negocios de la bondad de Nuestro Señor, y obedeced á su Mandamiento, que no queráis juzgar y no seréis juzgado; y que tengáis por bueno al que no conocéis por malo, y no penséis que porque vos por ventura habéis sido malo, también vuestra mujer lo es, ó porque habéis conocido algunas mujeres ruines penséis que todas lo son. Bondad tiene Dios para hacer buenos y santos, si ellos se disponen. Si vos lo hubiérades sido, y tratado con buenos, no os fuera tan difícil creer que vuestra mujer era buena; porque ordinariamente por su corazón juzga el hombre el ajeno.

Esto que á los maridos se dice, tomadlo también las mujeres casadas, cuyos corazones, por ser más estrechos, están más aparejados á dejarse vencer de aquesta pasión. Y cuando en ellas cae es una cosa de lástima ver el tormento que ellas reciben, y que á su marido dan, como nos lo declara muy bien el Espíritu Santo, diciendo (Eccl., XXVI): "La mujer celosa es dolor de corazón y lloro, y en ella hay azote de lengua que á todos se comunica „; y así es verdad que deshonra á su marido, y á las mujeres que la tienen culpa y que no se la tienen, quitando la fama á buenas mujeres sin mirar lo que dice, como fuera de seso con la pasión, mas no por eso dejará de pecar gravemente, así por la mucha pena que da á su marido, como por las malas palabras que dice de terceras personas. Grande lazo del demonio es éste, y cuanto es para él ganancioso, es perdidoso para los casados; es aflicción de ellos, perdición de su salud, dolor de corazón, tristeza continua, engaño del enemigo, y que quita la paz, que es la mejor joya del casamiento. Por lo cual con muy gran cuidado se deben guardar los casados de no dar causa ni ocasión para ello, ni admitir en su corazón semilla de la cual nacen frutos tan perjudiciales para ánima y cuerpo.

Hémonos divertido de la historia de estos santos casados María y José, por la necesidad que tienen de aviso los otros ca-

sados; plegue al Señor que les aproveche. Tornémonos, pues, al lugar de donde salimos, que es la grande angustia que el Santo José tenía de ver preñada á su santa esposa sin haber él llegado á ella, y por otra parte considerando cómo podía caber tal maldad en vaso de bondad más que humano. Pensaba unas veces lo que la humana conjetura le declaraba por lo que veía, y otras decía entre sí: ¿Qué sé yo si Dios ha hecho alguna obra milagrosa de las que suele sobre toda humana razón? Pues esta bendita mujer es dotada de tan excelente santidad, y por eso muy aparejada para que Dios haga en ella obras excelentes y maravillosas, y si esto es así, yo no soy digno de estar en su compañía; y si no es así, yo no la quiero infamar con acusarla para que la apedreen, ni llevarla al templo para que con el sacrificio de la ley se examinase la verdad de aqueste negocio.

Y el medio más conveniente que en caso tan dudoso me conviene tomar es dejarla é irme secretamente, porque nadie me pregunte el porqué; y así ni la infamaré, ni me pondré á peligro de morar con ella si no es buena, ni me atreveré á estar con ella si es tan santa, que Dios ha hecho en ella milagro de haber concebido sin ser de mí ni de otro varón. Esta fué la resolución del Santo José, con la cual, aunque hallaba camino para lo que había de hacer, mas no se mitigaba por esta vía su grande dolor, porque el grande y casto amor que á su esposa María tenía, infundido por Dios, y conservado y acrecentado con la conversación santa de ella, le tenía el corazón tan hecho uno con ella, que haberla de dejar era arrancársele las entrañas y partírsele el corazón, y así andaba lleno de dolor dentro de sí, y daba muestra de ello en el gesto de fuera, porque gran dolor ó gran placer mal se pueden disimular.

En gran tribulación, cierto, puso Dios á este santo varón; mas no era menor la de la Virgen bendita, la cual, como por las señales que veía entendía la turbación y causa de ella de su santo esposo, dolíale mucho el verlo penado como buena casada, y mucho más verse sospechada de cosa tan lejos y tan aborrecida de su corazón; llamaba el socorro del cielo, suplicaba al Señor que remediase tanto trabajo, y que si Él era servido que ella padeciese aquella infamia, estaba aparejada para lo hacer, y que no se quería tornar atrás de haberse ofrecido por esclava suya cuando concibió por Espíritu Santo, para servir en este negocio y en todos, ora fuese por buena

fama, ora por mala, por vida ó por muerte, por hiel ó por miel; que ninguna cosa tendrá tan amada que no la pusiese debajo de los pies del Señor, y de muy buena gana, para que hiciese de ella su santo contentamiento. "No tengáis cuenta, Señor—decía la Virgen—con mi tribulación ó consolación; mas lo que os suplico es que no esté penado este santo varón por mi causa; y lo que sobre todo me duele, y cuyo remedio con todo mi corazón os demando, es que pues lo que tengo en mi seno es Hijo verdadero vuestro, cuya concepción fué por Espíritu Santo y muy ajena de toda maldad, que no permitáis vos que cosa tan limpia y tan verdadera sea tenida por mala y fuera de ley, ni que el que es Hijo legítimo vuestro se piense ser hijo de hombre habido de mala parte."

Oraba la Virgen, y muchas veces con grande angustia de corazón y abundancia grande de lágrimas, y el Señor callaba y dejaba padecer á estas dos tan santas personas; cada una de las cuales le podía decir con mucha verdad lo que está escrito (Psalm. LXXXVII): *Fuí ensalzado de ti y humillado y conturbado;* pues después de tales favores con que los había ensalzado sobre todos los cielos, los ha dejado en tal humillación, que lo uno es tormento de lo otro, y siendo llamado no responde.

¡Mas quién fuera tan digno de poder entrar en aquella pobre y santa casita! Y cuando la Santísima Virgen estaba de rodillas en oración pidiendo con lágrimas remedio al Señor, se presentara delante de ella, hincadas las rodillas, y con la reverencia que se debe á la que es verdadera Madre de Dios, le dijera: Señora, para siempre bendita, el remedio que deseáis, que buscáis y con tantas lágrimas pedís al Señor, en vuestras manos está, y no con muchas lágrimas, y no con mucho trabajo; pues con pocas palabras que digáis al Santo José, manifestándole el misterio grande que Dios ha obrado dándoos á su Hijo verdadero para que haya sido engendrado de vos, no por obra de varón, sino del Espíritu Santo, él os dará crédito, por opinión de santidad que de vos tiene. Porque como sea esto verdad tan cierta, Dios le dará gracia para creerla, y él quedará sin pena y vos y vuestro Hijo con mucha honra. Y aunque no se tuviese por muy cierto que el Santo José no la había de creer, era cosa muy conveniente, pues pedido el remedio del cielo por vía de milagro, no venía, se tomase estotro humano, pues ha-

bía conjeturas que aprovecharía, y en cosas de tanto riesgo con que fuera de esperanza era bien tomar este remedio. Creo que respondiera la Virgen á quien esto le suplicaba lo que el Señor respondió á los hijos del Zebedeo: No sabéis lo que pedís; sabéis las cosas de hombres y no las de Dios.

Atribúleme el Señor todo lo que fuere servido, que de mi boca no saldrá misterio tan alto, así por guardar el secreto del sacramento de tan alto Rey, como por no decir cosa de que nadie pueda tomar ocasión de pensar que hay en mí tal santidad para que Dios haga conmigo cosa tan señalada, cual nunca en el mundo ha acaecido ni acaecerá: obra suya es; y aunque yo sea esclava, Hijo suyo es el que he concebido. No es posible que Él olvide cosa que toque á su Hijo ni á mí, por ser esclava suya; y pues Él reveló á Santa Isabel lo que el ángel me había dicho en secreto, y quién era el que estaba encerrado en mi vientre, y que ella y el niño que tenía en su seno lo adorasen, Él pondrá remedio en este trabajo y declarará esta verdad al Santo José, pues hay más necesidad que la sepa él que nosotros; y aunque dilate el remedio, es por probar nuestra paciencia y confianza, la cual tengo muy firme en Él, que sin que yo diga cosa que toque en mi alabanza, Él la dará á entender por la vía que Él sabe; mas mi oficio será callar, sufrir y esperar en su misericordia.

¡Oh Virgen para siempre bendita, cuán verdaderamente estáis enseñada de Dios, y con cuánta razón con vuestro ejemplo podremos acusarnos y reprendernos, pues vos tenéis tanto peso de discreción, humildad y temor del Señor, que en tiempo de tanta necesidad calláis las mercedes, y tales mercedes de Dios; y nosotros, como vasos pequeños que quiera que Dios nos dé á sentir, luego nos henchimos y rehenchimos, y el espíritu de la liviandad nos hace bosarlo por la boca, y tras el parlarlo viene el perderlo por justo juicio de Dios!

Y de San Pablo leemos que contó algunas mercedes particulares que Dios le había hecho, mas concurrían dos cosas: una el estar tan ajeno y tan lejos de tomar gloria vana, que su gloria era ser deshonrado y estimado por escoria de aqueste mundo; y la otra era decir aquellas cosas porque la doctrina de Jesucristo que predicaba corría riesgo de no ser creída, si él no contara cómo Dios lo había hecho su Apóstol, y otras particulares mercedes, y el mucho trabajo que había pasado, y lealtad

que había guardado en la predicación del santo Evangelio, no buscando en esto su honra, antes protestando muchas veces que lo decía forzado para que creyesen su doctrina y glorificasen á Dios, y no fuesen engañados de falsos predicadores; esto muy bien hecho era. Y si vos me dais un corazón fundado en verdadera humildad, y que tenga por azote que mucho le duela el ser estimado, y tenga por deleite el ser despreciado, y concurra necesidad de remediar el peligro ajeno, ó de pedir el consejo para que el demonio no le engañe transfigurándose en ángel de luz como muchas veces lo hace, en tal caso bien hecho es el declarar las mercedes de Dios, como lo hizo San Pablo.

Mas qué tienen que ver con esto los fervores de los que comienzan á servir á Dios, que movidos con liviandad, que llaman ellos deseos de aprovechar á otros, tienen una comezón en la lengua por decir lo que sienten, y hacerse predicadores antes de tiempo; y para autorizar lo que dicen cuentan alguna merced particular que el Señor les ha hecho, y como tienen poco caudal, y lo echan fuera de su corazón, quédanse pobres, y pensando aprovechar á los otros, dáñanse á sí mismos, y después de la pérdida entienden su yerro, y no todas veces pueden cobrar lo perdido, y gimen porque no cumplieron lo que dice Isaías (cap. XXIV): *El secreto mío para mí,* y por experiencia conocen que quiere el Señor, que como la mujer casada debe guardar secreto á su marido de lo que pasa á solas con ella, así quiere que el ánima le guarde secreto de las particulares mercedes que de su mano recibe, si no fuere con las condiciones ya dichas. Y aunque hay algunas personas de voluntad tan sana y tan sencilla que aunque cuenten éstas no sienten que el Señor se enoja ni les quita las mercedes que en secreto les hace, todavía la verdadera humildad pide y desea esconder la dádiva, y enmudece la lengua para que no diga cosa por la cual pueda el hombre ser en algo estimado.

Para entender esto así nos debe bastar el ejemplo de esta Santísima Virgen, que como más humilde que todos aborrecía en gran manera que por su boca saliese cosa por la cual pudiese ser estimada. Y aunque se vió en trance de tanto peligro, suplicó al Señor que pues es todopoderoso lo remediase por otra vía, y no le mandase decir á ella mercedes tan particulares que de su mano había recibido. Verdad es que después de subido el Señor al cielo, y después de haber predicado los sa-

grados Apóstoles la verdad del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, declararon á todos que aunque había consentido de haber sido estimado por hijo de José, no lo era sino de sólo el Padre Eterno, que en cuanto Dios le engendró, y en cuanto hombre de la bendita Virgen María, que sólo le engendró por Espíritu Santo. Entonces, como cosa ya sabida y manifiesta, Ella declaró á los Apóstoles, especialmente al evangelista San Lucas, muchas particularidades de la santa Encarnación, y otros muchos misterios que Ella sabía; y aun esto no lo osara Ella decir por su gran humildad, si no fuera particularmente mandada é inspirada por Espíritu Santo, cuya obediencia se debe preferir á la humildad, pues en faltando ésta deja de ser virtud y se torna soberbia.

Y tornando al propósito, padecía San José, y padecía la Santísima Virgen; llamaban entrambos á Dios, y dilataba el Señor el socorro para que ellos más mereciesen con la paciencia, y nosotros más nos aprovechásemos de tales ejemplos, pues sabía el Señor que nos habíamos de ver en tribulaciones. ¡Mas, oh Señor, y con cuánta razón debe tener paciencia el atribulado que invoca tu divina misericordia, y debe esperarla, aunque más y más se dilate; pues que ni tienes corazón duro para dejar de sentir los trabajos de los tuyos, ni orejas sordas para dejar de oir sus gemidos y ruegos muy grandes! Muy gran verdad es lo que de ti, Señor, está escrito (Psalm., IX): "Esperen en ti los que conocieron tu nombre, porque no has desamparado á los que te buscan." Y porque la tardanza del remedio, que á muchos flacos es causa de desconfianza, no nos derribe, mandaste, Señor, darnos aviso contra este desmayo tan perjudicial, y mandaste que nos fuese de tu parte dicho (Habac., III): "Si el Señor se tardare, espéralo, que viniendo vendrá, y no tardará."

Llamaron al Señor en su tribulación Nuestra Señora y José; y cuando estaban ellos más apretados, envíales el Señor su socorro, según su acostumbrada misericordia. Y estando José durmiendo apareciósele un ángel de Dios, el cual se cree piadosamente ser San Gabriel, pues era negocio que tocaba á la Encarnación del Hijo de Dios, que á él había sido encomendado, y dícele al Santo José: "José, hijo de David, no temas de tomar á María tu mujer, porque lo que ha nacido en ella de Espíritu Santo es, y parirá un hijo, y llamarle has por nombre Jesús,

porque Él hará salvo á su pueblo de los pecados de ellos.„ Esto le dijo, y con tanta claridad, que el Santo José fué tan certificado de aquella verdad, que ninguna duda le quedó chica ni grande, ni más tinieblas en su corazón; porque todo aquello huyó con el resplandor de la luz celestial, que mediante la habla del ángel del Señor obró á su entendimiento; como hacía á los santos Profetas, que les daba lumbre evidente de que aquello que les decía era verdad y no engaño.

No es impedimento para esta certidumbre acaecer esto durmiendo, pues ha dicho el mismo Dios, que también aparece á sus Profetas durmiendo como velando, y así también se escribe en el libro de Job, cap. XXXIII, y así también lo experimentamos, pues hay muchas personas á quien acaece acostarse con ruines propósitos, y estar en mala vida, y tan mala, que á morirse durmiendo fuera el infierno su sepultura, y es tanta la misericordia de Dios que, ó por cosas que ven entre sueños, ó por palabras que les son dichas, recuerdan los ojos llenos de lágrimas, y el corazón todo mudado, con entrañable arrepentimiento de sus pecados y propósito de hacer penitencia, y el haberlá hecho, y el vivir bien ha sido señal que fué de Dios lo que en el sueño les acaeció. Y si con éstos que con tan mala conciencia se echaron á dormir Dios obra su misericordia, dándoles tales avisos, no es mucho que creamos que hace sus misericordias con los que le sirven, declarándoles entre sueños lo que les cumple, consolándolos en sus trabajos, avisándoles de los peligros, y mil maneras de cosas que caben en su infinita bondad. Y estas cosas, cuando son de Dios, traen una satisfacción particular al ánima, y tienen una particular diferencia de los sueños que no son de Dios, como la bienaventurada Santa Mónica decía á su hijo San Agustín que los sentía.

Mas porque puede haber en estas cosas, y muchas veces lo hay, engaño del mal ángel, y vanidad de nuestra cabeza, y obra de nuestros humores, ó cosas de aquesta manera, no se debe de fiar la tal persona de cosas de sueños, sin lo comunicar con persona que le pueda dar claridad, pues aun en lo que nos acaece velando, que tiene más certidumbre, es peligroso el propio juicio, y seguro el ajeno. San José bienaventurado no tuvo que consultar al hombre sobre su sueño, pues fué tan clara la revelación y tan llena de lumbre, que ni preguntó si era ángel de Dios ó no, como Gedeón, ni lo dejó de conocer como los padres

de Sansón, ni dudó como Zacarías, ni pidió señal como Gedeón. No dudó ni pudo dudar por la grande evidencia de la revelación, mas recuerda tan alegre, y más que antes estaba penado, y con corazón tierno da muchas gracias á Dios porque le había librado de la huida que quería hacer, y conócese por muy indigno de haberle Dios hecho ayo de su Hijo y esposo de la Madre de Él; y entrañablemente le dolía de no la haber conocido y del haber sospechado, y pidiendo de ello perdón á Dios se fué á lo pedir á la Virgen. Y mirándola ya con ojos alumbrados por lumbre del cielo, parecíale tan alta como en la verdad lo es, que ni se tenía por digno de estar delante de ella y en una casa con ella, y arrojado á sus pies regaba la tierra con lágrimas pidiendo perdón, y la Virgen se arrojó á los pies de él rogándole se levantase y esforzase á servir á Dios en el negocio que le había encomendado.

Reventábale al Santo José el corazón de ver tanta humildad, tanta caridad y tanta virtud en aquella Señora que por esposa le había sido dada. Y cuando consideraba que era Madre de Dios, agotábasele el juicio, salía de sí con admiración, y el corazón no le cabía en el cuerpo, y la ternura y lágrimas no le dejaban hablar, y daba alabanzas á Dios que lo ha tomado por marido de la Virgen, y ofrecíasele por esclavo. Y pues San Juan Bautista, encerrado en el vientre de su madre, conoció y adoró al Hijo de Dios humanado que estaba escondido en el virginal vientre de Nuestra Señora, ¿con qué reverencia, humildad y amor adoraría el Santo José al bendito Niño Jesús siendo informado que estaba en el vientre de Nuestra Señora? ¿Cuán rico, cuán gozoso estaba el santo varón con verse diputado para servir á tal Hijo y tal Madre? ¿Y por cuán digno se tenía, y cuán chiquito se parecía para servir á tales Señores? Y como tal pedía con grande instancia particular lumbre, prudencia y diligencia, y todas aquellas virtudes que para conversar con Dios hecho hombre y con su Madre bendita Dios sabía que había menester. En grande tribulación había estado; mas sin comparación fué mayor esto dulce que lo otro fué amargo. Y aunque cada vez que pensaba en aquesta merced era su gozo y agradecimiento muy grande, mas como esta vez fué la primera que tal nueva supo, y como vino sobre tribulación, que es salsa para que la prosperidad sea más sabrosa, y juntábase á esto la consolación que la Virgen tenía de ver consolado á su

esposo, fueron muchas las gracias tan agraciadas y alegres que daba á Dios porque después de la tempestad había traído tal bonanza en la mar de sus corazones.

Resultaba de todo esto tanto gozo y admiración en el corazón del Santo José, que no sabía qué hacer ni decir, sino rogar á los ángeles y suplicar á la Virgen su esposa que diesen por Él alabanzas á Dios y le alcanzasen gracia para conocer y agradecer tales mercedes, que sobrepujaban á su merecimiento. Consolábalo en este temor la sacratísima Virgen María, ofreciéndole sus oraciones, y persuadiéndole á que tuviesen entrambos confianza en la misericordia de Dios, que pues por su sola bondad los eligió para el servicio de su Hijo, les daría gracia para bien hacer, de manera que fuese Él glorificado y amado. Contó el uno al otro el dulce nombre de Jesús que el ángel les había dicho que pusiesen al Niño después de nacidos; y fué muy particular gozo entre ellos de nombre tan excelente y consolativo como es *Jesús*, que quiere decir *Salvador*, y como el ángel dijo, Salvador de pecados. Y así creo que el Santo José por gozar del bien de este nombre se arrojó en el suelo suplicando al Niño Jesús le perdonase sus pecados, y diese gracia para no le ofender. La Virgen su esposa no pidió perdón, porque no pecó; mas conociendo que por los méritos del Niño Jesús Ella había sido libre de todo pecado, hízole reverencia, y dióle entrañables gracias, como si le hubiera perdonado todos los pecados que Ella hubiera hecho si Dios no la hubiera guardado. Este fin tienen los trabajos en que Dios pone, trocándolos en doblado placer: y así se acaba el santo Evangelio.

Cum esset desponsata Mater Jesu, Maria, Joseph. El ser desposada la Virgen, y para quedarse siempre Virgen, como se quedó, pone admiración, y da ocasión de inquirir qué fué lo que en esto pretendió Nuestro Señor; pues sus obras, y especialmente las que obró con su santísima Madre, todas son llenas de profunda sabiduría, aunque muchas veces oculta. Mas aunque el mismo negocio por sí nos convida á inquirir las causas del desposorio de la santa Virgen, el convenir esto para rastrear algunas de las grandes virtudes y mercedes que Dios hizo á este santo varón José nos obliga, pues estamos en su día, á hablar de las causas deeste santísimo desposorio, porque de allí resultará el conocimiento de la grandeza de este santo va-

ron, que mereció ser el desposado de tan alto matrimonio y esposo de tan bienaventurada y alta Señora.

Muchas causas ponen los Santos por las cuales convino ser desposada la sacratísima Virgen María, así por lo que á Ella tocaba, como por lo que tocaba á su Hijo bendito: y también para nuestro provecho convino que aquella que tan limpia y agradable era en los ojos de Dios, y que estando en la tierra subía el olor de sus virtudes y santidad hasta la alteza del cielo, y como precioso bálsamo henchía de olor toda la corte del cielo, y deleitaba al Rey que estaba en su cama; esta tan olorosa delante de Dios y su ángeles no convenía que tuviese fama que oliese mal delante de los hombres, pues que el buen hombre, especialmente la buena mujer, debe tener cuidado, como la Escritura lo manda, de tener buena fama, no por medios vanos ni fingimientos de hipocresía, mas porque con la verdad de la buena vida cobre buena fama, como la lumbre que sale del sol: y esto no sea porque con la buena vida busquemos la alabanza de los hombres, porque sería gran vanidad dejar de obrar por el contentamiento de Dios, y por su eterno galardón, y abatirnos á querer por paga de nuestras obras el humo de las alabanzas humanas que de tan poco tomo es y tan poco dura.

Nunca Dios quiera que pierda el cristiano sus buenos trabajos, ni que oiga aquella justa sentencia que el Señor dará contra los vanagloriosos: en verdad os digo, que ya recibieron su galardón. Muy hollada tiene el buen cristiano esta vanidad; muy lejos está de aqueste engaño; porque los ojos que miran á Dios, y le conocen por galardón de las buenas obras y buenos trabajos, no sólo no se ceban del pago que pueden dar todos los hombres, mas aun se desdeñan de pensar en ello, pareciéndoles que hacen injuria al que es galardón eterno, si mirasen en cosa tan poca. Lo que les mueve á tener cuidado de su buena fama es desear que Dios sea glorificado, y entender, como San Agustín dice, *que como el cristiano ha menester la buena conciencia para su provecho, ha menester la buena fama para el provecho del prójimo.* Y especialmente conviene tener este cuidado todo cristiano en lo que toca á ser tenido por hombre católico, según se lee de un santo viejo ermitaño, hombre de muy grande paciencia en sufrir injurias, y como á tal le fueron ciertas personas á probar, y le dijeron que decían de él muchas faltas y males, y callando él á todo aquello, aña-

dieron los otros diciendo: *También dicen de ti que eres hereje;* y entonces él, que á todo había callado, á sólo esto respondió diciendo: *No soy.* Y preguntado por qué había callado á los otros males y á este no, pues ni tenía unos ni otros, respondió que en las otras cosas puede el hombre callar por ejercicio de la paciencia, y que en ésta no, por tocar tanto á la honra de Dios; con lo cual concuerda San Jerónimo: *No quiero que en infamia de herejía sea nadie paciente;* quiere decir, que no deje de responder por su verdad y su fe, y probar que sea conocido por cristiano católico.

Este ha de ser el principal cuidado de varones y mujeres en lo que toca á la fama, y tras esto en lugar mucho cercano han de tener las personas dedicadas á Dios que profesan castidad, varones y mujeres, y generalmente todas las mujeres, cuidado muy particular de que su fama tenga en esta parte tan buen olor que ninguna mezcla tenga de malo, ni se excuse nadie con decir: No tengo culpa, no se me da nada que digan de mí, porque, como dicen los Santos, esto muchas veces toman las mujeres ruines por ocasión para ser malas, y aunque no lo sean, en escandalizar á los prójimos y despreciar la buena fama son culpables. Y como dice la Santa Escritura (Prov., XV), *el que menosprecia su fama, cruel es.* Y aunque nadie debe fácilmente creer las muchas cosas que se suelen decir de las tales personas, pues muchas veces son testimonios muy falsos, mas pocas veces acaece que aquestas cosas se digan sin preceder alguna culpa, ó á lo menos alguna inadvertencia, en la cual las tales personas no miran, y los otros sí, por lo cual conviene que haya tan grande cuidado y recato en quitar conversaciones, y en toda la más compostura de dentro y de fuera, que por mal ojo que uno tenga no se atreva á juzgar mal, y si se atreviere á lo decir, sea tanto el buen crédito de la otra persona que él no halle crédito para su maldad.

Según San Jerónimo cuenta de una doncella llamada Asela, que por sólo la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde era tenido por miseria, los buenos digan bien de ella y los malos no osen murmurar de ella. Y porque el Señor amaba muy particularmente á su sacratísima Madre, y había determinado de nacer de Ella, no quiso que anduviese en boca de hombres que tenía hijo sin tener marido; y quiso más que le estimasen á Él

por hijo de un hombre bajo, siendo Hijo del Eterno Padre, que no tocasen la fama de su sacratísima Madre, porque como San Ambrosio dice, "sabe el Señor que la fama de las doncellas es muy delicada, y por eso si no es muy guardada, se puede, con cualquier vientecico y ocasión fácilmente ennegrecer y perder". Y en ninguna manera convenía que las mujeres descuidadas en mirar por su fama pudiesen excusar y solapar su poco recato con decir: "No es mucho que digan de mí, pues dijeron de la Madre de Dios"; lejos vaya tal excusa. No hallaréis en la Virgen bendita sombra para cobijar vuestros yerros.

Perfectísimo dechado de toda virtud y de toda limpieza la ha hecho Dios, y sea mayor que la de los ángeles la que en su ánima tiene, y echa de sí su conversación exterior resplandecientes rayos de tanta honestidad, que ningún hombre otra cosa pensase, ni hablase de ella sino mucho bien y alabanzas, cumpliéndose en Ella muy por entero lo que le dijo el arcángel San Gabriel (Luc., I): "Bendita eres tú entre todas las mujeres", porque no sólo fué bendita de Dios, mas bendita de los hombres y de las mujeres, porque todos la estimaban por persona llena de santidad, y hablaban bien de Ella dando gloria á Dios por las buenas obras que le veían hacer, y así está dicho en su persona (Eccl., XXIV): "Yo como terebinto extendí mis ramas, y mis ramos son de honra y de gracia; y soy como vid que he fructificado suavidad de olor, y mis flores son fruto de honra y de honestidad." Compárase esta Virgen sagrada al terebinto y á la vid, porque estaba dentro de sí llena de fruto, y salían de Ella ramos de buenos ejemplos, dignos de honra y de suave olor, y de toda la honestidad, hecha perfectísimo dechado de toda limpieza y buena fama, con la cual se gocen las buenas mujeres que la imitaren, y sean reprendidas y no defendidas las descuidadas en mirar por sí.

Mucho hay que admirar de la providencia y consejo de Dios en dar al Santo José por guarda y amparo de la fama de la sacratísima Virgen Nuestra Señora, pudiendo Él guardarla por otras muchas maneras; mas mucho más hay que admirar de otra segunda causa, por la cual Dios se lo dió por esposo; conviene á saber, para que fuese el Santo José guarda de la misma persona y castidad de la sacratísima Virgen Nuestra Señora. De guarda se dice que proveyó el Señor cuando desde la cruz mandó á San Juan que tuviese cuidado de la bendita Virgen

María, y en guarda fué dado el Santo José á la misma Virgen bendita, pues fué dado por marido suyo. ¡Quién no se admirará de la alteza de tal consejo! Encomendar la guarda á un hombre de una casa tan particularmente metida en el corazón del Señor, y guardada de Él. Si la Virgen bendita fuera de aquellas de quien la Escritura dice (Eccl., VII): *En tu hija pon mucha guarda;* y en otra parte dice lo mismo de la hija que es deshonesta; parece que fuera conforme á razón dar hombre que guardase la castidad de la mujer que estaba en peligro, mas si esta Virgen bendita no era inadvertida, sino velaba sobre sí mucho mejor que Isaías y Habacuc, cuando cada uno de ellos decía (Isa., XXVI; Habac., II): *Yo estoy en vela sobre mí.*

Y si el Señor guarda las ánimas de sus santos, como dice David, y si el Señor dijo á Abraham: Yo seré tu guarda dondequiera que fueres; y si tiene Dios puestos sus ojos y corazón en esta Virgen bendita muy mejor que en el templo de Salomón, pues él figuraba á Ella, y está el Señor tan atento á guardar esta su casa y ciudad, que ni se duerme ni se descuida un solo punto, porque la estima en más que toda criatura en tierra y cielo, muy sobrada parece la guarda del hombre para quien es tan guardada de Dios, que con mucha más razón se puede llamar Samaria, que quiere decir guarda de Dios, pues está mejor guardada por la Providencia divina, para que ni le haga mal el sol de día, ni la luna de noche, que la provincia de Samaria, que se llama guarda de Dios por tener á una parte la tierra de Judea, y á la otra la de Galilea, por las cuales partes acostumbraban á venir los enemigos. Y con todo esto, y con ser esta Virgen bendita aquella cama del Rey Salomón, cercada de sesenta caballeros fuertes y muy diestros en la guerra para que le guardasen, que son la muchedumbre de ángeles que Dios diputó para guarda de Ella, especialmente después que el verdadero pacífico Jesucristo Nuestro Señor se reclinó en ella haciéndose hombre en sus entrañas, no obstante la guarda de Dios y de tantos ángeles, y la que Ella tenía sobre sí, le da el Señor otra guarda, que es el Santo José.

¿Quién no se maravillará de la divina Providencia, que quiere tener compañeros en lo que Ella sola puede hacer, y quiere honrar á sus criaturas haciendo medio á unas para que otras se lleguen á Él? Y lo que es mucho de maravillar, es que ayude y guarde el menor al mayor, y el menos bueno al más bueno,

y que haya ovejas que en la gracia y gloria estén más altas que sus pastores y guardas. Mas á todo esto deseamos saber de vos, Virgen benditísima, si estáis sentida ú os tenéis por afrentada de que siendo vos tan limpísima y muy bastante para guardar á los otros, os pongan guarda á vos, y guarda de ángeles y de hombre, siendo vos más limpia que todos ellos. ¡Oh limpia sobre todos los limpios, y humilde sobre todos los humildes! Y por eso más limpia, porque más humilde; que no sois vos, Señora, de aquellas llenas de presunción y llenas de flaqueza que se tienen por tan castas, que se llaman agraviadas si alguno les avisa ó les pone guarda en cosa que no toque á su honestidad y castidad, dejándolas, como á otro Nabucodonosor, comer manjares de bestias, que son deleites carnales, y conocen las miserables, aunque tarde y muy á su costa, que ni la castidad, ni la fe, ni otra virtud se hereda de los pasados, ni se puede alcanzar ni conservar por las propias fuerzas, si aquel Señor de quien desciende toda dádiva buena y don perfecto no la da y no la conserva.

Para que Él esto haga conviene que seamos humildes; pues á éstos da y conserva su gracia, y el humilde ninguna cosa confía de sí; y como San Bernardo dice, "la virgen que de verdad lo es, aun lo seguro teme, y como persona que conoce su propia flaqueza y entiende que ha menester ajena ayuda para que Dios le dé la suya, no sólo no se tiene por agraviada porque le avisen y guarden, mas ella lo ruega cuando no lo tiene, y lo agradece mucho cuando se lo dan; y aun con todo esto no se asegura temiendo su propia flaqueza, no le haga perder la castidad muy amada." Y esto pretenden los santos Concilios cuando mandan á los Obispos que tengan en el aposento donde duermen, varones religiosos y honestos que sean testigos y guarda de su castidad. Y así se lee de San Luis, hijo del Rey de Sicilia, fraile menor y Obispo de Tolosa, que tenía siempre dos religiosos consigo para este efecto. Y costumbre es de mujeres principales nunca estar solas si no es con su propio marido; mas siempre acompañadas de mujeres, ó mujer de madura edad, clara fama y antigua virtud. Y San Jerónimo dice á Santa Paula, que enseñe á su hija que nunca se aparte del lado de su madre, y que tiemble de estar sola sin ella.

Saludable consejo, especialmente para todo varón religioso y mujer religiosa, y especialmente doncellas, nunca estar á

solas con hombre sino con su confesor, y esto en el confesonario. Y quien fiare tanto de sí que le pareciere no haber menester guarda de otros, entienda que aunque no haya caído de aquella virtud, está caída en la miserable soberbia, en la cual, como dice David (Psalm. XXXV), "cayeron todos los que obran maldad"; porque según es escrito (Prov., XVI), "antes del ensalzamiento precede humildad, y antes de la caída precede soberbia". Y así entienda el hombre que aquello de que se ensoberbece presto se lo quitará Dios, y el tiempo que lo tiene le aprovechará muy poco, porque la soberbia ó quita los bienes ó los hace poseer sin provecho.

Miremos todos á la excelente humildad de la limpísima Virgen María, que con tantas prendas de seguridad recibe y con hacimiento de gracias la guarda que el Señor le dió, y entendamos que aunque el Señor tenía tan particular amor á su benditísima Madre, que estaba á guardarla sin guarda de ángeles y guarda de hombres, quiso darle ángeles invisibles, y hombre visible para que en casa y en caminos y en pueblo estuviese acompañada, y muy en seguro su fama y su castidad. Y de aquí se entienda, que pues quiso dar guarda á su Madre, ninguna mujer le agradará con presumir que ella sola se puede guardar; y que le desagradará mucho la que no buscare quien le avise y ayude á su castidad, y mucho más la que no agradeciere y se aprovechare de la guarda que tiene. Y si se agravia de tenerla, y responde mal y la desprecia, no hallaremos nombre para declarar tanto mal; mas el juicio de Dios y el quitar su amparo dará á entender lo que es.

El querer Dios que su Madre bendita fuese casada con hombre, habiéndola tomado Dios Padre por limpísima esposa, y haber de guardar perfecta virginidad en el casamiento, fué tan grande obra que nos habemos de maravillar de que obra tan grande haya tenido grandes y muchas causas y excelentes efectos; y allende de las que se han dicho hay otra y no de pequeña consideración. Ama el Señor á la Virgen, y deseamos dar contentamiento á quien amamos, y casóla Dios por condescender á los deseos y peticiones de esta Virgen bendita. Mas ¿quién será tan atrevido que ose hablar de los deseos de aquel virginal corazón, dotado de tanta profundidad y alteza de santidad, que sólo Aquel que tal la hizo es el solo que la puede comprender? Puede la Virgen decir con mucha razón,

que así como los cielos son ensalzados sobre la tierra; son los caminos de su corazón muy mucho más altos que los nuestros.

¿Qué podremos alcanzar á decir de un corazón más alto en santidad que los serafines los que somos de corazones bajos y aficionados á los deseos de carne ó á humos de honra, ó al engaño de las riquezas, pues ordinariamente por su corazón saca el hombre el ajeno? No piense nadie, no, que los secretos de aquel virginal corazón, y el trato que con Dios tenía, sus deseos y suspiros, eran de tan poco tomo que nuestra pequeñez los puede alcanzar (Job, XXXVIII): *¿Por ventura has entrado tú en los tesoros de la nieve?* dijo el Señor á Job, para humillarle la presunción que parecía tener de su sabiduría. Y cierto puso Dios mayores tesoros y más escondidos en aquel virginal corazón más alto que el cielo, que en la nieve que se engendra debajo del cielo. No hay quien escudriñe el abismo del mar, ni nosotros presumamos de querer comprender cosa tan escondida; mas por conjeturas rastreemos algo de lo que cumple á la presente materia.

Escrito está (Prov., XII), *que el deseo de los pobres oye Dios, y el aparejo de su corazón oyó su oreja;* y pobre se llama en la Escritura el que es humilde, porque ninguna cosa tiene en sí en que se arrime ni en que confíe, y toda su riqueza tiene puesta en la misericordia de Dios, y su oficio es pedirle y ser mendigo á las puertas de su misericordia. Y como sea cosa cierta haber sido la Virgen la más humilde de todas las criaturas puras que Dios crió, tenía deseos muy grandes, conforme á la grandeza de su humildad no desea cosas grandes el que desea la honra, ni el mandar otros; humo es, vanidad es, y cosa que hizo á Lucifer de ángel demonio; aborreció la obediencia de Dios, y el humillarse á sus criaturas; deseó no ser mandado de nadie, y mandar él á todos; y esto es ponzoña tan poderosa que lo derribó hasta el profundo de los infiernos, donde es el más bajo y más malaventurado que todos el que deseó ser más excelente que todos.

Sabía la Virgen bendita, como enseñada de Dios, cuánto desagrada á sus ojos la hinchada soberbia, y cuánto le agrada la sujeción y humildad; no solamente humillándose á Dios y sirviéndole, mas también sujetándose á los hombres por Dios. Y lo que su Hijo bendito y Señor nuestro predicó é hizo cuando grande en el mundo, se lo predicó á Ella por Espíritu Santo aun

antes que fuese concebido de ella; y aquel espíritu de humildad que al Señor movió de lavar á sus discípulos los pies, que obra tanto en los corazones de los que le aman, que por honra de Él y por imitar tal ejemplo, como Él lo mandó, aborrecen de corazón los lugares más altos y el mandar á otros, y tienen por una muy cumplida riqueza y por gran deleite y encumbrada honra la sujeción y obediencia, no sólo á Dios, mas á todos los hombres, como dice San Pedro, y aun esto les parece poco, porque mirando aquella inestimable humildad con que el Altísimo se derribó á oficio de siervo lavando los pies á personas tan bajas, paréceles que el bajarse ellos á servir y obedecer á los hombres es poca baja, y desean ser sujetos aun á las criaturas menores, y con todo cuanto pueden abajarse y desean no piensan que hacen nada en comparación de tan soberano ejemplo de humildad como el Señor Altísimo dió á sus siervos. Pues si esta pequeña participación del espíritu humilde de Cristo, tan amadores de sujeción y humildad hace á los suyos donde Él mora, ¿qué pensáis que obraría en el santísimo Corazón de la Virgen, pues que le fué dado en mayor abundancia, y el vaso en que se recibió fué más que aparejado, y mayor sin comparación que los otros?

Mucho, Virgen Santísima, os ensalzó el Señor, y gran motivo fué para haceros mercedes el tomaros por Madre, porque conforme á la alteza de tal dignidad había de ser la abundancia de las gracias y dones, para dignamente recibirla y usar de ella. Y así como nadie hay que tan cercana sea en la carne al Hijo de Dios como vos, pues por ser Hijo y Madre sois una carne, así no hay persona en quien tan espiritual parentesco y unión de corazones y unidad de espíritu haya como entre vos y Él. En el cuerpo y en el rostro dicen algunos que se parecía la Virgen y su Hijo bendito, y que pudieran sacar al uno por el otro, mas sin ninguna comparación era mayor la semejanza en los espíritus, y el uno era imagen del otro. El Señor era toda la hermosura de la santidad junta, y cada uno de los Santos tiene parte de la semejanza de Él, conforme á los grados de la santidad de cada uno que del Señor recibió. Mas la más semejable á Él, la Virgen bendita es, pues, como San Jerónimo dice, "á los otros Santos se da la gracia por partes, mas á la Virgen se derrama toda la plenitud de la gracia divina".

Pues siendo esto así, ¡oh Virgen bendita!, ¿quién tendrá ojos

para poder mirar en hito el muy resplandeciente sol de vuestra humildad, tan cercana á la de vuestro Hijo bendito, el cual dice que vino á servir y no á ser servido, y fué obediente á su Padre, y por su amor se sujetó á los hombres; y su principal cuidado fué tener humildad para destruir en los hombres la soberbia de Lucifer, pues su venida fué á reparar el daño que por soberbia había entrado en el mundo? Y conforme á esta humildad y obras humildes eran, Señora, vuestros deseos y entrañables peticiones á Dios, suplicándole no os diese honras en este mundo, no mandas ni riquezas, sino sujeción, obediencia, tener á quien reverenciar y por quien ser regida en la tierra.

¡Quién, Señora, fuera digno de estar escuchando vuestra ferviente oración, llena de suspiros y lágrimas, suplicando al Señor tal merced! Diría la Virgen: Concédeme, Señor, que yo sea esclava de aquella doncella que os ha de concebir y parir, y quedar siempre Virgen; que en más estimo ser su criada y esclava, que ser señora de todo el mundo. Y esta merced os pido, Señor, y os suplico me la otorguéis por quien Vos sois. Y si esta merced me negáredes, ordenad Vos, Señor, otros caminos, como yo viva en sujeción y obediencia y no use de mi libertad. Señora, ¿quién os enseñó siendo moza, viviendo en el templo, cuán peligrosa cosa es para todos, especialmente para las mujeres, la libertad? Qué presente tenéis en vuestra memoria el yerro de nuestra madre Eva, tan costoso para todo el mundo, de que se fué sola á pasear por el huerto, y de que siendo razón que tomara consejo con su marido y lo siguiera, se atrevió á darle consejo á él y á rogarle que siguiese la voluntad de ella comiendo de la manzana que ella á solas y con mala libertad había comido.

Y también os acordábades del triste suceso de la salida á pasearse Dina, hija de Jacob, el cual evitara si fuera acompañada de su padre y hermanos, y no sola y confiada de sí. Estos y otros ejemplos de los daños que á las mujeres han venido por querer ser libres, y la doctrina del Espíritu Santo que enseña vuestro corazón, os hacía aborrecer esta peligrosa libertad y amar de todo vuestro corazón las ataduras de la sujeción y obediencia, que causan salud y seguridad. Con tan grande temblor decíades al Señor: Padre y Señor mío, pues me habéis hecho esta merced, que desde chiquita me recibiesen en esta vuestra casa y templo para que yo viviese en obediencia de la

Prelada, y por vuestra gracia me habéis dado en el corazón tanto gusto y amor de la sujeción, que no sólo la procuro guardar con mis mayores, mas aun con todas las que en esta casa están, teniéndome yo por menor y esclava de todas, continuad, Señor, esta misericordia conmigo, y proveed cómo, si yo he de salir de esta casa, tenga á quien obedecer y servir, porque tiemblo de pensar si tengo de vivir en mi libertad, cosa que yo tanto aborrezco.

¡Oh confusión grande para nuestra soberbia, palabras de tanta humildad! ¡Oh, cuán pocos hay que deseen lo que la Virgen deseaba!, y por eso pocos piden lo que Ella pide: y pluguiese á Dios no lo aborreciesen cuando Dios les ordena vida de sujeción y obediencia, y no procurasen de romper este saludable yugo y gozar de falsa libertad, verdadera causa de su perdición. Mujeres hay que por no tener á quien obedecer y respetar no se quieren casar; otros huyen de obedecer á Prelados, y aun á sus propios padres; y el castigo justo de esta culpa es dejarlos Dios seguir la alteza de sus pensamientos, y que pierdan los grandes bienes que se siguen de la sujeción, y experimenten con miserables yerros que el bien del varón, y principalmente de la mujer, es no querer libertad, que mejor consejo toma la Virgen en desear y pedir el lugar más bajo donde sea mandada y regida; y tal oración como ésta, no dejará de ser agradable á aquellos ojos benditos de Dios, pues de ellos se escribe que miran las cosas humildes en el cielo y en la tierra.

Y en otra parte está escrito (Psalm. CXII; Judic., IX): *Los soberbios desde el principio no te agradaron; mas la oración de los humildes y mansos, siempre, Señor, te agradó.* Y así no es maravilla que esta oración tan humilde, aunque hecha en la tierra, subiese al cielo; pues está escrito (Eccl., XXXV): *La oración del que se humilla penetra los cielos.* ¿Cómo había de negar Dios deseos de persona tan humilde y pedidos con tanto ahinco? Esta es, pues, aquella hierba suave plantada en el corazón de la Virgen que dió suavísimo olor al Rey celestial estando acostado en su cama donde Él descansó, que es el humilde corazón, como Él por Isaías lo dijo. Concedióle, pues, su petición, dióle contentamiento y descanso; y cuando ordenó su divina Providencia que la Virgen saliese de debajo de la mano de la Prelada que en el templo tenía, púsola debajo de la mano de San José para que le obedeciese, reverenciase y respetase con

mucho cuidado, porque dárselo por marido es dárselo para que use con él de aquestos oficios.

"La cabeza del varón es Jesucristo, y la cabeza de la mujer es su varón„ (Rom., XI); para que entienda el varón que ha de ser sujeto á Jesucristo, y entienda la mujer casada que ha de ser sujeta á su marido en todas las cosas que no fueren pecado, como es el cuerpo á la cabeza, y como es la Iglesia á Jesucristo, sin que sea estorbo de aquesto ser el marido alto ó bajo; porque no ha de ser mirado con ojos de carne, que tienen más cuenta con las cosas de carne que con la verdad, mas con ojos cristianos, que entienden en representar el marido la persona de Cristo, y que el acatarle ó desacatarle es acato hecho al mismo Señor. Y para que más os admiréis de la alteza del divino consejo, y cuán por otros caminos va la sabiduría de Dios que la humana prudencia, da marido al que tenía por esposa y la había de tomar por Madre no Duque ni Conde, ni rico ni Rey, sino un carpintero que tenía necesidad para se mantener de ganarlo con la azuela en la mano. ¿Quién no se admira hasta salir de sí de cosa tan extraña y fuera de los quicios de la humana razón? ¿Quién no dirá con San Pablo (I Cor., XI): "¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios y cuán sin rastro sus caminos? ¿Quién conoció el sentido del Señor? ¿Quién fué su consejero? ¿Quién le enseñó? Todas las cosas salen de Él, todas son hechas por Él, todas son conservadas por Él.„

Señor, para siempre bendito, Dios, cuya sabiduría no tiene término, ya que determinaba vuestra voluntad de tener Madre casada, ¿por qué ordenáis casamiento tan desigual, dando á la que es Reina de los ángeles, y lo que más es, que es Madre vuestra, no á Rey ni Emperador, sino á un carpintero? ¿Tan amigo sois de humildad y pobreza, no sólo amadas en el corazón, mas puestas por obra? ¿Tan dulce sonido hace en vuestras orejas y de vuestra Madre que os llamen á Vos hijo, y á Ella esposa de un carpintero? ¿Y que pudiendo, y con toda facilidad, Vos y vuestra Madre sagrada oir otros títulos de grandísima honra, aborrecéis aquéllos y escogéis éstos? Cosa nueva es ni vista ni oída en el mundo; mas con esta doctrina y ejemplo de tanta humildad queréis, Señor, dar á entender cuán engañados van los que desean engrandecerse en la tierra, y que el abajarse en ella es camino verdadero para ser ensalzados en el cielo.

Y aunque Vos, Señor, muchas veces predicasteis esto con vuestra santísima boca, quisisteis Vos obrarlo en vuestra misma persona y de vuestra Madre bendita, para dar á entender que no es doctrina de tener en poco lo que con humildad tan extraña y puesta en obra nos encomendáis. Mas ay del mundo por el gran peligro del viento de la soberbia que nos tiene tan ciegos, que aunque con tales ejemplos aman los hombres lo alto del mundo, como si Cristo se lo hubiera mandado y lo hubiera Él buscado, y huyen con todas sus fuerzas de lo que Él y su Madre buscaron y amaron, como si en ello estuviese su mal y condenación. ¿En qué pararán, Señor, en qué pararán los que despreciando vuestros ejemplos siguen los del miserable Lucifer, que, según dice Job (cap. XLI), es rey sobre todos los hijos de la soberbia, sino en que, pues no caminan por donde caminasteis, no vayan donde Vos fuisteis, y pues les pareció bien seguir al rey soberbio, tengan parte en el reino de eterna miseria y deshonra, que como Jeremías dice (cap. II), nunca será puesta en olvido?

¡Oh, cuánta razón tenemos, cristianos, de con grande atención juntar nuestros espirituales sentidos para considerar la alteza de Dios en aquesta obra de tanta humildad, la grande gana que tiene de que seamos humildes y la grande obligación en que nos pone, pues que nos lo dice á costa de obras! Confúndanse todos los soberbios con aqueste ejemplo; avergüéncense y teman las mujeres casadas de cotejarse en su corazón con sus maridos, pareciéndoles que son más altas y honradas que ellos, y que no las merecían tener por mujeres. Y si el negocio llega á tanta desvergüenza que en las palabras ó en las obras den á entender la hinchazón pestilencial de su corazón, llórense como gente muy perdida por verse tan lejos de la humildad de la sagrada Virgen María, que olvidada de la grande ventaja que á su marido llevaba, le respeta y acata en su corazón, le sirve y obedece con las obras de fuera. ¡Oh, qué engañadas estáis las mujeres á quien esto toca, en pensar que podéis tener amistad con la Virgen casada y humilde vosotras las casadas soberbias! Y si á la Virgen bendita parecéis mal, ay de vosotras, porque en ninguna manera parecéis bien á Dios.

Ordenanza de Dios fué aquésta para demostracion de la profunda humildad de la Virgen, y para justificar la condenación de las mujeres soberbias. Pues los cielos y la tierra, y todo lo

que en ellos está, dirán á voces que no hay cosa más monstruosa ni digna de mayor castigo, que humillándose el Rey de la majestad, el hombre y gusano se quede enhiesto y soberbio; y que acatando y honrando la Madre de Dios á su esposo José, como á cabeza suya y lugarteniente de Dios, se desdeñe la mujer hormiga de no hacer lo mismo con su marido. Excelentísimo ejemplo fué dado á las mujeres casadas en ser casada la bendita Madre de Dios, para que como ejemplo de doncellas que están debajo de la mano de sus padres, y de las religiosas que están debajo de la mano de sus Preladas, y de la viudas que pierden marido, lo fuese también de las mujeres casadas, para que todo estado de mujeres tuviese este espejo resplandeciente en que se mirar, y fuese maestra de todas la que es dada á todas por madre, aprendiendo de Ella lo que han de hacer, y alcanzando por Ella gracia para lo cumplir; de todos es la Virgen bendita, gracias al que nos la dió.

Estas y otras muchas cosas hubo de aqueste bienaventurado casamiento de parte de la Virgen sagrada, las cuales dejadas á que el Espíritu del Señor las enseñe, hablaremos de otras que de parte del Hijo de Dios se pueden considerar, no menos maravillosas para considerar, ni de menor provecho para imitar, antes en todo mayores, como el Señor es mayor que su Madre bendita.

Fué, pues, la primera causa de parte del Niño Jesús saber que la divina Escritura, la cual tenían y leían los letrados de la ley, no da buenas nuevas de los hijos nacidos fuera del matrimonio; fía poco de ellos, huye de darles cosas que á otros concede, y tiéneles una cierta ojeriza, como cosa hecha en pecado; y como el Señor había de predicar y conversar en aquel pueblo gente tan achacosa para calumniar su doctrina, vida y milagros, ordenó la divina Sabiduría de no les dar ocasión ninguna que tuviese apariencia para poner tacha en el Señor ni en sus obras, y que fuese amparado de aquella infamia con la honra del matrimonio. Y pesó tanto esto en su acatamiento, que aunque pudiera el Señor descubrir quién era su Padre, y sabido, ni su Madre incurriera en deshonra por tener hijo sin ser casada, ni la apedrearan como á adúltera, sino honráranla como esposa de Dios. Mas el que vino á pagar el pecado de soberbia y dar ejemplo de humildad para el remedio de los soberbios, no quiso descubrir luego la alteza de su linaje por el cual tenía

naturaleza divina, sino la bajeza de la humildad llamándose ordinariamente hijo del hombre, aunque alguna vez se llamaba Hijo de Dios, no por ambición sino por gloria de Dios, y porque á la salvación de los hombres convenía que creyesen de Él que era hombre y que era Dios.

Fué la segunda causa no menos maravillosa que ésta: conviene á saber, por tener quien supliese sus necesidades y le remediase en ellas. Pudiera este Omnipotente Señor, ya que por bien de los hombres se hizo hombre, cumplir con esto con tomar un ánima impasible y un cuerpo glorioso, que ni en ella cupiese tristeza, ni en el cuerpo dolor ni otra alguna necesidad. Y no fuera esto contra razón, que era justo ser ajeno de las penas que entraron por el pecado el que no cometió pecado.

Mas ya que su caridad le hizo renunciar este su derecho, y no se contentó con humillarse hasta tomar cuerpo, mas cuerpo pasible, mortal, sujeto á hambre, desnudo, frío, cansancio y calor, y á las otras humanas necesidades á que los otros hombres son sujetos, las cuales aún sentía más que ellos, por ser más delicado que ellos, mas ya que su amor le ponía este grave yugo de necesidades que se pone sobre los hijos de Adán, que los aprieta desde el día del nacimiento de ellos hasta el día que se les acaba la vida, pudiera el Señor, ya que quería servirse de sus criaturas para mantenerse de ellas, mandar al ave que viniese á ser su manjar, y al pan, y al agua y al vestido que lo mantuviesen y cobijasen, y que el mismo fuego lo viniera á calentar, sirviéndole estas y otras cosas inmediatamente como á su verdadero Señor. Mas tampoco quiso usar de aqueste modo de señorío, aunque muy justo, disimulando con la majestad por cumplir con la humildad, de la cual había de ser único maestro por palabras y obras; por lo cual no quiso servirse de estas criaturas para remedio de sus necesidades, sino que le fuesen dadas por mano de otras criaturas, como si no tuviera derecho sobre ellas.

Señor, pues si os determináis de recibir lo que habéis menester, recibidlo de la mano de los ángeles, que son muy altos y honrados, porque el magnánimo no recibe de todos, sino de personas muy altas. No será así, dice el Señor; no me hice ángel, sino hombre por abajarme más; de mano de hombres y no de ángeles he de recibir lo que he menester. Pues sea, Señor, de mano de algún Duque ó Conde, ó de un Rey: No, sino de un

hombre bajo. Pues dadle, Señor, renta con que os mantenga. No, sino de lo que ganare con su oficio en mucho sudor de su cara. ¡Oh humildad! ¡Oh pobreza, cuán amada sois de este Señor, pues os santifica tomándoos en su misma persona, para después llamar bienaventurados á los humildes y pobres de espíritu! Por lo cual convino que la Virgen bendita fuese casada, para que pues Ella no podía á solas remediar las necesidades de su Hijo bendito, tuviese esposo que la ayudase. Porque así como se escribe de Adán que le dió Dios mujer para que le ayudase, así también no convino que la bendita Virgen estuviese sola en este ministerio, sino que se le diese varón que la ayudase y fuese semejable á Ella.

No es menor que éstas la tercera causa de este casamiento bendito, el cual quiso la divina Ordenación que se efectuase para cumplir con los encendidos deseos del corazón del Señor, cerca de la humildad y obediencia. El cual, sabiendo que el camino para ir al cielo y agradar á los ojos de Dios había de ser por medio contrario al corazón de Lucifer, que le perdió por soberbia, y al de los padres primeros, que cayeron en desobediencia, tuvo único cuidado de las dichas dos virtudes, con las cuales se casó sin jamás se apartar de ellas. Y porque convenía á su grandeza tener estas virtudes en grado muy alto, y la necesidad de los hombres cerca de la falta de ellas había menester poderoso ejemplo que les sanase de enfermedad tan arraigada, no se contentó el grande amador de estas virtudes de ejercitarlas en humillarse y en obedecer á Dios, como dice San Pablo, mas determinóse de humillarse y obedecer á hombres para que Dios fuese glorificado en obra tan excelente, y los hombres se avergonzasen de quedarse enhiestos y desobedientes viendo al Altísimo tan humillado y tan obediente.

De aquí nació lo que el Señor dijo en reprensión de sus Apóstoles, que deseaban mandar (Matth., XX): "El Hijo de la Virgen no vino á ser servido, sino á servir." De aquí nació el estar entre sus discípulos como quien sirve, y hacer aquella obra de que todo el cielo se admira, de lavarles el Jueves Santo sus pies, en testimonio que su corazón entrañablemente amaba el servir y aborrecer la vanidad del mandar y ambición de la honra y señorío; porque lo que desde la primera edad se embebe en el hombre, dura con él en la mayor edad. Y para que ninguna parte de la vida del Señor estuviese desacompañada de estas

dos virtudes, quiso tener Madre á quien se humillase y obedeciese, guardándole el respeto y preeminencias de Madre. Y no contento con esto, se abajó más á servir, obedecer y honrar á un hombre por ayo, que tenía en lugar de Padre, de menores quilates que los de la Virgen bendita, para que tanto fuese más ilustre su obediencia cuanto la persona á quien obedecía fuese más baja, y tanto fuese ejemplo más eficaz para convidar á los hombres á ser obedientes y humildes; y tanto fuese más justa la condenación de quien con mal consejo otro camino tomase más del de su cabeza, Cristo, y á éste siguiese, amase y obedeciese, para que así seguido y obedecido le diese aquí en este destierro gracia, y después le llevase consigo á su santa gloria.

TRATADO TERCERO

De la festividad del nacimiento de la Santísima Virgen María Nuestra Señora.

Liber generationis Jesu Christi.

"Libro de la generación de Jesucristo."

(MATTH., I).

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

El *que tuviere sed* — dice Nuestro Redentor Jesucristo por boca de su Evangelista San Juan, cap. VII—*venga, que yo le daré á beber de una fuente de agua viva, y de balde.*

Conténtase Jesucristo Nuestro Redentor, en lugar de precio para alcanzarle, que tengamos sed y deseo de Él; no quiere más de nosotros; con sólo esto se contenta, que estemos sedientos y deseosos: préciase y arréase Dios mucho de esto, y mándase llamar en la Escritura *el Deseado;* porque á ninguno se da Dios sino á aquel que le desea, y á ninguno se negó que lo deseó. ¿Pensáis que antes que viniese á encarnar y á remediar nuestras necesidades, y á hacerse hombre por nosotros, que fué poco deseado? Qué de suspiros, qué de gemidos. ¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo llegará ya esta hora en la cual ha de venir el que nos tiene de remediar? Espera un poquito, dice Dios (Aggaei., II): *Adhuc modicum, et ego movebo coelum, et terram, et mare, et aridam, et veniet* DESIDERATUS *cunctis gentibus,* y vendrá el deseado de todas las gentes. Tengo para mí que este día se pidieron grandes albricias á los ángeles en

el cielo. Qué de fiestas, qué de placeres, qué de regocijos creo que hicieron. Qué de corazones desconsolados y desmayados fueron consolados y esforzados con la esperanza del deseado viendo ya llegar el tiempo en que había de venir con el nacimiento de la que había de parir. Tengo para mí que se cumplió hoy la profecía de Malaquías (cap. III) muy á la letra espiritual y verdaderamente: *Et statim veniet ad templum suum Dominator, quem vos quaeritis, et angelus testamenti, quem vos vultis.* El santo templo de Dios, las entrañas de la Virgen Nuestra Señora son: *Satim veniet.* Presto vendrá, no tardará. Luego vendrá á su templo, ya es nacida la doncella que lo ha de parir: ¡cuántas albricias pidieron los ángeles á los Padres del limbo! ¡Qué placeres y alegrías se hicieron en los cielos! ¡Qué de consuelos á los siervos de Dios y á los hombres santos en la tierra se dieron con esta bienaventurada nueva!

Ya es nacida la doncella de la cual ha de nacer el Deseado de las gentes. ¿Pues qué á nosotros de eso? El nacimiento de la Virgen María ya es pasado, sé que no ha de tornar ya para nosotros. ¿Pensáis que son acabadas las misericordias de Dios? No; si fuéramos fieles para dar gracias á Dios en esta vida por las mercedes que nos hizo con esta niña, con esta doncella, sentiríamos el nacimiento de la Virgen en nuestros corazones. ¡Qué de regocijos semejantes á los del cielo sentirían nuestras almas! ¿Hay aquí alguno que ande deseoso por topar con Dios? ¡Oh Señor, que me tenéis muerto por desearos! Tantos años ha que os ando buscando y no os puedo hallar, dádmeos ya, Señor, por quien Vos sois, á conocer. ¡Oh Señor, que mucho os deseo y no puedo topar con Vos! Désele por señal que la Virgen ha nacido hoy, para que así como su nacimiento de Ella entonces fué señal que se acercaba el de Jesucristo Nuestro Señor, así ahora por su intercesión alcanzaremos gracia para tratar de su nacimiento.

Liber generationis, etc. Estas palabras son principio del Santo Evangelio que escribe el Evangelista San Mateo de la presente festividad de hoy, del Nacimiento de la Santísima Virgen María Nuestra Señora. Comienza el libro de la generación de Jesucristo: ¿qué ha Dios con linaje? Libro del linaje y genealogía de Jesucristo. ¿Qué tiene que ver linaje con Él? Según la carne habéis de entender. Abraham engendró á Isaac, Isaac engendró á Jacob, y Fulano engendró á Fulano, etc.; gran

negocio es éste. Señor, ¿para qué mandáis escribir eso, si Vos mandáis por otra parte que despreciemos la carne y el linaje, y toda la honra y vanagloria? Cuanto más que si os queréis honrar de vuestro linaje, hubo en él tantos malos, que antes hay en él deshonra que honra. Manasés, que hinchó á Jerusalén de sangre de profetas y siervos de Dios, y fué grande adorador de los ídolos, y á todos mataba. Acab fué otro tal, y aun peor. En medio de estos dos nació uno bueno, que fué el Rey Ezechías. ¿Para qué mandáis contar vuestro linaje? Para dos cosas: para la fe, porque estaba profetizado que el Mesías había de venir de la tribu de Judá y de la casa de David. Y porque no siendo de la tribu de Judá no podía ser de la casa de David, por eso dice: Natán engendró á Jacob y Jacob engendró á José, marido de la Virgen María.

Padre, ¿si no nació Jesucristo del linaje de José, pues no es hijo suyo sino de la Virgen María, solamente fué concebido por obra del Espíritu Santo, cómo se verifica, sin contar el linaje de Jesucristo que viene de la tribu de Judá y de la casa de David, contando solamente el de José?

La respuesta es, que José y la Virgen María eran de una tribu misma, porque entonces no se casaban los de una tribu con los de otra; y así en contar el linaje de José, que casó con la Virgen María, de la cual nació Cristo, está claro que viene de la tribu de Judá y de la casa de David. ¿Pues cómo se casaron una vez los de la tribu de Leví con otra tribu? ¿Y Santa Isabel sí, que parienta era de Nuestra Señora, y no era de la misma tribu? Luego no está probado que Cristo venía de la tribu de Judá, por probar que José lo era, que casó con Nuestra Señora, pues que puede ser que fuese de diferentes tribus. ¿Pues cómo sabremos que esto fué así? La respuesta está clara; que aunque algunos se casasen de una tribu con otra, teníase mucha cuenta con el de Cristo, y todos sabían quién era. Cuanto mas que otro evangelista dice (Luc., II): *Ascendit autem Joseph a Galilaea de civitate Nazareth, in Judaeam in civitatem David quae vocatur Bethelhem: eo quod esset de domo, et familia David.* La razón es, que José y Nuestra Señora eran de un mismo linaje, y que no solamente eran de una tribu, mas el parentesco cercano, y le bastó al evangelista decir que José era de la tribu de Judá y de la casa de David, sin hacer mención de Nuestra Señora, porque no se usaba entonces contar el linaje de las mujeres.

Y en decir que José era esposo de Nuestra Señora, está claro que Jesucristo venía de la tribu de Judá y de la casa de David. Lo segundo, porque Dios mandó contar su linaje, es para la edificación de las costumbres de todos los hombres altos y bajos, que aunque es gran cosa proceder de Reyes, señores y Patriarcas, según cuenta el Evangelio, y éstos fueron parientes, según la carne, de Jesucristo; y á la Virgen le fué grande honra ser Madre de Dios, según la carne; mas de éstos fueron muchos malos; pero no basta tener este parentesco con Jesucristo para ser buenos, ni á Jesucristo Nuestro Señor se le pegó honra ni grandeza por descender de Reyes, Patriarcas ni señores, porque Él no recibió nobleza por descender de ellos; mas si antes alguna había en ellos, la recibieron de Él.

Y cuanto más cercanos á este parentesco, más nobles han de ser para estar más cerca del merecimiento y mesura de los buenos. Luego cuanto más llegados al parentesco, se habían de decir que subían, y no que descendían. El, aunque es postrero en orden, el nacimiento se ha de entender según la carne. Dijo una vez San Pablo en una Epístola que escribió á los de Corinto: ¿Qué medio para que se les quitase á los de Israel el velo que tienen encima de sus corazones? Mas no hay remedio hasta que se conviertan al verdadero Jesucristo Redentor y Señor Nuestro. Este velo les quedó desde que Moisés les hablaba con el velo delante de su cara, porque no viesen la claridad de ella (II Cor., III): *Cum conversus fuerit Israel ad Dominum auferetur velamen.*

El Señor no es carne sino espíritu, pues convertirse á Dios es convertirse al espíritu. Esa ley tan llena de ceremonias, esa ley tan obscura de fuera, que de dentro tiene tanta luz, así como Moisés, que tenía en la cara tanta lumbre, y de fuera tenía puesto el velo con que le tapaba la cara, convirtióse al espíritu; no se mira lo que de fuera suena, sino los misterios que en ella están encerrados; conviértase al espíritu, ¿de qué manera? Mandaba Dios (Deut., XIV): *No comáis puerco, comed un cordero en tal tiempo, de esta y de esta manera;* vuélvase esto á Dios, vuélvanse estas ceremonias al espíritu. ¿Cómo se entiende, qué quiere decir no comer del puerco? Que no hacer cosa sucia así como puerco. No hacer pecados de carne, no suciedades, que son significados por el puerco. ¿Cómo se entiende el comer del cordero? Así, así convierte eso al espíritu, entiéndelo espiritualmente.

Entiéndese ese comer del cordero, y el no comer del puerco, no según suena la letra, no según la carne, sino según el espíritu, pues así acá. ¿Qué te movió, Señor, pues que no amas la carne, antes tanto la aborreces, y tanto nos mandas huir de ella mandarnos contar tu linaje y genealogía? Convirtamos el linaje de la carne al del espíritu, y veremos qué es lo que movió al Evangelista de contarnos el linaje de Jesucristo, que es el linaje espiritual de Jesucristo. Eso, eso alabad, pecador de mí, á éste tened envidia, no al que desciende de Abraham, de Isaac, de Jacob y de David, y tantos Reyes y Patriarcas. No tengáis envidia de que desciende, según la carne de tantos generosos; de estar escrito en la generación suya espiritual: esto es lo que habéis de tener en mucho, de esto habéis de hacer gran caudal, que no de ser pariente suyo por más cercano que fuésedes. No lo dijo así Jesucristo cuando una vez estaba predicando y estaba á la puerta su Madre y sus hermanos (Matth., II): *Ecce mater tua, et fratres foris stant quaerentes te alloqui*, y respondió el Señor entonces: *El que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi Padre, hermano y mi madre.* Esto es lo que Dios alaba, y tiene en algo. Otra vez respondió á la mujer que le dijo (Luc., XI): *Bienaventurado el vientre en que anduviste y los pechos que mamaste.* Mas antes bienaventurado el que oye la palabra de Dios y la guarda; esto es el ser hidalgo, el que es del linaje espiritual de Jesucristo.

¿Queréis ser contados con los de su generación? Pues escuchad que en este Evangelio se cuentan y están pintados los pasos que andan los que son de este linaje, y los que habéis de andar vos si queréis y habéis de ser tenido por los de su generación. ¿Quién es el primero de este linaje? Abraham: no entendáis el carnal, dejad ése, pues entended por Abraham lo que entiende San Pablo (Rom., IV): *Pater multarum gentium:* Abraham, padre de los creyentes. Tomad, pues, en cuanto creyente, que quiere decir el primero en ser Abraham, que si estáis fuera de este linaje espiritual de Jesucristo, la primera piedra que habéis de poner, el primer fundamento es la fe que habéis de creer, que habéis de cerrar los ojos á lo que Dios os dijere, sea poco, sea mucho, sea claro, sea obscuro; básteos decirlo Dios para pensarlo que sin falta será así lo que Él prometiere.

Era Abraham tan viejo, estaba tan descaecido para haber de esperar de sí generación naturalmente, que no era más que

un muerto, y su mujer Sara estéril aun en su mocedad; llegábase entonces á más días de vida, y estaba descaecida en gran manera; Abraham viejo, que había cien años; Sara estéril, casi tan vieja como su marido: ¿qué os parece qué fundamentos éstos para generación? Pues estos dos son los primeros que entran en el linaje espiritual de Jesucristo. ¿Qué quiere decir que de dos viejos, que de dos flacos, que de dos desmayados y de ninguna virtud y fuerza, de descaecidos, de ellos nace Jesucristo, de ellos nace el Hijo de bendición? Así me parece que quiere decir el hijo de la amistad de Dios, el que ha de estar en su amor y en su gracia, de viejos ha de nacer, de flacos, de desmayados, de desconfiados de sí mismos, de los que se apocan en sí quitada la fantasía; que por naturaleza no vamos al cielo, sino por gracia.

Aunque seas más sabio que Salomón, aunque seas más rico que Creso, aunque seas más casto que Genócrates, no te vale todo nada: si confías de lo que vales, puedes desconfiar de tus pocas fuerzas. Conoce que eres nada, no te engrandezcas de lo que sabes, cuélgate de la misericordia de Dios, por limosna se lo pide, no por tus fuerzas y merecimientos. Di, Señor, ¿puedo alcanzarte á Ti sin Ti? No puedo ir á Ti sin Ti: no puedo ir á Ti si Tú no me das fuerzas para que vaya á ti. Remédiame, ampárame Tú, que eres todo mi consuelo, todo mi remedio, toda mi defensa; en tus manos están mis fuerzas, en tus manos están mis bienaventuranzas, nadie puede remediarme sino Tú, en tus manos me pongo, Señor mío.

Así, pues, hemos de hacer; confesarnos por flacos, por desmayados, por estériles, por miserables; porque no sabemos, ni podemos, ni valemos, ni hemos de entrar, ni podemos por nuestra naturaleza ir al cielo; que si estás engrandecido, y un poco contento de ti mismo, no porque sea tuyo el cielo ni la tierra, ni por tu castidad, ni por tu humildad, ni por tu paciencia nunca entrarás en el linaje de Jesucristo; de esta manera entrarás, derribándote, apocándote, desconfiando de tus fuerzas, y éstos son los bienaventurados pobres de espíritu, porque de éstos es el reino de los cielos.

No quiero riquezas demasiadas—dijo Salomón,—*porque por ventura no me engrandezca con ellas y te niegue.* (Proverbios, XXX, y Psalm. LXI.) ¿Qué valió al fariseo, decid, su riqueza, pues con ella salió condenado del templo, porque con-

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

fiaba en sus fuerzas? ¿No le valió más al publicano su pobreza, pues con ella salió justificado, porque desconfiaba de sí y de sus fuerzas? Del pobre, pues, es el reino de los cielos; del que piensa que no es nada, del que no osa parecer delante de Dios viendo su poquedad; el que dice: Señor, no tengo ojos para parecer delante de vuestro acatamiento, ¿cómo ha de parecer una tan profunda bajeza delante la incomprensible bondad, y delante de tan grande alteza, como la vuestra, Señor? No soy nada, ni valgo nada, ni puedo algo; Vos, Señor, sois todo mi precio, mi fuerza, mi riqueza; Vos, Señor, todo mi arrimo, todo el bien de mi ánima. De estos, pues, debilitados, de los flacos, de estos desmayados nace Jesucristo: por bajeza se entra en su linaje. Señor, ¿tuvo más Abraham? Sí, estaba muy confiado, tenía grandísima fe en Dios. No basta que os conozcáis por miserable si no estáis confiado en Dios; no basta que estéis muy desmayado de vuestras fuerzas si no estáis confiado en Dios, si no pensáis que hay en Dios poder y misericordia para esforzaros y remediaros. No basta que sintáis muy bajamente de vos mismo, sino que sintáis muy altamente de Dios.

Estaba, pues, Abraham muy flaco, muy derribado y desconfiado de sí, y muy esforzado, muy amado, muy fuerte, muy confiado de Dios. Vino Dios por allí un día, y díjole que de allí á un año tendría un hijo. ¿Qué esos viejos y debilitados han de tener hijos, Señor? Sí que han de tener, sí. ¿Qué esos que más parecen muertos, y están para la sepultura más que para engendrar, ahora al cabo de tantos años que viven y nunca han tenido generación, han de tener ahora hijos? Sí; su mujer rióse un poquito de lo que le dijo Dios, tuvo por casi cosa de burla. Fuí estéril en mi mocedad cuando pudiera engendrar, ahora sobre esto viene la vejez, ¿cómo puede ser esto, que ahora haya de concebir yo? Dudó un poco Sara, mas el fuerte Abraham creyó sin dudar; no miró soy viejo, mi mujer estéril, ¿cómo ha de ser esto?, ni paró en nada eso; ¿pues qué hizo? creyó luego á la palabra de Dios, y confió firmísimamente que no habría falta en lo que Dios le decía.

A nosotros dice esto, que si te lloras por miserable, si te paras á mirar tu flaqueza, si te paras á mirar treinta años ha que vivo mal, cada día propongo de vivir bien, nunca lo cumplo, hoy caigo aquí, mañana allí. Si te paras á considerar las veces que has querido servir á Dios y nunca has acabado de

salir con ello, no desmayes, sino confía mucho. Menester es aprender y saber que sin Dios no tenemos sino miserias.

Así dijo un santo monje: nunca acabarán tus tentaciones de darte guerra, hasta que verdaderamente conozcas de ti que eres nada, y que en sólo Dios está tu remedio, y confíes que Él te ha de remediar, y estés tan cierto de que no vales nada sin Dios y que no te puedes conocer sin Él, como lo estarías de que no podrías si quisieses agotar un mar muy grande con un jarrico muy pequeño, sacando muchos jarros de él hasta venir á no dejar nada. Señor, muy malo he sido, ¿quién podrá contar las veces que te he ofendido? ¡Qué de años he gastado en ofenderte! No podré dar cuenta de una hora bien gastada, sino de mil cuentos de abominaciones. Si no me remedias, Señor piadosísimo, perdido seré; ¿qué ha de ser de mí si me dejas? Bueno estáis; ahora, ya tenéis una parte de las dos de Abraham, el desmayo de vos mismo, la desconfianza de vuestras fuerzas, la flaqueza de quien sois; bueno estáis ¿pero habéis de desmayar por eso? No, sino habéis de tener confianza en la misericordia de Dios que levanta los caídos, que os ha de remediar, que os ha de esforzar, que os ha de traer á estado de salvación.

Hacer buenas obras menester es, y conocer vuestra flaqueza y bajeza; pero si ahí os quedáis no vale nada. ¿Qué más ha de haber que confianza? Fe viva. No hay tan cierta renta como la de los que confían, como la de los que esperan firmemente en Dios. Confiar tenéis, hermano, que ha de traer Dios algún día en el cual tendrá vuestra Sara un hijo; que un día vendrá en el cual os dé Dios gracia con que se consuele vuestra ánima; que esa ánima tan mala, tan estéril, tan indevota, tan soberbia se vuelva humilde; ella será devota y humilde á su Dios. ¡Qué regocijo suele tener el alma cuando de soberbia se ha vuelto humilde! ¡Cuando de ciega ve! ¡Cuando de desobediente se ve ya obedecer á Dios! ¡Cuando de mala se ve buena por la gracia de Dios! Dice entonces Isaías (cap. XLIX): *Ego sterilis, et non pariens, transmigrata, et captiva; et istos quis enutrivit? ego destituta et sola; et isti ubi erant?* Cuando el alma se ve blanda, devota y limosnera, humilde, casta y limpia, dice: ¿Qué es aquesto? ¿Quién me ha dado estos hijos? ¿Quién me ha engendrado y criado estas buenas obras? ¿Qué es aquesto? La misericordia de Dios que hace tantas mercedes al alma que no las puede entender.

¡Oh Padre!, si me dijesen á mí los ángeles que había de venir un día en el cual tuviese un hijo que se llamase gozo, como se lo dijeron á Abraham, estaría confiado; si Dios me lo hubiera dicho, estaría y esperaría con confianza su promesa; pero nunca Dios me ha dicho nada de eso, nadie me ha hablado de su parte, no entiendo ese lenguaje, nunca he sentido en mí nada de esas cosas; no sabré dar señas de eso, ni lo entiendo. Hermano, en vos está la falta, que de parte de Dios no la ha habido, que no ha dejado Él de enviaros mensajeros, sé que á hombres se dicen esas cosas, no á los ángeles (Act., II): *Vobis repromissio facta est, et filis vestris*, dice el Apóstol: A vosotros se ha dicho esta promesa, y á vuestros hijos; á vosotros se ha de comunicar Dios y enviaros sus mensajeros y á vuestros hijos, que os avisen y os comuniquen lo que de vosotros quiere. Decid, ¿nunca os ha llamado Dios? Si sentís en vuestra ánima una mudanza del mal en bien, un mirar la vanidad de esta vida, y ver cómo todo perece; veros á vos cuán presto moriréis, y cómo se quedará acá todo; un decir. ¿Para qué quiero poner mi esperanza en cosa que tan presto se pasa? ¿Quién confía en cosa tan perecedera? ¿Quién confía en cosa que tan ligeramente se haya de acabar?

Si sentís eso, de Dios es, Nuestro Señor os ha llamado. ¿Pensábades vos, hermano, que eso no era de Dios? ¿En tan poco tenéis eso? ¿Qué pensáis, que sois vos bastante para pensar eso de vos mismo? Engañado vivís, sabedlo conocer, que inspiraciones son de Dios; no tenéis vos fuerzas (Joann,, VI): *Omnis qui audivit a Patre, et didicit venit ad me.* ¿Pensabas que era tuyo ese bien? Todo aquel que oye y aprende del Padre viene á mí. Si has venido á Jesucristo, fué porque has oído y has sido enseñado del Padre; ninguno va á Jesucristo si primero no le llama y le lleva el Padre, mediante el hablarle en las santas inspiraciones. Esos propósitos buenos, esos deseos, esa mudanza que has hecho del mal al bien, de Dios te viene; esa palabra de Dios es. Si sientes buenos propósitos, si sientes buenos pensamientos, si anda tu corazón encendido en buenos deseos de dejar la vida mala y llegarte á Dios, y servirle y no ofenderle, ten esperanza que muy presto parirá tu ánima un hijo que se llame gozo.

Padre, ¿dónde está la promesa de eso para que haya yo confianza que no faltará la palabra de Dios? Harto mal es eso que

no lo sepamos, ó que si lo sabemos que se nos olvide. Cuando te bautizaron, allí se hizo la promesa; el ser bautizado señal es que te ha llamado Dios á la gracia; cuando te tomó por hijo en el santo Bautismo, allí se te dió señal que nunca te faltaría Dios, que siempre te socorrería en todas tus necesidades, que no dejará de hablarte y aconsejarte en tus dificultades y dudas, y enviarte ángeles y mensajeros que te hablen de su parte, que son las inspiraciones buenas. ¡Pensáis que poco es ser cristianos! ¿Cuándo me prometieron que me había de dar Dios hijo que se había de llamar gozo? ¿Que había Dios de consolar y recrear mi ánima, y socorrerla en sus necesidades? Cuando te bautizaron, y si no sientes este gozo, y si no sientes este bien y alegría, si no te ha nacido hijo, es porque te has apartado de Dios, y plegue á Él que no sea por el pecado; pero si sientes estos remedios de la misericordia de Dios, si sientes lo que habla en tu corazón, si sabes estar atento á lo que dice, confía, espera en Él, ten firme confianza que no te faltará su promesa, pues á nadie faltó en esta vida, y nadie se quejará de Dios que no ha cumplido con él en darle el hijo que le prometió en el bautismo.

Después nace Isaac, que quiere decir gozo, risa (Génesis, XVIII): *Risum fecit mihi Dominus*. Decid, ¿qué es lo que nace después de haber llorado en vuestro rincón vuestros pecados? Después de bien arrepentidos ¿qué nace? Gozo y alegría. El que no sabe de llorar no sabe de bien ninguno. ¿Qué nace después de la confianza que tenéis de que os ha perdonado Dios Nuestro Señor por su misericordia? Un placer que siente el ánima que le hace salir de sí. ¿Qué nace después de haberos entristecido mucho? Mucha alegría. Más segura es la alegría que viene después de la tristeza, que el gozo que viene sin haber pasado tristeza; guardaos de él. El gozo que no nace de verdadera alegría, tenedlo por sospechoso. Es esta la condición de Dios Nuestro Señor, que no quiere ser servido de dar alegría ni de consolar á nadie sin que primero le desconsuele y entristezca. Un poquito de soberbia que tengas que te la hagan dejar, conocerte y llorarte por miserable, te hace que goces verdaderamente de la alegría, y que sepas de bien. Pues de este llorar, de tristeza, del desconsuelo, de este desechar placeres, de este confiar en Dios nace la risa y el gozo, el hijo que pertenece al linaje de Jesucristo.

Alguno habrá aquí que le habrá nacido; que estará muy

alegre, muy gozoso, muy esforzado en Dios, que por la misericordia suya tiene confianza que está en gracia. Bien me quiere Dios, salvarme tengo; ¿cuándo? No hay hombre cuerdo á caballo, no queráis tanto este hijo; no os alegréis demasiadamente con él; paso, mirad lo que hacéis, mirad que hay peligro en eso, no seas como las madres que quieren tanto á sus hijos, y juegan tanto con ellos, y regálanlos tanto que los hacen malos. Esperad y crecerá el hijo y veréis lo que pasa. Cuando ya era grande Isaac, y después de tantos placeres, y después de tantas alegrías como había en Abraham por el nacimiento de su hijo Isaac, cuando más seguro pensó que estaba llamóle Dios, y díjole: Abraham, toma tu hijo Isaac muy amado y vé al monte que yo te enseñaré, porque quiero que allí lo mates y sacrifiques. Toma por ahí, ¿paréceos que es menester tiempo? No diga nadie bien estoy, no me falta nada, alegre estoy ahora, bendito sea Dios (Psalm. II): *Exultate cum tremore:* Gozaos, pero con temor, tened humildad, gozaos con temor, templaos en alegría, mirad lo que hacéis, porque viene rato en que manda Dios matar al hijo.

Dice Dios: Mátame tu gozo. Iba el pobre viejo con su hijo de la mano para matarle y sacrificarle á Dios. ¡Oh Señor, que tanto has querido atribular las alegrías de este hombre, que le mandas que mate con sus mismas manos una cosa que tanto amaba! Si se lo mataran los hombres, andad, pasara; ¡pero Tú, Señor, que tanto alegraste aquella desconsolada vejez con el nacimiento de hijo tan amado, mandas ahora que le mate! Recia cosa es, Señor, por cierto, decir vuestra Majestad: Mátame á tu hijo. ¡Vos, que dais el gozo y la alegría en el linaje de Jesucristo Nuestro Señor, dais este azote! El mismo que os dió el consuelo, el mismo que os dió la alegría, levantará dentro de vos gran tristeza y grandísimos trabajos para que perdáis el gozo que Él os había dado; y El mismo que os dió el consuelo dirá: Mátame tu gozo.

¡Qué alegres iban los Apóstoles por el mar de Galilea en la navecilla cuando iba con ellos Jesucristo! ¡Qué contentos iban diciendo: Con nosotros va Jesucristo, el mismo que crió el mar y los vientos, los cielos y la tierra; de esta manera seguros vamos de que se mueva tempestad; pues va el Señor del mundo con nosotros, no hay que temer! Levántase un viento recio, y comienza á embravecer el mar, y levántanse las olas, y luego

dieron voces á Cristo (Matth., VIII): "Señor, salvadnos, que perecemos; ah, Señor, que perecemos, remediadnos; ¿no veis la tempestad, Señor?„

Comenzaron á temer. ¿Qué es eso, Apóstoles, tan presto os turbáis? Cuán poquito duró el gozo que ahora poco ha teníades, el placer con que poco ha navegábades; y lo que peor es, que el mismo Cristo que con ellos iba en compañía (parecíales á ellos que iban seguros de tempestad) les revolvió la tormenta, y Él es el que mandó á las tribulaciones que se levantasen. Y aun eso es porque hay tan pocos que os sirvan, Señor; piensan ellos que es gran descanso serviros; entran con esta seguridad, van muy confiados y seguros que en vuestra compañía no se levantará la tormenta, y como les sale después al revés, dejan lo comenzado. Esta es la causa por que tenéis tan pocos amigos. ¡Qué gentil causa ésta! (Tob., XII): *Quia eras Deo acceptus, necesse fuit, ut tentatio probaret te.* Dijo el ángel á Tobías: "Porque eres agradable á Dios, porque eres amigo y siervo suyo, y tus servicios eran tan aceptos delante de su acatamiento, por eso fué cosa necesaria que la tentación te probase.„

Todo esto es por ser uno siervo de Dios; por eso ha de ser tentado. ¡Gentil favor parece ése! Pues no lo tengáis en poco, que esto con los muy privados y amigos se hace: cuanto esto pasan los novicios diciendo: Cuando yo estaba en el mundo no sentía nada de esto que ahora paso, ni aun sabía qué cosa era tentación: qué contento andaba, qué alegre, no sabía rato de pesar: después que vine al monasterio, ¡qué de trabajos que paso! ¡Qué de tentaciones de carne y soberbia! ¡Qué de importunidades me da el demonio para que deje lo que he comenzado! ¿Quién ha de sufrir esto? No os espantéis, hermano, ¿qué pensáis? Eso quiere Dios; que matéis el gozo y el placer que tomasteis en el mundo; el alegría que traíades cuando vinisteis al monasterio, ó los consuelos que habéis tenido después que vinisteis á él, quiere Dios que se los mortifiquéis. Dice Dios: *Daca el gozo, mátamelo.*

¿Sabéis cómo lo hace con el hombre? Como desposado que le muestra mucho amor su esposa, y él quiere probar si es verdadero ó fingido aquel amor, y no hace sino fingir que se va lejos tierra, y no sale del lugar donde vive, anda acechando en su ausencia, ver qué hace su esposa, si anda muy compuesta y riéndose, y de ventana en ventana, y de pasatiempo en

pasatiempo: y si esto hace, luego ve que no le ama de corazón; pero si no sale de casa, sino llorar, no se quiere vestir, sino como quiera, todo por la ausencia de su marido, luego ve su esposo que su esposa le ama. Cuando Dios está con el ánima, ¿qué mucho que no vaya á ver toros, juegos de cañas, ni justas, ni pasearse, ni ver pasatiempos ningunos? Es tanta la dulzura que recibe de la presencia de Dios, que no es de maravillar que desprecie cuanto hay en esta vida.

No hay rufián ni mala mujer que si le diese Dios á gustar un poquito de su dulzura, no dejase luego cuanto acá hay, y el deleite de la mala vida que traen, y se fuesen en pos de Dios, y en sabor y gusto de los deleites de Dios. Que si Dios te da consuelos, si te visita, si está presente de continuo, ¿qué mucho que andes muy diligente, y sirvas de buena gana, y le andes mirando á la cara para ver lo que quiere mandar? Entonces pocas gracias que seas bueno. Cuando Dios está ausente, cuando tienes trabajos, entonces se ve el que lo ama verdaderamente; cuando te envía tristezas y tribulaciones, cuando te envía un trabajo tras otro, entonces es de ver la constancia de los que sirven. Dice Dios: Esperadme, esconderme he un poquito y veré qué tal es el amor de Fulano; veamos si anda tan diligente, si anda tan contento, si deja de servirme, si tiene cuidado de los pobres como lo hacía en mi presencia. Va el otro, en pareciéndole que está Dios ausente, en quitándole el consuelo, en dándole un poquito de tristeza, luego se quiere ir, ya piensa que Dios le ha dejado. Dice Dios: ¿Por tan pocas cosas desfallecéis? Luego os queréis ir, poco amor me tenéis vos.

Esto hacen las ánimas flacas desamoradas, los que no se saben menear sino en presencia de Dios; mas la buena ánima más fuerte anda cuando Dios está ausente, procurando de no hacer ni caer en vileza. Cuanto más apartada del socorro de Dios, más se encomienda á Él, y procura de ser fiel para cuando su Señor volviere. ¡Ah, cuántas veces anda Isaac en los cuernos del toro! Muchas otras perdéis el gozo; y plegue á Dios no sea por pecado, que este es el negro mal; ahí está el negro trabajo. Eso me decid, qué es pérdida. Decidme: ¿Estáis en Cristo? ¿No sois del linaje espiritual de Cristo? Decid, ¿cuántas noches se os han pasado pensando en esto? ¿Qué os aprovecha tener mucha hacienda? ¿Qué aprovechan riquezas, lina-

je, hermosura, andar tan pulido que todos se espantan de miraros? ¿Qué aprovecha que todo el mundo os honre y os tenga en mucho, si no sois del linaje espiritual de Jesucristo? ¿Estáis en Cristo ó no? Unos habrá que sepan responder á esta pregunta; otros habrá que no sepan responder á ella. Unos habrá que si les preguntáis si están en Cristo os respondan que no. Todo aquel que está en pecado mortal no está en Cristo. Desdichado de él y de la madre que le parió; maldito es el pan que come, maldita el agua que bebe, maldito el sueño que duerme y malditos los pasos que anda. Y más me espanto poderte hallar sin Cristo y hacerte á vivir sin Él, y decir á Dios : Idos que no es menester, bien me hallo sin Vos; esto es de espantar.

Pecar si luego te arrepientes no es mucho, no hay que decir, no es menester hablar en ello; mas después de haber pecado, hallarte á vivir sin Cristo, eso es mucho más de maravillar. ¿Qué haces sin Cristo? Di, ¿cómo puedes vivir sin Él? ¿Qué vida es la que vives sin Cristo? ¿Qué te aprovecha que todo el mundo sea tuyo, que te favorezca el Rey, la tierra, los hombres y los demonios, si á la hora de tu muerte te toma el mal estado? Nada de eso te escapará de tormentos y fuegos que nunca se han de acabar, que han de durar mientras Dios fuere Dios, que nunca dejará de serlo.

Artículo es de fe, que si mueres en una malquerencia, si en pecado de carne, ó en otro cualquiera pecado mortal, que irás sin falta al infierno. Desventurado de ti si no estás en Cristo. ¿Adónde irás sin Cristo? ¿Por qué lo haces tan mal? ¿Por qué te echas á perder? ¿Por qué eres tan cruel para ti mismo? ¿Qué, te quieres á ti absolutamente echar en el infierno? No te aborrezcas tanto, no te vayas á perder tan á ojos cerrados. ¿Qué quiere decir haber Dios derramado su Sangre por ti, y que no te quieras aprovechar de este bien, porque quieres que se pierda tan gran precio como le costaste? Ya que no tienes compasión de ti mismo, ya que eres tan cruel para contigo mismo que así te quieras destruir, hazlo ahora por Jesucristo, porque no se hayan derramado en balde sus lágrimas, porque no se haya cansado en balde, porque no le hayan azotado en balde, pues todo lo pasó por ti, porque te aprovechases del precio de su Pasión para que tuvieses fuerza para vencer tus pasiones, para no ofenderle.

Otros habrá que responderán á la pregunta: Padre, no soy yo de ésos; no siento en mí pecado mortal ninguno, ni quiero mal á nadie; pero no sé qué temo, no sé qué temores me dan en este corazón, no sé si estoy bien con Jesucristo. Padre, no os lo sabré decir. Esa es otra duda, hermano, guardaos de tibieza por quien Dios es. ¡Oh carcoma, y cuántas ropas tienes comidas! En diciendo, pestilencia anda, gente muere, en teniendo la enfermedad, en diciéndoos morir tenéis, infierno hay para malos, luego veréis el temblar; ¿qué es esto? Si no fuésemos amigos de la tibieza no tendríamos temor; pero tenéis tibieza, habéis de tener temor. Procuremos tener diligencia en este camino de Jesucristo, y pues Él nos dijo que venía á meter fuego en la tierra, supliquémosle nos dé de este fuego divino para que abrasemos nuestros corazones, porque, como dijo San Juan (capítulo IV), *la perfecta caridad excluye y lanza fuera el temor y flaqueza*, para que así gocemos á Cristo en el cielo.

TRATADO CUARTO

De la festividad de la presentación de la Santísima Virgen María Nuestra Señora.

Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est?

"¿Qué haremos á nuestra hermana para el día que la han de hablar?„

(Cant., VIII).

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

A las festividades de la sacratísima Virgen hemos de venir con corazones fervientes y muy agradecidos. Por eso dice San Buenaventura que los que hablan de Nuestra Señora han de tener en sus palabras muy gran verdad y fervor; verdad, porque la Virgen es enemiga de los mentirosos y amiga de los verdaderos en sus palabras y obras. Esta Señora es la que engendró una verdad que destruyó todas las herejías, y una luz que alumbró todas las tinieblas. Fervor, porque si á ésta que es verdaderamente nuestra no amamos, ¿á quién amaremos? San Bernardo dice: "No hay cosa que tanto me agrade como es hablar de esta Virgen bendita, ni que tanto me espante como considerar su grandeza.„ Esta Señora que ahora está tan grande en los cielos, algún tiempo fué chiquita acá en la tierra, y verdaderamente será chiquita para los que de verdad fueren ahora chiquitos en sus ojos y se humillaren y le pidieren gracia.

Soror nostra parvula est, et ubera non habet. Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est? (Cant., VIII)

Nuestra hermana es chiquita. ¿Qué haremos para el día que la han de hablar en persona de Patriarcas y de Profetas, y de todos los hombres? Ahora se dicen estas palabras: Nuestra hermana es chiquita, ¿cómo la ataviaremos para el día que le han de hablar.

Hoy celebra la Santa Madre Iglesia aquella Señora que en su cántico dijo: "Ha hecho el Poderoso en mí grandes cosas."

Celebramos las fiestas de su presentación el día en el cual sus benditos padres San Joaquín y Santa Ana, siendo esta Señora niña de tres años, la presentaron al templo para que sirviese al Altísimo Dios en compañía de las doncellas que allí servían. Había una casa incorporada con el templo á modo de los monasterios de ahora, y allí metían las doncellas principales para que sirviesen al Señor y fuesen enseñadas en su conocimiento y temor. Era un santo Seminario, y después que tenían edad tomaban estado de casadas. La razón por que la presentaron fué, porque como ellos eran estériles, prometieron que si Dios les daba fruto se lo ofrecerían á Él, guardándola en todo recogimiento hasta que tomase estado de casada. Presentáronla sus padres en el templo. ¿Para qué queréis, Señor, que éntre de tres años, que esté encerrada, que no ande por las calles? Porque los que han de recibir á Dios y tratar con Él no estén descuidados, sino que sepan que se han de aparejar con mucho cuidado para lo recibir. Para dar Dios la Ley á Moisés, y para decirla al pueblo, le manda Dios que tres días antes no lleguen á sus mujeres, y otros muchos apercibimientos de santidad; ¿cuánta más razón es que se apareje aquel que ha de recibir á Dios y tratar con Él?

Decidme ahora: ¿si hubiésedes de echar un poco de bálsamo ú otro licor muy excelente en un vaso, no miraríades primero si está sucio el vaso ó agujereado para que no se perdiese aquello? Pues si para hacer esto tanto examináis el vaso, para recibir á Dios, ¿qué será razón que hagáis? ¿Para qué entra la niña en el monasterio? Por que ha de venir día en que ha de recibir en sus entrañas á Dios. Día ha de venir en que lo ha de tratar con sus manos, y ha de ser Madre de Él. No quiere Dios que sus cosas preciadas estén á vista de todos; y si la que estuviere segura en su casa, y en las calles y plazas, quiere Dios que la encierren, ¿qué hará á los que somos aparejados para caer? ¿Para qué la encerráis, Señor? Para que sea ejemplo á

hombres y mujeres; para dar á entender que si la que estaba segura quiso Dios que se quitase de inconvenientes, que necesario es que nosotros los huyamos. ¿Para qué la encerráis, Señor? Para que ha de venir un día que la han de hablar, y hase de hacer la mayor obra de Dios cuando hablen á la Virgen; y para aquel día menester es gran aparejo. ¿Y para qué la atavían? Para el día de las bodas. Entra en hora buena, Señora.

Llévanla sus padres de tres años, y pusiéronla en la postrera grada del altar, que tenía quince gradas por donde subían arriba; y subió con gran ligereza. Si subió por milagro ó no, no se dice; piadosamente se puede creer que acaecieron tales cosas en esta niña después que nació, que todos se maravillarían, y tendrían puestos sus ojos en ella y dirían: ¿Qué ha de ser de esta niña? Porque de creer es que á la que crió Dios para Madre suya, siempre había de hacer grandes maravillas con ella. Sube, ofrécenla sus padres á Dios; éntre mucho en hora buena, ofrezcamos con ella nuestros corazones. La mejor ofrenda que nunca se ha ofrecido ni ofrecerá de pura criatura fué la Virgen. "De buena gana me la dais—dice Dios,—de buena gana la recibo.„

Entra la Virgen en el monasterio, no entró llorando ni de mala gana, ni le pesaba por lo que dejaba, aunque era niña; pero decía ella: "No vean mis ojos cosas de este mundo. Por amor de Vos esté mi boca cerrada; tenga yo silencio pues os he de hablar á Vos; esté yo donde me manden todos, donde sirva á todos por amor de Vos. "De muy buena gana entra á servir á Dios. Entrada en el monasterio, ¿qué haremos á nuestra hermana para el día que la han de hablar? ¿Qué le pondremos para que se enamore Dios de ella? ¿Qué le haremos (Cant., VIII): *Si murus est, aedificemus super eum propugnacula argentea.* La misma palabra divina preguntando, responde y dice: *Si murus est, aedificemus*, etc. "Pues que es muro, edificaremos sobre ella torres de plata.„ ¿Cómo la llamáis muro? ¿Qué tiene que ver una niña de tres años con muros? Los muros son altos, anchos, duros y profundos, y más si son como los de la tierra de promisión, que decían aquellos espías que enviaron los hijos de Israel: Tienen unas ciudades muy guarnecidas, unos muros hasta el cielo. Pues verdad dice Dios, que muro es, pues edifiquemos sobre ella cosas que la defiendan.

Excelsior coelo, profundior inferno, longior terra, et latior

mari (Job, XI). Esta chiquita de que hablamos más alta es que el cielo, más profunda que los abismos, más ancha que la tierra, más alta que el cielo en lo espiritual. Á lo mejor decimos, más alto y grande entre todas cuantas cosas Dios crió, dejada la humanidad de Jesucristo; entre todas las criaturas puras no hay otra tan excelente; y así tan alta, que aunque es chiquita, es más que los ángeles, más que los serafines. Bendito seas, Señor, que de nuestra generación nos diste esta niña más alta que el cielo. Si la queréis de pensamientos altísima, si la queréis de fundamento profunda, si tenéis buenos ojos, paraos á mirar esta niña humildísima en sus ojos: en esta Virgen no hay cosa más excelente que su humildad. Ella bien conocía las grandezas que Dios hacía con ella, pero no atribuía nada para sí ni á sus fuerzas del bien que tenía. No hubo criatura pura que tan de veras diese la honra á Dios como esta Virgen. Mira si tiene buenos fundamentos: fáltale anchura. Esta Virgen es muro de todo el mundo universo, y no solamente de éste que es poco, sino de todos los hombres: mira cuántos fueron y se murieron y vinieron otros y otros.

Finalmente, de Eva somos todos hijos según la carne, y de la Virgen según el espíritu. Afecto de madre, corazón de defensora tiene esta niña para todos los hombres; mira si ha menester ser larga para ser madre de tantos hijos. Niña, ¿de dónde tenéis vos manto para cubrir á todos? ¿De dónde alas para abrigar tantos pollitos? Más ancha es que la tierra. Caben en ella justos y pecadores; los pecadores son perdonados por los ruegos de ella, y los justos conservados en gracia; quien no cabe en el cielo, más ancho que la tierra, y cielo y ángeles, que pues Dios entró en ella y cupo en ella, ¿no cabrás tú, pecapor? *Sancta et immaculata virginitas, quibus te laudibus efferam nescio, quia quem coeli capere non poterant, tuo gremio contulisti*. El que no cabe en los cielos, en sus entrañas se encerró: bien cabrás, pecador, en las entrañas de la Virgen.

Bendito sea Dios, que tal niña nos dió en muro, como dijo Jeremías (cap. I): *Yo te he dado hoy en columna de hierro y muro de metal*. Muro es, pero no es del que dice Dios que son muros fáciles, muros de vidrio: ¿quién son éstos? Plegue á Dios que no sea éste que os habla. Sacerdotes, Profetas, hombres recogidos, gran queja tengo de vosotros (Ezeq., XV): *Quia non apposuistis vos murum*, por la casa de Israel, para que estu-

viésedes en el día de la batalla del Señor. ¡Cosa brava! Ando —dice Dios—buscando un hombre que se ponga entre mí y los hombres, para que si los quisiere castigar esté de su parte, y porque no hallé, *effudi indignationen meam*. ¿Cuándo es el día de la batalla del Señor? Cuando suben nuestros grandes pecados delante de su justicia. Quiere Dios que cuando está enojado con el pueblo, que sus sacerdotes le vayan á la mano, porque no derrame su enojo.

Quéjase Dios que busca quien le vaya á la mano, y entre tantos no halló uno; ésos son los muros de vidrio, ésos son los que no tienen justicia para nosotros: y si para defendernos nosotros no la tenemos, ¿cómo la tendremos para los otros? ¿Cómo seremos poderosos para quitar el enojo de Dios contra su pueblo? No es la Virgen de esos muros quebradizos, ni de los que no pueden sufrir un golpe por la caridad de los prójimos. Niña fortísima, criada y endurecida en trabajos, buena es para muro.

¿Qué armas le pondremos para que pelee con el Señor, para que lo venza? Norabuena entre la niña en el colegio de doncellas. ¿Qué lleváis, Señora? Gran negocio lleváis, pelear con Dios, y que se amanse con los hombres; el Señor os dé armas. ¿Qué armas lleváis? ¿Son riquezas? No, que todas las dejó; y cuando grande, con sus manos trabajaba para comer. ¿Pues qué lleváis? ¿Hermosura? Sabía ella que dice el Sabio (Prov., XXXI) *que es engañadora la gracia y vana la hermosura*: que no es nada de eso. ¿Pues qué lleváis para vencer? Dígalo el Espíritu Santo (Cant., IV): *Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui*. Has llagado mi corazón con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza; su gran amor, su gran obediencia y virtudes herían al Señor. Los días de Nuestra Señora habíamos de confesarnos y comulgarnos, y dar muchas alabanzas á Nuestra Señora en señal que en estos días nos hace Dios mercedes por sus ruegos. ¿No creéis que á los que se aparejaren estos días les hará Dios grandes mercedes, pues que tanto ama á esta bendita Señora Virgen? ¿Qué le pondremos á la niña? ¿Qué armas le daremos para que pelee con Dios, y aun para que lo venza?

Herido has mi corazón, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza (Cant., IV). Bendito seáis Vos, Señor; ¿tan tierno sois que con miraros os hieren, y tan flaco que con un cabello os atan? ¿Qué nos queréis decir, Señor,

sino que tenéis los brazos y el corazón aparejados para recibirnos? ¿Qué cosa más tierna que con mirarlo es herido? Veis aquí las armas con que pelea la Virgen. ¿Qué será este ojo? No dos (Psalm. XLIV): *Inclina tu oreja*., dice Dios, no dos orejas, no es más de una: *Unum est necessarium*, un amor, una intención no mezclada. Este es el ojo de que en otra parte dijo el Señor (Matth., VI): *Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será resplandeciente.* ¡Ay dolor, cuán lejos estaba el corazón de la niña que le dijesen (Isa., I): *Tu vino se ha mezclado con agua, y tu oro se ha vuelto en escoria!*

El vino de la Virgen, su intención es, ojo no torcido, no mezclado. No quería ella que se hiciese su voluntad, sino la de Dios. Cúmplase vuestra voluntad; no cuenta de mí, sino de Vos; vea yo vuestra voluntad cumplida. Ama la Virgen á Dios, y así por Dios y el provecho de los hombres. Este era el ojo de la Virgen, ojo claro; quien á Dios ama bien, amará al prójimo. Herido me has con uno de tus ojos. No hay cosa con que más aina se alcance de Dios que con amor; no sabe Dios defenderse del corazón que le ama porque no quiere. No hay ballesta que tan presto hiera. ¡Niña y tanto amor! Cristo dice: Adonde está tu tesoro, ahí está tu corazón; si el ojo es derecho, el cabello no es más de uno; porque si la intención es derecha á Dios, no hay más de un pensamiento, todo se emplea en Dios. ¿Qué tal es tu tesoro? Tesoro de lodo y de carbones; si lo has puesto en la tierra, carne y vanidad, ó en el viento de la honra, ruin tesoro. Donde está lo que amas allí está tu corazón.

¿Qué haré, Padre, que me siento á rezar y estoy seco como un palo sin devoción? Hermano, mira que á lo que amáis se va vuestro corazón; poned vuestro tesoro en el cielo, y vuestro corazón se irá tras lo que amáis. Si el amor está enredado, ¿cómo tendréis el espíritu recogido? ¿La niña un amor? ¡Quién te viera cantar los Salmos con mayor espíritu que el mismo David que los compuso (Psalm. LXXII): *Quid mihi est in coelo?* ¿Qué tengo yo, Señor, en el cielo, y de Ti, qué quiero sobre la tierra? Dios es mi ración.

Una cosa quiere Dios, que mi ración sea de amor puro, y porque no tenía más de un Dios, no tenía más de un amor. En Dios pensaba cuando comía y cuando hablaba, dondequiera que anduviese siempre andaba pensando en Dios. De la cual los ángeles admirados, decían (Cant., VIII): *Quae est ista, quae*

ascendit de deserto? Señor, vergüenza me cae de decir estas palabras, mas quítese esta vergüenza con ver que ésta que tan bien oraba es carne de nuestra carne. ¿Quién es ésta que sube del desierto como varita de humo? ¿Qué tal sería la oración de la Virgen, pues se maravillan los ángeles? ¿Quién es ésta que sube como humo? Humo, no de leña verde, ni que hace llorar como el de las nuestras, que pedimos venganza de nuestros enemigos y cosas de tierra; ese es humo que hace llorar; no es vara que sube arriba, sino como es tierra, en la tierra se queda.

¿Pues qué tal es la de la Virgen? (Cant., III): *Ex aromatibus mirrhae.* Humo de incienso, de menjuí, y de estoraque, y de odorífera poma; tales eran los pensamientos de la Virgen. San Bernardo: "Algunos tienen acto de oración, y no vida de hombres que oran." De todo polvo que huela bien ha de ser la oración buena, acompañada de buenas obras de caridad, de ayunos y de disciplinas. ¿Porque qué aprovecha un rato llorar si lo demás es parlar? ¿Qué aprovecha que tengas un rato de oración de noche, si el día lo gastas en risas y vanidades? Esa vida no es de hombre que ora, porque el que verdaderamente ha de orar, hase de guardar todo el día no ofenda á Dios, y ha de andar siempre pidiendo á Dios Nuestro Señor, dadme más de vuestro conocimiento; ¿porque cuándo seréis rico, si no juntáis la blanca de hoy con la de mañana y de ayer, y la guardáis muy bien?

De aquí nace aprovechar tan poco los hombres en el espíritu en tanto tiempo. Y el mismo San Bernado dice: "Más gente hallarás que de mala se torne á buena, que de buena en mejor. Parécenos que estamos seguros con no cometer pecados mortales." Despiértanos Dios para que le sirvamos, y no ha acabado de despertarnos cuando nos tornamos á dormir y caer en nuestras flojedades; oración tenía la Virgen, y vida conforme á ella, porque la que sale de corazón descuidado abajo se va. Pues tiene la Virgen su pensamiento tan recogido, buena es para pelear, pues tiene armas para vencer á Dios; ahora entremos en la pelea.

Quien quisiere ver justas y correr toros, véalas. Quien quisiere ver grandes escuadrones de gente, véalos; no parezca bien otra cosa á mis ojos sino ver una niña de tres años, de una parte una doncella encerrada, de otra Dios. ¡Oh juego tan bienaventurado, y que viera la niña luchar con Dios, harto mejor

que el Patriarca Jacob! Mas éste no luchó más de una noche, y con un ángel, pero hízolo cuerdamente, que para haber de luchar echó á sus mujeres, y pastores, y ganado, y bestias por delante, hízolos pasar el río, y él quedóse solo de la otra parte aparejado para bien luchar. ¿Queréis vos bien orar?, echad delante de vos todo lo que os impide; decid á todos los negocios: Apartaos de mí, que voy á negociar con Dios. Y si es desacato á un Rey ó señor estando hablando con él volveros á otras cosas, ¿qué será estando hablando con Dios, andar con los pensamientos acá y acullá? Jacob una noche sola, y solo luchó; luchó la Virgen, mas recogido el corazón; aparejado luchó Jacob, pero más aparejada la Virgen. Y así dice el Esposo (Cant., IV): *Hortus conclusus:* huerto cerrado, esposa mía, amiga mía, huerto encerrado, cercado el cuerpo en el monasterio, encerrados los ojos y orejas, y encerrados los pensamientos dentro de sí.

¡Quién viera la niña levantarse de noche á obscuras, y sentarse á un rinconcito, y comenzar con su corazón á combatir á Dios! (Cant., IV): *Domine, si in veni gratiam in oculis tuis, dimitte eis.* Sé que Moisés así oraba; ¿pero qué va de oración á oración? Buena la de Moisés, mejor la de la Virgen. Señor, si hallé gracia delante de Ti, haz esta misericordia con los hombres, remedia las almas que están perdidas. Venga, Señor, el Cordero, venga el Deseado de las gentes. Remédianos, Señor; venga el agua que fecunda la tierra. Rogaba la Virgen al Señor que enviase á su Hijo para ser sierva de la que fuese su Madre; quería ella ser sierva, y era la Madre; ¡quién viera qué respuesta le daba Dios! Gusanillo eres, hormiga eres que andas por la tierra, y está la Virgen rogando por ti en el cielo: Señor, misericordia para aquel que me llamó, y perdón para aquel que se encomendó á mí. ¿No veis que está hecho tal pecado y merece castigo? Ese es el golpe, no merece ese hombre misericordia.

Esos son los golpes que la justicia de Dios da á quien se pone á rogar por otro. ¡Quién os viera replicar! ¿Qué replica tenéis? Señor, ¿vengo yo delante de Vos á alegar de justicia, ó á pedir misericordia? Bien veo que merece castigo, mas pídoos yo misericordia. Señor, ó borradme del libro de la vida, ó perdonad á éste. Si tuvo caridad Moisés para pedir esto á Dios, ¿no la tendrá la Virgen? Venga la maldición de la pena sobre mí, y

sobre ellos vuestra bendición; yo os ofrezco mi vida y salud; castigadme á mí y perdonad á ellos; yo os ofrezco mi honra, tratadme como quisiéredes, y sed piadoso á estas piadosas entrañas. ¿No creeré yo esto de vuestras entrañas, pues las tenéis más piadosas que las de Moisés, y pedía él esto á Dios? ¿No creeré yo, Señora, que te apiadarás de los pecadores, que te crió Dios para ellos? Mil veces ofrecía la Virgen su vida por los hombres; si anduviésemos la boca por el suelo por amor á ella, era poco; si la amásemos y derramásemos sangre, y perdiésemos la vida, era poco. ¿Qué ofrecéis, Señora, por los hombres vuestra vida? Poco es, otra vida ofreció ella, que amaba mucho más que la suya. Dente gracias los hombres, Señora, siempre. Sabía ella que la voluntad de Dios para que el mundo se remediase era que muriese el Hijo; que muera mi Hijo, pues que Vos, Padre, lo queréis. ¿Qué sentirías con dolor de Madre? Hágase, Señor, vuestra voluntad. ¿Qué te debemos? Quien supiere estimar que tanto amaba la Virgen á Jesucristo, éste sabrá estimar cuánto la debemos.

Así oraba la Virgen al Señor: Señor, si el mundo merece castigo, venga sobre mí, y haced en ellos misericordia. San Bernardo dice: *Tepida est omnis oratio, quam non praecedit inspiratio.* Testigos hartos habrá de esto aquí; fría es toda oración cuando no la mueve inspiración del Espíritu Santo; órase fríamente cuando no viene primero el soplo del Espíritu Santo. San Pablo (Rom., VIII): "El espíritu pide por nosotros con gemidos que no se pueden contar." Y otra vez San Pablo: "El Espíritu Santo, que está dentro de nosotros, nos enseña á orar." Hacemos reventar el corazón, que muchas veces no sabe el hombre por qué llora; pide el Espíritu Santo con gemidos que no se pueden contar, ni el mismo que los da los entiende; no se os dé nada que no lo entendáis, que aquel Dios que os los inspira los entiende, y hace que pidáis conforme á lo que Él quiere. ¡Qué tales serían, Virgen, vuestras oraciones, pues eran movidas por el Espíritu Santo!

Pues si el mismo Dios la enseñaba á orar, claro está que oiría las oraciones de la Virgen. Alcanzó con Dios más que Jacob, más que Moisés. ¿Qué pide Moisés á Dios? Señor, que tengáis las manos quedas, que no castiguéis este pueblo; en fin, por aquel tiempo ató las manos á Dios para que no castigase á su pueblo, y la Virgen átale las manos con sus oraciones para que

aparte su ira y enojo de los hombres. Un hombre santo que alcanza de Dios si quiere quitar la hambre del mundo, dícele: Señor, suplícoos no enviéis hambre al mundo por vuestra misericordia. Aquel que está con dolores, quitádselos, Señor, quitadle aquellas penas. Señora, ¿qué alcanzaréis vos? Señor, que quitéis los dolores; alcanza que reciba Él penas y dolores por los hombres.

A la prisa de las oraciones de la Virgen responde Dios: Tráelo de los cielos á la tierra, entra en su vientre, ármale de unas armas y carne tan delicada, que le fatiga la hambre y la sed, y el cansancio, y le punzan las espinas, dándole cinco mil y tantos azotes, y Él que tenga las manos quedas y que calle, y le hinchan de dolores, y que diga al Padre (Luc., XXIII): *Perdónalos, Señor.* ¿Quién puede alcanzar delante de Dios negocio tan grande mediante las oraciones de la Virgen? Dice Dios (Matth., XV): "Mujer, grande es tu fe; hágase como tu quieres.„

Si contra Deum fortis fuisti, quanto magis contra homines? (Génes., XXIII.) Iba Jacob medroso de su hermano Esaú. Jacob, habéis luchado con el Señor, fuerte contra Dios, ¿cuánto más lo seréis contra vuestro hermano? Virgen, ¿quién se pondrá delante de tu poder? ¿A quién no vencerás, pues á Dios has vencido? De ahí nace que los demonios tiemblan de la Virgen, huyendo de Ella en nombrándola; es espantable su nombre contra ellos. El perseguido del demonio recurra á la Virgen con fe, que luego será librado de él. Uno de los principales remedios contra el demonio es recurrir á la Virgen. ¿Qué os espantáis que estando con aquellas doncellas las prevaleciese á todas, y se enseñorease de ellas? La que tales lágrimas derramaba, ¿qué conversación os parece que tendrá? ¿Qué alegría mostrará en el rostro, que aun acá un hombre cuando sale de la oración en la cara se lo veréis? Esposas de Cristo, devotas de la Virgen, ninguno vió á la Virgen enojada. Y aunque no mostrase el enojo en la cara, no entendáis que se iba al rincón á enojar, que aunque disimulaba por de fuera no tenía enojo en su corazón.

Aprended de mí—dice el Señor—*que soy manso y humilde de corazón;* (Matth., XI): tal lo tenía la Virgen, mansa, blanda con todos, buscar el lugar postrero: ¿no sería Abadesa? Dios nos dé su gracia para que entendamos esto. Ruegan al Hijo que sea Rey, no quiere y vase huyendo; no le hallaron. ¿Por qué

no queréis ser Rey? ¿Podrános por ventura engañar ó torceréis la justicia? ¿Por qué no queréis? ¿Caeréis por ventura en pecado? No. ¿Pues por qué huís de la cosa tan segura? Huye el Señor de las dignidades para darnos á entender que si el que estaba tan seguro huyó, que el malaventurado gusano huya de las ocasiones; el enfermo que hiciere del sano, no me hará mal el sol ni el aire, bien puedo comer de lo que quisiere que ya estoy bueno; el enfermo que se quiere tratar como sano, presto tornará á caer, y la experiencia le dará á entender cómo era enfermo y no sano.

Juicio durísimo — dice Dios — *será hecho á los que tienen mando, cuanto más si se dan dineros por ello.* (Sap., VI.) Vended vuestro Regimiento, vuestra Veinticuatría. Loco ¿dónde están tus ojos, ves una motica en tu viña y en tu olivar, tienes tanta cuenta en tus dineros, y en tu salud tienes tanta vigilancia que andas mirando esto me dañará, estotro me aprovechará, aun en las cosas muy livianas, y en lo que toca á tu ánima tanto descuido? ¡Ves una motica, y no ves un monte muy grande! Lastimera cosa es ver unos hombres tan astutos, que en cosas hay que bastan á partir un cabello, y tan necios en lo que tanto les va. ¿Qué cosa hay más necia que decir; toma dineros porque me juzgue Dios con juicio duro; porque ¿qué es decir: vendedme vuestra Veinticuatría, sino en buen romance: toma mil ducados porque me deis con que vaya al infierno? ¿No te contentas, triste de ti, con juicio duro, sino que á tu costa quieres comprar juicio durísimo porque tornas oficio que no mereces?

La Virgen, persecuciones pasó; pero léese de Ella que estaba alegre en las persecuciones; una Virgen con tanta lumbre en el entendimiento, tanta fuerza en la voluntad, tanta humildad, ¿qué mal os estuviera, Virgen, que en este mundo os mostrárades, pues que tan segura estábades de caer? Llegaos que haga milagro. Hacen milagros Santos que están tan léjos de la Virgen como el cielo de la tierra: ¿por los Santos chiquitos tantos milagros, por vuestra Madre no? Sospecho que se echaba la Virgen á los pies de su Hijo, porque en esta vida no quería hacer milagros por la grandeza de la humildad que tenía: rogaba Ella esto á su Hijo: No me conozcan, no haga cosa que suene á gloria ni honra. Bien conocíades vos nuestra flaqueza, que somos amigos de nuestro daño, de lugares altos; déjame

que tengo de ser dechado de mucha gente que después de mí han de venir; tengo de ser dechado de casadas, viudas y doncellas, para darles ejemplo que amen el lugar postrero; aunque lo pudiera hacer á mi salvo no quiero. ¡La humildad de la Virgen, la esclava del Señor! Y así creo que la primera sería en obedecer, y que tomaría la escoba para barrer, y siempre haría los oficios más bajos.

¡Oh, quién viera á esta Virgen cómo trataba á aquéllas que tenía en su compañía? ¿Qué doncella se llegó á esta doncella que fuese desconsolada? Cuando alguna estaba desconsolada y se venía á Ella, ¿cómo rogaba á Dios? Señor, remedio te pido, y suplico des á esta desconsolada. ¿Quién se llegó á ti que no le fuese bien de ello? No es mucho que fuese fuerte para los hombres la que lo fué con Dios, y así creo que tenía presos los corazones de todos. Sacada del monasterio cásanla; casada, virgen vivió todos sus días. ¿Creéis que cuando vivía en el monasterio de las vírgenes la querían todas bien? ¿Creéis que alcanzaba mercedes de Dios para ellas? De creer es, pues que estando tan lejos de nosotros hay tantos que la quieren bien. Pregúntoos que me digáis, ¿cuántos corazones de cristianos hay ahora que pasarían muerte por la honra de la Virgen? Esto es verdad; ¿qué es eso? ¿Cómo queremos tanto á la Virgen? ¿Cómo hay tanta gente que la ama y que tiene á María escrita en su corazón? Señora, si pudieron tus virtudes prender el corazón de Dios, ¡qué mucho que prendan el de los hombres! Tu cuello torre es (Cant., IV): *Turris David, mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium.* ¿Quién es la cabeza? Cristo. ¿Quién es el cuerpo? La Iglesia. ¿El cuello quién? La que traba el cuerpo con sus oraciones, el cuerpo con la cabeza, medianera entre Dios y los hombres, más alta que nadie, y cerca de Dios en bondad y alteza, y cerca de nosotros por misericordia, más alta que nadie, pero más baja que todos en sus ojos. El cuello de la Virgen torre es (Cant., VII): *Collum tuum sicut turris eburnea.* En este cuello mil escudos penden donde se arman los fuertes, y á ella se acogen los flacos.

Qué cosa, y cosa; cuántas doncellas ha habido que les rogaba el mundo con casamientos ricos y estados, y prevaleció tanto en ellas el amor de la Virgen, que lo desecharon todo y dijeron: Por amor de la Virgen yo prometo á Dios y á Ella virginidad (Psalm. XLIV): *Adducentur regi virgines post eam.* En

hora buena Ella fué Virgen, y en hora buena entró en el monasterio. Serán traídas al Rey muchas vírgenes después de Ella por amor de Ella, por querer seguir su virginidad. Quien tiene guerra con su carne, sepa que en ella se arman los fuertes, y vénzanla con el amor de la Virgen. Si sois flacos para ayunar sus vigilias, que os hagáis fuerza.

¡Cuántos mártires por el esfuerzo de esta mártir fueron mártires, acordándose del sufrimiento que ella tuvo al pie de la cruz, y decían: Quiero tener paciencia en mis trabajos, pues que esta Virgen tanta tuvo en los suyos! ¡Cuántas madres se consolaron en la pérdida de sus hijos, acordándose del Hijo que esta Virgen vió morir ante sus ojos! ¡Y cuántos pobres se consolaron en su pobreza y trabajos! ¡Cuántos perdonaron sus injurias porque la Virgen perdonó á quien mataba á su Hijo! Para sufrir y perdonar y ser vírgenes hay ejemplo en la Virgen. Señora, ¿y los flacos no hallaremos algún remedio en vos para nuestra flaqueza? Si la carne te tienta, llama á María.

Bendito sea Dios; no habéis mirado esta maravilla; un hombre y una mujer que tienen tal virtud, que mientras más los amáis, sois más casto. ¿Quién pegó castidad en el corazón de un hombre amando mucho á una mujer? Pues veis aquí una Virgen que mientras más un hombre se enamora de ella será más casto. Dió Dios una carne á Jesucristo y á la Virgen (que toda es una) virginal, que basta para santificar otras carnes. La mujer que se enamora de Jesucristo, por Él mismo será casta, y mientras más de Él se enamore, más casta. Único remedio contra las tentaciones de la carne, recibir con limpieza el Cuerpo de Jesucristo. Decirme habéis los flacos, y personas que reciben mucho al Señor, ¿por qué no son castos? Porque no reciben bien el Cuerpo de Jesucristo; porque si bien lo recibiesen no dejarían de tener limpieza.

De Adán nos vino la suciedad de su carne; pues más limpia es la carne de Jesucristo, que sucia la de Adán; y si bien la recibiésemos, más nos limpiará que nos ensució la otra, sino que la recibimos mal. ¿Qué haré, que soy tentado de la carne? Ten á la Virgen por abogada, que huele á incienso muy bien, que en las plazas derramó su olor. La Virgen huele á mirra que mata los gusanos, que es significada por la castidad, que mata los gusanos de la suciedad; porque si fueres devoto de Ella, sentirás deshacerse las tentaciones como la cera delante del fuego.

Llama á la Virgen y dile: Señora, porque os hago servicio, yo pelearé con amor contra amor, contra el amor de mi mala carne, con el vuestro: y la Virgen tiene armas para flacos y tentados de desesperación. San Bernardo: "En todas tus necesidades y trabajos llama á María, que si contra Dios pudo, ¿no podrá contra tus enemigos? Y si camináis por el mar tempestuoso de este mundo, mirad al norte, mirad á María; aquel solo no la llame, que la llamó en sus necesidades de todo corazón y no le socorrió."

¿Pensáis que es ser devotos de la Virgen, cuando nombran á María, quitaros el bonete no más? Más hondas raíces ha de tener su devoción, que así dícese de esta Señora (Ecl., XXIV): *In electis meis mitte radices;* ¿qué raíces? Una gran devoción de corazón con la Virgen; y quien ésta no tiene, no descanse hasta que la halle. Una de las señales de los que se han de salvar es tener gran devoción á la Virgen. En mis escogidos, Madre, echa raíces; ¿cómo alcanzaré esta devoción? ¿Cómo sus padres que eran tan estériles alcanzaron á Ella de Dios? Tan estéril es vuestro corazón, como sus padres lo eran para alcanzar tal hija; ¿pues cómo la hubieron? Con ayunos y lágrimas, y oraciones, y guardando muy bien la Ley de Dios; y en pago de esto les dió Dios á María. ¿Qué haré para tener devoción con la Virgen? ¿No le tenéis devoción? Harto mal tenéis, harto bien os falta; más querría estar sin pellejo que sin devoción de María. En mis escogidos echa raíces; ¿qué haré para alcanzar eso?

Que deis limosnas, que cuando veis una hija de vuestro vecino, que por necesidad se ha de perder, que digáis: Quiero meter esta doncella monja ó casarla por amor de la Virgen; quiero ayunarle los sabados sus vigilias á pan y agua, ó como pudiéredes; quiero rezar este Rosario por su amor; que tal es el amor de esta Señora, que aunque derraméis la sangre, es bien empleado por Ella. Ten delante del Padre á su Hijo, y delante del Hijo á su Madre; ofrece el Hijo al Padre, y di: Señor, ofrézcoos lo que me disteis; por sus llagas habed, Señor, compasión de mí. Si tuvieres devoción en aquellas llagas, y la ofrecieres á su Padre con fe que te ha de oir, gran bien tienes; porque si no te aprovechares de Jesucristo y de sus trabajos, contárseos ha á gran ingratitud; que los beneficios hechos á los desagradecidos, por perdidos se cuentan. Dios murió por ti, y no lo sientes, y no te aprovechas de ello; tanto es de tu parte como

si no muriera; antes será para gran daño tuyo, que te serán demandados sus trabajos muy terriblemente; sino decir: Padre, mucho te debo, por tu Hijo me haz esta merced.

Así como el Padre nos dió grandísimo don en darnos á su bendito Hijo para nuestro remedio, así también el Hijo nos dió gran don en darnos á su bendita Madre por abogada nuestra.

Sé que cuando Él dijo á San Juan al pie de la cruz (Joannis, XIX): *Ve ahí á tu Madre,* en nombre de todos dijo; allí entramos todos los cristianos; danos Dios á su Madre por Madre, agradezcámoselo, y agradézcanselo los ángeles. Si esto hiciéredes, si pusiéredes al Hijo delante del Padre, y á la Madre delante del Hijo, gran señal tenéis de salvación. ¿Qué haré por la Virgen? Muchos bienes me ha hecho Dios por Ella; ¿qué haré por Ella? Acuérdaseos de aquellas bodas cuando faltó el vino, que dijo la Virgen á su Hijo: Hijo, no tienen vino, compasión tengo de ellos; díjole Nuestro Redentor: Mujer, ¿qué tengo que ver contigo? Bien lo entiendo; vase á los que servían las bodas (Joann., II): *Quodcunque dixerit vobis, facite:* "Todo lo que os dijere mi Hijo hacedlo." ¡Qué breve sermón, mas muy compendioso! Aquí predicó tanto como Isaías, San Pablo y San Lucas, y todos los Apóstoles y Profetas (Prov., VIII): *Nunc, filii, audite me;* oidme lo que os quiero decir, quizá de boca de la Madre se imprimirá en vuestros corazones; todo lo que mi Hijo os dijere hacedlo, y así el mayor servicio que le podéis hacer, es hacer lo que manda su Hijo. Señora, por vuestro amor perdono esta injuria. Tenéis amor malo á mujer, quiero apartarme de ella por Vos; quiero callar, silencio quiero tener por amor de Vos; aquello que más me duele hacerlo ó dejarlo de hacer, ofrecerlo por la Virgen, que quererla bien y no imitarla poco aprovecha. Imitémosla en la humildad y en las demás virtudes, porque Ella es el dechado de quien hemos de sacarlas, y haciendo esto nos alcanzará gracia y después gloria.

TRATADO QUINTO

De la Festividad de la Visitación de la Santísima Virgen María Nuestra Señora.

Verba Sapientium, quas clavi in altum defixi.

"Las palabras de los sabios, como clavos hincados en alto.„
(Eccl., XII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

Cosa es de maravillar que siendo las palabras cosa de tan poco tomo y tan livianas, pues son aire herido, tengan tanto tomo que sean clavos y muy hincados. Livianas en substancia, más de tomo son en el mal que hacen si son malas, ó en el bien si son buenas (Matth., XII; Prov., XVIII). *Ex verbis tuis justificaveris*, etc. *Vita et mors in manibus linguae.* Vecés hay que se pierde una casa, pueblo ó ciudad por una lengua mala; y con la lengua mala podéis quitar á uno la hacienda, honra y vida, y sobre todo, ¡ay de aquel que quita á su prójimo á Dios con mal consejo y persuasión! No son vuestras palabras, Virgen, de esa manera, sino *Verba sapientis*. Palabras de la Virgen trajeron á Dios para Ella cuando por el *Ecce ancilla* encarnó Dios en Ella, y por sus palabras vino Dios á nosotros. Si no, mirad en la Visitación de Elisabeth, que hablando Ella recibió el niño aceleración de libre albedrío, y recibió la gracia, como quien no dice nada. Entonces conoció á Cristo, y se gozó, y lo adoró, y recibió la gracia, y fué limpio del pecado original; que cuando del vientre salió, santo salió, y por eso se celebra su nacimiento, y así son

suyas aquellas palabras (Isa., XLIX): *Ab utero vocabit me, et de ventre matris meae recordatus est nominis mei.*

¿Cuál es vuestro nombre? *Joannes, gratia*, y esa se le dió por la habla de la Virgen. Si tan provechosas y fuertes son vuestras palabras, Señora, que con ellas se da gracia, *recordare Virgo mater, cum steteris ante Deum, ut locuaris pro nobis bono, et avertas indignationem suam a nobis.* Si estando en la tierra desciende el Espíritu Santo en el niño hablando la Virgen, mucho mejor descenderá rogándoselo Ella desde el cielo do está. Si el gran pregonero de Cristo, San Juan, primero que salga á predicar toma la bendición y salutación de la Virgen, ¿cómo osaré yo enseñar, si no habla Ella por nosotros en el cielo? Eliseo, aunque Profeta, no se siente devoto para profetizar si no le traen uno que le cante. ¿Cómo yo predicaré si no oigo esta gran cantora, que cantó el suavísimo canto del *Magnificat?* (Lucas, I.) Visitadnos, Señora, con vuestra intercesión, hablad por nos á Dios para que yo hable bien de Dios, y los hombres oigan y sean alumbrados por merced vuestra.

El ejemplo de todos los hombres que se han salvado y salvarán Cristo es, y así se llamó Él (Joann., VIII) *Lux mundi*, y por consiguiente, sol. Y cuanto uno está más cercano á Él en santidad, tanto más participa de su luz, y tanto más claro nos enseña el camino para Dios. Y como entre todos los cercanos á Él ninguno haya tanto como su Madre, nadie como Ella nos enseña las virtudes con que le hemos de agradar. Y quien bien mirare la vida de la Virgen, verá en Ella una grandísima semejanza de la de su Hijo Nuestro Señor, porque convenía que así como ningún parentesco hay tan cercano como entre madre é hijo, y se suelen parecer mucho en el rostro, y particularmente fué esto entre nuestra Señora y su Hijo, así convino que en lo espiritual ningún parentesco ni semejanza hubiese tan grande entre hombre y Cristo, ni entre ángeles y Cristo, como entre esta Madre y su Hijo (Prov., XXXI). *Multae filiae congregaverunt sibi divitias: tu supergressa es universas*, y estas hijas son todas las hijas de la Iglesia, no sólo desde el principio del mundo hasta el fin en la tierra, mas todas las hijas de la Iglesia del cielo, que es una con la de la tierra, y tiene una cabeza, que es Cristo.

Señora la llaman en el cielo, y ventaja le conocen aun los serafines en el amor y en la gracia. Ninguna conjunción con

Dios tan grande después de la unión personal como ser Madre, y ninguna conjunción tan grande en la gracia como entre esta Madre y su benditísimo Hijo. Que aquel *Benedicta tu in mulieribus* (Luc., I) que le dijo el ángel del cielo, y el que le dijo hoy Elisabeth, mujer de la tierra, esto nos dice que tiene bendición sobre hombres y ángeles, y más gracia que ellos, y por consiguiente más gloria. Mirad bien y veréis que si Cristo virgen, la Madre virgen, y antes que Él lo predicase que era mejor virginidad que casamiento, ya Ella lo había propuesto y aun prometido. Él predicó pobreza, Ella la obró, dando por Dios lo que le dieron los Reyes. ¡Qué de veces predicó el Señor humildad y caridad, y cuántas veces lo obró primero la Virgen, como enseñada de aquel que en su vientre estaba! Mucho nos maravillamos ver que el Señor lavó á sus discípulos los pies, que nos da á entender humildad y caridad; y es aquello una admirable obra que Cristo al fin de su vida quiso hacer para ejemplo nuestro; mas mirad el lucero que vino primero que el sol, y veréis su profunda humildad y caridad en visitar hoy á Santa Elisabeth.

Así como para ver cuán grande humildad fué la del Hijo de Dios en abajarse, dice San Juan, primero cuánta era su alteza (cap. XIII): *Cum omnia tradidisset ei Pater in manus*, así para saber bien ponderar la humildad de Ella mirad primero cuán alta es Ella. Señora, ¿no os acordáis á quién lleváis en vuestro vientre encerrado, que es tal que por ser Vos su Madre sois la más alta criatura de la tierra y del cielo; y es razón, que Vos á nadie, y todos os sirvan á Vos? Aun si fuera antes de haber concebido tal Hijo, que os da á Vos nombre sobre todo nombre que á criatura pura se debe, que es ser llamada Madre de Dios, no fuera tanto la humildad con que os abajáis, porque no fuera tanta la alteza que teníades; mas siendo Vos, Señora, tan alta y ensalzada con título de tanta grandeza, haceros Vos pequeña con la humildad, es cosa, después de la humildad de vuestro Hijo, la más alta de todas, porque Vos que os abajáis sois la más alta de todas. La Escritura dice (Eccl., XXV): *Odit Dominus pauperem superbum*. Porque para eso le da Dios la pobreza, porque descienda de la soberbia y se humille; y no lo haciendo, es su fealdad más aborrecible, porque es soberbia sin ocasión, y no con ocasión. Como la soberbia de éste es más abominable, así la humildad del rico es más amable; porque

como el otro tenía ocasión de ser humilde y fué soberbio, así éste la tenía de ser soberbio y es humilde.

No es mucho, no, que nosotros nos humillemos, pues tenemos tantas pobrezas que nos convidan á ello; mas en la Virgen, donde todo es limpio, blanco más que la nieve, sin ninguna mancha de pecado, allí tanta humildad es cosa digna de admiración, con la cual se hizo amable á Dios y lo atrajo á sí; palabras son de la Virgen (Luc., I): *Quia respexit humilitatem.* Ora sea como el original dice, *parvitatem*, ora como los santos latinos nos lo exponen por virtud de humildad, todo viene á una. Y es cosa de ponderar que ni alega fe, ni esperanza, ni caridad, que son las mayores de las virtudes, sino *respexit humilitatem*, porque aunque ésta no es mayor, es fundamento y es causa de conservación de las otras. A los humildes da gracia el Señor, y si la da á ellos muestra querer-los bien; de manera que el perder uno la gracia, señal es de haber perdido la humildad (Psalm. XXXV): *Non veniat mihi pes superbiae; et manus peccatoris non moveat me.* Si no tienes aquel mal pie, no temas esta mala mano: *Ibi ceciderunt omnes qui operantur iniquitatem.* Y no sólo en perder la gracia, *gratum faciente*, mas en perder el gusto de gracia. Y así esta regla tenía San Bernardo, que cuando le faltaba la devoción decía: *Superbia inventa est in me, et declinavit Dominus in ira a servo suo*, etc.

Y lo que es mucho de mirar, que ama tanto Dios que el hombre sea humilde, que aunque sea á trueque de permitirle caídas, le permite caer porque sea humilde: *Punit Deus latentem superbiam manifesta libidine*, dice San Agustín, y vese en Nabucodonosor, porque por la soberbia fué echado de entre los hombres á morar con las bestias, y así anduvo siete años hasta que conoció y adoró á Dios, y dijo que á quien él quiere dar el reino, de aquél es, y se retractó de lo que había dicho, que en la fortaleza de su brazo había edificado á Babilonia. ¡Oh, cuán de verdad se cumple esto en los soberbios, que les quita Dios lo que les había dado, porque no conocían ni agradecían que Él se lo había dado, y permíteles caer en pecados, no humanos, sino bestiales, hasta que los desatina y hace desconfiar de su saber y fuerzas, y díceles (Dan., IV): *Septem tempora mutabuntur super te!* ¡Oh, qué de cosas pasan en aquellos siete tiempos hasta que uno se humilla á Dios y á los hombres por Él! ¡Qué de golpes,

tentaciones, caídas, hasta que caiga la soberbia; y entonces el hombre está apto para ser levantado y para ayudar á levantar á otros. Ejemplo en San Pedro. Y no sólo la humildad alcanza y conserva la gracia, mas es señal que da á entender que está allí la gracia, como al que no la tiene la soberbia es señal de la ausencia de ella (Eccl., X): *Initium omnis peccati, superbia, et qui tenuerit illam, adimplebitur maledictis.* Dice la glosa: *Vitiis.* No suelen andar solos los grandes, ni tampoco la soberbia anda sola, y así la humildad no se halla sola. *Evidentissimum electorum signum humilitas, et reprobatorum superbia,* dice San Gregorio, y esto se nos da claro á entender en que la Virgen concibiendo al Hijo de Dios, luego hace acto de humildad en ir á ver y servir á la que era menor.

¡Oh cosa maravillosa, que el lleno de Dios se humille más á servir á su prójimo, y se desprecie más en sus ojos, y cuanto Dios más le alza más se abaja! Hechura es ésta del cielo, que en la tierra no se usa esto; mas la Virgen hízolo como enseñada de Dios, y debémonos mucho maravillar de ello, mas no contarlo entre aquellas obras que dice San Gregorio: *Quae sunt admiranda, non imitanda;* que si la humildad del Hijo nos manda que la imitemos, también la de la Madre.

Imitemos todos la humildad de la Virgen, pues es espejo de todos. "Mirad—dice San Jerónimo—á la que amáis, y honremos con la imitación á la que honramos con reverencia." "Aprenda —dice San Ambrosio — la doncella de servir á las viejas, de honrarlas y estimarlas; porque es mucha razón que cuanto la doncella es más limpia sea más humilde, y así pueden y deben aprender los mayores, y aprovechar y humillarse los menores." (I Petr., II) *Subiecti omni humanae creaturae propter Deum, omnes invicem humilitatem insinuantes.* Dice San Pedro que si este consejo se tomase no habría los males que hay. De la soberbia todos los males, de la humildad todos los bienes (Matth., XI): *Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem.* Por el contrario, los desasosiegos de la soberbia vienen por vengar, por cumplir con fausto vano. Desdichado del soberbio que pierde á Dios y pierde el descanso.

Quien á Dios tiene, en la humildad se conoce: como el grano de peso á lo hondo se va, el vano nada á lo alto del agua; y el árbol lleno de fruto, encorvado está hacia abajo con el peso; el de hojas solas, enhiesto y lozano está. No creáis que hay santidad

sin humildad, ni aunque seáis subido al tercero cielo como San Pablo, si no os tenéis por digno de infierno en cuanto es de vuestra parte; que por falta de esto está el mundo lleno de herejes, teniéndose en más que los Santos pasados y que toda la Iglesia. ¡Oh caso para espantar, que una gente tan profana y carnal se tenga en más que tantos Santos de vida tan sobrehumana, que son como ángeles en comparación de unas bestias! "No deja—dice San Agustín—de crecer uno á otro en las cosas de Dios, sino porque se tiene por mejor que él„; pues ¿quién se osa cotejar ahora con los Santos pasados? Pues las piedras dan voces, ¿cuánta diferencia va? Y pues aquéllos fueron más amigos, á aquéllos reveló Dios sus secretos; que cada uno descubre su corazón á su amigo mejor que á quien no lo es (Joannis, XV): *Vos autem dixi amicos*, etc.

Y en los negocios de Dios poca parte es ingenio, ni estudio, ni lenguas, sino el magisterio de Dios, y esto mejor lo ha dicho Dios á su Iglesia, y á Santos, vírgenes, mártires, y de grandísima vida, que á una gente perdida; porque si conocimiento de Dios hay en la tierra, éste tienen los amigos de Él; mas es tanta la ceguedad de la soberbia, que no deja ver aun lo más claro. No está allí Dios, cuyo espíritu es humilde y manso; mas el espíritu del soberbio Lucifer es, y Rey de soberbios. Quien quisiere tener alguna conjetura de que tiene á Dios, sea humilde é imite á la Virgen, que siendo en cinta por obra de Dios va á visitar á la que lo está por obra de un hombre; no va á parlar, no va por callejear, no va por enseñar sus vestidos y hermosura, sino á servir á la vieja y embarazada, que á esto han de ser las visitas y entrada; no contó nuevas, no dijo mal de ausentes, sino servía de obra y edificación de palabra, aprovechando á la madre y al hijo.

Acordaos de esto, señoras; cuando fuéredes á visitaros, sanas ó enfermas, sea para edificación, no para traer más pecados. ¡Oh dichosa persona á quien, Señora, visitas! ¡Oh, cuán de verdad dirá (Job, X): *Visitatio tua custodivit spiritum meum!* Pues que de nuevo lo da no es mucho que lo guarde. ¡Oh dichosa la casa donde entras á visitarla! ¿Qué bien habrá que no le traigas contigo, pues llevas contigo á Dios? Nunca la Virgen andaba sola, todas las virtudes la acompañaban, que la hermoseaban mejor que todo el oro. Acompañábanla los ángeles como á su Reina y Señora; mas mirad á quién lleva en

su vientre, y veréis cuán rica y acompañada va para sí, y para darlo á la casa donde entra! ¿Qué bien no dará la que lleva á Dios en sí? Y para que supiesen los hombres católicos, y se confundan los herejes, que es cosa provechosa la intercesión de los Santos, y que por sus ruegos nos hace Dios bienes, quiso Dios que se diese el espíritu de gracia al niño, por hablar la Virgen, y se diese el espírtu de profecía á la madre.

Porque, decidme, ¿quién dijo á Santa Elisabeth que aquella Señora era bendita, lo mismo que el ángel la dijo? ¿Quién le enseñó que era (Luc., I) *Mater Domini mei?* ¿Quién le dijo *Beata quae credidisti*, pues fueron cosas que pasaron entre el ángel y la Virgen? Díjoselas Dios, y pudiera decírselas antes que la Virgen viniera, para que la fuera la vieja á visitar ó la saliera á recibir, y no fué servido porque no entendiéramos esta verdad, sino aguarda que la Virgen entrase y saludase á la vieja para que diga (Luc., I): *Ut facta est vox salutationis tuae.* Por la habla, por el medio de la Virgen les vino este bien, y así parece cuán provechosa nos es su intercesión y el encomendarnos á Ella, y con cuánta razón la debemos suplicar nos visite. ¡Oh casa dichosa donde, Señora, visitas, y otra vez lo diré (Sap., VII): *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* San Andrés y otro discípulo preguntaron á vuestro Hijo bendito (Joann., I): *Ubi habitas?* Señora, preguntámoos á Vos vuestros indignos siervos: ¿Dónde visitáis? ¿Cómo se llama la casa? ¿Qué señas tiene? ¿Qué haremos para traeros á nuestra casa, para que nos consoléis y se alegre nuestro niño y se alumbre nuestro corazón? La casa donde visita la Virgen es casa de Zacarías, y saluda á Elisabeth. Zacarías quiere decir el que se acuerda de Dios.

Bienaventurado hombre que de Dios se acuerda, pues le sabe la Virgen la casa. Acordarse de Dios que será, que pues tan gran bien es, no debe de ser cosa de muchos. La memoria de Dios, dice San Jerónimo: *Expellit omne peccatum.* La memoria de Dios consuela en las tribulaciones (Psalm. XLI): *Ad me ipsum anima mea conturbata est, propterea memor ero tui.* De manera, que quien peca no se acuerda de Dios de esta manera, para que la Virgen venga á su casa; y esto declara David cuando dice (Psalm. CXVIII): *Memor fui mandatorum tuorum ad faciendum ea.* Acordarse de Dios es acordarse de sus Mandamientos, es ponerlos por obra; y así el que olvida los Manda-

mientos, olvida á Dios, y el que no los guarda, aquél los olvida aunque los sepa de memoria. Esta, pues, es la causa por qué no somos visitados de la Virgen, el no guardar los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; pues los unos y los otros son necesarios. Y esto declara Dios por el Profeta Oseas (capítulo IV): *Quia oblita est legis Dei, obliviscar, et ego filiorum suorum.* ¡Ay de quien de Dios y su Ley se olvida! Qué amenazado está que le será pagado en la misma moneda, que se olvidará Dios de él, como quien no dice nada; de aquí viene llamar y no ser oídos; porque (Prov., XXVIII; Isa., XLIX): *Qui obturat aurem suam ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis. Numquid oblivisci potest mulier*, etc. *Populus vero meus oblitus est mei, diebus innumeris.*

Con cuánta razón se queja Dios (Matth., XXVIII): *Oblivione datus sum tamquam mortus a corde.* Harto nos encomendó Él, acordaos de mí, y para esto se quedó acá en el sacramento del Altar; mas no aprovecha, que á Él y á sus beneficios hemos olvidado. Olvidado tenemos á Dios y á su Ley, y por eso no somos visitados de la Virgen, que Ella así lo siente pues lo dice (Joann., II): *Quodcumque dixerit vobis, facite.* ¡Oh consejo tan de Madre, y tal Madre! *Quodcumque dixerit*, etc. Así, así se torna la tristeza en alegría, el agua en vino, haciendo lo que el Señor nos manda; así es visitada Elisabeth, que quiere decir hartura de mi Dios, que es la buena voluntad con que Dios se harta y el hombre se harta, que aunque la casa se llama de quien de Dios se acuerda, la visitada es la mujer en cinta. El acordarse de Dios más pertenece al entendimiento que se acuerda de Dios y piensa en Él; más la hartura á la voluntad, en la cual está el amor. El entendimiento, el varón, la voluntad, la mujer, y ésta es la visitada y bendita (Psalm. CXXVII): *Sicut vitis abundans, in lateribus domus tuae.* A éste le ganó la Virgen gozo para sus buenos propósitos, que de pocos se hagan muchos, de chicos mayores, y se ofrezcan más á Dios, que le adoren y reverencien. Viene, en fin, con ella la bendición de Dios, como en otro tiempo bendijo Dios á Obededón porque recibió en su casa el Arca de Dios; y fué tanto lo que Dios le dió, que David con codicia de aquellos bienes trajo á su casa el Arca de Dios.

¡Oh, si supiésemos qué bienes tiene quien á la Virgen tiene! desearíamos y procuraríamos traerla á nuestra casa para ser

más y más benditos de Dios; y aquel tiene á la Virgen, que tiene á su Hijo ó lo quiere tener; el que está en gracia le tiene, y quien gime sus pecados y los confiesa también le tendrá, que no sólo la Virgen es Madre de los justos, mas también abogada para alcanzar perdón al pecador. Ella es la que cuando Dios está enojado y viene á matar el necio y malo de Naval, sale al camino, y con su palabra, y echada á los pies de David, y ofreciéndole dones le amansa. Mejor lo hace esto, cierto, que la otra Abigail, y mejores dones tiene que le presentar que la otra; porque ofrecióle tantos panes; mas la Virgen tráele á la memoria que le dió carne humana, que le trajo en su vientre, que le dió leche. ¿Qué maravilla, que pues Cristo es tan agradecido aun á un jarro de agua que dan por Él, que lo sea á quien le dió no sólo agua, sino la carne y lo que hubo menester para vivir, vestir y lo demás necesario? ¿Paga á quien da por amor de Él, y no á quien le da á Él? Y de aquí nace que alcance que se amanse Dios.

¡Oh, quién te viese, Virgen, abogar por los pecadores, y decir que nos perdone Dios, que no sabemos lo que hacemos! Y si no es oída, es porque no la oímos en el sermón que nos predica (Joann., II): *Quodcumque dixerit vobis, facite.* Si Ella está rogando por mí delante de Dios, yo estoy enhiesto en mi voluntad, duro con malquerencia, abominable con deshonestidades; había de estar la lengua orando, está murmurando. Es impedida la oración de Ella por nuestros pecados, ayudemos á la Virgen con nuestra penitencia, y sentiremos el provecho de su Visitación; diremos (Luc., I): *Unde mihi;* seámosle agradecidos, y Ella dará gracias á Dios por los bienes que nos hace, estará con nosotros hasta que nuestro niño nazca, ayudando á los buenos propósitos para que vengan en obra y tengan vida eterna.

TRATADO SEXTO

De la festividad del nacimiento de la Santísima Virgen María Nuestra Señora, y es segundo de esta fiesta.

Quae est ista quae progreditur quasi aurora?

"¿Quién es ésta que se levanta como la mañana?„

(Cant., VI.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

Dicen que un ignorante puede preguntar más que responder un sabio; y si la pregunta del ignorante pone en aprieto al sabio, ¿qué hará la del sabio al ignorante? Preguntó una vez el Señor á sus Apóstoles que le dijesen quién era Él: pregunta por cierto bien dificultosa aun para los ángeles, cuanto más para gente que habia gastado su vida más en ejercitar el oficio de la pesca que no en predicar teología; y aunque la hubiera predicado, es gran verdad lo que el mismo Señor dijo: *Que ninguno conoció al Hijo sino el Padre y á quien el Padre lo quiere revelar* (Matth., XI); y porque al mundo importaba la salvación saber los hombres quién es Jesucristo, y ellos no lo podían saber, proveyó el Eterno Padre de lo decir por boca del Apóstol San Pedro, diciendo (Matthaeo, XVI): *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.* Gran pregunta, ¿quién es Jesucristo? Y después de ésta es gran pregunta, ¿quién sea su bendita Madre? Es tan grande esta niña que hoy nace, que pone en gran admiración á los hombres y á los ángeles, y así como admirados preguntan (Cant., VI): "¿Quién es ésta que nace como el alba que amanece, hermosa como la luna,

escogida como el sol, terrible y espantable como escuadrón de gente bien ordenada?„

¿Quién será tan atrevido á responder que los ángeles preguntan con admiración, cuanto más sabiendo nosotros tan poco que siendo preguntados de una hormiguita ó de un gusanillo aún no sabemos decir todo lo que en ellos hay? Señor benditísimo, vuestro Eterno Padre declaró por boca de San Pedro quién érades Vos: mirad cuánto bien se sigue al mundo de que conozcamos quién es vuestra benditísima Madre que hoy nace. Porque conoceros á Vos, es conocer nuestro Redentor y nuestro remedio, y conocerla á Ella es conocer el camino para gozar de Vos y de vuestra redención. Confesámoos, Señor, que no somos suficientes para conocer ni hablar la menor parte de las grandes riquezas que en vuestra Madre pusisteis; tomad, pues, la mano, pues que sois su Hijo y queréis honrar á vuestra santísima Madre, y sois su Criador y su Dios, que la criasteis y dotasteis de todas las gracias que tiene, y por eso la conocéis muy bien, y la daréis á conocer como hemos menester.

Quae est ista quae progreditur, etc. (Cant., VI). Estando un día el Profeta David en contemplación de las obras de Dios con aquella lumbre que Dios para ello da, y sin la cual no se pueden bien conocer, fué tan admirado de la grandeza de ellas, que salió con esta voz y dijo: *Maravillosas son, Señor, tus obras, y mi ánima las conocerá mucho.* Dichoso aquel cuya ánima conociere esta obra de Dios que entre manos tenemos, esta sacratísima niña, en la cual no hay cosa de mano ajena, mas toda hecha por mano de Dios, y por eso toda llena de maravillas, vaso admirable, obra del muy Alto, como el Eclesiástico dice (cap. XLIII): *Chiquita es en sus ojos, mas la dignidad y grandeza suya á todo lo criado excede, con grande ventaja.* Más alta es que el cielo, dice San Agustín, ésta que queremos alabar; más profunda es que el abismo; más ancha es que el mar, y su longura es mayor que de Oriente á Occidente.

Maravíllanse de Ella los hombres y los ángeles; viéronla las hijas de Sión, y llamáronla bienaventurada, y las Reinas la han alabado; porque así los ángeles que atalayan á Dios en el cielo faz á faz, como las ánimas muy santas que hay en la tierra, todos le conocen ventaja, y se postran delante su acatamiento, y confiesan ser insuficientes para conocer la grandeza de esta pequeña, y preguntan, si hubiere quien les responda: ¿Quién es

ésta que sale del vientre de su madre como alba, que nace hermosa como luna? No seamos nosotros tan atrevidos á quererles decir á los ángeles lo que ellos no saben; ellos preguntan, y con preguntar nos enseñan, y no haremos poco si con la gracia del Señor supiéremos entender y declarar lo que ellos preguntando enseñan.

¿Quién es ésta que sale como alba, hermosa como luna? De manera que ya sabemos algo de esta benditísima María, que es alba, luna, sol y escuadrón de gente bien ordenado. ¿Por qué alba, benditísima niña? Porque así como el alba no tiene que ver con la noche, así Vos cuando nacéis del vientre de vuestra madre no tenéis que ver con pecado. En el alba ahogó Dios al Rey Faraón y á los suyos en el mar Bermejo, y en Vos, que nacéis como alba, ahogó Dios al demonio y á los pecados, de manera que en ninguna cosa tuviesen que ver con Vos. ¡Oh niña bendita, cuán segura estáis Vos de que os cierren la puerta del cielo con aquella palabra que San Juan dijo: Ninguna cosa sucia entra en aquella ciudad, toda ella es oro limpio, y no admite escoria de pecado chico ni grande! Señora, Señora, á nosotros dice aquesta palabra, y á nosotros pone temor, pues somos concebidos en pecado original, y nacemos pecadores del vientre de nuestra madre; y con nuestro descuido y mal miramiento, sobre el pecado que de Adán heredamos hemos añadido otros por nuestra culpa y propia voluntad. Unos han cometido más que otros, mas ninguno que en este mundo vive ha estado, sino Vos, escogida particularmente por la divina bondad para que por honra no cayese pecado en Vos, mas toda fuésedes limpia y preciosa como oro fino; y como Jacob recibisteis la bendición espiritual sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, más ajena de pecados que todos, y más rica de gracias y virtudes que todos.

Algunos hubo, como Jeremías y San Juan Bautista, los cuales nacieron del vientre de sus madres sin pecado original, y después vivieron muy santamente; mas éstos no tienen, Señora, que ver con Vos, pues si cuando nacieron no tuvieron pecado, fueron concebidos en él; y si cuando grandes no cometieron pecado mortal, cometieron veniales, de los cuales ninguno fué libre sino sola Vos.

Salís como alba y ponéis en espanto á los que no os conocen; dais alegría á los que os miran, porque ver un cuerpo

que nunca fué rebelde á su ánima, ni un solo movimiento tuvo contra ella, y una parte sensitiva que sin rebeldía obedecía siempre á la razón, y una razón y voluntad siempre sujetas á Dios, son obra nueva hasta hoy vista en nadie, ni después de Vos sino en vuestro sacratísimo Hijo; con mucha razón se admiran los ángeles y toda la Iglesia en veros nacer con lumbre de alba, pues ven en Vos una santidad que ni hubo semejable en lo pasado, ni la tendrá en lo por venir. Demos alabanzas á Dios para siempre, que nos ha declarado por medio de la pregunta de los ángeles algo de lo que esta Virgen sagrada es, para que la tengamos por cosa ajena de todo pecado, alegre, limpia y con lumbre de Dios. Ya es razón que hablemos de cómo es hermosa: así como luna es toda blanca, purísima; y así como su Hijo es blancura de la eterna luz, así Ella participa de esta blancura más que hombres y ángeles; porque, como dice San Anselmo, fué cosa conveniente que esta benditísima Virgen resplandeciese con tan gran puridad, que después de Dios no podía ser pensada otra mayor.

Es la luna blanca, y la Virgen es purísima; es la luna la más veloz de todos los siete planetas, y la Virgen la más diligente y presta en servicio de Nuestro Señor que ninguna criatura; la luna es más baja de todos los planetas, y la Virgen la más humilde que hay en el cielo y en la tierra; y así como la luna aunque unas veces parece con poca lumbre, y otras no parece, y otras parece llena, y en la verdad nunca tiene menos lumbre una vez que otra, sino siempre está llena, sino porque no parece á los ojos de los hombres aquella parte la cual es alumbrada del sol, por eso juzgamos que tiene algunas veces poca, y ella siempre está llena; así la Virgen sagrada todo el bien y lumbre que tiene de Jesucristo Nuestro Señor, que es sol de justicia, le viene; y aunque muchas veces estuviese haciendo ejercicios corporales que al parecer son de poca luz, así como comer, beber, trabajar, y otras cosas de aquéstas; mas Ella siempre tenía su ánima convertida y atenta á Dios, el lucidísimo sol, y con grandísimo fervor y amor, y elevación de entendimiento y voluntad hacia todas sus obras chicas y grandes, corporales y espirituales.

Por todo lo cual os confesamos, Señora, que sois hermosa como la luna, y mil cuentos de veces muy más hermosa, pues que en comparación de vuestra benditísima ánima y de la her-

mosura espiritual que en ella puso el Espíritu Santo, la luna no osará parecer, y son excedidos de Vos los hermosísimos espejos de Dios, que son los espíritus angelicales bienaventurados, y no pára la santidad de la Virgen en ser como alba y ser como luna.

¡Ay de nosotros, que tan presto nos contentamos con una pequeñuela parte de bondad; mas esta Señora cumplió lo que está escrito, que la senda del justo es como luz que nace hasta el perfecto día! ¡Oh, qué cuidado! ¡Oh, qué diligencia trajo esta abejita de Dios, haciendo miel dulcísima dentro del corcho de su corazón! Creciendo de lumbre de alba á lumbre de luna que es mayor, y después á lumbre de sol que es mucho mayor; porque no sólo es alabada de las dos cosas primeras, mas dice ser escogida así como sol; nombre es éste que se pone su Santísimo Hijo, porque Él es la fuente de toda luz espiritual en el cielo y en la tierra, como este sol es fuente de lumbre para todo el mundo; mas quien le dió ser, parte de su santidad, darle ha también su lumbre de sol, pues la dió á sus Santos Apóstoles, á los cuales dijo (Matth., V): *Vosotros sois luces del mundo.* Sol que procede del sol es aquesta niña sagrada, y la mujer vestida del sol, que San Juan vió en su Apocalipsis. Lumbre y calor tiene el sol, y con tanta excelencia, que la flaqueza de nuestros ojos no la pueden mirar en hito. ¡Quién contará la lumbre en que á esta niña bendita fué concedida para regir todas sus obras, para contemplar al Altísimo Dios y para todo lo que convenía para le servir!

De Abigail se cuenta (I Reg., XXV) y de otras mujeres, en la divina Escritura, que eran prudentes; mas de esta Virgen canta la Iglesia: Virgen prudentísima, ¿adónde vas? La prudencia de las otras podémosla medir con nuestra medida; mas la de esta Virgen, ¿quién la podrá comprender, pues así supo agradar al Altísimo Dios, con mucha más ventaja que lo hizo David? Pues el fuego de amor que Dios vino á encender en la tierra no hay lengua que pueda explicar cuánto se enseñorea en el corazón de esta niña, pues sin comparación amó más al Señor que á sí misma; y su vida toda fué una lumbre, un fuego bastantísimo á mover á los que la miraren para servir al Señor. Hoy es el nacimiento de la Santa Virgen María, canta la Iglesia, cuya vida excelente á todas las Iglesias alumbra; de manera que aunque el día de nuestra salud y tiempo aceptable al

Señor es desde que Él mismo encarnó y nació en este mundo, y en comparación de Él esta Santa Virgen y su nacimiento se llamen mañana, mas mirando la excelencia de su vida, también á su modo se llama sol y causa de alegría en la Iglesia, según está escrito (Eccl., XXVI): "Así como el sol que sale al mundo, así es el rostro de la buena mujer." "Quita—dice San Bernardo—el sol corporal de este mundo, y todo quedará en tinieblas; quita á la Virgen, y todo quedará en obscuridad de pecados."

Bendito sea nuestro Dios que nos alegra con el nacimiento de esta santísima niña, tan llena de luz, que de alba procede luna, y de luna á sol, dándonos ejemplo de lo que nosotros debemos crecer en el servicio de Dios, y ayudándonos para ello con su eficacísima intercesión y oración. ¿Queda más que decir? ¿Queda más donde suba aquesta niña bendita, pues es comparada con la lumbre del sol, que es fuente de toda luz? Aún queda más; porque para ser una niña perfecta en el servicio de Dios, no sólo es menester que tenga luz para conocer el santo agradecimiento de Dios, mas que tenga fuerzas para lo cumplir y poner en obra.

Poco aprovecha á muchos que sepan los Mandamientos de Dios, que son el camino para el cielo, si no los ponen en obra: causa de mayor condenación es saber lo bueno y no cumplirlo; y como el Evangelio dice (Matth., XIX): *El siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple, será azotado con más azotes que el que ni la sabe ni la cumple.* Lejos de esta Virgen está esto; ferventísimo amor tuvo, que es el que da las fuerzas para servir al Señor, y por ninguna adversidad, tentación ni trabajo dejó de cumplir la santa voluntad del Señor y andar sus santos caminos. Tomólo á pechos, y como persona determinada de morir ó vencer, salió con victoria de todos sus enemigos, y se hizo temer de todos ellos, y que no osasen parecer delante de Ella, y de esto la alaban los ángeles, que es terrible y espantable á los demonios y á los pecados como escuadrón de gente ordenada.

Dulcísima es esta niña para los hombres, blandísima, sujetísima á Dios; mas contra los pecados no hay cosa tan brava, ni tan perseguidora, ni enemiga de ellos, porque el fuerte amor que á Dios tenía la hacía aborrecerlos tanto como dijo David (Psalm. XCVI): *Los que amáis á Dios, aborreced el mal.* Tenía, pues, la Virgen un magnánimo corazón, lleno de

fortaleza del cielo con que hollaba al león y al dragón, que es el demonio, con todas sus bramuras y astucias; y él y los suyos le tenían cobrado tanto temor, que de su presencia y de su nombre iban huyendo, iban derretidos así como cera. Porque si con San Antón este tema tenían los demonios, que oyendo su nombre echaban á huir, con cuánta más razón se debe creer que al nombre de María huirán y con más ligereza, pues Ella es la mujer de la cual está escrito que había de quebrantar la cabeza al demonio, no sólo porque escapó del pecado original, mas de todos los otros mortales y veniales, lo cual no hizo San Antón ni otro alguno.

¿No veis qué dulcísima cosa es hablar de la vida y excelencias de aquesta benditísima niña? ¡Cuán dichosos fuéramos si no hubiera necesidad de hablar en estas santas festividades de nuestras miserias y tristes caminos, sino que nos ocupáramos todos en alabar á Dios que tal niña crió, y darle gracias porque nos dió tal Madre, y en gozarnos de sus bienes como la santa Iglesia dice en una Antífona: "Celebremos con alegría el nacimiento de aquesta sacratísima Virgen, porque Ella sea intercesora nuestra con Jesucristo Nuestro Señor!" Confesados y comulgados, y todos en estado de gracia y alegres con el testimonio de la buena conciencia y con la viva esperanza de ver á esta Señora en el cielo, y gozarnos para siempre con Ella, cuyo bendito nacimiento celebremos en este miserable destierro. Porque las cosas santas, si no queremos que se nos tornen en dañosas, con santidad las habemos de celebrar y tratar, y muy mal celebrará la fiesta santa de la reluciente niña (que tiene luz de alba, de luna y de sol, que siempre es victoriosa de sus enemigos) el que está en la triste obscuridad de la noche de pecado mortal, en la cual, como hombre que vive sin lumbre ni conoce sus males que de presente tiene, ni los terribles tormentos del infierno, que con longura eterna han de ser vengadores de sus momentáneos placeres que en esta vida pasó, ni tiene lumbre de gracia para conocer y amar á su Dios ni á sus prójimos, pues según está escrito (Prov., XI): *El que anda en la noche no sabe para dónde va.* ¡Oh Señor, y si está aquí alguno que está fuera de vuestra gracia y lumbre, y vive en obscuridad de pecado mortal, ora sea si está con propósito de cometerlo, ó porque lo cometió y no ha hecho penitencia de él para ser perdonado! Preguntan los ángeles el día de hoy: ¿Quién es

esta Virgen que nace?, admirados de su gran lumbre y virtud. Y si alguno está aquí entre nosotros en este grande é indecible mal de pecado mortal, mirarlo han, y espantados de su obscuridad, cautiverio y tristeza, y desventura que no se puede contar, preguntarán: ¿Quién es esta ánima tan ajena de lumbre del cielo, y tan obscurecida con espirituales tinieblas? ¿Quién es ésta que siendo criada á imagen de Dios ha puesto sobre sí la fea y abominable imagen del enemigo?

¡Oh qué gran verdad dijo Jeremías Profeta (Thren., IV): *Que los Nazarenos de Dios, que primero eran blancos como la nieve y más hermosos que marfil, son vueltos tan al contrario, que están muertos en las plazas, y tan feos que no son conocidos quién eran!* ¿Cómo conocerá Dios sus ángeles, quiero decir, cómo aprobará lo que no es hechura suya, lo que es obra del demonio, y contradicción y destrucción de las obras suyas? Hermoso te crié yo, dice Dios, ¿cómo tan miserable te has afeado? Y con mi propia sangre te lavé, ¿cómo te has tornado á ensuciar? (Psalm. VI): *Apartaos de mí*—dice el Señor—*todos los que obráis maldad, porque no os conozco.* Y aunque sean doncelias y tengan apariencia de buenas obras, si carecen de la gracia divina que hace al alma hermosa delante de los ojos de Dios, sean quien fueren, tengan lo que tuvieren, quieran ó no quieran, oir tienen esta terrible palabra de Dios (Luc., XIII): *No os conozco, apartaos de mí.* ¡Oh hermano mío, quienquiera que seas, á quien esto toca, ¿cómo puedes sufrir tanto mal tuyo, y tan de tomo por unos bienes falsos ó placeres que desaparecen así como humo? ¿Qué cosa te pueden dar que te entre en provecho, si en contrapeso de ella te llevan el alma? ¿No te acuerdas que dijo Cristo Nuestro Señor (Matthaeo, XVI): *¿Qué trueco puede el hombre dar en lugar de su ánima?* Y si por tu ánima que pierdes no te pueden dar igual trueco, dime por reverencia de Dios, por sus llagas sagradas, por el nacimiento de esta Virgen bendita, qué es lo que te dan en trueco porque pierdas á Dios, y renuncies el derecho que tienes para gozar de Él en la gloria, y puedas vivir en su enemistad, y tan lejos de gozar de Él como si no hubiese Dios sino para castigarte.

Un hombre hace sentimiento y echa menos cuando pierde un ducado y una cosa de menos valor; ¿y tú no echas menos perder á tu alma, perder la gracia de Dios, y al mismo Dios,

bien infinito, y para siempre jamás? ¿Qué es aquello que te dan cuando tantos bienes te quitan? Dilo si lo osas decir. ¡Oh bien infinito, y bien tan grande que no hay cosa que se pueda igualar con Vos; porque sois tal, que quien á Vos sólo tiene, aunque ningún otro bien tenga, es de verdad bienaventurado; y quien á Vos no tiene, ¡ay de él, ay de él, ay de él, que malaventurado es á boca llena, aunque tenga todos los bienes que en la tierra hay! Esta, hermano, es obscuridad de la noche, y por eso pasa tan grande engaño, y lo sufres tú, que te dan un chanflón y dicen que es ducado de á diez, y te llevan un gran pedazo de oro diciendo que es plomo, y tú estás tan ciego y tan miserable que te huelgas de la miseria que te dan, y lloras cuando la pierdes, y no sientes que te quitan á Dios y te han engañado con inmenso daño.

San Agustín cuenta de sí, en el tiempo que estaba sin la gracia de Dios, que cuando leía en Virgilio que la Reina Dido se mató porque se fué Eneas y la dejó, se le enternecía el corazón y lloraba, y quéjase él después de sí mismo diciendo: "¡Y sufría yo, Señor, con ojos secos ser apartado de Vos, vida mía, Dios mío!" Lloraba porque se había apartado un ánima de un cuerpo, y sufría con ojos enjutos haber apartado á Dios de su ánima, la cual queda más fea pesada y muerta, por apartarse Dios de ella, que queda un cuerpo cuando el ánima sale de él.

Hermano, si tu desdicha ha llegado á tanto que por un sucio deleite, vedado por la Ley de Dios, ó por desearlo tomar, ó por una malquerencia ó murmuración, ó por otro quebrantamiento de la divina Ley, estás en tinieblas de noche y no ves la lumbre del cielo, gime tu mal y da muchas gracias á la divina bondad que te dejó llegar á este día y venir á la iglesia á celebrar día del nacimiento de esta benditísima niña, que no sólo tiene lumbre de alba, y de luna y de sol, y gran fortaleza para sí misma, mas aun también para ti.

El alba en medio está de la noche y del sol; y esta Virgen bendita medianera es entre los pecadores que viven en noche y entre Jesucristo Nuestro Señor, sol verdadero. Y como no se puede pasar de la noche al sol sino por el alba, tampoco quiso Dios que alguno pasase del pecado mortal á la gracia sino por María. Hermano, no desesperes, ¿quieres ser curado? ¿Quieres sanar de tus heridas mortales? Si quieres no me res-

pondas: *no tengo hombre;* un hombre tienes para tu remedio, que es Hijo de Dios, Jesucristo, que aboga por ti delante del Padre, y puso á riesgo de muerte su vida por ti; y á éste que es carne de tu carne y hueso de tus huesos le puso el Padre en sus manos todas las cosas, como Él mismo lo dijo, y á éste hizo Juez tuyo, y tiene las llaves de la muerte y del infierno, y de la vida y del cielo; porque si te recatabas de entrar en juicio en el tribunal del Omnipotentísimo Padre, no te recates de entrar en juicio de Él, que aunque es un mismo Dios con el Padre, es hombre contigo, y dió la vida por ti. Juzgado fué de Poncio Pilato, y por eso es constituído por Juez de vivos y muertos; y como el Evangelio dice (Matth., XXV): "El Padre no juzga á ninguno, porque todo el juicio dió al Hijo.„

Da gracias á Dios por haberse dado por Juez uno que es hombre y Dios, y que sabe de enfermedades, y que fué tentado para con la experiencia aprender á ser piadoso, y en todo cual lo ha menester y lo podía desear la humana y miserable flaqueza. Mas porque el desmayo y temor que causa el pecado en quien lo comete es en gran manera muy grande, y con su gran peso hizo desesperar á Caín y á Judas y otros muchos, y conociendo Dios esto quiso, como San Bernardo dice, consolar nuestra flaqueza, confortar nuestro temblor con darnos por abogada á esta Virgen bendita que hoy nace, cobra, hermano, alientos nuevos, pues que estás en el nacimiento de esta alba muy alegre.

Y si las enfermedades de pecados te traen cansado, atemorizado y triste en la noche en que has vivido, mira que al alba sienten los enfermos alivio, y las aves cantan, y nace nueva alegría. Gózate de este día de la buena nueva, y anímate y pide misericordia á esta nueva abogada y piadosísima Madre que hoy nace para tu consuelo. Y si tienes miedo de allegarte á Jesucristo, porque no sólo es hombre y hermano tuyo, sino Omnipotentísimo Dios de majestad infinita, allégate á esta Virgen sagrada, mansa y piadosa, y que no tiene otra naturaleza más que la humana, y como San Bernardo dice: "Si hallares en Ella alguna cosa áspera, alguna desabrida respuesta, algún rigor de justicia, yo te doy licencia para que la temas; mas todo lo que en Ella hay es blandura; no sólo para los justos que andan en lumbre, mas como luna perfecta y hermosa llena de misericordia, que nació para ser abogada de buenos, luce á los que

andan de noche para que no se pierdan, y poco á poco vengan á la lumbre del sol.„

Y como la luna es el planeta entre los siete el más cercano á nosotros, así esta luna nos es dada por verdadera Madre, y tan cercana para nuestro remedio, que á ninguna pura criatura en la tierra ni en el cielo tan presto le tocan nuestras miserias como á su virginal corazón, tan rico en misericordia, que la llama la Iglesia *Madre de misericordia*. La luna tiene poder sobre las aguas, que significan las tribulaciones; y esta piadosa Señora está diputada por Dios para socorro de atribulados, y es universal limosnera de todas las misericordias que Dios hace á los hombres, y en lo que se ocupa es en tener las manos hacia arriba para recibir mercedes de Dios, y luego volverlas hacia abajo para darnos lo que ha recibido. Aprovéchate, por amor de Dios, de tan buena oportunidad, y no dejes pasar este día de misericordia lleno.

El alba nace, ella misma da voces con la lumbre que trae, y dice: Ya es tiempo de caminar, levantad los dormidos; los gallos cantan, y las otras aves también, y la Virgen está desde el cielo dándote voces en este santo día que Ella nació, que despiertes del sueño del pecado y que andes en la lumbre de Ella, que te será fiel abogada y piadosa Madre. Los gallos, que son los predicadores, te dan voces también, por boca de los cuales te dice Dios también lo que dijo por boca de San Pablo: "Levántate tú que duermes, despierta de entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo.„ (Ephes., V.) Dios quiere salvarte, y te ruega con el perdón; la Virgen desea lo mismo, los ángeles de la misma manera, los predicadores y toda la Iglesia te desea ver fuera de esa triste noche en que vives. ¿Qué respondes á tantos como te ruegan que no te vayas al infierno, sino que sirvas á Dios y ganes para siempre el reino del cielo? ¿Qué respondes? Recuerda que duermes.

¡Oh Señor, y qué recia cosa es estar un hombre embebecido y embriagado en su falso deleite, en una malquerencia endurecida, en tener las cosas ajenas, en otras semejantes miserias! Á los cuales acaece que duermen profundamente este sueño, sin que valga ponerles la palabra de Dios delante de los ojos para recordarlos que es luz verdadera para despertar los dormidos, así como si les dijese: Infierno hay para siempre donde has de pagar con eternos tormentos el placer momentáneo

que te dan aquí los pecados; el cielo pierdes si la tierra amas; Dios se te va por una puerta, si el pecado entra por otra; enemigo es Dios del malo y de la maldad; y no se podrá acabar con Él que esté bien contigo si no aborreces y echas de ti sus enemigos y tuyos, que son los pecados. ¿Quién podrá dormir si le ponen esta luz á los ojos? Y por eso muchos con malaventurado consejo quitan sus ojos de la lumbre; y ni quieren procurar ni oir las palabras de Dios por no tener quien les haga mal sabor á sus dañadas voluntades. Y otros más endurecidos quieren mal á la verdad y á quien se la dice. Y como uno que está muy dormido y no quiere que le recuerden, apaga la lumbre que le ponen ante los ojos y se enoja con quien se la puso, así éstos, dignos de ser llorados con lágrimas de sangre del corazón, han hecho concierto con el pecado é infierno, y pésales tanto de quien los quiere apartar de sus malos caminos, que ni querrían que hubiese verdad ni justicia, honestidad ni vergüenza, ni aun quien la dijese. "Viven en tinieblas; y todo hombre que hace mal, aborrece la luz, y no quiere venir á ella —dice San Juan—porque no parezcan sus grandes maldades."

¡Oh, engañados hombres y desdichados, tomad otro consejo, que ése no os puede valer! Ha dicho el Hijo de Dios (Lucas, XII): *Las cosas que predicasteis en tinieblas, serán predicadas sobre los tejados;* y tiene ordenado que todas las obras de la noche, que son los pecados, salgan á la plaza en el día del juicio, donde sean examinados y condenados, y parezca su fealdad con la lumbre de Dios; y vosotros no seréis poderosos para hacer que se quebranten estas palabras, ni deje de ser lo ordenado por Dios. ¿Qué me responderéis? *Levántate, levántate tú que duermes entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo,* que el alba es nacida, ya es tiempo de caminar. Por ventura ¿habrá aquí alguno á quien parezca mal esta amonestación? Antes la agradecerá conociendo lo que le importa: mas oirla ha, y no la tomará esperando que acabará ciertos negocios, ó que gozará primero de su gusto (como ellos dicen), y dormirá todo este tiempo y después recordará.

Hombre, ¿quién te hizo á ti dios, que quieres el oficio de Dios? Pues que dijo Nuestro Señor: "No queráis saber los tiempos y momentos que el Padre puso en su poder." Qué sabes tú si llegarás á ese tiempo que te prometes; no tienes certidumbre que llegarás á la noche, y aventuras tu salvación sobre la incer-

tidumbre de vida. Y ya que supieses que te habías de enmendar, ¿quién es tan necio que estando cautivo en poder de turcos, con muy mal tratamiento y á peligro cada día de perder la cabeza, responda á quien luego le quiere rescatar: No quiero salir tan presto, hasta de aquí á dos ó tres años, no por otro fin sino por estar aficionado á una mala mujer ó cosa semejante á ésta?

Hermano, no seas más imprudente que los niños y que los infieles, y que los animales, que si en un pozo caen ó en cieno hediondo, no sólo dan la mano luego quien les ayuda para salir, mas aun con voces llaman á quien les socorra. San Agustín lloraba en algún tiempo esta dilación que había tenido cuando estaba en pecado, y decía: "Llamábasme Tú, Señor, y decíasme: Levanta que duermes, y sal de entre los muertos; mas yo, Señor, no respondía sino palabras de hombre dormido. Espérame un poco, ahora me levantaré, mas aquel poco cuán largo era, y aquel ahora nunca venía: y así dilatando yo de vivir en Ti, no dilataba de morir en mí." De esto se queja San Agustín; y si Dios te da lumbre, y algún tiempo te saca de entre los dormidos y muertos, también llorarás tú porque pecaste, y porque en pecando no te levantaste con el socorro que Dios te prometía, extendiendo su mano para tu remedio.

¡Oh, qué cuchillo de dolor atraviesa el corazón del cristiano cuando se acuerda que pudiendo servir á Nuestro Señor, ha servido al demonio! Ejemplo tenemos en el mismo San Agustín, que decía: "Tronaste, Señor, desde arriba con una voz grande, y dijiste: Hágase la luz, y fué hecha la luz en mi corazón, y vi las tinieblas en que había estado acostado, y espantéme y dije: ¡Ay, ay de aquella ceguedad cuando no te conocía; ay de aquel tiempo cuando no te amaba! Tarde te conocí, hermosura tan antigua; tarde te conocí, hermosura tan nueva. No sientes ahora el mal en que estás como el loco, ni el que tiene modorra, mas si Dios te diese salud, darás unos gemidos de grave dolor por los golpes que te diste estando sin seso. Y la principal señal que uno tiene de que Dios es venido en su ánima, es si dice de corazón: Pésame, Señor, de cuán tarde os he conocido." ¿Qué dilatas, pues, hermano, lo que está cierto que tanto te cumple? Y no sabes, si ahora lo dejas, si después lo habrás, y si lo hubieres será con mayor trabajo, porque la mala costumbre que habías alcanzado y los pecados que hicieres de aquí allá te pondrán en

mayor aprieto, pues que mayores pecados piden mayor pena, y la mala costumbre es muy dificultosa para quitar.

Ahora tienes buen aparejo; brama en tu corazón y di: ¿Cuándo ha de ser el fin de mis fealdades y abominaciones? Ahítome de comer á la continua un manjar, aunque sea bueno, ¿y aún no estoy ahito de ofender á Dios tantos años ha comiendo, no manjar, sino verdadera ponzoña? Si no pongo fin á mis males, ay de mí que el infierno es mi casa. Y si algún día los tengo de dejar y llegarme á Dios, ¿por qué no será luego, pues el remedio es más cierto y el trabajo menor, y la ganancia muy mayor sin comparación? No quiero más guardar estos puercos, que aun de lo que á ellos les sobra yo no me harto; levantarme quiero, é irme á mi Padre y decirle: Padre, pequé contra el cielo y contra Ti, no soy digno de ser llamado tu hijo; haz conmigo como con un jornalero tuyo. Hermano, si ese brío y esos propósitos andan meneando tu ánima, entiende que te ha amanecido el alba, que es el aparejo para venir á estado de gracia; entiende que anda por tu corazón el favor de la Virgen María que te ha alcanzado la gracia preveniente, significada por Ella misma, con que te aparejes á recibir la gracia de Dios, que te ponga en su amistad.

No es del hombre ponerse en estado de gracia, ni tampoco lo es el aparejarse para que Dios lo ponga; dádiva es de Dios el perdón de nuestros pecados; dádiva suya es el darnos corazón arrepentido y humillado y con propósito de verdadera enmienda. Esta disposición mueve el corazón humano, por asentado que esté en sus vicios y pecados, y hace volver los ojos á Dios y temer al que antes tenía en poco (Cant., V). "Mi amado — dice la Esposa — metió la mano por el agujero de la puerta, y mi vientre tembló, ó mis entrañas temblaron cuando me tocó." No es cosa fría lo que se siente en el corazón del hombre á quien Dios ha tocado; hácele temblar por esforzado que sea, y abajar aunque haya sido soberbio, y tórnalo tan blando y tan lleno de confusión, que aunque le pisen la boca no sabrá responder. Y este es el don que nos alcanza esta bendita niña, que nace como alba; y, según hemos dicho, es medianera entre la obscuridad de la noche y la lumbre del sol.

¡Oh, quién tan dichoso fuese que alcanzase un libro donde estuviesen escritos todos los pecadores de quien Ella hubiese sido medianera para que salgan de la obscuridad de la noche

y cobren la lumbre de gracia! ¿Quién nos dirá qué de ánimas perdidas gana Dios mediante esta niña que hoy ha nacido? Porque así como Eva desayudó al primero Adán en lo que tocaba al servicio de Dios, así esta niña es criada para que ayude al segundo Adán, que es Jesucristo, para ayudarle á la redención y recoger las ánimas por quien Él derramó su sangre (I Cor., V): *El murió por todos*, como dice San Pablo, y Ella es el alba, luna y sol que nace para todos; y aquel sólo no gozará de Ella que se quiere meter, huyendo de su lumbre, en las cuevas hondas y tenebrosas de sus pecados. Ten, hermano, confianza en esta Virgen sagrada, que si tú quieres llamarla con ruegos, hacerla servicios, implorar su misericordia y oficio de interceder, sentirás que ni Ella es sorda para oirte, ni tus oraciones y servicios saldrán en balde.

Poderosísimo es Dios, y de buena gana emplea su poder en sacar ánimas de pecados. Y escrito está en Job (cap. XXXVI): "Él te librará de la boca angosta y del pozo que no tiene suelo." Guárdate, hermano, guárdate de la estrechez de la desesperación, no se estreche tu corazón con la desconfianza por la muchedumbre de los pecados que has cometido. Ora al Señor lo que dice David (Psalm. LXVIII): "No me hunda la tempestad del agua, y no cierre el pozo su boca sobre mí." Por mucho y mucho que hayas pecado no desconfíes de la misericordia de Dios, y no te dejes apretar, ni pienses que con su favor te será imposible la salida del pozo por angosto que sea, y aunque no tenga suelo; porque quien cae en un pecado mortal, de allí cae en otro, y después en otro y en otros; y si no es porque la mano piadosa de Dios se tenga que no abaje más, el pecar no tiene suelo ni fundamento donde parar.

No me alegues que tus pecados son muchos, porque más poderosa es una gota de sangre que el Hijo de Dios derramó, si de ella te quieres áprovechar, que todos tus pecados para te condenar. Ni me digas: ¿Cómo, Padre, enmendaré la vida, que estoy mal acostumbrado, y me parece imposible dejar de vivir como vivo? Que escrito está (Isa., X): "Que echando aceite en el yugo, se podrece el yugo"; y con una poca de gracia que el Señor eche en tu corazón, se deshará ese yugo de mala costumbre que te tenía debajo de sí y como carga pesada te llevaba donde quería. Y si el demonio te tiene cautivo, y cuando quieres pelear con él y escapar de su tiranía sientes que es más

fuerte que tú, tampoco desmayes, porque escrito está: "¿Por ventura la cautividad podrá ser libre de la mano del fuerte? ¿O la presa será quitada del muy robusto? Pues yo os digo—dice Dios—que aunque esto no sea posible á fuerzas humanas, que con el favor de mi brazo la cautividad será libertada de la mano del fuerte; y lo que asió y prendió el robusto le será quitado."

No tengas, hermano, tú esas congojas, que una niña te es nacida que ha quebrantado la cabeza del demonio, y no sólo en sí misma, mas en las ánimas de los pecadores: nacida te es hoy para tu consuelo y remedio: ponla por intercesora entre Dios y tú: gime tus culpas y pecados, y vete á Ella, que como verdadera Madre te halagará, remediará y consolará. Y si Dios tanta merced te hace que después de tu mala vida y obscuridad te nazca lumbre de alba, no pares ahí, imita á la Virgen que creció de luz en luz: y tras la del alba, tras tus buenos principios crece en lumbre de luna, para que tu vida pasada, que fué ejemplo de obscuridad y causa que otros pecasen, sea ya lumbre para traer al servicio de Dios á los que están en tinieblas, y considera cómo tú también lo estuviste, y ahora estás fuera de ellas. Si comienzas á servir á Dios, comienza de verdad, comienza con denuedo, comienza perfectamente, mira cómo no hay hombre en los negocios del mundo que si puede tener mucho tenga poco, y si puede emplear su dinero donde le gane ciento, no se contenta con cincuenta.

Ten tú una santa codicia de ser rico de los bienes verdaderos y eternos; pues aquellos tienen vana codicia y pasan muchos trabajos por henchir sus arcas, bolsas y senos de un poco de estiércol y pura vanidad, que ni los hace mejores un sólo cabello delante del acatamiento de Dios, ni les podrá librar en el día terrible del juicio de Dios; antes les será más carga, y les pondrá en mayor estrechura lo que aquí pensaban que era ganancia y placer. Grande es el engaño de la gente tibia en el servicio de Dios, que por huir unos pocos y chicos trabajos caen en muchos mayores. Porque si ponen en una balanza los trabajos que pasan los que sirven á Dios con fervor, y ponen el hacha á la raíz de sus pasiones para desarraigarlas y cortarlas con el cuchillo de la palabra de Dios y con la imitación de la vida y muerte de Jesucristo, son muy menores en comparación de los trabajos que pasan los tibios, que se contentan con vivir descuidadamente en lo que toca á su aprovechamiento, y

se contentan con una vida floja que solamente tiene cuenta, y aun ésa muy negligente, con no cometer pecado mortal.

Caen éstos muy á la continua en pecados veniales graves, que son causa de harta tristeza; y de allí algunas veces caen en pecados mortales, que son fruto amargo que del pecado se sigue, y no gozan de la victoria perfecta de sus enemigos, ni sienten el placer de la limpia conciencia, ni la fuerte esperanza que alegra las entrañas de la herencia del cielo, ni los dulces frutos del amor divinal, el cual hace los trabajos que por Él se padecen más dulces que los placeres que dan los pecados del mundo; que no mintió quien dijo: Más dulces son las lágrimas de los penitentes, que los deleites de los Reyes. Y si llorar por Dios excede á los placeres del mundo, ¿en qué lugar pondremos el gozar de este Señor?

Hermano, pasa adelante, no te perdones ni te parezca duro cualquier trabajo, porque crezca en ti la gracia de Dios; porque así como hallaste á la Virgen fuerte y piadosa para que salieses de obscuridad de la noche á la lumbre del alba, de la misma manera la hallarás también para que crezcas en la buena vida que con su oración te alcanzó; y dichoso serás tú si algún día vinieres á tanta bienaventuranza en aquesta vida, que no sólo tengas luz de alba y luz de luna, mas también seas semejable á la lumbre del sol. Entonces arderá tu corazón suavísimamente en el amor divinal. Entonces te deleitarás en imitar á Jesucristo Nuestro Señor en su santa vida y en su muerte, y te sabrá bien su benditísima ley, y sentirás mucho cualquier pecadito por pequeño que sea, y no tratarás tanto de cómo no le ofenderás, como de servirle mejor y mejor y tener por regla de tu vida el santo contentamiento de Él; y de allí pasarás á ser espantable á tus enemigos, y experimentarás en ti lo que dijo David (Psalm. CXVIII): "Aborrecido he la maldad, y abominádola he, y amado tu ley."

Porque el buen cristiano esta señal ha de mirar para si ama á Dios verdaderamente, como cuando le convidan con manjar desabrido, y que su estómago le abomina y alanza de sí; de esta manera su ánima abomina y aborrece el pecado como una cosa asquerosa y que le causa abominación. De esta manera se vencen los pecados y se matan, porque el aborrecimiento verdadero de ellos muerte suya es. Y si te hallares flaco en esta pelea, y hallares algún gusto, por pequeño que sea, en algún

pecado, alza luego los ojos á esta Virgen sagrada, pidiéndola te alcance salud para tu paladar estragado, y que aquello te sepa bien que á Dios sabe bien, y mal lo que á Él le sabe mal; porque aunque es mujer, es mujer fuerte, y aquella misma la cual Salomón deseaba hallar cuando dijo (Prov., XXXI): "¿Quién hallará mujer fuerte?„ Mas cuando le fué revelado que había de nacer ésta que nos ha hoy nacido, díjole en persona Dios (Cant., IV): "Mi cuello es como la torre de David, de la cual están colgados mil escudos y todas armas de fuertes.„

¡Oh niña para siempre bendita, la más cercana á Dios humanado de cuantas hay en el cielo y en la tierra! El es la cabeza, y la cosa más cercana á Él es el cuello, que sois Vos, tan alta en virtud y santidad, y mucho más que la torre de David en espiritual alteza. De Vos están colgados mil escudos y todo género de armas para que peleen los fuertes, y para que los flacos se hagan fuertes. Y quien en vuestra vida mirare hallará las armas que ha menester para pelear las peleas de Dios, si las quisiere tomar. En Vos tienen que mirar los niños, los mozos y los viejos; en Vos los que se casan y no se casan, los mayores y los menores; ni hay virtud que Vos no enseñéis, ni trabajo en que Vos no los consoléis y esforcéis, porque fuisteis Vos la más Santa de las santas, y la más trabajada de todas. Vos sois puesta para medio de nuestro remedio delante del acatamiento de Dios: en vuestras manos, Señora, ponemos nuestras heridas para que las curéis, pues sois enfermera del hospital de la misericordia de Dios donde los llagados se curan. Y aunque tenemos gran confusión y vergüenza de presentar delante de tanta limpieza la hediondez de nuestras abominables llagas, creemos que os dotó Dios de tanta misericordia, que vuestra limpieza y pureza no se desdeña ni alanza de sí á los pecadores llagados, mas que cuanto es mayor su necesidad, tanto más vuestra misericordia os mueve á su remedio, conformándoos con vuestro Hijo bendito, que no vino á llamar justos, si no á pecadores á penitencia.

A Vos, Señora, presentamos nuestros males para que delante del trono de Dios los deshagáis y alcancéis perdón de ellos. A Vos también presentamos nuestras obras, aunque llenas de muchos defectos, y en vuestras manos sagradas ponemos nuestro corazón; porque Vos, como otra Rebeca, y muy mejor que ella, sabéis muy bien lo que es gustoso á vuestro Hijo bendito;

guisáis nuestro corazón y nuestras obras de manera que sean sabrosas á su Majestad, para que teniéndoos á Vos por defensora contra nuestros males, y por nuestra en nuestros bienes, los reciba el Señor, hallándolos en vuestras manos, no mirando á las nuestras que los hacen, sino á las vuestras que los ofrecen. Alcánzanos, Virgen santísima, gracia para que con ella y por ella merezcamos veros en la gloria.

TRATADO SÉPTIMO

De la festividad de la Purificación de la Santísima Virgen María Nuestra Señora.

Santifica mihi omne primogenitum, tam de hominibus quam de jumentis; mea sunt enim omnia.

"Santifícame todo primogénito, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas.„

(Exodo, XIII.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

Comencemos el sermón por donde comenzamos la Misa (Psalm. XLVII): *Suscepimus Deus misericordiam tuam, in medio templi tui.* "Habemos, Señor, recibido tu misericordia en medio de tu templo.„ Este es el hacimiento de gracias que hace hoy la Santa Madre Iglesia á Dios por haber enviado hoy su Hijo al templo. Orígenes dice que uno de los nombres con que es llamado Jesucristo es *Misericordia;* y así decir que Dios es Padre de las misericordias, es decir que es Padre de Jesucristo. Hoy fué presentado al templo el Señor del templo, y por manos de otro más verdadero templo, que fué la Virgen su Madre; y pues en Ella lo recibimos y por Ella, roguémosle que mediante sus oraciones ahora lo recibamos para hablar de esta santa festividad.

Santifica mihi (Exodo, XIII): "Ofréceme—dice Dios—todos los primogénitos, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas.„ San Gregorio dice que no se puede edificar moralidad sin contar primero la historia. Y así habéis

de saber que hoy, cuando menos, concurren tres fiestas, las cuales son Purificación, Presentación, Candelaria ó fiesta de Simeón. La Presentación, que es la mayor, fué cuando no queriendo Faraón soltar al pueblo de Israel de Egipto, aunque Dios le había castigado con nueve plagas ó azotes, matóle Dios en una noche todos los primogénitos, desde el primogénito del Rey hasta el primogénito de un esclavo; y entonces dejóles Faraón salir á sacrificar, y así dijo Dios: "Pues para libraros maté yo los primogénitos de Egipto, justa cosa es que en reconocimiento de esta merced me ofrezcáis á mí todos vuestros primogénitos." Los primogénitos de una tribu, que es el de Leví, serán míos para siempre; los demás redimirlos habéis por cinco siclos cada uno; y si fuesen animales sucios, como perros, ó los habían de matar ó trocarlos por otros, *ut ibi dicit* (Lev., XXVII): *Omne primogenitum asini mutavis ove;* y esto se llamaba presentación, la cual se hacía en los cuarenta días después del nacimiento, y así dice el Evangelio (Luc., II): *Postquam impleti sunt dies Purificationis Mariae;* la glosa interlineal dice, y refiérese á Nuestra Señora, según nosotros en nuestro texto decimos, ó como la misma glosa á Jesucristo, no porque en ella hubiese que purificar, sino para denotar lo que mandaba la ley, como si dijese, los cuarenta días que la ley mandaba para la purificación.

La segunda fiesta se llama Purificación, la cual es por los pecados que la mujer pudiera cometer en la concepción y el embarazo y en el parto del niño, y cuando es antojadiza regalada; después del parto descontentadizas, rencillosas, enojosas: por tanto, mandaba Dios que por estos y otros semejantes pecados, que si pariese hijo hasta cuarenta días no entrase en el templo, y si hija ochenta, y á los cuarenta días llevase un cordero si fuese rica, ó un par de tórtolas ó palomas si fuese pobre; pero por esta parte libre era la Virgen, porque particular cuidado tuvo Moisés de sacarla cuando dijo (Exodo, XIII): *La mujer que hubiere concebido de varón:* para dar á entender que había de venir la Virgen que no concebiría de varón, sino de Espíritu Santo; pero quiso cumplir la ley como verdadera obediente á la ley para dar ejemplo de obediencia.

La tercera fiesta es el Santo viejo Simeón, el cual deseaba y pedía al Señor que enviase la salud que había prometido á todo el pueblo, para lo cual habéis de imaginar que tal día como

ayer, teniendo la Virgen aparejada su ofrenda, salió del portal de Belén y de do había parido, porque no era lícito salir del lugar donde pariese hasta el día de la Purificación ó Presentación, y compró un par de tórtolas ó palominos como pobre, porque el oro que los Reyes le habían dado ya lo había, como misericordiosa, expendido á pobres, y ayer tarde vino á Jerusalén, y esta noche dormiría en casa de algún amigo ó pariente, y tal como esta mañana viene al templo con su niño en los brazos, y amanece con su sol más claro que éste en el templo: y había un hombre justo y temeroso, porque no puede ser justo sin temer (Eccl., I): *Qui sine timore est, non potest justificari;* porque el que no tiene temor presto caerá; el que dice: Aunque vaya allí no caeré, aunque vaya á tal casa no me acaecerá nada, presto caerá; y por tanto dice el Sabio (Proverbios, XXVIII): *Beatus vir, qui semper est pavidus:* bienaventurado el varón que está siempre temeroso; y antes había dicho (Prov., XIV): *Sapiens fugit, et declinat a malo: stultus confidit, et transilit:* El sabio huye y apártase del mal, y el necio cae; y así el Santo viejo como era justo temía (Luc., II): *Et expectabat redemptionem:* no puede haber mayor señal para ver si este buen viejo era santo y bueno que desear el bien común.

Dice San Ambrosio, era justo porque deseaba el bien del pueblo, decía: ¿Pensáis que tengo de ver tanto bien? ¿Que tengo yo de ver con mis ojos al Señor, que vea yo la libertad del pueblo? ¡Oh Señor, si Vos sois servido no me llevéis hasta que yo con mis ojos vea tanto bien! Este era viejo que no nos consta ser sacerdote, y tan deseoso del bien común. Padres sacerdotes, si hubiera ahora muchos Simeones, qué bienaventurados fuéramos. ¡Qué confusión para nosotros, que nos contentamos con decir Misa, y qué de paso, y qué de prisa, sin amor, sin agradecimiento! Bienaventurado el que cuando tuviere á Cristo en sus manos sintiere lo que este viejo Simeón; que el sacerdote tan limpio ha de ser, que no ha de llevar pecados que llorar en el altar, sino los pecados del pueblo, porque, según San Agustín dice, el pecado mortal no es pecado de cristiano, ¿cuánto menos lo será de sacerdote? Y así se quejaba Dios por Malachías diciendo (Malach., II): *Porque me hinches mi altar de gemidos*, lo cual se puede entender de dos maneras. La una de las quejas que tienen vuestros prójimos de vosotros, padres sacerdotes, las viudas pobres. La segunda se puede entender,

porque hacéis pecados que tenéis después que gemir en mi altar. Decid, aunque veis las necesidades de la Iglesia, ¿cuántas lágrimas os cuestan? ¿Cuántos gemidos rogando á Dios que la remedie?

Cuando Urías fué llamado de la guerra por David, y lo envió á dormir con su mujer y dijo (II Reg., XI): *Arca Dei manet in papilionibus:* El Arca del Señor queda en los casares, y mi Señor Joab peleando contra mis enemigos, y que duerma con mi mujer; por la salud de tu ánima no haré tal cosa. Mira qué respuesta de un hombre casado; y aun por no haber muchos Urías anda el mundo como anda; éste por estar el Arca en el campo peleando contra sus enemigos no quiso llegar á su mujer propia, y habrá ahora muchos que deseen llegar á las ajenas. Pues porque el Santo Simeón deseaba este bien común, por eso era justo; y así como Dios se lo había prometido se lo cumplió, porque vino: *In spiritu in templum.* No quiere decir que vino en espíritu, no en cuerpo, sino movido por Espíritu Santo. No como vienen muchos á parlar, á reir, ó movidos por otras vanidades (Luc., II): *Et accepit eum in ulnas*, etc. ¡Qué pensáis qué regocijo tendría cuando viese tal merced y tan deseada cumplida, y viese en sus brazos el bien del mundo! Comiénzase á hacer niño con el niño que es Cristo (Psalm. CII): "Renovarse ha como la del águila tu juventud." Si en el deseo de este Santo te ocupases, ó con él vinieses con espíritu al templo, la Virgen te daría su Hijo en los brazos como á éste; y pues es tan dadivosa, pidámosle á su Hijo, que dárnoslo ha. En las manos lo tomó, porque no le recibió por palabra, sino por obra.

Aquel recibe la gracia del Señor en sus manos que la pone por obra. ¿Veis cómo se regocija el buen viejo teniendo á Dios en sus manos? Pues ¿cómo puede un sacerdote ofender á Dios teniendo á Dios en sus manos? ¡Oh quien con trompetas dijese aquel (Can., III) *Benedicite Sacerdotes Domini Domino!* ¡Cómo no nos deshacemos de alegría cuando vemos á Dios en nuestras manos! (Cant., V): "Derretídose ha mi ánima después que me habló mi amado" – dijo la Esposa.—¿Cómo nos atrevemos á le ofender, y no decimos como José de su amo (Génesis XXXIX): "¿Cómo podré yo ofender al que todas las cosas de su casa me tiene entregadas?" ¿Con qué ojos le vemos, pues así le ofendemos puesto en nuestras manos? ¿Sabéis de adónde viene no sentir lo que este Santo viejo por no haber con lágri-

mas procurado y demandado esta venida, como éste la pidió? ¡Oh, qué pena debe haber para el mal sacerdote en el infierno! San Basilio dice que á la muerte del buen sacerdote muchos ángeles bajan del cielo por su ánima, y á la muerte del malo muchos demonios vienen por su ánima. Bendijo á Dios, y dice (Luc., II): *Nunc dimitis;* con razón, por cierto, porque quien á Dios recibe, ni tiene más que pedir, ni que desear: *Santifica mihi*, etc. Echad mano á las bolsas; ¿traéis bolsas? Día es hoy de dar y ofrecer á Dios mucho, pues tanto demanda (Exodo, XIII): "Santificame todo primogénito, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas".

Espántome, Señor, cómo á gente tan pobre y tan avarienta como nosotros le pedís tanto; Señor, si yo fuese tan largo como la Virgen, daría todo lo que me pedís; pero pobre y avariento ¿cómo lo podré dar? Pues en esa palabra me demandáis que os dé todas las cosas. Dame tu primogénito, que es tu primer amor. Ponen dos maneras de amor los filósofos (Santo Tomás, 1.ª 2.ae, q. 26, a. 4), uno de concupiscencia, y otro de amistad. El de amistad te pide Dios, pues en Él está bien empleado. ¿Para qué quieres riquezas? Para comer y vestir; ¿y para qué quieres comer y vestir? Di la verdad, que no es sino porque te quieres bien; pues ese amor propio, el cual es causa de todos los otros amores, ése es tu primogénito, el cual Dios te pide. Dame el amor de tu ánima, el cual es causa de todos los otros, y fin y paradero de ellos. Dame acá la fuerza de tu ánima; veamos si me amas de veras; ¿qué hay que no haga un hombre por amarse á sí mismo? Á las Indias va; ni teme mar, ni trabajos, ni muerte. Dame acá tu primer amor. Bien parece, Rey mío, que tenéis ojos de lince, que penetráis lo secreto de mi corazón; bien parece que habéis escudriñado todos los rincones y secreto de mi corazón, pues en sola esa palabra me pedís cuanto tengo, mi vida, mi ánima y mi cuerpo. Dame ese primer amor, porque es mío.

Pues, Señor, si es vuestro no puedo hacer otra cosa; por fuerza os lo tengo de dar. No lo quiero por fuerza ni por temor, sino dame tu amor, y dámelo por amor. ¿Señor, á un hombre tan miserable y tan necesitado pedís tanto? En verdad que habéis de enseñar título de cómo es vuestro si queréis llevar vuestra herencia, si no alzarémonos con ella. Pues sea el primer título. Poned de una parte en una balanza un enojo de Dios,

y de otra parte en otra balanza todos los tormentos que se puedan imaginar, y toda muerte cruel: mirad que tal Señor es Dios, que antes habéis de elegir todos los tormentos y muerte, que no hacer un enojo á Dios; mortal pecado se entiende. Recia ley es esa. Decía Elías á la vieja de Sarepta (III Reg., XVII): "Haz para mí primero de esa harina y aceite una torta, y después para ti y para tu hijo." ¿Habéislo entendido? Que primero habéis de cumplir con Dios que con vuestra honra, que con vuestra hacienda, que con vos mismo; haya para Dios y falte para vos. Palabra recia y dura; no es recia ni dura, sino tú eres recio, duro y flaco para cumplirla. Muéstrame título (Exodo, XIII): *Mea enim sunt omnia;* llevad vuestro niño delante de Dios, y pareceros ha cosa justa llevar el niño á Jerusalén, que quiere decir vista de paz. Dichosa ánima de la cual se dijere con razón lo del Evangelio (Luc., II): *Tulerunt puerum:* Llevaron el niño á Jerusalén. Cuando os pareciere recia ley, llevad vuestro niño, que es vuestro espíritu, á Jerusalén, á la vista de paz, y veréis como es cosa justa; llevad vuestro niño á considerar quién es Dios, á considerar su hermosura, su bondad, y hallaréis que Majestad infinita demanda reverencia infinita; la bondad ininvestigable todo tu amor pide.

Si entendiésedes todos estos títulos, todos veríades que todo se le debe. Mandáis cuando estáis malo matar una gallina: ¿para qué la mandáis matar? Para vivir yo, porque es mía; pues si os parece cosa justa matar vos un animal para vivir vos porque es vuestro, más sois vos de Dios que es el animal vuestro; pues luego aunque muriésedes vos por su contentamiento, con justo título os pedía la vida. Matar vos por vuestro contentamiento vuestro animal aunque no tengáis necesidad de él, no es pecado, porque por ser vuestro os debe la muerte. Siendo vos más de Dios que el animal vuestro, más verdaderamente le debéis la muerte, y padecer cuantos tormentos se os ofrecieren por Él, y amarle sobre todas las cosas. ¿Qué os parece que piensa un corazón de carne cuando oye decir que es menester padecer trabajos por no desagradar á Dios? Pésale de tal mandamiento y ordenación de Dios, y así viene á menospreciar lo que el Señor le manda.

Santifícame todo primogénito. (Exodo, XIII.) Señor, aunque bastaba ese título que habéis mostrado si fuéramos lo que habíamos de ser, pero somos muy avarientos; mirad si tenéis

otro título. Sea el segundo título: porque yo maté al demonio y á sus primogénitos, que son los pecados; porque yo maté tus pecados, por los cuales estuvieras en el infierno para siempre jamás; yo te saqué de allá y te puse en el camino del cielo; ¡si entendieses cuánto debes á Dios por no te haber dado la muerte cuando tenías grandes pecados! ¿Sabes cuánto le debes? Que tantos infiernos merecías, cuantos pecados has hecho, y si considerases qué tanto es no te dar el infierno mereciéndolo, como sacarte de él estando allá; si una vez de allá te hubieran sacado, ¿qué te pareciera recia ley, aunque te mandara los mayores trabajos del mundo?

Mostrad otro título, Señor, si lo tenéis (Matth., XIII): *Qui habet aures audiendi, audiat:* si por matar los primogénitos le debo, y me demanda este amor, ¿por el modo con que los mato qué le deberé? Si por matar los primogénitos tanto le debo, ¿por matar á su primogénito y mayorazgo, adorado de los ángeles, amado como á sí mismo, unigénito suyo, qué no te deberé, Rey mío? ¿Qué ley me parecerá recia? Pues más te debo por el modo con que me redimiste, que por el remedio que me diste (Psalm. CXV): *Quid ego retribuam Domino pro omnibus, quae retribuit mihi?* El me sacó del infierno y mató mis pecados, y para ello mató á su mayorazgo. ¿Qué te daré en recompensa, Dios mío? Mi vida no es nada, porque aunque se ayuntasen todas las vidas de los ángeles y de los hombres, y todas te las diesen, más me diste Tú en darme á mí la tuya, que te daría en dártelas yo todas: pues ¿qué te daré, Señor, pues tan poca cosa es mi vida en recompensa de la tuya? ¡Oh bienaventurada viuda, que por mirar Dios á tu corazón ofreciste más que todos!

¿Qué es que debemos á Dios ayunos, limosnas, injurias? *Praebe mihi cor tuum:* démosle el corazón, que con eso se contenta más que con todo. ¿Decíroslo he? No sé si lo diga: habéisme de perdonar y rogar á Dios que os dé á entender esto, y quite de entre cristianos tan gran oprobio. Dice Dios (Exodo, XIII): *Santifícame todo mayorazgo, así de hombres como de bestias:* daca el mayorazgo de tu bestia, que es la sensualidad: ¿y no hay hombre que se lo quiera dar? Hijo, de tu bestia son los apetitos sensuales y pasiones naturales, pues si dijésedes á un amigo por quien hubiésedes puesto la vida: Matad un perrillo por mí, y no lo hiciese, ¿qué sentiríades? Mal amigo es por cierto el que no mata una bestia por un su amigo.

¡Oh Señor, bendito seas Tú para siempre, que no me demandas en recompensa de la muerte de tu Unigénito sino que mate yo mi bestia, y yo no lo hago! Una bestia tienes, hombre, un apetito de gula, ira, envidia, que aunque sea pecado por parte de la razón, también lo es por parte de la sensualidad. Dice Dios: "En recompensa de que maté yo á mi Hijo por ti, mata tú esa bestia, que la he mucho menester. No te pido—dice Dios—bestia provechosa, sino perjudicial y dañosa para ti; una bestia que te ha de acocear, morder y matar; mata esa bestia, que son los regalos de la carne, porque si no los matares morirás; un pasatiempo malo en vuestra carne, un deleite de la sensualidad, porque si no matarte ha á ti." San Pablo (Rom., VIII): *Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis*: "Si viviéredes conforme á los apetitos de la carne, moriréis; pero si con el espíritu mortificáredes los apetitos de la carne, viviréis." Si tu bestia vive, muerto estás, á Dios has perdido, y los demonios poseen tu ánima; ¿quién no matará su bestia, pues Dios por nosotros entregó á la muerte su Mayorazgo? ¡Oh Señor, soy muy piadoso, no puedo matar nada, no tengo corazón para ello! No dice Dios que lo mates tú, sino que lo des al sacerdote que lo mate y derrame la sangre con el cuchillo. Por tanto, si hay aquí alguno que tenga bestia, démela, y matársela he: si hay alguno que tenga bestia de carne, darla acá, y matársela he con el cuchillo de la palabra de Dios.

Qui in carne vivunt, Deo placere non possunt (Rom., VIII), dice San Pablo. Que los que según la carne viven, no pueden agradar á Dios. ¿Para qué queréis vivir si no habéis de agradar á Dios, pues más vale agradar á Dios con muerte y trabajos, que vivir con cuantos bienes hay en su desgracia? Traéis bestia de malquerencia, mostrarla acá y matarla he (Matth., VI). *Si non dimiseritis hominibus peccata sua, nec Pater vester dimittet delicta vestra.* Si no perdonáredes las injurias, ni vuestro Padre perdonará vuestros pecados; y en otra parte dice: Perdonad, y perdonaros han. Si alguno trae lo ajeno, San Agustín dice: *que no se perdona el pecado si no se restituye lo tomado.* Padre, si con todo eso soy tan codicioso que no quiero dar mi bestia á Dios, ¿qué le daré? ¿Qué remedio tengo si no quiero dar mi mayorazgo? Porque no sé lo que querrá hacer Dios de mí, no sé si me ha de mandar perder hacienda,

honra y vida. Pues mira cómo os engañáis, que el perder por Dios, ganar es (Joann., XII): *Qui amat animam suam perdet eam:* "El que ama su ánima perderla ha„, y el que perdiere su ánima por mí, hallarla ha en la bienaventuranza: que el perder por Dios ganar es, y el no perder por Dios perder es.

¿De eso os espantáis? Sé que juego hay que se llama el ganapierde; todo cuanto guardas para ti, lo pierdes, y cuanto pierdes por Jesucristo, lo tienes guardado; que la piedra preciosa en el arca, aunque no la veáis, más guardada está que en la mano. San Pablo (Cor., III): *Omnia vestra sunt, sive Apollo, sive Cephas, sive Paulus, sive praesentia, sive futura, vos autem Christi, Christus autem Dei:* "Todas las cosas son vuestras sirviendo á Dios, ora sea Pablo, ora sea Cefas, todo lo presente y por venir, y Jesucristo es vuestro, con que seáis vosotros de Jesucristo; si sois de Jesucristo, todo es vuestro; si no, no tenéis nada.„ ¿Qué podéis perder? Vida. San Bernardo dice que la vida sin Jesucristo, infierno es; ¿qué podéis decir, que es vuestra honra? ¿Cómo llamaré mío lo que me echa al infierno?

Hermano, si os dais vosotros á Dios, todo es vuestro; si no tenéis nada, démosle luego honra, hacienda, dineros, vida, que el dársela es no para perderla, sino para que nos la guarde. San Pablo dice (Tim., I): *Credidi et certus sum, quia potens est depositum meum servare usque ad illum diem:* "Bien sé de quién me confío, que cierto estoy que me tiene guardado todo cuanto le he dado para aquel día„; cuanto le diéredes lo tendréis guardado, y cuanto no le diéredes perderéis. ¿Cómo no os consuelan los trabajos y necesidades, aunque tuviésedes vida de galera, pues la tenéis guardada para aquel día?

¿Cómo no hacéis buen rostro á las injurias é infamias, pues tal cosa os tiene aparejada? ¿Qué hará uno que no se atreve á dar su mayorazgo á Dios, y no osa decir á Dios: Señor, no quiero vivir á mi contento, sino al vuestro? Andad acá con la Virgen María al templo. Señora, ¿adónde vais? Al templo. ¿A qué? A presentar á Dios su Mayorazgo y mío, el cual Él me dió: ¡quién viera aquel relicario de Dios, y con cuánta humildad lo ofrece! (Luc., I): *Quia fecit mihi magna, qui potens est.* Señor, este niño os ofrezco, vuestro es, pues de Vos es eternalmente engendrado; y mío, porque por Vos, para remedio de los pecadores, me fué dado: á Vos sea la gloria, vuestro es, yo os

lo ofrezco. La mejor ofrenda que nunca se ha ofrecido, y más agradable á los ojos del Padre, fué la que la Virgen ofreció hoy; y si miró Dios á Abel y á sus dones, ¿cómo no mirará mejor á la Virgen y á su cordero é Hijo que ofrecía? Padre, yo os ofrezco á vuestro Hijo. Padres sacerdotes, aprended de la Virgen cómo habéis de ofrecer al Padre, su Hijo para vuestro servicio, para que os agrade y para el provecho de los pobres, para que los predique y enseñe, para que trabaje por ellos y muera por ellos. ¡Oh, qué ejemplo para las madres que tenéis hijos! Ofreced vuestros hijos al templo: el que más amaba que á sus entrañas, al Padre le ofrece para su honra del Padre; y así le ensalzó sobre los coros de los ángeles á la Virgen, pues le ofreció la mejor ofrenda. Y pues, Señora, ¿de nosotros no os acordáis? Sí por cierto. ¡Oh, cuánto debemos á la Virgen! ¡Cuánto te costaría decir: Ofrézcoos, Padre, este niño para que padezca por los hombres: sea azotado, escupido, muerto por ellos, para que con su muerte ellos vivan en la eternidad vuestra para siempre jamás!

TRATADO OCTAVO

De la festividad de la Soledad de la Santísima Virgen María Nuestra Señora.

Flere cum flentibus, gaudere cum gaudentibus.

"Llorar con los que lloran, y alegrarse con los que se alegran."

(Rom., XII).

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

Dice el Apóstol San Pablo (Rom., XII): La ley de amor pide esto: *Quiere que lloremos con los que lloran, y que nos gocemos con los que se gozan.* Cosa usada entre los que aman, ser común á ellos la alegría y la tristeza; de tal manera, que si vos amáis á alguno mucho y le sucede alguna cosa de que se debe alegrar, vos también os alegráis como si á vos mismo os sucediera; y por el contrario, os entristecéis si alguna cosa adversa le viene. El presente día es dispuesto para acompañar á la sacratísima Virgen María Nuestra Señora en sus dolores y trabajos: la devoción de este día es atribuída á Ella, y no le costó poco. Por cierto digno de reprensión sería el hijo que viendo á su madre muy atribulada, llorando afligida, no se entristeciese con ella y le ayudase á llorar sus trabajos, cuanto más si hubiese sido causa de lo que la madre padece. Nosotros somos causa de la Pasión de Jesucristo y de las angustias de su Madre. Duélente, Señor, no tus pecados, sino los míos; afligístete, cansástete, no por lo que Tú hiciste, sino por lo que nosotros cometimos, porque Jesucristo

no tenía pecado, ni por qué padecer de su parte, no debía nada de sí.

Si tuviese una madre un hijo que se lo hubiesen muerto por amor de mí, y viese que yo me estaba riendo, y que no le ayudaba á llorar á su hijo, ¿qué tanto le pesaría? No sé qué mala ventura es ésta: ya no hay tiempo de Pasión, no se celebran tanto estos días como solían. En otro tiempo había sentimiento de la Pasión de Jesucristo: en la primitiva Iglesia duraba la Misa y el Oficio hasta la mañana que Jesucristo resucitó; ya no hay nada de esto, sino en pasando el viernes, ¡alto! ya es Pascua; ¡sus! á entender en lo que habemos de comer, en lo que habemos de vestir. Qué gentil celebrar de Pasión por cierto, y así se había de hacer ello. No os dura la devoción de estos santísimos días un momento: gastad ahora, por reverencia de Dios, este día en acompañar á la viuda y sola, y cada uno en su rinconcillo ayudarle á llorar y á estar allí con Ella; pues sois la causa de sus dolores, celebrad la Pasión de Jesucristo, si queréis sentir los gozos de su Resurrección. Todo cristiano debe gastar este día en acompañar á la Virgen, que fué hoy lastimada en gran manera.

Cui comparabo te? (Thren., II). ¿A quién te compararé y asemejaré, hija de Jerusalén? ¿A quién te igualaré, Virgen hija de Sión? Grande es así como el mar tu quebrantamiento: ¿quién te pondrá medicina? Cántalo el Profeta Jeremías muchos tiempos antes, viendo los males que estaban esperando á la ciudad de Jerusalén; y esto mismo podemos decir ahora nosotros viendo á la Santísima Virgen María tan afligida y penada, y llena de tan grandes angustias: que de Ella también se dijo en figura: ¿A quién te compararé, etc.? Andaba la espada de la justicia de Dios en tiempo del Rey David haciendo gran destrozo en la gente de su ejército, sin tener culpa del castigo que Dios les enviaba, sino porque David se había parado á contar el pueblo: castigaba Dios á ellos, no por lo que habían hecho, ó por mejor decir, á él en ellos. No pudiendo el Profeta sufrir y ver padecer aquella gente sin culpa por lo que él había pecado, púsose en disputa con Dios y díjole: *Ego sum qui peccavi, isti qui oves sunt, quid fecerunt? Vertatur manus tua contra me,* etc. "Yo soy el que pequé, yo soy, Señor, el que te tengo ofendido, yo soy el que merezco el castigo, que éstos ¿qué culpa tienen? Ovejas son sin culpa, no tienen hecho

por qué padezcan tanto mal; vuélvase, Señor, tu mano airada contra mí, ejecuta Señor, en mí la furia de tu castigo, alza la mano de tu ira de sobre ellos.„

¡Cosa recia es, por cierto, que ande la espada de Dios hiriendo á Jesucristo y á la sacratísima Virgen su Madre, y que nos pongamos nosotros delante! Señor, ¿qué es esto? ¿Qué os han hecho esta oveja y su cordero? ¿Los inocentísimos, los limpios, los sin pecado, los justos, qué culpa tienen? Estas ovejas inocentísimas son, que no hicieron por qué; nosotros somos los traidores que os ofendimos, nosotros los que pecamos, vuélvase vuestra ira contra nosotros; cosa grave por cierto. Van á prender á Jesucristo el jueves de la cena en la noche, y lo primero que dice, olvidado de sí (Joann., XVIII): *No toquéis á estos mis hermanos:* mandáis que no toquen á los siervos: ¿qué justicia es ésta, Señor? Prenden al inocente, y mandáis que dejen á los culpados; atan al Mayorazgo de Dios, y dejan ir libres á los esclavos; llevan á Jesucristo preso, y dejan al malhechor en casa.

¡Oh, bendita sea, Señor, tu misericordia! Que no se ponga el cristiano en medio y diga: ¿Señor, qué es esto? ¿Qué justicia es ésta? Vuélvase vuestra espada contra mí, ejecutad en mí la ira de vuestra justicia, que yo soy el que merezco el castigo: ¿qué es esto, Señor, por qué así matáis á vuestro Mayorazgo y así atormentáis á vuestra sierva María? La respuesta de Jesucristo clara está, la de la Virgen María Nuestra Señora no está tan clara (Isa., LIII): *Disciplina pacis nostrae super eum cujus livore sanati sumus.* Cayó sobre Él el castigo, por el cual fué adquirida la paz entre Dios y nosotros: no estaba en más ser reconciliados nosotros con Dios, sino en que Jesucristo muriese: cayó sobre Él la ira del castigo, porque nosotros fuésemos remediados. No sabe pregonar ese pregonero: si le preguntáis á Pilato deciros ha (Joann., XIX): *Ego nullam invenio in eo causam.*

Por eso murió, porque fué su voluntad de salvar á los hombres; de esta manera no hubo causa, no hubo quien lo constriñese á hacer lo que hizo, sino sólo el amor que nos tuvo: si pregona el pregonero: Esta es la justicia que manda hacer Poncio Pilato á Jesús de Nazareth, porque dice ser Hijo de Dios, y por alborotador y malhechor, no sabe lo que dice, que no tenía Pilato poder ninguno sobre Él, que de arriba viene (Joan-

nis, XIX): *Non haberes potestatem adversum me ullam*, dijo Jesucristo al mismo Pilato: ¿pues por qué muere? (Isa., LIII.) *Propter scelera populi mei percussi eum.* Eso sí, por los pecados de mi pueblo, porque me ofendieron los hombres, por eso lo castigo yo, dice el Padre Eterno; porque ellos no se perdiesen para siempre en el infierno; pues la culpa es de los hombres que han pecado, ellos son la causa de la muerte de Jesucristo: ¿luego qué justicia es ésta, Señor, que castigáis al justo por los pecadores? ¿Que muera el inocente por los culpados?

Señor, parece que hay escrúpulo en vuestra justicia, pues castigáis al que no tiene culpa, y dejáis ir libres á los que hicieron el mal; si lo quiso Él, ¿qué haremos? Si quiso morir por nosotros, ¿qué diremos? Luego así había de decir el pregón: Esta es la justicia que manda hacer el Padre Eterno á Jesucristo su Hijo, porque amó á los hombres. Quien á tantos y tales ama, que tal haya. ¿Por qué moristeis, Señor? Por el amor que te tuve. ¿Quién te cansó, Señor, tanto? ¿Quién te afligió? ¿Quién te hizo haber hambre y sed? ¿Quién te hizo sudar? ¿Quién te paró tal hasta morir desnudo en una cruz? El amor y caridad que tuve á los hombres. ¿Por qué, Señor, afligiste tanto á la Madre y al Hijo? ¿Qué culpa tienen? Ovejas son inocentísimas; el amor que tuvo á los hombres Jesucristo, eso es. ¿Pero qué tiene que ver con eso la Virgen María Nuestra Señora? ¿Por qué tan afligida? ¿Por qué la atribuló tanto el Padre Eterno el día de hoy?

¿No está escrito (Deut., XXII): *Si encontráredes en el campo algún nido de pájaro, y estuviere en él su madre, tomad los pájaros y no lleguéis á la madre?* ¿No manda Dios en el Exodo, no cuezas el cabrito en la leche de su madre? (Deut., XIV): *Ne coxeris haedum in lacte matris suae?* Señor, ¿tenéis cuidado de las aves? ¿Tenéis cuidado de los animales? (1 Cor., IX): *Nunquid de bobus cura est Deo?* ¿Qué es esto, Señor? ¿No bastaba matar al Hijo y ponerlo en una cruz, sin matar también á la Madre? ¿Por qué se cuece Jesucristo en lágrimas de su Madre? Si lo queréis asado, asado está en el fuego de tantos tormentos; asado lo tiene el fuego de amor, que en su benditísimo corazón ardía mientras que estaba padeciendo en la cruz; y si lo queréis cocido, cocido está en las lágrimas que de los ojos de su sacratísima Madre salían viendo lo que estaba padeciendo.

¡Oh, bendita sea vuestra misericordia, Señor!: y ¿qué os ha

hecho esta bienaventurada Virgen? ¿Qué os hizo la que todos los días de su vida os sirvió? ¿Qué os hizo la que mientras en esta vida estaba, en otra cosa no entendió sino en agradaros, y en esto gastó su tiempo? ¿Qué os hizo la que tan desvelada andaba todas las noches y los días por contentaros? ¿Qué hizo su virginal y limpio corazón, en el cual aun pensamiento el más pequeño del mundo nunca jamás hubo de que Vos, Señor, os ofendiésedes, que así la habéis hoy lastimado, que así la habéis hoy entristecido? ¿Qué os hizo, Señor, esta Santísima Virgen limpísima en quien nunca hubo pecado? ¿Por qué la habéis tanto afligido el día de hoy, Señor? (Prov., XXXI): *Multae filiae congregaverunt sibi divitias, sed tu supergressa es universas.* Muchas hijas allegaron riquezas; pero tú, Señora, á todas has sobrepujado. Quiere decir: muchas santas, muchas mártires castas, muchas vírgenes, muchas han amado á Jesucristo en gran manera, tanto, que dejaban riquezas y honras, y ser esposas de Reyes, y todo lo que el mundo florece, y tras lo que los hombres andan perdidos por haberlo; pero á todo lleváis Vos, Señora, la ventaja.

Vos, más Santa que todas las santas, más amasteis á Jesucristo Vos sola, que todas cuantas dejaron el mundo y su atruendo por seguir á Él; y por amarle nadie se iguala con Vos. Muchas hijas allegaron riquezas; pero Vos, Señora muchas más que todas. Dos cosas pelean hoy, Señora: veamos cuál va delante: vuestra santidad, vuestros dolores, vuestra privanza, vuestras angustias; Vos la más santa que todas, y la más lastimada, la más querida, la más angustiada, la más alta y la más abajada. Dos cosas andan hoy á porfía: ¿cuál, Señora, de las dos que hemos dicho va adelante? Señor, y cuán caro vendéis á esta Santísima Virgen vuestra privanza: si mucho la amasteis y quisisteis, mucho la afligisteis; si muy santa la hicisteis, mucho la angustiasteis; á la medida del amor que le tuvisteis, fué el dolor que ha pasado.

¿A quién te compararé? ¿A quién te igualaré? ¿Con quién te asemejaré y consolaré, Virgen tan lastimada? Grande es así como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina? (Tren., II;) ¡Oh, bendito seas Tú, Señor, que así desconsolaste hoy á esta bendita Virgen! No hay en la tierra ya quien la consuele; no hay quien enjugue sus lágrimas; no hay quien dé fin á sus lamentaciones; no hay quien acompañe su soledad,

quien ahora mitigue tu dolor; no hay ya consuelo para ti. Estaba la madre de Tobías el mozo esperando, cuando su padre lo había envíado á la ciudad de Rages, y como se tardaba tanto no podía reposar, pensando qué sería de él, si era muerto ó vivo, si le acaecería algo. Y dice la Santa Escritura, que no pudiendo sufrir la soledad de su ausencia, se salía á los caminos (Tob., X): *Et plorabat lachrymis irremediabilibus*, y decía: "Ay de mí, hijo mío, ¿y por qué te enviamos á peregrinar por esos caminos? Lumbre de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra postrimería, ¿á qué te enviamos de nosotros? Si pobreza teníamos, con estar tú presente no se sentía; si trabajos padecíamos, teniéndote á ti no se nos hacía nada. *Omnia simul in te uno habentes.* En ti sólo teníamos todas las cosas.

¡Oh! Virgen bendita y quién te preguntase: ¿En quién estaba tu consuelo? ¿En quién esperabas? ¿Qué era lo que más amabas? ¿Por ventura no era Jesucristo? Él uno y sólo era tu consuelo y esposo, tu Hijo, tu alegría y tu remedio: Él sólo te era todas las cosas; con sólo Él estabas, Señora, contenta, y ninguna cosa echabas menos; teniéndolo á Él, y con Él, ninguna cosa te faltaba; faltándote Él, todo tu bien has perdido; no lo trocaras por cielos y tierra. Ella es la que más perdió, la más entristecida, la más desconsolada, la más afligida de cuantas hubo ni habrá. Cuando lo viese que ya quería expirar, cuando viese obscurecerse aquellos lucientes ojos, cuando viese levantarse el sagrado pecho tan apriesa con las ansias de la muerte, ¿la Madre que tal vió qué haría? No hay corazón que sepa sentirlo; no hay lengua que sepa explicarlo. No te quedó consuelo ni arrimo en la tierra, muerto tu Santísimo Hijo, porque en Él tenías todas las cosas.

¿A quién te compararé? Mandó Dios á Abraham que subiese al monte y sacrificase á su hijo Isaac; pero después contentóse Dios con sola su obediencia de corazón, y dióle un carnero que sacrificase (Génes., XXII). Al monte subió con su hijo Isaac, y del monte bajo con él; mas la Virgen Nuestra Señora no es así. Al monte Calvario subió con su Hijo; mas á la vuelta no lo trajo consigo, que allá lo dejó. ¿A quién te compararé, hija de Sión? Compararte he quizá con la madre de los Macabeos, que le mataron delante de sus ojos siete hijos en un día, y guardáronla viva hasta el cabo porque sintiese mayor dolor de ver la muer-

te de sus hijos. No, que si morían tenía la madre licencia de consolarlos y esforzarlos. Consentíanle que estuviese allí animándolos y ayudándolos á bien morir; pero la Virgen Nuestra Señora aun no le daban lugar, ni le dejaban ver de cerca á su Hijo Jesucristo, porque eran tantas las blasfemias, las malas palabras, las voces de aquella desconocida gente, que no le daban lugar de consolarle. Allá alaban á los Macabeos porque morían por la Ley de Dios, por la cual se consolaba la madre: acá dicen que Jesucristo muere por blasfemo contra la Ley y Mandamientos de Dios. En gran manera fué hoy afligida, no hay para Ella consuelo en la tierra, no hay remedio para alegrarla, no hay quien le iguale en el dolor, como no hay quien le llegue en la santidad.

Grande es así como el mar tu quebrantamiento. ¿No bastaría decir como fuente, sino como mar? Porque tienen compañía mar y María. ¿Qué es esto, Señor? ¿Hacéis ahora mundo de nuevo? Mirad, hoy lo veréis. Como cuando al principio del mundo crió la luz, así le veréis hacer fuego de nuevo: y como allá manda llegar todas las aguas á un lugar, y llamólas mar, así acá manda que se lleguen todas las virtudes que están repartidas por muchos en un lugar: toda la santidad, toda la castidad, toda la fe, y la esperanza y caridad, júntense en esta Virgen muy más perfectamente que en otra persona alguna; y júntense también todos los dolores, las angustias, las tristezas y lágrimas el día de hoy en esta Virgen, y llámase María (Ruth, VI): *Ne vocetis me Noemi (id est pulchram) sed vocate me mara (id est amara) quia amaritudine valde replevit me omnipotens:* "No me llaméis ya Neomi, dice la Virgen, que quiere decir hermosa; no me conviene ya ese nombre, no es para mí ese nombre; mas llamadme María, que quiere decir amarga, porque en gran manera me ha amargado el Omnipotente, porque entré llena y salgo vacía": así salió la Virgen Nuestra Señora, como adelante oiréis.

Grande es como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina? (Thrent., II.) ¿Qué hizo esta Virgen, Señor? ¿Por qué la habéis amargado el día de hoy? ¿Y qué culpa tiene y qué mereció? ¿Por qué así la afligisteis? ¿Qué hizo esta oveja inocente, Señor? Por donde se perdió el mundo, por ahí se ha de tornar á cobrar; hombre y mujer lo perdieron, hombre y mujer lo han de tornar á cobrar. Negra manzana y negros de-

leites, ¡qué caros habéis costado al Hijo, y por eso á la Madre! Adán y Eva perdieron el mundo: Cristo y María lo han cobrado. ¿Qué hizo esta oveja bendita? ¿Por qué, Señor, la habéis angustiado? Decid: si la Virgen María no pasara esto, ¿qué consuelo quedaba á las vírgenes en sus trabajos, y á las viudas? Ahora todos tienen consuelo, porque si á la doncella le viniere algún trabajo, tenga dechado de paciencia en la Santísima Virgen, y diga: Pues más trabajada fué mi Señora la Virgen María. Si casada perdiere algún hijo que mucho quería, mirando á la Virgen se consuele, y con pensar sus dolores, y con pensar que lastimada fué, este día se consuele y esfuerce, y diga: Pues si perdí hijo, mejor lo perdió mi Señora la Virgen María, mayor fué su angustia y dolor que el mío, cuanto era mayor su Hijo que el mío; pues luego por amor de ti atribula el Eterno Padre hoy á la Virgen para que tú saques consuelo y provecho. Por tu amor atormenta hoy á la Madre y al Hijo: sábelo, por amor suyo, conocer y agradecer; sábete aprovechar; no hayan ahora padecido Madre é Hijo tormentos tan grandes en balde; en balde sería si no hubiese quien se aprovechase del fruto de ellos.

Hablar ahora de la muerte de Jesucristo sería cosa muy larga, y es tarde, y tenemos poco tiempo; este día es diputado para contemplar los dolores de la Virgen. Tenga vuestro corazón sentimiento todos los días de vuestra vida el jueves en la noche y viernes hasta la tarde, de la Pasión de Jesucristo, y desde el viernes en la tarde hasta el sábado, de los Dolores de la Virgen María Nuestra Señora. No se os olvide en viniendo el sábado de tener memoria particularísima, sin que falte día, de los dolores que la Virgen María pasó. ¿Quién medicinará tus angustias? ¿Quién pondrá tasa y medida á tus dolores? ¿Quién bastará á contar tus penas? ¿Quién contará de lo que tal día como hoy padeciste? Cuan grande es el amor, tan grande es tu dolor; cuan grande es el amor que ardía en tu corazón, tan grande es la angustia. Si supiésedes conocer cuán grande es el amor que esta sacratísima Virgen tenía á su Santísimo Hijo, sabríades conocer el dolor que hoy ha pasado por Ella; pero como no se puede conocer el amor, así tampoco se entiende el dolor que recibió.

¿No habéis visto en las criaturas irracionales el amor que una madre tiene á un hijo? Como una vaca á un becerrillo, que

se dejará matar por él, allegádselo á quitar; aun se ha visto una gallina morir por sus pollitos, porque ellos no recibiesen daño. Pues pensad ahora en la Virgen que amaría á Jesucristo como á Hijo, y amábalo como á Dios; aquella reverencia con que lo trataba, aquella reverencia con que estaba delante de Él, creo que no osaba alzar los ojos del suelo. Pues ¡con qué amor le trataba cuando niño, cuando le daba sus virginales pechos! Para mí tengo que mientras el niño dormía, que estaba hincada de rodillas adorándolo y pidiéndole gracia para saberlo tratar. En las madres de acá hay remisión en el amor que á sus hijos tienen por mucho que los amen: aquí no hay tasa, sino que la Virgen amaba á Jesucristo cuanto el Espíritu Santo le soplaba; y esto era mucho, y así no es decible ni se puede tasar: no hay palabras para poder encarecerlo.

¡Oh, bendito seáis Vos, Señor, que fuisteis servido que el amor grande de esta Virgen fuese sayón que la atormentase tanto, que dice San Jerónimo que cada herida que daban á Jesucristo en el cuerpo era una lanzada que atravesaba el corazón de la Virgen; cada bofetada, cada azote, cada llaguita que hacían á Jesucristo, tantas puñaladas eran para el corazón de esta Virgen! ¡Oh, bendita sea, Señor, tu misericordia, que tantas saetas tuviste hoy para herir y traspasar el corazón de esta Virgen! Pues si el cuerpo de Jesucristo estaba con cinco mil azotes repartidos en un cuerpo como el suyo, su sacratísima cabeza atravesada por tantas partes de las espinas, todo corriendo sangre, sus sacratísimas barbas peladas, sus pies y manos horadados con clavos tan crueles, escupido, abofeteado, aquel delicado cuerpo descoyuntado y sus tiernos miembros desencajados, ¿qué tal os parece que estaría el corazón de la Virgen que esto tenía delante los ojos? ¡Oh virginal corazón! Pintáisla con siete cuchillos, con setecientos la habiádes de pintar: no tienen cuenta la gotas de las mar ni sus arenas, no tienen cuenta las estrellas del cielo con los dolores de la Virgen María.

¿Á quién te compararé, ¡oh Virgen Santísima!, cual estaba tu corazón? ¿Qué sentiste en este día, bebiendo agua de dolor, entrando en las aguas de los tormentos hasta lo interior de tu corazón? Subido han las ondas tempestuosas de las aguas hasta zabullir tu corazón: menester fué ayuda particular para sufrir y pasar lo que hoy por ti pasa. ¡Oh, gran lástima, Madre, que al

que adoraba por Dios, oyese decir tantas injurias, tantas blasfemias!

¡Oh lastimado corazón, que tal pregón oiste pregonar al Hijo de Dios y tuyo como á malhechor, y decirle tantas injurias! ¡Qué de dolores entraron por tus oídos! ¡Qué de dolores por los ojos! Pensad en esto, y pedid gracia, y pidámosla todos para entenderlo y sentirlo. Alzó los ojos la primera madre Eva para ver el árbol de que Dios le había mandado que no comiese. Alzó los ojos la Virgen á Jesucristo en la cruz. Más lastimó á la Virgen ver cual estaba Jesucristo, que agradó y deleitó ver á la primera mujer el árbol que le estaba vedado que comiese. ¿Para qué son ojos hoy, Señora? Deseaba la Virgen benditísima ver á Jesucristo; alzaba los ojos á mirarlo, era tanto el dolor que recibía de ver lo que tanto padecía, que cuan presto alzaba los ojos tan presto los bajaba: no pudiéndolo sufrir decía al Eterno Padre: "Señor, no te pido vida para mi Hijo; ya veo, Señor, que está ya muy cerca de su muerte; recibe, Señor, su muerte en recompensa de los pecados de los hombres; cese ya tu justicia; no castigues á tus esclavos, pues así has castigado á tu Mayorazgo porque ellos no se perdieran. Con alegría, Señor, lo recibí, y con gran dolor te lo torno. Grande fué el gozo que mi ánima recibió el día que el ángel me trajo la nueva que le había de parir; pero grandísimo dolor sentí en mi corazón de verle partirse de mí con tanto trabajo."

¿A quién te compararé? Cuando llegó la hora en que expiró, ¿qué sintió tu corazón de verle agonizar con la muerte aquellas ansias mortales? Muereel Hijo, ¡cuál quedaría su Santísima Madre! Expira Jesucristo en la cruz, queda lastimadísima la Madre en la tierra.

Veis las balanzas, en bajándose la una se alza la otra; el Hijo alto, la Madre baja; muere el uno en la cruz, y queda lastimado y herido el corazón del otro al pie de ella. ¿Qué sentiría la compañía? ¿Qué es lo que San Juan haría? ¡Qué de lástimas harían las Marías de ver tan excesivo dolor, de ver padecer á Jesucristo! Aflígense en gran manera de ver medio muerta á la Madre. La Virgen sacratísima comienza á decir tantas lástimas, que quebraba el corazón á cuantos la oían. ¡Oh Señor, Tú muerto en la cruz, y yo viva en la tierra! ¿Es posible que tan duro es este corazón que ha podido verte morir sin llevarme juntamente contigo? Gran desamor mío es éste; mucho más

pensé, Señor, que te amaba. ¿Por qué quieres que crea de mí, viéndome viva, estando Tú muerto? ¿No tuvieras por bien llevarme contigo? ¿Qué haría la pobrecita compañía en ver á la Virgen hacer tales lástimas? Pues responderle han al mismo tono: el dolor de sus corazones menearía sus lenguas para mostrar el dolor por las palabras que sus ánimas tenían allá dentro. Quedáronse allí María Magdalena, y San Juan y las Marías con la Virgen. Era ya tarde, hora de Vísperas, ya la gente se había ído y no sabían qué hacerse; ellos eran flacos, la cruz estaba muy alta, los clavos muy gruesos, no tenían herramienta para sacarlos, para poder bajar el cuerpo.

Estando en esto ven venir á la gente de la justicia de Pilato, que venían á quebrar las piernas á los crucificados, porque era así costumbre para acabarlos de matar; piensa qué sentirían. Pues cómo, ¿no basta cual lo habéis tratado? ¿No bastan los tormentos pasados sin de nuevo quebrar el corazón de la Madre? Con qué ruegos les rogarían á todos aquellos ministros de la justicia. Diría la Virgen: no le quebréis á mi Hijo las piernas, por amor de Dios. Si lo hacéis por atormentarle más, ya no sentirá nada; si por acabarlo ya de matar, ya está muerto; si no os doléis de Él, habed compasión de mí; quebraréis las piernas del muerto que ya no siente, quebrantaréis mi corazón, que aún está vivo, aunque traspasado para sentir tanto dolor. ¿Ellos qué harían? ¿Qué se ha de pensar de gente tan cruel? En lugar de condescender á las peticiones de esta bienaventurada Virgen, diríanle: Quita allá; oirla han y desviarla han con desprecio. Pero tanto les rogó, tanto les importunó, que puso Dios en sus corazones que no le quebrasen las piernas. ¿A quién te compararé? Entonces uno de aquellos, á quien llamaban Longinos (no fué ciego, que dicen por ahí no sé qué conseja: es burla), tomó una lanza, y dió una lanzada por encima de su Madre á Jesucristo en el lado derecho, y luego comenzó á salir sangre y agua. Ya está cumplido lo de acullá; que de una costilla del lado de Adán hizo Dios á Eva.

Del costado de Jesucristo sacan la Iglesia. ¿No veis el rescate de nuestra redención? ¿No veis ahí la sangre con que fueron lavados nuestros pecados, y la sangre con que se satisfizo á la justicia de Dios? Veis ahí el cielo abierto, que hasta aquella hora había estado cerrado por el pecado de Adán, y han abierto la ventana del arca de Noé, por la cual todos los que

entraron fueron salvos. Ya el querubín que estaba á la puerta del paraíso terrenal es ido; la espada que allí estaba ya la han quitado; el fuego que allí ardía ya es apagado; ya han dado fin á los trabajos de Jesucristo; ya acabó la obra, á la cual fué enviado del Padre, que era redimir á los hombres, y á quitarlos de la servidumbre del pecado; mas los trabajos de la Virgen aun ahora comienzan. ¿Qué os parece que sentiría de ver romper así tan cruelmente aquella carne virginal salida de sus entrañas? Hacen todos planto de nuevo viendo partir el corazón de Jesucristo en aquel cuerpo tan atormentado y lastimado.

Estando así todos, ven venir á José, el cual era discípulo de Jesucristo, pero hasta allí había estado encubierto por miedo de los judíos, y había ido á Pilato, y pedídole el cuerpo de Jesucristo, porque no le podían quitar de la cruz sin su licencia. Hizo su cuenta: ¿Qué me pueden hacer, matarme? ¿Quitarme la vida y la hacienda? Todo es poco, ya no es tiempo de disimular más; ahora en las adversidades es menester mostrarse los hombres ser del bando de aquellos á quien aman. Vase á Pilato, pide el cuerpo de Jesucristo; respondió Pilato: ¿Ya es muerto? Espantóse de que tan presto fuese muerto. ¿Es muerto, preguntáis? Bien parece que no sabéis cuán delicado era; bastaba el menor dolor de cuantos padeció á quitarle la vida, si la divinidad no lo sustentara.

¿No sabes tú lo que padeció en la columna cuando á puros azotes le desollaron aquel tierno y bienaventurado cuerpo? Bien parece que no sabes tú lo que padeció llevando la cruz sobre sus delicados hombros, y después cuando lo pusieron en ella, que no te maravillaras de cuán presto era muerto. En fin, concedióle Pilato lo que pedía, y dióle licencia que lo quitase de la cruz para enterrarle. Fué el buen hombre y compró una sábana de un lienzo muy bueno; compró mirra, compró acíbar para ungir el cuerpo como entonces lo tenían de costumbre; trajo un par de escaleras, y finalmente, todo lo demás que era menester para enterrar al Señor. Vino con él un buen hombre, fariseo, amigo de Jesucristo, al cual llamaban Nicodemus; toman algunos buenos hombres que les ayudasen, y viénense al lugar donde estaba la Virgen acompañando á su Hijo bendito. Esto era viernes en la tarde poco más de las cuatro, porque Jesucristo estuvo tres horas vivo en la cruz.

Pues como vieron venir así aquella gente temióse la Virgen

no fuese otra cosa; díjole San Juan: "No temáis, Señora: á esta gente yo la conozco, no viene á hacer mal, antes son amigos de Jesucristo vuestro Hijo, y deben de venir á consolaros y ver si habéis menester algo." Llegando los buenos hombres, con muy buena crianza y con mucha vergüenza dícenle: "Señora, si hasta ahora no os habemos servido y acompañado en este vuestro trabajo tan grande, perdonadnos, hémoslo hecho como pusilánimes en no haber arriesgado las vidas y las haciendas por confesar á vuestro Hijo; harto arrepentidos estamos de ello, de aquí adelante nos enmendaremos. Ved, Señora, al presente qué mandáis hagamos; nosotros venimos á dar sepultura á vuestro Hijo y maestro nuestro, y para ello traemos aquí todas las cosas necesarias; por eso, dadnos, Señora, licencia."

Agradecióles la Virgen su buen comedimiento, y á Dios porque así había proveído quien le ayudase á enterrar su Hijo unigénito. Alleguémonos todos ahora á ver cómo pasa esto. No es razón que el cristiano se halle ausente al entierro de Jesucristo; quienquiera se llega á la cama de uno que se quiere morir; cuanto más que nosotros somos los que ganamos, y sacaremos grande provecho si con devoción y atención miramos lo que allí se hizo. Ahora mirad cómo pasó. Era la cruz muy grande, de quince pies en largo; ¿habéislos medido ya en vuestra cámara? Bendito seáis Vos, Señor, que tan delicados hombros llevaron tal peso. Estaba la cruz puesta en una peña, hecho un agujero de dos ó tres palmos de hondo; ponen la una escalera delante, y la otra por la otra parte; suben unos á desclavar los brazos, otros á sustentar el cuerpo; los clavos eran muy gruesos, y quitábanlos con mucho trabajo por no acabar de rasgar las manos.

Leído he en un autor que le arrodearon una soga por los pechos y por debajo de los brazos cuando le crucificaron para que se sustentase el cuerpo, porque si no se rasgaran las manos si en solas ellas estuviera el cuerpo sustentado. Los golpes que sonaban daban en el corazón de la Virgen, y representábansele á los que le daban cuando lo crucificaban. Al fin, desclavados los brazos, abrazóse Nicodemus con el cuerpo ensangrentado; quitan poco á poco el clavo de los pies, el cual era grueso más que los otros, y estaba muy apretado. Llégase la Virgen para tomar á Jesucristo en sus brazos; con el dolor no

podía reposar, ni descansar en pie, ni descansar asentada. "Dádmelo acá." "¡Oh Señora!, ¿sabéis lo que pedís? Mirad que no descansaréis con eso, antes se doblará vuestro dolor." Toman el cuerpo y pónenselo en sus brazos; toma San Juan de la cabeza y la Magdalena de los pies; comienzan todos á llorar con tanto sentimiento de ver por una parte aquel bendito cuerpo tan atormentado, por otra parte de ver las lástimas que la Santísima Virgen hacía. ¡Oh gran dolor! ¿A quién te compararé?

Comienza la Virgen de allegarle las manos á la cabeza, y topaba con las espinas que le habían quedado hincadas al quitar de la corona; todos los cabellos llenos de sangre; no hacía sino rodear aquel cuerpo; no se hartaba de mirarlo, y por otra parte desfallecía del gran dolor; tómale las manos, las ve hechas pedazos; pone los ojos en el rostro de su hijo, abre aquella boca y comienza á hablar; quebraba el corazón al que la oía. ¿Qué es aquesto, Señor? Hijo mío, Dios mío y consuelo mío, ¿cómo me has dejado sabiendo que tanto te amo? ¿Para qué me has guardado para tanto dolor? ¿Este es el cuerpo que yo tan tiernamente trataba y envolvía? ¿Quién, Señor, te ha parado tal? ¿Qué corazón bastó á hacerte tanto mal? ¡Oh beldad de Dios escupida! ¡Oh hermosura tan afeada! ¡Oh lumbrera del cielo obscurecida! ¡Oh rostro que alegras en el cielo á los bienaventurados, y quién te ha desfigurado de tal manera! ¡Oh lengua que á tantos consolaste, que á nadie supiste decir mala palabra! ¿dónde estás que no me respondes? ¿Cómo se ha tornado mi arpa en lloro, y mi música en lágrimas?

Comienza San Juan: ¡Oh Maestro mío! ¿á quién iré de aquí adelante con mis dudas? ¿Quién, Señor, me aconsejará? ¿Quién me consolará? Anoche tuve mi cabeza reclinada sobre tu pecho: ahora, Señor, está la tuya sobre el mío. La Magdalena también decía: Señor misericordioso, ¿quién me favorecerá? ¿Quién tornará por mí cuando el fariseo murmurare de mí? Tú, Señor, tornaste por mí cuando mi hermana me decía que por qué no le ayudaba. Tú respondiste por mí. ¿Cómo dices que te amo pues soy viva viendo mi alegría muerta? Era lástima de oir á esta buena mujer, y entretanto bañaba los pies de Jesucristo con lágrimas de sus ojos. Llora la Madre, lloran cuantos están presentes, lloran allí los ángeles: que para mí tengo que tomaron cuerpos para venir al enterramiento de Jesucristo, y no va fuera de razón creer que es así, pues tomaron cuerpos para hacer

otras cosas de menos calidad. Así, de creer es que los tomarían para venir á llorar juntamente con la Madre la muerte del Mayorazgo de Dios, y para hallarse en su enterramiento: ¡qué llanto se haría! ¡Oh, bendita sea tu misericordia, Señor, que no hay corazón que baste á pensarlo sin que se deshaga y quebrante de dolor! ¡Qué hiciera si viéramos con nuestros propios ojos lo que allí pasaba! Decía la Madre (Job, VI): *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea aenea est:* "Ni yo tengo fortaleza de piedras, ni mi carne es de metal. „

Pensad que fué el más tierno corazón el suyo de cuantos ha habido en el mundo, y de Ella se dice (Job, XXXI): *Quia ab infantia mea crevit mecum miseratio, et de utero matris meae egressa est mecum.* De ver á un pobre lloraba: desde el principio crió Dios conmigo el ser compasiva, el ser misericordiosa; la ternura de mi corazón desde el vientre de mi madre salió conmigo. Esto se dice de la Virgen en persona de Job. El corazón más tierno del mundo fué el suyo; y si de ver un pobre llora, ¿qué haría de ver padecer á su Santísimo Hijo, de verlo muerto en sus brazos, y tan atormentado como estaba? Era tan tierna que si viera padecer algún mal ó algún trabajo á los mismos que crucificaron á su Hijo y trataron tan cruelmente, se doliera de ellos. Pues decidme, ¿qué os parece que sentirá de ver padecer tanto á su unigénito Hijo? Consuélate, cristiana mujer, y hombre que estás en trabajos, sábete que tienes una Madre en los cielos que se duele de tus fatigas más que tú mismo te dueles, y así procura Ella de remediarlas. El mayor dolor de cuantos hay en el mundo, en el corazón más tierno, ¿qué os parece que sentirá?

Aquí se cumple el *Ecce ancilla Domine* del día de la Anunciación, que San Agustín dice que el mismo día que encarnó, ese día murió. Cotejad, Señora, día con día, templad la alegría del uno con la tristeza del otro; acordaos, Señora, de la alegría que sintió vuestra ánima cuando el ángel os dijo que habíades de parir al Hijo de Dios que venía á remediar al mundo perdido, que habíades de ser Madre de Dios quedando Virgen, para que no desmaye vuestro corazón con lo que ahora tenéis delante de vuestros benditos ojos. Acordaos, Señora, de la alegría de aquel día, para que no desfallezcáis en los trabajos de éste. Aquí viene, Señora: *Ecce ancilla Domini:* aquí viene el conformaros con la voluntad de Dios: alzad, Señora, los ojos al Eter-

no Padre, y conformaos con su voluntad para suplir estas angustias, como allí os conformasteis con la misma para aceptar lo que el ángel de su parte os decía. Padre de misericordia, decía la Virgen, veis aquí vuestra esclava, cúmplase en mí vuestra voluntad; este Hijo me disteis, con grande alegría lo recibí; veislo, ahí os lo torno; Vos me lo disteis, Vos me lo quitáis, cúmplase vuestra santísima voluntad; esclava soy para todo lo que vuestra Majestad quisiere hacer de mí. El día de mi alegría os canté (Luc., I): "Engrandezca mi ánima al Señor y gócese mi espíritu en Dios„; mi salud el día de mi tristeza y dolores; suplico que la recibáis en agradable sacrificio por los pecados de los hombres.

¡Oh pecadores, cuán caro me costáis! que por amor de vosotros ha pasado mi corazón trance tan amargo como ha sido éste, ver á mi Hijo Jesucristo padecer tan cruel muerte y pasión; lo que vosotros hicisteis, Él lo ha pagado, y mi ánima lo ha sentido; bien empleado vaya, aunque ha pasado tantos trabajos, porque vosotros recibáis el fruto de ellos y alcancéis perdón de Dios. ¡Oh Señora, bendita seáis Vos, que tantos trabajos padecéis por los hombres, y tan poco os lo agradecemos! Yo los perdono, Señor, no por la parte que me cabe de los trabajos que os he visto padecer por amor de ellos; perdonadlos, Señor, hacedles bien, consoladlos en sus tribulaciones, socorredlos en sus necesidades, ayudadlos en sus trabajos, oidlos, Señor, cuando os llamaren; alegradlos, hacedles bien por mí.

El *Ecce ancilla* (Luc., I) aquí se cumplió bien el conformarse con la voluntad de Dios ¡Oh dechado de madres! Perdonad, no esperéis que os vengan á rogar. ¿No veis á esta Señora, Madre bendita, cuán de buena gana perdonó la muerte de su bendito Hijo, y estando aún corriendo sangre fresca, recién muerto, y no espera que le vengan á rogar, antes Ella ruega por los que le habían dado la muerte y por los que habían sido causa de ella?

Era, pues, ya tarde; llega San Juan: "Señora, tened por bien que enterremos luego á vuestro Hijo y mi Maestro porque se llega ya la Pascua; cesen vuestras lástimas; poned fin, Señora, ya á vuestras lágrimas; acabad, Señora mía, tanto dolor, que no hay corazón que sufra poderos oir que de dolor no esté quebrantado y traspasado.„ Sacan la sábana, comienzan de cubrir el cuerpo después de lo haber ungido. ¡Oh, qué harían después de haberlo cubierto! ¡Oh Pontífice sumo y verdadero, que ya

habéis entrado en el *Sancta Sanctorum*, hallado para eterna redención de los hombres, ganado no por sangre de animales, sino por la vuestra propia! Claridad obscurecida, ¿quién os ha tornado trabajo mío, siendo en quien está todo mi descanso? Vos érades el que me alegrábades, ¿quién os ha tornado tristeza mía? En sólo mirar vuestra bendita y resplandeciente cara solía desechar todos mis trabajos; mas en miraros ahora, todos mis dolores se doblan. ¿Qué trueque ha sido éste tan grande? A Vos os cubren con mortaja, á mi corazón cubren de dolor.

Tomó el sudario con sus propias manos, y púsolo en su cabeza, y envolvióla muy bien en él, y dióle besos de paz. Tenía aquella cara bienaventurada toda llena de sangre de su bendito Hijo. ¡Qué buen arrebol, y cómo le parecería! Veo yo aquí cómo llevarían á Cristo: unos sustentarían el cuerpo, otros las piernas, otros la cabeza, no con más pompa de ésta, no más andas, ni más lutos, no más hachas, ni más soberbia. ¡Cuál va el Señor de los cielos y la tierra! ¡Oh corazones no de carne, mas de mármol, pues estáis enteros, que no os quebrantáis oyendo y considerando estas cosas! Llegan al sepulcro. ¿Qué diría la Virgen? ¡Oh sepulcro, que te dan á ti lo que yo parí! ¡Quítanmelo á mí por dartelo á ti! ¡Oh, quién fuera tú! Ponen dentro al Señor, echan luego la piedra sobre la puerta del sepulcro, cúbrese el corazón de la Madre. ¡Oh, qué llanto tan nuevo comenzaría aquí! ¡Qué retorcer de manos! ¡Qué afilarse el rostro, y desfigurarse del gran dolor y angustia!

¿Adónde iré, diría, que más descanso tenga? ¿Qué más quiero yo que estar tan cerca de donde está todo mi bien sepultado? Aquí será mi estancia; esta será mi consolación. En fin, llégase San Juan y suplícales que se fuesen. Ya que era tarde comienzan á irse poco á poco. Envió la Magdalena por luto y por tocas para la viuda. Entonces Nicodemus pidió licencia á la Virgen para irse por otro camino antes que lo viese alguno, porque no les viniese algún mal. Fuéronse los buenos hombres, quédase la Virgen con su compañía. En esto llega el atavío de la viuda, pónenle su manto negro y sus tocas negras.

Quomodo sedet sola civitas plena populo, facta est ut vidua Domina gentium (Thren., II). Un poco antes lloró esto Jeremías. ¡Cómo está sola la ciudad! ¡Cómo está triste la que tan alegremente vivía en esta vida con su Hijo! Está hecha así

como viuda la Señora de las gentes, la libre vuelta es tributaria. Comienzan á irse hacia el aposento; iba la Virgen casi por fuerza; el cuerpo se iba alejando del sepulcro; pasa por do estaba la santa cruz, híncase de rodillas, adórala, enternecióse con ella en gran manera. Esta Señora fué la primera que adoró la cruz do Jesucristo Nuestro Señor murió. Llévanla al cenáculo donde el mismo Jesucristo celebró la noche pasada la Pascua. Cuáles irían por las calles algunas buenas mujeres que conocerían á la sacratísima Virgen, que sabían cómo Jesucristo Nuestro Señor era Santo, que ya el hecho era público, y sabían cómo sin culpa lo habían muerto por envidia que tenían de Él; y dirían aquellas buenas mujeres que viesen á la Santísima Virgen ir tan sola, tan triste y tan angustiada: ¡Oh lastimada mujer! Sola y desamparada ¿qué harás? ¿Con quién te consolarás? ¿A quién contarás tus lástimas? ¿Qué corazón te bastará á no desfallecer habiendo perdido tal Hijo, y habiéndole con tus propios ojos visto padecer tantos tormentos y tan sin culpa? Nadie se quejó de Él, antes todos dicen mil bienes. ¿Quién te hizo tanto mal? El Señor Dios te consuele y esfuerce, y te dé paciencia.

Así, pues, llegaron á la casa, y entonces quedóse San Juan á la puerta para despedir la gente, y agradecerles su buen comedimiento. Díjoles: "Señores, el Señor por quien habéis hecho esto, os lo pague y os depare siempre quien en vuestros trabajos os ayude y favorezca. Ya veis, señores, cuán penada viene esta Señora; déjenla sola llorar su dolor, pues no hay en la tierra consuelo para Ella." Entra la Virgen en el aposento donde la noche antes había cenado. ¡Qué renovar de lágrimas habría allí! "¡Oh Hijo y Señor mío, compañía mía, ¿dónde quedas? ¡Es posible que vengo yo dejándote á ti sepultado! ¡Anoche estabas aquí con tus discípulos y ahora te dejo debajo de la tierra! ¿Qué va, Señor mío, de esta hora á la de ayer á estas horas? ¿Dónde iré que te halle? ¿Adónde iré que me alegre faltándome Tú? ¿Cuánto más consuelo sintiera mi ánima estando allá acompañándote que en estar aquí apartada de tu presencia?"

Llama á San Juan: "Di, hijo mío, ¿adónde están mis hijos; vuestros hermanos, dónde están? Los racimos de mi corazón, los pedazos de mis entrañas, ¿adónde están? Traédmelos acá." "Dejad eso, Señora; harto tenemos ahora en qué entender

con el muerto; dejad ahora los vivos.„ "No, dijo la Virgen, baste mi dolor, no añadáis dolor á dolor, bástenme mis angustias; traédmelos, que no descansaré hasta que vea los discípulos de mi Hijo.„

Que no digáis eso, Señora, ¿quién ha de osar venir? Todos huimos cuando le prendieron; Pedro lo negó, que no querrán venir de vergüenza. No me digáis tal; traédmelos, que yo les prometo perdón de mi Hijo. Fué San Juan hacia la fuente de Siloé; á uno hallaba en una cueva, á otro en otra; paróse á escuchar, oyó voces de hombre que estaba lamentando: oh traidor, cobarde, cambiador, fementido; ¿y así habías de huir y dejar á tu Maestro en las manos de sus enemigos? ¡Oh mal hombre! Llega San Juan: No más, no más, hermano, anda acá que nuestra Madre la Virgen te llama. Llega y dícenle: Quita allá, no me digas eso, ¿y parecer había yo delante de gentes, cuanto más delante de la Madre de mi Maestro? Hombre que tuvo cara para huir, ¿quieres que la tenga ahora para parecer? Calla, hermano, que perdonarte ha: ¿no conoces ya su misericordia? Tu Madre ha prometido ya de alcanzarte perdón; anda acá, no hayas vergüenza.

Pasa más adelante: oyó que hacían gran llanto en una cueva; paróse á escuchar, y en la voz conoció que era San Pedro. ¡Oh canas traidoras, mal empleadas, estaba diciendo; oh pecador fementido, cobarde, mentiroso, ¿y así habías de negar á tu Maestro? ¿Tres años de conversación tan estrecha, que ni una hora nunca de ti me aparté, tantos favores me diste, tanto amor me mostraste, y yo juré que no te conocía ni sabía quién eras? ¿Pusiéronte cuchillo, mal hombre, á la garganta? ¿Estaban los tormentos aparejados delante, para si no querías negar á tu Maestro? ¿Acometióte algún esforzado hombre, hubo algún grande ejército? ¿Una voz de una esclavilla te hizo temblar? ¡Oh mal hombre, ¿y qué hiciste? No más, dice San Juan, anda acá, hermano, que nuestra Madre te llama. Vete de ahí, ¿qué dices? No digas tal; aquí acabaré los días de mi vida con esta lengua que dijo que no lo conocía; aquí la castigaré en pena de su mal hablar; estos ojos se harán fuentes de lágrimas, estas manos serán sayones, y yo tomaré venganza de mí mismo.

Yo hice el mal, yo lo pagaré; andad con Dios, hermano, dejadme llorar mi pecado. Anda acá, Pedro, no digas tal, ¿tan poca confianza tienes de nuestro Maestro? ¿Por qué dices eso?

¿No sabes cuán blando es y cuán amoroso? Anda acá, que su Madre y nuestra te llama; hazte ahora amigo con Ella, y luego te alcanzará perdón. Anda, vamos, no hayas vergüenza. Busca más: hallólos todos, vanse para el cenáculo, hallan á la Virgen, llegan todos la boca por el suelo: Señora, he aquí los malos, los cobardes, todos huimos y le dejamos: sola Vos, Señora, no huisteis: todos perdimos la fidelidad: Vos, Señora, no la perdisteis; alcanzadnos perdon, Señora. Júntanse allí todos: toda la noche y el día era pensar cómo le crucificaron, su plática no era otra: decía San Juan que lo vió todo: ¡Oh hermanos, si le viérades en la columna, si en la coronación de espinas, si le viérades con tanto trabajo llevar la cruz sobre sus benditos hombros pregonándole por traidor, con cuánta deshonra, con cuánto cansancio; si lo viérades en la cruz, perdido el color de su bendita cara, las lágrimas en aquellos ojos, su cabeza corriendo sangre, sus pies y sus manos hechos también fuentes, y dar con tan gran trabajo el ánima al Padre! Así pasaron la noche, así pasemos nosotros acompañando y consolando á la Virgen, y llorando con Ella tanto dolor como por nuestra causa le vino; y esta Señora, que tan afligida es hoy en la tierra, nos pagará rogando por nosotros en el cielo cuando la llamáremos. Consolarnos ha en nuestras tristezas, y socorrernos ha en nuestros trabajos y necesidades, y nos alcanzará la gracia y después la gloria.

TRATADO NOVENO

De la festividad de la Santisima Virgen María Nuestra Señora en el milagro de las Nieves.

Quis loquetur potentias Domini, auditas faciet omnes laudes ejus?

"¿Quién hablará los poderíos del Señor y hará que se oigan todas sus alabanzas?„

(PSALM. CV).

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

GLORIA es de una castidad ser combatida y no vencida. Más clara parece una paciencia mientras más cosas pesadas y fuera de razón son contra ella y ella está en pie. Y con el mal que os hacen á vos se perfecciona el amor que tenéis al prójimo por Dios, queriendo bien á quien os hace mal; y así parece el arte de Dios, que por ocasión del que mal quería quitarte la virtud se te acreciente, y te esclarezca más; así pasa en el Señor, que por ocasión de nuestra maldad se ilustra su bondad, pues tanto se demuestra uno ser bueno cuanto más perdona. Y así San Pablo dice (Rom., V): *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis quoniam cum adhuc peccatores essemus,* etc. Y así parece su poder más fuerte mientras más obra grandezas en cosas flacas. Y por eso dijo San Pablo (Cor., XII): *Virtus in infirmitate perficitur.* Porque mientras es más perseguido, encarcelado y no lo podían derribar, tanto más excelente parece la virtud de Cristo, que lo tiene en pie contra tantos.

Este fué el modo con que Dios quiso enseñar su poder,

obrando sus victorias contra el pecado, muerte y demonio, no con fuerzas de potencia, sino de flaqueza: mediante azotes y muerte obró las mayores hazañas que nunca había obrado (I Cor., I): *Infirma mundi elegit.* Y así venció y reinó por medio de hombres flacos y pobres; sin humana ciencia convirtió al mundo, para que tanto más se parezca la gloria de su grandeza cuanto más obra por instrumentos flacos, y se admiren todos de sus potencias, cuenten sus alabanzas, como dice David. No sin propósito, porque se nos ha cantado un Evangelio pequeño en palabras, muy provechoso y grande en cantidad, que encierra en sí la suma de todo lo que nos conviene hacer para ser bienaventurados, y pensamos cómo esto vino por ocasión de una persona baja, con la cual Dios obró grandeza: admirados diremos (Psalm. XV): *Quis loquetur potentias Domini.*

Predicaba el Señor á mucha gente de diversas maneras, mujeres y varones, ricos y pobres, sabios y sin letras, altos y bajos: y acaecía que aquellos mayores, que era razón que más gustasen de su doctrina y lo pusiesen en obra, no sólo no lo hacían, mas lo contrario; porque aquel milagro que el Señor hizo de sanar un hombre ciego, sordo y endemoniado, por lo cual era razón que conociesen y reverenciasen al Señor que los hizo, entendiéronlo tan mal, que siendo hecho por virtud de Dios lo atribuyeron al espíritu malo, y dijeron que porque el Señor tenía amistad con Belcebú, príncipe de los demonios, tenía poder para alanzar los demonios.

¡Oh justos juicios de Dios, que los que parece que ven están ciegos, y los más cercanos á Dios en tratar su ley y sus sacrificios, que moraban en su templo, que enseñaban á los otros, estaban más lejos de Él, y gustaban menos de Él y lo tenían en menos! Hinchábales su soberbia é impedíales la vista espiritual, como un hombre que tiene tan hinchada la cara que le impide el ver corporal, de los cuales confiesa San Agustín que era un tiempo, diciendo: *Facies mea inflammata erat, et non poterat, verum videri.* Huye de éstos la lumbre y gracia de Dios, porque con humildes y sencillos es su conversación, y por justo juicio suyo hace lo que dijo. Yo en juicio vine á este mundo para que los que no ven vean, y los que ven sean hechos ciegos. Él á alumbrar vino á todos; mas el que piensa que sabe, y no se rinde á las palabras de Dios como un niño á su maestro,

huye de la luz del Señor, porque él mismo con su soberbia lo alanza de sí.

Estando después aquellos fariseos y mayores blasfemando del Señor y del milagro que había hecho, fué hecha la mano del Señor sobre una mujercita que estaba oyendo el sermón; mujer pobre, quizá tenía el manto roto, y de las comunes del pueblo. Oía con simplicidad, con deseo de aprovecharse, con reverencia del Señor y de su palabra, y gustó de la doctrina del Señor, y recibió mucha lumbre del Espíritu Santo para conocer quién era aquel que en hábito humilde estaba predicando á toda aquella gente, cuán grande era su alteza y cuánto se abajaba á conversar con hombres y ser su maestro. Y en fin, tales cosas se le dieron á entender á esta mujer, y tanta reverencia y amor tuvo al Señor, que pospuesto todo temor, y olvidada de que era mujer y estaba entre tanta gente, y sin tener respeto á los mayores que blasfemaban de Cristo, con fe entera, con amor verdadero y determinación de morir si menester fuera por amor del Señor, levanta y entona la voz para dar á entender cuán grande afecto de corazón le salía; dijo al Señor aquellas bienaventuradas palabras en alabanza de Él y de su sacratísima Madre, por las cuales se canta este Evangelio en esta fiesta. Palabras dignas de admiración y que nos convidan á imitación suya.

Oigamos lo que la mujer dice, aprendamos de ella á alabar á la sacratísima Virgen diciendo: Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste. ¿Quién contará, Señor, tu grande poder, que por vaso tan flaco has obrado cosa tan fuerte, y en un suelo de arena has edificado una casa, que ni ha miedo ni á lluvias ni á fuertes vientos; y desechándote los otros de sí, ella te recibió en su pecho con determinación de sufrir por ti y por tu Madre todo el mal que le quisieren hacer? ¡Oh mujer! dinos por Dios, ¿qué cosas viste en este Señor, que así te encendieron el corazón sin poder disimular lo que sentías? ¿Quién te enseñó á honrar y alabar á su Madre con palabras á las cuales toda la Iglesia católica después ha seguido? Comenzaste este cantar de las alabanzas de la sacratísima Madre de Dios, y comenzaste á cumplir y sacar verdadera la profecía de la Virgen, en la cual dijo: Bienaventurada me llamarán todas las generaciones. Mucho has hecho, mujer, y mucho te lo debemos agradecer nosotros de alabar al Señor en ti, ó á ti en el Señor. Porque si el ángel San Gabriel llamó á quien tú ala-

bas bendita entre las mujeres, aquello fué á solas y no tenía á quién temer por decirlo.

Elisabeth también la alabó, y con grande voz como tú; mas en su casa estaba, y sin miedo de nadie; mas en ti ha obrado Dios Nuestro Señor tan gran maravilla, que antes que el Espíritu Santo había venido con aquella virtud que ha echado fuera todo temor, hizo á los Apóstoles y á los mártires confesar quién era CRISTO y su santísima Madre delante de los chicos y delante de los grandes. Tú, mujer flaca, tomas la mano, y haces ahora lo que ellos hicieron después: una mujer eres y flaca, mas figura tienes de mucha gente y muy esforzada, porque por ti es representada la Iglesia congregada de diversidad de gentes en una fe y un bautismo con determinado corazón.

Confiesa ser bienaventurada la sacratísima Virgen María y haber concebido y dado leche al verdadero Hijo de Dios; y si lo trajo en su vientre y le dió leche, verdadera Madre suya es, y Él es verdadero hombre, cortando la cabeza á los herejes que decían que tuvo cuerpo fantástico y no natural. Madre es la sacratísima Virgen de Dios verdadero, y aunque no Madre de Dios en cuanto Dios, sino de Dios en cuanto hombre, dos naturalezas y una persona. Hijo es de Dios é Hijo de la sacratísima Virgen María; mas no es dos hijos, sino uno, y por eso ella es Madre del que es Dios y hombre verdadero. ¿Quién contará qué dignidad es aquésta? ¿Quién declarará la sentencia que esta mujer dijo? El vientre que te trajo y los pechos que mamaste, dignidad sobre todas las dignidades, nombre sobre todo nombre, que en cielos y tierra á pura criatura no puede convenir.

¿Queréis honrar á la Virgen? Llamadla Madre de Dios humanado; porque quien esto le dice, honra le da sobre toda la honra, y no será sin galardón, porque Ella es muy agradecida, y ama á quien le ama y honra á quien le honra. Mas hay aquí mucho que advertir, y es, que siendo el Señor tan honrador de su santa Madre, ejemplo de todos los buenos hijos en reverencia, amor y obediencia, del cual se escribe que era súbdito á Ella, ¿por qué no agradeció á esta buena mujer las alabanzas que dijo á su Madre? Por cuanto, pues, la mujer extraña confesaba á su madre, ¿por qué no le respondió al mismo tono, y dijo: dices gran verdad en lo que dices y entiendes, y aun mucho más bienaventurada es de lo que dices y entiendes? ¡Oh buen Señor,

y qué secretos son vuestros caminos, cuán profunda vuestra sabiduría, que pareciendo que negáis concedéis, y en todo nos enseñáis! "Bienaventurada llamas—dice el Señor—á mi Madre porque me trajo en su vientre y me mantuvo á sus pechos; mas yo te digo que son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.„

Alabado seáis, Señor, por tales palabras, y gracias damos á la mujercita, por ocasión de la que tal doctrina nos diste, que de tanta ceguedad nos libra si queremos recibir tu lumbre. Mujer, la que alabas merece ser alabada, y mucho más de lo que tú piensas; y porque tú no sabes alabarla por lo que ella principalmente lo debe ser, yo te enseño. Y otra causa hay de su mayor bienaventuranza, que por lo que tú la llamas bienaventurada; tú hablas al modo común, que viendo á un hijo muy bueno, suele llamar á su madre bienaventurada, porque lo engendró y dió su leche ; mas esta alabanza en los ojos de Dios, cosa es de muy poco valor; y si mi Madre no tuviera virtudes con que me concibiera en su ánima, hiciera y guardara la palabra divina de Dios, poco le aprovechara ser Madre mía según la carne, si no fuera según el espíritu.

Toda criatura se desengañe, que pues por parentesco tan cercano como es ser Madre y tener Hijo tan grande como es Dios humanado, no basta para hacer una mujer bienaventurada, menos bastarán otros linajes ni otras cosas, si no hubiera parentesco espiritual con Cristo Redentor nuestro, que consiste en fe verdadera y obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Y porque vió el Señor que muchos habían de ser engañados por poner en estima el linaje, y otros por hacer algunas buenas obras, sin tener obediencia á sus santos Mandamientos, cada vez que le tocaban en negocio de parentesco luego apelaba al del espíritu (Luc., XI): *Aquí está tu madre y tus hermanos*, le dijeron una vez estando predicando; y tendió Él la mano hacia sus discípulos, y dijo: *¿Quién es mi madre y mis hermanos?* "Llamaban entonces á los parientes hermanos[1].„ *Quien hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, aquel es mi hermano y mi madre.*

1 Era y es costumbre entre los orientales, y particularmente entre los hebreos, apellidarse hermanos los deudos ó parientes hasta el cuarto grado. Hermanos llaman también á los cuñados en todas partes; y hasta á los amigos titulan hermanos en Andalucía y otras partes.

¡Oh ceguedad de los hijos de Adán, y por qué no miramos cuán honrosa y cuán dichosa cosa es emparentar con Rey tan altísimo, y de parentesco tan cercano como es ser madre, hermano y hermana! ¿Por ventura en comparación de este linaje real y divino, no es asco el linaje de la carne todo entero, aunque sea linaje real? ¿Que tanto bien está encerrado en oir la palabra de Dios y guardarla, que si uno hiciese esto sería más bienaventurado que la Madre de Dios fué, si no tuviera más que ser Madre de Dios? Mas ninguno lo es ni será tanto como Ella, porque ninguno fué Madre de Él, según la carne, como Ella, ni según el espíritu tanto como Ella. ¡Oh Madre verdaderamente bienaventurada, que con ánima y cuerpo engendrasteis á Dios humanado, y de tal manera sois Madre, según la carne, que os dió Dios tales gracias para que seáis digna Madre! Y así como no hay cosa tan conjunta á Él, según la carne, como Vos, así tampoco la hay según el ánima; y por esto el darle carne, el darle la leche, el defenderlo del frío abrigándolo en vuestros brazos, sirviéndole con oficio de Madre hasta la menor cosa que le hacíades, era hecho con tanto amor y tanta gracia, que era preciosísimo delante de los ojos de Dios, y en cada cosa, por baja que fuese, le ofrecíades vuestras entrañas aparejada á dar la vida por Él.

¡Quién contará, hermanos, lo mucho que el Hijo de Dios recibió de su sacratísima Madre, pues recibió el ser hombre, por ser recibido de Ella, y el ser mantenido en su vientre, y fuera de él, de manera que aquella sacratísima vida, con cuyos trabajos y muerte fuimos redimidos, podemos decir que fué carne de la Virgen, pues que Ella se la dió y le mantuvo! ¡Oh Señora, y qué te debemos, y cuán mal te lo agradecemos, y peor servimos, que por un guisado que nos dan á la mesa solemos dar gracias á quien lo guisó, no tanto por la dádiva cuanto por el amor y cuidado con que lo aderezaron para nosotros! ¿Y cómo no agradecemos á la Virgen que tal manjar tan bien guisado nos dió?

¿Sabéis qué nos dió? No menos que á Dios. ¿Sabéis cómo nos le dió? Humanado, y con Él en las manos nos está convidando (Prov., IX): *Venid y comed mi pan y bebed el vino que os tengo aguado.* ¿Quién podía sufrir la justicia de Dios antes que se entrase en las entrañas de la sacratísima Virgen, y de ellas saliese humanado á tratar con nosotros? ¿Qué era Dios

entonces sino vino puro, que no había quien lo sufriese? ¿Qué cosa es después de humanado sino vino templado, que temblando primero de Él los muy altos, se llegaron después á Él los niños, y los abrazaba y los bendecía, y riñó con sus discípulos porque no dejaban llegar los niños á Él? Pan fortísimo es Dios, y muy proporcionado á la flaqueza de nuestros muy flacos estómagos; mas el pan que el niño no puede comer cómelo la madre y conviértelo en leche, y así lo puede el niño comer; y tal nos da la sacratísima Virgen á Dios, pues nos lo dió niño, puesto en un pesebre, manso y humilde para que ninguno que quiera ser remediado tema de llegarse á Él; pues Él convida y llama á los pecadores que se lleguen á Él, diciendo que vino por ellos y murió por ellos. ¿Quién nos tiene que no digamos á voces lo que dijo la mujercita: Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste? ¿Por qué no sentimos en nuestro corazón cuán grande y dulce es Cristo, y agradecemos y servimos á su sacratísima Madre por el bien que nos hizo en nos le dar? ¿Por qué tan tibios en sus alabanzas, en ayunar sus fiestas, en oir sus Misas y comulgar en ellas? ¿En imitar sus virtudes, en alegrársenos el corazón y en ablandársenos en oyendo el dulcísimo nombre de la Virgen María?

¿Por qué tenemos dureza para negar al pobre que nos dice: Dadme limosna por amor de la Virgen María? Bienaventurada mujer, que sentiste quién era Jesucristo en ti y para ti; bienaventurada mujer, que creíste ser Jesucristo Redentor nuestro, y gozaste de su redención. Nosotros, por nuestros pecados, contentámonos con creer con una fe muerta lo que tú creiste, y muchos de nosotros no gozamos de lo que tú gozaste; tú creíste y amaste; oíste la palabra de Dios, y guardástela, y aun dicen algunos que aquesta mujer fué Santa Marcela; mas nosotros estamos lejos de oir y guardar la palabra divina de Dios como ella; confesamos á Jesucristo por Redentor de pecados, y estamos cautivos en los pecados; llamamos á Dios nuestro Padre, y por la mala vida somos hijos del demonio, y habiéndonos Jesucristo ganado perdón de nuestros pecados, fuerza para ser buenos, adopción de hijos de Dios, gracia para agradarle y cumplir sus santos Mandamientos, gloria para siempre en el cielo, hay muchos que se están sin recibir cosa ninguna de aquéstas, como si Jesucristo Redentor nuestro no hubiera traído nada de aquesto.

Creo cierto que el hombre que ha sentido en su corazón amargo dolor por haber ofendido á Dios, y ha hecho una verdadera y sencilla confesión, y que ha satisfecho á Dios y á sus prójimos conforme al consejo de su prudente confesor, y se ha dado tan buena maña con la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que aunque no tenga evidencia clara que sus pecados le son perdonados, y que es recibido por hijo de Dios (que en esta vida no se puede tener sin particular privilegio), mas á lo menos tienen alegría de corazón, una mudanza de propósitos, de malos en buenos, una confianza nueva en Dios, un amor entrañable con Él y con sus prójimos, un grande aborrecimiento de pecados y cosas, que quien las recibe las sabe, que le hacen conjeturar que le ha sacado Dios del infierno y lo ha puesto en camino del cielo por los merecimientos y sangre de nuestro Redentor Jesucristo, Hijo de la Virgen María. ¿Cómo podrá éste, viéndose tan remediado por el Hijo de la Virgen, dejar de decir con entrañas y lengua: Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste? Si por comer del fruto de un árbol parece que lo agradezco al árbol y lo bendigo, y con comer de aquel fruto escapas de una ponzoña mortal, ¿cuántas veces dirías: bendito Dios Nuestro Señor que crió aquel árbol?

No es invención ésta mía, figurado está muchos años ha en el pueblo de Betulia, que viéndose libre de la muerte por medio de la Santa Judith, le dijeron (cap. XIII): *Benedicta filia tu a Domino, et non recedet laus tua de ore hominum.* Por Señora tienen á la Virgen María, y por muy obligados á su servicio los que han recibido la vida por el fruto de su vientre, que es Jesucristo; no se aparta de su corazón la memoria de Ella, ni de su boca la alabanza de Ella, y unas veces á solas como el arcángel San Gabriel y Santa Elisabeth la bendicen; y si es menester la bendecirán delante de toda la infidelidad, aunque les cueste la vida. Mas los que no gozan del fruto de su vientre no viven con la vida que trajo, ni reciben el perdón, ni su gracia. Estos no la alaban, ó si la alaban no la aman, y si la aman no es de verdad. Porque aquel de verdad la ama que oye y guarda sus palabras: ¿Queréislo oir dicho en su persona? (Eccl., XXIV): *Transite ad me omnes, qui concupiscitis me: et a generationibus meis adimplemini;* que es: pasad á mí, imitadme, que es ser llenos de sus generaciones; mas de sus virtudes, esto es lo que Ella nos pide, que imitemos su castidad y humildad.

Et nunc filii audite me, beati qui custodiunt vias meas, et observant ad postes ostii mei (Prov., VIII): no piense nadie privar con Ella sino por el camino que Ella privó con Dios. Ella guardó la palabra del Señor; sigamos nosotros á Ella por sus caminos, y entonces seremos bienaventurados y llegando á las puertas de su misericordia seremos oídos; que llamarla y ofender á Dios y á Ella, ya no es cosa que cumple. El que llamare en nombre del Señor está salvo; mas en otra parte dice (II Tim., II): *Discedat ab iniquitate omnis qui invocant nomem Domini*. Así ha de ser: *Omnis qui invocat nomem Domini*. Y á los que llaman al Señor, *in veritate*, está Él cerca y también Ella. ¿Queréislo ver? Mirad la fiesta que hoy celebramos de las Nieves; aquellos dos romanos Patricio y su mujer eran buenos cristianos, y como no tenían hijos no tenían codicia de este mundo; con bondad de vida juntaron oraciones, hacían limosnas, y fueron oídos de Nuestra Señora, y Ella fué oída de su Hijo, y llovió nieve en tiempo de Agosto. Calor hace ahora; mas no es tan ajeno ahora el llover agua como nieve en tiempo de Agosto. ¡Oh Virgen siempre bendita! ¿Para qué escogisteis este milagro en señal que queríades ser heredera de aquestas dos buenas personas? Para dar á entender la blancura de su virginidad, la pureza de su vida, que se significa por lo blanco.

¿Para qué nieve en tiempo de Agosto? Para darnos esperanza, y que si fuere de nosotros fielmente llamada, nos alcanzará agua que temple el calor de la tierra para dar fruto. No queda por Ella, no; no le falta cosa alguna para buena abogada; mucho puede con Dios; mucho nos quiere; Madre es de Dios; mucho derecho es el de la madre con el hijo. Y Madre es de nosotros, y mucha es la ternura del corazón maternal para con nosotros; no está olvidada de que al pie de la cruz le encomendó su Hijo á los cristianos en persona de San Juan, diciendo (Joann., XIX): *Ecce filius tuus*. No hace su oficio flojamente, ni tiene descuido en lo que Dios le encomendó. Con humildad le ruega, con perseverancia le suplica, y Ella suele amansar los enojos de Él estando en el cielo la que lo acallaba en la tierra cuando siendo niño lloraba. Muy bien sabe representarle los servicios que le hizo entonces, pidiéndole que nos haga mercedes á nosotros por Ella; y pues Dios recibió tanto, y es Él tan agradecido, no dejará de la oir.

Acordaos de aquella mujer, *Tecuites*, á la cual dijo Joab

(II Reg., XIV): *Lugere te simula*, y mirad cómo abogó delante de David por Absalón, que había muerto á su hermano, y alcanzó lo que pidió: dice el texto que esto hizo Joab porque entendió que el corazón del Rey estaba vuelto y ablandado para con Absalón; y dice la glosa que lo oía suspirar por su hijo.

Pecado hemos contra los Mandamientos de Dios, mas su paternal corazón se compadece de nos, pues murió por nos, y aunque nos azota siempre va forzado á lo hacer. Primero le duele á Él que á nosotros, y forzado de nuestros pecados nos castiga; que Él querría más hacernos mercedes. *Proprium est illi misereri;* mas nosotros, como San Jerónimo dice: *Clementem Dominum in amaritudinem vertimus*, y como la Virgen le conoce las entrañas de su misericordia, y que *non continet, in ira misericordias suas*. Llégase á Él y no ha menester fingir que llora, que en sus entrañas tiene, aun estando en el cielo, entrañable compasión de nosotros.

Porque San Bernardo dice tiene la Virgen compasión de los hombres, y con corazón de Madre dice al Señor: Yo, Señor, tuve dos hijos y riñeron en el campo, y mató el uno al otro. Ya, Señor, sabéis que yo soy Madre vuestra y Madre de los cristianos; ellos por sus pecados mataron á Vos delante de mis ojos en el campo del Calvario; por las travesuras de ellos fuisteis Vos crucificado con grande dolor vuestro y mío; víos morir, y túveos en mis brazos muerto, y cuantas heridas Vos en vuestro cuerpo tuvisteis, tantos cuchillos tuve yo en mi corazón. Vos, Señor, y no otro, sabéis lo que vuestra muerte me costó y adónde me llegó; y si no fuera por ayudarme Vos milagrosamente á que no muriera, yo no pudiera sufrir el peso de tanto dolor, pues otras personas mueren de menores angustias. Vos, Hijo mío, gustasteis dolores y tristezas de muchas veces, porque si no fuera por el conforte sobrenatural de vuestra divinidad, muchas veces muriérades, y para más padecer no moríades. Y ordenasteis Vos que yo también no muriese, no porque faltase dolor de compasión que bastase á matarme, mas porque queríades Vos que yo más y más padeciese por Vos y con Vos.

Acordaos, Señor, acordaos de lo que allí pasé viéndoos morir por los pecados de los hijos que me disteis. Consoladme de los dolores que en la muerte vuestra yo pasé, con que no mueran estotros hijos míos, que por vuestra grande bondad tomas-

teis por hermanos; no vea yo que habiendo Vos muerto por ellos, Vos los azotéis y aflijáis, porque será dolor sobre dolor; mas para aliviarme aquél, haced bien á éstos, y por ellos ofrezco vuestra Pasión y mi compasión. ¡Oh Virgen para siempre bendita! ¡Oh Madre de misericordia! ¡Oh abogada sapientísima y eficacísima! ¡Cuántas veces con estas y semejantes razones habéis amansado á vuestro Hijo bendito! Y cuando Él decía como á Moisés (Exodo, XXIII:) *Dimitte me ut irascatur furor meus*, Vos le habéis suplicado por nos, y le habéis tenido las manos y hecho que torne su espada á su vaina, y que no nos castigue; ¡cuántas veces fuéramos ya destruídos si no fuera por Vos! Si no, díganlo las historias de que habrá trescientos años que estaba Dios para destruirnos con tres lanzas, de hambre, pestilencia y guerra, y fuisteis Vos poderosa de lo amansar; y presentasteis al Señor á Santo Domingo y á San Francisco, para que predicasen penitencia con que vuestra justicia fuese aplacada, y así lo fué de esta vez, que nos excusasteis de perdición. Y vemos, y por aquí sacamos que otras muchas también lo habréis hecho. ¿Qué es esto, Señora, que siendo llamada por unos buenos casados en Roma, enviasteis nieve en tiempo de Agosto, y otras veces habéis alcanzado misericordia, y ahora no la alcanzáis? Cierto es que la pedía, y vemos que no la alcanzáis, ¿qué secretos, por qué no llueve Dios, por qué no oye á su Madre, por qué? (Genes., I): *Non est bonum foeminam esse solam*, como *non est bonum hominem esse solum*.

Crió Dios la mujer para que ayudase al hombre, y cierto lo cumplió muy mal la primera mujer, pues tan mal ayudó á su marido que le hizo pecar. Mas nuestra bendita mujer fué criada para que ayudase al segundo Adán Cristo á restaurar lo que el primer hombre y mujer echaron á perder (Prov., VI): *Cum eo eram cuncta componens*, se dice en persona de Ella: y si San Pablo dice (II Tim., IV), que los predicadores y sacerdotes *coadjutores Dei sumus*, ¿cuánto más lo será la Virgen María dando carne para la redención y oraciones eficacísimas para que se efectúe en nosotros lo ganado en la redención? No es bien que el varón Cristo esté solo, haya quien le ruegue por nos, le amanse en el tiempo de su ira, causada por nuestros pecados, y así lo hace la Virgen. ¿Pues por qué no ahora? Porque no es razón que Ella esté sola. ¿Cómo sola? ¿No está acompañada de ángeles? Si por cierto; mas digo sola en el rogar y pedir

misericordia. ¿Pues cómo? ¿Y no la ayudan los ángeles y santos? Sí, también. ¿Pues cómo sola? Porque *qui creavit te sine te, non salvabit te sine te.* Si la Pasión del mismo Señor no te aprovecha, si tú no te dispones, ¿qué te maravillas que la oración de la Virgen no te aproveche, si no te dispones con penitencia, con orar, con buen obrar?

Sola, Señora, te dejamos orar, y cuanto tú amansas nosotros enojamos (Eccl., XXXIV): *Unus orans, et alter maledicens; unus edificans, et alter destruens, quid proficit illis labor.*

Si Ella está orando por mí, que había de estar yo llorando mis pecados, estoy pecando, ¿cómo ha de ser Ella oída? Destruyo yo lo que Ella edifica; Ella está bendiciendo, yo blasfemando, murmurando y ofendiendo; son oídas más mis malas palabras y malas obras para ser castigadas, que la oración de la Virgen es bastante para ser oída; y viene esto á tanto que alguna vez dice Dios (Hier., VII): *Tu ergo noli orare pro populo hoc, nec assumas pro eis laudem, quia non exaudiam te.* ¿Qué aprovecha hacer procesiones, andar con los pies buenos pasos, si nos estamos en nuestros males antiguos de nuestros pecados? Estos son los que habíamos de llorar, éstos habían de doler mucho más que la falta de cosas temporales. Malos esclavos, y no hijos, que sentimos nuestro azote, y no la ofensa de nuestro buen Padre. Bien entiende Dios esto, bien lo sabe decir: *Quaeritis me non propter lucem quam vidistis.* Y como dice San Agustín en persona de Él: *Quaerite me propter me,* no sabéis este lenguaje, sino aquel del cual está escrito (Oseas, VII): *Super triticum et vinum ruminabant, et ego erudivi eos, et confortavi brachia eorum, et in me cogitaverunt malitiam,* etc. Vuestras penas son, no tenemos trigo. Y los suspiros que en vuestras camas dais por esto son: *Et ad Dominum non revertebantur.* ¿Cómo te vuelves á Dios si tienes lo ajeno, si estás en mal estado, si hablas mal? Esto es porque no es oída la Virgen de Dios, ni nosotros de Ella, porque no llueve.

Tres años estuvo sin llover porque el Rey Saúl quebrantó su juramento, que habían hecho los gabaonitas (II Reyes, XXI), y quebrantólo por buen celo. ¿Qué, por ahí vais, Señor? Tarde lloveréis, porque más que una vez quebrantamos juramentos, y más de diez juramentos con mentira. ¿Por

qué no llueve la gracia sobre nosotros? Por nuestros pecados, que no los quitamos, que si hubiésemos enmendádonos, ya habría Dios consoládonos (Jerem., XVIII): *Si poenitentiam egerit gens illa a malo suo agam et ego poenitentiam.* Que os diré que es tanta nuestra desvergüenza como en tiempos pasados, cuando de enojado Elías contra los que ofendían á Dios, rogó á Dios que no lloviese, y así lo hizo Dios (III Reg., XVIIII). ¿Qué decís, Elías? Señor, que no llováis. Mas porque no penséis que lo hacía esto por venganza ó malquerencia, ó por espíritu propio: *Vivit Dominus in cujus conspectu*, y como dice el original: *In cujus facie steti;* no fué antojo el decir no llováis, sino cosa que dijo habiendo estado en el acatamiento de Dios, en la alteza de su oración comunicando con Dios, de allí sacó este celo de la honra de Él, con que dijo: Señor, no llováis. Grave cosa es haber ofendido á Dios; cuando más bien nos hace, más ofendido. ¿Qué aprovecha que Dios hubiese abierto las manos de su misericordia?

Si por eso no dejaste de jurar, mentir, hacer mal (Jeremías, V): *Et non dixerunt in corde suo, metuamus Dominum Deum nostrum, qui dat nobis pluviam temporaneam et serotinam in tempore suo, plenitudinem annuae mesis custodientem nobis.* ¿Cesaron los males? No. ¿Pues qué hiciste? Lo que hicieron aquéllos. ¿Qué? *Saturavit eos, et moechati sunt, et in domo meretricis luxuriabuntur. Numquid super his non visitabo, et in gente tali*, etc. Veis aquí, hermanos, que ha provocado á ira los ojos de Dios. ¿Y por qué pide Elías que no llueva? Porque si ha de dañar á vuestra ánima la abundancia, más vale que Dios no nos la dé. ¿Queréis que Dios llueva su gracia? Quitemos los pecados públicos y secretos, y cada uno mire su conciencia y quite lo malo que en ella hubiere; y quien está descuidado de esto, aquél es por quien Dios no la envía. Estaban en gran tempestad los marineros que llevaban á Jonás, y lloraban y llamaban á sus dioses, y no eran ellos por quien se levantó la tempestad, mas aquel que estaba en lo más bajo durmiendo y roncando: van á él, levántanlo del sueño; y ¿cómo ahora es tiempo de dormir estando para hundirnos? Llama á tu Dios como nosotros hacemos, si por ventura nos remediará. Levántase, y conoce que por sus pecados se levantó la tempestad, y confiésalo y pide penitencia y que le echen en la mar, porque él pecó; muera él, no se ahoguen ellos por él; y con el

arrepentimiento de este culpado y su penitencia en el vientre de la ballena, y los otros librados de muerte, luego vino bonanza.

¡Oh hermanos! y cuántos Jonás habrá en este pueblo que les haya Dios mandado algo y no lo hayan hecho; que hayan quebrantado su mandamiento, y han levantado ellos tempestad, no de agua, sino de seca; y estamos todos afligidos, y por ventura aquel por cuyo pecado viene esto descuidado y durmiendo está en su pecado, que ni llora, ni lo confiesa, ni hace penitencia, y es causa que azote Dios á los otros. ¿Qué duermes, hombre pecador, ahora es tiempo de pecar? ¿Ahora es tiempo de no hacer penitencia? Por aquél viene la tempestad que huye de Dios y se está durmiendo. Si pecaste, levántate del pecado; llama á Dios, pide perdón, di lo que dijo David: Yo, Señor, soy el que pequé; éstas, ovejas son. ¿No te mueve á compasión ver niños inocentes, buenas y santas personas que padezcan por ti? No será mejor que digas: yo soy el que pequé, echadme en el mar: todos temamos no sea cada uno aquel por quien Dios azota. Y aunque no te conozcas estar ahora en pecado mortal, quizá lo has hecho, y no está hecha bien la penitencia de él; y como San Agustín dice, castiga Dios á los malos porque pecaron, y á los buenos porque no los corrigieron.

¿Quién osará decir, no he hecho por qué merezca ser castigado? Si el pecador duerme, despiértele su hermano. Ya le despertamos desde aquí, y le decimos: Levántate y ora al Señor; mas si esto no basta, usen los mayores de su oficio, y examinen qué pecados hay, y quítenlos, no se echen sobre sí pecados ajenos, y no les diga Dios (Núm., XXV): *Suspendite coram me Principes populi.* Cada uno como pudiere mire por su ánima y la de su prójimo; quitemos pecados, que así como Elías oró y no llovió, porque había pecados, quitemos nosotros los pecados y lloverá el Señor. Entonces es la oración eficaz cuando se quitan pecados; demos limosnas, hagamos buenas obras, ayudemos á la Virgen, que si experimentamos la justicia de Dios en nos castigar, experimentaremos su misericordia en ser oídos y consolados: alcanzaremos lo que nos cumple para la eterna salud de la gracia.

TRATADO X

De la festividad de la Asunción de la Santísima Virgen María Nuestra Señora.

Te assumam et regnabis super omnia, quae desiderat anima tua, et eris Rex super Israel.

"Levantarte he, y reinarás sobre todas las cosas que desea tu alma, y serás Rey en Israel."

(III Reg., XI).

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

La fuente de toda la lumbre es el sol, y de la mar nacen los ríos; y el sumo bien que estas cosas crió es autor y dador de todos los bienes; y sin Él, ni aun el más chico se puede alcanzar. Él da el cielo y la gracia para merecerlo; Él da los reinos de la tierra á los que los tienen, y los pasa de unos á otros según su santa voluntad; y por no conocer esto Nabucodonosor le fué quitado su reino, y anduvo siete años en los campos como bestia salvaje, hasta que la misericordia de Dios lo miró, y lo hizo alzar sus ojos al cielo dándole conocimiento de que el Señor es Rey de los Reyes, y los reparte y quita según su voluntad.

El castigo del soberbio é ingrato es privarle de los bienes que Dios graciosamente le había dado. Y el remedio de este mal es hacer de ello penitencia, y entender que del cielo, y no de sí mismo, le vino el bien que tenía; y conforme á esta misericordia, dice Dios en las palabras del tema á un hombre particular y común (III Reg., XI): *Yo te tomaré y reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima, y serás Rey de Israel*, para

que entendiese que el reino que había de alcanzar ni le venía por su industria ni por su fortaleza.

Mas porque el supremo Señor de los Reyes y reinos quería dividir el reino de las doce tribus de Israel, y dejándolos á los descendientes del Rey David les quería quitar los diez y darlos á este hombre que se llamaba Roboán, porque reinase sobre ellos, en castigo de los pecados que hizo el Rey Salomón agradeciendo tan mal los bienes que Dios le había hecho, y viniendo á tan gran ceguedad, que habiéndole dado Dios muy abundante sabiduría, y héchole merced de que edificase templo para el verdadero Dios y Señor, fué maleado su corazón con el demasiado amor que tuvo á las mujeres. Y por darles contentamiento puso ídolos en el mismo templo que había edificado al Señor, y les hincó las rodillas, y miserablemente los adoró; y si no fuera por amor de su padre David, cuyos servicios el Señor tuvo presentes, perdiera el reino entero Salomón con todos sus descendientes; mas no lo hizo así Dios por cumplir lo que primero había dicho (Psalm. CIV): *Yo soy Dios, que hago misericordia á los que me aman, y á mil generaciones de los que de ellos descienden.* De tal manera, que por amor de Él le dejó dos tribus, y por cumplir con su justicia le quitó las diez, y las dió á Jeroboán, diciéndole el Profeta las palabras dichas arriba ya declaradas y amonestándole que si guardase los Mandamientos de Dios á semejanza del Rey David, que Él sería con él, y le haría mercedes como hizo á David. Mas, ¡oh humana miseria y flaqueza de los hijos de Adán! que como gente de poco seso y cabeza desvanecida, viéndose puesto en lugar alto y de prosperidad, pierden el poco seso que tenían, embriagados con el falso vino del mandar, de las riquezas y placeres, y como su virtud fué puesta en peligros y pruebas, desfalleció como una chiquita candela, que estando guardada en casa da lumbre, y sacada y puesta á los vientos se apaga.

Cosa más usada ha sido en el mundo, así entre étnicos como entre cristianos, los lugares altos hacer muchas veces á los buenos malos, y ninguna ó pocas de los malos buenos, en lugar de ejercitar la virtud primero alcanzada, y que sea perfecta para que entre las muchas ocasiones que hay de perderla no se pierda, porque querer de nuevo alcanzar la virtud entre ocasiones, que aun la alcanzada se pierde, no es cosa de hombres prudentes pensar de salir con ello.

Testigos son de esto el Rey Saúl y el Rey Salomón, que fueron escogidos por Dios por la virtud que en ellos había cuando eran personas particulares, y fueron reprobados de Dios por los pecados que hicieron con las ocasiones que la dignidad real tiene anejas. Y entre ellos se puede contar este Jeroboán, de quien vamos hablando, del cual la Escritura no cuenta culpa alguna antes que fuese elegido de Dios, y debemos presumir que tenía virtudes, pues Dios lo eligió; y fué tan malo después que reinó, que hizo idolatrar á todo su reino, y les puso ídolos á los cuales fuesen para que olvidasen el templo de Dios, al cual solían ir, y no adorasen al verdadero Dios, al cual solían adorar; y como lo pensó así lo hizo. Porque la idolatría duró en Israel hasta que el Rey Salmanasar los llevó cautivos.

¿Quién hay que tenga un poco de seso y que del todo no esté engañado con la exterior sobrefaz de los señoríos y reinos? ¿Quién no temerá de poseerlos viendo que los que Dios escogió, por ser buenos, pararon en mal, por no usar bien de la dignidad y alteza que para su salvación Dios les había dado? Hombres ha habido étnicos, así como Rómulo y Diocleciano, siendo infieles, que el primero siendo convidado que reinase sobre Roma lo desechó cuanto pudo; y Diocleciano siendo Emperador de ella, dejó el Imperio y eligió vida baja de hombre particular, y por mucho que le rogaron nunca se pudo acabar con él que tornase á tomar el Imperio dejado, ni dejase su suerte y vida pobre que había tomado. ¿Mas para qué habemos menester traer ejemplos de hombres que no fueron cristianos, pues Jesucristo Nuestro Señor, cuyas palabras mandó el Eterno Padre que oyésemos, se ofreció en la cruz de su voluntad propia, y huyó de ser Rey siendo buscado de la gente para que reinase?

Bien seguro estaba el Señor, pues es impecable, de usar mal de aquel reino pequeño aunque lo tomara, pues administra Dios el reino del cielo y de la tierra, y debajo de la tierra, de todo lo cual es Señor. Mas huyó del reino el que con seguridad lo podía tener, para dar á entender que ninguno de sus cristianos sea tan atrevido que deje de temer que pueda errar y pecar por su mucha flaqueza, viéndose en lugar tan lleno de peligros, que para que le creyésemos y temiésemos el Señor huyó de él. Esta sabiduría contraria es á la del mundo engañado, que piensa que en los mayores peligros hay seguridad; y si

tiene una dignidad y señorío procura otro y otro si puede, y embriagado con la falsa y momentánea dulcedumbre de lo visible, ni advierte ni se le da nada por peligros y caídas; ni teme la estrechísima cuenta que se ha de tomar á los que tienen mandos según Dios lo ha testificado y avisado diciendo (Sapientia, VI): *Juicio durísimo será hecho en los que presiden.*

Entonces, aunque tarde, y con grave dolor y sin fruto, conocerán lo que aquí no quisieron, y sabrán que los montes más altos son combatidos con mayores vientos, y son más heridos con rayo del cielo que los lugares más bajos; y que el lugar más alto, como San Gregorio dice, es tempestad del ánima, y que se debe de huir en cuanto fuere posible; y ya que se haya de poseer ha de ser con dolor y gran temor y solícito cuidado para evitar los muchos peligros que con dificultad perdonan aun á los avisados, y gravemente derriban á los descuidados y negligentes, como acaeció al miserable Jeroboán por no estar tan fundado en la virtud como era razón, ni tener aquella verdadera estima de lo que es precioso y de lo que es vil, para estimar y desear lo uno y tener en poco lo otro. Que por ventura, si él no estimara en mucho la alteza del reinar con lo que á ello es anejo, recatárase de ello, y aunque lo poseyera tuviéralo en poco, y así no viniera á perder por ello la fe y obediencia de Dios. Lo cual se saca de las palabras del tema que Dios le mandó decir: *Reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima;* que quiere decir, deseos visibles conforme á esta vida animal y sensitiva que vivimos.

Porque si fueran deseos del Espíritu Santo espirituales y de cosas sólidas que estuvieran arraigadas en su corazón, aunque reinara en lo que deseaba, no por eso se perdiera, mas antes se mejorara; pues cuanto mayor abundancia de cosas buenas ejercitase, tanto á un hombre irá mejor, y el cumplimiento de sus deseos es mayor gracia y seguridad, y éstos son los que á boca llena son llamados bienaventurados por el Profeta David, cuando dice (Psalm. LXIV): *Bienaventurado el que elegiste y tomaste, porque morará en tus palacios.* Y agradeciendo á Dios en persona de todos ellos esta gran merced de tomarlos Dios para sí cuidando de ellos, guiándolos y haciendo que todas las cosas se le tornen en bien y en medios convenintes para reinar en el cielo, dijo: "La misericordia y verdad irán delante tu faz. Bienaventurado el pueblo que sabe la inte-

rior alegría. Señor, en la lumbre de tu rostro andarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día, y en tu justicia serán ensalzados; porque la virtud de ellos Tú eres, y en tu buen contentamiento será nuestra flaqueza ensalzada, porque nuestro amparo del Señor es, y el Santo de Israel nuestro Rey.„

¿Qué comparación puede haber entre los elegidos de Dios para bienes temporales, aunque sean reinos é imperios? Y pues lo más alto de ellos es una pura bajeza en comparación de los grandes bienes para los cuales Dios escogió á los buenos cristianos, con los cuales *ab aeterno* usó Dios de misericordia ordenándolos para la gloria del cielo, lo que misericordiosamente propuso de dar antes de los tiempos, con mucha verdad lo cumplió en su tiempo criándolos, llamándolos, justificándolos y engrandeciéndolos; y aunque no gozan de los temporales pasatiempos y corporales deleites, que son verdadera ponzoña, saben por experiencia la interior alegría que harta el corazón que nace de Dios y de la guarda de sus santos Mandamientos, de la buena esperanza de ir á reinar con Él.

Estos parecen de fuera tristes, de dentro trabajados, y andan de dentro siempre gozosos; mas los mundanos muy al revés, que de fuera parecen gozosos, ricos y descansados, y traen su corazón despedazado con cuidados, atormentado con aflicciones, sediento por tener más y carcomido de tristeza; y faltándoles tanto lo que tienen como lo que no tienen, rígense éstos por su propia prudencia, tienen su confianza en su brazo, no los toma el Señor para sí, y así todo se les torna en mal. Pues la planta que el celestial Padre no plantó, quieran ó no quieran ha de ser arrancada; mas de estotros dice David que andan sus caminos y ordenan su vida en la lumbre del Señor. Y aunque mirando á sí mismo hallan por qué llorar, mirando á la bondad divinal, en la cual confían que son amados, y que si ellos desean á Dios son ellos deseados de Dios, destierran de sí toda confianza y aflicción de vana tristeza, y no sólo se gozan, mas se regocijan todo el día, que quiere decir, en todo lo que les acaece; y esto no en su nombre, mas en el de Dios.

Entiendo que no de ellos, sino de la gran misericordia de Él les vienen estas mercedes, y que el ser ensalzados de ser hijos de hombres á ser hijos de Dios, esperando la herencia del cielo, y viniendo de manera que la merezcan, les viene toda esta alteza por ser participantes de los merecimientos de Jesucristo

Nuestro Señor, que es verdadera justicia y causador de ella en todos los que son justos; los cuales confiesan que la gloria de todo lo bueno que tienen es de Dios, y que no en los propios merecimientos, mas en el buen contentamiento de Dios, la fuerza y fortaleza de ellos será ensalzada á que puedan vencer al pecado, y al demonio y al mundo, y que pasen por el trance de la muerte y no queden muertos, mas les sirva de puente para pasar á la inmortalidad. Dan á Dios gloria de todo aquesto, y sonle agradecidos á estas mercedes, conociendo que la raíz de todas ellas es haberlos tomado para sí la bondad del inmenso Dios y Rey nuestro. No se espante nadie del largo preámbulo que habemos hecho antes de entrar en las alabanzas de la sacratísima Virgen María Madre de Dios; pues para cosa tan alta cualquiera escalera y número de escalones son bajos y pocos.

¿Quién podrá contar el inefable amor con que Dios dice á la Virgen: *Yo te tomaré?* ¿Y quién podrá contar la grandeza del reino para el cual hoy la toma? Y tampoco sabremos decir la pureza, y excelencia y grandeza de las cosas que deseaba el ánima de esta sacratísima Virgen. Ella dice (Eccl., XXIV) que desde *ab initio, et ante saecula* fué criada; porque aunque en el ser real fué en el tiempo criada, mas en la mente divina en todo tiempo lo fué; y aunque también lo fué todo lo demás que Dios crió en tiempo, mas esta Señora fué antepuesta á todas en ser más amada y elegida para mayor dignidad y para mayores bienes; y por eso se llama la primera engendrada ante toda criatura; porque en los ojos y corazón de Dios es la más dotada de gracias que todo lo restante de lo criado. Y de aquel inefable fuego de amor con que la Virgen fué amada resultó el ser criada y reservada de todo pecado, y vivir tal vida, que con la gracia del Señor mereció subir hoy al cielo, y reinar con mayor excelencia que ninguna pura criatura ni ángel, según lo canta la Santa Iglesia, diciendo: *Ensalzada es la santa Madre de Dios sobre todos los coros de los ángeles á los celestiales reinos;* lejos está de nosotros saber hablar de cosa tan alta.

Los ángeles y santos que fueron presentes á la solemne fiesta de hoy, en que fué puesta sobre la cabeza de la Virgen sagrada la riquísima corona de Reina de todo lo que hay en el cielo y en la tierra, sabrían decir algo, y Dios que la galar-

donó y honró lo sabrá decir todo ; mas nosotros en este destierro con nuestra corta vista muy poco podemos ver, y aun de lo que entendiéremos menos podemos decir. Y no es maravilla que de cosa tan distante, como es lo que pasa en el cielo, no sepamos hablar, pues aun de los deseos que tenía, aun viviendo en esta tierra el ánima de la Virgen, no sabremos dar cuenta. ¡Oh, qué va de los deseos del ánima de Jeroboán á los deseos del ánima de la Virgen Nuestra Señora! Gran diferencia hay entre el corazón de los hijos de Adán, que se quedan en su propia miseria, al corazón purísimo de esta Señora, al cual no tocó el pecado de Adán, y fué tan tomado de la gracia del Espíritu Santo, que más se puede llamar divino que humano. Gran negocio es conocer el corazón del hombre, el cual (según Dios da testimonio) es tan torcido y de tantos senos y revueltas, que el mismo hombre no las puede enteramente conocer, y sólo aquel que lo crió lo conoce.

En el Profeta Ezequiel (cap. VIII) leemos que le mandó Dios en su visión que entrase en el templo y viese las maldades é idolatrías que se cometían; y vistas aquéllas, le mandaba entrar más adentro, y veía otras mayores; y al cabo de muchas y muy abominables, mandóle cavar en una pared, y por allí vió estar cierto número de gente vueltas las espaldas al templo, y las faces á los ídolos adorándolos y ofreciéndoles incienso; y aquella maldad es allí notada por la mayor de todas las otras, y en ella se nos declara la gran maldad de nuestro corazón, del cual nacen las fornicaciones y los hurtos y pensamientos malos. Hace uno una mala obra, que sale á lo de fuera: aquello es hacer maldad en el acto exterior que vió Ezequiel. Mas entrando más adentro, y mirando de qué raíz procedió esta mala obra, hallaremos un vicio de fornicación interior, ó de malquerencia, ú otro semejable, el cual hizo salir afuera la mala obra conforme á esta mala raíz; y si cavamos más en la pared de nuestro corazón, hallaremos que esta fornicación ó malquerencia interior tiene por causa el amor propio, el cual vuelve las espaldas á Dios y la faz á las cosas temporales, amándolas para sí mismo más que al mismo Dios.

Mala cosa es el deleitarse un hombre en la obra mala, mas muy peor es volver á Dios las espaldas y decirle (Job, XXI): *No os quiero;* y así con justa justicia en el lugar donde es castigado el pecado, que es el infierno, se da al hombre pena de

sentido, porque se deleitó en las criaturas, y dásele pena de daño, que pierda á Dios para siempre, porque viviendo en esta vida volvió las espaldas á Dios, despreciando el bien infinito. Estas son las obras, estos los deseos, esto lo que pasa en el ánima del pecador deseando cosas malas ó vanas, ó reinar en lo malo, que verdadera malaventuranza es, y en lo vano verdadero peligro; y tal lo fué para Jeroboán, pues por reinar en aquello vino á ser esclavo del pecado y del demonio, y causó que innumerable gente ofendiese á Dios y fuese al infierno.

¡Oh Virgen para siempre bendita! Cuán seguro estará quien viere vuestra sacratísima ánima de ver en ella deseo de cosa mala, deseo de cosa vana, ni en toda vuestra vida cosa que tenga rastro ni olor de cosa de aquéstas. Había muy bien leído esta prudentísima Virgen que el Rey David había deseado en un tiempo beber un jarro de agua de un algibe que estaba á la puerta de Belén, y dando cuenta de ello á sus caballeros, fueron ellos con gran peligro de la vida pasando por el ejército de los filisteos para poder coger el agua, y trajéronsela á su Rey para que la bebiese como deseaba; mas él no quiso beber, mas derramóla en la tierra ofreciéndola á Dios, porque le pareció que no era razón de beber agua de tanto peligro, pues se habían puesto en aventura de perder la vida por la traer.

Este recatamiento había aprendido la Virgen de la Escritura divina; mas muy mejor se lo había enseñado el Espíritu Santo, dándole á entender que aunque las cosas y reinos temporales de sí no sean malas, mas que la posesión y uso de ellos es lleno de mucho peligro, y que á muchos ha costado la vida del ánima; y que quien bien la quiere guardar se debe apartar aun de lo lícito.

Si es peligroso, por no caer en lo ilícito, que es dañoso y mortífero: y de poseer á amar hay muy poca distancia; lo uno porque somos inclinados á estas cosas visibles, y lo otro porque con la presencia y uso se entran poco á poco en el corazón; y cuanto ellas ocupan, tanto pierden á Dios y su presencia. Y conforme á esta doctrina se gobernó la Virgen de manera que huyó de toda pompa de riquezas y prosperidades, y de todo lo que las ánimas de los mundanos desean, temiendo no le fuesen aquestas cosas algún impedimento para que el fuego de su ánima, que en el altar de su corazón ardía en honra de Dios, no se le entibiase ó le estorbase, por muy poco

que fuese, de darse toda y con todas sus fuerzas al que más que á sí amaba.

Y así sus obras fueron santas para glorificar al que la crió, y éstas salían de excelentísimas virtudes que en su ánima tenía, en comparación de las cuales, las obras, aunque buenas, eran pequeñas; y quien cavare más en el corazón de la Virgen hallará en lo más dentro de él un mar abundantísimo de gracia y amor, del cual salían las virtudes así como ríos. Allí no había espaldas vueltas á Dios y ojos al mundo, mas totalmente muerto el amor al mundo, y todo él despreciado y estimado en nada en los ojos de la Virgen, y sólo el bien sumo mirado, estimado, amado y preciado de ella sobre todas las cosas, diciendo con mucha verdad (Luc., I): *Mi ánima en grandece al Señor* tan engrandecido, que todas las cosas tiene por nada en comparación de Él; y que después que lo ha engrandecido con todas sus fuerzas, y fuerzas dadas por el Espíritu Santo, cree de Él que en comparación de lo que merece ser alabado, y preciado y amado, es nada ó poco lo que ella le sirve y le engrandece.

¡Oh purísimo corazón! ¡Oh amor, verdaderamente amor, que haces olvidar el interés y provecho de aquesta sacratísima Virgen, y que aun ni á sí misma no vuelva los ojos por no apartarlos un solo momento de la hermosura divina, y que por amarle á Él primeramente no ame Ella á nadie, ni aun á sí misma, sino á Dios en todas las cosas, y á sí misma por amor de Él! Este era su ejercicio: mirar y amar al Señor Dios suyo, y decirle con mayor verdad que nadie lo dijo, lo que está escrito (Psalm. XXVI): *A ti dijo mi corazón, mi faz te ha buscado; tu faz, Señor, buscaré de corazón:* y no de sola lengua dice la Virgen á su Criador, mi faz te ha buscado. ¡Oh prudentísima Virgen, todo el cuidado ponen las vanas mujeres en ataviar la faz con colores y diversas unciones para parecer bien y ser vistas de unos hombres que los ojos que miran y la faz que es mirada estarán presto en la sepultura llenos de mal olor y de fealdad! La Virgen sagrada con mejor consejo trocó este cuidado en ataviar la faz de su ánima, que es su conciencia, con diversidad de virtudes, y con la unción blanda del Espíritu Santo, que cumplió muy por entero lo que dijo David (Psalm. XLIV), *que la hermosura de esta Reina toda es en lo de dentro, donde miran los ojos de Dios.* Las vírgenes locas no fueron conoci-

das de Dios, porque no llevaban la unción del óleo de la santísima gracia en los vasos de la conciencia y hermoseadas con otras obras de caridad. Y porque así como por la faz conocemos á uno, y la conciencia no buena no es agradable á los ojos de Dios, dícese que Dios no conoce á la tal persona, porque no aprueba la tal conciencia, de la cual está ausente la hermosura de la celestial gracia.

Y como el cuidado de la Virgen era uno, como San Pablo lo manda, y ayudado muy particularmente del favor del Espíritu Santo salió también con el negocio que paró la faz de su ánima tan hermosa, que no tuvo mancha ni arruga, y halló tanta gracia delante de los ojos de Dios, que se holgase Dios de mirar su faz y oir su voz. Palabras de Él son dichas á Ella (Cant., II): *Enséñame tu faz, y suene tu voz en mis orejas, porque tu voz es dulce y tu cara muy hermosa.* Dichosa Virgen que tan buen orden llevó, primero en hermosear su conciencia, que en hablar con la lengua; porque los que primero presumen de hablar que de bien obrar, antes de la luz se levantan y son testigos de vista del camino de Dios que enseñan á otros; y no por eso agradan á Dios ni escaparán de aquella terrible amenaza que dijo Dios al pecador (Psalm. XLIX): *¿Por qué tú hablas mis justicias y tomas mi ley en tu boca?* Esta Señora, con la hermosura de su faz, dice que buscaba á Dios, porque así con el pensamiento recogido como con las obras buenas, que son hermosura del ánima, buscaba y llamaba á la puerta de Dios, teniendo su intención toda tan fijada en Él y tan convertida en Él, que ahora comiese ó bebiese, ú otra cosa hiciese, todo—como dice San Pablo (Cor., X)—lo hacía en gloria de Dios, sin tomar de ella propia gloria, mas verdaderamente buscando en todo la gloria y contentamiento de Dios.

Este era el cuidado; esta faz era la de la Virgen, con que dice que buscaba, y añade lo que buscaba diciendo: Tu faz, Señor, buscaré; no hace aquí mención la Virgen sagrada de los pies de Dios, ni de las manos de Dios, sino de la faz de Dios, y ésta es la que Ella buscaba; porque aunque muchas veces se postraba á los pies de Dios, que son su justicia, debajo de los cuales nos postramos los pecadores pidiendo perdón de nuestros pecados, y Ella, considerando los que pudiera hacer si Dios no la guardara, esta consideración le causaba un gran temor, que sirve de reverenciar á Dios; y también otras veces consi-

deraba las obras de los merecimientos, y por ellas como por escalera subía al conocimiento de Dios, y como muy agradecida á las manos de la liberalidad divina, con perfecto conocimiento de las grandes mercedes que Dios le había hecho, y por ellas cantaba con perfecta humildad (Luc., I): *Hizo en mí grandes cosas el que es poderoso y su nombre santo;* mas aunque esto algunas veces usaba, y andaba estas estaciones de los pies á las manos, mas su principal y casi continuo ejercicio era buscar la benditísima y hermosísima faz del Señor.

Justamente se debe á Dios el agradecimiento de todas las misericordias generales y particulares, y no quiere que ninguna, por pequeña que sea, quede sin ser conocida y agradecida; porque lo que así queda, por perdido se puede tener. Y para darnos á entender esto, después de haber hartado el Señor en el monte aquella muchedumbre de gente con cinco panes y dos peces, mandó que se recogiesen los mendrugos que habían sobrado, aunque fuesen pequeños, porque no pereciesen.

Esto así es; mas cuando un amor es muy perfecto que llega á hacer perfecta unión entre el que ama y es amado, y los hace, como San Pablo dice, ser un espíritu, éste conoce que su amado no le pide tanto el agradecimiento de las mercedes que le hace, cuanto verdadero amor que más y más le junte con Él. Claro está que de lo que hace un buen marido por su mujer, no tanto le pide agradecimiento, cuanto amor de mujer leal.

Porque si un filósofo dijo á un su amigo: No me des gracias de lo que hago por ti, porque no parezca que tú y yo somos dos, pues el verdadero amigo es otro yo; y ninguno quiere que le den gracias por lo que hace en su casa propia, mucho mejor un marido guardará esto en su propia mujer, con la cual es una misma cosa; y muy mucho mejor lo guardó Dios con su sacratísima Madre, pues en la dignidad era Madre y esposa, y por el perfectísimo amor que entre ellos había, Él tenía á Ella por cosa muy suya: las mercedes que le hacía, como en tal cosa las hacía; y Ella tenía á Él tan abrazado con tan grande amor de su corazón, que lo amaba cien mil veces más que á sí misma. Y como sabía que esto quería Dios de Ella, no curaba de detenerse en beso de pies, ni en consideración de las criaturas; porque aunque para los imperfectos es buena escalera para subir al Criador, mas los ejercitados en el ejercicio del perfecto

amor, por rodeo lo tienen, y de un vuelo se ponen derechamente en contemplación y amor del Bien sumo, que es Dios; y enamóranse de Él tan de verdad, que buscan la faz de Él, y olvidados de su propio interés quieren ser todos enteros para Dios más que para sí.

Y encendidos con el fuego del divino amor se ofrecen cada momento á sí mismos y todas sus cosas, como abrasados holocaustos para que Dios haga de ellos su buen contentamiento en tribulación ó prosperidad en vida ó muerte, en este mundo y en el otro; y su deseo sólo es nunca ofenderle y en todas las cosas y en todo tiempo agradarle. Y si esto pasa en muchos amadores de Dios, si esto pasa en los ángeles del cielo, ¿quién contará la grandeza del divinal amor que en el virginal corazón de la sagrada Madre de Dios había, que la encendía y suavemente abrasaba, deseando su ánima con mayor deseo, ofreciéndose en suavísimo holocausto á la voluntad y honra de Dios, y tanto con mayor suavidad, cuanto su corazón estaba más desocupado de todo amor de criaturas, como mandó Dios que el altar de los holocaustos estuviese, y su ánima muy dispuesta para recibir en sí el fuego del amor celestial que le fué enviado del cielo, y su bendito Hijo quiso que se encendiese en la tierra aunque le costase la vida?

Éstos eran los deseos que el ánima de la Virgen sagrada deseaba, sobre los cuales le dice Dios que le hará reinar; porque si mucho desea reverenciar, agradecer, servir y amar al Señor, todo le fué concedido, y con tanta ventaja sobre todo lo criado, como lo tiene la Reina del señorío sobre sus vasallos todos. Mas ¿qué haremos con este virginal corazón, que aunque sirve á Dios y le agrada más que todo el restante del universo no se contentan sus deseos con tan grandes servicios?

Mas en comparación del amor que á Dios tiene, todo le parece pequeña cosa para servir al Inmenso bien, y amarlo de todo corazón sobre toda medida, y por eso deseaba con entrañables deseos que todo lo que Dios crió en los cielos y tierra conociese, reverenciase, obedeciese y amase á Dios de todo su corazón, y los convidaba muchas veces desde el más alto serafín hasta la hormiguita y hierbecita del campo, que todos juntamente engrandeciesen á Dios con ella y ensalzasen el nombre de Él en concordia; todo lo tomaba la Virgen por leña, lo alto y lo bajo, para cebar y mantener el benignísimo y gas-

tador fuego del amor divinal que ardía en su corazón. Y para remedio del desmayo y corporal flaqueza que estos deseos encendidos causaban en ella, decía muchas veces lo que antes que Ella naciese fue dicho en su persona (Cant., II): *Sustentadme con flores, cercadme con manzanas, que estoy enferma de amor. Fortísima cosa es más que la muerte el amor perfecto de Dios;* y así con el continuo pensamiento que hace tener en el amado, y el abrasado amor y deseo de ver á Dios, consume la carne y gasta las medulas, y mata el amor de todas las otras cosas, que de tal manera se enseñorea de la dichosa persona donde Él está, que la enflaquece y enferma, hiere, prende y cautiva, para que toda se emplee en el bien y hermosura infinita que merece ser amado con inefable amor.

El alivio que se toma para este gran fuego es ver el amor de Dios, oir y acordarse que hay gente que tiene deseos de servir á Dios, que son flores, y gente que de verdad le sirve con obras significadas por las manzanas. Esta era la epítima, el aire fresco que la sagrada Virgen tomaba para remedio de las ansias amorosas de su corazón, y con acordarse de los servicios que á Dios Nuestro Señor le son hechos en la tierra, y principalmente en el cielo, y que de todo recibe Dios gloria, ó por vía de justicia ó por vía de misericordia tenía fuerzas para defenderse de la muerte, que muchas veces su fuerte amor le causara. Y también se entiende de aquesto lo que Dios le promete, que reinaría sobre todas las cosas que deseaba su ánima; porque aunque en esta vida se levantaba muchas veces sobre sí misma al conocimiento de los servicios que se hacían á Dios en el cielo y tierra, bebiendo de aquel agua se remediase su sed.

¿Quién será tan atrevido, Virgen sagrada, que ose pasar más adelante aquesta empresa de conocer y declarar qué cosas son las que deseaba vuestra ánima, sobre todas las cuales os promete Dios que habéis de reinar? El Señor pregunta á Job (cap. XXXVIII): *¿Has entrado, por ventura, en los tesoros de la nieve?* Para darle á entender que no presumiese de sabio, pues aun de aquella cosa tan pequeña entre las obras de Dios, aún no sabría dar buena razón.

"¿Pues cómo la daré yo—dice San Agustín—pobre de ingenio, hablando de la santísima Virgen María, que si todos los miembros de todos los hombres se convirtiesen en lenguas aún no serían suficientes ni bastantes para la alabar?" Y si San

Agustín y otros altos gigantes en las cosas de Dios se hallan tan pequeños enanos en las alabanzas de esta tan alta Señora para siempre bendita, ¿qué debo yo de sentir en hablar de ella, pues soy enano en comparación de todos los Santos y sabios? Menester es, Señora, suplicaros para el fin de este discurso, como para el principio, que nos alcancéis el favor del Espíritu Santo, que os hizo tan santa y tan alta, para que el que puso en vuestro corazón tan gran fuego de amor, que saltan de él centellas de vivos y grandes deseos muy mejor que del Profeta Daniel, que este mismo Espíritu Santo nos enseñe, ya que no todos vuestros deseos, mas alguna parte de ellos, para que á gloria de Dios que os los dió, cumplamos con el oficio del hablar en vuestra santísima fiesta. Señora, ¿quién soy yo para entender en los tesoros de la nieve, que son las inestimables é innumerables riquezas de la santidad y pureza más blanca que nieve de vuestro corazón? Mas dame mucha confianza que el Señor bueno envió comida á Elías, su Profeta leal, por medio de un cuervo negro; mirad, Señora, á esta gente congregada y devota en el día de vuestra alegría y ensalzamiento, y dadles el conocimiento de los deseos de vuestro corazón, sin mirar la indignidad de mi lengua que los ha de hablar.

Decidnos, Señora para siempre bendita, ¿no están satisfechos los deseos de vuestro corazón con que desde que fuisteis concebida hasta que de esta vida salisteis, en ninguna cosa chica ni grande enojasteis á Dios? En todo le agradasteis con mayor agradecimiento que hubo ni habrá. Señora, ¿y los servicios que á Dios humanado hicisteis dándole carne humana formada de vuestra purísima sangre, trayéndole nueve meses en vuestras entrañas, pariéndole y sirviéndole cuando chico y cuando grande? Esto, Señora, ¿no satisface á los deseos de vuestro corazón? Y si todo faltase, ¿no bastaba aquella obra mayor que todas las que hicisteis, más digna de loor que ninguna lengua puede contar, cuando estando al pie de la cruz de vuestro Hijo bendito amasteis tanto al mundo que por remedio de él ofrecisteis en vuestro corazón la muerte de vuestro benditísimo Hijo, obedeciendo como esclava á la voluntad del Señor cuando os lo quiso quitar, como cuando en la Encarnación fué servido de dároslo?

Y si con todo esto se juntan los servicios hechos á Dios por todos los hombres desde el principio del mundo, y que se harán

hasta el fin de él, ¿qué amor hay que con esto no se contente? Y si se junta con esto los servicios y alabanzas de los ángeles, y de todos los que se han de salvar que han de dar á Dios en el cielo, no parece que hay cosa más que desear para quien á Dios ama. Y si esto, Señora, no basta, mucha razón tenemos de avergonzarnos de que nuestro amor es tan flaco y tan corto, que con un no sé qué que hacemos ó que sufrimos nos contentamos, sin tener vivos deseos de hacer más y más por Nuestro Señor, y que todos le sirvan y alaben. ¡Oh! dice la Virgen, que todos los siervos, que todas las criaturas celestiales y terrenales hacen y pueden hacer al altísimo Dios, son una pequeña arenita en comparación de la grandeza del cielo; todos los servicios que se pueden hacer son una gran poquedad para lo que merece el que es bien sin medida. No hay proporción de finito á infinito, y por eso los deseos de mi corazón no se contentan con todo lo que las criaturas le pueden dar; y á quien le parece que esto no es así, será porque tiene peso falso; y por tener poco amor en la balanza le parece que pesa mucho lo que hace por Dios puesto en otra. Si reinar tengo sobre todo lo que desea mi ánima, mayores bienes tengo de ver que tiene Dios, que todo lo que el cielo y tierra le pueden dar.

Albricias, albricias, corazón virginal, en el cual cupo Dios, y por eso no le hinche la poquedad de las criaturas. Albricias, que os manda decir el Señor: Yo te amaré, Madre mía, y reinarás sobre todas cosas que desea tu ánima, y quien dijo todas ninguna sacó. Y si vuestro deseo, como la Escritura dice, es todo el bien, ya es venido el día en que veáis todo el bien y se os descubra la faz del Señor que buscáis, la cual en esta vida tienen cubierta con sus alas los dos serafines, aun cuando habla el Señor con los Profetas amigos suyos. Él se os enseñará y os dará el deseo de vuestro amorosísimo corazón. ¿Quién contará esto? ¿Quién dirá que es ver á Dios claramente, retablo de hermosura infinita, piélago inmenso de infinitísimas perfecciones, el cual siendo claramente visto roba los corazones de los que lo ven, y los enciende en tan grande fuego de amor cual no se puede decir, y en cuya comparación el mayor de la tierra parece tibieza? Porque como dice Isaías (cap. XXXI): *El fuego de Dios está en Sión y el horno en Jerusalén;* dando á entender que lo que excede el fuego de un gran horno á otro fuego pequeño, excede el amor de Dios que resulta de verle

en el cielo significado por Jerusalén, al que acá se le puede tener en la tierra, por grande que sea, significado por Sión.

Esta faz hermosísima es la que enciende en amor á los serafines, y á todos los que la ven engendra en ellos unos deseos tan vivos, una sed tan entrañable de que tenga bien, gloria, poderío, sabiduría, y por decirlo en una palabra, desean con indecible deseo que tenga Dios infinitos bienes, y como todo lo criado sea finito, hacen tan poco caso de ello, que no les apaga su sed causada de la vista de su hermosísima faz. Y si el altísimo Dios no les cumpliese este deseo, ellos quedarían con grande angustia.

Mas en el cielo enjuga las lágrimas de los ojos de los suyos, y destierra el dolor y el llanto, y todo lo que pueda dar pena; no hay lugar de tormento ninguno, ni falta de cumplimiento de la santa sed de los que allá van, porque Dios se la quita con darles á beber de aquel río resplandeciente como cristal que San Juan vió en su Apocalipsi, que procede de la silla de Dios y del Cordero, y va por aquellas plazas de oro fino de Jerusalén, cuyo espíritu alegra toda aquella ciudad de Dios, porque como dice David, les da Dios á beber con el río de su deleite. ¿Cómo estarán sedientos los que por vaso tienen un río, y lo que beben es deleite de Dios? ¡Oh inmensa bondad tuya, Señor, que Tú los hieres con las saetas de tu amor que salen de tu hermosísima cara, con que olvidados de sí mismos te desean infinitos bienes, y Tú mismo los sanas de aquella herida y les quitas la hambre y sed que Tú les causaste! Y si tu faz despertó en ellos tales deseos, la misma faz tuya les da el cumplimiento de ellos y los acallas sin que tengan más que desear, como la madre al niño que toma á sus pechos.

Viendo á Dios, según habemos dicho, le desean infinito bien, y esta es la hambre y la sed; y viendo al mismo Dios, ven que tienen tantos bienes de sabiduría, fortaleza, bondad, hermosura, gozo y bienaventurada vida, que ni tuvo principio, ni tendrá fin, ni puede crecer más por ser infinito, ni descrecer un solo cabello por ser omnipotente; y como hallan en él todo lo que deseaban, y mucho más, quedan contentos y recontentos; y cuanto fué la grandeza del deseo, tanto es el gozo causado por elcumplimiento de Él. Quien lleva el vaso más capaz del amor, más se goza del bien de Dios, y si quien más pequeño lo lleva es tanto el gozo que no cabe de placer en sí mismo, porque ama á Dios, sin

comparación más que á sí mismo. ¿Qué os parece qué tal será el gozo de esta Virgen y Madre que hoy sube al cielo y ve claramente la faz del Señor que ella buscaba, pues el vaso de su amor y del deseo causado de la vista de Dios es más capaz que el de todos los hombres puros y de todos los espíritus bienaventurados?

Alegraos con Jerusalén, que es la sagrada María, y gozaos todos los que la amáis, porque hoy la ha vestido el Señor con excelentísima gloria, viniendo sobre ella como arroyo de paz, y poderisímo río, con grandes ondas de dulcísima miel; á Dios buscó, á Dios ha hallado, y sin temor de perderle, mientras Dios fuere Dios, para siempre engrandecerá su ánima al Señor, y se regocijará en espíritu de Dios, salud suya. Deseó el bien de Dios, y renunció su provecho, y halló á Dios; y asimismo esle dado Dios para que se goce de los bienes de Él, y le ha dado bienes para que se goce, para gloria y contentamiento de Dios; y de todas partes está cercada de la dulcedumbre de Dios, engolfada en el abismo de la bienaventuranza de Él, transformada en Él más que ninguna criatura, y por eso hecha Reina y Señora de todo lo criado. Con mucha razón canta la Iglesia: *Subida es María al cielo, gózanse los ángeles y bendicen al Señor;* y con grande razón nos dice otra vez: *María Virgen es subida al cielo: gozaos, porque para siempre reina con Cristo.*

Virgen para siempre bendita, muy alegres estamos vuestros muy indignos siervos de que tan grande hayáis sido en servir al Señor, y es tan copioso en misericordias para os galardonar, y de que vuestros deseos sean cumplidos de ver á Dios faz á faz. Descansad, Señora, y—como dice Isaías—ensanchad el lugar de vuestro aposento, que es vuestro corazón, porque mucho es lo que Dios os ha dado y no os lo quitará para siempre. ¿Quédaos, Señora, más que desear? ¿Quédaos algo más sobre que reine vuestra ánima? Y aunque parezca ignorancia esta pregunta, no lo es, porque juntó Dios el cuerpo y el ánima de cualquiera humana persona con un tan íntimo lazo de amor, y aunque el ánima esté fuera del cuerpo y esté en el cielo gozando de Dios, tiene un natural deseo de verse junta con el cuerpo para darle vida como antes hacía, mayormente sabiendo que su cuerpo no ha de tener en el cielo las pesadumbres é imperfecciones de acá, ni le ha de ser impedimento, sino instrumento hermoso, sutil, incorruptible y ligero, y tal cual conviene para ánima que goza

de Dios. Y si las ánimas bienaventuradas desean tener sus propios cuerpos consigo para que sean participantes en la gloria, pues lo fueron en las buenas obras, ¿con cuánta más fuerza desearía el ánima de la Virgen sagrada tener en el cielo consigo su santísimo cuerpo? Pues que tan lealmente le ayudó á servir á Dios estando en aquesta vida, sin tener movimiento ni inclinación mala como los cuerpos de los otros Santos.

Es por cierto cosa muy justa que pues en cuerpo y en ánima fué la Virgen bendita silla de Dios, y por muy particular manera, que ya que se partió esta silla en dos partes el día de su sagrada muerte, que luego al tercer día torne Dios á juntar su silla y sacratísima arca para que vean todos los que en el cielo estuvieren aquella santísima carne, de la cual el Verbo divino tomó carne humana, y que esté tan resplandeciente que baste á alumbrar todo el cielo y henchir de nueva gloria á todos los que allá están; y así es de crer que lo pidieron los ángeles, y que Dios lo concedió, y que toda la Virgen entera está reinando en el cielo sobre todas las cosas que desea su ánima; y una de ellas era, según habemos dicho, tener consigo su benditísimo cuerpo, descansando para siempre bienaventurada. Bendita entre las mujeres, y sobre ángeles y hombres; dadnos licencia para os preguntar si son cumplidos todos vuestros deseos, pues que parece que sobre vuestra gloria ni hay más que tener ni qué desear y que podréis decir con grande verdad (Psalm. XXII): *El Señor me apacienta: ninguna cosa me faltará; colocado me ha en lugar de su pasto, y muy abundoso.*

Gran verdad es—dice la Virgen—que en lo que á mí toca no tengo más que desear, porque he entrado en el gozo del Señor más dentro y con mayor abundancia que ninguna pura criatura entró ni que nadie puede decir; mas tengo hijos en el mundo, la salvación de los cuales deseo con muy amoroso y natural corazón, y aunque no puedo tomar pasión ó penas de sus trabajos y males, porque con el gozo del cielo no se compadece pena ninguna, mas no he perdido la compasión de ellos ni el deseo de su salvación que tenía en el mundo, antes se me ha acrecentado la caridad. Este cuidado tendré hasta que el mundo se acabe. Este oficio haré, ser fiel abogada de los negocios de ellos delante del trono de Dios, y cuando lo viere enojado con ellos, pondréme delante, y si fuere menester hincaré mis rodillas, y echaréme á sus pies, y traeréle á la memoria los ser-

vicios que Él me dió gracia que yo hiciese y Él recibió de muy buena gana, y haré todo aquello que una amorosísima madre hace con sus hijos, sin cansarme ni enfadarme de abogar por justos y pecadores.

¿Oís esto, cristianos? Dichosos nosotros, por cierto, que tenemos á Dios por Padre y á su sagrada Madre por Madre; y si queremos mirar en ellos, nos es dada hoy una gran confianza para nos salvar, pues ha subido de la tierra al cielo una Señora que tanto puede con Dios como Madre con Hijo, y que es muy más piadosa para con nosotros que ninguna madre lo ha sido ni será con los propios hijos que engendró y parió. ¿Quién contará las grandes misericordias que están en aquellas palabras dulcísimas que por tu meliflua boca dijiste (Matth., XXIV): *No queráis llamar padre sobre la tierra, porque uno es el Padre vuestro que está en los cielos?* No porque Tú, Señor, vedas que llamemos y honremos por padres á los que según el cuerpo nos engendraron, antes lo has mandado en tu cuarto Mandamiento, y es cosa muy agradable en tus ojos, como dice San Pablo. Mas quieres descubrirnos el secreto del corazón de tu Padre, que nosotros no sabíamos y tanto nos importaba saber, y es que el paternal amor que nos tiene excede tanto al que nos tienen nuestros padres que nos engendraron, que así como en comparación de Dios ninguno merece ser llamado santo, ni bueno, ni alto, porque Él es sólo el Santo Señor altísimo y bueno que obscurece con su bondad la bondad de las criaturas, porque les lleva ventaja infinita, así los que nos engendraron, por mucho amor que nos tengan, no hinchen este nombre de padre, ni merecen tenerlo, sino Dios, cuyo amor y cuidado para con nosotros justísimamente merece este nombre, y lo hinche y cumple de todo su significado, haciendo altísimamente el oficio de padre.

Bendecímoste, Señor, por misericordia tan llena de gracia, raíz y causa de muchos y diversos bienes que de esta misericordia proceden, que como verdadero Padre nos haces en este mundo y en el venidero, y también te bendecimos porque nos diste á tu santísima Madre por Madre; que como es la cosa más conjunta contigo en el parentesco de la carne, así lo es en el fuego de la caridad. Y como un hierro echado en el fuego está todo lleno de él, que parece que es el mismo fuego, así esta Virgen bendita, echada en el horno del divino amor, sale toda tan llena de Él, y tan semejable á Él, que es tan verdadera Madre

del pueblo cristiano, que en comparación de Ella las madres no meren nombre de madres.

¿Quién habrá que no despierte del sueño del pecado, si en él está, y que no se anime á proseguir las buenas obras que ha comenzado, con tener favor de tan potentísimo Padre y regalos de Madre tan piadosa? Comencemos nuevo partido para alcanzar la gloria del cielo. Parémonos á considerar cuán grande parte será de nuestra bienaventuranza verla en el cielo y agradecerle los favores y misericordias que nos hizo para ir allá.

Entendamos muy de verdad que con el grande amor que nos tiene desea que vayamos donde Ella está, y que para esto está muy aparejada para socorrer á cualquiera persona en cualquier tiempo y negocio en que la llamare. Riquísima es, para todos tiene; los pecadores alcanzan por ella perdón, los justos más gracia, los ángeles gloria, y el Hijo de Dios tiene de ella carne humana, y la Beatísima Trinidad gran gloria, por ser hechura suya. Y es tanta su libertad para dar, cuanta su riqueza para poder dar. ¿Qué resta sino que hagamos lo que está escrito (Prov., I-VIII): *No dejes, hijo, la ley de tu madre;* y ella misma nos dice: *Bienaventurados los que guardan mis caminos?*

Y si la amamos, imitémosla; si por madre la tenemos, obedescámosla, y lo que nos manda es que hagamos todo aquello que su Hijo bendito nos manda, porque el camino por do ella ganó lo que tiene, la obediencia de Dios fué, y si ésta no tuviera, ninguna cosa le aprovechara ser Madre de Dios según la carne; y toda persona que guardare la santa voluntad de Dios, será madre de Dios según el espíritu; y de que haya muchas madres de éstas no tiene envidia la Virgen y Madre, antes lo lo desea y lo procura; y Ella, como principal de todas, nos es dada por ejemplo, para que imitando su humildad, mansedumbre, limpieza y caridad, y todos los otros caminos que ella anduvo en obediencia de Dios y siendo ayudados de ella, no sólo con sus ejemplos, mas con sus ferventísimas oraciones delante del trono de la misericordia de Dios, se nos comunique tal gracia, que en el día de nuestra muerte nos sea dicho de parte de Dios: Yo te tomaré y reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima, gozando en compañía de esta santísima Virgen en la sempiterna gloria del cielo. Amén.

TRATADO XI

De la festividad de la Asunción de la Santísima Virgen María Nuestra Señora.

Quae est ista, quae ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum?

"¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de regalos, recostada sobre su amado?"

(CANT., VIII).

CONSIDERACIONES SOBRE ESTAS PALABRAS

No hay término que no llegue en las cosas que son medidas por tiempo. No se alegre el malo en los placeres y prosperidades que tiene, porque presto vendrá un día por su casa en que le quiten de la boca la embriaguez de sus vicios, y se dé contra él aquella dura y justa sentencia (Apoc., XVIII): *Cuanto se glorificó en sus deleites, tanto le dad de tormento y lloro.* Pasáronse los siete años de la fertilidad que hubo en Egipto, y sucedieron otros siete de mayor esterilidad que la pasada fertilidad, y por unos deleites y pecados breves que en siete días se gozan, que significan toda esta vida, les sucede no siete años solos de grandes tormentos, mas siete mil cuentos de años, y mientras Dios fuere Dios; era temporal esta vida, vino su término, y vino tras ella la muerte, que no tendrá fin. No se alegren los que en este mundo tienen prosperidad; no lleguen su corazón á las riquezas; aunque les vengan no se alegren; cuando compran no lloren; cuando pierden hacienda, usen de este mundo como si no usasen, porque se pasa, y muy presto, su figura, como dice San Pablo.

Y los varones de las riquezas durmieron el sueño de la muerte, la cual quieran ó no quieran ha de venir, y ninguna cosa de ellas hallaron en sus manos, como dice David: "No tiene por qué gloriarse el malo ni el vano, porque él dijo: de lo que aquí le daba placer, es más amargo sin comparación que el deleite que recibieron." Si gozaros queréis, yo os diré lo que para ello habéis de hacer. A vosotros digo, que os tenéis por extranjeros en este mundo, y habéis puesto vuestro cuidado en tener tal vida, que tengáis con razón esperanza de gozar de la otra. Alégrense los que guardan los Mandamientos de Dios, porque los servicios su término tienen, el galardón para siempre será. Consolaos los que lloráis vuestros pecados, y los que leváis á cuestas la penosa cruz de la penitencia y mortificación de vuestras pasiones, y sois obedientes á Dios en los trabajos que Él os envía, y no le dáis por ellos quejas como los mundanos, mas gracias como buenos cristianos, porque todas estas cosas temporales son, y su fin tienen, y obrarán después en vosotros eterno peso de gloria.

Alegraos, alegraos los que de veras amáis al Señor, por cuyo amor tenéis la morada de esta vida por penoso destierro, y por ser leales al amor del Señor en ninguna cosa os queréis aquí consolar, mas como casta tórtola tenéis el gemido por canto y os habéis sentado sobre los ríos de Babilonia, despreciando todo lo que en el mundo florece, porque se pasa como agua de río, y vuestro oficio es llorar acordándoos de aquella celestial Sión, en la cual Dios es visto con grandísimo y eterno gozo, no por velo, sino faz á faz claramente. No desmayéis en vuestros trabajos, porque jurado ha el Señor de quitar la copa del amargor de vuestra boca y daros eternas consolaciones, y día vendrá, y cierto vendrá, y presto vendrá, en que Dios os dé el deseo de vuestro corazón, y abrirá vuestra cárcel, y romperá las cadenas de vuestra mortalidad, y pondrá en vuestra boca un cantar nuevo, y sacrificaréis á Dios en el cielo sacrificio de alabanza perpetua.

Sabed bien considerar el presente día y solemnísima fiesta, en el cual se llegó el término tan deseado y tan pedido por la sacratísima Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, y gozándoos de tan grande bien como á ella le vino, pues hoy entró en la ciudad celestial con tanta fiesta y regocijo que pone en admiración á los ángeles, y espantados de que en este

miserable desierto hubiese tan preciosa reliquia, y que con tanta honra y pompa fuese subida á la alteza del cielo, y constituída por Señora de los que están allá y de los de acá, preguntan diciendo (Cant., VIII): *¿Quién es ésta que sube del desierto, abundante en regalos, arrimada sobre su amado?*

Gócense, pues, los buenos hijos de la libertad de su bendita Madre, y esperen ellos que á semejanza de Ella les vendrá el día de su libertad, en que libres de la corrupción de esta vida gocen con ella en el cielo del don de incorrupción perpetua, de cumplida gloria y de la alegre vista de Dios, y entiendan que esta Virgen bendita no sólo nos es dada para ejemplo de nuestra vida, á la cual sigamos é imitemos en sus virtudes, mas también tenemos en ella ejemplo y motivo para esperar que si fuésemos acá por el camino que Ella fué, aunque no tan aprisa ni con tanta santidad, iremos donde Ella fué aunque menores en gloria.

Estemos, pues, muy atentos, y no perdamos de vista á esta Señora tan acertada en sus caminos, y tan verdadera estrella y guía de los que en este peligroso mar navegamos. Y pues que en otras fiestas, desde que fué concebida en el vientre de su madre hay mucho que mirar y que aprender, y con qué consolarnos, tenemos obligación el día de hoy á decir algo de Ésta que no tiene menos provechos que cualquiera de las otras, y comencemos por aquí. Señor, amando á vuestra benditísima Madre con amor tan grande cual conviene amarla tal Hijo como vos sois, y ser amada tal Madre como ella es, ¿qué fué vuestro consejo, que aunque justo en sí, fué para ella penoso, que subiendo Vos rico y próspero, acompañado de ángeles y ánimas santas á reinar en el cielo, sentado á la diestra del Padre, donde hay deleites para siempre jamás, dejasteis á esta Señora en el destierro de la tierra, donde aunque por vuestra gracia Ella tuviese vida muy ajena de todo pecado, mas por estar ausente de Vos le había de ser un penoso destierro? ¿Quién, Señor, entenderá vuestros caminos? ¿Quién dijera que pidiérades más trabajos á esta Virgen bendita que los que pasó al pie de la cruz viéndoos morir en ella con graves dolores? Vos, Señor, sois el sol y Ella la luna, y pues que Ella se eclipsó cuando Vos os eclipsasteis, ¿por qué cuando vais lleno de lumbre y de gloria no participa Ella también de lo que Vos en tanta abundancia? La sombra sigue al cuerpo, y la Virgen á Vos, y de Vos

está colgada como fidelísima sierva. Porque, pues en el tiempo de vuestra tribulación Ella os acompañó y siguió, ¿por qué os vais al cielo con mucha prosperidad y la dejáis á Ella en la tierra?

Ya veo, hermanos, que me estáis respondiendo lo que Dios dijo por Isaías (cap. XLV): *Cuanto son ensalzados los cielos sobre la tierra, tanto mis caminos exceden á los vuestros.* Así, Señor, lo creemos; todos son justos, llenos de sabiduría y de bondad, y alabándolos por tales los deseamos, pues los queremos entender para vuestra gloria y nuestra edificación. Mas es primero de advertir, que por mucho que despabilemos nuestros ojos para considerar cuán grande fué el martirio que esta Virgen sagrada pasó todo el tiempo que vivió en este destierro desde el día que su benditísimo Hijo y Señor subió á la ciudad soberana hasta el día de hoy, en el cual Ella alcanzó lo que deseaba siendo llevada allá, no podremos entender aun la menor parte de su penoso martirio. El amor le causaba deseo de verá su Dios faz á faz: *Tanto cuanto el amor es mayor, el deseo es más crecido y su dilación más penosa; si hubiere quien pueda pesar el gran peso del amor que la Virgen tenía, aquél podrá saber sus encendidos deseos dónde llegaban* y cuánto le atormentaba la dilación de cumplirse.

¡Oh Virgen gloriosa, que de una misma fuente os nace lo dulce y amargo, lo que os hace á Dios agradable y lo que os martiriza!

El amor y grandísimo amor que sobrepuja todo conocimiento que á Dios tuvisteis, éste os hace alta y agradable bienaventurada en su acatamiento, y este mismo á la medida de su grandeza os atormenta como gran sayón. Aquel cuchillo que el santo viejo Simeón os profetizó que había de traspasar vuestro corazón cuando visteis á vuestro Hijo crucificado y morir en la cruz, fué figura al vivo. Mas si no hubiera en vuestro corazón cuchillo de amor con que vuestra sacratísima ánima estaba dulcemente herida hasta lo mas íntimo de ella, poco os atormentara el ver padecer á quien amábades. Este, este vivísimo amor os hacía cuidar lo que convenía á vuestro sacratísimo Hijo. Este temer no le viniese algun mal; este llorar cuando le vino, y sentir dolores de muerte en su muerte; y cuando al humano juicio parecía que este amor os hubiese de dar descanso, gozando en el cielo del que tanto amasteis viviendo en la tierra,

comience de nuevo, por consejo de Dios, á atormentaros como de antes, y que dure el tormento por toda la vida, y aun vaya creciendo mientras más creciere la vida.

Por experiencia tenemos, que los amigos de Dios que se hallaron presentes á la muerte del Señor y se compadecieron de ella, se contentó Dios con aquel martirio de compasión interior que allí pasaron y padecieron, sin consentir que mano de sayón exterior atormentase á los que el interior amor tan gravemente martirizó. Mas según veo, Señora Vos, la que más allí padecisteis, os tornan á dar á beber el cáliz de amargura de la ausencia de vuestro benditísimo Hijo, más penoso para Vos que la muerte que os pudieran dar los sayones crueles.

Tenía esta Virgen grandísima lumbre en su entendimiento para conocer y poner en su lugar los beneficios que Dios le había hecho; tenía muy tierna voluntad para agradecerlos y considerarlos muchas veces ; y soplando á la continua en leña tan aparejada para encender fuego, engendrábase en su corazón una llama de amor que la abrasaba, y hacía desear con todas sus fuerzas ver ya aquel que tan singulares mercedes le había hecho. Y si hay hombres que acordándose que Dios les ha perdonado los pecados que han hecho, ni se pueden contener de lágrimas tiernas, ni cesan de amar al que tanta misericordia les hizo, y el Señor dice que á quien más pecados les son perdonados, más amor tiene á su perdonador, ¿qué sentiría aquella Virgen bendita cuando se acordase de tan grande beneficio recibido de la mano piadosa de Dios, que ni en su concepción ni en toda su vida cayó en Ella pecado, porque muy bien sabía que es mayor merced dar Dios la inocencia, no dejando caer en pecado, que al caído darle perdón? Y por esto todos los pecados que allí pudiera haber hecho, y que otros hacían, ponía á cuenta de deuda propia, y agradecía á Dios como si los hubiera cometido y fuera perdonada, y aun mucho más según habemos dicho.

¿Qué os diré?, que amor obraba en su corazón el agradecimiento de la gracia y santidad que había recibido; que como humilde y fiel sierva, por todo ello engrandecía su ánima á Dios, y no á sí misma: pues cuando pensase la inefable y nunca oída merced que Dios le había hecho en tomarla por Madre, sería tanto el amor que de Ella se enseñorease, que le causase desmayo y falta de fuerzas, y le hiciese decir muy de corazón lo que está en los Cantares : que de amor estoy enferma. Sus

grados tiene el amor; hiere y ata, y es insaciable; herido está el corazón del amor de Dios cuando se enseñorea tanto del hombre, que á todos los otros amores éste sobrepuja, y cumple lo que el Señor en el Evangelio pidió (Luc., XIV): *El que ama á padre ó madre más que á mí, no es digno de mí; y si alguno viene á mí, y no aborrece padre y madre, mujer, hijos y hermanos, y aun á sí mismo, no puede ser discípulo mío.*

La ley de la bondad divinal pide, y con mucha justicia, que así como ella es en sí cosa infinita, así sea preciada de hombres y ángeles sobre todas las cosas, de manera que le haga decir con San Pablo (Rom., VIII): *¿Quién nos apartará del amor de Cristo?* Ni tribulación, ni angustia, ni hambre, ni desnudez, ni peligro, ni persecución, ni espada que mate, mas en todas estas cosas sobrepujamos por amor de aquel que nos amó; porque cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las por venir, ni fortaleza, ni alteza, ni lo profundo, ni otra criatura alguna nos podrá apartar del amor de Dios, que está en Jesucristo Nuestro Señor. ¿Qué saeta tan fuerte, ni con tanta violencia puede herir á un cuerpo como este amor que Dios infunde en el corazón? Hiere el ánima hasta lo más íntimo de ella; herida es que da salud; y quien esta llaga no tiene, mal sano está; y aunque tiene nombre de herida, dulcísima cosa es. Y sin ira tira esta saeta el Señor, y sin enojo la recibe su criatura, antes se precia de ella en los Cantares, diciendo: *Herida estoy con amor.* Dichosa herida para la criatura, pues el mismo Dios Omnipotente é insuperable no se defiende de aquesta saeta si hubiese quien se la tirase, según Él da testimonio, diciendo (Cant., IV): *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza.*

¿Quién contará los misterios del amor que entre Dios y la Virgen pasaban, hiriendo Él á Ella con la contemplación de su hermosura y de su bondad, y Ella á Él con amarlo y pensar en Él con grandísima fidelidad? Porque el ojo derecho, el amor de Dios es; y el un cabello de la cabeza, el continuo pensamiento en el mismo Dios es. De donde parece que no sólo la bendita Madre de Dios estaba herida con el amor, y amor fuerte é insuperable, con el cual estaba determinada de morir antes mil muertes que hacer á Dios una ofensa chica ni grande;

mas también tenía su pensamiento tan puesto en Dios, que nunca lo ponía en olvido. Bendito sea Dios para siempre, que hubiese en la tierra quien con amorosa y continua memoria de Dios hiciese contrapeso á los muchos que recibiendo cada hora y momento mercedes de Dios se les pasan por alto los días y horas sin se acordar del que nunca de ellos se olvida; y si se acuerdan, es una memoria seca y desamorada; porque aquella es la verdadera, que así se acuerda de Dios y de sus Mandamientos, que hace que se pongan en obra, y por aquellos tales se queja el Señor, diciendo por Jeremías (cap. II): *¿Por ventura puédese olvidar la doncella de la faja con que ciñe sus pechos? Mas mi pueblo hame puesto en olvido días sin cuento.*

¡Oh doncella, honra de todo el pueblo de Dios, cuán mayor cuenta teníades Vos de traer siempre rodeado á Dios á vuestro corazón, que ninguna doncella tuvo cuidado de su faja ni de su atavío! Aquéllas por tener cuidado de la vanidad y bien parecer á los hombres, se descuidan de tener á Dios en su corazón; mas Vos, Señora, cuyo propósito siempre fué despreciar todo lo perecedero y buscar la hermosura de las virtudes que agradan los ojos de Dios, todo vuestro pensamiento, orando ó no orando, y en todo tiempo, lugar y hora, estaba atenta á Dios, cumpliendo y sobrepujando lo que dijo el Profeta David (Psalm. XVIII): *El pensamiento de mi corazón está siempre delante de ti.* Parecíaos, Virgen bendita, gran traición acordarse de Vos siempre Dios, y Vos olvidarle un solo momento, trayendo santa competencia con Él, y aprendiendo de lo que Él hacía con Vos para hacer Vos lo mismo con Él. Amábaos Él con amor liberal, sin respeto de propio interés; porque lejos está de la infinita riqueza de Dios vender á nadie su amor, ni esperar provecho, pues que su bien ni puede crecer ni disminuir.

Vos, Señora, con aquel corazón liberal, magnánimo y no interesado, semejable en su manera al de Dios, y recibido de la mano de Él, teníades puesta en olvido á Vos misma, y dábades á Dios un amor desinteresado y una memoria continua, para que se verificasen de Vos mejor que de nadie aquellas palabras de los Cantares (cap. II): *Mi amado á mí y yo á Él,* que más contienen afectos de ánima que cumplimiento de sentencia, pues que ni dicen que es vuestro amado; mas no

diciendo en particular lo que es el uno al otro, se da á entender que es tanto que no se puede decir.

Todas las cosas, Señora, os es Dios, y todas las que una criatura puede ser para Él, Vos lo sois: el mayor contentamiento que la pura criatura le puede dar, Vos se lo dais. Razón tuvo por cierto el Espíritu Santo en no declarar cosa particular en aquellas palabras, porque fuera decir poco de lo mucho, y las cosas altas mejor se declaran en las honrar con silencio, que con decir la menor parte de sus excelencias. ¿Quién contará esta guerra tan dulce, tan sin enojo entre Dios y la Virgen bendita, en la cual la hermosura de Él hiere á Ella, y la de Ella hiere á Él, presa y atada con aquellas prisiones, de cuya fortaleza Él se gloría diciendo (Oseas, XI): *Yo les traeré á mí en las cuerdas de Adán y en las prisiones el damor?* Entendiendo por lo primero los beneficios naturales que hace á los hombres, y por lo segundo los que son sobre naturaleza. Y si miráis lo que vale cualquier beneficio de Dios, aunque sea el menor de ellos, y principalmente el amor de su divino corazón con que nos lo da, ninguno hay tan chico que no sea bastante de sí á prender al hombre y atarlo con Dios por amor y ofrecerle todo servicio; y si uno sólo es bastante para hacer esto ¡ qué presos de amor nos debían tener tantos y tan grandes como Dios nos ha hecho á los hombres, y cada momento nos hace!

Mírese un hombre mismo á sí, mire el cielo y mire la tierra, y vea que todo es leña de beneficios para encender en el hombre el fuego del divino amor, y todos son tan fortísimas cuerdas para amorosamente atarle con la santa voluntad de Dios y su ley, que le hagan amar la atadura de la salud, que es la obediencia de Dios, y aborrecer la mala soltura de la propia voluntad, causadora de que en el infierno aten al hombre que aquí la siguió de pies y de manos, donde esté preso, cautivo de los demonios, y sea el esclavo el que aquí no quiso sujetarse á Dios para vencer demonio y pecado. ¿Quién bastará á maravillarse de tan gran enfermedad de los hijos de Adán, que con tantos emplastos llenos de eficacia y blandura no cobran salud, pues con todos ellos y gozando de ellos, y holgándose de recibir los dones de Dios, no levantan sus ojos á considerar que es mucha razón de ser amado y servido un bienhechor tan continuo, que ningún momento deja de serlo, y tan copioso que ninguno basta á contar la innumerable copia de sus mercedes, y tan piado-

so que por sólo amor y bondad hace lo que hace, deseando que los hombres, provocados con los beneficios que de su mano reciben, le amasen y tuviesen disposición para recibir lo que Él desea darles, que es á sí mismo?

¡Oh lamentable ceguedad y traición de una esposa que enviándole su esposo muchas y hermosas joyas para que á la continua se acuerde de él y no se le enfríe, antes más y más se encienda en su amor con las muchas y preciosas dádivas, torna ella esto tan al revés, que aficionándose á las joyas, huelga tanto con ellas, que por ellas olvida á su esposo que las envió para incentivos de amorosa memoria! Y si estos beneficios de naturaleza debían bastar para prender á los hombres en el amor del Señor, ¿qué os diré de la fuerza que habían de tener en nuestros corazones los beneficios que sobre toda orden de naturaleza recibimos? Si en darme Dios el ánima y cuerpo que tengo me obliga á amarle y servirle con ello, ¿en qué obligación me pone darse Dios á sí mismo á muerte de cruz por remediar lo que primero me había dado y yo lo había perdido por mis pecados? Si por lo que me da para mantenimiento y regalo de este miserable cuerpo le debo amor, ¿qué será por la gracia, y por sus Sacramentos que son causa de ella, que para que mi ánima sane y se esfuerze en el camino de Dios ordenó que le costase su vida?

Por beneficio natural me hizo señor de este mundo, y por sobrenatural me hizo heredero del cielo: mercedes son estas tanto mayores que las naturales, que sin ninguna proporción les exceden; y por eso la divina Escritura llama á las primeras cuerdas, y á las segundas prisiones; las primeras convidan, las segundas parece que fuerzan. Porque ¿quién se defenderá de la violenta saeta de Dios, y saeta sin pecado, y quitadora de nuestros pecados, que es Jesucristo puesto en la cruz, bastante para herirnos de amor por sólo ponerse en ella, aunque fuera sin pena ninguna? Mas para que más fuertemente nos hiera, y del todo parezca saeta, le son puestos clavos en las extremidades de sus pies y manos, porque palo con hierro sea tan fuerte saeta tirada de la mano de Dios, que no haya quien se defienda del calor de su amor, ni arma ni acero que la resistan.

Mas ¡ay de nos!, que es mayor nuestra dureza que la del hierro y de las piedras, y hacemos salir en balde las invenciones que la sabiduría de Dios busca para remediar nuestra mala

soltura; y siendo el invencible Omnipotente, parece que le vencemos en la guerra continua que entre Él y nosotros hay, haciéndonos Él beneficios, provocándonos á su amor, y nosotros con gran desvergüenza recibimos lo que nos da, y negámosle nuestro amor y nuestra obediencia.

Dejemos de hablar de esto, porque es triste materia y digna de lloro, y no viene bien para la fiesta alegre que entre manos tenemos; porque como la Escritura dice, que en el templo del lloro es la música cosa importuna y fuera de tiempo, así tambien en el tiempo de la alegría es el lloro cosa importuna. Convirtamos nuestra habla á la dulcísima Virgen, y recibirá nuestro corazón consuelo de ver cuán bien obraban en ella la prisión que pretendían los beneficios de Dios, el cual la tenía, según habemos dicho, tan herida con su amor, que él era ley de su corazón, y puesto en el mejor lugar de su ánima; y le tenía el pensamiento tan atado con él, que no le dejaba que se olvidase ni un solo momento. Puede un herido pensar en otras cosas para que con aquella diversión olvide el dolor que le da su herida; mas quien tiene atado su pensamiento continuo con lo que le hirió y su herida, ¿qué remedio le queda, pues no puede huir de lo que le causa el dolor?

Herida y presa estaba la Virgen del amor divinal, más que ninguna criatura; y herido y preso tenía á su Señor y su Dios, más que ninguna criatura; ni el Señor ni Ella querían resistir á las heridas y prisiones de amor, antes se daban de muy buena gana tan sujetos al señorío del que obraba en ellos cuanto quería, salvo que en Dios no podía obrar pena, y toda caía sobre la Virgen bendita, porque Él es del todo impasible, y Ella muy aparejada á padecer martirio de amor. Y lo que es mucho de mirar, que guardaba esta Virgen tanta lealtad al amor de Dios, que toda la había poseído, que tenía por género de traición contra el amor del Señor tomar consolación en alguna cosa que no fuese Dios. Había leído lo que dice David (Psalmo LXXVI): *No quiso mi ánima ser consolada;* y cumplíalo muy mejor que él.

Y decía á las consolaciones que aquí podía tomar (aunque sin pecado) lo que Job á sus amigos. Consoladores sois pesados vosotros, porque antes tenía por impedimento de la verdadera consolación divinal consolarse en las criaturas, que no por remedio de la herida amorosa de su corazón; y mientras no

estaba en el cielo viendo y poseyendo al Señor que la hirió, vivía una vida de martirio, siéndole todas las cosas de este destierro muy llenas de cruz; y así no gozaba de lo que acá podía gozar, ni alcanzaba la subida al cielo que deseaba. Y á semejanza de Job que decía (cap. XVII): *Mi ánima ha escogido estar colgada*, estaba la Virgen entre el cielo y la tierra, colgada de donde estaba el deseo de su corazón, de manera que su vida era un puro tormento, y ni descansaba con llorar, ni le daban lo que deseaba; y así decía con ansias de su corazón, mayores que las del Profeta David (Psalm. XLII): *Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi ánima desea á ti, Dios. Hubo sed mi ánima de Dios, fuente viva: ¿cuando vendré y pareceré delante de la faz de Dios?*

Y porque estuviésemos ciertos que mientras no estaba presente á su Dios, al cual deseaba, no se inclinaba á tomar otra alguna consolación, decláranos luego cuál era su ocupación y ejercicio, diciendo: Fuéronme mis lágrimas pan de noche y día, mientras me dicen: ¿dónde está tu Dios? Derramaba lágrimas por su largo destierro, diciendo con David (Psalm. XLI-CXIX): *Ay de mí, porque mi morada en este destierro se ha prolongado. Vivido he con los moradores de Cedar, y mucho tiempo ha sido mi ánima moradora de tierra, como desea el jornalero el fin de su trabajo, y el ciervo cansado la sombra donde repose;* así yo—decía la Virgen—he tenido meses vacíos, y he contado trabajosas noches para mí.

No vivió la Virgen ni un solo momento sin ganar nuevos merecimientos, y de esta manera nunca vivió meses vacíos; mas para lo que Ella deseaba, que era ver á Dios en el cielo, tenía por cosa vacía el tiempo; y contábalo por noches trabajosas mientras no alcanzaba lo que deseaba. No se maraville nadie de que la Virgen bendita dijese con suspiros salidos de su corazón: Ay de mí, porque mi morada se ha prolongado; porque no es pequeña causa de dolor para quien tiene perfecto amor del Señor, vivir en la tierra de Cedar, significada por este mundo, lugar en el cual es Dios ofendido. Y como la Virgen bendita tenía el amor en Dios tan sin medida, del cual nacía la viveza de los espirituales sentidos, olíanle peor los pecados que en el mundo se hacían, y amargábanle más que ninguna cosa corporal por hedionda y desabrida que sea, ni que pueda dar desabrimiento á los corporales sentidos. Y juntando en

uno el desabrimiento que lo que pasaba en la tierra le daba, que la convidaba á huir de tal lugar, y por otra parte el deseo de la presencia de Dios en el cielo, era tan grande el ímpetu de su corazón á lo alto, que muchas veces alzaba los ojos al cielo donde estaba su tesoro, con arroyos de lágrimas que de ellos salían: suspirando decía lo que dijo David, y mucho mejor (Psalmo LXXXIII): *Cuán amadas son de mí tus moradas, Señor Dios de las virtudes: mi ánima desea, y con el grande deseo se desmaya por estar en los palacios del Señor.*

No piense nadie que este deseo tan encendido de esta Madre bendita por ver á su Hijo bendito en el cielo era causado de naturaleza, como otras madres suelen desear la presencia de sus hijos; porque aunque el amor natural no estaba en Ella perdido, pues no es contrario á la gracia; mas era tanto el sobrenatural con que á su Hijo amaba en cuanto hombre, y muy más sin comparación en cuanto Dios, que sobrepujaba al amor natural y á los deseos de todas las madres de ver á sus hijos, como excede un fuego tan grande como todo el mundo al de una pequeña centella.

Espíritu era de Dios el que meneaba su corazón para estos deseos, y le hacía pedir el cumplimiento de ellos con gemidos que no se pueden contar. No hay en el corazón de la Virgen cosa que no fuese cubierta con oro, y oro fino, pues lo había así en el arca del Testamento, que era figura de Ella, porque era amor sólo sobrenatural, ó el amor natural tan rodeado y cercado de la gracia del Señor, que en lo uno y en lo otro era movida por el Espíritu Santo. Y como Ella entendía venirle del cielo aquesta moción y soplo divino que la soplaba y encendía los deseos de ver á su Dios, soltaba la rienda á su corazón para que con todas sus fuerzas lo desease, pues su intento era obedecer y agradar á Dios en todas las cosas. ¡Quién no se admirará de ver en cosa tan amada de Dios paso de tan grave tribulación, que la hacía desmayar, y que la mirasen los ojos de Dios, y la dejasen padecer tantos años; y lo que más de admirar es, que Él mismo le encendía más y más los deseos, y ni le daba lo que deseaba, ni le quitaba lo que le atormentaba!

¡Incomprensibles son vuestros caminos, Señor! Sobre la mar andáis, y, como decía David, vuestras pisadas no son conocidas. Profunda es vuestra sabiduría, y grande misericordia recibiremos si nos dais á entender, ó si queréis rastrear,

por qué tal Hijo á tal Madre le dilata tan justos deseos, siéndole esta dilación causa de tan grandes tormentos. Una cosa, hermanos, tened por averiguada: que obra tan particular en persona tan delicada no tiene causas livianas, sino muy importantes, si hay lumbre del cielo para las mirar. Miró en esto el Señor al mayor provecho de su sacratísima Madre; miró al provecho de la Iglesia que entonces había, y también á los que después habíamos de nacer en ella hasta que el mundo se acabe.

Determinado tenía Dios *ab aeterno* el alteza de la gloria que había de dar á su sacratísima Madre. Y para cumplir con su justicia quiso que fuese por medio de grandes servicios que Ella hiciese y grandes trabajos que padeciese. Y aunque la predestinación suya fué de balde, y para gloria de la divina bondad, los medios de ella quiso que fuesen costosos, y muy costosos, proporcionados con la grandeza de la gloria que la había de dar. No tenga nadie á Dios por cruel en ordenar que la vida de la Virgen antes de la Pasión fuese un puro martirio, y después de la Pasión también. Amor fué y no malquerencia; y como el Padre de Él le trató siendo su Hijo amantísimo, así Él trató á su amantísima Madre. Y los que no podemos ver la grandeza de la gloria y descanso que tiene en el cielo esta Virgen, rastreémosla por los grandes trabajos y cuchillo agudo que de muchas maneras hirió y traspasó su corazón benditísimo, que en la tierra sabemos que padeció, pues está escrito que seremos juntamente glorificados con Cristo, si juntamente padeciéremos con Él.

Y quien más padeciere, más glorificado; porque Él es dechado así en santidad como en padecer trabajos, al cual quiso el Padre Eterno que fuésemos conformes en la tierra y en el cielo los hombres que la tierra escogió; por lo cual nadie se queje de ser tratado como Jesucristo lo fué de su Padre, y su Madre sagrada lo fué de su Hijo, mayormente si se considera cuán poco es todo el trabajo que acá se puede padecer, en comparación de la gloria que será revelada en los que aquí llevaren su cruz, en imitación y obediencia de Cristo Nuestro Señor, según dice San Pablo (II Cor., IV): *La tribulación que en este mundo se pasa, aunque parece muy larga y pesada, á la verdad es de un momento, y de poco peso, y obrará en el cielo eterno peso de gloria.*

Mas para tener de esto verdadera estimación conviene oir

lo que luego dice, contemplando nosotros, no las cosas que se ven, mas las que no se ven; porque las cosas que se ven temporales son, y las que no se ven son eternas (Isa., LXIV): *Abre, Señor, nuestros ojos para que consideremos maravillas de la gloria, que ni ojo vió, ni oreja oyó, ni corazón pensó, ni lengua puede decir; la cual tienes aparejada para los que en esta tierra de frialdad pusieren en ti el amor de su corazón como Tú lo mandas.* Si aquello que allí está, si lo medio, si una partecica, si la gloria de un día sólo se pudiese ver, parecernos ha que la comprábamos muy barata á trueco de estar en tormentos desde ahora hasta el día postrero.

No penséis, no, que queriendo Dios tanto á su Madre le vendiese tan caro lo que era de poco valor, ni que la atribulara, si no fuera á trueco de darle un eterno descanso, que sin comparación excede á los trabajos que acá pasó. Amóla el Señor de verdad, y el amor verdadero no tiene tanta cuenta con regalar al amado como con darle lo que le cumple: atribula en lo poco, y que presto se acaba por tener ocasión de regalar en lo mucho, que no tiene fin; de manera que el martirio que la Virgen pasó con la dilación de ver á su Hijo penoso, le fué más muy provechoso. Y si la esperanza que se dilata y aflige al ánima tiene por contrapeso que mientras más se dilata el bien, más le dan de él, y con mayor honra lo recibe: porque mayor gloria es recibir galardón en pago de los buenos trabajos, que no recibirlo de balde; y mayor bien es la virtud de la obediencia y amor que en la paciencia se ejercita, por lo cual el hombre es hecho justo, que el descanso que pierde por ejercitarse en estos buenos trabajos. Pretendió, pues, el Señor con su sacratísima Madre su mayor merecimiento y gloria, y por eso la trabajaba según hemos dicho.

Quiso también aparejarla para el gran día de esta fiesta, en el cual había de entrar con excelentísima gloria á ver y gozar de la hermosa vista de la Beatísima Trinidad: lo cual es tan grande bien, que años y millares de años que uno gastase en aparejarse para este bien, haría muy poco para oir el sonido de la bocina y las voces formadas en el aire por ministerio de ángeles. Mandó Dios á Moisés que para llegarse á ver al Señor en la zarza, en señal de la pureza interior que había de tener, que se descalzase los zapatos. Y antes de la entrada de la tierra de promisión manda Dios á Josué que circuncide su pueblo. Y la

Reina Esther se apareja con ayunos y oraciones para entrar delante del Rey Asuero á abogar por el pueblo de Dios; y para éstas y aun para otras cosas mucho menores se nos pide aparejo. ¿Quién será aquel que piense que para la mayor de todas no es menester grande y muy grande? Y grandísimo negocio es un hombre nacido en la tierra subir á poseer el reino del cielo.

Dichoso día y hora es aquella en que desatado de las prisiones de esta mortalidad, es subido á ver la hermosísima cara de Dios y á gozar de Él sin temor de para siempre perderlo. ¡Oh hermanos! Dios nos dé á entender que la vida que aquí nos da no es para otro intento sino para que en este momento de tiempo (aunque parezca largo, en fin, no es más que esto) nos aparejemos para alcanzar pureza de ánima para gozar del que es todo puro, y no para oir trompetas, ni voces de ángeles, sino al mismo Criador de ángeles, bien infinito. Aquella tierra, sin duda es la verdadera tierra de promisión, y los que han de entrar en ella, circuncidados de sus pasiones y enemigos de su propia voluntad han de ser; y los que quisieren parecer graciosos delante del verdadero Rey Asuero, Jesucristo Nuestro Señor, con ayunos y oraciones y otras buenas obras se han de aparejar. No os maravilléis, pues, que Dios apareje á su Madre para este dichoso día en el cual fué subida á los cielos á comenzar un gozo y gloria que nunca, mientras Dios fuere Dios, le será quitado; porque tan grande bien como le fué dado, gran aparejo pedía, y tan preciosa corona después de gran victoria se había de dar; y quiso que ganase la victoria con grande trabajo, para que tanto más honroso y sabroso le fuese cuanto más le había costado.

Mas ya que el Señor quiso que su Madre bendita se aparejase para ver á Dios en el cielo, es cosa digna de preguntar qué aparejo había de ser éste, pues ni tenía pecados que llorar, ni descargos de conciencia con que cumplir, ni había menester que le dijesen Misas, ni en otra cosa había entendido en toda su vida sino en aparejarse para este día tan grande. Gran cosa, Señor, debe de ser lo que dais en el cielo, particularmente lo que aparejado teníades para vuestra Santísima Madre, pues á la que tan aparejada estaría le pedís más aparejo. Y como el bien que le habéis de dar excede al que habéis de dar á los otros, la mayor virtud que á Dios más agrada, y sin la cual ninguna le agrada, y ninguna es viva ni de provecho,

es la virtud del amor. Y ésta, que es la reina de las virtudes, como el oro entre los metales, es la que convenía que más arraigada estuviese en la Virgen bendita, que excede á toda pura criatura, como reina á vasallos, y en esto se ejercitó más por toda su vida, y ésta fué su compañera continua; y como en la vida se amaron, hicieron lo mismo en la hora de la muerte, y en el tiempo del aparejo para bien morir.

Amor fué el aparejo de esta Virgen bendita, el cual hacía desear con nuevos deseos estar junta con quien amaba, porque efecto es del amor verdadero querer vivir junto con aquel á quien ama, y no tanto por el propio interés y descanso, como algunos malos pueden desear gozar de Dios y de sus bienes, movidos no por el propio amor, cuanto porque viendo de más cerca y con luz clara la presencia de Dios, tanto con mayores fuerzas le glorificase y amase, y para este fin quería lo que tenía y lo que esperaba y deseaba. Con el cual amor y deseo, la que estaba aparejada se aparejaba mejor, y se le ensanchaba más el corazón para que en Ella cupiese más gloria, y tanto más sabrosa le fuese aquella divina comida en el cielo cuanto hubiese precedido mayor hambre y sed en la tierra, conforme á la promesa del Señor: "Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos."

Por éstas, pues, y otras muchas causas tocantes al provecho de esta muy amada Madre de Dios, que Él sabe, é ignoramos nosotros, quiso que Ella quedase en este destierro, y fuese martirizada con el deseo del cielo, para que con la mayor dilación allegase mayores riquezas y se hiciese apta para sentarse en silla de gloria, enseñoreándose y reinando sobre toda criatura. Ahora oid cuánto provecho se siguió de su quedada acá para los cristianos que entonces vivían, y cuánto daño les fuera habiéndoseles subido al cielo el Sol de justicia, lumbre del día, que fuera también con Él su Madre sagrada, lumbre que alumbra en la obscura noche, que en este mundo es tan continua.

¿Quién confortará á los Apóstoles de la tristeza y flaqueza que les quedó cuando vieron que su Maestro y todo su arrimo se había subido al cielo muy acompañado de servidores y amigos, y se quedaban ellos en este miserable destierro y entre miserables y crueles enemigos? Cierto desmayaran, y ni aun por diez días esperaran; confortados con la habla, fe y oración

de esta benditísima Virgen, con la eficacia que sus palabras tenían para con los hombres y sus oraciones con Dios, se la ponía á ellos para esperar y recibir el socorro del cielo, y con su oración se lo alanzaba y traía.

¿Quién contará el deseo que daba á los que se convertían á la fe de Jesucristo bendito, de ver á la Madre del Hijo, que era su Redentor y su Dios? Adoraban, alababan al Hijo, gozaban de sus trabajos y redención, y como gente agradecida deseaban ver y agradecer el árbol que tal fruto dió, y echábanle mil cuentos de bendiciones; porque si los de Betulia agradecieron á Judith la libertad que por su medio alcanzaron, y el beneficio que hizo Esther á su pueblo no pasó sin ser agradecido, y lo uno y lo otro era temporal, ¿qué agradecimiento, que cantares y loores darían los cristianos á aquella Señora por cuyo medio fué decabezado Holofernes y Amán ahorcado, que representan al demonio y al pecado, cuya cabeza quebrantó la Virgen y cuya muerte causó, engendrando la vida, y fueron libres los presos, y resucitados los muertos por la muerte de Cristo Nuestro Señor? Y juntábase con este agradecimiento y amor que á la Virgen cobraban el soplo del Espíritu Santo, Jesucristo, que como honrador de su Madre les inspiraba y movía á que la honrasen y deseasen ver y servir, y conociesen que por Ella habían gozado del fruto de la vida, y que de Ella, como de muy alto monte, fué cortada la piedra, que es el que quebrantó la estatua de la idolatría. No puedo pensar sino que era tanto el concurso de los cristianos á ver esta preciosa arca de Dios que lo trajo encerrado en sí misma, que los caminos para su casa iban llenos de gente, y no sólo los de la ciudad de Jerusalén, mas de fuera de ella corriendo los unos y los otros movidos por el Espíritu Santo, y provocados de fuera con el dulcísimo olor de sus ungüentos, que era la odorífera fama de sus virtudes, el grande amor con que recibía á los que iban á Ella, su grande misericordia que á ninguno desechaba, y aquella gran maravilla y milagro, y altísima dignidad, de que era verdadera Madre de Dios.

¿Quién dirá de cuán buena gana, cuán llenos de confianza y devoción iban á Ella, así por deseo de verla como por ser enseñados en sus dudas, confortados en sus trabajos y aprovechados en todo lo que convenía á sus ánimas?

Cumpliase muy de verdad lo que muchos años antes había

profetizado Isaías viendo en espíritu el grande concurso de gente que había de ir á oir la palabra de Dios, y ver obras maravillosas de Jesucristo Nuestro Señor, y después de su muerte de los que habían de ir á ver á su Madre sagrada y gozar de su doctrina y de los Apóstoles (Isa., II): *Andad acá, decían unos á otros, subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y enseñarnos ha sus caminos, y andaremos en las sendas de Él; porque de Sión saldrá la ley, y la palabra de Dios de Jerusalén.* Como fué profetizado, así fué cumplido, pues vinieron á ver al Señor, monte más alto en santidad y en dignidad que todos los Santos; y después venían á ver la casa del Dios de Jacob, que era la Virgen sagrada, templo santo de Jesucristo, para ser enseñados de los caminos de los Mandamientos de Dios y las sendas de sus consejos, que para lo uno y lo otro y para todas cuantas necesidades traían les daba suficiente consejo y remedio la prudentísima y santísima Madre Mas si á duras penas os podemos decir el gran deseo y devoción con que todos á Ella venían, ¿cuánto menos os podemos declarar la buena gracia y las encendidas entrañas de su caridad con que ella los recibía? San Pablo dice que daba leche y regalaba á sus hijos pequeños, y que para ganar á todos se hacía todas las cosas á todos; ¿cuánto más verdaderamente haría el oficio de madre esta Virgen sagrada, pues sin ninguna comparación les tenía mayor caridad que San Pablo?

Con qué ojos miraba la Virgen bendita aquella gente convertida á la fe de su Hijo que á Ella venía, pues había amado tan de corazón la salvación de sus ánimas, y gracia del Señor que por el santo bautismo había recibido, que porque ellos tuviesen el bien que tenían y viviesen en gracia delante de los ojos de Dios, Ella ofreció á la muerte de cruz á su Hijo unigénito, y por eso sus entrañas santísimas se henchían de consolación viendo que el fruto de la Pasión de su benditísimo Hijo no salía en balde, pues por el mérito de ella tanta gente se convertía á Él. Y parecíale que acoger y regalar, enseñar y esforzar á los que á Ella venían, era recoger la sangre de su Hijo bendito, que delante los ojos de Ella se había derramado por ellos: alababa á la divina bondad, daba gracias por los bienes hechos á ellos, y salían de sus ojos lágrimas dulces, sacadas de la ternura de su corazón, y ningún trabajo le parecía pesado, y ninguna hora era fuera de hora para recoger aquel ganado que

entendía que el Señor le enviaba para que lo apacentase en la gracia del Señor.

Muy bien supo el Señor lo que hizo en dejar tal Madre en la tierra, y muy bien se cumplió lo que estaba escrito de la buena mujer, que confió en ella el corazón de su marido. Porque lo que su esposo é Hijo Jesucristo había ganado en el monte Calvario, derramando su sangre, Ella lo guardaba y cuidaba y procuraba de acrecentar como hacienda de sus entrañas, por cuyo bien tales y tantas prendas tenía metidas. ¡Dichosas ovejas que tal pastora tenían y tal pasto recibían por medio de ella! Pastora, no jornalera que buscase su propio interés, pues que amaba tanto á las ovejas, que después de haber dado por la vida de ellas la vida de su amantísimo Hijo, diera de muy buena gana su vida propia si necesidad de ella tuvieran.

¡Oh, qué ejemplo para los que tienen cargo de ánimas, del cual pueden aprender la saludable ciencia del regimiento de ánimas, la paciencia para sufrir los trabajos que en apacentarlas se ofrecen! Y no sólo será su maestra que los enseñe, mas si fuere con devoción de ellos llamada, les alcanzará fuerzas y lumbre para hacer bien el oficio. Este, pues, era el ejercicio de la Santísima Virgen después de subido al cielo su Hijo y y Señor; enseñar á los del pueblo, y también á sus ministros, aunque fuesen los Apóstoles, los cuales aprendieron de Ella muchas cosas que ignoraban, y los santos Evangelistas escribieron cosas que de Ella supieron. Y aunque esto es mucho de maravillar, mucho más es que aun los ángeles podían aprender de Ella cosas que por haber sido Ella testigo de vista y saber todas las particularidades, daba mejor razón de ellas que ellos.

Y pues San Pablo dice que los principados y potestades del cielo aprendieron de la Iglesia lo que no sabían, mucho mejor lo harían de esta Virgen sagrada, pues es la persona más principal de todo el cuerpo de la Iglesia, y más que todos enseñada por Dios. Este ejercicio ya dicho de caridad con los hombres, del cual Dios recibía servicio, le era algún consuelo para que la pena de su destierro no la matase; y también se ejercitaba en visitar los santos lugares donde su Hijo bendito comenzó, medió y acabó su sagrada Pasión, los cuales Ella regaba con copia de lágrimas, trayendo á su memoria lo que en todos aquellos lugares su Hijo había padecido, y lo que en muchos de ellos Ella con sus propios ojos le vió padecer.

Enseñaba en esto su amor maternal para con su Hijo; dolíale la memoria de lo que allí había pasado; daba inefables gracias á Dios por el gran bien que al mundo había de venir mediante el precioso precio de su sagrada Pasión, y suplicábale no fuese en balde tanto trabajo y derramamiento de sangre tan preciosísima: en lo cual fué hecho ejemplo de los cristianos para que procurasen de visitar aquellos santos lugares. Y no fué en balde su ejemplo, que desde entonces hasta el fin del mundo no faltará gente de cerca y de lejos que con devoto corazón vaya á besar la tierra donde el Señor puso sus pies, y derramar lágrimas en el lugar donde Él padeció y derramó la sangre por ellos. Maestra del mundo hablando; maestra obrando; madre regalando, y abogando delante del acatamiento de Dios.

¡Oh Virgen y Madre para siempre bendita, y qué te debemos! ¡Y qué dolor es no conocer tus grandes beneficios, y ni te los agradecer ni servir! Suplicámoste nos alcances gracia de tu benditísimo Hijo para serte siquiera en algo hijos, leales é imitadores de tu mucha caridad y lealtad con que Tú nos eres madre, y muy piadosa. Con estos dos ejercicios ya dichos, uno de la caridad de los prójimos y otro de la compasión á Jesucristo su Hijo y su Dios, se juntaba otro tercero que también tenía, y era el recibir el Cuerpo sagrado de su Hijo bendito, consagrado por las palabras que Él ordenó. Decíale Misa su bienaventurado hijo y capellán el Evangelista San Juan, y comulgaba él, y comulgaba Ella: y dichoso aquel que merecía ser acólito, y servir en aquella Misa, y poner el paño á la Señora que recibía al Señor.

¡Oh, si se nos pegase algo oyendo comunión tan devota, de lo mucho que á la Virgen le sobraba! ¡Qué reverencia tendría aquella humildísima ánima, que mirándose á sí misma no se tenía por digna de un poco de pan que comía, ni de hollar la tierra sobre que andaba! Y con qué agradecimiento y amor recibiría el Cuerpo de su santísimo Hijo, pues por ser hombre era una carne con Ella, y por ser Dios era Ella un espíritu con Él, y de lo uno y de lo otro resultaba amor inseparable é inefable que juntaba á Dios y á Ella, y la convertía cada día más y más en aquel Señor que tomaba, y más que otro ejercicio ninguno la esforzaba á pasar su destierro, pues que tenía presente y recibía en sus entrañas al deseado de su corazón; y aunque no le viese faz á faz, como lo deseaba y esperaba ver en el cielo,

mas Él como piadoso Hijo y Señor se le enseñaba en el Sacramento, ya como cuando nació de su vientre sagrado, ya como cuando lo tenía en los brazos dándole leche; y así según la diversidad de estados en que en esta vida lo había visto, según Ella lo deseaba por entonces ver.

Y para que los cristianos no olvidásemos aquel gran negocio de la comunión de la Virgen y nos aprovechásemos de ella, dura hasta hoy el lugar de la dicha capilla, y también el de la celda donde moraba la bendita Señora. Todo lo cual es en el sacro Cenáculo donde el Señor instituyó este inefable misterio; y á tiempos hay un olor en aquella celda, según dicen los que allí han estado, que no tiene que ver con los olores de acá, sino como celestial cosa.

Y para gozar de la consolación y conforte que da á los que lo huelen, va al dicho lugar mucha gente, no sólo de la ciudad de Jerusalén, mas aun de los pueblos de alrededor. Ya entiendo vuestros suspiros, y por ellos saco vuestro corazón: que teniendo por bienaventurados á los que eran vivos en aquel tiempo y gozaban de la visitación y consolación de la Virgen, lloráis vosotros vuestra suerte, porque no fuisteis en aquellos tiempos para gozar de lo que aquéllos gozaron. Sea Dios para siempre bendito, porque dió á aquéllos que gozasen de la presencia tan provechosa y deleitosa de la Madre de Dios; y también sea bendito porque ya que nosotros no lo vimos, lo creemos, y entramos en el número de los que dijo el Señor (Joann., XX): *Bienaventurados los que no me vieron y creyeron.* Despabilemos bien nuestros ojos, y aprovechémonos de la lumbre de la fe que Dios nos ha dado, y si no nos hallamos presentes á tanto bien con los cuerpos, hallémonos presentes con el espíritu, trayendo á la memoria aquellos dichosos tiempos en que la Virgen, como un resplandeciente sol, alumbraba y calentaba la tierra.

Y si miramos con atención las causas de su estada en la tierra, y nos sabemos aprovechar de ellas, por ventura ganaremos más que algunos de los que entonces la comunicaban; pues es notorio que ha habido muchos en la Iglesia que no viendo á Jesucristo Nuestro Señor en la carne, ni oyendo sus sermones, ni viendo sus milagros, se dieron tan buen recaudo que mediante la fe y el amor se aprovecharon más de Él, y fueron más santos que muchos de los que gozaron de su corporal

presencia. Entendamos cierto, que no sólo dejó Nuestro Señor á su benditísima Madre en la tierra porque creciese el mérito de Ella y por el provecho de los que entonces vivían, mas también por el de aquellos que habían de nacer mientras el mundo durase.

Aprovechémonos de la ordenación divinal, que pudiendo dar á la Virgen la gloria del cielo por los trabajos que había padecido, quiso que pasase más, para que á costa de Ella fuésemos nosotros desengañados de que queriendo regalos acá, no podemos esperar gloria allá. Y por decirnos esto con mayor eficacia, y para que muy de verdad lo creyésemos y obrásemos, quiso Dios que nos fuese dechado, no sólo por palabras, mas con trabajos y muerte de Jesucristo y de su sacratísima Madre. Los más amados de Dios ellos son; y si con algunos se hubiera de dispensar de que sin trabajos fueran al cielo, con ellos fuera razón que lo fuera; mas pues vemos que no les fué quitada esta ley, antes fué con ellos guardada con mayor rigor, y cuanto más amados, tanto más trabajados, ninguna excusa y causa de ignorancia queda á los que son menos amados, para pensar que si no hacen fuerza á sí mismos, y si no son cuidadosos de la guarda de los Mandamientos de Dios y vigilantes en la oración, pidiendo socorro, pacientes en los trabajos y llevando cada uno la cruz que el Señor le pone con la obediencia debida, no piense entrar en el cielo.

Y entender esto y ponerlo por obra es grande ganancia que se nos sigue de la quedada de la Virgen en la tierra, habiendo subido su Hijo al cielo. Y por ventura nos será mayor provecho, que si entonces gozáremos de su presencia. Mucho ha hecho quien de verdad ha entendido lo que dijo San Pablo, que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos. Y que no será coronado sino quien peleare legítimamente.

También podemos aprovecharnos de que el Señor quiso aparejar con nuevo aparejo á su Santísima Madre para el día que había de entrar en el cielo, de lo cual entendamos que si á Ella estando tan bien aparejada la aparejan más y más, ¿cuánta más razón es que los que estamos mal aparejados procuremos disposición conveniente para que el día de nuestra muerte podamos estar en pie en el juicio de Dios y oir sentencia en nuestro favor de la boca del Juez Soberano, el cual muchas veces, y á muchos, como piadosísimo Padre, Él mismo nos

apareja de su mano para bien morir, y aun algunas veces sin que ellos lo entiendan? ¿Nunca habéis visto venir á un hombre una nueva gana de confesar generalmente, de mirar sus libros y cuentas, de pagar lo que debe, perdonar y pedir perdón, y hacer aprisa todo lo que haría si le dijesen que se quiere morir, y acabado de hacerlo, á poco después cae enfermo en la cama del mal de la muerte, ó viénele otro acaecimiento que le quita la vida, y entonces dice que por todo el mundo y otros mil mundos no quisiera haber dejado de hacer lo que ha hecho, y entiende que lo que hizo no nació de él, sino que fué inspiración piadosa de Dios, con que le quiso prevenir para que antes de su juicio hiciese justicia y no tuviese que responder en el día de la estrecha cuenta?

Otros veréis que están en pecado mortal de malquerencia, de mal amor endurecidos, y ordena Dios medios y muéveles las voluntades para que salgan del cautiverio del demonio y se pongan en estado de gracia, y á cabo de poco viene la muerte por ellos; y otros vemos ser buenas personas, y no tienen estos peligros de mal estado, y sienten en su corazón un nuevo deseo de recoger más su vida, de usar más el ejercicio de la oración, de dar más limosnas, hacer más penitencia, recibir más á menudo los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, y subírseles su corazón y deseos á la gloria del cielo, y á cabo de cuatro ó cinco meses que duran en esto, llámalos el Señor para sí, y ellos van de muy buena gana, confiando en Él, que pues los mejoró y dispuso para morir, les será favorable en aquella hora terrible y les pagará en el cielo lo bueno que acá hicieron con la gracia de Él.

Todo esto, hermanos, nos quiere decir que el paso de la muerte es tal, que para no ser de ella tragados conviene á los malos y á los buenos aparejarse cada uno según su manera, teniendo la conciencia tan á punto para partir, que si cada noche el Señor dijese: Venme á dar cuenta de cómo has vivido, no diga el hombre: Dadme, Señor, más larga vida para enmendar, y para hacer esto y esto que había de estar hecho. Y también nos conviene saber que aquella gloria que deseamos, no recibe sino hombres virtuosos y que por guardar la obediencia de Dios huellan su voluntad propia, y en el vencimiento de sí mismos hacen hazañas; y así puros y limpios son hechos dignos de morar en el cielo, donde no entrará cosa manchada,

porque las plazas de él son oro limpio, y el Señor de él es la pureza, y los justos moran ante su faz.

Mas las tinieblas y la impuridad no tienen participación con la divinal lumbre y pureza; y ya que cobremos ánimo para nos aparejar para el día que salgamos de este mundo, tomando ejemplo en que la sacratísima Virgen lo hizo, así procuremos de la imitar, y no sólo en aparejarnos, mas en la calidad del aparejo; porque por nuestros grandes pecados y demasiada tibieza hay tan pocos que tengan esta vida por penoso destierro, y suspiren y lloren deseando salir de ella y ver á Dios en el cielo, que cierto la Virgen bendita tiene pocos discípulos que la imiten en esto. En aquellos tiempos sí había lo uno por la abundancia de la gracia que Dios llovía en los corazones de ellos, que les ponía asco de lo que florecía en la tierra, y les levantaban los corazones al deseo de los bienes eternos donde estaba su deseo y su corazón; y lo otro ayudábales mucho á subir hacia arriba las continuas persecuciones, el tomarles la hacienda, el desterrarlos á diversas partes, y esperando cada día el martirio; de manera que aunque quisieran no podían gozar de este mundo, y juntándose con el no poder el no querer, navegaban hacia el cielo con mucha ligereza con velas y remos, deseando cada día ser sueltos de cárcel tan penosa y gozar de la libertad y herencia de los hijos de Dios en el cielo.

Estos imitaban á la Virgen bendita, la cual y ellos pedían con grande instancia lo que el Señor les enseñó, diciendo: Señor, venga tu reino. Mas nosotros pedímoslo con la boca, y como gente que está sin la gracia del Señor ó tiene poca, y como gente que está avecindada en aqueste mundo y tiene aquí el asiento de sus honras, riquezas y placeres, tienen los estómagos hartos y ni desean salir de aquí, y aun tomarían por partido de que esta vida fuese más larga.

¡Miserable estado de gente; miserables tales tiempos en que los hombres de buena gana renuncian y se quieren pasar sin unos bienes tan grandes como hay en el cielo! El menor de los cuales vale más que todos los de acá juntos; y son tales, que porque los hombres gozásemos de ellos, el Hijo de Dios padeció muerte, y muerte de cruz.

¿Qué mayor señal de que la mujer casada ha vivido mal en ausencia de su marido, que no desear que venga ni aun que le mienten su venida? Terrible palabra para la mala mujer, vues-

tro marido viene y está informado de las traiciones que le habéis hecho, sin que las podáis negar. Y dulce es á la mujer buena pensar y hablar en la venida de su marido, y más dulce verle entrar por su casa, bien informado de la lealtad que su mujer ha guardado en ausencia de él. Tales han de ser los cristianos, pues han de decir con verdad de su corazón lo que con la vida rezan y piden: Señor, venga tu reino; y de éstos era San Pablo, cuando decía: *Buena pelea he peleado, mi carrera he acabado, la fidelidad he guardado, en lo demás aparejada me está una corona de justicia, la cual me dará en aquel día el Señor, que es justo Juez, y no solamente la declarará á mí, mas á todos aquellos que aman su advenimiento.* (II Tim., IV.)

Y así da testimonio San Pablo, que entre los cristianos hay hombres perfectos en la caridad, que echan fuera todo servil temor, desarraigados del amor de las cosas presentes, movidos por el Espíritu Santo á desear la vista de Dios, y como hijos desean ver á su Padre, y como esposa leal á su esposo; y consideran que desde que fueron criados, cada día y cada momento han recibido muchas mercedes de la piadosa mano de Dios, y que antes que ellos naciesen les tenía aparejada la gloria, y para que la alcanzasen se hizo hombre y perdió por ellos la vida. Desean ser sueltos de aquesta cárcel para ver y gozar de la presencia de aquel de cuyos bienes y mercedes han gozado en la tierra; y ayúdales mucho á este deseo el miserable estado de esta vida muy penosa para ellos, no tanto por los trabajos que en ella hay, porque éstos con la grande fuerza del amor nada ó poco los sienten, mas porque mientras viven en la carne pueden pecar y perder la gracia de su Señor, y desean huir cien mil cuentos de leguas del lugar donde tanto mal les puede venir, que enojen á Dios y pierdan su gracia; y así aborreciendo esto y amando aquello, desean, suspiran y lloran por verse en aquella ciudad soberana.

Estos provechos, pues, ya dichos y otros se siguieron al mundo de la estada de la Virgen acá, los cuales Ella, como enseñada de Dios, muy bien conocía, y refrigeraban el fuego de sus encendidos deseos de subir al cielo; y aunque del todo no se los quitaban, ayudábanle á que sin morir los pudiese llevar. Mas cuando vino el tiempo que la divina Providencia tenía ordenado que la bendita Virgen subiese á los cielos, fué tan encendido su corazón á desear lo que deseaba con mayores an-

sias, que ni con el fruto que á los presentes hacía, ni á los por venir había de hacer, ni con visitar los santos lugares, ni con recibir el Cuerpo de su santísimo Hijo, que solía ser su mayor consuelo, ya no descansaba, y su vida era tal que ya naturalmente no podía durar, y con la gran fuerza del amor de su ánima enflaqueciéronsele las fuerzas del cuerpo, y fué menester, como enferma, echarse en la cama, según á otros suele también acaecer. Y viéndose tan vencida del amor y deseo de Dios, sin tener fuerzas para vivir ni sufrir aquel peso de amor, que era más fuerte que la muerte, pues por cumplir con él deseaba morir, enviaba á Dios nuevos gemidos, suficientes para provocar al Señor á misericordia. Y decíale: *Saca, Señor, de esta cárcel á mi ánima para alabar tu nombre. ¿Y hasta cuándo, Señor, me has de olvidar? ¿Hasta cuándo vuelves tu cara de mí? Enséñame tu faz, y seré contenta; porque sin ella cada día y cada momento estoy muriendo con deseo de Ti.* (Psalm. CXLI.)

No se contentaba esta Virgen bendita con suplicar á Dios por el cumplimiento de sus deseos; mas con su grande humildad y deseo de ser ayudada por todos, rogaba á los ángeles y á todas las ánimas bienaventuradas que en el cielo estaban, que se compadeciesen de su trabajo y fuesen intercesores por Ella delante el acatamiento de Dios; y pues que le veían faz á faz, le dijesen que estaba vencida y enferma de su amor; y que sólo su remedio consistía en verlo. ¿Qué os diré?

Tal prisa se daba á rogar á los que en el cielo moraban, que movidos de compasión de Ella, y de la justicia de lo que pedía, y de la dignidad de su persona, y también por el deseo que tenían de verla en el cielo, se postraban todos con profunda humildad delante el acatamiento de Dios, y le suplicaban diciendo: Omnipotentísimo y misericordiosísimo Señor, sea vuestra misericordia servido de oir los gemidos de la casta tórtola que os engendró. Pues Vos dijisteis que son bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados, y ninguna cosa la puede consolar sino verse con Vos en el cielo, dadle esta consolación, pues todas las otras ha dejado por Vos; ninguna razón lleva que dos personas tan conjuntas en carne y espíritu estén tan distantes, una en el cielo y otra en la tierra. Acuérdese vuestra Majestad del celo del Rey David vuestro siervo, cuando dijo (II Reg., II): *El arca de Dios está debajo de pieles, y yo vivo en casa de cedro;* y no permitáis que estando Vos en la gloria, la

santísima arca que os tuvo encerrado en sí misma esté debajo de las pieles de mortalidad. Sansón comió del dulce panal que halló, y dió parte de él á su madre. Salomón mandó poner una silla á su madre y sentóla cerca de sí. Mayor es vuestra majestad que la del uno y otro: excededles en dar descanso y honra á la que os engendró: descanse ya vuestra benditísima Madre, pues desde que la criasteis otra cosa no sabe sino serviros, y trabajar por Vos con humildad de esclava y amor verdadero de Madre.

Y pues os ha acompañado, Señor, en vuestros trabajos, acompáñeos en vuestros placeres: mirad, Señor, cómo está postrada delante vuestros pies gimiendo y llorando, y su profundísima humildad con que nos pide que intercedamos por Ella, con tan ferviente y continua oración, que aunque sus servicios no mereciesen lo que pide ni se tuviese respeto á quien es, merecía la importunidad de su oración, y el llamar á la puerta de su buen amigo que se levantase, y le abra la puerta, y le dé todos los panes que ha menester, según vuestra Majestad lo dijo en el mundo. Oidla, Señor, y poned sus lágrimas en vuestro acatamiento, porque Ella nunca cerró sus orejas á vuestra ley, ni las cerró al clamor del pobre; mas, según está escrito, su mano extendió al pobre, y mucho más su corazón, en el cual nunca hubo maldad, y por eso debe ser oída, según dice David.

También desea toda esta vuestra corte tener consigo á su Reina; porque reino sin Reina, y casa sin la señora de casa, parece que no está perfecto, pues le falta persona tan principal. Y pues lo es tanto que bastará con su vista á darnos nueva alegría y á honrar todo el cielo, no nos privéis de tanto bien, pues debe bastar á la tierra el tiempo que de Ella ha gozado; y no tendrá razón si se agraviare de que se le quiten delante, pues Ella es tan llena de misericordia y tan valerosa delante vuestra Majestad, que aunque la subáis al cielo, su piadoso corazón no olvidará á los que están en la tierra, ni dejará de hacer el oficio de madre abogando por ellos delante del trono de vuestra misericordia: ni Vos, Señor, dejaréis de oirla, ni de hacer mercedes al mundo por Ella.

Suplicamos á vuestra misericordia que como en tiempos pasados mirasteis las lágrimas del Rey Ezequías, y oisteis su oración, y mandasteis á vuestro profeta Isaías diciendo (IV Regis, XX): *Di á Ezequías, capitan de mi pueblo: Yo he visto*

tus lágrimas, y he oído tu oración; no morirás, y yo te añado quince años más de vida, que así ahora mirando las lágrimas y oyendo la oración de nuestra Reina y Señora, mandes á uno de nosotros que le vaya á dar la buena nueva del cumplimiento de su deseo, no de que viva quince años de vida, que ya los ha vivido con harto trabajo en ausencia vuestra; mas según la grandeza de vuestra bondad y el grande amor que os tiene y le tenéis, dadle, Señor, que se le acabe la vida mortal, y que en este cielo viva con Vos para siempre. ¿Qué había de responder el Señor á suplicaciones tan justas, y que tocaban á su sacratísima Madre, cuya honra y descanso Él más que ninguno desea y procura, y cuya oración le es más agradable que la de hombres y ángeles, sino conceder de muy buena gana lo que se le pedía, y mandar que todos se aparejen para la solemnísima fiesta que á su Madre quiere hacer, y que descendiese del cielo algún espíritu bienaventurado de aquellos á dar esta buena nueva á la sacratísima Virgen?

Aunque no sepamos quién fué el mensajero, sabemos que cada uno del cielo deseaba ser, y á lo que parece convenía que fuese el arcángel San Gabriel, por ser más conocido de esta sacratísima Virgen. Poco tardaría de andar el camino, y entrando en el aposento de la Virgen, hincaría sus rodillas en tierra con su acostumbrada y debida humildad, y diría: Yo, Reina y Señora, soy Gabriel, vuestro siervo, que por mandado de Dios os traje en años pasados la alegre nueva de que el Hijo de Dios había amado la hermosura de vuestra ánima y os había escogido por Madre, y quería descender del cielo á la tierra á reposar y tomar carne de vuestras entrañas; ahora me envía el mismo Señor, y os manda decir que pues descendió del cielo á la tierra y Vos le disteis muy apacible morada, que Él os quiere llevar de la tierra al cielo, y daros par de sí la mejor morada que á nadie se dió ni dará. Esta es, Señora, mi embajada; decidme: ¿qué respondéis? Fué tanta la alegría de la Virgen de ver tal mensajero y oir tal embajada, que de gozo se le regalaba el corazón, y primero derramó muchas lágrimas que hablase palabra; y cuando habló, ¿qué había de responder, sino las palabras que tenía en uso para decir en todos sus acaecimientos tristes y alegres?

Cuando encarnó en Ella el Hijo de Dios, lo que respondió fué: *He aquí la sierva del Señor; sea hecho en mí según tu pa-*

labra; y esto diría también al pie de la cruz, y esto mismo respondería ahora á San Gabriel, y con hacimiento de gracias diría (Psalm. CXV): *Desatado has, Señor, mis cadenas; á Ti sacrificaré sacrificio de alabanza.* Tórnase luego el arcángel al cielo, y divúlgase luego en la tierra que el Señor quería llevar consigo á su Madre bendita; y hubo tan gran movimiento y sentimiento en los cristianos, cual en ninguna muerte de persona querida ni grande en este mundo lo ha habido. Porque esta Virgen era más querida que padre y que madre, y más estimada que Reina, y era todas las cosas para los cristianos; y por fuerza el sentimiento de lo que perdían había de ser conforme á la pérdida, pues nadie había que pudiese suplir el lugar que Ella dejaba vacío.

Viérades ir y venir gente de nuevo al aposento de esta Madre común, y con amargas lágrimas de sus ojos, más que con palabras, le manifestaban la pena que su ausencia les daba; representábanle la necesidad que de Ella tenían; suplicábanle no desamparase á sus hijuelos, que con sus oraciones había engendrado y con su doctrina y ejemplo había criado; y si se quería ir de este mundo, que los llevase consigo, porque no osaban quedar sin Ella entre tantos peligros, ni podrían sufrir la ausencia de tan amantísima Madre. No oía la Virgen sagrada estas cosas sin gran compasión; y con aquella ternura de corazón de que Dios la dotó, se condolía con ellos y lloraba con ellos, y les prometía que aunque según el cuerpo se apartaba de ellos, no los olvidaría en su corazón, y que mientras viviesen les sería fiel abogada, y que la llamasen en sus necesidades, y que cierto sentiría que tenía cuidado de ellos y de ellas; y que pues esta vida tan presto se pasa, se esperasen un poco y perseverasen en la fe y buena vida que habían comenzado, y que presto irían ellos donde Ella iba, y estarían todos juntos sin se apartar para siempre jamás.

Vinieron también los Apóstoles, que entonces eran vivos, como dice San Dionisio, y Ella les daría cuenta de la merced que Dios le quería hacer; lo cual ellos no oirían sin lágrimas por el amor tierno que le tenían. De algunas santas personas leemos que cuando se querían morir dejaban algunos particulares avisos, como por herencia, á los que presentes estaban, para que sirviesen mejor á Nuestro Señor; y no es de creer que los que allí estaban, pues la habían tenido por maestra en

la vida, le dejasen de suplicar que también lo fuese en la muerte, dejándoles alguna palabra que les fuese recordación de Ella y aviso para mejor servir al Señor. Mas ¡qué les diría la Virgen bendita, sino como humilde, que guardasen lo que el Señor les mandó! Y si importunada á que más en particular dijese con qué cosas Ella se había hallado mejor, respondería que para el cuerpo con virginidad, y para el ánima con humildad y mansedumbre, que halla gracia delante de Dios y los hombres, y entrañable amor y misericordia con todos los prójimos, aun hasta rogar á Dios por los que estaban crucificando á su Hijo delante sus ojos.

Allegábase ya el dichoso día 15 de Agosto, y enflaquecíasele su sagrado cuerpo cada día más, y creíale á su ánima esfuerzo con la alegría de la buena nueva de que presto había de ver á su Dios. Y cuando vino la hora determinada del Señor para hacer esta grande hazaña de galardonar á su Madre conforme á su grande magnificencia y á los servicios que de Ella había recibido, suena en el cielo una voz, que el Señor quiere descender á la tierra á traer consigo á su benditísima Madre, y que manda que la acompañe su corte, y que regocije cada uno la fiesta lo mejor que pudiere; porque toda la honra que á su Madre hicieren, la recibe Él como hecha á sí mismo. ¡Oh, cuán alegres y cuán de fiesta estarían todos!, y el Hijo de la Virgen más; y Él y ellos descienden del cielo, y entran en el aposento donde estaba echada la que en sus entrañas dió aposento agradable á su Dios.

Y pues que en la muerte de otras santas personas se lee haber venido ángeles ó santos, y haber olor suavísimo que le incitaba y confortaba el corazón de los que presentes estaban, claro está que daría el Señor señal de su bendita presencia y de tan bienaventurada compañía como venía con Él, y que todos los que presentes estaban sentirían grandísimo consuelo en sus corazones, y tendrían por cierto que era causado de la presencia de los que del cielo venían.

No sabemos si el Señor allí se mostró claramente, ó si los ángeles y santos tomaron cuerpo para ser vistos, ó si hubo música corporal de que gozasen las orejas de la Virgen y los que presentes estaban. Mas como muchos de estos favores ha hecho el Señor á personas menos amadas, no es fuera de razón creer que los mismos ó mayores hizo con su Madre, más amada que

todos, á cuya muerte fué mucha razón que Él mismo en persona, y no por tercero, se hallase presente, para que en saliendo del cuerpo su preciosísima ánima, la reclinase en sus brazos, sin fiarla de nadie, pues que fué servido que Ella con tanto dolor estuviese presente en aquella hora terrible cuando Él expiró en la cruz, y que después de descendido de ella fuese recibido en los brazos de su Madre, y lavado con lágrimas de Ella. No tenía el Señor olvidado este servicio, pues que de otros menores se acuerda para los galardonar en la muerte, y Él mismo la visita, consuela y esfuerza, haciendo en todo su oficio de Hijo muy obediente y amoroso.

Y cuando ya vino el punto que aquella dichosa ánima saliese de su virginal cuerpo, entonces su Hijo bendito dijo aquello que mucho antes estaba profetizado para esta hora (Cant., IV): *Ven del Líbano, esposa mía, y serás coronada.* Ven á mi huerto, hermana mía; esposa, levántate, y date prisa, paloma mía, hermosa mía, que ya ha pasado el invierno de los trabajos, ya han venido las flores del alegre verano de la gloria que te está aparejada; vente á mí, que yo te recibiré en mi humanidad que de ti recibí, y de mi divinidad con que te crié, y te tendré siempre conmigo, haciéndote bienaventurada para siempre jamás. Á esta dulcísima voz y convite, que sería la postrera que en esta vida la Virgen oyó, respondería su acostumbrada palabra (Luc., I): *He aquí la sierva del Señor; hágase en mí*, etc.

Y porque en vida y en muerte le fué su Hijo maestro y dechado á quien Ella miraba, y le oyó decir cuando en la cruz expiró: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, las cuales palabras Ella tenía guardadas en su corazón para la hora en que estaba, dijo con gran humildad y perfectísimo amor: Hijo mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu. Y tras esta palabra sale aquella benditísima ánima de la morada de su cuerpo, tan libre de dolor cuanto de pecado. No quiso el Señor que cuando Él nació tuviese dolores de parto, ni de muerte cuando Ella renació para la gloria. ¿Mas quién contará el apretado y dulcísimo abrazo que Cristo dió á aquella benditísima ánima, y el gozo que Ella sintió de ver claramente la humanidad y divinidad de su Hijo, con que fueron cumplidos sus deseos y enjutas sus lágrimas, como el niño que tomándole la madre en su pecho cesa de llorar, y no tiene más que desear, pues recibe leche del pecho de la madre?

¡Oh, quién viera aquella hermosísima ánima hermoseada con hermosura de gloria más blanca que la nieve, más resplandeciente que el sol, la más pura y limpia de cuantas Dios ha criado y criará, después de la de su benditísimo Hijo! Y tengo para mí, que pues Dios quiso que San Antón viese el ánima de San Pablo primer ermitaño, más blanca que la nieve, subir al cielo acompañada de los ángeles, que también sería servido de enseñar á muchos de los que allí estaban presentes, y aun á los ausentes, la hermosura del ánima de su santísima Madre, y la gloria de que gozaba, y la grande honra que le era hecha en aquella solemnísima subida á los cielos.

Arrimada, pues, la Virgen bendita á su amado Hijo y Señor, llena de indecibles deleites, comienzan todos á caminar hacia el cielo con tanto regocijo, con tan acordada música, con tan suaves aleluyas, con aquel *Sancta Immaculata Virginitas, quibus te laudibus*, etc., que cantarían en honra de la Virgen sagrada, aquel Gloria sea á Ti, Señor, que naciste de esta Virgen; cantando en honra de Él y de Ella, no á cuatro, sino á cuatro mil y más voces, con otros cantares tan sentidos, tan alegres y concertados como convenía á la fiesta y grandeza de las personas de quien se cantaban, y que bastaran á que si un hombre las oyera, fuera de su dulcedumbre tan absorto que no pudiendo sufrir tal peso de dulcedumbre, el ánima se saliera del cuerpo y se subiera al cielo con tal compañía. Eliseo vió subir al profeta Elías en un carro de fuego hacia el cielo, y sintiendo mucho írsele su maestro, decía á grandes voces: Padre mío, padre mío, carro y guía de Israel. San Antón se quejaba del ánima de San Pablo, y decía: ¿Por qué te subes al cielo sin primero despedirte de mí? Y San Lorenzo se quejaba de San Sixto, Papa, porque yendo á morir por Cristo, no le llevaba consigo para el mismo efecto. ¿Qué haremos nosotros en el día de hoy? Gozarnos hemos porque la Virgen va llena de gloria y de alegría, ó llorar hemos porque nosotros nos quedamos acá.

¡Oh Virgen prudentísima! ¿Dónde vas como alba muy resplandeciente, toda hermosa y suave, hermosa como la luna, escogida como el sol, paloma hermosa, lavada con leche, á la cual cercaban los lirios de los valles, y las flores y las rosas, acompañada de ánimas santas y ángeles bienaventurados, y en los brazos de tu Hijo? ¿Dónde vas, prudentísima Virgen, y

dónde nos dejas? ¿Qué haremos los indignos hijuelos tuyos sino correr tras ti; y viéndote subir al cielo, decir con voces de nuestro corazón: Madre mía, Madre mía, carro que sustenta á los pecadores pesados y guía de los buenos? Elías, movido por las voces de su discípulo, le echó su capa, con la cual Eliseo pudo pasar por el río Jordán sin ahogarse ni aun mojarse. Duélaos á Vos, Señora, nuestros gemidos y nuestra necesidad y soledad, y echad en nuestros corazones vuestra memoria, vuestra devoción y obediencia, con la cual vistamos nuestra desnudez, y favorecidos con Vos pasemos por el peligroso río de este mundo sin ser ahogados con los pecadores que hay en él.

Vos, Señora, subís á sentaros en el resplandeciente trono de gloria que vuestro Hijo bendito desde *ab aeterno* os tiene aparejado á su mano derecha, donde experimentaréis con gran dulcedumbre que hay grandes y limpios deleites en la mano derecha de Dios, no por años tasados, mas hasta el fin, como lo dice la Escritura. También beberéis de aquel río claro como cristal que sale de la silla de Dios y del Cordero, que es la excelentísima divinidad y sagrada humanidad, que con su vista alegra y harta toda aquella santa ciudad de Jerusalén, la del cielo, cuyas ondas á Vos, Señora, más que á otra ninguna sustentan y hartan y hacen bienaventurada, sin que tengáis más que pedir ni que desear.

Gracias, y muchas gracias á la divina bondad damos vuestros pequeñuelos hijos, gozándonos mucho de vuestro tan cumplido bien, que también podemos llamar nuestro, pues sois Vos nuestra Madre; y mirando esto, celebramos el día de vuestra partida con alegría y regocijo. Mas con todo eso no podemos dejar de sentir soledad y desabrigo viéndonos tan llenos de necesidades, y nuestra Madre tan lejos de nos. Suplicámoos, Virgen bendita, que en ninguna manera nos pongáis en olvido; mas pues podéis con Dios todo lo que queréis, haced limosna á los pobres que quedamos acá. Y como de vuestro Hijo bendito se escribe, que subiendo á lo alto dió dones á los hombres, así Vos, Señora, pues subís á lo alto tan semejable con Él en la gloria, parecedle también en esto, que le pidáis mercedes para los que quedamos acá, y sean muchas, porque lo piden así nuestras necesidades, en todas las cuales habemos de recurrir á Vos como á amantísima Madre.

Haced Vos, Señora, que alcancemos lo que á Dios pedimos; y cuando algún servicio os ofreciéramos, recibidlo de buena gana; dadnos lo que os rogamos; excusad lo que tenemos, porque después de Dios Vos sois esperanza única de los pecadores, y por Vos esperamos el perdón de nuestros pecados y el favor para todo bien, y en Vos está la esperanza de los galardones que en el cielo esperamos. ¡Oh Madre santa y santísima! Socorred, Señora, á los miserables, confortad á los flacos de corazón, consolad y regalad á los llorosos, orad por el pueblo, interceded por el devoto linaje de las mujeres. Todos, Señora, chicos y grandes que celebraren vuestra santísima festividad, y de Vos se acordaren y de corazón os llamaren, sientan vuestro socorro y alivio, alcanzando lo que os pidieren.

¡Oh bendita, que hallaste gracia engendradora de la vida! Madre de la salud, humildemente te suplicamos que por ti nos reciba el que por ti fué dado á nosotros. Excuse tu santidad é integridad acerca de Él las culpas de nuestra corrupción, y tu humildad, agradable á Dios, nos alcance perdón de nuestra soberbia; tu copiosa caridad cobije la muchedumbre de nuestros pecados, y tu gloriosa fecundidad nos haga á nosotros fecundos de merecimientos. Señora nuestra, medianera nuestra, reconcílianos con tu Hijo bendito, alcánzanos de Él gracia para que salidos de este destierro nos lleve donde gocemos de su santísima gloria.

CINCO TRATADOS

PARA LA

VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

TRATADO PRIMERO

Consideraciones sobre el apercibimiento que debemos tener para la venida del Espíritu Santo.

No tomo tema en esta plática que tengo de hacer, porque nuestro tema quiero que no sea otro más que nos apercibamos para ser morada donde el Espíritu Santo se aposente (Joann., IV, y Rom., VIII); y que pidamos con mucho ahinco al mismo Espíritu Santo que tenga por bien de venir en nosotros: pedírselo con tema. Y no haremos poco si nos apercibimos, como es razón, para recibir tal huésped. Habéis de saber, hermanos, que aunque las fiestas de Dios se pasaron cuanto á la historia, pero no se pasaron cuanto á la virtud. Bueno fuera, por cierto, para nosotros si como se pasó el tiempo en que Jesucristo padeció, también se pasara la virtud de su Pasión (Joann., X). ¿Qué fuera de nosotros si como pasó mil y tantos años ha, ella no durara? Siempre dura la virtud de la Pasión hasta que el mundo se acabe. A propósito de lo de la fiesta del Espíritu Santo, que aunque pasó tantos años ha, has de hacer cuenta que el mismo efecto hará hoy el Espíritu Santo en tu alma que hiciera en ti en el tiempo de los Apóstoles: mira si lo deseas.

¡Oh, quién viera á Jesucristo para pedirle mercedes, cuando andaba en este mundo entre nosotros padeciendo trabajos! Si cuando en el mundo estaba, echándote tú á sus pies tienes por cierto que, según es piadoso, según su infinita caridad, no te negara las mercedes que le pidieras, ¿tú, hermano, crees esto? (Hebr., XIII). Cree que tan aparejado está el día de hoy, y de tan buena gana te hará las mercedes hoy (Marc., XVI), estando en el cielo, como cuando entre nosotros estaba. Y si tú en este tiempo te aparejas para que el Espíritu Santo venga en ti, haz lo que es necesario: y dígote de su parte, que también vendrá á tu ánima dándote su gracia, como cuando á los Apóstoles (Act., II), viviendo en el mundo vino.

¡Oh, qué tiempo éste que hay de aquí á Pascua tan santo! Esta es Semana Santa: Adviento del Espíritu Santo: este santo tiempo significa cuando los Apóstoles (Marc., XVI), después que nuestro Señor Jesucristo subió al cielo, estaban esperando la promesa que les hizo, cuando le dijo (Joann., XIV): *Yo me voy, pero yo enviaré al Espíritu Santo que os consolará: y os enviaré al Consolador que os consuele de la pena que tenéis de mi partida.* Como ellos oyeron esta palabra, estaban esperando, los ojos puestos en el cielo, qué cosa sería. Decían ellos: Nuestro Maestro nos dijo que nos enviaría un consolador que nos consolase de la ausencia de su partida. Amaban los Apóstoles en gran manera á Nuestro Señor y Redentor Jesucristo. El era consuelo de sus tristezas, Padre de sus necesidades, Maestro en sus ignorancias, teníanlo como á espejo en que se miraban. Estaban todos colgados, transformados en su Maestro. ¿Que ha de venir otro que sea tan grande, tan poderoso, tan sabio, tan bueno, que nos satisfaga y favorezca como nuestro Maestro? ¿Quién será Este? Alzaban sus pensamientos y sus voces al cielo, y decían: "Señor, deseamos os, y no os conocemos, querríamos que viniésedes, y no sabemos quién sois, por vuestra misericordia tengáis por bien de venir y consolar nuestros corazones; VENID, SEÑOR, que estamos muy desconsolados esperando vuestra venida."

Así estaban los santos Apóstoles juntos con la benditísima Virgen María Nuestra Señora en el Cenáculo, en este santo tiempo; y así, hermanos, es muy gran razón que estemos nosotros, pues somos una cosa con ellos, una Iglesia y una unión en Jesucristo (Ephes., IV). Todos aquellos que sirven á Jesucristo,

que están en su servicio, todos son una misma cosa, la Iglesia de Dios, y la congregación de los cristianos, una es (Cant., VI). *Una est amica mea, una est columba mea.* Habla Dios con su Iglesia, y dice: *Una es, amiga mía, una es, paloma mía*: pues así también es razón, que en este santo tiempo nos aparejemos y deseemos con la benditísima Virgen María Nuestra Señora y los santos Apóstoles la venida del Espíritu Santo. Alcense nuestros corazones al cielo, y pidamos con lágrimas de nuestros ojos, diciendo (Hymnus Eccles.): *Consolador de mi ánima, venid, consoladme:* y en todo este tiempo no hagamos otra cosa que desear que el Espíritu Santo venga á nuestras ánimas á morar.

Lo primero que conviene para que el Espíritu Santo venga á nuestras ánimas, es que sintamos grandemente de Él y que creamos que puede hacer mucho bien en nuestros corazones. Por desconsolada que esté una ánima, basta Él á consolarla; por pobre que esté, á enriquecerla; por tibia que esté, á encenderla; por flaca que esté, á esforzarla; por indevota que esté, á inflamarla en ardentísima devoción. ¿Qué remedio para que venga el Espíritu Santo á nosotros? Sentir de Él muy magníficamente. Y así dice hablando de la grandeza del Espíritu Santo (Joel, III): *El poder de Dios es muy grande, y de solos los humildes es honrado.* Lo segundo, conviene mucho para que el Espíritu Santo tenga por bien de venir á nuestros corazones, para que no nos deseche y tenga en poco, tener deseo de recibirle, y que sea nuestro convidado, un cuidado muy grande, un deseo muy firme y ansioso. ¡Oh si viniese el Espíritu Santo! ¡Oh si viniese aquel Consolador á visitar y consolar mi ánima!

Hágoos saber, hermanos (Matth., VI), que impiden mucho los cuidados de lo que cumple á nuestro cuerpo. En esto las personas religiosas nos llevan la ventaja; porque si están en el coro, si están en el refectorio, si en el retraimiento, en todas partes están en el servicio de Dios, empleadas en cosas de su ánima, siempre alabando á Jesucristo, dándole gracias: y si comen, no es para otro fin que para alabar á Dios; y si beben, lo mismo (I Cor., X), y lo mismo en todas las operaciones humanas. Y los casados se atreven á mucho por cierto. Piensa la mujer que se casa que no hay más sino en amaneciendo Dios tomar el manto y venirse al sermón, y tomar buen lugar

en la iglesia; y viene su marido á comer, y no halla la comida aderezada, descompónese y ofende á Dios. Más valiera, hermana, que antes que viniérades, dejárades la casa puesta en orden, y cuando esté todo puesto, venir al sermón; aunque vengas un poco tarde no es priesa, que más te aprovechará una palabra, que por ventura todo el sermón, y con todo puedes cumplir; pero ya que no puedas, más vale que hagas lo que Dios te manda, pues te casaste.

No lo decía por esto, sino que se atreven á mucho los que se casan, porque se obligan á mucho, á mantener la casa, á mantener los hijos y hacerlos que sean virtuosos, y la mujer á criarlos, á ponerlos en buenas costumbres.

Poco es esto; ¿y el cuidado del ánima, el cuidado de lo que cumple al servicio de Dios? Todo se puede hacer; pero son las cosas del mundo pegajosas y son tan malas de despegar, que por eso se tiene el hombre casado por dificultoso (con tantos cuidados) poder entender en su ánima como se debe. Mira, hermano, cómo vives: mira que no venga á querer tanto el marido á la mujer, que por hacerle regalos á ella vengas tú á ofender á Dios como Adán (Genes., III). Quiero mucho á mi mujer, téngola de dar una joya, que aunque sepa hacer lo que no debo se la tengo de dar. Y tú, mujer, no vengas á poner el amor tanto en tu marido, que por él olvides á Dios y con el amor que tienes á tu marido olvides de hacer lo que conviene á tu ánima y lo que Dios manda.

¡Oh! cuánto cuidado había de tener uno que se casa antes que se case; cuán santo había de ser el hombre y cuán santa la mujer; antes que se viniesen á juntar, habían de haber gastado muchos años en servicio de Dios (Matth., XXII): saber ser castos, ser humildes, ser pacientes, ser misericordiosos, guardar los Mandamientos de Nuestro Señor, y después casarse, para que aunque después tuviesen muchos cuidados, muchos estorbos, con una ojeada que diesen, una vuelta en su conciencia de las costumbres de antes, quedase todo apaciguado y amansado. Como un señor que tiene un criado tan bien doctrinado, témele tanto que con sólo que el señor le mire á la cara se ponga el criado como ha de estar para servirle, que aquello sólo basta. Pero ni el casado sabe qué cosa es ser casado, ni la casada menos sabe qué cosa es serlo, y júntanse, pónenlo entrambos de lodo. Lecciones habíades de tomar muchas. ¿Cómo, Padre,

podré cumplir con entrambas cosas, con mi casa y con Dios? Es cosa muy dificultosa, dice San Pablo (I Cor., II): "El que tiene mujer, el que es casado, anda muy congojoso y solícito cómo la agradará y contentará, y para esto anda muy cuidadoso en las cosas del mundo, y está repartido. Pero la mujer que no se quiere casar, la doncella, piensan en las cosas del Señor, para ser santas en el cuerpo y en espíritu."

Señoras monjas, esta fiesta se gaste en pensar cómo agradaré á mi Señor. Así como las desposadas andan con mucho cuidado de andar muy bien tocadas, de no traer nada mal puesto, que aun cuando tienen algo mal puesto, traen consigo un espejo, así las Madres monjas, las Religiosas y doncellas, han de andar muy cuidadosas, cómo no traigan nada deshonesto; han de mirarse en Jesucristo, viéndose como en un espejo; no tengan alguna mancha en la cara, no tengan algún pecado en el ánima, alguna suciedad, porque su Esposo no las deseche.

Estad, hermanos, con mucha atención y cuidado en el servicio de Jesucristo, y en la esperanza de la venida del Espíritu Santo, no entendiendo en cosas rateras ni bajas de por acá; porque la consolación del Espíritu Santo es muy delicada, y poca cosa le hace estorbo, y no se compadece con cosas de acá del mundo. Dice San Bernardo: "Delicada es la consolación divina y muy sutil, y no se da á los que admiten consolaciones humanas. Despéguese toda ánima de consuelo humano, si quiere que el Espíritu Santo la consuele y esté siempre con ella. Con mucha razón quiere el Espíritu Santo ser deseado."

Venid acá: si un hombre no quiere ir á casa de otro, si no sabe que en casa de aquél es deseado, ¿qué hará el Espíritu Santo, que quiere que el hombre que lo quisiere tenga gran deseo, y también quiere que lo deseen? ¡Cuán deseado fué Nuestro Redentor antes que viniese al mundo! Deseólo Adán, deseólo Noé, deseólo Abraham, Isaac, Jacob, deseáronle los Profetas y Patriarcas, todos le desearon (Isa., LXIV): Rociad cielos desde lo alto, y las nubes lluevan; abrásese la tierra y produzca al Salvador. Decía el Profeta Ageo: *De aquí á poco, poco falta, dice el Dios de los ejércitos, yo moveré el cielo, y la mar, y la tierra* (Isa., I), *todo lo moveré, y entonces vendrá el Deseado de todas las gentes* (Malach., III), y el ángel del Testamento que vosotros queréis. Jesucristo en gran manera fué deseado. Pluguiésete, Señor, que rompieses los cie-

los y descendieses á la faz de la tierra. Jesucristo fué muy deseado en gran manera, y así quiere el Espíritu Santo ser deseado; porque aquella merced cuadra bien, que antes que venga es bien deseada; y el manjar que por sí es bueno, es mal empleado en quien no tiene gana de comer. Maten una gallina ó una perdiz, que parece que pone gana de comer, dice el enfermo á quien se la dan: Quitadla allá, que tengo perdido el gusto y la gana del comer, que no me sabe bien. Mala señal en gran manera, no tenéis gana de comer, señal de muerte es.

No vendrá el Espíritu Santo á ti si no tienes hambre de Él, si no tienes deseo de Él. Y los deseos que tienes de Dios, aposentadores son de Dios, y señal es que si tienes deseos de Dios, que presto vendrá á ti: no te canses de desearlo, que aunque te parezca qué lo esperas y no viene, y aunque te parezca que lo llamas y no te responde, persevera siempre en el deseo y no te faltará.

Hermano, ten confianza en Él, que aunque no viene cuando tú le llamas, Él vendrá cuando vea que te cumple. Porque debes, hermano mío, asentar en tu corazón, que si estás desconsolado y llamas al Espíritu Santo y no viene, es porque aún no tienes el deseo que conviene para recibir tal huésped. Y si no viene, no es porque no quiere venir, no es porque lo tiene olvidado, sino para que perseveres en este deseo, y perseverando hacerte capaz de Él, ensancharte ese corazón, hacer que crezca la confianza, que de su parte te certifico, que nadie lo llama que se salga vacío de su consolación. ¡Y cómo lo dice esto el Real Profeta David! (Psalm. XXI): *El deseo de los pobres no lo menospreció Dios, oyólo el Señor.* ¿Quién es pobre? (Psalm. XXI): *Pobre es aquel que desconfía de sí mismo y confía en sólo Dios;* pobre es aquel que desconfía de su parecer propio y fuerzas de su hacienda, de su saber, de su poder; aquel es pobre que conoce su bajeza, su gran poquedad, que conoce ser un gusano, una podredumbre y pone juntamente con esto su arrimo en sólo Dios, y confía que es tanta su misericordia (Psalm. XIII y LXI), que no le dejará vacío de su consolación: los deseos de estos tales oye Dios.

Mira que el Espíritu Santo, no sólo se contenta conque estés ocupado en estos deseos; no cumples, hermano, con esto esperando al Espíritu Santo, mas ha de haber obras. ¿Quiéreslo ver? Mira lo que les dijeron á los Apóstoles estando suspensos

mirando al cielo, cuando el Señor subió allá. Ellos estaban colgados de Él, estaban todos deseando y esperando al Espíritu Santo; estaban con grande deseo de ver al Espíritu Santo, como su Maestro se lo había alabado; estaban olvidados de sí mismos, mirando á Jesucristo Nuestro Señor cuando subió al cielo. Sea Él bendito, que tan cuidadoso es de nuestro bien, que no se contentó con mirar por nosotros y tener tanto cuidado de nuestro bien; pero aun subido al cielo, tuvo tanto cuidado de los suyos que envió dos ángeles vestidos de vestiduras blancas, y les dijeron (Act., I): "Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesucristo que visteis ahora subir al cielo, de la misma manera que lo visteis, con tanta majestad vendrá otra vez". Y dijéronles que fuesen al Cenáculo, porque allí había de venir sobre ellos el Espíritu Santo.

No has de estar todo el día mirando al cielo: no ha de ser todo el día rezar ni contemplar; anda, hermano mío, al Cenáculo, no estés ocupado y detenido en pensar en la presencia corporal de Cristo. Ya os he dicho muchas veces, que la causa por que no vino el Espíritu Santo á los Apóstoles estando acá Jesucristo en este mundo, fué porque estaban ellos colgados de la presencia de su Maestro y estaban contentos con aquello sólo; y aunque la presencia de Nuestro Señor era tan santa y buena, pero estorbaba á los Apóstoles de no ser perfectos, y por eso Jesucristo se quiso ir. "Discípulos míos, mucho me queréis, mucho me amáis. Yo sé que conmigo estáis vosotros contentos; pero más os amo yo á vosotros, y para mostraros este amor, quiérome ir (Joann., XVI); porque viniendo el Espíritu Santo seáis más perfectos, subáis más altos vuestros pensamientos." ¿No miráis en esto que la presencia de Jesucristo hacía estorbo en alguna manera á la venida del Espíritu Santo?

Celosísimo es el Espíritu Santo; no penséis es así como quiera (Exodo, XXXIV): *Ego sum Dominus Deus tuus*, dijo Dios á Moisés; para darte á ti á entender, hermano, que tienes puesto tu amor en el confesor, aunque bueno, y en el predicador que te da buenos consejos y consuelos, tienes puestos los ojos en él; no vendrá el Espíritu Santo hasta que quites el amor demasiado de las criaturas. El Espíritu Santo á solas quiere estar contigo. ¡Oh Padre!, que es un santo, y me guía por el camino de Dios, y me esfuerza en los trabajos; más santo era Jesucristo, y aun le hizo estorbo al Espíritu Santo. El siervo de Dios,

el confesor y el predicador, no le han de ser estorbo para el Espíritu Santo; hate de ser una escalera para que tú subas á Dios.

El amor, aunque no sea malo, demasiado estorba; no te haría daño si tú supieses usar de él; lo que amares en el confesor y en el predicador, sea por Dios y en Dios. ¿En qué veré, Padre, cuándo es amor de Dios? Cuando mucho quieres á uno, si cuando te lo quita Dios de delante ó permite que se aparte de ti, si entonces no pudiere tanto el amor que te perturbe el servicio de Dios, quiero decir, que no sientas tanto la partida, que te desasosiegue el corazón, y te traiga alborotado, de arte, que te quite tus buenos ejercicios; si esto no hay, de Dios es el amor. Una poquita de pena, cosa natural es; pero mucha, ésa no es buena. Si estas moticas hacen estorbo al Espíritu Santo, ¿qué harán los malos pensamientos deshonestos, las palabras demasiadas, y otras cosas á este modo?

¿En qué estamos? ¿Qué es menester para que el Espíritu Santo venga á nuestras ánimas? No sólo lo hemos de desear, pero hemos de aderezar la casa limpia. Y si esto hacéis cuando os ha de venir un huésped á vuestra casa, ¿cuánta más razón es que esté vuestra ánima limpia, que no tengáis malos pensamientos, ni malas palabras, ni malas obras, y que estéis adornados de las virtudes, porque el huésped que esperáis es limpísimo en gran manera? Mirad que más es menester que llamar al Espíritu Santo, y más es menester que aderezar la posada; es necesario que aderecéis la comida. Habéis de echar mano á la bolsa, no os ha de doler el gastar mucho, habéis de ser largo y muy liberal. Cuando tenéis un huésped, no os duele de comprar sólo lo que á él le basta, pero aun compráis para que sobre; así es menester, hermano; esperáis á este santísimo Huésped, pues Él es tan liberalísimo para con vos, sedlo vos para con Él; echad mano á la bolsa, y no deis poquedades, dad larga limosna, dad de comer al hambriento, vestir al huérfano y á la viuda, haced oficio de padre con todos los necesitados. Mira tú que eres padre de pobres y consuelo de desconsolados.

Bien hacía este oficio el santo Job, cuando decía (cap. XXXI): *Si comí yo, Señor, mi bocado á solas.* Y en otra parte decía: *Que era el pie al cojo, y mano al manco.* Dale á comer al Espíritu Santo, y dale á comer tu corazón, que carne come; pero

mira que es carne mortificada lo que come. ¿Qué cosa sería si le pusieses á tu convidado una ave viva? Cómo te diría: quita allá, que esa ave no es para comer. Sube ese corazón al cielo muchas veces y suplícale te lo abrase con fuego de amor; muerta ha de estar tu carne y manida, castigada y mortificada, adornada con ayunos y disciplinas; has de estar muerto al mundo, has de tener tu corazón guardado, en Dios tus pensamientos y deseos levantados. Hazte con estos pensamientos y ejercicios un águila real; no descanses hasta topar con este Santo Espíritu; no te asientes, ni pongas tus pensamientos en cosas muertas ni bajas.

Mira lo que hizo la paloma que echaron del arca de Noé; echáronla fuera, fué volando, y cuando salió, ya había cesado el diluvio: había en la tierra muchos cuerpos muertos y no se quiso sentar sobre ninguno de ellos, ni descansó entre ellos, sino subióse á una oliva, cogió un ramito con el pico y volvióse con él al Arca. Así ha de hacer el ánima del cristiano, no asentarse sobre ningún cuerpo muerto, ni tus pensamientos han de estar en cosas muertas, ni perecederas, ni hediondas, mas han de estar en el cielo puestos adonde está tu tesoro Jesucristo; allí esté todo tu corazón, y particularmente en esta fiesta. Está esta semana muy recogido para recibir el Espíritu Santo. Está con cuidado, mira aquellos criados que estaban esperando á su señor cuando viniese de las bodas; no seas como aquellas vírgenes locas y necias; no estés dormido ni emborrachado en cosas de este mundo; mas imita á las vírgenes prudentes en el cuidado y ornato, y en tener aceite de misericordia para ti primero, teniendo mucha cuenta con tu ánima y reformación de tu corazón. Busca estos días el rincón, y guárdalo.

Mira á la benditísima Virgen y á los santos Apóstoles recogidos en el Cenáculo: ¿qué harían? ¡Qué lágrimas tendrían acordándose de la Pasión de Jesucristo, acordándose de su ausencia! ¡Qué suspiros enviarían al cielo, deseando este Santo Espíritu tu consolador y reparador suyo! Ten todos sus deseos corregidos, los ojos mortificados y bajos, no miren alguna cosa que después tengan que llorar; porque si el ojo mira, el ojo llora. Vió David una negra vista, que más le valiera estar ciego que no ver lo que vió; porque si el ojo se deleitó en mirar, bien lloró después, y tanto, que dicen que tenía David hechos surcos en la cara del correr de las lágrimas. Y es menester ce-

lebrar esta Pascua de esta manera con mucho cuidado, pues lo que esperamos es tanto. ¿Sabéis, hermano, qué tiempo es éste? ¿Y qué pierdes si el Espíritu Santo no viene á morar á tu casa? Que ni la Encarnación de Jesucristo, que es la principal fiesta de todo el año, ni su santo Nacimiento, ni su Pasión, ni Redención, ni su Resurrección y subir al cielo te aprovechará nada, si de esta fiesta no gozas; todo aquello que Jesucristo ganó, pierdes si esto pierdes.

Aunque es verdad que con la muerte de Jesucristo se abrió el cielo y se cerró el infierno, ¿pero qué te aprovechará si no recibes al Espíritu Santo? Sin gracia de Dios, mira qué te puede aprovechar lo demás: y si al Espíritu Santo recibes en tu corazón, todo te aprovechará y dará consuelo. Este sólo Espíritu Santo bastará á consolarte y dar esfuerzo á tu flaqueza, á dar alegría á tu tristeza, y como lo sabe Él hacer.

Yo supe de uno á quien el Espíritu Santo se le quiso comunicar tantico, y cómo salió dando voces por las calles. ¿Queréislo ver? Miradlo por los Apóstoles, que antes que el Espíritu Santo viniese, estaban tan acobardados, tan medrosos, que no osaban salir, sino tenían la puerta del Cenáculo cerrada. Así como el Espíritu Santo vino en ellos, abren las puertas de par en par, salen por esas plazas y comienzan á predicar á Jesucristo.

Dice San Atanasio, un gran Santo, que escribió contra la herejía de los arrianos. Este Santo, pensando los escrúpulos que algunos tenían, si soy bautizado, si no soy bautizado, dice él. ¿Sabes en qué lo verás? Si, como la mujer que está preñada siente bullir la criatura, sientes tú bullir el Espíritu Santo. Pues Padre, yo soy hombre, yo no soy casada, no sé qué es bullir la criatura, ¿cómo lo sentiré? Esta señal te doy, hermano: Cuando sintieres en tu corazón un fuego encendido de caridad, un amor firme en Dios, que el Espíritu Santo fuego es: si sintieres dar saltos de cara arriba dentro de ti. ¿Cómo es eso, Padre? El mismo Jesucristo lo dijo por San Juan, hablando con la Samaritana: "Quien bebiere del agua que yo tengo.„ ¿Qué condición tiene esa agua, Señor? "Haráse él—dice nuestro Redentor—una fuente de agua viva que salte hasta la vida eterna.„ Ves aquí la señal que dió Cristo para saber cuándo ha venido el Espíritu Santo á ti: que el Espíritu Santo tiene esta condición, que no puede estar encubierto, y Él mismo da testimonio,

si tienes ahora á Jesucristo, que dice Él en el Evangelio que se dice en la Misa (Joann., XIV): "Cuando el Paráclito viniere, cuando el Espíritu Santo viniere, el Espíritu de verdad, que procede de mi Padre, ése dará testimonio de mí, ése os enseñará de mí." Que quiere decir, que os consolará, alumbrará, recreará y encaminará.

El Espíritu Santo es Consolador, hermanos, ¡cómo sabrá consolar! Pues por su grandeza se llama así, *Consolador*. ¿Qué es lo que buscamos en esta vida? ¿Tras qué andamos? Toda la vida trabajamos, no para otra cosa sino para buscar tantico consuelo, tanticó contento; ¿pues por qué no trabajamos por tener nosotros un Consolador que nos consuele y que enriquezca nuestra pobreza? ¡Oh si os pudiese yo pegar la devoción con el Espíritu Santo! Pégueosla Él por su infinita misericordia.

Cuando estuvieres triste, ten por cierto que el Espíritu Santo te consolará de esa tristeza, si lo tienes en tu ánima—dice el Apóstol San Pablo.—Porque si alguno pensare quién es bastante á consolar una tristeza que tengo, un desmayo, quién me favorecerá, hay pelea de fuera, y de dentro grandísimos temores. Pero aquel que tiene por costumbre de consolar á los que son humildes, nos ha consolado.

El oficio del Espíritu Santo es consolar á los que están atribulados. Pregonado está este Consolador en toda la Iglesia de Jesucristo Nuestro Señor; pregonado y publicado está por Consolador de nuestros trabajos. El enfermo busca médico para sus enfermedades; el pleiteante busca buen abogado que le ayude, y va al juez y dícele: sentencia por mí. Pues que todos estamos tristes, tenemos necesidad de acudir á quien nos consuele nuestra tristeza. Todos estamos tristes, los malos por pecados que hemos hecho; á los justos también les pesa de sus pecados, y tienen grandísima tristeza, si han de ofender á Dios, si han de perder á Dios. Todos estamos tristes, todos hemos menester un consuelo. El Espíritu Santo tiene por oficio de consolar á todos; pidámosle tenga por bien de venir á nuestros corazones y consolarnos.

Dirá alguna ánima que se ve tan acorralada y tan medrosa, que hubiere cometido tantos pecados. Padre, ese Espíritu Santo que decís es Dios, es Dios Todopoderoso, Dios terrible; yo soy un gusano, una hormiga; ¿cómo querrá venir ese Espíritu

Santo á mi posada tan mal aderezada? Temo que no querrá venir.

Si miras á ti, razón tienes por cierto que no querrá venir el Espíritu Santo; ¿pero sabes qué has de hacer? Poner en medio de ti y de Él á Jesucristo y á sus merecimientos, y viendo el Espíritu Santo lo que Jesucristo pasó por ti, por amor de Él, luego vendrá. Después que uno se desconsoló porque tú te consolases; después que uno se entristeció porque tú te alegrases; después que uno sufrió cansancio porque tú descansases; después que uno murió porque tú vivieses, no tienes que temer, si sabes llorar tus pecados y hacer digna penitencia. Bendito sea Jesucristo, y los ángeles lo bendigan, amén. Dice Nuestro Redentor (Matth., III): *Busqué quien me consolase y no lo hallé, y diéronme en manjar hiel, y cuando había sed diéronme á beber vinagre.*

No halló Nuestro Redentor quien lo consolase; estuvo Nuestro Redentor muy lleno de tristeza, muy desconsolado; no halló consuelo ninguno; estaba con tantas tristezas de dentro y de fuera, que dijo Él mismo (Matth., XXVI): *Tristis est anima mea usque ad mortem;* quiere decir, que Nuestro Redentor tenía tristeza de muerte; no decimos la parte superior del ánima, que ésa gozaba de Dios, no hablo sino de la parte sensitiva; en aquella parte estaba desconsoladísimo en gran manera; ¡qué de cansancios, qué de hambre, qué de sed, qué de sudor por esos caminos!

Y cuando ya se llegó el tiempo de padecer, había tanto dolor en pensarlo, que decía (Matth., XXVII): *Padre, si posible es, no beba yo este cáliz, esta copa de amargura.* También dijo Cristo Nuestro Redentor en la parte sensitiva, viendo que Dios le dejaba padecer y viendo los tormentos que pasaba: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Fué tanto, hermanos mío, lo mucho que Nuestro Señor pasó; fueron tantos los tormentos que pasó, los azotes, corona de espinas, las bofetadas que en su divino rostro le dieron, que dice Él mismo (Thren., I): *O vos omnes qui transitis per viam.* Todos los que pasáis por el camino, todos los que vivís en el mundo, mirad si hay dolor como el mío. Bendito seáis Vos, Redentor mío, por siempre. ¿Qué es la causa de tantos dolores? Señor, ¿los dolores, los tormentos, no son pena de los pecados y castigo de los malos? A los que mal hacen les conviene el castigo. Vos,

Señor mío, ¿qué mal fué el que hicisteis, que tantos tormentos pasasteis? ¿Por qué tantos dolores?

Dice Nuestro Redentor Jesucristo, ¿qué deben éstos? Señor, muchos pecados han hecho; pues quiero, dice Cristo, caiga sobre mí el castigo porque caiga el descanso del cielo encima de ellos; la tristeza caiga en mí, porque la alegría caiga sobre ellos. Quiero que me den hiel á mí, porque les den á ellos miel; denme á mí tormentos, porque den á ellos descansos; denme á mí la muerte, porque á ellos les den la vida. Ten, pues, hermano, confianza en estos merecimientos que Jesucristo tuvo; no pienses que es voz muda la que tienes en el cielo en tu defensa: los merecimientos de Jesucristo están allá abogando por ti; ni tampoco es voz muda si alegas para que el Espíritu Santo venga. No desconfíes, que si los merecimientos de Jesucristo tú das por ellos, te darán al Espíritu Santo.

Tanto vale lo que das como lo que te dan. Si te dan á Dios, á Dios das, y aunque por la parte que es Dios Jesucristo Nuestro Redentor no padeció, pero en fin se dice haber padecido aquel que era Dios. Y por la hiel que Él bebió, estando puesto en la cruz, te darán á ti la miel del Espíritu Santo; llamarán tus pensamientos, palabras y obras al Espíritu Santo, que Él sobrevendrá en ti, sin que tú sepas cómo ni en qué manera, sin que lo sientas ni sepas por qué parte entró, y hallarlo has dentro en tu corazón aposentado; hallarás dentro de tu ánima una alegría grande, un regocijo tan admirable y tan lleno que te hará salir de ti.

Decía el santo Rey David (Psalm. L): *Darás, Señor, gozo y alegría á mi oreja, y gozarse han los huesos humillados.* El corazón que estaba triste, el ánima que estaba muy congojada, recibirá alegría y gozarse ha; oirás al Espíritu Santo que te hablará en tu oreja, y te mostrará todo lo que debes hacer. El mismo que tiene por oficio consolar, ése mismo tiene por oficio exhortar; y el mismo que te consuela, ése mismo te reprende.

¡Oh hombre cobarde, de poco ánimo, no quieras temer como niño, ten esfuerzo de varón! El mismo Espíritu Santo que te viene á consolar, ése mismo te reprenderá, para quitar aquello que impide tu consuelo. *Paracletus*, quiere decir *Consolador*. Y pues ves, hermano, que por los merecimientos de Jesucristo se da el Espíritu Santo, no ceses de pedirlo, no dejes de desearlo con gran deseo, sintiendo de Él que vendrá á tu ánima, y

será tanto consuelo para ti que nadie bastará quitártelo. Apareja tu posada, apareja la comida para este huésped, pues tan bien la merece y tantas obligaciones le tienes; hagamos muchas limosnas á los pobres; hagamos misericordia á nuestros prójimos; abstengámosnos de todo pecado y de toda falta en esta Semana Santa ; tengamos nuestros sentidos muy sujetos, y todos estemos con verdadera confianza, que por su misericordia vendrá en fuego de amor, fortalecerá nuestros corazones y darnos ha sus dones.

TRATADO SEGUNDO

Del Espíritu Santo.

Cum venerit Paracletus, quem ego mittam vobis a Patre.

"Cuando viniere el Consolador, el cual os enviaré del Padre."

(JOANN., XV)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

TODOS *buscan sus cosas* (Philip., II), *no las cosas de Jesucristo,* dice el Apóstol San Pablo, quejándose de las costumbres de los hombres. Todos buscan lo que les cumple, y no lo que le cumple á Jesucristo; y hablando de Jesucristo, dice el mismo Apóstol (Rom., XV): *Etenim Christus non sibi placuit, sed sicut scriptum est, improperia improperantium tibi ceciderunt super me.* Todos buscan lo que les cumple á ellos, y no lo que toca á Jesucristo: mas Jesucristo, olvidado de lo que le cumple á Él por acordarse de lo que nos cumple á nosotros, *non sibi placuit,* no escogió vida á contentamiento de lo exterior, antes muchas veces se cansó por esos caminos, derramó muchas lágrimas, padeció muchos denuestos y, finalmente, padeció la muerte, para que entiendan los hombres que pudiendo vivir descansadamente olvidaba su descanso por dar descanso á los hombres.

Señor, si fuérades como nosotros, ¿cuán mal nos fuera? ¿Cuántas veces os habrá acontecido andar tras de Nuestro Señor demandándole alguna merced, importunándole con oraciones, con lágrimas, con limosnas, con disciplinas, y después

que os lo ha dado, vos como mal pagador os olvidáis de Dios; en la adversidad vais á Él, y en la prosperidad os olvidáis del Señor? Mal hecho es. Si Él fuera como nosotros, ¿qué fuera de nosotros? Ya está en los cielos, ya no le falta nada para su descanso; si estando en su prosperidad nos olvidara, ¿qué fuera de nosotros? Sea su misericordia bendita (Rom., VIII). *Fué Jesucristo al cielo*—dice San Pablo—*á parecer delante el acatamiento del Padre, para ofrecerle su Pasión y ser nuestro abogado.*

Por parte de Jesucristo bien libraremos, que recibiremos el Espíritu Santo. Señora, ¿y por vuestra parte libraremos bien? Raquel dos hijos tuvo, la Virgen benditísima dos hijos tiene, uno natural y otro adoptivo; el Hijo natural ya está en el cielo, ya está reinando, en cobro está, no tiene que pedir para Él, y os resta que á los que somos hijos adoptivos nos alcancéis gracia, dones que son necesarios para ir donde está el natural.

Cum venerit Paracletus, etc. (Joann., XV). Estamos en Pascua del Espíritu Santo: venga en vuestros corazones, para que tengáis buenas Pascuas. Dice Jesucristo por San Juan (Ibid): "Cuando viniere el Consolador, que yo enviaré de parte del Padre, que es Espíritu de verdad, Él dará testimonio de mí, y vosotros lo daréis también, porque habéis sido testigos de vista, y que desde que comencé á predicar me habéis conversado; aparejaos, que grandes trabajos os vendrán, echaros han de las iglesias y perseguiros han, y un solo descanso que podéis tener, que es descansar algún día que os dejasen de perseguir, aun éste os faltará, porque nunca cesarán, haciendo cuenta que en perseguiros y mataros hacen servicio á Dios; consolaos con que es gente ignorante, que no conocen al Padre ni á mí, y que os persiguen sin merecerlo por amor de mí. Dígooslo antes que venga, porque cuando viniere la hora os acordéis, que os dije lo próspero y adverso que os había de venir, y hallaréisme verdadero en uno y en otro."

Cuando viniere el Consolador, etc. El Señor, ya os he dicho algunas veces, que si dejásemos á su corazón hacer lo que quiere por nosotros, todo sería hacernos misericordia, porque á Él propio es el hacer misericordia: si castiga, como forzado castiga, y fuera de su condición (Thren., III): *Non enim humiliavit ex corde suo, et abjecit filios hominum.* Cuando abate Dios á uno, no lo hace de corazón, sino como forzado, como padre que ve á su hijo ser malo, castígalo con amor, y el hijo hace que le

castigue Dios. Dulce es de naturaleza—dice San Jerónimo,—mas nosotros le hacemos que nos castigue. De aquí viene que cuando castiga, luego busca el consuelo (Levit., XXVI): *Quoniam abjecit, et miserebitur secundum multitudinem misericordiarum suarum.* ¡Qué desconsuelo recibieron los Apóstoles cuando les dijo que se quería ir! (Joannis): *Quia haec dixi vobis, tristitia implevit cor vestrum.* Amaban tanto á Jesucristo, que no tenían paciencia para oir decir: Voime, pues sois tan amigo de dar consuelo, ¿qué consuelo daréis á éstos que tan desconsolados están por amor de Vos?

Dos consuelos les da: el uno (Joann., XIV): *Si diligeretis me, gauderetis utique.* No pospongáis mi bien á vuestro contentamiento. Si me amásedes, os gozaríades porque me voy á reinar; y porque este consuelo es de perfectos, que viven en trabajos y toman por consuelo que la voluntad de Dios se cumpla en ellos, dales otro consuelo que toca al provecho de ellos. Tristes estáis porque me voy; pues yo os digo (Joann., XVI) *que os cumple que yo me vaya.* Mira qué palabra, que es menester grandísima fe para creerla: Yo os digo en verdad, que os conviene mi ida; y paréceos á vosotros que yéndome yo quedáis desamparados, y que los judíos y todos los hombres os han de perseguir. ¿Pensáis que quedáis como niños, que en apartándose la madre de ellos los ha de comer el lobo? Señor, si dijéredes que os cumplía á Vos, fuera bien; mas que nos cumpla á nosotros, ¿cómo es posible? (Joann., XVI): *Si enim non abiero, Paracletus non veniet ad vos:* cumpleos que me vaya, porque si no me fuere, el Consolador no vendrá á vosotros; y si me fuere, enviároslo he; por eso os cumple que me vaya.

Señor, ¿consolador por consolador, Vos no sois buen Consolador? Qué hacía el Señor de decirles bienes de este consolador, para que con su venida templasen la pena que recibían de su ida, enviaros he uno que ha por nombre *Consolador;* uno que os enseñará, no solamente las cosas presentes, mas aun las por venir; uno que os dirá quién yo soy, que aún no me conocéis bien; uno que sea Espíritu, que allá dentro de vosotros os enseñe, que ni sea menester orejas para oirle, ni ojos para verle; uno que nunca os dejará, sino que estará con vosotros cuando comáis y cuando durmáis, cuando estéis en la iglesia y cuando estéis en casa; uno que será tan vuestro compañero, que nunca se apartará de vosotros; tened ahora por bien mi ida,

porque venga á vosotros este Enseñador. Todo lo que yo os he hablado Él os lo declarará, Él será vuestro Maestro, vuestro Ayo, vuestro Consolador, para que os consoléis con Él; tened por bien que yo me vaya.

Grande es la dignidad del Espíritu Santo, que tuvo por predicador al mismo Jesucristo. ¿Quién predicó de Jesucristo? El Espíritu Santo por boca de los Profetas; mas al Espíritu Santo el mismo Jesucristo Dios y hombre lo predicó por su propia boca, y dijo tantos bienes de Él porque los Apóstoles tuviesen paciencia de su ida. Señor, consolador por consolador, ¿no os quedaréis Vos? Contentos estamos con Vos, no hay pena que con veros no se nos quite; quedaos Vos con nosotros, Señor. No tenéis razón, aquella humanidad de Jesucristo que veían no era tan buena como el Espíritu Santo; porque la humanidad era cosa criada, y el Espíritu Santo era Dios. La divinidad de Jesucristo no se iba, como no descendió del cielo.

La divinidad tampoco subió ahora al cielo; lo que se ausentaba era el ánima y el cuerpo, y éste menor era que el Espíritu Santo. Pues no tenéis razón de decir que no se vaya para que venga él. Cuando este Enseñador venga, Él os dirá quién yo soy; y cuando le hubiéredes conocido, daréis por bien empleada mi ida por haberle conocido.

Henos aquí metidos donde yo deseaba. Tenga cada uno el gusto que quisiere; el mío harto ruin es por cierto; mas uno de los tiempos en que mi ánima está más consolada y en que mayores mercedes espera recibir de Dios, es esta semana antes de Pascua, llamada por nombre *Semana Santa*. Por reverencia de Dios que me hagáis esta merced, y á Dios este servicio, y á vuestra ánima tan gran bien, que si en otro tiempo habéis sido los que no debíades, esta semana sirváis á Dios muy de veras, y yo os doy palabra de parte suya, en cuyo lugar estoy, aunque indigno, que Él os pagará el servicio que le hiciéredes. Quien de esta semana tiene parte, en todas las otras fiestas de Jesucristo la tiene, y quien de esta semana no tiene parte, ni tiene parte en su nacimiento, ni en su ayuno, ni en su oración, ni en sus azotes, ni en su muerte, ni en su resurrección, ni en su ascensión; no tiene parte en cuanto ha hecho ni hará, si no tiene parte en esta semana.

¿Paréceos que es de tener en mucho esta fiesta? Porque los hombres tuvieran parte en esta fiesta hizo Jesucristo Nuestro

Dios todo esotro que hizo (*Collecta Eccles.*): *Ut divinitatis suae tribueret nos esse participes.* Así lo canta la Iglesia estos días. ¿Qué es participar de su divinidad? Es celebrar bien bien esta Pascua, recibir el Espíritu Santo, que es el mismo Dios; para eso trabajó Jesucristo tanto, para que gocemos de esta santa fiesta. ¿Y qué fiesta es ésta? Fiesta del Espíritu Santo, y ¡ay de aquel que no tuviere el Espíritu Santo! ¿No me pasaré yo con vivir en mi carne, ó á lo menos con vivir en mi espíritu? No—dice San Pablo—(Rom., VIII): *Vos autem in carne non estis, sed in spíritu. Si quis Spiritum Christi non habet, hic non est ejus.* No desmaye nadie. Vosotros—dice San Pablo—no vivís en carne, no vivís por vuestro juicio, no os regís por vuestra voluntad y apetito. ¡Quién fuera tan dichoso predicador, que os dijera con verdad: No vivís en carne, sino en espíritu: *Si tamen, o si quidem*, como dice otra letra: *Si quidem Spiritus Dei habitat invobis;* porque ciertamente el Espíritu de Dios mora con vosotros!

Porque entendáis que vuestra bienaventuranza es tener por huésped al Espíritu Santo, sabed que si alguno no tiene espíritu verdadero de Cristo, este tal no es de Cristo. Otra vez era menester decir, y otras mil veces, ¿si no es de Cristo, cuyo será? Todas mis riquezas, Rey mío, están en ser de Vos: con esta condición da Dios las riquezas al cristiano, con que él sea de Dios (I Cor., II): *Omnia vestra sunt sive Paulus, sive Apollo, sive Cephas, sive mundus, sive vita, sive mors, sive presentia, sive futura, omnia enim vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei:* No os llaméis pobres, que todas las cosas son vuestras; Pablo es vuestro, porque trabaja y padece por vosotros; Cephas, que quiere decir Pedro, es vuestro, porque también suda él, y revienta hecho esclavo. Apolo también; el otro predicador es vuestro, pues os predica; la vida es vuestra, pues la vivís para Dios; la muerte es vuestra, pues por la muerte pasáis á Dios; lo presente, lo por venir vuestro es, porque de lo presente, si usáis de ello como Dios quiere, lo por venir guardado os está: todas las cosas son vuestras, y vosotros de Cristo; de manera, que con esta condición son vuestras todas las cosas, con que vos seáis de Cristo. Si no fuéredes de Cristo, ¿cuyo seréis? (Joann., III): *Qui incredulus est Filio, non videbit vitam: sed ira Dei manet super eum:* El que es incrédulo al Hijo de Dios, el que no está bien con Él, la ira de Dios queda en él.

En Adán comenzó la ira, y en Adán nacemos todos hijos de ira: en Jesucristo comenzó la gracia, y todos los que no estuvieren ingeridos en Jesucristo, la ira de Dios quedará sobre ellos. En Adán es el pecado, en Jesucristo es la justicia; en Adán la desgracia, en Jesucristo la gracia; en Adán el infierno, en Jesucristo el cielo. Si no eres de Cristo, si no estás bien con Cristo, la ira de Dios es sobre ti (Eccl., V): *In peccatores respicit ira illius:* La justicia de Dios está mirando contra los pecadores.

En cometiendo un hombre un pecado mortal, luego muere á Dios, y pone Dios los ojos en él airados. ¿Quién tendrá la mano á Dios? ¿Quién te defenderá de Él? (Psalm. XC): *Scapulis suis obumbrabit tibi.* ¿Quién te hará sombra, y te guardará del sol tan recio como la ira de Dios? *Scapulis suis obumbrabit tibi.* ¿Quién te librará de Dios airado? Dios manso. ¿Quién te defenderá de Dios riguroso? Dios Cordero. Envió Dios á su Hijo para que su disciplina y castigo cayese sobre el que no debía nada, y el culpado quedase libre; para que con sus espaldas te hiciese sombra, y la justicia de Dios no te abrasase; ponte detrás de Él, que en Él dió el ardor del sol, y sobre Él descargó la ira de Dios, y detras de Él hay sombra; allí hallarás refrigerio. Si no estuviere en Él, ¿qué será de mí?

Si el sarmiento no permaneciere en la vid, no escapará del fuego; y si tú no estuvieres en Jesucristo, no escaparás del infierno. Nadie sube al cielo sino Jesucristo, que descendió del cielo. Nadie entrará en la gloria sino el gracioso, el amado del Padre; y nadie es gracioso, ni amado, sino en Jesucristo. Quien no está arrimado á Jesucristo, condenado será para siempre; quien no tiene espíritu de Cristo, no es de Él; ¡ay de él! Quítame, Señor, cuanto hay en el cielo y en la tierra, y no me quites ser tuyo; si tuyo soy, mandarme ha tu bondad, mandarme ha tu humildad, mandarme ha tu mansedumbre; si no soy tuyo, mandarme ha la ira, mandarme ha la carnalidad, mandarme ha la pasión. Mirad, ¡qué señores estos para regiros, pues ellos mismos son pasiones! ¡Mirad, cómo mandarán sin pasión!

No hay palabra tan áspera como ésta (Rom., VIII; Isaias, XXXIII): *Qui non habet Spiritum Christi, hic non est ejus,* etcétera. *Conterriti enim sunt in Syon peccatores; possedit tremor hypocritas.* Cata que tengo de hablar hoy con vuestros corazones, y he de poner por testigos á vosotros mismos. Es-

pantado se han los pecadores en Sión; temblor ha tomado á los hipócritas. ¿De qué? (Rom., VIII): *Quia qui non habet Spiritum Christi, hic non est ejus.* ¡Oh qué recia palabra! Catad, que no os desmayéis, no os desmayéis tan aína. No basta, hombre, que vivas en carne, ni basta que vivas en espíritu tuyo; no pienses que basta echar mano á la bolsa y dar limosna, si no lo haces en espíritu de Dios; Dios es Espíritu y ama á su semejante; quiere que le adores y sirvas en espíritu. Si dentro no hay espíritu limosnero, no aprovecha dar limosna acá fuera.

¿Qué te aprovecha pasar y pasar cuentas, si dentro no ora el espíritu? (Isa., XXIX): *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me.* ¿Qué sirve la sobrepelliz blanca, qué significa la castidad si ni el espíritu ni el cuerpo tienen castidad? ¿Qué aprovecha tener las rodillas hincadas, y el alma tiesa y que no quiere humillarse á obedecer los santos Mandamientos de Dios? Menester es que le sirvan en lo de fuera y en lo de dentro; contentarse ha con eso, con que le sirvamos con el cuerpo y con el espíritu. No, no desmaye nadie, yo os diré cuando desmayéis, si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo: no te basta tu propio espíritu.

No lo entiendo, dirás; declarártelo he, que me place: no basta que un hombre viva conforme á su razón, y que tenga las pasiones refrenadas y reguladas por su espíritu. San Juan (cap. I): *Dedit eis potestatem filios Dei fieri his, qui credunt in nomine ejus: qui non ex sanguinibus, nec ex voluntate carnis, nec ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.* ¡Oh qué bien lo habéis dicho, Aguila de Dios! Los que son hijos de Dios, nacen, no de hombres, no de sangre, no de voluntad de carne ni de voluntad de varón, sino de Dios; no basta para ser hijo de Dios y subir al cielo que haya nacido de sangre; nada sirve que seáis hijo de Conde, ni de Duque, ni que seáis de sangre de Rey, poco es eso. El mayor serafín que está en el cielo, que no tuviese el Espíritu de Cristo, no sería bienaventurado.

No se da el cielo por linaje, *non ex sanguinibus, nec ex voluntate carnis;* no nacen de voluntad conforme á lo que quiere su carne; no nacen con voluntad afectada á la carne; y si nace con voluntad afectada á razón, ése en la Escritura se llama varón; que quien vive conforme á la carne, no merece nombre de varón; no basta nada de eso para poseer el cielo, no basta ser

hombre sólo (Joann., III): *Quod enim natum est ex carne, caro est. Nemo ascendit in coelum, nisi qui descendit de coelo, filius hominis.* No basta que seas hombre, menester es que estés en Cristo, para que en Él subas al cielo. Si solamente eres hombre, heredarás á tu padre, mas no heredarás á Dios. No nacen de ahí los que han de subir al cielo: *Sed ex Deo nati sunt*, de Dios han de nacer. ¿Decláremelo? *Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei:* Aquel es hijo verdadero de Dios que hubiere renacido de agua Espíritu Santo, y si no, no entrará en el cielo. Esto es lo que dijo San Pablo (Rom., XIII): *El que no tiene espíritu de Cristo, éste no es de Cristo;* no teniéndolo, no serás hijo de Dios, ni te salvarás.

Recia cosa es; espera un poco, pues que aún no he acabado. Cuántos estáis aquí á quien esta doctrina parecerá tan nueva como si no fuérades cristianos, y después de haber probado que lo dice Jesucristo, vais á vuestras casas dudando que si es verdad lo que se hubiere dicho. Clama—dijo Dios á Isaías (cap. XL): *Omnis caro foenum, et omnis gloria ejus quasi flos agri: exsiccatum est foenum et cecidit flos, quia Spiritus Domini sufflavit in eo.* Da voces, Isaías, di *que toda carne es heno* y todo lo más honrado de la carne *es como flor de heno*. Secóse el heno y cayóse la flor, porque el Espíritu de Dios sopló en él. Á voces se lo manda decir; porque estará aquí algún mozo ó moza que pensará ser tan gran cosa ser gentil hombre ó gentil mujer, ser honrados y acatados, y tener fresca edad; diles que se engañan, que todo eso es como florecica de heno, que en viniendo un airecito la derriba. Viene el airecito delicado del Señor, y da con todo en el suelo.

¿Habrá quién entienda esto, *toda carne es heno?* ¿Qué quiere decir carne? Dice San Agustín (lib. XII, *de Civit. Dei*), que por carne se entiende todo el hombre, tomando la parte por el todo; no quiere decir esta parte exterior, sino todo el hombre. Da voces, que quizá habrá algunos que aunque no pongan su gloria en vestidos, ni en galas, ni en deleites de carne, quizá estarán más engañados que los que claramente van á su perdición. Predicad, que todo hombre, en la parte sensitiva y en la parte intelectiva, es heno, y toda la gloria de él es como flor del heno. ¿Cuál es la gloria y honra de la carne? Tomad un filósofo, que leer sus obras parece una cosa venida del cielo, hallaréis un

entendimiento tan claro y tan vivo, una voluntad tan aborrecedora de vicios y amadora de las virtudes; esa es su honra, honra y gloria, eso es lo mejor que tiene el hombre; mejor es que riquezas, y mejor que honra; pues diles *que esa gloria es como la flor del heno.*

¡Oh, cuántos habrá que os parecerá tener buena cuenta delante de Dios, y cuando seáis llamados á su juicio no podréis estar en pie, porque el soplo del Señor soplará! Aquel juicio tan estrecho, aquel escudriñar á Jerusalén con candelas, aquel examinar no solamente los pecados, mas también las buenas obras, la limosna que disteis, el Padrenuestro y Avemaría que rezasteis, la Misa que dijisteis y oisteis, la intención de las buenas obras que hicisteis, que os parecía á vos que teníades en ellas algún refugio para la hora de la muerte. Diles *que toda carne es heno.*

Día vendrá, cuando el Espíritu del Señor sople en esas cosas, y no podrán estar en pie. ¿Por qué no podrán estar en pie? ¿Quién te defenderá del juicio de Dios? ¿Piensas tú que te podrás defender? No te defenderá de Dios, sino el mismo Dios. El soplo de Dios derriba la flor; quiere decir que si diste limosna, si perdonas la injuria, si dices y oyes Misa, no te aprovecha nada si de ti sólo sale. No lo entiendo. Pues oigan los sacerdotes y teman. Dicen los hijos de Aarón (Levit., X): *Incensemos á Dios, que está airado, para que se amanse.* Bien hacéis; toman los incensarios, y ponen fuego de por ahí, y no del que Dios había mandado; comienzan á incensar, y no solamente no fué acepto, mas presencialmente los mató Dios, y los sacaron muertos con sus sobrepellices, por causa del fuego que pusieron. Habíales Dios mandado que no sacrificasen con el fuego de las casas, sino con el que Él enviase; hácenlo al revés, y reciben la pena de su delito.

¡Ay del sacerdote que sube al altar si no lleva en su corazón el fuego de Dios! ¡Ay de aquel sacerdote que dice Misa ó va á entierros con fuego de la tierra, con fuego de codicia ó de voluntad, y no con fuego de amor de Dios! ¡Ay de él! Cuando le dirán, daca el bien que hiciste, ¿de qué corazón salió, salió de corazón tuyo, ó de corazón mío? Todo lo que hallare no haber procedido de fuego de amor de Dios Nuestro Señor (no vengo á disputar aquí si las obras indiferentes, ó las obras moralmente buenas que no proceden de caridad como de raíz,

sean meritorias) basta que todo lo que hallare hecho sin haber estado presente el Espíritu del Señor no lo recibirá, aunque sea hacer milagros, aunque sea derramar sangre: si no está presente el Espíritu de Jesucristo, todo es perdido. ¡Oh Virgen María, qué de gente ha de haber engañada para aquel día! (Rom., VIII): *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo.* ¿Qué sentís cuando oís esto? Tened punto. Este lugar es de Dios; desde aquí son juzgados vuestros corazones. Una representación es este juicio de lo que ha de obrar Dios en aquel día del final juicio. Dice Dios: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo.*

Espera, ¿no dijisteis que lo decía San Pablo? ¿No es más verdad lo que predicó Dios encarnado, que lo que escribió Pablo y está aprobado por escritura canónica? ¿No va diferencia de Dios á Pablo? Y cuánta. Si Pablo hablara como Pablo, bien fuera: mas Pablo pone la lengua y garganta; él pone la voz, mas la palabra de Jesucristo es. San Agustín dice: "Cuando uno va á sembrar, lleva una espuerta, que quizá va llena de barro, y el trigo que va en ella es muy lindo; no es el trigo de la espuerta, porque va en ella." San Pablo, Isaías, Jeremías, ¿sabéis qué son? Espuertas de la semilla, y palabra de Dios. No tengáis en poco la semilla, si la espuerta es vil. El Concilio Tridentino (ses. 4.ª, c. 1) aprobó por canónicos todos los libros de la Biblia, excepto el tercero y cuarto de Esdras. Tan verdad es lo que Pablo dice en sus Epístolas como lo que Cristo dice en su Evangelio, pues todo lo dice un mismo Espíritu. ¿Qué sientes del día del juicio? Unos se gozarán y otros gemirán.

¿Qué sentís de esta palabra: *el que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo?* Habrá unos que oyéndola bendecirán á Dios, porque por su misericordia confían que tienen Espíritu de Cristo: otros habrá que oyéndola, les dé mal de corazón, especialmente algunos que oyendo decir Espíritu hacen cuenta que oyen nombrar al demonio, como los gentiles que no podían oir decir que había un Dios. Los judíos bien confiesan un Dios: mas cuando oyeron decir que este Dios tiene Hijo, el cual es igual al Padre, luego les tomó el demonio, y dijeron (Matth., XXVI): *Este hombre blasfemado ha que se ha hecho Hijo de Dios.* Algunos cristianos confiesan un Dios, y que tiene Hijo igual á su Padre: mas en nombrándoles el Espíritu les da mal de corazón. ¿Cómo hemos de hablar sino como Dios y

la Escritura habla? Espíritu se dice en la Escritura. ¡Gente tan enemiga de espíritu, que aun no lo quieren oir nombrar!

¿De dónde nace eso? De estar el corazón maleado. ¿Qué hacéis cuando oís una palabra que os da pena, y os dicen Dios la dijo? Que dijo Acab: Micheas nunca me profetiza cosa que me agrade. Yo soy pregonero, soy mensajero, soy el notario, ¿qué culpa tengo yo? Dios os lo envía á decir. La palabra dicha en el púlpito que no revuelve al malo los humores, no se dice como palabra de Dios ni se recibe como palabra de Dios (Isa., XXV): *Domine Deus meus es tu, exaltabo te, et confitebor nomini tuo: quoniam fecisti mirabilia, cogitationes antiquas fideles. Amen.* Señor, Dios mío eres tú, ensalzarte he.

Ensalzar la palabra de Dios es ensalzar al mismo Dios. Yo alabaré tu nombre, porque hiciste cosas maravillosas, y los pensamientos antiguos, lo que pensaste eternalmente pusiste por obra. Ea ya, decid ¿qué es? *Quia posuisti civitatem in tumulum, urbem fortem in ruinam, domum alienorum, ut sit civitas, et in sempiternum non aedificetur: super hoc laudabit te populus fortis. Civitas gentium robustarum timebit te.* Yo te alabaré, Dios mío, porque has puesto la ciudad en montón de piedras, has alborotado aquella ciudad de malos que vivía en el corazón, que estaba reposado y arrellanado en sus pecados, la has revuelto. No hay ruibarbo que así revuelva el estómago, como la palabra de Dios revuelve el corazón. Nadie espere ser consolado de Dios, si primero no es entristecido. Si quieres ser consolado, dolores y temores has de tener, alborotado has de estar, so pena de no ser palabra de Dios la que oiste, ó de no obrar en ti como palabra de Dios, si estás en pecado.

Triste de mí, que me dicen (Ephes., V) *que ni el fornicador ni el avariento, ni el maldiciente han de entrar en el cielo.* Anda—dice el otro—que no será tanto como dicen, que Dios es misericordioso. Andáis buscando achaques con que, aunque no matéis la palabra de Dios, á lo menos la herís y debilitáis, como los otros labradores de la viña, que á unos mataron y á otros hirieron de los criados del señor. Aquel mata la palabra de Dios, que dice: Quita allá, que no quiero cuenta con eso. Aquel la debilita, que dice: Á la vejez seré bueno: anda buscando achaques para no ir desconsolado del sermón: ¿por qué no niegan la palabra de Dios? Porque es palabra de Dios no la osan negar, por eso le buscan achaques, porque salen del ser-

món desconsolados, y á cabo de poco se tornan á consolar y olvidar de lo que oyeron. *Hoc est judítium*, dice la glosa (Joann., III). Esta es la causa de su condenación. *Quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem:* ¿por qué lo hacen así? Vino la luz al mundo. Sea Dios bendito por ello. ¿Quién es la lumbre? Jesucristo, la palabra de Dios es la lumbre con que habéis de mirar vuestra ánima si está buena ó mala; y amaron los hombres más las tinieblas que la lumbre.

Dios os guarde de hombre que lo vais á llamar cuando está durmiendo porque le hace mal el dormir, y le ponéis un hacha delante sus ojos y la apaga por dormir más á su placer. ¿Por qué aborreces la palabra de Dios? Porque te hace mal sabor al sueño qué quieres dormir. Dícenos (Matth., VI): *Si no perdonáredes á vuestros prójimos, ni Dios os perdonará á vosotros.* ¿Qué ha de sentir el enemistado? Dícenos (Matth., XVIII): *Si no os tornáredes como niños, no entraréis en el reino de Dios.* ¿Qué ha de sentir el fantástico, que sentirá el qué tiene lo ajeno cuando oyere decir: Si alguno tiene lo ajeno, el diablo lo tiene á él? ¿Qué ha de hacer? ¿Apagar la lumbre para dormir á su placer? Recuérdate que te mata el dormir; cata que te vas á más andar al infierno. ¿Hácesete de mal dejar el pecado, y por no decir no es verdad la palabra de Dios (Joann., III) quieres apagarla y no acordarte de ella? *Amaron los hombres más las tinieblas* (que son los pecados) *que la luz.* No así. ¿Cómo habéis de hacer cuando os desconsuela la palabra de Dios? No la olvidéis: cuando tenéis el emplasto puesto en la llaga, no lo quitéis de la llaga, y daros ha sano. Díceos Dios una palabra que os lastima, ponedla sobre la llaga. ¡Oh que me entristece! Entristezca, hágaos llorar, obre. ¡Oh que me da pena! Hermano, con eso sanaréis y veréis cuán gran consuelo os da después. Al punto que os da pena el oir (Rom., VIII): *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo*, pensad bien en ello, deteneos; ¿qué es lo que sentís? ¡Oh, qué desmayados estáis aquí! Quien no vive por el espíritu ajeno, éste no es de Cristo.

No has de vivir, hermano, por tu seso, ni por tu voluntad, ni por tu juicio: por Espíritu de Cristo has de vivir, Espíritu de Cristo has de tener. ¿Qué quiere decir Espíritu de Cristo? Corazón de Cristo. El que no tuviere corazón de Cristo, este tal no es de Cristo. Á la esposa dice Jesucristo (Cant., VIII):

Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum; quia fortis est, ut mors dilectio, etc. Cristianos, herrados habéis de estar con mi hierro; sellados habéis de estar con mi sello; yo mismo tengo de ser el sello; ablandad vuestros corazones como cera, y selladme en él y ponedme como señal sobre vuestro brazo. ¿Qué queréis decir? Quiere decir, que los predestinados han de ser semejables á Jesucristo, como dice San Pablo. ¿En qué han de ser semejables? (Ephes., V): *Ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos*. Dadme, Señor, vuestro corazón, y luego amaré lo que Vos amáis, aborreceré lo que Vos aborrecéis. *El que no tiene corazón de Cristo, no es de Cristo:* cosa recia es. No es, por cierto.

¡Oh, qué de sermones habéis oído, y no acabáis de entender lo que os predico y lo que os cumple! Desconsolados estamos, Padre. Así lo quiero yo, hermano, y así lo quiere Dios. ¿Qué remedio para esto? ¿Cómo tendré consuelo? ¿Qué sé yo si estoy en gracia? ¿Qué sé yo si tengo el Espíritu de Cristo? Buenos estamos por cierto; ¿qué sabéis vos? Hablo con frailes, clérigos, personas recogidas y desocupadas; si me decís de saberlo por ciencia evidente, si me habláis de artículo de fe, bien decís que no sabéis si estáis en gracia. Mas hablamos de un conocimiento por conjeturas y por señales de un descanso y sosiego de corazón entrañable. Malaventurado de aquel, no quiero decir condenado, sino penado de aquel que no tiene este consuelo, aquella confianza, aquel decir, salvarme tengo. No hay cosa más desconsolada que el que no tiene este consuelo.

Que los mercaderes, que los negociadores, que los casados y los que están ocupados en negocios temporales, no tengan esta consolación del Espíritu Santo, no es de maravillar; mas ¡quien contrata con Dios, quien habla con Dios y Dios con él, que cuando leemos, habla Dios con nosotros, y cuando oramos, hablamos nosotros con Dios; quien tiene familiaridad con Dios, y vive desconsolado, grandísimo es su desconsuelo y grande es su desdicha! ¡Que subamos al altar y metamos un terrón de azúcar en la boca y no sintamos dulzura! ¡Que metamos un gran fuego en nuestro seno y no sintamos calor! ¡Gran pena, gran desconsuelo! Téngase por desdichado el que de esta manera se sintiere. Si preguntásedes á una esposa: Decid, señora, ¿qué condición tiene vuestro esposo, es dulce ó es áspe-

ro? Y os dijese : No sé, por cierto. ¿Quién lo sabrá? Si preguntáis á un sacerdote que trata con Dios qué condición tiene Dios y dice que no sabe, ¿á quién lo preguntaréis? (Rom., VIII): *Ipse Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei.* El mismo Espíritu Santo, con su consuelo, con su calor, nos da testimonio y dice que somos hijos de Dios.

Veis aquí cómo se conoce por conjeturas estar uno bien con Dios. Estáis desconsolado, guárdame ese desconsuelo para su tiempo (Joann., XIV). *Cuando venga el Consolador*—dice Cristo—*Él dará testimonio de mí.* Estás desconsolado, también estaban los Apóstoles desconsolados; ellos porque se les iba Jesucristo, y tú también porque se te ha ido Jesucristo por el pecado que hiciste. ¿Por qué estás triste? Porque ofendí á Dios; porque le he sido ingrato y le he dado de bofetadas; estás triste, en hora buena; espérate un poco, que de aquí á ocho días vendrá un Consolador que te consuele. Quisiera haberos demandado albricias antes que os lo dijera: vais al confesor ó al predicador, Padre, consoladme: ¿queréis que os deje un Consolador que os consuele en vuestra casa y en vuestra cama, y que no tengáis necesidad de ir á buscar quien os consuele? El Espíritu Santo es.

Mucho quiere á las viudas, mucho ama á los huérfanos, mucho á los tristes : ¿queréis recibirlo? ¿Estáis triste por habérseos ido Jesucristo? De parte de Jesucristo os prometo que Él venga en vuestros corazones y en vuestras entrañas; muy sin cuidado me iré esta noche á dormir, que no me toméis en mentira. Padre, ¿cómo consolará una tan gran llaga? En eso veréis que es Dios. Si el Espíritu Santo no fuera mayor que la Humanidad de Jesucristo, no pudiera consolar la tristeza que tenían por su ida, no pudiera henchir el vacío que dejó con su ausencia. Mira el desconsuelo que tenían los Apóstoles por la ausencia de la Humanidad de Cristo, que mayor es el consuelo que recibieron con el Espíritu Santo. No hay tristeza que el Espíritu Santo no consuele, por muy grave que sea.

Hermanos, este Consolador vendrá; algún aparejo es menester que hagáis para recibirlo. Quien no tiene espíritu de Dios, ¿qué hará para tenerlo? Ese es el negocio en que hemos de entender esta semana; desocupaos de negocios temporales para recibir en vuestros corazones el Espíritu de Jesucristo; porque el Espíritu Santo procede de Él en cuanto Dios, y porque mora

en Él en cuanto hombre. Padre, ¿querrámelo dar? No es bien que yo os lo diga, dígaoslo quien os lo ha de dar. Estaba Jesucristo en Jerusalén una Pascua de los Tabernáculos, que caía en Septiembre, y predicaba en el templo. Y estando predicando dale un grandísimo fervor y comienza á encenderse y á entonarse y alzar la voz, con aquel fervor que tenía de salvar las ánimas.

¡Quién te oyera dar voces, Rey mío! Y bien te llamas voz y clamor del Padre, porque no pudo más alto hablar de lo que entonces habló, cuando te engendró: ¡quién le oyera dar voces, y le viera aquel rostro encendido! Decid, Señor, que aunque ha tanto tiempo que predicasteis, bien os oiremos, que para los de entonces y para todos los que después viniesen dijisteis (Joann., VII): *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.* En el templo estaba, y en Pascua, y el postrero día de Pascua, que era más solemne que todos, decía, no como quiera, sino á grandes voces: Si alguno ha sed, venga á mí y beba: el que cree en mí, ríos de agua viva correrán de su estómago; dárosla ha allá dentro el que tuvo por bien de predicarlo acá fuera.

Hermanos, ¿por qué os morís de hambre y sed? (Isa., LV): *Quare appenditis argentum non in panibus, et laborem vestrum, non in saturitate.* ¿Por qué traéis corazones semejantes á infierno, que nunca se harta? ¿Qué angustias tenéis? Venid al Espíritu Santo de Cristo y Él os las remediará: si tenéis sed, Él os hartará (Jer., XVII): *Perdix fovit, quae non peperit.* Pone la perdiz sus huevos, pasa por el nido otra perdiz, y échase sobre los huevos ajenos: viene la que los puso, y no la deja llegar la otra: finalmente saca los perdigoncillos, y cuando pasa la madre verdadera, puso Dios tal instinto á los perdigoncillos, que dejan la madre falsa y vanse con la verdadera. ¡Oh, más que animal robador de lo ajeno, ó demonio! ¿por qué tienes empollando los huevos que puso Jesucristo? ¡Oh lujuria, ó malquerencia! ¿Por qué has de tener usurpada un ánima que crió y redimió Jesucristo, que es la madre verdadera?

Hijos sois de Dios, el cielo para vosotros es. Ea, pues, cristianos, redimidos por Jesucristo, oid la voz de vuestra Madre verdadera: oid la voz de Jesucristo, que os parió en la cruz con grandes dolores; conoce la voz de tu Madre que está llamando: Si alguno ha sed, venga á mí y beba. Veníos á mí, daros he contentamiento y hartura. Si el hombre tuviere seso dirá: Este

es mi Redentor, éste es el que dió su sangre por mí, quiero irme á Él: darte ha á beber su espíritu, quedarás tan harto y contento, que saldrán de tu estómago fuentes de agua viva. No solamente tendrás agua y contento para ti, mas también para los otros; deseoso está Él de darnos su espíritu, deshaciéndose está por dártelo, no tengas duda de eso, no quedará por su parte. ¿Pues qué haré yo esta semana para estar aparejado para recibirlo? Haz lo que hicieron los santos Apóstoles. ¿Qué queréis? ¿Espíritu Santo? Sabed que no es amigo de carne.

Dicen los Santos Doctores que una de las principales causas por que se fué Jesucristo Nuestro Señor, fué por el grande amor que le tenían á su sagrada Humanidad. Váyase Él, dice el Espíritu Santo, y luego vendré yo; celoso sois, Espíritu Santo, ¿y de quién? ¿De la carne limpísima que fué concebida por Vos mismo? Desengáñense los amancebados, desengáñense los carnales, que á ningún carnal vendrá el Espíritu Santo. La paloma que salió del Arca de Noé, tomó un ramito verde de oliva, y no quiso poner sus pies sobre un cuerpo muerto; limpia se volvió al Arca. El cuervo á comer carne muerta, la paloma no come carne muerta. La paloma figura es del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no toca á carne muerta; limpia nuestros corazones de deseos carnales. Ayunad esta semana los que tuviéredes fuerzas para ello, que ya que quiera carne, ha de ser carne manida, carne enflaquecida con ayunos y penitencias. ¿Qué más? En albricias y en merced os lo demando, que barráis vuestra casa con confesión muy devotamente, que ha de venir vuestro huésped, y no es razón que halle la casa sucia ni desapercibida. ¿Qué más? La comida aderezada, mira que trae gente consigo y habéis de dar de comer á sus criados, mira los pobres que tenéis en vuestro barrio, y dadles esta Pascua de comer.

Pues Dios se da á sí mismo, dadle vos siquiera un poco de limosna; mira que el primer fruto del Espíritu Santo es la caridad; dad la saya á quien estuviere desnuda; dad la camisa á quien tuviere necesidad de ella; sacad de las cárceles á los encarcelados. No tengo de qué hacer limosna; perdonad las injurias, rogad á Dios por los que os persiguen; llorad con el que llora; los males ajenos tenedlos por vuestros, que esta es verdadera misericordia. ¿Hay más? No más, sino que la casa barrida y ataviada, es menester que le roguéis que venga, no

como algunos mal criados, que no teniendo la casa aderezada ni puesta la mesa, dicen: Sí, venid á mi casa. Apareja primero la casa, y luego rogadle que venga. Señor, por la sangre que derramasteis, nos enviad al Espíritu Santo que nos prometisteis. Rezad siete veces el Avemaría y el Pater noster á los siete dones del Espíritu Santo. Díjeos poquito, esforzaos vosotros á hacer más; á lo menos de aquí á Pascua rezad esto cada día; rezad con la boca y con el espíritu; importunadle que venga, y os dará en este mundo su gracia, y os enriquecerá con sus dones divinos.

TRATADO TERCERO

Del Espíritu Santo.

Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant.

"Yo vine para que tengan vida, y más abundancia."

(JOANN., X).

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

Los negocios en que va la vida suelen ser muy estimados, tratados con gran cuidado y diligencia. Solemos decir: ¡Oh Señor, que me va la vida en ello! Todo cesa cuando decimos vame la vida en ello. En el tiempo pasado leemos, que por oraciones y ruegos del Profeta Eliseo dió Dios Nuestro Señor un hijo á una buena mujer, y en saliendo el muchacho al campo murió; dióle un gran dolor de cabeza, y vínose á su casa y murió en los brazos de su madre. Púsolo así muerto en cima de la cama del Profeta Eliseo, y la buena mujer viuda y lastimada salió al monte Carmelo á buscar al Profeta Eliseo, y con amargura y angustia de corazón se echó á sus pies y díjole: Siervo de Dios (IV Reg., IV): *nunquid petivi filium a Domino meo? Nunquid non dixi tibi*, etc? Muy mayor es la pena que he recibido con su muerte que la alegría y gozó que recibí cuando me lo dieron. Entonces mandó el Profeta á su criado que tomase su báculo y fuese donde estaba el niño muerto y le tocase con él.

No se contentó la buena mujer con esto, échase otra vez á sus pies y dijo: *Vive Dios, siervo suyo, que no iré de aquí si primero no vas conmigo*. Pudo tanto el ruego importuno de esta

mujer con el Profeta, que se va con ella ; y llegan á su casa, y entra á la cama donde estaba el niño muerto, sube el Profeta y encórvase todo sobre el niño difunto, junta su boca con la del niño, y ojos con ojos, y manos con manos, y cuerpo con cuerpo; al fin, juntóse todo con el niño, apocóse, encogióse el Profeta Eliseo, y vive el que estaba muerto, resucita el que estaba difunto. Tomóle el Profeta y sacóle afuera, y dalo vivo á su madre, y dícele: *En vivit filius tuus.* Cata aquí á tu hijo que vive. *Verdaderamente conozco que eres siervo de Dios y que vive el Señor en ti*, dijo la buena mujer. ¿Habrá aquí alguna madre que sepa llorar su muerto? ¿Que sepa llorar é importunar algún santo Profeta? Llámese *Semen*, porque así como vos nacéis por generación de sangre, en lugar de sangre, y lo que ella hace, hace acá el Espíritu Santo, y el mismo amor que la sangre pone, ese mismo pone el Espíritu Santo en el ánima adonde mora y adonde viene.

Entendedme, que si viene el Espíritu Santo en vosotros, tendréis amor á vuestros prójimos, como á vuestros hermanos, y aun más. ¿Por qué? Porque más fuerte es el engrudo y liga del Espíritu Santo que el de la sangre, el cual hace solamente amar al padre y á la madre y á los hermanos y parientes; y por esto, puesto caso que la Virgen Santa María Nuestra Señora, á sólo Jesucristo Nuestro Redentor tuvo, y fué su Hijo natural; pero porque fué allí derramado el Espíritu Santo abundantemente en su corazón y entrañas, ámanos en gran manera, ámanos entrañablemente. No hay comparación de esposo á esposa, ni de madre á hijo, ni de hijo á padre: más fuerte es el amor espiritual que como hijos adoptivos nos tiene. ¿De dónde es esto? El mismo Espíritu Santo es ternura, es amor (Joannis, IV): *Deus charitas est.* Y como tan gran abundancia y plenitud se infundió en la Virgen, no tiene que ver la viuda con ella. Las oraciones, y ruegos y lágrimas de nuestra verdadera Madre, trajeron al grande para que se hiciese chico, y el que es sobre todas las cosas se hiciese una cosa y se apocase, se encorvase y abajase, y el eterno se hiciese temporal. Esta Señora es por cuyas oraciones todo lo que se pide se alcanza del Señor (Joannis, X): *Yo vine para que tengan vida y más abundosamente la tengan.* Este Evangelio habla aquí á los Pastores, y pues no están aquí, habrémoslo de traer á nuestro propósito, que somos las ovejas.

Ya sabéis que Dios Nuestro Señor nos quiere bien; muy antiguo es el amor. Al amigo viejo no le hemos de desechar. Ya sabéis cómo cuanto crió Nuestro Señor Dios, todo fué para nosotros y para nuestro servicio y provecho. Crió el cielo y la tierra, el sol y la luna, la mar y todo cuanto en ellos se mueve, estrellas, árboles, peces, animales. Señor, Dios mío, ¿para qué? Todo para servicio y regalo del hombre: quiero poner casa á mi hijo. Estaba todo lo dicho criado: crió al hombre de lo más ínfimo de la tierra, y como buen ollero, desde que lo tuvo formado de la tierra (Génes., II), *soplóle en la faz soplo de vida* (el Hebreo dice *en las narices*). En soplando, que el Señor le sopló, levantóse el hombre vivo (Rom., VIII): *Sicut corpus sine spiritu mortum est.* Así como el cuerpo sin anhélito es muerto, así está muerta el ánima sin el Espíritu Santo.

Este Espíritu Santo es ánima de nuestra ánima. Sopló Dios Nuestro Señor en el primer hombre *spiraculum vitae*, resuello de vida, y luego la tuvo, y aquello fué figura de la vida espiritual. Dióle Nuestro Señor Dios á Adán cuerpo, y para que aquel cuerpo tuviese vida y viviese, dióle ánima que lo vivificase; y para que aquella ánima también tuviese vida, dióle espíritu santo, *Spiritus vitae,* dice San Pablo, vida de mi vida, alma de mi alma; dióle soplo de vida corporal; dióle también soplo de vida espiritual, fuéle dado espíritu santo. ¿Viste nunca, que viviendo en estas dos vidas, los primeros hombres comieron y murieron; comieron y costóles la vida? Cuán bien acertado está; todo el bien de una criatura que á Dios quiere agradar, está en perder su libertad y su querer propio y voluntad. Fué Eva sin licencia á pasearse por el huerto; sin licencia fué, que si no fuera así no cayera; engañóla el demonio, comió como el demonio le aconsejó, y murió el ánima, porque el pecado es pestilencia del ánima, es rejalgar para el ánima (Job, VI): *Aut potest aliquis gustare, quod gustatum affert mortem?* ¿Quién está aquí tan fuera de juicio que comiese manjar que sabe cierto que comiéndolo le había de matar?

Mandáronles á nuestros primeros padres que no comiesen del árbol vedado y certificólos Nuestro Señor que luego que de él comiesen morirían; y comieron y murieron. Para manjar del cuerpo les había criado Dios en el paraíso terrenal muchos árboles; y para manjar del ánima, mandóles que del árbol prohibido no comiesen; de manera que la obediencia les dió Dios

Nuestro Señor para su ánima. Comiendo de los árboles que Nuestro Señor había criado en el paraíso, comían los cuerpos de nuestros primeros padres, y vivían vida de ánima; manteníanse, y dejando de comer del árbol vedado, comían el fruto de la obediencia, y vivían vida espiritual. Desobedecieron al mandamiento que Dios Nuestro Señor les había puesto, y murieron por la desobediencia muerte de ánima, porque quisieron hacer su voluntad, y comen y mueren sus ánimas. Quedan obligados á morir corporalmente; queráis ó no, corporalmente vuestro vivir es morir; daos por muertos, pues la vida no es otra sino una prolija muerte, como cuando uno está en la cárcel sentenciado á ahorcar y ya no hay apelación ni tiene remedio alguno. Murió nuestro padre Adán en el ánima, murió en el cuerpo, y todos cuantos de él venimos quedamos obligados á morir como él.

¿Qué remedio? ¿Quién remediará esta muerte del ánima y del cuerpo? Entra el Evangelio, y dice Nuestro Señor Jesucristo (Joann., X): *Omnes quotquot venerunt, fures sunt.* Todos los que vinieron antes de mí, ladrones y robadores son. ¿Qué tal quedó el género humano? ¿Qué tales quedamos nosotros? Perdida la vida del ánima y obligados á morir corporalmente. ¿Qué tal está el que ha perdido la gracia? Está como un hombre que está condenado á muerte, que después de muerto se juntan á hacer experiencias de anatomía en él, y lo despedazan y acuchillan miembro por miembro; hácenle aquello porque ya está muerto. ¡Qué de crueldades hace el demonio y todos los demonios en una ánima que está sin Dios, que está muerta por el pecado! ¡Cuál la paran, cuál la llevan al que ha perdido su ánima, al que condenaron á muerte porque ofendió á Dios Nuestro Señor!

Plega á Dios que no lo probemos; pero si lo probasteis cuando venía la tentación, luego os llevaba; cuando se os ponía un delito delante, luego os llevaba; cuando venía la carne hacía lo mismo por una parte, y el mundo por la otra; todos dan en aquella ánima que dejó á Dios, que volvió las espaldas á Dios por el pecado; todos la hieren y la acuchillan y hacen pedazos; ya os dan una puñalada, por no querer vos perdonar una injuria; ya os dan otra, por tener un rencor con otro; ya os dan otra en persuadiros que robéis lo ajeno. Todos son ladrones los que antes de mí vinieron; todos los que á tu ánima venían, ladrones

son: *Fures erant*. Como dicen los juristas, ladrón es el que hurta claramente en el día, en la lumbre del sol. Vínote una tentación de la carne, y aunque sabías que consintiendo en aquella suciedad perdías á Dios claramente, y lo entendías así y creías que por aquello perdías á Dios y su amistad, y no obstante, esto lo cometías, este tal pensamiento, esta tal tentación es ladrón de mediodía, es ladrón que comete en la lumbre del sol, pues que hace consentir en el pecado, sabiendo que haces mal en ello, sabiendo que por aquello perdías á Dios y su amistad y gracia.

Gran ceguedad y gran miseria es la tuya, sabiendo cuán gran pérdida es la que pierdes perdiendo á Dios, y lo que ganas que es infierno para siempre: por una miseria, por un deleite que en un momento se pasa, pierdes á tu Dios; y pesa más delante tus ojos una fealdad y una suciedad que Dios. Claramente escojes por mejor la maldad, y olvidas á Dios, fuente y abismo de todos los bienes; y haciendo esto dejaste de hacer fuerza, aunque no del todo, porque libremente quieres. Este es el ladrón que viene de día y te roba tu ánima, y la deja sin Dios y llena de todos los males. El robador que viene de noche es el más peligroso y más de temer. Tienes un buen pensamiento, y date Dios un deseo de le seguir en algo, y dices: ¿Para qué quiero riquezas? ¿Para qué quiero fausto? ¿Para qué quiero honra vana? Quiero dejar todo esto, quiero pasarme con poco, quiero ser pobre; no quiero tratos, no quiero trampas, no quiero oficios, no quiero nada de este mundo. Viénete otro luego y dícete: Déjate de esto, eso es perfección, esa vida es de perfectos; sé que bien puedes mercadear y tratar y ser rico y salvarte.

¿Quién te quita que no sirvas á Dios y des limosnas, y hagas muchos bienes? Antes los bienes dan más y más aparejo para salvarse el que los tiene, que no si fuese pobre, porque la pobreza acarrea muchos males, hace distraer al hombre andando cuidadoso de las cosas que ha menester, y faltándole las más veces. Anda, que eso no lo quiere Dios, sino que anden sus siervos alegres y riéndose. La tristeza y el andar la cabeza baja, y traer los vestidos rotos y de mal paño, hace que seas conocido y te tengan por santo, y de esta manera caerás en algún pecado de soberbia; más vale que andes como todos andan, que no seas singular, que comuniques con todos, que te vistas razonablemente; más vale que andes humilde en lo de dentro, que no en lo de fuera, que aquello es lo que mira Dios, que lo de

fuera poco hace al caso, antes ayuda á encubrir la santidad del corazón, y de esta manera estarás más seguro.

Todo esto trae el demonio, no para que pares en esto que no es de sí malo, sino para de aquí llevarte poco á poco á cosas peligrosas, de donde pierdas á Dios, y así hacerte entender que no hay peligro adonde le hay. Estos son los robadores que vienen solapados debajo de buenos y razonables colores. Otros hay más peligrosos que éstos, y que más daño hacen. Dios nos guarde de espíritus, imagen de bestias, peores que brutos animales (Psalm. XLVIII): *Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.*

Como el hombre estuviese en honra, que lo crió Dios en ella, no entendió lo que tenía; pecó, y comparado es á las bestias, hecho es semejante á ellas. Mas ¿qué dirá Dios Nuestro Señor cuando vea que un gusanillo de un hombre tenga fantasía, cuando vea que un hombrecillo, que delante de sus ojos es tan bajo y desagradecido, qué dirá? Dijiste que eras rico, y eres pobre; dijiste que eras bueno, y eres malo. Guárdeos Dios, por quien es, de tanto viento de corazón; guárdeos Dios, hermano, de tantica presunción, de tantica vanagloria. ¡El cristiano soberbio! ¿De qué? Avergonzarnos teníamos y afrentarnos y corrernos de nosotros mismos, cuando más tener fantasía. Como bestias vivimos, como bestias comemos, como bestias dormimos, y como bestias morimos.

Tuvo Dios compasión de nosotros; siquiera porque nos crió, no quiso dejar de remediarnos. ¿Y cuánto le costó, si os place, el remedio? Un pecado hizo Eva, pero bien caro costó. Vino Jesucristo, segunda Persona de la Santísima Trinidad, y vino el Espíritu Santo á poner remedio en esta llaga; mira lo que crees, que el Hijo de Dios y el Espíritu Santo vinieron á la tierra para tu remedio. Y pues el ánima del hombre es semejante á Dios en la naturaleza, y en la bondad y conocimiento que tiene de Dios, el ser del ánima no se perdió; aunque el hombre muere, el ánima no se muere, siempre será; y como el Padre sea fundamento de las Personas divinas, atribúyese á Él el ser; y como aquel ser no se perdió, no vino el Padre.

Perdióse el conocimiento del hombre, y vino el Hijo; perdióse la bondad del hombre, y vino el Espírtu Santo; vino el

Hijo, porque nuestros pecados fuesen perdonados; vino el Hijo, porque se le hizo grande enojo el comer de la manzana, porque comieron por saber la sabiduría del Hijo; porque *por el pecado* —como dice San Pablo (Ephes., II)— *nacimos hijos de ira y de enojo*. No nos miraba Dios como á hijos, sino como á malos esclavos; éramos detestables delante de los ojos del Padre; vino Jesucristo al mundo, para que viniendo Él por amor de los hombres, el Padre los amase y quisiese bien, y los mirase con buenos ojos y morase entre ellos.

Esta fué la empresa de Jesucristo, que como el Padre se fué del hombre por el pecado, por su Hijo volviese la cara á él. Si vieres llorar al Niño en el portal y en el pesebre, por eso llora. Si lo vieres circuncidar, por eso le circuncidan. Si lo vieres tener hambre, por esto la tiene. Si lo vieres tener sed, por eso es. Si lo vieres amarrado á un poste y azotado, por esto es. Si lo vieres abofeteado y coronado de espinas, por esto es. Si lo vieres enclavado y muerto en la cruz, por esto es. ¡Oh Redentor mío! ¿Qué te movió á padecer tanto por amor de los hombres? ¿Por qué mercaduría andáis Vos, Señor, tan codicioso, que ni el sol que os hace sudar os estorba de día, ni el hielo de la noche te impide? Mercader celestial, ¿qué es esto que andas á buscar tan cansado? Andaba muerto de amores por nosotros. Dícese que Jacob sirvió catorce años á su suegro Labán porque le diese por mujer á Raquel, y durmió en el campo al frío y al calor, y parecíale todo poco. Callen, callen todos los amores en comparación de los de Jesucristo: todos son fríos comparados con éstos.

¡Oh Redentor mío! ¿servisteis Vos por Raquel? Sirvió Jesucristo, trabajó Jesucristo en este mundo por otra Raquel, no catorce años, si no treinta y tres, que en todos ellos no descansó un día. ¡Oh, bendito sea tal enamorado! Andaba Jesucristo de noche y de día al frío y al aire, al calor y al estío. ¡Qué de trabajos, qué de cansancios pasó Nuestro Redentor por esta su Esposa! ¡Cuántas noches se te pasaron, oh Redentor mío, de claro en claro, que no dormiste, derramando muchas lágrimas por nosotros á solas en oración, y rogando á tu Eterno Padre que perdonase á los hombres! Dice el Apóstol San Pablo (Hebreos, V): *In diebus carnis suae preces suplicationesque ad eum, qui possit illum salvum facere a morte*. En los días de su carne, todo el tiempo que vivió en este mundo rogaba á su Padre

que nos salvase, pues Él era el que lo podía hacer. ¡Oh! quién le tomara sólo, así como estaba llorando, y le dijera: Redentor mío, ¿por qué lloráis? ¿Qué habéis? ¿Quién es causa de esas lágrimas? ¡Oh, quién fuera tan digno de limpiarlas! Llora Jesucristo porque tú te rías; llora porque tú descanses; llora por tu consuelo; llora en la tierra porque tú te vayas al cielo; llora por el perdón de tus pecados, y porque te llegues á Él y no le ofendas.

¿Qué es esto, Señor, que con tanta ansia buscáis? Él lo dice: Padre, no busco otra cosa ni quiero otra cosa sino que con el amor que me amáis á mí améis también á éstos; como si dijera: Ya yo sé, Padre mío, que la causa por que los habéis de amar soy yo: quiero estar en ellos, porque amándome á mí améis á ellos.

Toda su vida se le pasó á Nuestro Redentor buscando nuestro consuelo, con fatigas y cansancios, así de dentro como de fuera de su sacratísimo Cuerpo: los trabajos y dolores le parecían pocos en comparación del deseo que tenía de nuestra redención y quería que se efectuase, costase lo que costase; y Él mismo lo dijo: ¿Á qué pensáis que vine al mundo sino á meter fuego? ¿Qué quiero sino que arda? *Con un bautismo tengo de ser bautizado: ya estoy angustiado hasta que venga aquel día.* El era el fuego, y había de ser encendido; y sabía que el bautismo era cuando había de derramar su sangre en la cruz; deseábalo Nuestro Redentor. ¡Oh, bendígante los ángeles, Señor, por ello, no como nosotros, que á un trabajuelo que nos venga lo sentimos como si nos llegase á los ojos y huímos de él; y sabía Él lo que le había de costar que su Padre quisiese bien á los hombres, y con todo eso lo deseaba ; sabía Él que había de ser asado con fuego de tormentos en la cruz, y decía: *Ya estoy deseando que arda.*

Había de ser Nuestro Redentor asado en la cruz en figura de cordero de la vieja ley; todo me parece poco, ya deseo el día en que tengo de remediar al hombre (Hebr., XII). *Qui proposito sibi gaudio substinuit crucem confussione contempta,* dice San Pablo. Puesto delante de sí el gozo, sufrió el tormento de la cruz de buena gana, menospreciando la deshonra. Señor, ¿de qué os gozáis? Redentor mío, ¿qué es la causa de vuestro gozo? Por ver al género humano libre de pecado, por eso se gozaba el Redentor; aunque bien veía cuán caro había

de costar la medicina que había de sanar nuestra llaga; bien sabía Él, los ángeles le bendigan, que le habían de cauterizar á Él para que nosotros tuviésemos salud.

¿Sabéis cómo? No habéis visto unos padres que andan por los caminos, por soles y aires, y se cansan y sudan, y con pensamiento y voluntad que tienen que sus hijos sean ricos, no sienten el trabajo, y así tienen por bien de sufrir el trabajo y cansancio, y la madre que no descansa noche ni día, y trabaja, y no siente nada de aquello, por ver en descanso á su hija. Así Nuestro Redentor Jesucristo, bendito sea Él, no sintió tanto sus trabajos, y si los sintió, en pensar que por ellos habíamos de ser librados, quitaba los ojos de sus tormentos y poníalos en pensar el remedio general que de ellos salía, y decía: No es nada esto.

¡Oh, bendito seáis, Señor mío, que porque aquella ánima sea casta, dijisteis: Denme á mí cinco mil azotes. Teníanos á todos metidos en sus entrañas de caridad y amor. Porque aquella alma no sea cautiva, no tengan conmigo caridad; porque aquella alma sea caritativa, no tengan conmigo caridad; porque aquella alma se salve y todos alcancen perdón, súbanme en una cruz; coronado de espinas, crucifíquenme, y no quede de mí gota de sangre en todo mi cuerpo que no se derrame; denme hiel y vinagre á beber y muera yo en la cruz. ¿Por qué? Por remedio de los hombres.

Aprenda, aprenda el cristiano redimido por estos trabajos á no desmayar por un trabajuelo que le viene; en asomando, luego te quejas, luego dices que no hay quien lo pueda sufrir; pues que tanto sufrió Jesucristo, aprende de Él; y pues Él puso los ojos en tu remedio y los quitó de los tormentos tan grandes que pasó por él, quítalos tú de los trabajuelos, si algunos te vinieren, y ponlos en Jesucristo; y mirando por quién los pasas, rogaras que nunca se acaben, saberte han más dulces que la miel. Fué tanto lo que alcanzó Jesucristo en sus trabajos, fué tanta la gracia que acerca de su Padre halló, que no hay hombre que baste á desagradar á Dios, queriendo él gozar de la medicina. ¡Qué grande hazaña fué alcanzar perdón para todos! ¡Qué abrazo tan suave y amoroso! ¡Qué beso de paz tan dulce! Si quieres arrepentirte, no perderás el tiempo. Jesucristo puso toda la costa de aqueste negocio: quiere Él mismo que tú quieras allegarte á Él, que ya es ganado lo que andaba perdido;

ya Jesucristo dió fin á nuestra enfermedad, y acabo Él su obra. Él mismo lo dijo: Padre, perdona á éstos, miradlos con ojos alegres; ya, Padre, acabé la obra que me encomendasteis (Joannis, XVII): *Opus consummavi quod dedisti mihi, ut faciam.* La obra que me encomendasteis que hiciese ya es acabada; ya, Padre, es acabado el reparo para los hombres.

Hermanos, con este remedio quedó remediado el entendimiento, quedó remediada la voluntad, quedó remediada la carne, quedaron remediados nuestros pecados todos. Padre, ¿qué remedio es ése, el que en este día de hoy ha venido? Este es el día en que acabó, lo que el otro día en que se dió la Ley se comenzó; este es el día en que se dió la Ley mejor que la otra; aquella Ley se dió en tablas, pero esta otra se dió en los corazones (Hier., XXXI): *Dabo legem meam in visceribus eorum.* Darles he, dice Dios por Jeremías, una ley en sus entrañas, no escrita en papel ni piedra, sino en los corazones, dándoles castidad, y humildad, y fortaleza y todas las demás virtudes.

La otra se dió en monte: allá se dió en el monte Sinaí, acá en el monte de Sión: descendió al monte alto, y acá también al monte alto; pero con mucha más diferencia. *Siná* quiere decir atalaya, porque dicen algunos que estaba allí una torre que edificó David, la cual sobrepujaba á Jerusalén. Atalaya, dando á entender, que los que han de recibir el Espíritu Santo han de estar en vela con mucho cuidado, no embarazados en otra cosa, sino esperando cuándo vendrá el Espíritu Santo; no detenidos en bajezas de acá, no ocupados en las cosas de este mundo, no en vicios, no en pecados, no en vilezas, sino muy atentos; el corazón no entrampado en cosas rateras, sino alto y levantado en fe de Jesucristo, que en él se da este Espíritu Santo; por sus méritos viene: tened fe en este mismo Jesucristo. En el otro monte se dió la Ley, y en la otra Ley se mandaba hacer esto; y no esto: en esta Ley nueva, se da cumplimiento para lo que en la otra se manda.

No sé si me entendéis, creo que no; cuando Dios dió la ley en el monte, antes que se diese aparecieron tantos relámpagos y truenos y bocinas, que ponían grandísimo espanto y temor; todo el monte temblaba y hacía temblar á todos los que lo miraban. Estaban todos muy atemorizados, tanto, que dijeron á Moisés (Exodo, XIX): *Habla tú con nosotros, no nos hable Dios.* Dióles Dios Mandamientos que traían temor; por-

que cuando el hombre va á su corazón, y halla que no ha guardado la ley, halla mil faltas dentro de sí y mil males. No puedes guardar la ley que se te dió, siendo la ley celestial y tú carnal. No hacía aquella Ley sino poner espanto, como el fuego cuando apareció Dios en el monte con aquellos truenos y relámpagos : y aquello que paso en el día que la Ley se dió en el monte de Sinaí fué en figura de la Ley que se dió en el monte de Sión.

La Ley pone espanto, ¿cómo la guardaré? Pero la Ley nueva de hoy da esfuerzo para ello; que si el hombre no podía ser casto, estotra Ley le da poder como lo sea; si no podía ser humilde, estotra Ley le pone fuerza para serlo; si no podía no desear la mujer ajena, ésta le da gracia para no desearla; finalmente, le da poder, le da gracia, le da esfuerzo para cumplir la Ley. Estaban con la vieja Ley los hombres tan flacos, tan temblando, veían la Ley tan rigurosa, que ponía luego en el infierno á quien no la guardaba. Y considerando esto el Apóstol San Pablo, viendo cuán sujeto estaba el hombre á aquella Ley de la carne, decía (Rom., VIII): *Infelix ego homo! quis liberabi me a corpore mortis hujus?* Llamábase desdichado. ¿Quién me librará de la muerte de aqueste cuerpo, viéndose tan pesado y tan flaco para guardar la Ley? Pero cuando esta otra Ley vino, fortaleciólos á todos, animólos para que pudiesen cumplirla.

Esta Ley que hoy se dió, es Ley de Evangelio. ¿De cuál? ¿De los Evangelios que se escribieron? No, que ese Evangelio no propiamente, sino secundariamente se llama Evangelio. Ley evangélica y santa se dice lo que se escribió en los corazones, que aunque no hubiera letras, ni escritura, se puede bien entender y se puede cumplir; en dándosela les pegó amor de cumplirla: no fué menester mandarles ser castos, sino púsoles gana de serlo; no fué menester que dijese que no fuesen lujuriosos, sino dándoles la Ley quedó mortificada la carne, como el ángel que hirió el muslo á Jacob. No les mandó la Ley que tuviesen paciencia, pero dióles gracia y amor y voluntad, y poder de poder tener en sí todas las adversidades; esto no de palabra, no de entendimiento (II Cor., II): *Vos estis Epistola mea.* "No es menester carta para escribir la Ley: vosotros—dice el Apóstol San Pablo—sois mi Epístola, vuestros corazones son carta, y no penséis que tiene de ser escrita con tinta , sino con el dedo, que es el Espíritu Santo, que es el que escribió la Ley en vues-

tros corazones, predicándola yo; el Espíritu Santo la escribía —dice San Pablo;—yo soy el ministro de lo que Él escribe.„ Esta es la Ley que da caridad y humanidad, y da todas las virtudes, y porque lo entiendan las viejecitas, esta Ley es la que hace santos, la que hace justos y la que da gracia.

Celebramos hoy cuando dió Dios la gracia al mundo; si allá se dió la Ley en monte, acá la gracia en monte; allá bocinas, acá bocinas; pero allá se espantaron, acá no tanto. Como á la media noche, cuando todo estaba quieto, pacífico y sosegado, suena una música muy suave que suena con dulce armonía, que recordándote tomas un pavorcito y mucho consuelo; luego previno un viento, como quien dice, estad atentos. ¿Qué día es este día de consolación, qué día es hoy? Hoy es el día cuando el Consolador vino del cielo á la tierra. ¿Qué día es hoy, Padre? Este día es tan grande, de tanta dignidad, que quien en él no tiene parte, no la tiene en ningún otro día de Jesucristo.

Ya que la muerte de Jesucristo ganó perdón de pecados, pero sin la gracia que hoy se da no te aprovecha nada. Ven acá, ¿qué te aprovecharía que gastases toda tu hacienda por tener una medicina que mucho vale, si después de habida no la quieres tomar? ¿Qué aprovecha la medicina no tomada para tu enfermedad? Quedarte has enfermo, y hacerte han que pagues la medicina. Lo que Jesucristo obró, la muerte que Jesucristo pasó, la costa que hizo, la medicina que obró para tu enfermedad, si quieres tomarla sanarás, quedarás libre del todo; si no la quieres tomar, haránte que pagues en el infierno lo que Jesucristo pasó; si la recibes, Jesucristo quedará muy contento y pagado de todo cuanto paso en este mundo; pero si no quieres tener parte con este día, si no quieres recibir el Espíritu Santo (Rom., VIII): *Si quis non habet Spiritum Christi, hic non est ejus.* Si alguno no tuviere el Espíritu de Cristo, este tal no es de Jesucristo, no se puede salvar.

Hoy es el día séptimo de las obras de Jesucristo. Hoy es el día que sopló en la cara del hombre para dar la vida después de su vida, de su santa Encarnación, después de su Muerte, de su Resurrección; el día de la santa Ascensión, se acabó todo lo necesario para la vida del hombre. Este es el día en que sopló al montón de tierra. Y si cuando en la creación sopló en la tierra un ánima para el cuerpo que no tenía vida, hoy sopla y da el ánima que es la gracia; porque el ánima del hombre

sin gracia, es estar muerta. Y si cuando viene la gracia, da vida al ánima, hoy sopló Dios el montón de tierra. ¿Cuál era, Padre? Los Apóstoles de Cristo. ¿Y qué tierra eran? Tal día como hoy, como Jesucristo se había ido al cielo, antes que se fuese, díjoles que les había de enviar un Consolador; ellos esperaban un día, y otro y otro, hasta hoy; como vieron que no venía, estaban desmayados, estaban tibios y desconsolados.

Como los dos que se fueron, estando esperando la Resurrección, decían: fuése nuestro Maestro; decía que nos había de enviar un Consolador, y tantos días ha que le esperamos y no viene; vémonos sin Maestro y sin tener quien nos consuele, ¿qué hemos de hacer? Estamos como ovejas sin pastor, amedrentados y apretados; pero en una cosa fueron cuerdos, en lo que querría que lo fuesen todos los del mundo, en no irse sin despedirse de la sacratísima Virgen María.

Por grande misterio tengo quedar la Madre de Dios entre los Apóstoles, así después de la Pasión como después de la Ascensión. Si viene la tentación de la carne, si viene el mal hombre y si te quisiere engañar y quiere que ensucies tu cuerpo y tu ánima, abogada tienes en la Virgen María; di con confianza: la Madre de Dios es Madre de la limpieza; Ella es limpísima; Ella es poderosa para interceder por mí; no tengo de desechar á Jesucristo sin hablar primero á su Madre.

Ten, hermano, por averiguado que si vas á la Madre de Dios, que si te encomiendas á Ella, vendrás con consuelo y alivio de toda cuanta pena tuvieres. Estaban, pues, los Apóstoles del Señor y los discípulos y otros buenos hombres, que serían hasta ciento veinte; estaban en el Cenáculo á una parte, y á la otra estaba la Virgen Nuestra Señora y las Marías y otras santas mujeres; estando desconsolados dijeron: Hablemos á la Virgen, pues nos la dejó por consoladora. Fuéronse á Ella tristes muchos, cabizbajos, y en gran manera desconsolados: dijéronle á la Virgen cómo estaban tan sin consuelo, y cómo se tardaba el EspírituSanto, y que ellos estabanentre sus enemigos, y que no tenían ningún arrimo: Rogad, Virgen, á vuestro Hijo, que nos envíe el Consolador prometido.

Sería esto á las nueve del día: aquella hora salía la Virgen de orar; tenía siempre por costumbre de salir tarde, ya que estaba un poco alto el sol, porque esta hora es muy aparejada para la oración; desde en amaneciendo hasta aquella hora es

muy aparejado tiempo para orar, antes que el hombre se ocupe y entretenga en vanidades ni en otros cuidados del mundo; si no lo primero del día, gastadlo en el servicio de Dios. Estaba pues, Nuestra Señora orando, y salió con aquel rostro de paz, con aquel rostro de alegría, que solamente mirarlo consolaba á los tristes y desconsolados, medicinaba á los enfermos, daba grandísimo alivio á los desconfiados. Salió la sacratísima Virgen á ellos como solía y esforzólos y díjoles: ¿Por qué tenéis poca fe en vuestro Maestro y mi Hijo? Él os consolará como lo ha prometido. ¿No sabéis, amados hijos y discípulos de mi sacratísimo Hijo, que la Ley que se dió en el monte de Sinaí se dió desde á cincuenta días que subieron de Egipto. Cincuenta días ha que padeció Jesucristo mi Hijo y os sacó del cautiverio del pecado; hoy vendrá el Espíritu Santo. ¿No sabéis que de cincuenta años era el jubileo en que los cautivos eran libres y las cosas vendidas volvían á sus dueños, y era año de alegría y gran regocijo, año de perdón, donde se soltaban las deudas?

Así á cincuenta días después de la Pasión vendrá el jubileo, vendrá el Espíritu Santo Consolador, que os remediará del cautiverio en que estáis; Dios os perdonará las deudas, no sólo á vosotros, pero á todos; porque determinado está que á la misma hora que dió Dios vida al cuerpo, que le dió Dios ánima, á esa misma hora dará ánima á nuestra ánima; á las nueve vendrá, no os desmayéis, tened confianza, que vendrá. Hízolos sentar á todos de rodillas en oración; confortóles, púsoles confianza, y luego la Santísima Virgen, habiendo compasión de aquel ganadillo que le había quedado, hincóse de rodillas, alzó sus manos al cielo, y con lágrimas que salían de sus benditísimos ojos, comenzó á rogar á su amado Hijo: "¡Oh Señor mío y dulce Hijo mío!: ruégoos por el amor que tenéis, por los merecimientos vuestros, por los méritos de vuestra benditísima Pasión, tened por bien consolar á vuestros Apóstoles; enviadles, Señor, el Consolador que los consuele; cumplid, Señor, la palabra que en vuestro nombre les he dado, que vendría el Espíritu Santo Consolador; á estos flaquillos, enviadles, Hijo mío, vuestro Espíritu Santo."

Cosa es de contemplar ver á la Madre rogar al Hijo; ver al Hijo rogar, en cuanto hombre, al Padre; Él mismo lo dijo por su boca bendita (Joann., XIV; Génes., IV): *Yo rogaré á mi Padre y Él os enviará otro Consolador*. Miró Dios á Abel,

y después miró á sus dones; representarse había Jesucristo, en cuanto hombre, delante del Padre, mostrarle había el testimonio de nuestra Redención, mostrarle había las señales de los clavos, y el costado partido de la lanzada, y diría: Padre mío, habed compasión de aquellas ovejuelas mías, que en el mundo están sin pastor, están flaquillas, están tristes; enviadles, Padre mío, vuestro Espíritu, por los dolores que por ellos pasé; ellos están esperando el Consolador que yo les dije que les había de enviar; enviádselo, Padre mío, por mi amor (Psalm. XXXVI). *Non confundentur qui sperant in te Domine.* No serán confundidos los que esperan en ti; no les haya salido en vano su esperanza; mira, Padre, á tal Hijo, y no le niegues lo que te pidiere; ámalos, Padre mío; por mis merecimientos merecen ellos ser consolados; consuélalos, Padre, envíales el Espíritu Santo. ¿Y quién cree que también no rogaría especialmente al Padre que envíase el Espíritu Santo?

También, Señor, lo hace por amor de mi Madre que está esperando (Génes., IV). *Miró Dios á Abel, y después miró sus dones:* moviéronse las entrañas del Padre á los ruegos del Hijo, y mirando á Él puso los ojos en la Santísima Virgen y en aquellas ovejuelas; puso los ojos en la pobre casilla, por los merecimientos de Jesucristo, que fueron tantos que bastaron á amansar la justicia de Dios que estaba airada contra nosotros. Y mirad con qué amor y cuán de buena gana vino el Espíritu Santo á aquellos hombres, como si viniera el mismo Jesucristo; porque después que Cristo murió por nosotros, ya nos mira Dios con otros ojos, míranos con el amor que á su Hijo bendito.

Vino el Espíritu Santo, rómpensen esos cielos, rómpese el velo del Testamento viejo, y vimos, y mostróse claro el *Sancta Sanctorum.* Ya está abierto todo; quien quisiere entrar, abiertas tiene las puertas. Antes que Cristo muriera, cual y cual se salvaba; después mucho mayor número. Vino primero un sonido que hizo temblar el Cenáculo, para dar á entender que era fuerte. Y luego vinieron lenguas de fuego, que parecían visibles, sobre las cabezas de los que allí estaban, para dar á entender que el Espíritu Santo es fuego, es ardor de corazón. Cuando vos sentís un encendimiento dentro de vos, que os arde el corazón en amor de Dios, el Espíritu Santo es: es el fuego muy leal mensajero, que está allí el Espíritu Santo. Entra, pues, el Espíritu Santo en los Apóstoles, abrázalos, consuéla-

los, dales un abrazo de paz. Padre, decidnos, ¿qué cosa es el Espíritu Santo? No hay lengua que pueda decirlo, ni oído que pueda oírlo, ni corazón que lo pueda sentir, qué cosa es aquel abrazo.

Dice Elías que Dios le dijo (III Reg., XIX): *Egredère, et sta in monte coram Domino. Et ecce Dominus transit et spiritus grandis et fortis, subvertens montes, et conterens petras ante Dominum: non in spiritu Dominus, et post spiritum commotio, non in commotione Dominus: et post commotionem ignis, non tamen in igne Dominus, et statim venit sibilus tenuis aurae, illic Dominus.* Mandó Dios á Elías que se fuese al monte; ¿para qué? Elías, ¿qué viste? dice: "Vi un aire muy grande y fuerte que derribaba los montes, pero no venía allí el Señor. Pasado el viento, ¿qué vino? fuego, pero no estaba allí el Señor, Pasado el fuego, venía un silbito suave, allí venía el Señor." ¿Qué hacéis ahí, hermano? ¿Cuán presto dejarán el río seco aquellos á quien el Espíritu Santo dice: ¿Qué haces aquí? ¿Qué haces, pecador, en ese río seco, en ese mundo ponzoñoso? Cuán presto lo menosprecia todo, cuán poco se da por todo á la voz del Espíritu Santo, que le dice: ¿qué haces ahí? En el silbito venía el Espíritu Santo.

No hay quien os pueda decir este abrazo, este beso; no hay quien lo pueda explicar. Es tan bueno el Espíritu Santo con aquel que lo tiene (Isa., LVI): *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est cum eo.* Sed castos. ¡Oh! dichoso aquel á quien el Espíritu Santo viene; un espíritu se hace con Él, una misma cosa son. ¿Qué es eso, Padre, es casamiento? Parece que es eso lo que Jesucristo dijo: *Erunt duo in carne una:* serán dos en una carne. ¿Qué es esto, que Dios, que el Espíritu Santo se haga uno con el hombre? Darle virtud es obrar en él virtudes; darle vestiduras ó adornarle y componerle. Todo esto es lo que resulta de la venida, lo que hace el abrazo. Pero el abrazo no se puede decir, como un desposado que da joyas á su esposa; pero no es aquel desposorio sino señales. Darle manillas en los brazos, darle zarcillos en las orejas. Así hace el Espíritu Santo, da joyas de manillas, y ajorcas de virtudes y de buenas obras en entrambos brazos, para que el pecador, tan bien aderezado, le abrace. Da también zarcillos en las orejas, pidiendo atención para obedecer á lo que al oído allá dentro le dijere; pero no es este el matrimonio; dale los siete dones suyos. Todas estas dá-

divas son arras y ajuar y preparación para la venida, dones son del desposado, pero el abrazo no sé qué es.

Padre, habéis dicho que el Espíritu Santo se hace uno con aquel en quien está; luego ¿Dios es? ¡Qué maravilla! ¿Es mucho eso? Pues oid (Psalm. LXXXI): *Ego dixi dii estis et filii excelsi omnes;* el mismo Dios lo dijo. Yo digo, dioses sois vosotros. Sabéis que tanto, que si el hombre tiene en sí al Espíritu Santo y habla, se dice hablar el Espíritu Santo. Lo que habláredes—dijo Cristo—no tengáis cuidado de ello (Matth., X, August.): *Non estis vos qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri est qui loquitur in vobis.* San Agustín dice: "Lo bueno y sobrenatural, sin el Espíritu Santo no es posible conocerlo. Lo que es bueno, no es de hombre sólo."

Cuando el hombre hace una buena obra, no es de sólo el hombre. Madre tiene en la tierra, y padre en el cielo. El libre albedrío que tú tienes, madre es, no es lo principal, otro más alto, el principio, el ser el padre, actividad de la cosa, el Espíritu Santo es. Dice San Pablo (Rom., VIII): *Cuando el hombre gime, el Espíritu Santo gime.* ¿Por qué? Porque es una misma cosa con el que ora. Luego si no son dos, una Encarnación hay. Tate, eso tan solamente dice ser uno el Espíritu Santo; y aquél, ¿dónde está? No en persona, que dos personas son: ¿Pues por qué? Porque el Espíritu Santo obra como principal en el hombre; por eso dice que el Espíritu Santo obra aquello.

Padre, no nos dice el abrazo todo es andar por los arrabales; no hay quien sepa dar cuenta de lo demás que sucedió. Bien se dice lo que los Apóstoles del Señor obraron, los milagros que hicieron y procedieron de la venida. Bien se dice que vino el Espíritu Santo en ello; pero el abrazo que les dió, mandad perdonar. Decid, si juntasen todos los olores de cuantas cosas criadas hay en el mundo, en que hubiese algalia, almizcle, ámbar azahar, jazmines, finalmente, todos los olores se juntasen, sin que el un olor impidiese al otro, ¡qué olor tan suave sentirías! ¡Qué consolación te daría! ¡Cómo confortaría tu ánima! Pues mira, todo sabor amarga, todo sabor es desabrido más que la hiel en comparación del que el Espíritu Santo trae consigo. ¡Oh qué sabor, oh qué color, oh qué gusto, oh qué consuelo, oh qué descanso, oh qué regocijo, oh qué alegría, oh qué esfuerzo sintieron los Apóstoles cuando sintieron el silbo dentro de sus entrañas! ¡Qué contentamiento sintieron en sus ánimas, qué har-

tas, qué rellenas, qué abundantes estaban del Espíritu Santo!

Pléguele á Él nos dé el soplito y el silbito. ¿Qué hacemos aquí, hermanos? ¿En qué entendemos aquí? Si aquí nos estamos no podremos medrar. ¿Qué haces aquí, pecador? ¿En qué pasas tu vida? ¿De qué bebes? Seco está ese charco, ó se secará presto, y te dejará ella á ti, ó tú á ella. ¿Qué haces aquí tú, desventurado, que tienes puesto tu amor en la otra, ó la otra en ti? Seco está el charco, presto te morirás tú ó se morirá ella, y veréis cuán seco del todo estaba el charco de donde pensabas que te hartabas. ¿Qué haces aquí, soberbio, fantástico? Todo eso ha de haber mal fin, acabársete tiene todo; ahora bebes, y cuando no te cates se acabará tu vida; y desventurado de ti si antes que te mueras no dejas las vanidades y locuras de esta vida.

Como confías en la tierra, no tienes tus ojos en el cielo. Como no te has desarraigado de todo lo de acá, aún no te ha silbado, aún no conoces la dulzura de Dios (Psalm. XXX): *Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine; quam abscondisti timentibus te!* ¡Oh cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, la cual aparejaste á los que te temen! Oh bendígante los cielos y la tierra; y si para los que temen tanto bien aparejaste, ¿qué harás para los que te aman? Lumbre se dice y fuego: ¿Conoces á Dios, hermano? Di, ¿ha topado Dios contigo? La señal principal que Dios está en uno, es cuando menosprecia todo lo que hay en la tierra que Dios no es, y sólo trata de amar y agradar á su Dios, como bien único suyo. Y en esto verás, hermano, si el Espíritu Santo ha venido á ti, si andas con fervor, con alegría en el camino de Jesucristo. Si el Espíritu Santo te ha dicho, ¿qué haces ahí? bueno estás. ¡Oh! qué sintieron los Apóstoles cuando el Espíritu les dijo: ¿Qué hacéis ahí? No se puede decir, así como no se puede decir quién es Dios.

¡Qué de grandezas usó con ellos, qué mercedes tan grandes les hizo! Dióles gracias del entendimiento. ¿Qué son ni qué saben los letrados, ni filósofos del mundo, sin éstas? Cuantos teólogos hay sin gracia del Espíritu Santo, nada son. Lo principal que les dió fué que claramente conociesen lo que les cumplía en todas las operaciones humanas, que sin errar pudiesen saber esto me cumple y esto no me cumple. Acá bien podemos nosotros conocer cuál es bueno y cuál es malo, pero no en particu-

lar; nadie puede saber sino el Espíritu Santo cuál es mejor de esto, casado ó no casado, clérigo ó no clérigo, fraile ó no fraile; pero aquí el Espíritu Santo alumbra, sabe particularmente cuál es mejor para ti.

El Espíritu Santo es ayo de niños. ¡Y qué bien enseñado será el niño que de tal ayo saliere enseñado! Por ventura diréis: No habrá menester consejo en lo que ha de hacer, si tanto sabe, sino regirse por su parecer y no tomar el de nadie. No, que el Espíritu Santo quiere que vaya á tomar parecer de quien más sabe; y Él le dará en voluntad que lo vaya á preguntar, y le dirá lo que ha de preguntar, y le dará gracia al otro, que responda lo que ha de responder. El Espíritu Santo, ayo del entendimiento y ayo y gobernador de la voluntad, no te dejará pasar con cosa mala de cuantas tu sensualidad te pidiere; y pensarás hacer alguna cosa que no te cumpla, Él hara como no la hagas, sino al contrario de lo que pensabas hacer; si no, preguntadlo á Jeremías, que porque le maltrataban algunos porque profetizaba dijo (Hier., XX): *¿Quién me mete á mí? ¿Quién me mete á mí en estas barajas? Profetízoles la verdad, y por eso me hacen muchos males; no tengo de profetizar más.* Estando en este propósito, descendió fuego del cielo y tocóle, y como le tocó, vuelve, y si antes hablaba una palabra, después hablaba cuatro.

Cuando viene fuego del cielo, cuando viene el Espíritu Santo, quita el temor que el hombre tiene; pobreza, ni deshonra, ni hambre, ni vituperios, muerte, ni tentaciones de carne, ni al mundo, ni al demonio; todo cuanto mal estas cosas le pueden hacer, no lo tiene en una picadura de mosca (Rom., VIII). *Quis nos separabit a charitate Christi?* dice el Apóstol San Pablo, *Tribulatio, an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persecutio, an gladius?* ¿Quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿Quién hay tan fuerte que nos pueda apartar de ella? ¿La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, la persecución, el peligro ó el cuchillo? Nada de esto nos puede apartar de ella, porque aunque parezcan muy crueles, nada nos espanta.

Bien puede todo acaecernos y pasar por nosotros, pero todo nos puede sujetar; antes cuantas cosas más graves nos acaecieren, tanto más crece nuestra caridad con la de Jesucristo, saliendo en todo lugar y en todas las cosas vencedores, ricos y

honrados, no por nuestras fuerzas, no por nuestros merecimientos, sino por la ayuda y amparo de Jesucristo; porque amándonos Él como nos ama, no consentirá que seamos vencidos. Ni nosotros acordarnos de sus misericordias y grandezas, de las mercedes que de Él habemos recibido, y acordándonos de los males que nos ha quitado, aun queriendo nosotros caer en los abismos del infierno, nos ha librado con su mano y brazo poderoso, no seremos derribados por los pecados.

Si esto os parece mucho, que son cosas livianas, esperad y veréis cosas mayores. Mayor apariencia tenían las cosas invisibles de ser temidas, que pelean fuertementente contra el ánima, que lo puede dañar el cuerpo, y cuando á mucho se extienda, no puede más que hasta la muerte; pero ni en lo uno ni en lo otro, no hay que temer, porque el mismo Apóstol San Pablo lo dice.

"Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni los poderíos, ni las cosas fuertes, ni las cosas por venir, ni la fortaleza, ni alteza, ni lo hondo, ni lo áspero de la tierra toda, ni criatura ninguna, nos puede apartar de la caridad de Jesucristo." ¿Quién os lo dijo, Pablo, la carne ó la sangre? No sino el Espíritu Santo, que es fuego que quema todas estas cosas y las deshace, para que no nos puedan empecer como á pajuelas. No es más esto delante del fuego del Espíritu Santo, que una pajita liviana echada en una grandísima hoguera; cuando tengas el Espíritu Santo, Él mata todo lo que daña; pero si hay pajitas, señal es que no hay fuego que las queme.

Si estás, hermano, sometido á tus vicios, si estás inclinado á maldades, si tienes en tu corazón pensamientos de liviandad, si tienes fantasía, todo esto estorba, y todo esto quema el Espíritu Santo cuando viene, y no hay cosa que se le resista. Cuando viene el Espíritu Santo, no basta nadie á resistirle, ni la mozuela loca que su vida no era otra cosa sino un continuo pensamiento en cómo se vestiría y cómo se pondría galana, y cómo se había de afeitar la cara. Cuando el Espíritu Santo viene, hace que la mozuela se huelgue de andar templada en el vestido; ya escoge las lágrimas por agua maravillosa para la cara; ya tiene humildad, porque vino el Espíritu Santo; no basta moverla el mancebete muy enhiesto con su espada al lado, muy vestido, con mucha soberbia, la pluma en la gorra. ¿No

sabéis para qué se ponen aquello allí? Para que sepáis, si no lo sabéis, que son locos, y para que sepáis su locura, y sus bajos pensamientos, y sus imaginaciones y sus fantasías; pero cuando viene el Espíritu Santo todo lo quema.

Dice Cristo (Matth., X): *¿Pensáis que vine á traer paz? No vine á traer paz, sino cuchillo.* ¿Qué es que andaba el mancebo por ahí perdido, un loquillo callejero, toda su bienaventuranza puesta en andar por las calles, mirando y deseando á la otra; y desde á poco le veis recogido, casto, y humilde y virtuoso? ¿Quién hace esto? El Espíritu Santo; el fuego que quema cuanto halla; con este fuego no hay honra vana, ni riquezas, ni prosperidades, ni deleites que el hombre desee, todo lo hace tener en poco, y tenerlo debajo de los pies; con este fuego se quema todo lo sensual del hombre (Galat., II): *Vivo ego, jam non ego:* ya no yo, pero vive en mí Jesucristo, dice el Apóstol. "Vivo yo en humildad, en castidad, en paciencia, ya no yo el de antes: no, no mis pasiones, no mis sensualidades, porque esto está ya muerto."

¿Cómo es eso, Apóstol? ¿De qué manera? Vive en Jesucristo por humildad, por caridad y por gracia; y donde esta gracia llega, hace mudar al hombre al revés de como estaba; hace que el que se amaba á sí mismo, y que se tenía en mucho, diga: Sea Dios engrandecido y sea yo apocado; sea Dios honrado y deshónrenme á mí; glorifiquen á Dios y vituperen á mí. Al que sopló el Espíritu Santo, no quiere nada para sí, todo á honra de Dios. Cuando no había venido el Espíritu Santo, los Apóstoles estaban miedosos, temerosos, las puertas cerradas, no osaban salir por miedo no los matasen, tenían grande miedo.

Tomó Dios una vez á Ezequiel Profeta en su espíritu, y llevólo en medio de un campo, donde había infinitísimos huesos de muertos; estaba una muchedumbre muy grande de ellos, y todos muy secos; díjole: "¿Piensas que estos huesos tienen vida? Respondió Ezequiel: Tú, Señor, lo conoces y lo sabes todo. Mandóle Dios: *Vaticinare de ossibus histis:* profetiza de estos huesos: ¿y qué Señor? Di huesos secos, oid la palabra del Señor: Yo os daré espíritu y viviréis; daros he carne, y naceros han nervios, y os haré que os cubráis de cuero, y daros he un espíritu, y viviréis. Yo — dice Ezequiel — hícelo así, y luego se hizo un grande movimiento, y un gran ruido, como

los unos huesos se juntaron con los otros cada uno en su lugar y en su juntura; hicieron ruido como cuando un hueso se junta con otro; y vi cómo vinieron sobre aquellos huesos nervios, y cómo crecía la carne; y luego un cuero fué tendido por todos ellos, y aún no tenían vida; estábanse allí como muertos. Profetiza y llama al espíritu, llámalo y dirás: Aquesto dice el Señor: de los cuatro vientos de la tierra, venid, soplad sobre estos hombres muertos y vivirán luego. Acabando de profetizar, tuvieron vida, y levantáronse y estuvieron sobre sus pies. Hízose de toda aquella gente un muy fuerte y valeroso ejército. Dijo Dios: Estos huesos son toda la casa de Israel, porque ellos dijeron: *Aruerunt ossa nostra, et periit spes nostra.* Allí estaban los Apóstoles como huesos muertos desmayados.

Hay aquí algunos que estando en figura de vivos, están muertos. Hay aquí tan sin confianza alguno, que diga: ¿Cómo puedo yo ser bueno? ¿Cómo es posible tener yo castidad? ¿Cómo es posible que me perdone Dios? He pecado yo tanto, que en toda mi vida no he hecho otra cosa sino ofender á Dios: ¿cómo me perdonará? ¿Quién yo para el cielo? ¿Quién yo para ir allá?

El cielo dase á los que hacen buenas obras; yo no las he hecho, ni las espero hacer, ¿qué tengo yo con eso? Pruebo veinte veces á no pecar, y no puedo sino pecar. *Jam aruerunt omnia ossa nostra, et periit spes nostra:* Ya nuestros huesos se han secado, ya se ha perdido nuestra esperanza. ¡Oh desventurado de ti, si tú tal dices! Esfuérzate, hermano, que hoy es día de perdón: hoy se admiten todos, si quieren conocer sus culpas, y dolerse de ellas y confesarse: no hay más. Y tú, mancebo, piensas que no puedes dejar de pecar, y que no te puedes apartar de ello: prueba y apartate, que hoy es día de perdón; hoy se da fuerza para vencer y derribar aquello que te derriba. Hoy se dan fuerzas, si tú las quieres tomar, para vencer tus pasiones; hoy es el día en el cual prometió Dios de quitar el corazón de piedra, de quitar la sequedad del alma; hoy es el día en que da corazones blandos, corazones arrepentidos; hoy es día en que dará corazones aparejados para llorar vuestros pecados y saberlos conocer.

Hoy es el día en que os dará un soplo, no en las orejas, no en los oídos, no en nada de lo de acá fuera, sino dentro de vuestros corazones; un soplo que os dé vida, un soplo que os dé fortaleza, un soplo que os dé castidad, un soplo que os dé humil-

dad, un soplo que os dé caridad y amor y todas las otras virtudes, un soplo que refresque vuestras ánimas; si no, miradlo en los Apóstoles que estaban cobardes, porque se querían mucho. Viene á ellos el Espíritu Santo, entra en aquellos corazones, quitáseles aquel temor, menosprecian la carne, y la soberbia y la codicia; echan en el suelo todos los vicios; pasan por encima de ellos como vencedores de aquellos que les habían vencido y los acobardaban y ponían temor.

Levantáronse en pie como ejército poderoso; abren las puertas que antes tenían cerradas, llenos y rellenos del Espíritu Santo, llenos de fortaleza y de caridad, y comienzan á predicar con grandísimo hervor, no doctrinas frías, sino hirvientes como fuego; aquel, Bendito sea Dios; aquel, no hay sino sólo un Dios, tres Personas y un sólo Dios verdadero; aquel, Jesucristo es Hijo de Dios vivo y está sentado á la diestra de Dios Padre, y es Juez de vivos y muertos; aquel hablar que todos los entendían. Había allí entonces de todas las naciones, había Parthos, Medos, de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, de Asia la menor, de Frigia, de Pamphilia, de Egipto, de Libia, de Creta, de Arabia, de Roma. Todas estas naciones estaban allí, y todos los entendían, que hablaban todas las lenguas, y lo entendían todos como si hablaran la lengua de cada uno particularmente. ¿Y esto es maravilla, pues Dios lo hace?

Ahora un predicador habla en romance, y cada uno le entiende en su lengua; habla una palabra que Dios le manda, y entiéndelo uno á quien aquello toca, y los otros no lo entienden. Dice un predicador: Sed humilde; entiende aquella palabra el soberbio. Dice otro: Sed casto; aquello entiende el lujurioso; y así hablando en un lenguaje diferentemente. Así que del sonido grande que vino cuando el Espíritu Santo vino, habiéndose juntado en Jerusalén, y de que hablando en una lengua, entendiese cada uno en la suya, estaban todos espantados, y decían: ¿No son éstos de Galilea? ¿Cómo hablan tantos lenguajes? Otros decían: Dejadlos, que están borrachos. Cuando oyéredes hablar alguna persona y no lo entendiéredes, tened paciencia y no os arrojéis á juzgar de presto; mirad que el Espíritu Santo no parece; mirad lo que hacéis, que por ventura hablará alguno lo que quiso Dios que hablase, y diréis vos que está borracho.

Así que dijeron que estaban los Apóstoles borrachos, levan-

tóse entonces San Pedro, como pastor universal y como su defensor, y dijo: *Varones de Jerusalén, escuchad mis palabras, no penséis que estamos borrachos, porque ahora no es hora de haber bebido, que es hora de tercia* (Act., II). Sabéis que es esto lo que profetizó el Profeta Joel (cap. II; Joann., XXI): *Effundam Spiritum meum super omnem carnem, et prophetabunt filii vestri, et filiae vestrae:* Derramaré, enviaré mi Espíritu sobre toda carne y vuestros hijos profetizarán, y vuestras hijas y vuestros hijos soñarán sueños, y los mancebos verán también visiones; y sobre mis siervos y criados, enviaré mi Espíritu Santo (Act., II; Marc., XVI; Joann., XVI). "Varones israelíticos, á Jesucristo predicamos, Varón aprobado de Dios, al cual vosotros entregasteis á la muerte con todas las señales que Dios hizo; al cual Dios resucitó y está á la diestra de su Padre; y Él hizo que el infierno no le empeciese, que no le podía empecer. Y cierto, sepa todo hombre que Jesucristo, que vosotros crucificasteis, es verdadero Hijo de Dios."

Habló San Pedro con tanto hervor, predicóles allí cómo el Espíritu Santo venía deseoso de nos consolar y remediar. Echa, pues, la red el buen pescador; aquél que antes solía pescar peces, pesca ahora ánimas; echó la red; del primer lance pescó tres mil de aquellos que poco había que le habían dicho que estaba borracho; compungíanse y arrepentíanse de lo que habían dicho, y decían: Desventurados de nosotros, ¿cómo nos hemos ahora de convertir, que somos nosotros los mismos que le crucificamos y dijimos que soltasen á Barrabás? ¿Cómo ha de ser esto? ¿Cómo nos ha Dios de perdonar? Díjoles San Pedro: "¿Qué es eso? No desmaye nadie, misericordioso es Dios, y Jesucristo está lleno de misericordia; que aunque hayáis hecho eso, aunque vosotros sois los mismos que le matasteis con vuestras propias manos, está aparejado á perdonaros si os arrepentís y hacéis penitencia.

"Confesad vuestro pecado luego, y más tardaréis vosotros en confesaros que Dios en perdonároslo." Ellos, como oyeron esto, dijeron que les placía; y no solamente les perdonó Dios sus pecados, pero usó de tanta misericordia con ellos, que les envió el Espíritu Santo, así como á los Apóstoles, sobre casi tres mil hombres de ellos. ¿No miráis qué buena redada para la primera? ¡Oh, bendita sea tu misericordia, Señor mío, que tan caro te costó lo que ahora tan de balde se da! Daba

Dios el Espíritu Santo á quien su Majestad quería, y de balde.

Á otro sermón se convirtieron cinco mil hombres; así fueron creciendo los cristianos, y se fué poblando y engrandeciendo la Iglesia de Dios, que estaba pequeña. De aquí comenzó la cristiandad que ahora tenemos. Estaban todos juntos perseverando en oración; comulgaban cada día, y vendían todas sus haciendas, y entregábanselas á los Apóstoles, y decían: Esto es lo que vale toda mi hacienda, tomadlo, y haced de ello lo que quisiéredes; tanta parte tenía el que poco traía como el que mucho, todo era igual, todo era común. Hacíase entonces en la Iglesia universal lo que ahora se hace en los monasterios, que no tienen en particular ni en común propio, y por eso mejor librados. Así estaban los santos Apóstoles (Act., V), y los otros santos hombres y mujeres; hacían muchos milagros y maravillas; sanaban enfermos, resucitaban muertos; estaban siempre la mayor parte del tiempo orando muy alegres (Act., III-IX), llenos de gozo del Espíritu Santo, muy regocijados con el huésped.

Plegue al Espíritu Santo, por los merecimientos de Jesucristo y por aquella sangre que derramó en la cruz por nosotros (Joann., XIX), tenga por bien venir en nuestros corazones y sanar nuestras ánimas, alumbrar nuestros entendimientos, para que conozcamos á Dios, y enderezar nuestra voluntad para solamente amarle, y olvidarse de las cosas del suelo, y sujetar nuestra carne, y darnos humildad, castidad y caridad para con nuestros prójimos, y darnos sus siete dones, para que teniendo su gracia nos dé la gloria.

Ánima mía, vive en perpetuo agradecimiento de tan grandes y tantos beneficios

TRATADO CUARTO

Del Espíritu Santo.

Paracletus autem Spiritus Sanctus.

"El Espíritu Santo Consolador.„

(JOANN., XIV.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

QUIEN *de tierra es, de tierra habla; el que viene del cielo, sobre todos es* (Joann., III), dijo San Juan Bautista á sus discípulos. Tocóles un poco de envidia, porque la gente seguía más á Jesucristo que á él, y para los apaciguar, díjoles estas palabras: Ninguno puede tomar más de lo que del cielo le viene, de lo que del cielo le envían. *Qui de terra est*, etc. Tierra es el que de tierra habla. ¿Qué hará la tierra, pues le está mandado subir al cielo? ¿Qué hará, cómo podrá subir? ¿Qué hará el hombre que le está mandado que hable cosas del cielo? Cosa es ésta imposible, cosa que de sí no la podía hacer, cosa tan imposible como la tierra subir al cielo. *Qui de terra est, de terra loquitur.* Si hubiésemos de hablar de cosas de acá abajo, daríamos buenas señas; pero hablar del Espíritu Santo, hablar de cosa tan alta, hablar de cosas del cielo, ¿qué haremos que somos más bajos que la misma tierra? ¿Qué haremos para bien hablar? Es menester mucho la gracia del Espíritu Santo.

No en balde fué dada á los Apóstoles para hablar (Act., II): *Audivimus eos loquentes variis linguis magnalia Dei.* Fueron los bienaventurados Apóstoles llenos, y muy llenos de fuego

del Espíritu Santo; fueron llenos de esta celestial gracia, para dar á entender que nadie debe hablar ni predicar de este Santo Espíritu, sino lleno y muy lleno de este celestial don y de este santo fuego. Encendidas iban las entrañas, y llenas de gracia, que Nuestro Señor envió á sus santos Apóstoles, pues hablaron las maravillas y grandezas que de Dios hablaron y dijeron, y por todo el mundo pregonaron. Vino en lenguas de fuego, para darnos á entender que han de ser las lenguas de los que hablaren cosas de Dios y sus maravillas, encendidas con fuego, encendidas con amor. No han de ser las lenguas que han de hablar cosas de Dios y sus maravillas, de agua, no de viento, no han de ser de tierra.

Venimos á oir las palabras de Dios, venimos á oir sus sermones, y venimos como á farsa, sin más amor y reverencia. Dígoos de verdad, que un grande riesgo corremos todos los que oímos sermones; gran peligro corremos si no oímos como debemos oir; con corazón encendido, con entrañas abrasadas habíamos de venirlo á oir.

Hermanos, juntádoos habéis á oir y hablar del Espíritu Santo; para tan gran negocio menester hemos la gracia, menester hemos el mismo Espíritu Santo, que se infunda en nuestros corazones y los ablande y abrase con su santo fuego y divinos dones.

Dice San Pablo (Rom., VIII) *que el Espíritu Santo ruega por nosotros con gemidos inenarrables*. La oración que no es inspirada del Espíritu Santo, poco vale; la que no se hace según Él, la que no inspira y ordena Él, de muy poco fruto es, poco aprovecha. Dijo Cristo á sus Apóstoles (Joann., XIV): *Tristes estáis porque me quiero ir: el Consolador vendrá, que el Padre lo enviará en mi nombre, y Él os consolará, Él os enseñará todas las cosas, Él os traerá á la memoria todo lo que yo os he dicho, Él abrirá vuestros oídos para que oigáis, y vuestro entendimiento para que entendáis; enseñaros ha á orar, y enseñaros ha todo lo que hubiéredes de hacer, para que en todo acertéis.*

En gran manera estamos necesitados de este Consolador, de este Doctor, de este Consejero y de este Enseñador. ¿Qué remedio? Que nos vamos á la sacratísima Virgen. En gran manera es muy amiga del Espíritu Santo, y Él de Ella. En sus entrañas el incomprensible cupo; su alteza, su grandeza abajó, é hízose temporal siendo eterno, y Él rico se hizo pobre, y Él muy

alto, se abajó, y esto todo por obra del Espíritu Santo, por industria, orden y saber suyo. Dijo el ángel San Gabriel á la Virgen (Luc., I): *Spiritus Sanctus superveniet in te:* El Espíritu Santo, Señora, vendrá sobre Vos, y la virtud del muy Alto os hará sombra. Conoce muy bien el Espíritu Santo las entrañas de la Virgen; conoce muy bien aquel su corazón tan limpísimo, conoce muy bien aquel palacio donde tantos y tan grandes misterios obró. No hizo la Virgen, ni pensó ni habló cosa que en un solo punto desagradase al Espíritu Santo: en todo le agradó, en todo hizo su santa voluntad; por ruegos de esta gloriosa Virgen, por gemidos, y deseos y oraciones trajo al Verbo Eterno y lo metió en sus entrañas. Supliquémosla, pues tan amiga es de este Santo Espíritu, nos comunique su gracia para hablar de tan alto Huésped.

Si Spiritum Sanctum accepistis credentes (Act. II): Si recibisteis al Espíritu Santo por la fe creyendo. Dijo una vez San Pablo á unos: ¿Habéis recibido al Espíritu Santo? ¿Tenéislo en vuestras entrañas? Bienaventurada el ánima que tal ha recibido; bienaventurado el que tal Huésped ha recibido, creyendo que por fe se da. Respondieron: Ni sabemos si lo hay, cuanto más haberlo recibido. No se lo habían dado, y aun quizá habrá aquí quien no lo sepa. Oh si dijésedes verdad, ¿habéislo recibido? ¿Amáislo? ¿Habéislo servido? ¿Deseáislo? ¿Tenéis gran deseo que se infunda en vuestros corazones? Ni aun sabéis si lo hay. No aprovecha nada de lo que deseéis; no basta que digáis que venga, que lo queréis recibir; todo no aprovecha si no hay obras dignas y que merezcan su venida (Tim., I): *Factis autem negant.* Las obras han de convenir con las palabras y con los deseos, para que este tan gran Huésped quiera venir y aposentase en vuestra ánima.

Tiene tantos de predicadores el Espíritu Santo, tantos de Profetas que de Él hablaron antes que el sol fuese criado. Dice la Escritura que el Espíritu del Señor era traído sobre las aguas (Génes., I): *Et Spiritus Domini ferebatur super aquas.* Los Profetas todos vieron y contaron grandes secretos y misterios de este Santo Espíritu. Entre todos y más que todos, dió tales señales Jesucristo Nuestro Señor de Él, y dijo tales cosas de Él, que estaban todos espantados de oir las maravillas que Él dijo. Dijo Jesucristo á sus Apóstoles (Joann., XIV): *No tengáis pena, no estéis penados porque me voy.* Antes, Señor, por eso

están penados; ¿qué nuevos amores, Señor, son éstos? ¿Qué nuevas maneras de tratar con los que os aman? Vaisos, y ámanos más que á la lumbre de sus ojos; quereisos ir, y para consuelo de vuestra ida, decidles: No tengáis pena porque me voy; antes por eso la tienen, y es la causa de toda su pena y de todo su desconsuelo pensar, Señor, que os habéis de ir. Nadie puede entender esto ni alcanzarlo sino quien tuviere Espíritu Santo.

Consolados habéis estado conmigo; alegres habéis estado con mi presencia, enseñados con mi doctrina y fuertes con mi presencia (Joann., XIV). *Yo me voy, y rogaré á mi Padre que os envíe otro Consolador en mi nombre.* Hasta aquí yo os he consolado; yo me iré, y yéndome yo, os enviaré otro Consolador, otra persona. ¡Oh poderoso Dios! ¿quién es este Consolador que habéis de enviar? Espíritu de verdad, que morará en vosotros, que os enseñará verdades, no opiniones, no engaños.

Bendígante, Señor, los cielos y la tierra. No se contentó Dios Padre con darnos á su muy amado y único Hijo Nuestro Señor Jesucristo, y para que muriese por nosotros, sino á sí mismo. Dijo Jesucristo (Ibid.): *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.* El que me ama guardará mis palabras, y mi Padre lo amará, y á Él vendremos, y morada cerca de Él haremos. Que estudie y rumie sus palabras, y las cumpla y guarde; esto os da por señal y prenda de su amor. Y, hermano, decid, ¿cómo os va cuando oís la palabra de Cristo? ¿Holgáisos cuando os hablan de Él? ¿Alégraseos el corazón cuando le oís nombrar, cuando le predican, alaban y bendicen y glorifican en los púlpitos?

Más os alegráis con invenciones, con novedades; esto oís de buena gana. El que guardare mi palabra, éste me ama: ¿Cómo es eso? ¿Cómo tengo de guardar sus palabras? ¿Cómo le tengo de amar? Habéislo de amar, y en esto mostraréis que verdaderamente le amáis, si por le amar olvidáredes y dejáredes todo cuanto os estorbare para lo amar, y verdaderamente servir (Matth., V): "Si vuestro ojo derecho, si la cosa que así la amáis como á vuestros ojos os escandalizare, si vuestra mano derecha, si cualquiera otra cosa que mucho la habéis menester, os apartare de este santo propósito, cortadla." Cosa

recia es, Padre. Habéis de tener una navaja tan afilada, que aunque os ponga delante padre y madre, y hermanos y parientes, y amigos, y todo cuanto así se pudiere decir, si os aparta del amor de Jesucristo, cortadlo, no lo dejéis, holladlo, pasad sobre ello, que aunque esto parece género de crueldad, es gran piedad (Hieron.).

Si por el dinero, ó por la hacienda, ó por el pariente ó amigo, ó por la deshonra ó por la honra, ó por el favor ó arrimo, ó por muerte ó por vida pecas, córtalo. ¡Cosa recia! ¿Que no tengo de desear la mujer ajena? ¿Y que no solamente no tome la hacienda ajena, pero que tengo de dar la mía? ¿Y no solamente no tengo de hacer mal á nadie, pero hacer todo cuanto bien pudiere? Cosa recia y trabajosa es ésta: Señor, echad alguna azúcar, que trabajo y sudo por hacer esto, y apenas con todas mis fuerzas salgo con algo; poned algún consuelo, poned algún premio; pláceme (Joann , XIV). "Mi Padre le amará, mi Padre le querrá bien — dice Jesucristo— y el galardón que por cumplir mis palabras y guardar mis mandamientos le darás, en esto se les pagarán sus trabajos, que el Eterno Padre pondrá sus ojos sobre Él, y á Él vendremos, y morada cerca de Él haremos„; no será la venida de paso, pues ha de pararse á hacer morada y mansión.

¿Quién podrá pasar por esta palabra sin dar bendiciones y alabanzas al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, que vendrá el Padre y el Hijo, y harán habitación en Él? ¿Queréis más? ¿Estáis contentos? Andaréis ya echando mano de las sombras, buscando dineros, buscando honras, deseando subir y valer, y buscar oficios; ¿queréis más? Dice San Bernardo: "¡Oh endurecidos corazones, ¿á quien tal cuchillo no corta, y tal fuego no enciende, y tal bondad no mueve, y amansa y ablanda„, viniendo el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo á morar en los corazones de los hombres, como á casas suyas?

No te llames huérfano de aquí adelante porque el mundo no te hace honra, porque el mundo no te favorece, porque no tienes prosperidades y riquezas de acá. ¿Quédate más, Señor? ¿Quédate más que dar? Yo rogaré al Padre, y enviaros ha otro Consolador. La cosa que más me espanta. Estaban los discípulos esperando este Consolador; deseábanlo tanto, que no se puede decir quién era este Consolador, ó qué tal era, que antes que viniese estaban los Apóstoles enamorados de Él, y tanto

deseaban que viniese para verle. Yo rogaré al Padre, y enviaros ha otro Consolador. ¿Qué decís, Señor? ¿Qué grandezas se os sueltan de esa boca? ¿Qué tal ha de ser el Consolador que viniendo consuele vuestra penosa ausencia? ¿Que consuele, y enseñe y haga todo lo que Vos hacéis? ¿Podréis atinar, y decir cuánto era el consuelo de Cristo con sus Apóstoles, cuánta era la alegría que con su vista y presencia tenían? En solamente mirarlo, se les quitaban cuantos trabajos tenían.

No hay madre que tanto ame á sus hijos, y tanto los regale, cuanto Jesucristo amaba y regalaba á sus Apóstoles; no hay ave que tanto cure de sus hijos, y los defienda debajo de sus alas y los abrigue, como lo hacía Jesucristo con los suyos. Amábalos entrañablemente, hablaba con ellos, enseñábales, dábales mil consuelos, quitábales los desmayos, esforzábalos, hacíalos tantos bienes, y amábanle ellos tanto á Él, que dejaron sus haciendas, sus caudales, las redes con que ganaban de comer, y los maridos á sus mujeres, y los hijos á los padres, y algunas mujeres á sus maridos. Érales tan amoroso, y su conversación tan apacible y tan llena de amor, que mil mundos que tuvieran dieran por gozar de Él una sola hora. ¡Qué asegurados, qué alegres, qué gozosos estaban con Cristo! Ricos y dichosos se pueden llamar, y sonlo, que con sus ojos veían á Jesucristo y con sus orejas oían sus santísimas palabras.

Díjoles Jesucristo el jueves de la cena (Joann , XIV): *Desconsolados estáis porque os he dicho que me quiero ir.* Estaban estos bienaventurados tan contentos con Jesucristo, que les parecía que no era posible que viniese cosa á sus corazones, faltando Él, que los pudiese consolar, y que no había en el mundo persona que hinchiese lo que con ausentárseles Cristo les quedaba vacío.

Estaban abobados, embebidos en aquel santísimo Cuerpo y presencia suya; no creían que podían ser consolados ido Él de entre ellos. ¿Quién consolará á estos desconsolados? ¿Quién remediará tan gran pérdida? ¿Quién curará esta llaga que la ausencia de Cristo causó en los corazones de sus Apóstoles? Gran llaga de amor fué ésta, necesidad tiene de gran remedio y cura. Si yo me fuere, otro Consolador vendrá que os consuele. ¿Qué Consolador puede venir que no echen menos á Jesucristo? Díceles que se quiere ir, y para templar su pena y tristeza promételes que les enviará otro Consolador, y será tal, que

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

no estéis penados por mi ida; otro Consolador tan bueno como yo, otro que os consolará y os regalará más que yo.

No otro sino Dios pudiera curar esta llaga; y este es argumento muy grande para creer que el Espíritu Santo es Dios; porque si fuera menos que Dios, no pudiera consolar y curar la llaga que Cristo había hecho con su ausencia; Jesucristo es Dios, si el Consolador que había de enviar fuera menos que Jesucristo, no fuera Dios, y así no pudiera curar la llaga de haberse ido Cristo. Luego claro está, que habiendo de ser Consolador como Cristo dijo, el cual había de consolar á los Apóstoles de la pena que tenían porque Cristo se iba, había de ser también Dios como era Jesucristo, y poderoso para consolar como lo era Cristo. Cierto no bastara á henchir aquel seno sino el Espíritu Santo, que es también Dios como Jesucristo.

Por tanto debéis estar muy consolados, porque si le llamáis, os socorrerá en cualquier trabajo que tuviéredes. Y si decís vos: Levantáronme un testimonio, no sé qué dijeron de mí, perdióseme la hacienda, fuése mi marido, tengo muchos trabajos y enfermedades, murióse mi padre, faltóme mi amigo, estoy desconsolado, tengo grandes tentaciones, hallo gran sequedad en mi corazón, no sé qué me tengo, siempre ando cercado de trabajos y en peligro de muerte. Tened paciencia; no viváis desconsolados; no os dejéis caer, llamad á este Consolador, que consolaros ha y enseñaros ha; que pues bastó á henchir y sanar y consolar la desconsolación que causó Cristo á sus Apóstoles, también os consolará á vosotros, que mayor pérdida y mayor desconsuelo fué aquel, que cuantos vos podéis tener por grandes y penosos que sean.

Coteja tu desconsuelo y llaga con la de los Apóstoles, y verás cómo el que aquélla curó y consoló siendo tan grande, tan bien y mejor consolará y curará las tuyas. ¿Haos venido este Consolador? ¿Haos venido este Huésped? ¿Haos venido este buen día por vuestra casa?

Padre, no sé qué me tengo; lo que mucho me alegraba de antes, ahora me enoja; las alegrías del mundo me entristecen, los placeres me dan pena, los juegos, los pasatiempos, las alegrías y todos los deleites del mundo me hieden, todo me da fastidio. Si ha venido este día por vos, si habéis recibido este sentimiento en vuestro corazón, si lo habéis recibido, sabedlo agradecer al Señor, y sabedle dar gracias por ello. Quien en sí

recibe este Huésped, quien recibe este Consolador, todo cuanto en el mundo florece y todo cuanto es tenido en algo de los mundanos, hace menospreciar y tener en poco y en nada; todo le da asco, todo harta, todo fastidia y da pena.

Sábele tú llamar á este Consolador, procúralo agradar y tener contento; porque quien tal Huésped tiene, no se debe descuidar en nada, porque tan gran Huésped gran cuidado pide. Dile: "Señor, con Vos sólo estoy contento, Vos sólo bastáis á me hartar, sin Vos no quiero á nadie, y con Vos todo lo tengo; estad Vos conmigo y fáltenme todos; consoladme Vos, y desconsuéleme todo el mundo; sed Vos conmigo, y todo el resto contra mí." ¿Dónde está la sabiduría? ¿Dónde la hallaremos? En el pecho de Dios está. Pues decid, ¿después qué se fué, quedamos huérfanos? ¿Quedamos solos? ¿Quedamos sin consejo, desarrimados? ¿Cómo quedamos? ¿Dejónos acá en su lugar á otro? Predíqueoslo el que lo sabe por su misericordia, y déoslo Él á entender.

¡Oh mercedes grandes de Dios! ¡Oh maravillas grandes de Dios! ¡Quién os pudiese dar á entender lo que perdéis, y también os diese á entender cuán presto lo podríades ganar! Gran mal y pérdida es no conocer tal pérdida; y muy mayor pudiéndola remediar, no la remediar. Quiérete Dios bien; quiérete hacer mercedes, quiérete enviar su Santo Espíritu; quiere henchirte de sus dones y gracias, y no sé por qué pierdes tal huésped. ¿Por qué consientes tal? ¿Por qué lo dejas pasar? ¿Por qué no te quejas? ¿Por qué no das voces?

Mas ¿cómo la diremos á esta junta que el Espíritu Santo quiere hacer, y hace con tu ánima? Encarnación no; pero es un grado que tanto junta el ánima con Dios, y un casamiento tan junto y tan pacífico, que parece mucho Encarnación, aunque por otra parte mucho diferencien; porque la Encarnación fué una tan altísima unión del Verbo divino con su santísima Humanidad, que la subió á sí á unidad de persona; lo cual no es acá, sino unidad de gracia; y como allí se dice Encarnación del Verbo, se dice acá Espirituación del Espíritu Santo.

Así como Jesucristo predicaba, así ahora el Espíritu Santo predica; así como enseñaba, así el Espíritu Santo enseña; así como Cristo consolaba, así el Espíritu Santo consuela y alegra. ¿Qué pides? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres más? ¡Que tengas tú dentro de ti un consejero, un ayo, un administrador, uno que te

guíe, que te aconseje, que te esfuerce, que te encamine, que te acompañe en todo y por todo! Finalmente, si no pierdes la gracia, andará tan á tu lado, que nada puedas hacer, decir ni pensar que no pase por su mano y santo consejo. Seráte amigo fiel y verdadero: jamás te dejará si tú no le dejas.

Así como Cristo estando en esta vida mortal obraba grandes sanidades y misericordias en los cuerpos de los que lo habían menester y lo llamaban, así este Maestro y Consolador obra estas obras espirituales en las ánimas, donde Él mora y está en unión de gracia. Sana los cojos, hace oir los sordos, da vista á los ciegos, encamina á los errados, enseña á los ignorantes, consuela á los tristes, da esfuerzo á los flacos. Como Cristo andaba entre los hombres haciendo estas tan santas obras, y así como estas obras no las pudiera hacer si no fuera Dios, é hízolas en aquel hombre, y llamamos las obras que hizo Dios y hombre, así estotras que hace acá el Espíritu Santo en el corazón donde mora, llamamos las obras del Espíritu Santo con el hombre, como menos principal. ¿No se llama desdichado y malaventurado quien no tiene esta unión, quien no tiene tal consejero, quien no tiene tal guía, tal arrimo, tal ayo y consolador y conservador?

Y porque no le tenéis, andáis cuales andáis desconsolados, tristes, sin ánimo, llenos de amargura, sin devoción, llenos de miserias. Decidme, ¿habéislo recibido? ¿Habéislo llamado? ¿Habéisle importunado que venga? ¿Cuántas lágrimas os cuesta? ¿Cuántos suspiros? ¿Cuántos ayunos? ¿Qué devociones habéis hecho? Dios sea con vosotros. No sé cómo tenéis paciencia ni cómo podéis vivir sin tanto bien. Mirad, todos los bienes, todas las mercedes y misericordias que Cristo vino á hacer á los hombres, todas ésas hace este Consolador en nuestras ánimas; predícate, sánate, cúrate, enséñate y hácete mil cuentos de bienes.

¿No os ha acontecido tener vuestra ánima seca, sin jugo, descontenta, llena de desmayos, atribulada, desganada y que no le parece bien cosa ninguna buena? Y estando así en este descontento, y algunas veces bien descuidado, viene un airecico santo, un soplo santo, un refresco que te da vida, te esfuerza, te anima, y te hace volver en ti, y te da nuevos deseos, amor vivo, muy grandes y santos contentos, y te hace hablar palabras y hacer obras que tú mismo te espantas.

Eso es Espíritu Santo; eso es Consolador, que en soplando que sopla, en viniendo que viene, os hallaréis tocado como de piedra imán, y con alientos nuevos, y obras y palabras, y deseos nuevos que antes no hallábades como en cosa ninguna: todo os estorbaba, todo os enojaba, ahora en todo hallaréis sabor y mucho contento; en todo os alegráis, todo os enseña. Una hierbecita, que con atención miráis, os hace dar mil alabanzas á Dios Nuestro Señor, y os da á conocer el Hacedor y Criador maravilloso de todas las cosas, y pone en vuestro corazón sentimientos devotos y agradecidos al Señor Todopoderoso, y otras cosas; que si tuviésedes licencia para hablar, diríades maravillas y grandezas de lo que el Señor de todo lo criado da á conocer.

¡Oh alegre Consolador! ¡Oh soplo bienaventurado, que lleva las naos al cielo! Muy peligroso es este mar que navegamos; pero con este aire y con tal Piloto seguros iremos. ¡Cuántas naos van perdidas! ¡Cuántos contrarios vientos corren y grandes peligros! Mas en soplando este piadoso Consolador, las vuelve á puerto seguro. ¿Y quién podrá contar los bienes que nos hace y los males de que nos guarda? De allá sale el viento, y allá vuelve al Padre y al Hijo; de allá lo espiran, y allá espira Él á sus amigos; allá los guía, allá los lleva, para allá los quiere.

Dijo Cristo á sus Apóstoles: Sentaos en la ciudad. ¿Pues para qué, Señor? ¿No iremos á predicar? ¿Qué hemos de hacer sentados? ¿Qué nos falta? Antes que venga el Consolador, antes que sople este viento de Espíritu Santo, estamos sentados, estamos pesados, pesará mucho nuestra ánima, todo se le hace dificultoso, todo le parece imposible, no le parece que hay camino para el cielo, en todo halla estorbo, y anda cargado con una arroba de plomo: ¡qué digo arroba! como con cien quintales de plomo. ¿Cómo los huesos muertos han de tener vida? ¿Cómo estando secos han de cubrirse de carne y resucitar? Claro está que ellos de su parte, y solos por sí, que no podrán nada; pero Dios que todo lo puede, los puede cubrir de carne y darles espíritu de vida, y resucitarlos, y darles movimiento y vida.

Llamó Dios al Profeta Ezequiel y díjole (cap. XXXVII): "Hijo del hombre, á tu parecer estos huesos que aquí ves, ¿podrán tener vida y ser cubiertos de carne y nervios? Respondió Ezequiel: Señor, eso que me preguntáis Vos lo sabéis. Dijo Dios: Díles

así. Huesos secos, yo echaré sobre vosotros espíritu de vida, y os cubriré de nervios, y haré crecer carne sobre vosotros, y extenderé pellejos también sobre vosotros, y os daré vida y sabréis que yo soy el Señor.„

Hueso seco, duro y sin jugo ni virtud es todo hombre que está sin el Espíritu Santo: hueso muerto. Pero después que el Profeta llamó al viento para que soplase sobre los muertos, tuvieron los huesos vida; todo se muda, lo pesado se hace liviano, y lo muerto revive.

Estabas tú malo, pesado, sin fuego de caridad, muerto, y no sabías hacer á nadie una poca de misericordia, ni tenías ternura; estabas desmayado con flaqueza, sin esperanza de poder hacer cosa buena, y pesado como muerto. Estando así, dícete Dios: Hombre, no desmayes, ¿piensas que no has de poder resucitar? Esfuérzate, que más poderoso soy yo para te salvar, y para te resucitar, y dar vida y alegrarte, que todos tus males para derribarte, perderte y entristecerte y matarte. Más bondad es la mía para hacerte bueno, que tu maldad mala para condenarte y hacerte malo. Bendígante, Señor Dios Todopoderoso, los cielos y la tierra. ¡Cuántos testigos veremos en el día postrero de esto, que sus naos iban ya para se perder, iban á se hacer pedazos, estaban para se hundir, y soplándolos tu soplo fueron salvos, y llegaron con tranquilidad y seguridad al puerto! ¡Cuántos perdida toda esperanza de vida, resucitó su Espíritu, y dió vida y deseos nuevos, y alegró y confirmó con nueva esperanza! ¿Quién hace todo esto? El Espíritu Santo, que sopló y llevó hasta Dios sin resistir.

¿Qué más hace? ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo podrá decir? Echan los Apóstoles en la cárcel, azótanlos, mándanlos que no prediquen; y ellos sálense riendo y gozosos, y sintiéndose por bienaventurados porque fueron dignos de padecer trabajos y afrentas por Cristo Nuestro Redentor: si no, mira que por miedo de una mujercilla, niega y reniega San Pedro tres veces de Jesucristo, y dice (Joann., XVIII): *No conozco tal hombre;* y después de venido este Consolador, este soplo á su corazón, no bastan amenazas, no cárceles, no prisiones, no azotes, no la misma muerte para hacerle que dejase de predicar y confesar el santo nombre de Jesucristo. Decía San Pablo puesto en prisiones y cárceles (Philip., I): "No penséis que porque estoy en esta cárcel preso estoy desconsolado; hágoos saber que aquí

donde estoy en esta cárcel, tengo consuelo para mí y para vosotros, y desde aquí consuelo á todos.„

Dice Jesucristo en su Santo Evangelio (Joann., IV): *Quien hubiere sed, venga.* ¿Qué queréis decir, Señor? ¿Qué aguas tenéis para matar la sed á los que á Vos vinieren? No hay aguas ni fuentes tan frescas que así maten la sed y refrigeren á los que están sedientos, como el Santo Espíritu de Cristo. Con Él se matan las ansias y sedes de este mundo, y se apagan los calores de fuego que nos encienden los deseos para amar y desear cosas de la tierra. Y por eso dice Cristo Nuestro Señor: *Quien hubiere sed, venga á mí.* Viniendo á Él, y bebiendo del agua de su Santo Espíritu, y recibiendo este Consolador y este soplo del Espíritu Santo, será harto, será consolado, será enseñado y lleno de abundancia, y guiado sin error y fuera de toda duda.

Dice San Bernardo que todas las cosas te enseñará; unas veces de ti á Él solo, otras veces por boca de otro hombre te avisa, te enseña, te consuela, ayuda y esfuerza, que así lo quiere Él, que hubiese muchos discípulos que si quisiesen ser señalados con esta doctrina, si quisiesen oir y cursar en esta escuela gozarían de este espíritu manso, fuente de sabiduría. En esotras escuelas, aunque sea un hombre malo, puede salir letrado en su género y maneras de letras; mas en esta escuela gozarán de este Espíritu Santo y saldrán sus discípulos (Isa., XXVIII). *Ablactatos a lacte, avulsos ab uberibus.* Los que están ya destetados y apartados de los pechos de sus madres, á estos tales enseña el Espíritu Santo, con éstos se comunica, á éstos se da.

Atreveos, hermanos, á destetaros por Dios, atreveos á apartaros de los pechos de vuestras madres, para que seáis discípulos, y enseñados en la escuela del Espíritu Santo. Destetaos de vuestra voluntad, de vuestro propio parecer, salíos y apartaos de vosotros mismos, salíos de vuestro natural y de vuestros juicios. "Señor mío y Dios mío, si Vos no me sois amigo, si Vos no me ayudáis, si no me favorece vuestra pederosa mano, ¿cómo podré yo hacerlo? ¿Cómo podré desarrimarme y destetarme, y apartarme de lo de acá? Y ayudándome Vos, todo lo podré, todo lo haré; no habrá cosa que me detenga, todo lo olvidaré, todo lo menospreciaré y lo echaré de mí. Más quiero, Señor, ser penado por Vos que alegre con el mundo; más quiero llorar que reir, pues tan gran galardón ha prometido Jesucristo

Nuestro Redentor, diciendo con su preciosa boca (Matth., V): *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur*. "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados."

Al destetar suelen morir algunos niños. Unos tienen su consuelo puesto en sus hijos, otros en sus tesoros y en sus riquezas, otros en la honra, otros en los oficios y mandos, otros en favores, otros en sus mujeres y maridos; y así cada uno se apacienta y se alegra con aquello que es, según su condición, y más contento le da. Déjalo todo, hermano, desteta á este tu corazón, apártale de los pechos donde tiene puesto su amor. Algunos destetados suelen volver atrás. Atrévete, hermano, y si alguna cosa te sabe bien, piérdela por Nuestro Señor Dios, y di: Por vuestro amor quiero perder esta alegría, este consuelo, esto que me sabía bien, y lo otro que me da contento; todo lo que Vos, Señor y mi Dios quisiéredes que olvide, que aparte, que niegue, que haga, todo lo haré, y de todo me apartaré; ayudadme Vos, Señor mío y consuelo mío, esforzadme Vos, dadme favor *(Hymnus ejusd. Spir.). Accende lumen sensibus, —infunde amorem cordibus, —infirma nostri corporis, —virtute firmans perpeti*.

"Alumbrad Señor, con los rayos de vuestra lumbre y claridad eterna las tinieblas de mi entendimiento, para que pueda con claridad y certidumbre escoger á Vos sólo por bien eterno mío, y olvide y tenga en poco todas esotras cosas, pues son sombras falsas y apariencias engañosas; y conociéndoos, haced Señor y mi Dios que mi corazón y toda mi voluntad se encienda en amor vuestro y deseo vuestro, para que á Vos sólo ame, á Vos sólo quiera, á Vos sólo me arrime, en Vos sólo ponga mis ojos, y para siempre no consintáis que sea apartado de amaros. Y porque la flaqueza de estos cuerpos estorba á que esto no se haga tan libremente como es razón, esforzad, Señor, con vuestra fuerza la flaqueza de mi cuerpo, la bajeza de mi sensualidad y habilidad, para que todo lo que hay en mí os contente y agrade y os entienda, ame y sirva."

Padre, pues tantos bienes he oído de este Consolador, de este Huésped, que habemos de recibir en nuestras ánimas, sepamos á qué viene, qué hace en nuestras ánimas. Larga cuenta me pedís; ¿quién os podrá contar las mercedes que hace adonde viene? ¡Cuántos dones deja! ¡Qué de misericordias obra el ánima que á Él se da toda! Cristo Nuestro Redentor hacía mi-

lagros, sanaba enfermos, resucitaba muertos, predicábales. ¿Quién bastará á contar tantos bienes como Jesucristo Nuestro Señor hizo á los hombres? Pues así el Espíritu Santo hace en las ánimas todo lo que Nuestro Señor Jesucristo hacía: Él sana enfermos, Él resucita muertos, y da lenguas á los mudos para que hablen las grandezas de Dios Nuestro Señor.

¿Quién quiere llevar este Huésped? ¿Quién quiere este Consejero, este Consolador? Pues Padre, ¿querrá venir? Oid (Isaías, LV): *Omnes sitientes venite ad aquas emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum et lac.* "Todos los sedientos venid á las aguas, y los que no tenéis plata acercaos presto y comed; venid y comprad sin dineros y sin ningún trueco, vino y leche." Primero diga agua, y luego vino y leche. Agua, porque mata y refrigera la sed y ardor del cuerpo, y refresca los miembros cansados, y limpia todo lo sucio. Vino, porque te hace salir de tu seso y tomar el seso de Cristo; quítate tu parecer y voluntad, y date el parecer y voluntad y querer de Jesucristo Nuestro Señor y Redentor. ¿Quién lo quiere recibir, que de balde se da? Vino, porque da fuerza y da alientos para padecer y recibir trabajos por Cristo, y alegra el corazón, y pone contento en todo lo adverso. Es también leche, porque así trata el Espíritu Santo al ánima del que lo tiene, como á niño que está á los pechos de su madre, y rígelo, gobiérnalo y regálalo como á niño; así es el ayo nuestro, defendedor nuestro, pedagogo de nuestra niñez.

¿Quién lo quiere, quién lo quiere, hermanos? ¿Quién lo desea y está metido en pecados? ¿Quién lo pide con corazón ocupado en otras cosas? Dice el glorioso Apóstol San Pablo (Ephes., I): *In quo et credentes signati estis Spiritu promisionis, qui est pignus haereditatis.* ¿Qué me aprovecha ser bautizado y creer en Jesucristo, si no tengo al Espíritu Santo? Si no tengo esta prenda de la promisión de nuestra heredad, ¿qué me valen esotros bienes, por muchos que tenga? Ni el ser bautizado, ni el llamarme cristiano es algo sin esto; así como la circuncisión era señal para el judío, así el bautismo es señal de cristiano en lo de fuera; todo no vale para salvarte, si no tuvieres Espíritu Santo, y la señal en que uno se ha de salvar y alcanzar las promesas de Cristo Nuestro Redentor, no es llamarse cristiano; no solamente has de ser bautizado; porque aunque haya esto, si falta presencia del Espíritu Santo, no bastará aquello; hijos son

los bautizados, pero no son hijos legítimos, son bastardos; hijos son, pero no heredan á su Padre, porque los bastardos no son hijos que heredan; dones les puede dar su Padre, pero no les dará la heredad.

El que está bautizado y no obedece á Dios Nuestro Señor, no es hijo legítimo; el que está bautizado y no tiene el Espíritu Santo, no es legítimo, bastardo es, pues no tiene la señal que hace á los hijos legítimos y herederos de los bienes de su Padre, que es el Espíritu Santo (Ephes., V): *In quo et credentes signatis estis*. Cuando te señalaron con la señal exterior de cristiano, y cuando te dieron el Espíritu Santo, te hicieron oveja de Cristo, y te señalaron por oveja suya y de su rebaño. Si no tenemos el Espíritu Santo, no tenemos concierto sempiterno.

Aquel que no ha de faltar, que promete Dios por Isaías (cap. LV): *Feci vobiscum pactum sempiternum, misericordias David fideles*. ¿Quién lo quiere? ¿Quién lo quiere? ¡Oh pregoneros que pregonan la buena nueva! ¿Quién quiere este Huésped? ¿Quién quiere este Consolador? No todos son para recibir este Consolador, no todos son para recibir un Huésped, cuanto más si os dicen que es una persona muy cuerda y sabia. Dice el mancebo, tengo de estar delante de Él, como Jerónimo, no me tengo de menear, no tengo de hablar, ni pasearme, ni ir á juegos ni á fiestas, ni por donde yo quisiere; siempre tengo de estar á raya; eso es gran pesadumbre, ¿quién lo ha de poder sufrir?

¡Ah! Señor, ¿qué es esto? ¡Que rogamos con Vos, y que no os quieren; que os dais de balde, y que no os precian! Pues Vos, Señor, sabéis lo que en esto nos va y lo que perdemos si no os recibimos; decídnoslo y dádnoslo á entender. La mujer que está preñada no salta ni hace trabajos demasiados, porque no peligre lo que tiene en el vientre. La moza loquilla que no está en cinta, salta y baila y juega sin tener temor, porque no tiene qué peligre dentro de sí. ¿Queréis ver que es, y que no os falte? Mirad: si viéredes alguna persona descuidada, ó si os viéredes descuidado, que os vais adonde queréis, que habláis y reís, y jugáis sin temor, señal cierta que no tenéis qué perder, ú os podremos profetizar que lo perderéis presto, pues que no tenéis amor.

Señal cierta es que tenemos algo, si sentimos cuidado de guardarlo y temor de perderlo; y así cuando os dicen: Mira

aquello, respondéis: no oso; vamos acullá, no oso; holguémonos un poco, no puedo; vamos á pasar tiempo, no osaré. ¿Qué es esto? ¿Quién os ha arrebatado vuestra voluntad? ¿Quién os ha tomado vuestra libertad? Este santo temor y reverencia de este Huésped que dentro de mí tengo, que me tiene atados los pies y manos y los deseos y el corazón; todo me tiene atado que no puedo hacer, ni quiero más de lo que Él quiere y lo que es su voluntad.

El que espera ó tiene este Huésped, así se ata, ó para le recibir mejor ó con mejor aparejo, ó para si fuere venido, conservarle porque no se vaya. ¿Por qué Vos no os vais por ahí? ¿Por qué no hacéis como los otros? ¿Por qué sois tan enojoso? Desenvolveos, sed para algo; si viéredes así alguno que hace esto, y que traiga cuidado sobre sí, y no sabe responder por sí, no defenderse, aquél lo tiene en el corazón; con aquél posa este Huésped; señales son del Espíritu Santo (Ephes., IV): *Nolite contristare Spiritum Sanctum.* Mira como vives, no entristezcas el Espíritu Santo que mora en nosotros. Vive con cuidado, como el que tiene un gran señor por huésped, que no osa ir á fiestas, ni á juegos, luego se acuerda de su huésped, y dice: ¿Quién lo servirá, quién le guisará de comer? ¿Quién le dará recaudo? Quiero ir á mi casa, no me haya menester, no me eche menos, no haga falta. Si no hay este cuidado, ni este temor y reverencia al Espíritu Santo que tienes por Huésped, ¡qué libre que andas! Corres, y juegas, y burlas, y comes y bebes sin temor de perderlo, y sin ningún cuidado de le esperar y de lo recibir.

¡Oh, qué dolor si lo esperas, y quieres y deseas que venga! ¿Qué es del cuidado? No hay hombre, por pobre que sea, que si le dicen que ha de venir el Rey á posar á su casa, que no busque prestado, ó como pudiere, algunas cosas que colgar, y aderezos para ataviar su casa. ¡Oh, que me dicen que ha de venir el Rey á mi casa! ¿Qué haré? Préstame algo que cuelgue, préstame algunos paños con que la aderece y componga; que no es razón que viniendo el Rey á mi casa, aunque soy pobre, la halle desataviada, y sucia y mal compuesta.

Cuando te convidaren con algún pecado, con alguna mala tentación, responde luego: Estoy esperando á la limpieza; ¿cómo me iré fuera de casa? (Génes., VI): *Non permanebit spiritus meus in homine, quia caro est.* Dice también San

Pablo (I Cor., VI): *Nescitis, quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti?* Miraos bien, que vuestros ojos, vuestras manos y vuestra boca, templo es del Espíritu Santo; no ensuciéis la casa del gran Señor; pasas un deleite en tu carne, luego se va el Espíritu Santo. No se puede sufrir en ninguna manera el Espíritu Santo en el espíritu sucio; no pueden vivir juntos. No hay medio, ó has de tomar lo uno ó lo otro; si has de tomar el Espíritu Santo, todo pecado y suciedad has de echar fuera; y si con algo te quieres quedar, irse ha el Espíritu Santo. Mira, pues, ahora cuál vale más, tener al Espíritu Santo Consolador en tu corazón con limpieza, ó perder tan gran bien por un deleite que lo pasan las bestias en el campo.

No es mucho, no es mucho que aventuréis, y que perdáis lo falso por tomar lo verdadero; que pierdas lo incierto por lo cierto; en cosa tan clara, en negocio que tanto te va, no es menester tomar consejo; ¿quién le quiere? Mira que se da de balde, no os pedirá muchas cosas. Por reverencia del Santo Espíritu que hoy vino y se derramó en los corazones de los Apóstoles, que de aquí adelante le tengáis reverencia y acatamiento á este Huésped; que le sirváis con mucho amor y cuidado; aunque recibáis pena, trabajéis en contentarle; y aunque durmáis en el suelo, vos le deis vuestra cama; y aunque tengáis trabajos, le contentéis. Esto os pido por su reverencia y amor; que le tengáis respeto; no os deis al espíritu malo; no troquéis este Consolalador por nadie; no podéis estar sin Espíritu Santo ó espíritu malo: ¿qué va de huésped á huésped? Santiguámonos cuando oímos decir ó nombrar el demonio, ¿y no nos santiguaremos de tenerlo en el corazón como lo tenemos, cuando por algún pecado mortal estamos enemigos y mal con Dios?

¡Si tuviésemos un poco de cuidado y mirásemos á los Apóstoles que con fe esperaban! Estaban los bienaventurados esperando el Consolador; está así tú en obras de misericordia, haciendo bien á cuantos pudieres. Estaban encerrados en compañía de la bendita Virgen María; llámale, hazle fuerza como la otra viuda porfió é hizo fuerza á Eliseo. Esto pensad, que pues vino en los que crucificaron á Cristo, también vendrá ahora á los que con devoción le llamaren. Espanta de verdad su blancura y amor, que se metió entre aquéllos por la predicación é invocación de los Apóstoles.

Predica San Pedro (Act., IV): "Hermanos, pecado habéis,

conoced vuestros pecados y arrepentíos de ellos, que el Señor os perdonará luego y os enviará un don. Aparejad vuestros corazones para lo recibir.„ Abreles Dios los corazones, sus entrañas, y conocen su mal, y suena aquella voz que suena más que órgano, y huele más que algalia, que es conocer su pecado y llorarlo, y llaman muy de corazón el nombre de Nuestro Señor Jesucristo; y en haciendo esto viene sobre ellos el Espíritu Santo. ¿Queréis que el Espíritu Santo venga á vos? Llamadlo en nombre de Jesucristo. Quiere tanto el Espíritu Santo á Jesucristo, que si lo llamáis que venga á vosotros en su nombre, luego vendrá. Es limpio, ¿cómo ha de venir á mí, que soy sucio? Ahí está el punto. ¿Por qué quiso tanto el Espíritu Santo á Jesucristo?

Porque se puso Jesucristo tan de buena gana en la cruz, obedeciendo al Padre Eterno y al Espíritu Santo, por eso vendrá en nombre suyo á vosotros, y no tendrá asco de nuestra miseria; no dejará de venir; no se tapará las narices de ti quien juntó oro con cieno, limpieza con basura, rico con extrema pobreza, alteza con bajeza, tan grande bien con tanta flaqueza y poquedad: así es verdad, que el hombre no es lugar propio para el Espíritu Santo, ni la cruz era lugar adonde pusieron á nuestro Redentor Jesucristo; mas por esta junta de Dios con la cruz, es esotra del Espíritu Santo con el hombre. El Espíritu Santo amonestó é inspiró á Jesucristo que se pusiese en aquel lugar tan bajo y tan hediondo de la cruz, y por eso el Espíritu Santo viene á este otro lugar tan hediondo y bajo, que es el hombre. Rogádselo, importunádselo, llamadle en nombre de Jesucristo Nuestro Señor, que cierto vendrá, y dárseos ha con todos su dones; esclareceros ha el entendimiento; encenderá vuestra voluntad en amor suyo, y daros ha gracia y gloria.

TRATADO QUINTO

Del Espíritu Santo.

Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.

"Vendremos á Él, y haremos morada cerca de Él.„

(JOANN., XIV.)

CONSIDERACIONES SOBRE ESTE EVANGELIO

Cosa es el hablar y oir cosas de Dios, que debe poner mucho cuidado (así al que oye para oirlas, como al que habla para hablarlas); porque son tan altas y profundas, tan fuera de todo entendimiento humano, que para hablar cosas del cielo ha de venir del cielo quien las sepa hablar. Y no penséis que fué en balde mandar Jesucristo á sus Apóstoles sagrados que no predicasen el Evangelio suyo por el mundo hasta que hubiesen recibido el Espíritu Santo.

Estaba Isaías muy ufano y decía que había de profetizar cosas de Dios, no conociendo su bajeza. Vino Dios, y dijo así: Pues esperad, que yo os descubriré á vos mismo, para que veáis. Dióle un poco de conocimiento de sí; mostróle Dios cual era, y fué tanto el mal que de sí sintió Isaías, conociendo su poquedad y miseria, que no osaba hablar, ni tuvo esfuerzo para profetizar, y dijo (Isa., VI): *Vae mihi, quia vir pollutus labiis sum*. Ay de mí, dice Isaías. ¿Qué es eso, Profeta, que habláis? ¿Cómo tengo de hablar, pues mis labios están muy sucios, no son dignos de hablar cosas de Dios? Cuando Dios le vió de esta manera, envió un serafín con unas tijeras de despabilar, que estaban en el altar, y metiólas en el fuego que allí estaba. Tomó

el serafín un ascua de aquel fuego, y tocó con ella los labios de Isaías, y luego quedaron muy limpios.

Yo no sé, hermanos, qué tales están vuestros oídos; si vuestras orejas están limpias ó no, yo no lo sé. Si mis labios están sucios, yo soy de ello buen testigo que lo están, y no son dignos de hablar cosas del cielo, si el Señor no envía fuego del cielo para que me los limpie; supliquémosle lo haga (Joann., XVI): *Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.* A Él vendremos, y en Él haremos nuestra morada, moraremos en Él. Son palabras dichas por la boca de Jesucristo, díjolas á los sagrados Apóstoles, y no solamente á ellos, pero á todos cuantos son y serán.

Dice Nuestro Redentor: *Si alguno me quiere bien, guarde mis Mandamientos.* Si alguno me quiere bien. Desdichado de aquel que bien no os quiere, Señor. *Si alguno me ama, guardará mis palabras.* Si tenéis un amigo que tiene en mucho vuestra amistad, decísle: señor, ¿amáisme? Ruégoos que guardéis esta palabra, que hagáis esto por mí; si el otro piensa que en no hacerlo no va menos de perder vuestra amistad, hácelo por no perderla. Así Nuestro Redentor encargó á sus sagrados Apóstoles muchas cosas, y que las guardasen, so pena de perder su amistad: y tanto es esto verdad, que quien no guarda lo que Cristo manda, va perdido sin ningún remedio. Y porque por ventura los discípulos no tenían en tanto las palabras de Cristo por ser suyas, tanto como si fueran de Dios, díjoles Cristo: Y porque no penséis que son mías estas palabras, y que de mí digo lo que digo á solas (Joann., VII): *Sermonem quem audistis non est meus, sed ejus qui misit me, Patris.*

Las palabras que os he dicho y habéis oído, no son mías, sino de mi Padre que me envió; tenedlas en mucha reverencia y acatamiento, y guardadlas, pues sabéis cuyas son. Si alguno me quiere bien, guarde mis palabras. ¡Qué amores tan bien pagados son amar á Jesucristo! Señor, ¿hemos de amar de balde? ¿Qué nos habéis de dar porque os amemos? Dice Cristo Nuestro Redentor que vendremos á él, y moraremos en él, y lo tomaremos por posada. ¿Quién son los que han de venir? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; porque dondequiera que una de las tres personas va, allí va toda la Santísima Trinidad; ¡como quien no dice nada! Y no nos iremos luego, dice Nuestro Redentor; moraremos en él, haremos nuestra habitación en él.

¡Bendito seas para siempre, y bendita sea la boca que tales palabras habló y de tanto consuelo! ¿No os lo dije, que esperábamos tres huéspedes? Vendremos á él, y moraremos en él. Espanto pone, hermanos, ver el cuidado que toda la Santísima Trinidad tiene, y el amor tan grande con que anda tras el hombre. Quien le preguntase: ¿qué visteis, Señor, en este hombre que tanto le amáis, que parece que andáis muerto por él de amores? Si viésemos á un gusanillo, á un hombrecillo de nosotros andar tan solícito y tan enamorado de la Santísima Trinidad como ella anda tras el hombre, espantaríamonos por cierto de tal cosa.

¿Qué es esto que viste en el hombre, que tan bien os ha parecido? ¿Qué interés se os sigue de amar al hombre? ¿Es porque es sabio? ¿Porque es bueno? ¿Porque es rico? Todo eso le falta. ¿Qué es esto, que andáis muerto de amores por los hombres? ¿Por qué, Señor, queréis morar en los hombres? Yo os lo diré: porque moraba Dios en el hombre, y dejando Dios de morar en él, quedó perdido: por eso, por restaurar la pérdida del hombre (donde moraba), quiere morar en el hombre. Crió Dios el primer hombre (Génes., I), tomó un poco de tierra, hizo así una forma, y luego infundió en él ánima, *spiravit in eum spiraculum vitae:* sopló Dios en aquel cuerpo un soplo de vida; en hebreo está *in nares ejus*, que por las narices sopló Dios el ánima de Adán: dice resuelto, lo que hizo en aquel cuerpo muerto, que fué el ánima; porque sin el ánima está el cuerpo muerto. Crió Dios primero el ánima de Adán. Así lo dice San Pablo (I Cor., XIX): *Factus est primus homo in animam viventem.*

En el principio del mundo crió Dios los cielos y la tierra, y las estrellas, y la mar, y las arenas, y los peces, y las hierbas, y todos los animales. Crió todo el mundo; hizo en un día esto, y en otro estotro, y así fué Dios discurriendo; ya que estaba todo hecho, dijo Dios (Génes., I): *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* Hagamos al hombre. Como cuando un buen padre tiene aparejada una casa muy bien aderezada con mucho ajuar, y todo lo que es menester, dice: No falta ya sino que mi hijo venga y goce de su casa. Así había Dios criado todo el universo, para ajuar, para servicio del hombre. Dice Dios: No es razón que se haga esto y que no haya quien goce de ello: hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza.

"Crió Dios al hombre, ¿para qué, si pensáis? *Agust., in Genes.)* para que amase á Dios, y amándole le poseyese, y poseyéndole le gozase, y gozándole fuese bienaventurado. Fué criado para ir á la bienaventuranza, y alcanzar aquello para que fué criado, si quisiera guardar los medios que tenía Dios ordenados: no los quisieron esperar; quisieron saltar por corrales, bardales y ventanas; no quisieron entrar por las puertas, perdiéronse, pecaron y quedaron malaventurados. Moraba Dios en ellos cuando estaban en gracia; pecaron, no quiso Dios morar allí, veis aquí que tal quedó el hombre sin Dios„ (Génes., III-I): *Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza.* En dos cosas es el ánima semejante á Dios. Lo uno en la inmortalidad, porque no es mortal; así como Dios no tiene fin, así ni ella lo tendrá; así como Dios es inmortal, el ánima es inmortal. Lo otro en que el hombre le es semejante, es en la sutileza y ser espiritual, que así como Dios es espíritu, así lo es el ánima, tiene conocimiento de Dios, no como los otros animales brutos, que no conocen á Dios ni tienen de Él conocimiento.

El hombre debe conocer á Dios, San Juan lo dice: Esta es vida eterna (Joann., XVII): *Ut cognoscant te Deum verum.* Que te conozcan, Dios verdadero; así estaban los primeros Padres como conocían á Dios; estando en gracia tenían el entendimiento vivo con que entendían á Dios, tenían la voluntad sujeta á no amar otra cosa, sino á Dios; éstos cumplían bien aquella divina palabra (Luc., XI): *hágase tu voluntad;* tenían su carne tan sujeta, que ella no quería sino lo que ellos querían; andaba la carne como una sierva muy humilde, que andaba á sabor de su señor; no estaba rebelde, no echaba coces.

En pecando el hombre, en quebrantando el Mandamiento de Dios, luego quedó, la gracia que tenía, perdida: esto que resplandecía en ellos, en Adán y Eva, quedó en grandísima manera estragado; el entendimiento quedó ciego, perdió el conocimiento que tenía de Dios, y la voluntad tuerta, la cual Dios había dado al hombre para que á sólo Él amase, y todo lo que amase fuese por Él; ya no sabe el hombre amar á Dios, por solamente Dios, sino por su interés. Si ama al prójimo, no es por Dios, sino por su gusto. Si antes estaba la carne mortificada y sujeta, ahora está rebelde, y tira coces, y yéndose Dios

del hombre, quedaron los desaventurados tales, que es lástima pensarlo; y yéndose la claridad, quedaron á obscuras.

Rogadles por vuestra vida á los letrados, á los que se tienen por sabios, que entiendan sin Dios, que sepan algo sin Dios. Otras cosas bien las pueden ellos saber; pero la verdadera ciencia, no la pueden saber sin Dios, otra vez (Sap., IX): *Et si quis erit consummatus inter filios hominum, si abfuerit ab illo Sapientia tua in nihilum computabitur.* Si alguno fuere acabado en sabiduría, que acerca de los hombres fuere tenido por muy sabio, y la sabiduría de Dios no morare en él, sino que esté apartado de ella, será contado por nada. Los ciegos que Cristo sanó, á éstos significaban. Así que todo lo bueno que el hombre tenía quedó estragado, el entendimiento ciego, la voluntad tuerta, la carne rebelde, y ¿cuán rebelde?; no hay caballo que tanto haronee como esta carne. ¿No es verdad?

Meta la mano cada uno en su pecho, y verá esto ser así. No es menester libros para probar esto. El oficio de la carne no es otro sino tirar coces contra la razón. ¿No os ha acontecido alguna vez querer hacer alguna buena obra, y estorbaros vuestra carne? ¡Cuántas y cuántas veces acontece! Si vos queréis ayunar, la carne quiere comer; si la razón sujetarse á Dios, la carne lo estorba. Si el hombre quiere trabajar en rezar ó en otros ejercicios, en disciplinar la carne, le estorba la carne. Si el espíritu está aparejado para servir á Dios, la carne está rebelde, está dando voces: No lo hagas. Así lo dijo Nuestro Redentor por su boca (Matth., XXVI): *Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma.* El espíritu aparejado está, sujeto está á padecer, pero la carne enferma está y rebelde, y como rehusa la carrera, con el pecado quedó todo perdido.

Veis aquí quién somos, y mirémonos en este espejo, y veremos lo que somos, pero no lo que podríamos ser. Oh hermanos, ¡qué seríamos, si la mano de Dios nos dejase tantico! Peores seríamos que los demonios; muy mayores abominaciones haríamos. Si os diese Dios á entender lo que podríamos ser, ¡qué veríades, qué fealdades tan grandes, qué malísimas figuras de abominaciones! Yo conocí una persona que rogó muchas veces á Dios que le descubriese quién él era. Abrióle Dios los ojos tantico, y le hubiera de costar caro. Vióse tan feísimo, tan hediondo, tan sucio, tan abominable, que á grandes voces decía: Señor, por vuestra misericordia, me quitad este espejo de

delante de mis ojos, no quiero ver más mi figura. Quedamos hechos, hermanos, un terrón de misera, un pedazo de suciedad; quedamos hechos abominables, espíritu malo que viene con apariencia de Espíritu Santo, y no es sino malo y solapado, y lleno de engaño y maldad para engañar. Cuando vino Judas el jueves de la Cena á engañar con aquella gente y á prender á Jesucristo, luces traía; pero porque venía á prender, y con mala intención, á Jesucristo, no le alumbraron, quedó á obscuras.

¡Oh, cuántos estando en sus monasterios contentos, y muy buenos religiosos sirviendo á Dios, les ha venido pensamiento que si fuesen al desierto estarían más recogidos, más solos; se darían más á Dios y aprovecharían á sus conciencias más que en el monasterio, y que allí no hacen nada sino comer é irse al coro, y que gastan el tiempo desaprovechadamente; y dales tanta guerra este pensamiento, que parece santo y es malo, que los hace salir de sus monasterios é irse á las soledades para mejor servir á Dios. Entra un casado en un monasterio, y como ve á los religiosos, parécele todo tan bien, que se desagrada de su vida, y de su mujer y de sus hijos, y de todo lo de acá, y abomina y llama infierno á lo de acá, y al trabajar, y aun quizá es para mantener su casa, y dice que no hay otra vida para servir á Dios sino aquélla, y que querría descasarse y meterse allí, y deséalo y procúralo; y es aquello falso, que no lo hace sino de flojo por no trabajar.

Ya que os puso Dios en ese estado, en ése os salvaréis, tened cuidado de hacer en él todo lo que debéis, que ahí os dará Él su gracia con que vais al cielo; que el demonio no os da contento de esa vida santa, y descontento de la vuestra propia, sino para que perdáis la paz y contento que habíades de tener en vuestro estado, esperando y deseando lo que no puede ser ni es posible alcanzarlo. No os fiéis de nada, mirad cuán fácilmente podéis engañar y engañaros aunque vengan revelaciones é inspiraciones; no os arrojéis, que todo espíritu ha de ser probado, éstos son ladrones y luz falsa, que es peor que tinieblas.

Hay algunos ladrones que están vestidos y ataviados con sayos de seda, que no hay quien los conozca, ni piense que tal maldad caiga en hombres que parecen tan honrados, hasta que los toman con el hurto en las manos; entonces se espantan cómo aquéllos eran ladrones, y dicen: ¿Quién pensara tal? Dejábante

el ánima robada, y no lo sentías; llevábante toda tu hacienda, y no la echabas menos. Antes de mí todos son ladrones. Jeremías (cap. XLIX): *Si fueres in nocte rapuissent.* Los robadores corporales cuando vienen á robar, llévante alguna cosa de tu hacienda, y déjante algo, ó lo que no pueden llevar, ó lo que se les olvida; pero los ladrones que son espirituales, éstos que vienen, ora sea de día, ora sea de noche, ó disimulados, róbante cuanto tienes, robando tu hacienda y tu bien.

Sano quedó el cuerpo, pero muy echado á perder tu corazón y tu ánima; escudriñado te han toda tu casa, todos tus rincones y senos; no te queda bien alguno, todo te lo llevan, y te dejan lleno de todos los males; hecho han estrago en ti tus enemigos, herido te han los soldados, hecho en ti como el lobo en las ovejas: pobre quedas, si algo queda en ti es fe, y ésta descabezada, porque no la tienes con caridad, sino muerta. ¿Quién me remediará? ¿Quién remediará tantos males? No hay vida sin Jesucristo.

Todo mata, todo engaña sin Él: ¿quién podrá dar vida á estas ánimas que están muertas? ¿En qué veré, Padre, que estoy muerto? Por la vida que hace tu ánima. Cuando está viva, ama, conoce y emplea todas sus fuerzas en servicio de Dios; por la vida que hace el ánima, se verá si está viva ó muerta. Tres maneras hay de muerte: muerte de olvido, muerte de error, muerte de pasiones: el ánima que á Dios no ama, muerta está su voluntad, entendimiento y memoria; muerta está, y no hace cosa que buena sea. Dice Jesucristo (Joann., X): *Yo vine para que tengan vida y abundantemente la tengan.* Vino Jesucristo para que viviésemos (bendito sea Él para siempre, pues con su muerte compró Él nuestra vida). Vino el alto y poderoso, y abajóse y juntóse con el niño. Qué cosa es ver á Jesucristo en una cruz, tenido por malo, deshonrado y atormentado, afrentado; tal cual está en la cruz, tal está tu ánima. Él es allí tenido por malo; tu ánima está mala y enferma; feo con los tormentos, así está tu ánima fea y manchada con las culpas. Él está cercado de sayones y ladrones, así está tu ánima cercada de pecados y demonios.

Bendito y glorificado seáis Vos, Señor, que tan á vuestra costa me quisisteis remediar, que tomando semejanza de mi muerte me disteis la vida. ¡Que pecasen mis manos y lo pagasen las manos de Jesucristo! ¡Que anden mis pies pecando y

que estén los vuestros enclavados en la cruz! ¡Que peque mi corazón y os ofenda, y que esté el vuestro abierto y rasgado por mí! Finalmente, todo lo que mis manos, pies y corazón pecaron y cometieron contra Dios, las manos, pies y corazón enclavados y rotos por mí lo pagaron en la cruz; con su cuerpo bendito pagó todo lo que como malo yo pequé y ofendí.

Crió Dios el primer hombre, y soplóle en el rostro; dióle resuello y espíritu de vida, y vivió (Génes., I): *Et factus est primus Adam in animam viventem, novissimus Adam in spiritum vivificantem.* (I Cor., XV.) Fué hecho el segundo Adán Jesucristo, y no solamente le dieron y tuvo espíritu para sí como el primer Adán, pero tuvo para otros muchos; tiene Cristo espíritu vivificador, espíritu que da vida, que resucita á los que deseamos vida, vamos á Cristo, busquemos á Cristo, que Él tiene resuello de vida por malo que estés, por perdido, por desconcertado que seas; si á Él vas, si á Él buscas, te hará bueno, te ganará y enderezará y sanará. (Joann., X): *Los que antes de mí vinieron, ladrones son. Para eso vine yo, para que los que vinieren á mí, los que me buscaren, los que me llamaren tengan vida, reciban vida y resuciten.*

Padre, ¿cómo da vida Jesucristo? dijo Él mismo. En verdad os digo (Ibid): *Yo soy la puerta: el que no entrare por mí, robador es.* Yo soy la puerta. Sí, Jesucristo es la puerta, luego no se puede entrar al Padre sino por Jesucristo. *Ego sum ostium: si quis per me introjerit, salvabitur, et ingredietur, et pascua inveniet.* Yo soy puerta: si alguno por mí entrare será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pasto. Si es puerta Jesucristo ¿adónde hemos de entrar por Él? ¿Adónde? Al Espíritu Santo. Yo soy puerta: quien por mí entrare hallará al Espíritu Santo (Rom., VIII). *Lex enim Spiritus vita in Christo Jesu.* La ley tiene espíritu de vida en Jesucristo. Así como lo plantó Dios en Adán, quedó vivo, quedó con espíritu, así plantó en ti Jesucristo su Espíritu vivificador. Darte ha vida. Así conviene que se ponga el gran Eliseo sobre el niño pequeño y difunto, que se encorva y abaja sobre él, que le quiera dar su resuello, su soplo. El que no tiene el resuello de Cristo, por muy rico que esté, por muy poderoso, por mucha abundancia que tenga de todas las otras cosas, pobre está, flaco está, miserable está, no tiene á Cristo.

Vid y sarmientos con un jugo se mantienen; cabeza y cuer-

po con una virtud se sustentan; el Espíritu de Cristo y de los que en Él están incorporados, todo es uno (Joann., XV): *Él es la Vid, y sus miembros son los sarmientos*. Yo soy puerta: quien quisiere al Espíritu Santo, éntre por mí. ¿Cómo entraremos? ¿Adónde está esa puerta? ¿Aún no sabéis la puerta? ¡Qué puerta, y qué bien pintada! ¡Qué piedra tan labrada y tan picada tiene la piedra de arriba! Más labores y más picada está que toda aquélla. Jesucristo. Y todos sus siervos fueron así labrados con trabajos y persecuciones de este mundo, y así merecieron lugar con Cristo. Si Él es la puerta, ¿cómo entraremos por Él? Quien quisiere al Espíritu Santo, ame á Jesucristo, obedézcale, deséele, y así tendrá al Espíritu Santo.

Ipsi Pater amat vos, quia vos me amastis. (Joann., XVI.) ¿Montas que es pequeña cosa quereros bien el Padre? No hay cadenas mayores para tener al Espíritu Santo, que amar á Jesucristo. Y porque me amáis á mí, dice Jesucristo, el Padre os ama á vosotros, y porque me quisisteis bien. Buen trueco por cierto el que Dios hace con el que ama y quiere bien á Jesucristo, que es darle el Espíritu Santo; y porque los Apóstoles amaron tanto á Jesucristo, soplándoles hoy, dales el Espíritu Santo. Mejor soplo fué éste que aquel que dieron al primer hombre cuando lo criaron. Estaban los Apóstoles como hombres cobardes y flacos, y sopló Dios desde el cielo hoy. Y así como crió á Adán del limo de la tierra, así regeneró á estos Apóstoles bajuelos, llorosos, turbados, temerosos. Piensa en Jesucristo, obedécele, ámalo con todo tu corazón entrañablemente, que por ahí entra el Espíritu Santo que así lo dijo (Joann., XIV): *Ego sum via, veritas et vita*. Por Cristo pasamos al Espíritu Santo.

La santidad que no pasa por Jesucristo, no es, ni la tengo por segura santidad; el que hace burla de las penitencias, el que tiene en poco estas señales y obras de fuera devotas, no tiene el Espíritu Santo. ¿De dónde espíritus falsos, de dónde espíritus de errores? De pensar que hay otro modo de santidad que la de Jesucristo. Mirad bien no os engañéis, que para que algo sea santo, sea bueno y tenga firmeza, por allí ha de ir; y si por allí no va, todo es nada, Él es camino. Pues venido el Espírltu Santo: ¿qué ha hecho en la Iglesia? ¿Qué ha obrado en los corazones de los creyentes en quien vino? Dióles vida, dióles infinitos dones, esforzólos, en gran manera los perfeccionó.

En gracia se estaban los bienaventurados Apóstoles, pero aún estaban llenos de flaquezas, no osaban públicamente confesar la verdad de Jesucristo, tenían algún temor; mas venido este santo soplo del Espíritu Santo, llenos de gracia y hechos fuertes sin temor ninguno, empiezan á predicar á los hombres los Misterios de nuestra Redención, obrados por la Muerte y Sagrada Resurrección de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre: imprimióles que siempre en su corazón se acordasen y tuviesen reverencia á Dios, como principio de donde manaron todos los bienes y misericordias. Decid, casados, ¿tenía-des envidia de alguno que tuviese tantas fuerzas que tomase un quintal de plomo y lo arrojase hasta el cielo, una barra de hierro y la pusiese encima de los cielos? Andáis desconsolados y tristes, pudiendo sacar de la pesadumbre de vuestros trabajos que tenéis descansos para el cielo.

Tened paciencia en los trabajos de vuestro matrimonio, y convertidlo todo en bien; subidlo todo al cielo; tened fuerza para arrojar esos quintales de plomo encima de los cielos; cualquier trabajuelo que tengáis y paséis en vuestra casa, cualquier importunidad, cualquier desabrimiento, la mala condición que sufriérades de vuestra mujer, ó de vuestro marido, ó de vuestro señor, ó de los que están en vuestra compañía, el trabajo que pasáis para sustentaros á vos y á vuestros hijos, decid: Por amor de Vos, Señor, huelgo de pasar esto. Alzad vuestros ojos y vuestro corazón á Dios, encomendaos á Él, ofrecedle vuestros trabajos, que yo os digo de verdad, que recibiréis por todo galardón. El dormir que dormís, el comer que coméis y lo que bebéis, todo lo subid y enviad al cielo, haciéndolo y sufriéndolo por Dios, y encomendándoselo á Él, y ofreciéndoselo á Él allá lo arrojáis; hacedlo así, y de esta manera lo pesado será liviano, el plomo, la tierra subiréis al cielo; y de esta manera posible es que ganéis más en un año sólo, que otro en diez. Que lo hace esto, y el amor con que lo hacéis, y el saberlo encaminar al fin como se ha de hacer; porque os pusieron en todo lo que hiciésedes memoria de Dios y reverencia á su santa presencia.

"Es el Espíritu Santo un despertador—dice Cristo—que os enviará el Padre, y llámase Paráclitus, Consolador y Exhortador." (Joann., XV.) Consolador, porque aunque riña algunas veces, no se va sin dejar consuelo en el ánima que repren-

de. Suele algunas veces este Consolador reprender y reñir á las ánimas, como diciendo. ¿En qué entiendes? ¿Qué haces? ¿Por qué te descuidas? Cata que va mal eso, mira que conviene hacer tal cosa primero que ésa, dejar tal compañía, procurar la otra, comunicar con tales personas; mira que se pasa la vida; haz el bien que pudieres, las limosnas que pudieres; pon por obra lo que se te ha enseñado; no se vaya la vida toda sólo en buenos deseos y pensamientos, y ninguna obra; mira que se pasa la vida, y no sabes si te llamará Dios Nuestro Señor en medio de tu mocedad; cata no te halles burlado; y así otras cosas de esta manera.

Si de esta riña y exhortación quedó vuestra ánima alborotada y desconfiada y con temores, no era aquello Espíritu Santo.

No riñe sino para consolar; no riñe sino para que se enmienden y queden alegres con los avisos; si después de la riña, después de aquella confusión y lágrimas y vergüenza que tenéis de haber errado contra el Señor, quedáis alegre, con confianza en el Señor, que no os ha de desamparar, que os ha de ayudar á ser mejor, y á os enmendar, esto tal de Espíritu Santo es; el Consolador ha entrado en vuestro corazón; Él os ha reñido, Él os quiere consolar; así lo suele hacer; dar tranquilidad después de los torbellinos, y amor después del temor: el Despertador, el Exhortador, el Consolador, el Enseñador, todo lo que se hubiere de hacer, te enseñará á regir y guiar tu nao. Él hará que contra todos vientos, con su solo consejo é industria llegues á puerto seguro.

De donde nació que los creyentes, al principio de la Iglesia, no podían sufrir hacienda, ni posesiones, ni dineros, ni nada de lo que ganado tenían; vendían cuanto tenían; tomaban los dineros, y daban con ellos á los pies de los Apóstoles; toma ese estiércol; el grande amor que tenían en sus corazones y entrañas á Jesucristo y á su santa pobreza, les hacía menospreciar todo lo visible. ¿Quién les pegó este amor? ¿Quién? El Espíritu Santo, que abundosamente había venido en sus corazones. ¿Quién trocó la condición á Fulano? ¿Quién le dió tanta paciencia que solía ser muy airado, no había quien se pudiese valer con él, ahora es un San Jerónimo, tiene un corazón de un ángel, á todo calla, todo lo sufre y disimula? El Espíritu Santo es el que hace todas estas cosas; y más que el ánima

donde mora, la esfuerza y consuela, y hácele innumerables bienes y misericordias.

Todo viene de arriba; de allá desciende; no hay acá en la tierra poder que tal pueda hacer; no hay quien vuelva los corazones: por fuerte que sea tu carne para mal, más fuerte es el Espíritu Santo para el bien; por sano que estés te hace enfermo; por florido que estés te marchita, y por bravo que seas te amansa, y por alto que seas te derriba y mata en ti, y destierra todo lo que hay fuera y en contrario de Dios; y cría, aumenta y resucita todo aquello que agrada á Dios. Qué diligencia te pone para buscar en agradar á Dios, qué amor á los prójimos, que así te dueles de sus trabajos y necesidades como de las tuyas propias y más. Date pies ligeros como de ciervo para correr por el camino del Señor.

¿Quién podrá decir los misterios, las maravillas, las mudanzas que hizo este Espíritu Santo, este Consolador y Exhortador en la primitiva Iglesia? Muchos testigos podríamos traer de aquel tiempo; mas pues tenemos cerca otros, tomemos lo que tenemos entre manos. ¿Quién ha hecho que muchos desprecien el mundo, tengan en poco los vestidos, los ornatos, los placeres, fiestas, pompas y regocijos profanos, que no quieran ver, ni oir cosas del mundo, juegos de cañas, justas ni torneos? No quieran ser vistos, no quieran ver, que ni aun ir á lo forzoso, (si fuese posible) no irán por no ir por las calles, y encontrar algo que los inquietase su ánima, aunque no fuese sino por un momento; dejan estos siervos de Jesucristo los placeres, y van á buscar trabajos; van á hacerse esclavos de libres; ¿es menester buscar libros para esto?

El Espíritu Santo lo muestra; enseñanza suya es; quieren huir lo de acá, por verse con Jesucristo; más quieren allí llorar y gemir, que reir en el mundo. Esto no puede hacer la carne y sangre, no tiene fuerza para ello; si no, ruégaselo á alguna dama, no lo hará: que no lo puede esto la sangre, porque traimiento y gracia del Espíritu Santo es menester; y á Cristo los envía el Espíritu Santo. ¿Quién hace estas maravillas? Si viéredes alguno que haga esto, no le miréis tanto á lo que hace como al corazón con que lo hace; porque cierto es que más dejaría si más tuviese: y no le pesa de lo que deja, sino porque no tiene mucho que dejar por amor de Jesucristo; mil mundos que tuviese los dejaría por venir á los pies de Cristo;

más quiere agradarle á Él y servirlo, que ser señor de toda la redondez de toda la tierra. ¿Pues por qué hace esto? ¿Por qué escoge este estado? ¿Por qué se quiere encerrar? Esto no lo puede decir sino el testigo de vista.

Es tan grande el cuidado del siervo de Dios, que quiera agradar á Dios, del que quiere guardarse en toda limpieza, que de lo seguro no se asegura; aun lo bueno tiene por sospechoso: no es malo ser casado y tener casa; pero porque no se sabe si aquello que ahora es bueno, adelante será tropiezo de descuidado, se toma por más seguro estotro. ¿Qué sabe si entre los bullicios de marido, casa y familia se ahogara? Como cuando á uno le dicen: Entra en este río, que aquí á la orilla no está hondo, no os podéis ahogar. No quiero —dice— poque si meto los pies en el agua, no sé si metidos me dará gana de entrar más y luego más, y daré conmigo en lo más hondo de donde no pueda salir y me ahogue; más quiero no comenzar á entrar, porque quizá después no será en mi mano salir cuando qnisiere. ¿Por qué quiso este estado? Mostráronle la Sangre de Jesucristo, mostráronle los trabajos de Cristo, diéronle á entender lo mucho que Jesucristo ha hecho por él, lo mucho que le ama, lo mucho que debe ser amado y servido: y por eso quiso Él tomar este estado. ¿Quién lo hizo? ¿Quién lo ordenó? Dios; no la sangre ni la carne. No hay en sangre ni en carne fuerzas para este bien. ¿Quién lo ordenó? No lo sé yo, Él lo sabe.

Mandaba Dios que le ofreciesen primicias en la vieja Ley (Psalm. XLIV): *Afferentur virgines post eam*. Fué tanto lo que agradó á Dios la limpieza de la Virgen Nuestra Señora, que en aquel verso prometía Jesucristo que serán á imitación de Nuestra Señora. Crecían muchas doncellas, que se ofrecían á este Rey celestial Jesucristo, y de muy buena gana perdían todo lo que en el mundo florece y escogían á Él y estaban más contentas con tenerlo á Él, que con ser esposas de Reyes y Príncipes de la tierra. "Las primicias — dice San Cipriano — las vírgenes, son la porción más entera que hay en el cielo, porque tiene entereza en el cuerpo y entereza en el alma, tiene figura acá de lo que hemos de ser en el cielo, hemos de entrar allá incorruptibles, entero en ánima y cuerpo; así lo están las vírgenes acá viviendo en la tierra, y no viven en carne según carne."

Estas son las más excelentes moradas que Dios tiene entre

los hombres; aquí se huelga en los corazones enteros, apartados de corrupción y mancha.

Dice San Jerónimo "que el que en la carne guarda la virginidad y limpieza, viviendo en ella, que es más que ángel; porque el uno, que es el ángel, hace y obra por don natural, el otro por gracia. Vírgenes son, y esa virtud tienen; llámenlos ángeles, pues que guardan en la carne flaca y corruptible por el don de la gracia, la naturaleza de los ángeles."

Esta dignidad y estado no se ha de escoger por no poder más; no ha de ser sino por amor de Jesucristo, con sólo deseo de le agradar y servir. Aquella es la buena, la que por esto lo toma, y la que en la mitad de la vanidad huella el mundo y menosprecia sus favores; aquel es siervo y sierva de Dios que vuelve las espaldas al mundo en tiempo que lo pudiera gozar en la mocedad, en tiempo que había aparejo y disposición para ello. Estas son las primicias y espigas tostadas. ¿Quién os ha parado así? El sol me ha descolorido, el amor del sol me tiene tal; soy espiga tostada, dentro soy hermosa y fuera tostada y denegrida por los amores de Jesucristo. No se gloríen las hermosas de su hermosura, si solamente la tienen en lo de fuera, porque de fuera parecen hermosas, y dentro hechas infiernos.

Esposas de Cristo, no os escandalicéis, que si lindezas perdisteis por amor de Cristo, lindezas os darán; todo lo que dejasteis por Cristo, todo se os volverá en mayor abundancia que lo dejasteis. Alegraos en esto, y decid cuando os viéredes angustiadas con la memoria de lo que dejasteis: Si algo, Señor, por Vos dejé, todo es poco, porque más y más merecéis, y más soy obligada á hacer. Dice San Pablo á los Hebreos (cap. IX): *Si enim sanguinis hircorum et taurorum et cinis vitulae aspersus inquinatos sanctificat ad emundationem carnis, quanto magis sanguis Christi, qui per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit immaculatum Deo; emundabit*, etc. Si la sangre de los cabrones, y de los toros, y la ceniza de la becerra derramada, á los sucios santifica para la limpieza de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu Santo á sí mismo se ofreció limpio á Dios, santificó nuestras conciencias de las obras muertas para servir á Dios?

¿Qué tiene esta bendita Sangre? ¿Esta, que limpia nuestras manchas, lava nuestros delitos? ¿Quién preguntará á Jesucris-

to, quién os trae, Señor, á padecer tanto? ¿Quién mueve ese corazón á padecer tanto? La Sangre de Cristo, que fué derramada por el Espíritu Santo. El Espíritu fué el que le hizo y le movió que de tan buena gana la derramase. Él es el que le decía: Si no morís, no entrará nadie en el cielo; morid, si no nadie se salvará.

No os espantéis que el Espíritu Santo os haya traído hoy á poneros en cruz, que ese mismo hace otra mayor obra, que renunciase Cristo sus placeres, que fuese obediente, pobre, desechado. Quien hizo á Jesucristo que se pusiese en una cruz, ése hizo á vuestro corazón que, dejados y olvidados todos los placeres, sigáis á Cristo

No os arrepintáis, no os desmayéis por cosa que os acontezca, porque hágoos saber que mientras vuestra obra es mayor, tanto mayores tentaciones os traerá el demonio. El monasterio os parecerá infierno, y el coro plaza, y la celda carcel, y las Misas tormentos, y que coméis poco, y que os tratan mal; diréis entre vos, esto tenía en el mundo, mucho dejé; bien me pudiera salvar teniendo y gozando de todo aquello. Infinitas tentaciones os vendrán para dar con vos en el suelo; estad apercibida. Dios os dé á entender cuán poco es lo que dejáis, y cuán mucho lo que os darán. No os engañe el mundo, doncella, que debajo de aquellos placeres, qué de congojas, y desabrimientos, y dolores y cuidados! Que quien bien considera, dirá que es bienaventurado quien de ellos está libre. Déoslo Dios á entender, para que claro veáis que no es pérdida, sino ganancia; no es engaño, sino acertar lo que hacéis.

No pedía David para escapar de estos peligros (Psalmo CVIII): *Averte oculos meos, ne videam*, etc. Aparta, Señor, mis ojos, no vean la vanidad; quiso decir, que no se empleasen en ver vanidades los ojos que habían de ver á Dios. Lo que mucho amamos, guardámoslo bien; quítense vuestros ojos de ver vanidades, pues esperan de ver á Dios; que no podréis ver á Dios con los ojos que ven vanidades. Echad vuestros pies en el cepo de la clausura, y vuestro cuello debajo del yugo de la obediencia; haceos cautivo por Cristo, y aherrojaos por su amor, y tened fuerte, que más anchura hallaréis allí que en todo el mundo. ¿Qué os aprovecha anchura, si vuestra ánima está en estrechura? Sufrid de buena gana y fielmente los trabajos que por agradarle á Él os vinieren, que Él os lo pagará, y os

dará á entender mil bienes que de hacerlo así sacaréis. ¡Ay del que tal corazón no tiene!

No tengamos por mancilla que dejéis dineros, padre, hermanos, casas y placeres por Dios; hacerlo así es honra sobre toda honra; más quería, si me diesen á escoger, y más valen los trabajos de San Pablo y afrentas que en este mundo por Jesucristo padeció, que sus consolaciones y revelaciones. Bienaventurada doncella, que dejasteis tierra porque os den el cielo; perdéis por más ganar: ¿qué diremos? Entraréisle á servir y serviros ha Él á vos: echad vuestros pies en el cepo, y poned vuestros pies sobre el collar de oro, aunque estén vuestros mismos pies en trabajos y pasiones: alzad vuestros ojos á la honra que os está aparejada; mirad vuestra corona, mirad vuestro galardón.

En la vida de los Padres se cuenta, que vió un monje una procesión de santos, y traían algunos unos collares muy hermosos de oro á los cuellos; y fuéle dicho que aquella honra de aquellos collares tenían aquéllos porque abajaron sus cervices en este mundo al yugo de la obediencia. Obedeced, doncella, abajaos, servid, barred, haced todo cuanto pudiéredes; cuanto más trabajo tuviéredes acá, tanto más rico y más honrado será vuestro collar en el cielo; perded aquí y ganaréis acullá; si aquí pasáredes soledad, seréis después compañera de los que gozaren de Dios; si cerrásedes vuestros ojos aquí, en el cielo verán á Dios; si trabajáis aquí, acullá descansaréis en la gloria para siempre.

VIVE, ÁNIMA MÍA, EN PERPETUO AGRADECIMIENTO DE TAN GRAN SEÑOR Y TAN GRAN AMADOR

DE LAS VIRTUDES

DEL

V. M. JUAN DE AVILA

CLÉRIGO, PREDICADOR APOSTÓLICO DE ANDALUCÍA

Y SU MUERTE EN MONTILLA Á 10 DE MAYO DE 1569 [1]

La tercera parte de esta historia contiene las virtudes del Venerable Maestro Juan de Ávila, según nuestra cortedad ha podido describirlas, y lo ha permitido la injuria de los tiempos. Fueron incomparablemente mayores, que da licencia al discurso de alargarse cuanto le pareciere, y siempre quedará corto, por grande que forme el concepto de la santidad de este apostólico varón. El Venerable Padre y gran Maestro Fray Luis de Granada se valió para este mismo intento de algunos pedazos de las cartas del Venerable Maestro Ávila con dos fines. El primero, para que viendo el lector el gran conocimiento y altos preceptos que este santo varón tenía de las virtudes, explicando su esencia con tan gran primor y espíritu, sacase por argumento llano,

1 Como en el volumen anterior se prometió, pónese remate digno á este presente con el hermosísimo tratado de las Virtudes heroicas de nuestro Santo y Bienaventurado Maestro Juan de Ávila, para que sirvan de espejo diario y modelo continuo en primer lugar á los sacerdotes, ministros del Señor, y después á cuantos buscan de veras la salvación eterna de sus almas y quieran marchar rectos y seguros por las sendas que anduvo el Beato Apóstol de Andalucía sin parar sino en la patria de los cielos. Es libro de oro que con unción santa, pureza de lenguaje y mucha elocuencia nos dejó escrito el Licenciado Luis Muñoz, cronista de remontados vuelos en el siglos XVII. No es posible leer atentamente este admirable tratado sin poner el pie sobre el cuello al monstruo horrible y fementido del mundo, y el alma con todas sus potencias en las eternas mansiones para donde fué criada.

que esto procedía por la abundancia que había en su corazón, y que copiaba en el papel el original del ánimo, haciendo proporción y correspondencia justa entre las virtudes y conceptos de donde ellas procedían, como le hay entre la imagen que dibuja el pintor y la forma que él tiene concebida en su entendimiento.

El segundo, para que se entendiese que todo lo que aconseja ú ordena que hagan otros de que hay mucho en las cartas, lo hacía él con gradísimas ventajas; porque varón tan grande no es verosímil aconsejase alguna acción virtuosa ó ejercicio santo que no lo obrase él primero. Siguiendo tan **gran** Maestro con los mismos intentos, pondremos algunas veces, y no muchas, pedazos de sus escritos, para que se conozca cuán ilustrado estaba el entendimiento que concibió cosas tan altas, cuán abrasada la voluntad que les pegaba tal fuego. Servirá también para mover al que no hubiere leído las obras del Venerable Maestro Ávila á que recurra á ellas, que su lectura le mostrará sin duda más que cuanto hemos escrito, quién fué este varón divino.

CAPÍTULO PRIMERO

Del conocimiento que alcanzó del amor que tiene Dios á los hombres, de donde se originó el que el Venerable Maesto tuvo para con Dios.

Fué el Venerable Maestro Juan de Ávila continuo estudiante del amor; alcanzó en esta gran facultad profundos conocimientos; penetró lo más acendrado de esta ciencia; el libro fué de dos hojas, una la divinidad, otra la humanidad de Cristo Nuestro Señor, Dios hecho Hombre. El Verbo humanado fué el libro, y juntamente maestro; el ejercicio continuo de este estudio, la oración, en que se avivó su amor, con que fué adelantando en esta divina ciencia hasta introducirle en los secretos más íntimos, en lo más primoroso del divino amor.

El amor de este varón santo para con Dios y los prójimos se originó en gran parte de un alto conocimiento que alcanzó del amor que Cristo Nuestro Señor tuvo á su Padre, y por obedecerle á los hombres; de aquí su correspondencia y el ardor á imitación de Cristo.

Esto colegiremos fácilmente de uno de sus escritos en que más se remontó aquella águila, caudal de su abrasado espíritu; fué un tratado que escribió del amor que tiene Cristo á los hombres; da principio á los sermones del Santísimo Sacramento, que escribió el Venerable Maestro Avila (debe andar estampado en cien mil partes); el que con atención le leyere conocerá lo que alcanzó este varón santo de esta divina ciencia, y cuán abrasado estaba en el amor divino este celestial Maestro.

Habiendo discurrido altamente del infinito amor que tiene Dios á los hombres, probándole con eficacísimas razones, pregunta de dónde procede este tan grande amor, siendo el hom-

bre criatura tan baja é imperfecta, según el cuerpo y según el alma; un vaso de maldad por el pecado, y más considerando que aquel divino amador no es ciego, ni apasionado, ni menos antojadizo. Responde que el amor que Cristo tiene á los hombres no nace de la perfección que en ellos hay, sino de la que Él tiene, que es mirar á su Eterno Padre. De este principio sacó la profunda consideración de nuestro santo Maestro el origen de este divino amor; sus palabras prueban el intento de este capítulo.

Dice así: "Has de considerar la grandeza de las gracias que por toda la Santísima Trinidad fué concedida á aquella santísima humanidad de Cristo en el instante de su concepción, porque allí le fueron dadas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas en su manera es infinita; conviene á saber: la gracia de la unión divina y la gracia universal que se le dió como á cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su alma. Diósele por primero aquella santa humanidad el ser divino, y juntándola y uniéndola con la divina Persona, de manera, que á aquella humanidad se le dió el ser Dios de esta suerte, que podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios é Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios. Esta gracia ya se ve que es infinita por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios, y por la manera que se da, que es la más estrecha que se puede dar, que es por vía de unión personal.

„También se lo dió á aquel nuevo Hombre que fuese Padre universal y Cabeza de todos los hombres, para que en todos, como Cabeza espiritual, influyese su virtud. De manera, que en cuanto Dios es igual al Padre Eterno, y en cuanto Hombre es principio y Cabeza de todos los hombres. Y conforme á este principado se le dió gracia infinita, para que de Él, como de una fuente de gracia y un mar de santidad, la reciban todos los hombres, no solamente por ser mayor de todos, y como si dijésemos un tinte de santidad, donde han de recibir este color y lustre todos los que hubieren de ser santos. Esta gracia también es infinita, porque toda la generación humana, que no tiene número de personas determinado, si no puede, cuanto es de su parte, multiplicarse en infinito, y para todo cuanto en ella se multiplicare hay méritos y gracia en la bendita ánima de Jesucristo.

Diósele, finalmente, otra gracia particular para la santificación y perfección de su vida, la cual también se puede llamar infinita; porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condición de la gracia, sin que nada se le pueda añadir. Diéronsele, demás de esto, en aquel punto todas las gracias *gratis datas* de hacer milagros y maravillas cuantas quisiese: y diéronsele todas en sumo grado y en suma perfección; porque ésta es aquella flor de hermosura donde se asentó la paloma blanca del Espíritu Santo, y tendidas sus alas, la cobijó y tendió sobre ella toda su virtud y gracias cumplidamente. Este es aquel vaso de escogimiento donde se infundió aquel río de todas las gracias con todas sus avenidas y crecientes, sin que ninguna gota quedase sin entrar en él. Aquí hizo Dios cuanto pudo hacer, y dió cuanto pudo dar; porque aquí hizo lo último de potencia y gracia, dando todo lo que podía á aquella ánima dichosísima en el punto que fué criada; y sobre todo esto le fué dado en aquel mismo punto que viese luego la esencia divina, y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo que era ayuntada; y así viendo, fuese bienaventurada y llena de tanta gloria, cuanta ahora tiene á la diestra del Padre.

Si te pone admiración esta dádiva tan grande, junta con ella otra circunstancia maravillosa que hay en ella, y es, que todo esto se dió de pura gracia ante todo merecimiento, antes que aquella bendita ánima pudiese haber hecho obra meritoria; todo fué junto, criarla y dotarla de todas esas gracias; no más de porque así quiso el Señor amplificar y extender sus manos y largueza para con ella, y magnificar así su gracia: por lo cual llama San Agustín á Jesucristo dechado y muestra de la gracia; porque la bondad y largueza infinita de Dios determinó criar una nueva criatura, y usar con ella toda su magnificencia y gracia, para que con esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de ella.

Mira tú ¡qué dádiva sea ésta tan admirable, y cuán dichosa haya sido aquella ánima bendita á quien Dios tal gracia quiso hacer, y no tengas envidia, sino alegría, pues la gracia que Él recibió, no solamente la recibió para sí, sino también para ti! Como verdadera cabeza nuestra recibió lo que recibió, no solamente para sí, sino para sus miembros también. Ahora dime: cuando esta ánima santa, en aquel dichoso punto que fué criada, abriese los ojos, y se viese tal cual has oído, y co-

nociese de cuyas manos le viniese tanto bien, y cómo el que se nace Rey y no lo gana con su lanza, se hallase con todo el principado de todas las criaturas, y viese ante sí arrodilladas todas las jerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto le adoraron, como dice San Pablo: dime, si es posible decir, ¿con qué amor amaría esta tal ánima al que así la había glorificado? ¿Con qué deseo codiciaría que se le ofreciese algo con que pudiese agradar y servir á tal dador? ¿Hay lenguas de querubines y serafines que esto puedan decir?

Pues añade más, que á este deseo tan grande le fué dicho, que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se encargase el Hijo bendito por la honra y obediencia suya, y que tomase á pechos esta empresa tan gloriosa, y no descansase hasta salir al cabo con ella; y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas es de obrar por amor, porque todas éstas obran por algún fin que desean, cuyo amor, concebido en sus entrañas, las hace trabajar, y por tanto, pues Él había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que los amase con tanto amor y deseo, que por amor de verlos remediados y restituídos en la propia gloria, se pusiese á hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario. Dime ahora, después que aquella ánima tan deseosa de agradar al Eterno Padre esto conociese, ¿con qué linaje de amor revolvería hacia los hombres para amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre?

Vemos que cuando un tiro de artillería echa una pelota con mucha pólvora y fuerza, y la pelota resurte al soslayo de donde va á parar, tanto con mayor ímpetu resurte, cuanto mayor fuerza llevaba. Pues si aquel amor del ánima de Cristo para con el Padre llevaba tan admirable fuerza, porque la pólvora de la gracia que le impelía era infinita, cuando después de haber ido derechamente á herir el corazón del Padre, resurtiese de allí al amor de los hombres, ¿con cuánta fuerza y alegría revolvería sobre ellos para amarlos y remediarlos? No hay lengua ni virtud criada que aquesto pueda significar.

¡Oh amor divino que saliste de Dios y bajaste al hombre, y tornaste á Dios, porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios; y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor no se puede esconder de tu amor; porque haces

fuerza á los corazones, como lo dice tu Apóstol: La caridad de Cristo nos hace fuerza! Esta es la fuente y origen del amor de Cristo para con los hombres, si hay alguno que lo quiera saber; porque no es la causa de este amor la virtud, ni bondad ni hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento y su gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas, que dijo el jueves de la Cena: "Para que conozca el mundo cuanto yo amo á mi Padre, levantaos, y vamos de aquí. ¿Adónde? Á morir por los hombres en la cruz.„ Cata aquí, pues, ánima mía, la causa de este grande amor.

"Tanto quema más el resplandor del sol, cuanto más fuertes son los rayos que lo hacen reverberar; los rayos de ese sol divino, derechos iban á dar al corazón de Dios; de allí reverberaban sobre los hombres. Pues si los rayos son tan recios, ¿qué tanto quemará su resplandor? No alcanza ningún entendimiento angélico qué tanto arda este fuego, ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta donde llegó la muerte y la cruz; porque si así como le mandaron padecer una muerte le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor; y si lo que le mandaron padecer por la salud de todos los hombres le mandaran hacer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno como por todos; y si como estuvo aquellas tres horas penando en la cruz fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo si fuera necesario. De manera que mucho más amó ó padeció, muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que mostró acá de fuera en sus llagas.

„No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese entre otras particularidades del templo de Salomón ésta, conviene á saber, que las ventanas del templo eran saetías, que por de dentro fuesen mayores de lo que por de fuera parecían. ¡Oh amor divino, y cuánto eres mayor de lo que pareces! Grande pareces por acá de fuera, porque tantas heridas y tantas llagas y azotes sin duda nos predican amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es allá dentro de lo que por de fuera aparece; centella es ésta que sale de ese fuego, rama que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Esta es la mayor señal que puede haber de amor, poner la vida por sus amigos; mas señal y no igualdad.„

Prosigue el santo Maestro Avila con otras pruebas de este

divino amor; pasa á su agradecimiento, y cuál le tiene su corazón este amor.

Pues si esta muestra, que es menor, hace salir á los malos de sus sentidos y perder la vista en medio del resplandor de la luz, ¿qué harán tus verdaderos hijos y amigos, que tan creído y conocido tienen tu amor? Esto es lo que les hace salir de sí y quedar atónitos, cuando recogidos en lo secreto de su corazón les descubre estos secretos y se los da á sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas; de aquí el desear los martirios; de aquí el holgarse con las tribulaciones; de aquí el sentir refrigerio en las parrillas, el pasearse sobre las brasas como sobre rosas; de aquí el desear los tormentos como convites, y holgarse de lo que todo el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece.

„El ánima—dice San Ambrosio—que está desposada con Jesucristo, y voluntariamente se junta con Él en la cama de la cruz, ninguna cosa tiene por más gloriosa que traer consigo las insignias y librea del Crucificado; pues ¿cómo te pagaré yo, amado mío, este amor? Esto sólo es digno de recompensación, que la sangre se recompensa con sangre. Dulcísimo Señor, yo conozco esta obligación; no permitas que yo me salga fuera de ella, y véame yo con esa sangre teñido, y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz! hazme lugar y recibe mi cuerpo, y deja el de mi Señor; ensánchate, corona, para que pueda yo ahí poner mi cabeza; dejad, clavos, esas manos inocentes, y atravesad mi corazón, y llagadlo de compasión y amor.

Para esto dice tu Apóstol: Moriste para enseñorearte de vivos y muertos, no con amenazas y castigos, sino con obras de amor. Cuéntame entre los que mandares ó por vivo ó por muerto, y véame yo cautivo debajo del señorío de este amor. ¡Oh maravillosa y nueva virtud, lo que no hiciste desde el cielo servido de ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! ¡Oh robador apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y bien flechado que pueda penetrar un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes; Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones; Tú has inflamado á todo el mundo en tu amor. ¡Oh amantísimo Señor, suavísimo, benignísimo, hermosísimo, clementísimo, embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego, hiérelos con esa saeta de tu amor!

„¿Qué le falta á esa cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los corazones? La ballesta se hace de madera y una cuerda estirada, y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia y hacer mayor la herida. Esta santa cruz es el madero, y ese cuerpo tan extendido y brazos tan estirados la cuerda; y la abertura de ese costado es la nuez donde se pone la saeta de amor, porque de allí salga á herir el corazón; desarmádose ha la ballesta, y herídome ha el corazón. Ahora sepa todo el mundo que tengo el corazón herido. Corazón mío, ¿cómo te guarecerás? No hay remedio ninguno sino morir. Cuando yo, mi buen Jesús, veo cómo de tu costado sale el hierro de la lanza, esa lanza es una saeta de amor que me traspasa, y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no me penetre. ¿Qué has hecho, amor dulcísimo? ¿Qué has querido en mi corazón? ¿Vine aquí para curarme y hasme herido? ¿Vine aquí para que me enseñases á vivir y hácesme loco? ¡Oh sapientísima locura! No me vea yo jamás sin Ti.

No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes nos llama dulcemente á amor; la cabeza tienes reclinada para oirnos y darnos besos de paz, con la cual convidas á los culpados. Los brazos tienes tendidos para abrazarnos; las manos agujereadas para darnos tus bienes; el costado abierto para recibirnos en tus entrañas; los pies clavados para esperarnos, y para nunca te poder apartar de nosotros. De manera, que mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto vieren mis ojos, todo convida á amor; el madero, la figura y el misterio, las heridas de tu cuerpo, y sobre todo el amor interior me da voces que te ame, y nunca te olvide mi corazón; pues ¡cómo me olvidaré de Ti, oh buen Jesús! Sea echada en olvido mi mano diestra; péguese mi lengua á los paladares, si no me acordare de Ti y si no te pusiere por principio de mis alegrías.„

Estas son algunas cláusulas de este tratado del amor de Dios; de ellas se colige claramente la grandeza del incendio del amor que abrasaba el pecho del santo Maestro Avila, cuán herido tenía su corazón, y así advertidamente ponderó el Padre Juan Díaz, su discípulo, que le conocía muy bien, al fin de este discurso, que de él se ve cuán abrasado estaba el autor de este divino amor.

CAPÍTULO II

De su fe y esperanza.

La excelencia de la fe del Venerable Maestro Ávila fué como de hombre apostólico, á quien por razón del ministerio parece se le debía esta virtud en grado heroico. Habiendo, pues, escogido Nuestro Señor á este Venerable varón para predicador del Evangelio, le hizo muy aventajado en la fe que en él se enseña; y como esta virtud es lo firme sobre que había de levantar el alcázar real de sus virtudes, así se echaron profundos los fundamentos. Fué hombre de aventajada fe, con una viveza y penetración grande de sus misterios; predicólos muchos años con notable devoción y sentimiento; en particular en el misterio de Cristo y del Santísimo Sacramento (de que después hablaremos), tuvo una luz superior, que campea en lo que de ellos dejó escrito.

La eminencia de esta virtud le movió á hacer cosas heroicas; vendió su hacienda y repartióla á menesterosos, y pobre siguió á Cristo pobre, abrazando la perfección evangélica; este de los actos de más aventajada fe, arrebatado de un ardiente celo de la gloria de Dios, dejó su tierra, intentó pasar á las Indias á predicar y dilatar la santa fe católica, con ánimo de derramar su sangre en la demanda. Halló su celo buen empleo en estos reinos, andando por tantos pueblos predicando la fe católica, con tan gran vigor y espíritu, hasta humillarse á enseñar los principios de la fe á los niños; por predicar las verdades evangélicas con la entereza y esfuerzo que ellas piden, padeció innumerables trabajos, cárceles, contradicciones, ému-

los, permaneciendo constante en su oficio con el celo de un Elías.

Profesó la fe católica romana, y perseveró en ella todo el tiempo de su vida con grande afecto en obras y palabras, observando y guardando con suma perfección todo lo que ordena y manda la Santa Iglesia Romana, y enseñando á otros que así lo hiciesen. En todos sus sermones y pláticas públicas y particulares mostró siempre una gran reverencia y respeto á la Santa Sede Apóstolica y Prelados de la Iglesia; obedeció á sus mandatos. Habiéndose comenzado á publicar el santo Concilio de Trento, oyó decir que tenía un decreto que prohibía andar en lengua vulgar la Sagrada Escritura; un día con gran resolución, sin más consulta, echó en el fuego un libro que tenía escrito de las ocho Bienaventuranzas, en que debía de haber muchos lugares de la Escritura traducidos, con gran sentimiento y dolor de cuantos lo supieron; perdióse un gran tesoro: respetaba los decretos de la Iglesia. De esta misma virtud nacía la gran reverencia y respeto que tuvo á las cosas sagradas y cualquier ceremonia de la Iglesia.

Defendió la santa fe católica como Doctor de la Iglesia (si así es lícito llamarle) en su libro de *Audi filia:* probó por muchos capítulos que la fe católica es la verdadera, con tan fuertes argumentos, con razones tan sólidas, que convencen cualquier entendimiento, en que el Venerable Maestro mostró la firmeza de su fe, y lo mucho que había trabajado en su defensa, y el estudio continuo y meditación de sus verdades, que le hicieron juntar tantos y tan graves fundamentos.

Para protestar la fe enseñaba una devoción muy buena; aconsejaba á sus hijos espirituales, que ninguna vez se acostatasen sin decir, persignándose, estas palabras: Pues sin fe no hay salvación, sin penitencia no hay perdón; confiésome á Ti, Señor, y hago protestación de vivir creyendo en Ti, y morir diciendo así: Creo en Dios Padre Todopoderoso; y proseguia hasta acabar al Credo.

Su esperanza y confianza en Dios, otra de las tres virtudes teologales, fué grande y firme: su objeto principal la bienaventuranza de ver á Dios, gozar los bienes eternos por los méritos de Cristo; éste era el blanco de sus esperanzas; parecía estar sólo con el cuerpo entre hombres; habitaba con el alma y pensamiento en el cielo, siendo sus ansias dejar la vida, ver á Dios y go-

zarle. Hacía muy de ordinario esta oración, alzando los ojos al cielo: Confío, Señor, de veros á Vos en vuestro reino; y otras veces: *Quando disolvar, et ero tecum in regno tuo?* De aquí nacía un desasimiento grande de las cosas de la tierra, de las necesidades de la vida: de nada tenía cuidado, sustento, vestido, sueño, de que dió particular ejemplo á sus discípulos, á sus huéspedes y á todos los que con él trataban: los ojos y pensamientos de continuo en el cielo.

Fué grande la firmeza de su confianza en Dios; emprendió con ella hazañas grandes de su servicio; venció montes de dificultades en la conversión de muchas mujeres de mala vida, á quien sacó de las uñas del demonio, en que se atravesaron grandes contradicciones y peligros; á todo hizo rostro, sin que le acobardasen temores, acometiendo á lo más arduo y animoso, porque Nuestro Señor fuese glorificado y honrado. No fueron menos los encuentros de padres y parientes; en la reducción á vida más perfecta de personas conjuntas permaneció constante en sus intentos, haciendo la causa de Dios sin respeto ni temor humano.

Nunca quiso valerse de favores y poderes de la tierra, de grandes señores y Prelados, que le pudieran ayudar y defender en sus trabajos y persecuciones, que padeció por predicar el Evangelio, é imprimirlo en los corazones; esperó solamente el socorro del cielo.

Donde campeó más la virtud de la esperanza y gran confianza que en el favor de Dios tenía, fué en el suceso de la prisión del Santo Oficio; cuando su causa estaba más desesperada al parecer humano, tuvo más cierta y segura la confianza en Dios de que había de saberse la verdad, y sacarle de aquel aprieto en que le habían puesto sus enemigos; portóse con tal grandeza de ánimo, que ni aun tachar quiso los testigos, ni valerse de defensa humana; tan firme estaba en esperar la divina.

Ninguna cosa más resplandece en sus cartas que la virtud de la esperanza, de que habla altísimamente; porque como por la mayor parte son consolatorias, le era forzoso apoyar con sólidas razones la confianza que deben tener en Dios los hombres; con ésta esfuerza los flacos y desmayados con la carga de sus pecados y miserias; en las sequedades espirituales y ausencias de Nuestro Señor discurre divinamente en la esperanza,

tomando el principal motivo de la Pasión de Cristo Nuestro Señor; esta es la víctima cordial de que se vale para alentar cualquier descaecimiento; y como tenía la virtud de la esperanza tan dentro del corazón, así la deseaba plantar en sus devotos y discípulos.

En las cosas que intentaba del servicio de Dios, mayormente si era evitar ofensas suyas, era tal su confianza, que cuando más desamparado se veía de las criaturas y destituído de todo socorro humano, entonces tenía más firme en Dios su esperanza. Estando en cierta villa trató de remediar una ocasión de ofensa de Dios en una persona grave; faltábale el ayuda de quien debiera dársela, y aun remediar el pecado; tuvo sobre el caso grandes contradicciones en presencia de quien le depuso con juramento; dijo, poniendo los ojos en Cristo: "Poderoso sois Vos, Señor, y en vuestra misericordia confío me ayudaréis para que evite vuestras ofensas, y no me aparte de hacerlo así aunque me cueste mil vidas; y teniendo yo vuestra ayuda, no hago caso de ninguna potencia ni contradicción humana." Mas lo que causa mayor admiración fué la gran confianza que tuvo en Dios cuando vendió su hacienda y la repartió á los pobres (cosa que se ve tan pocas veces en este mundo moderno); confió en la divina Providencia que no le había de faltar, resuelto de no admitir renta que pudiese asegurarle el sustento.

Leyendo una vez en Córdoba la Escritura á algunos clérigos, mostró una Biblia pequeña que traía consigo, llegando á aquel lugar del Evangelio en que Cristo Nuestro Señor dice: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado", dijo que había echado una raya en este lugar; y y añadió: "Tantos años ha que, fiado de esa palabra, me desembaracé de todo lo temporal, y nunca me ha faltado cosa alguna de las necesarias para la vida."

Lo mismo le pasó con el P. Juan de Villarás, su compañero, que leyéndole á la mesa este Evangelio, le dijo: "Cuarenta años ha que vivo en fe de esa palabra; ni me ha faltado, ni le he faltado." Decía muchas veces que si un hombre de negocios caudaloso le diera crédito para que todos sus correspondientes le proveyeran de todo lo necesario dondequiera que llegase, se tuviera por bien seguro y proveído; ¡con cuánta más confianza podía ir á enseñar y predicar por todas las partes del

mundo, teniendo letra del Señor del cielo y tierra, del rico que nunca se alza, cuya promesa es tan cierta, que, como Él dice, antes faltará el cielo y la tierra que alguna de sus palabras! La letra que lo asegura dice así: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado."

Mas el apoyo mayor de su esperanza, con que se prometía alcanzar de Nuestro Señor grandes misericordias, y la mayor de gozarle eternamente, le tenía puesto en los méritos de Cristo, mirados por el Eterno Padre, y sus ruegos en favor del hombre; y porque pone la práctica de su confianza en el remate del discurso del amor, que trajimos en el capítulo pasado, acabará también éste. Será aliento á muchos desconfiados, y sabrán de dónde han de sacar su confianza; prosigue así:

"Cata, pues, aquí, ánima mía, declarada la causa del amor que Cristo nos tiene; porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino de mirar á Dios y del deseo que tiene de cumplir su santa voluntad; pues por este mismo camino podrás entender de dónde provienen tantos beneficios y promesas como Dios tiene hechas al hombre para que de aquí se esfuerce tu esperanza, viendo sobre cuán firmes fundamentos está fundada. Has, pues, de saber, que así como la causa por qué amó Dios al hombre, no es el hombre, sino Dios, así también el medio por que Dios tiene prometidos tantos bienes al hombre, no es el hombre, sino Cristo.

La causa por que el Hijo nos amaes por que se lo mandó el Padre; y la causa por que el Padre nos favorece es porque se lo pide y se lo merece el Hijo. Estos son aquellos sobrecelestiales planetas por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la Iglesia y se envían todas las influencias de gracias al mundo. ¡Cuán firmes son los estribos de nuestro amor, y no lo son menos los de nuestra esperanza! Tú nos amas, buen Jesús, porque tu Padre te lo mandó; y tu Padre nos perdona porque Tú se lo suplicas. De mirar Tú su corazón y voluntad resulta me ames á mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar Él tu Pasión y heridas procede mi perdón y salud, porque así lo piden tus meritos.

"Miraos siempre, Padre é Hijo; miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud. ¡Oh vista de soberana virtud! ¡Oh aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo des-

obedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no le mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado? A un suspiro que dió aquella doncella Aja ante su padre Caleb, le dió el padre piadoso todo cuanto le pidió; pues á los suspiros y lágrimas de tal Hijo, ¿qué se le podrá negar? De esta manera, ¿cuándo faltará mi remedio si yo lo buscare? ¿Cuándo se agotarán mis merecimientos, pues son los tuyos? ¿Cuándo olerá tan mal el cieno de mis maldades, que no huela más suavemente el sacrificio de tu Pasión, siendo tan grande su hermosura, que todos los pecados del mundo juntos no son más parte á afearla que un lunarito muy pequeño en un rostro muy hermoso?

„Pues, ánima mía, flaca y desconsolada, que en tantas angustias no sabes confiar en Dios, ¿por qué te desmayan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en ti sólo, sino en Cristo; no son tus merecimientos solos principalmente los que te han de salvar, sino los del Salvador; porque si el demérito de aquel primer hombre, á cabo de tantos años, fué bastante á condenarte, mucho más lo serán los méritos de Cristo á salvarte; ese es el estribo de tu esperanza, y no tú. El primer hombre terreno fué principio de tu caída; el segundo y celestial es principio y fin de tu remedio. Trabaja de estar uno con Ése con fe y amor, así como lo estás con el otro con vínculo de parentesco; porque si lo estuvieres, así como por el deudo natural participas la culpa del transgresor, así por el deudo espiritual comunicas la gracia del justo. Si con Él estuvieres de esta manera unido, sé cierto que lo que fuere de Él será de ti; lo que fuere del Padre, será de los hijos, y lo que fuere de la cabeza, será de los miembros; y donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas. Esto es lo que en figura de este misterio dijo el Rey David á un hombre temeroso y turbado. "Júntate conmigo, que lo que será de mí será de ti, y „conmigo serás guardado.„

„No mires á tus fuerzas, que te harán desmayar, sino mira á ese Remediador, y tomarás esfuerzo. Si pasando el río se te desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, levanta los ojos en alto, y mira los merecimientos del Crucificado, y pasarás seguro; si te atormenta el espíritu malo de la desconfianza, suena el arpa de David, que es Jesucristo en la cruz; echa tus cuidados en Dios, y asegúrate con su providencia en medio de

tus tribulaciones; y si crees de veras que el Padre te dió á su Hijo, cree también que te dará lo demás, pues todo es menos. No pienses que porque se subió á los cielos te tiene olvidado, pues no se puede compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda que tenía te dejó cuando subió allá, que fué el palio de su carne preciosa en memoria de su amor.

„Mira que no solamente viviendo padeció por ti, pero aun después de muerto padeció la mayor de sus heridas; y para que sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero, y para que entiendas por aquí cuando dijo al tiempo de expirar: Acabado es; aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor. Jesucristo—dice San Pablo — ayer fué, y hoy es también, y será en todos los siglos; porque cual fué en este siglo mientras vivió para los que le querían, tal es ahora y será para siempre para todos los que le buscaren, amaren y quisieren. Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento á tal Señor y tal amador.„

Hasta aquí el Venerable Maestro Ávila. Este discurso del amor de Dios y esperanza ha sido admirado y estimado de todos los hombres doctos y píos. El Padre Rosignolio, de la Compañía de Jesús, varón doctísimo, le pone á la letra en el lib. V, capítulo XXVI de la *Disciplina Cristiana*, citando á nuestro Venerable Maestro con estas paladras: *Santissimo viro Magistro Joanni Avilae celeberrimo in Hispania superioris saeculi concionatori.*

CAPÍTULO III

De su amor á los prójimos.

Forma Dios los varones santos que escoge para la conversión de las almas á semejanza de su Hijo sacrosanto, modelo y forma de los varones apostólicos, dándoles las partes convenientes á tan importante ministerio.

Enriqueció Dios el alma del Venerable Maestro Ávila de grandes dones, gracias y virtudes y un alto conocimiento de sus misericordias, y en particular del misterio de la redención humana y del amor y estima que hace de las almas. Su amor á Dios fué sumamente grande y encendido: conoció que estos favores y la vocación divina no sólo venían á parar á su persona, mas que se los habían dado en beneficio también de sus hermanos, para que estos talentos se empleasen en la granjería de las almas, margaritas preciosas por quien el mercader del cielo dió el precio de su divina Sangre.

De aquí, pues, hemos de colegir el encendido amor que este varón apostólico tuvo á los prójimos; porque mirando su amor derechamente á Dios con el alto conocimiento que hemos dicho, revolvió para los prójimos con tan grandes demostraciones, con tan vehemente impulso, que no hay lengua que pueda bastantemente explicarlo. Descubrió este pensamiento en aquella gravísima sentencia de que hicimos mención en el libro primero, cuando preguntándole un virtuoso teólogo qué aviso le daba para hacer fructuosamente el oficio de la predicación, respondió: "Amar mucho á Nuestro Señor.„ De que colegiremos

fácilmente, que el haberse empleado tan continua y fervorosamente en la predicación y otras muchas obras santas en beneficio de innumerables almas, fué efecto del grande amor que á Dios tenía; de manera que sus trabajos, sudores y caminos, y las maravillosas obras que hemos visto en utilidad de las almas, prueban igualmente su amor á Dios y á los prójimos; porque de la fuerza y vehemencia del primero resultaron los grandes efectos del segundo.

Habiendo Nuestro Señor formado en el Venerable Maestro Avila un predicador perfecto en que se mirasen los profesores de esta arte, era convenientísimo el concederle en sumo grado este amor de los prójimos, sin el cual apenas puede tener la predicación y ministerio de almas efecto considerable; porque cuando es verdadero y eficaz, causa en el alma un cuidadoso desvelo del bien de las almas, una suave ternura, unas ansias implacables del aprovechamiento de sus hijos. Este amor da la elocuencia de palabras encendidas, la porfía hasta vencer. Si viese una madre que tiernamente amase á un hijo único que iba á desafiar á otro hombre para matarse con él, ¿qué haría en este caso? ¿Qué diría? ¿Con qué lágrimas, con qué ruegos, con qué razones procuraría revocar al hijo de tan mal camino, y cuán ingeniosa y elocuente la haría el amor? Pues por aqui se entenderá fácilmente la importancia de este amor, cuando es de veras, y lo que obra en los grandes amadores de las almas, y el dolor de su perdición, y cuántas y cuán eficaces razones y cuántos medios les trae para esto á la memoria este amor.

Este atributo campeó maravillosamente en el Apóstol San Pablo: fué rara la ternura del amor que el Maestro de las gentes mostraba á sus hijos, con que les robaba y cautivaba los corazones; llenas están sus cartas de estos afectos ternísimos del paternal cuidado, muestras del amor que le abrasaba el pecho.

Siendo, pues, este cebo del amor un medio tan eficaz para cazar las almas, no era razón que á este nuestro cazador faltase este mismo cebo. Algo dejamos escrito en el libro primero de este amor; cualquier encarecimiento es cortísimo, cualquier comparación no iguala; excedía al vigoroso amor de padre, al tierno de la madre; cuidaba de cada uno de sus hijos con una solicitud increíble; ellos conocían en él este tierno afecto; granjeó las voluntades de todos, medio con que ganó muchas almas;

porque fué una disposición muy grande para que obrase poderosamente su doctrina: recíbense con diferente modo las verdades de quien se ama y estima. Procuró el santo Maestro Avila ganar los corazones de sus oyentes, no sólo con sus palabras, sino con innumerables buenas obras, limosnas, intercesiones, socorriendo todas las necesidades de sus prójimos, teniéndolas por suyas; así las sentía y procuraba el remedio, acudiendo por su persona y la de sus discípulos á los encarcelados, á los enfermos y menesterosos, socorriendo todas las necesidades de la república donde vivía y de los ausentes por los medios que le eran posibles.

Esta caridad y amor para con todos muestra en el principio de sus cartas, declarando el amor y memoria que tiene de aquellos á quienes escribe, y el deseo de su aprovechamiento y cuidado de encomendarlos á Nuestro Señor; muestras eran éstas del espíritu de caridad que en su corazón ardía, que hacía saltar estas centellas de amor á fuera; porque lo que abunda en el corazón sale por la boca; mostraba á los presentes por palabras, y á los ausentes con cartas el entrañable amor que á todos tenía; cada cual creía que era el más amado; y verdaderamente parecía que para cada uno tenía un corazón.

Trataba á todos con grande humildad y mansedumbre; medio de que también usó en Roma el Santo Felipe de Neri, que con la benevolencia y el agrado trajo á Dios innumerables almas; y sequedad y autoridad gana pocas voluntades; y aunque veneres á un hombre por muy santo, rehusas su comunicación si le hallas seco.

Este su amor al prójimo se apoyaba en tres grandes consideraciones que le hacían más robusto. La primera, ponía los ojos en sí, en sus flaquezas y necesidades; ponderaba cómo quisiera ser socorrido en ellas, cómo sobrellevado, cómo remediado en sus trabajos y aflicciones; y poniendo estas miserias en los prójimos, acudía con aquella compasión que él deseaba le acudiesen en las suyas. Y esta es la regla que pone el Eclesiástico, que dice: "De lo que quieres para ti, entiende lo que debes hacer para tu prójimo; desigual anda el que pide la mayor adoración y trata con desabrimiento al negociante; no ama el que quiere que le sobre todo, y pudiendo no remedia al que perece: quererle disimula en sus defectos ser censor riguroso de las más ligeras faltas. Si en el amor que á sí se tiene el rico entra-

ra á la parte el prójimo, bueno anduviera el partido de los miserables.„

La segunda, ponía los ojos en Cristo, en el amor que tuvo á los hombres, el cuidado con que procuró sus bienes, de que sacaba un grande amor á los prójimos, no considerando en ellos lo que cae de fuera, como riquezas, linaje, dignidades ni cosas semejantes, mas como cosa conjuntísima á Cristo, como unas prendas de su corazón, como unos entrañables pedazos de su cuerpo místico, reputado por tan propio, que dice el mismo Maestro de la verdad que el bien ó el mál que al prójimo se hiciere, lo recibe como hecho á su persona: con este motivo crecía en el varón de Dios el amor de sus hermanos; conversaba con ellos con una reverencia profunda y amor entrañable y mansedumbre blanda, con un cuidado grande de alegrarles y consolarles; miraba á Cristo él en ellos; miraba el precio inestimable de su Sangre, pagado de contado por un hombre cuando le compró en la cruz; y así preciaba y honraba á los que tanto apreció y honró.

Fué la tercera consideración ponderar que si bien de las mercedes y misericordias que Dios hace no pide retorno, al modo humano, porque es riquísimo, y no necesita de nuestras poquedades, lo que da, por amor puro lo da; mas el retorno quiere que sea para los prójimos que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos. Entraba en cuenta con Dios de los grandes favores de su liberalidad recibidos, en que ponía los trabajos y muerte de su Hijo, el perdón de sus pecados y todos los beneficios divinos conocidos con una luz superior; hallaba que el desempeño era el amor á los prójimos, y que esta contratación amorosa es el firme fundamento del amor del prójimo, no mirando lo que él es, tal vez del todo intolerable, no las obras que nos hace, no su correspondencia, de ordinario corta, sino por lo que se debe á Dios, á quien se paga; á Cristo, que recibe el bien que se hace al prójimo. Estas consideraciones, sacadas de su experiencia y de la práctica que tuvo de esta virtud, prosigue en el libro del *Audi filia*, donde con una elocuencia divina, con las palabras que hemos puesto, muestra cuán arraigadas estaban estas verdades en su corazón, cuán practicadas en sus obras.

CAPÍTULO IV

Del desprecio de las cosas de la tierra y afecto á la pobreza.

UNA delas virtudes que más adorna al predicador evangélico y que mayor fuerza da á su doctrina, es la pobreza de espíritu y el desprecio de las cosas de la tierra; porque como el verdadero ministro del Evangelio ha de batallar continuamente contra la avaricia y la ambición, y los vicios y pecados que brotan de estas dos fuentes, no pueden salir vivas las palabras que no van apadrinadas con las obras: el pobre y el penitente dará voces contra la riqueza y el regalo; el humilde reprenderá animosamente los desvelos por mandar. En vano persuadir á la moderación en las ganancias al que anhela por ser rico, y despreciar los honores el que se alimenta de este viento.

Dice advertidamente San Jerónimo á Nepociano, sacerdote santo: "No confundan tus obras á tus palabras, porque cuando prediques en la iglesia no diga alguno entre sí: ¿por qué estas cosas que dices no las haces?„ Delicado maestro es el que lleno el vientre disputa de los ayunos; aun el ladrón puede decir mal de la avaricia; concuerden la boca, alma y manos del sacerdote de Cristo. Por tanto, este divino Maestro, cuando envió á predicar á sus discípulos, les mandó que no llevasen bolsa ni alforja, sino sola la fe y confianza en Dios, porque con esta provisión nada les faltaría, y pobres y despreciados abatieron el reino del demonio, fundado en el tener y el mandar.

El santo Maestro Ávila, verdadero discípulo de Cristo, fué raro ejemplo de esta verdad; varón verdaderamente pobre, y

digno por esta virtud de admiración aun en los siglos apostólicos. Determinado, pues, este gran siervo de Dios de emplearse todo en el oficio de la predicación, deseando por este medio no conseguir honras ni dignidades, sino la salvación de las almas, asentó en la escuela de aquel Señor, que dijo: *Si alguno no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.* Ajustóse á este arancel tan puntualmente como vimos. Vendió la hacienda que le dejaron sus padres, que se ama más cariñosamente que la que se adquiere; repartióla entre los pobres, y como verdadero levita, siendo su parte Dios, pobre en lo temporal, con un solo vestido de paño bajo, empero rico por la confianza en Dios, se partió á predicar á los infieles.

Alabamos justamente á los que dejando el siglo entran en las Religiones, donde viviendo en gran pobreza cada particular nunca ó raras veces falta lo necesario á la vida; admiten loablemente rentas para conservación de la misma Religión; mas no puede dejar de arrebatar la admiración ver que un rico se haga pobre; fuerza es que el que lo ponderare confiese ser muy robusto este espíritu. Experimentó muy de contado el santo Maestro Ávila cuán necesaria fué la fortaleza con que emprendió tal hazaña. Ido á Sevilla, como dijimos, cuando comenzó á predicar, y no era tan conocido, moraba en una casilla con un padre sacerdote, sin tener quien le sirviese. La comida (sin prevención alguna), tomar algo de lo que pasaba por la calle, leche, granadas ó frutas, sin haber cosa que llegase á fuego; y personas devotas le daban limosnas, con que compraba este tan tenue sustento. Sin duda otro manjar superior alimentaba su espíritu con abundante regalo, pues habiendo mejorado de conocimiento y estima entre los hombres, nunca mejoró de renta, ni aumentó el plato, ni mudó de intento.

Abrazó la pobreza con tan constante propósito, que en todo el largo discurso de su vida no pasó su hacienda de unos pocos de libros, y un recado para decir Misa, y unas alhajas vilísimas; y acordándose de que aquel Señor, que él tanto amaba, murió en la cruz desnudo, de esto poco que tenía hizo donación á un discípulo suyo por escritura pública, seis años antes que falleciese. Su celda, de un humilde religioso; la cama pobre, pero compuesta con aseo; todo el demás menaje, lo preciso

para la necesidad; daba olor de pobreza. En su oratorio, un Cristo; los adornos de sus piezas una gran cruz de palo, que hoy conserva el Conde de Benavente; los ébanos y marfiles, las correspondencias y variedad de pinturas, adornos son de camarines de Príncipes, afrenta de los que profesan por voto la pobreza. Era tan amigo de esta virtud, que mirando la pobreza en que el Salvador, dulce bien suyo, nació, vivió y murió, decía que deseaba grandemente pedir limosna de puerta en puerta como verdadero pobre, si no le fueran á la mano.

Su vestido era humilde y pobre, pero muy limpio; una loba ó sotana de paño bajo, ó sarga muy grosera, alta con un coto del suelo; un manteo de lo mismo, todo tan despreciado y vil, como pudiera el más mortificado religioso; el vestido interior tan astroso y pobre como el exterior de los mendigos; y esta moderación en el traje aconsejaba usasen los sacerdotes, y que fiasen en Dios y diesen limosnas de sus bienes, aunque fuesen los principales. Esta humildad en el traje conservaron sus discípulos por muchos años: traían un vestido de paño baladí de muy poco precio, cordellate ó estameña, que para sacerdotes no puede ser más moderado ni pobre. Desagradaron siempre al Venerable Maestro la gala y sedas en los eclesiásticos, cosa que desdice tanto de su profesión y ministerio.

Estando un día en la iglesia mayor de Montilla platicando con los clérigos en cosas espirituales, pasó acaso cerca de él el cura con una loba y manteo de gorgorán con que hacía algún ruido; asióle el santo Maestro del canto del manteo, y sonriendo le dijo: "Con este ruido, señor cura, asombrarse han las ovejas." Estas palabras penetraron de manera el corazón del cura, que con ser mozo y rico, mudó el vestido, mejoró de costumbres, y fué adelante un ejemplar sacerdote; suceso que prueba también la fuerza que tenían sus palabras. Traía el santo varón el cabello mortificadísimo; la corona era una coleta, cabello largo cortado. Usaba de un sombrero tan gastado y vil, que persuadiéndole sus discípulos que tomase otro decente á su persona, valiéndose de la Marquesa de Priego para que se lo pidiese, le respondió que para reprender en los púlpitos los excesos en trajes era necesario que él diese buen ejemplo y comenzase la moderación de ellos de su persona. Jamás llevó limosna ni estipendio por sus sermones; decía con San Pablo: *Non quaero vestra, sed vos;* y en otra parte: *Nullius aurum,*

vel argentum concupivi; y en otro: *Non quaero datum, sed fructum:* en muchos el que sacan de los sermones es la propina.

Tenía tan arraigada esta virtud en el alma, que no había diligencias que pudiesen desquiciarle un punto de ella. D. Gaspar de Ávalos, Arzobispo de Granada, pensó con su autoridad hacer que mejorase de sotana, y ofreciéndole una nueva, no pudo recabar con él la recibiese; pasó á la industria; entretúvole una noche hasta tan tarde, que fué forzoso quedarse á ser su huésped; alojáronle en un aposento, donde pudo entrar un criado y cogerle la sotana vieja y dejarle la nueva; yéndose á levantar, cuando conoció el engaño, no fué posible hacerle vestir ni salir del aposento; no se le oía otra cosa que, con mucha humildad y vergüenza: "Denme mi sotana:„ No se pudo conseguir que se vistiese la nueva. Una señora devota suya tuvo traza que le hurtasen el manteo viejo y le pusiesen otro nuevo; la luz del día descubrió la estratagema; comenzó á decir: "Denme mi manteo, denme mi manteo.„ No hubo nadie que en esto le obedeciese, esperando vencerle con la necesidad; mas no bastó esto; y siendo víspera de Navidad, se vistió una sobrepelliz sobre la sotana vieja que traía, y de esta manera se fué á vísperas de la fiesta; y como esto vieron, finalmente le volvieron su manteo.

Fué tan enamorado de esta virtud, amóla en tanto grado, que si algún Príncipe ó persona rica le hacía algún donativo ó le ofrecía alguna cosa de precio, habiendo mostrádose agradecido, respondía que no le faltaba nada, que lo diese á los pobres, que lo habían menester.

Esto practicó muchas veces con los Marqueses de Priego, que le hicieron presentes de gran valor; hacía que se vendiesen, y repartiese el precio á pobres vergonzantes y viudas necesitadas de la villa; hizo de esta manera grandes limosnas, remedió muchas necesidades: casó huérfanas; y pobre dió más que muchos ricos; y como dijo á un familiar suyo, había Nuestro Señor cumplido con él á la letra aquella palabra en que promete al que dejare su hacienda cien tantos más en esta vida; pues no solamente no le había faltado cosa alguna, antes le había dado mucho más con que ayudar y socorrer muchas nocesidades; y así pudo decir con San Pablo: "Vivimos como pobres, pero enriquecemos á muchos„; porque fué grande el cuidado

que tuvo de acudir á las necesidades de los pobres y de los hospitales.

El fué el que dió calor á aquel grande hospital que se hizo en Granada junto al monasterio de San Jerónimo; y demás de esto, todas las personas que se querían convertir ó entregar al servicio de Nuestro Señor, hallaban en él abrigo y remedio, no sólo para sus ánimas, sino también para sus cuerpos cuando era necesario; para todo le favorecía Nuestro Señor, enriqueciendo aquella pobreza voluntaria que había escogido.

El motivo de esta gran virtud no fué el del otro vano, que echó su hacienda en la mar, filósofo del mundo, animal apetecedor de gloria humana, esclavo venal del aura popular y los corrillos; más alta es la mira del cristiano. La imitación y amor de Cristo, despreciada la vanidad del siglo, fué lo que arrebató el ánimo de este apostólico varón. Decíale una vez su gran amigo el Venerable P. Fray Luis de Granada, que el bienaventurado San Francisco amó y encomendó tanto la pobreza por dos grandes bienes que hay en ella: el uno es cortar la raíz de todos los males, que es la codicia; y el otro, porque contentándose el Religioso con lo necesario (lo cual á pocas vueltas se halla), queda libre y desocupado para ocuparse todo en la contemplación de las cosas del cielo, como quien no tiene ya trato ni comercio en la tierra.

Respondió el santo Maestro Ávila que no era ésta la principal razón de este glorioso Padre, sino el amor grande y tierno que tenía á Cristo; y por esto, viéndole nacer y vivir tan pobre, que no tenía sobre qué reclinar la cabeza, y sobre todo morir desnudo en una cruz, que no podía él acabar consigo de vivir y morir sino de la manera que su querido y amado Señor vivió y murió. Esta respuesta la sacó este santo varón de lo practicado de su amor, de lo que por él pasaba; imitó, porque amó, y amó con el extremo que hemos visto y adelante veremos.

De este magisterio del amor se originó en el santo Maestro Ávila un desprecio grande del mundo, sus dignidades y aumentos, teniéndolas todas por un peligroso engaño. Dijo un día Dios Nuestro Señor, quejándose á Santa Teresa de Jesús, su querida esposa: "¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad! que si me amasen no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme á mí con verdad? Entender que todo es mentira lo que

no es agradable á mí. Con claridad verás esto, que ahora no entiendes en lo que aprovecha tu alma.„ Esta verdad vamos viendo practicada en las virtudes todas del santo Maestro Ávila; amó de verdad á Dios, y así tuvo por mentira cuanto juzgó no le era agradable. Y teniendo por desagradable á Dios cuanto apetece el pensamiento humano en orden á sus aumentos, sin respeto á su servicio, en nada puso la mirada como en renunciar de corazón cuanto impedía la mayor perfección á que anhelaba.

Los grados y dignidades eclesiásticas, agradables son á Dios; constituyen esta jerarquía visible de la Iglesia, que se encamina á conocer á Dios y darle el verdadero culto para salvación del alma, con ejercicio continuo de la verdadera religión. La entrada á estas dignidades, los designios pueden ser torcidos ó menos buenos, y finalmente los mismos con que comunmente se apetecen las dignidades del siglo. El santo Maestro Ávila, humildísimo, rehusó admitir ventajas en que vió peligrar otros, ó que por lo menos desdecían de la perfecta pobreza que profesaba. Pudieran sus grandes letras y virtudes colocarle en grandes puestos; no sólo no los apeteció, antes, ofrecidos, los despreció generosamente. Desearon las principales iglesias de Andalucía tenerle por canónigo; no admitió prebenda alguna, no sólo por la obligación que traen consigo las rentas eclesiásticas y la estrecha cuenta que se ha de dar de ellas, cuanto porque profesando la perfección evangélica, juzgó que para conseguirla y conservarla era más conveniente la pobreza en la forma que él y sus discípulos la profesaron. El Arzobispo D. Gaspar de Ávalos le ofreció la canonjía Magistral de Granada; no la aceptó. Hállase en los archivos de la Santa Iglesia de Jaén cómo aquel Rmo. Cabildo le ofreció la Magistral, dignidad muy calificada y rica; con su profunda humildad, para ninguna cosa se halló digno.

Es fama que Paulo III, Pontífice Romano, gran honrador de hombres sabios, le ofreció capelo, que tenían merecido sus grandes servicios á la Iglesia. Es más cierto que el Rey nuestro Señor D. Felipe II, que goza de descanso, le presentó en el obispado de Segovia, después en el arzobispado de Granada; no los acepto, resistiendo á una gran porfía; esto corre con opinión constante en toda la Andalucía; y es muy verosímil, siendo tan benemérito el sujeto, tan conocida la religión de este

gran Rey y celo de poner en las Iglesias Prelados de gran virtud, de aventajadas letras. ¡Ah, cuántos en aquel siglo los mayores obispados fueron á buscar á sus casas hombres olvidados aun de sí mismos! De los rincones más retirados reverberaron en los ojos de este gran Monarca los rayos de las virtudes más ocultas, de los méritos menos apadrinados. ¡Feliz Príncipe por los hombres que puso en los obispados! ¡Felicísimos por los que en su tiempo no los admitieron!

No aceptó estas prelacías el santo Maestro Avila, por entender no ser llamado á ellas. ¿Quién duda que fuera excelente Obispo quien tuvo tanto celo de la salud de las almas, tan gran santidad, tantas virtudes; quien dió tantas instrucciones á Prelados, y que sabía tan primorosamente este oficio, mayormente no habiéndole pretendido? Mas por no hallarse con vocación de Dios, y entender ser otro su ministerio en la Iglesia, perseveró en su puesto con gran acierto y prudencia; y si un varón tan eminente y santo rehusó, por entender no ser llamado, un puesto tan debido á sus virtudes, á gran peligro camina el que sin ellas, confiado ó presumido de sí mismo, sin vocación de Dios, y con pretensión muy larga, y tal vez turbia, apetece poner sobre sus hombros una carga á que se estremecieron los de los mayores santos. El Venerable Maestro sin duda la tuvo grande miedo.

Dióla á entender un día que acabando de decir Misa y dado gracias, de que salía con una devoción intensísima, pasó por delante del Padre Maestro Juan Díaz, que estaba rezando sentado en el escalón de un aposento; y sin preguntarle nada, con aquella su mesura, le dijo: "Padre Juan Díaz, dé muchas gracias á Dios que no le ha hecho Obispo„: y con esto pasó; de que coligió el Padre si había acaso tenido revelación de que cierto Prelado padecía por haberlo sido.

Finalmente, el santo Maestro Avila fué obrero sin estipendio; peleó sin paga temporal; y de dos cosas que tienen los ministerios eclesiásticos, carga y premio, abrazó animosamente la primera; dejó todo lo lucroso y honorífico; y habiendo servido tanto á la Iglesia, no recibió de ella un real. Otros, con grandes rentas eclesiásticas, no sólo no le son de servicio y de provecho, antes le son embarazo, tal vez escándalo.

No fué prueba menor de su gran desnudez y despego de esperanzas temporales el no haber venido á la corte, habiendo

sido llamado por la fama que corría de su vida y doctrina; puesto apetecido de los talentos grandes, donde han tenido su verdadera estima y premios justos. El santo Maesto Avila siempre lo rehusó con suma humildad; y aunque entendían que en la corte se podía hacer más fruto por estar en ella la fuente de la justicia y de todo el gobierno; pero él de tal manera quería servir al provecho común, que no quería poner á peligro su recogimiento con el ruido de los muchos negocios que en la corte inquietan; tomando para sí el consejo que daba á sus predicadores, solía decirles: "No más hijos que leche, ni más negocios que fuerzas."

Remate este capítulo, por ser de su materia, un hecho grande de un varón ilustre, movido por ventura de lo que era frecuente en aquel siglo, cuanto en éste raro. D. Fernando de Toledo, hermano del Conde de Oropesa, fué varón de gran capacidad, talento y letras; su virtud fué igual á su nobleza, con ser de las mayores de España. Dióse todo á ejercicios de espíritu y santidad; no admitió rentas y dignidades eclesiásticas, ofrecidas muchas veces á sus méritos. Su modo de vivir fué apostólico; contentóse con ser un clérigo particular; y desentendido de quien era, se ocupaba en predicar, confesar y enseñar la doctrina por los lugares, en particular los de su hermano. Arrebató tanta virtud los ojos de nuestro Monarca D. Felipe II, y sin noticia suya le alcanzó de Gregorio XIII un capelo, debido premio á tan ejemplar vida. Dióle aviso el Rey por cartas y el parabién de la elección, mostrando gran gusto de ella y satisfacción de su persona, rogándole que aceptase y dispusiese su jornada á Roma.

Por comenzar á descubrir desde luego su repugnancia, intervinieron los mayores ministros de aquel tiempo, persuadiéndole viniese en la voluntad del Rey tan declarada, pudiendo tener su promoción por vocación de Dios, no habiendo habido de su parte pretensión ni pensamiento de ella. Prefirió D. Fernando la quietud de su retiro á la eminencia de la púrpura eclesiástica, grado mayor después de la tiara. Excusóse con humildad; y aunque temió se pasase á medios forzosos para que aceptase, la clemencia y religión del Rey no quiso violentar el ánimo, que con superiores motivos hizo una hazaña tan pocas veces vista. Acabó con gran seguridad en el puerto, sin los riesgos del alta mar de la corte. Sabiendo el

Pontífice la resolución de D. Fernando, con gran ponderación dijo: "Tenemos á mucha felicidad que en los tiempos de nuestro Pontificado haya habido quien desprecie la púrpura.„ Andan impresas las cartas que en este caso se escribieron, dignas de toda estima. Esparce Nuestro Señor por las edades estos ejemplos para consuelo de doctos arrinconados y confusión de sedientos animosos.

CAPÍTULO V

Del celo de la honra de Dios y de la salud de las almas.

Del amor que tuvo á Dios el santo Maestro Ávila nació el ardentísimo celo que tuvo de la honra de Dios y salvación de las almas, joyel precioso que adornó su espíritu, favor de los mayores amigos á quien encomienda Dios la conversión de los hombres; deseaba con una vehemencia grande que todos le amasen y sirviesen; afligíale un intenso dolor de las ofensas que los viles gusanillos hacen á Majestad tan grande; de aquí unos vivos sentimientos de que se perdiese una alma criada para gozarle, que pereciese un hijo de los que, como dijo San Pablo, había engendrado por el Evangelio.

Era frecuente en sus pláticas y sermones ponderar con un tierno sentimiento que no alcanzaba á entender cómo ningún cristiano bautizado se atrevía á ofender á Dios, conociendo por fe ser tan bueno y haber hecho tan prodigiosas hazañas por nosotros; penetrábale un vivo dolor el corazón de tan rematado desatino de los hombres; afligíale ver tantos pecados; llorábalos incomparablemente más que si fueran daños propios.

Sentía con tanto extremo las ofensas de Dios, que en cualquier ocasión, aunque fuese estar hablando con señores, grandes ó titulados, si acaso se decía que habían herido ó muerto á un hombre, suspenso, alzando al cielo los ojos, decía: "¡Es posible que haya hombre que mate á otro! Bien parece que no le costó cinco mil azotes, treinta y tres años de trabajos, y una muerte de cruz como á Cristo Nuestro Señor.„ Esto decía con

tierno sentimiento y una ansia del corazón, que se partía de ver ofensas de Dios y el trabajo de los prójimos.

De este celo y ardentísimo afecto con que deseaba la gloria y alabanza de Dios y que se evitasen sus ofensas, nacía el odio capital que tuvo al pecado mortal; no puede encarecerse con palabras este aborrecimiento. Este fué el tema principal de sus sermones, sus pláticas y escritos; en esto hablaba día y noche, descubriendo la malicia del pecado, plantando en las almas su aborrecimiento y el temor santo de Dios; aquí desplegaba las velas de su elocuencia, aquí las voces y la fuerza de su espíritu. Todo el discurso de su vida fué una reñida batalla contra los pecados; todo el peso de sus cuidados cargaba en sacar almas de este infierno, cómo evitar ofensas de su amado; éstas eran sus diligencias, sus industrias, sus trazas; para esto ponía todos los medios posibles; y con su levantado entendimiento eran singulares las veras y el conato con que este varón apostólico procuraba hacer la causa de Dios, y volvía por su honor, sin atemorizarle riesgos, gastos, peligros, muchas veces conocidos; con todo atropellaba por librar un alma de las uñas del dragón infernal y restituirla á Cristo; diera gustoso la sangre de sus venas por evitar un pecado.

Este odio procuraba pegar á sus discípulos y á todas las almas que dependían de su enseñanza. Prendió de manera este aborrecimiento en un escribano público á quien el santo Maestro redujo á vida recogida, que se iba de noche á las posadas de las mujeres expuestas, y valuando la ganancia de una noche, redimía con su dinero la torpeza, hacía cerrar la puerta, quedábase tal vez con éstas exhortándolas á su reducción y que aborreciesen el pecado.

Siendo confesor y predicador de los Marqueses de Priego alcanzó que en todo su Estado, donde hay lugares populosos, no hubiese casas de pública deshonestidad y aquella oficina de pecados; pensamiento que después de muchos años ha seguido el gobierno público del Reino.

Este dolor é íntimo sentimiento se le veía muchas veces en el semblante doloroso y afligido, y en los suspiros y gemidos continuos que salían de lo íntimo del pecho, y en las lágrimas que derramaba muchas veces en el púlpito; cuando consideraba la fealdad de las almas enajenadas de su verdadero dueño por un vil interés, por una venganza infame, clamaba de ordi-

nario: "¿Cómo, Señor, siendo Vos tan bueno os ofendemos tanto los hombres? En fin, ingratos á tan gran Señor. Dadnos gracia, Señor, que os amemos y sirvamos á Vos por Vos; no miréis, Señor, á tantas ofensas, sino á nuestra miseria y á vuestra gran misericordia, y descargad en mí vuestra mano poderosa de la justicia, con tal, Señor, que todos los hombres sean buenos y os sirvan á Vos por Vos, y no por otro fin; pésame, Señor, de las ofensas y pecados cometidos y que contra Vos se cometen." Estas palabras decía con notable sentimiento, mostrando un gran dolor de que fuese Nuestro Señor ofendido.

Esta fué la materia de su oración; en gran parte llorar y más llorar por los pecados, pedir á Dios la enmienda de los hombres; castigaba en su cuerpo inocentísimo las ofensas de Dios para aplacar su indignación y usase con los pecadores de misericordia; hizo por esta causa grandes penitencias.

Mas lo que no puede explicarse con palabras era el sentimiento que tenía si alguno de sus hijos espirituales resbalaba en alguna culpa grave, y con su caída entristecía á los ángeles y alegraba á los demonios; gemia y lloraba este piadoso Padre las caídas de sus hijos, sin admitir consuelo. Este trance, que en los varones apostólicos es el de mayor sentimiento, como se ve en muchas cartas del Apóstol San Pablo, en que muestra un dolor íntimo de la caída de los fieles, describe el Venerable Maestro en una carta escrita á un predicador, que anda al principio del *Audi filia*, explicando los grandes trabajos que los verdaderos Padres de las almas pasan en la educación de sus hijos para que no mueran; pinta los afectos de su corazón, los tiernos sentimientos de su alma; dice así.

"¡Qué oración tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos, porque no mueran! Porque si mueren, créame, Padre, que no hay dolor que á éste se iguale, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre. ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal alguno; no con ver si unos mueren, otros nacen; no con decir lo que se suele ser suficiente en todos los otros males. El Señor lo dió, el Señor lo quitó, su nombre sea bendito; porque como sea el mal del alma y pérdida en que pierde el ánima á Dios, y sea deshonra de Dios y acrecentamiento del reino del pecado, nuestro contrario bando,

no hay quien á dolores tan justos consuele; y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, que el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría si posible fuese.

„Cierto la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento y bien de todos los otros. Por tanto, á quien quisiere ser padre, conviénele un corazón tierno y muy de carne para haber compasión de los hijos, lo cual es muy gran martirio, y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, porque no derriben al padre, ó le hagan del todo dejar el oficio, ó desmayar, ó pasar algunos días que no entienda sino en llorar, lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar, sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reir con otros, y no hacer como hizo Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprendido de Moisés porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él: "¿Cómo podría agradar „á Dios en las ceremonias con corazón lloroso?„

„Acá, Padre, mándannos siempre busquemos el agradecimiento de Dios, y pospongamos lo que nuestro corazón querría, porque por llorar la muerte de uno no corran, por nuestra negligencia, peligro los otros. De suerte, que si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado; y si salen malos, da una tristeza muy triste; y así no es el corazón del padre sino un recelo continuo y una atalaya desde alto, que de sí lo tiene sacado, y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como San Pablo decía: "Yo vivo, si „vosotros estáis en el Señor.„

Hasta aquí son las palabras de esta carta tan sentidas, dignas de ser impresas en los corazones de todos los que gobiernan almas. Declaran bastantemente el espíritu y celo de este gran Padre, y lo mismo puede colegirse de casi todas las cartas, que si se leen atentamente, ó dando consejo ó persuadiendo lo que es mayor servicio de Dios ú otros intentos, se muestra un fervoroso celo del aprovechamiento de las almas.

Andaba tan encendido y transformado en este celo y de-

seo de salvar las almas, que ninguna cosa hacía, ni pensaba ni trataba, sino cómo ayudar y encaminar su salvación. Efectos son de este celo su peregrinar continuo, sus sudores, sus trabajos, los sermones de dos horas, las confesiones, las exhortaciones particulares, las elecciones públicas, el cuidado de cuantas personas espirituales dejaba en las ciudades y pueblos donde había predicado, la correspondencia con tantos prelados y señores y toda suerte de personas, todo en orden á su aprovechamiento, ayudando á todos por cuantos modos podía, no sólo por su persona, sino por las de sus discípulos que había criado á sus pechos, enviándolos á diversas partes para que hiciesen los mismos oficios.

Este celo le incitó á criar ministros que á su tiempo diesen fruto y pasto de doctrina al pueblo; éste le puso en cuidado que se erigiesen estudios de artes y teología en las principales ciudades de Andalucía; proveía de lectores para que los hijos de los pobres estudiasen con comodidad. De aquí tantas fundaciones de colegios y escuelas, extendiéndose su providencia hasta cuidar de la doctrina de los niños, para que juntamente con la edad creciese en ellos la caridad y conocimiento de Dios. Todas estas obras, estos desvelos é industrias eran testimonios ciertos del gran celo que tenía del aprovechamiento de sus hermanos, que le comía el corazón y causaba estos efectos.

Olvido culpable fuera, ¡oh Carlos Santo Borromeo!, si en esta ocasión dejara de hacer memoria del celo de la salud de las almas, que así abrasó vuestro pecho, que tuvo atento á Dios, en admiración de los ángeles, en pasmo al mundo; no cotejo mis dos santos; lumbreras son ambas tan resplandecientes, que pueden correr parejas sin ofuscarse ni defenderse.

Este celo de la salvación de las almas, que es un don singularísimo con que favorece Dios los obreros evangélicos, se apoderó de este santo Cardenal, de este gran ejemplo de Prelados, que sobrino de Pontífice, joven, en lo más florido de sus años, cercado y servido de una floridísima familia, amado de la corte romana, seguido de Cardenales, criaturas de Pío IV su tío, pendiendo de él el manejo del gobierno pontificio; puesto en el mayor colmo de las grandezas y favores, que no se atreviera á desear la ambición más libre, dejó el pegajoso cariño de la corte, retiróse á su iglesia; atiende á su residencia sin faltar jamás á ella, si no es por negocios de su Iglesia, y breve tiem-

po; trata del gobierno de las almas, extirpar vicios, desterrar abusos, de reformar costumbres, plantar virtudes, cumplir exactamente las grandes obligaciones de un perfecto Prelado.

Este celo le trajo continuamente visitando la ciudad y dilatado arzobispado de Milán y su provincia, padeciendo increíbles incomodidades y fatigas indecibles por caminos ásperos, forzado á andar á pie muchas leguas por montañas inaccesibles con un báculo en la mano, tal vez en tiempos de fríos y calores excesivos; corría del rostro venerable gran copia de sudor, mostrando en el semblante la fatiga de tan inmenso trabajo; subía muchas veces trepando por los peñascos, valiéndose de las manos, en busca del pastorcico, del labradorcico, del ignorante, del zafio, para enseñarles el camino del cielo; llevábale un ardentísimo celo de la salud de esta gente miserable, que las más veces carece de las cosas precisas para la salvación. Esta sed insaciable de la salud de los suyos (llamó así á los eclesiásticos, porción primera del cuidado del Obispo) fué tan grande, que llegó á tener particular conocimiento de más de tres mil clérigos de la ciudad y diócesis; atendió á cada uno como si fuera él solo el empleo de su cuidado.

Dióle este celo traza cómo en ciudad y arzobispado se juntasen los domingos y fiestas más de cuarenta mil personas á aprender la doctrina cristiana, con mil setecientos maestros que enseñaban en setecientas cuarenta escuelas, donde no sólo los niños y niñas, mas toda la gente del vulgo, iban á aprender lo que importa no menos que la salvación. Dióle este celo brío para remediar abusos que habían prescrito siglos, y que á su extirpación se opuso todo el poder humano, é infundióle tal fortaleza y perseverancia, que salió con todo. Este celo le hizo tan vigilante, que llegó á saber el estado particular de cada alma de las innumerables de la ciudad y arzobispado, teniendo un libro de todas las personas que tuviesen particular necesidad corporal ó espiritual, no cesando hasta poner el remedio.

Este celo de la reformación de su Iglesia le hizo celebrar seis Concilios provinciales, once diocesanos, en que dió á la Iglesia universal tantas constituciones, reglas, avisos necesarios para el buen gobierno eclesiástico, medio único con que reformó su clero. Este deseo, que abrazaba su corazón, le hizo en tiempo de la peste de Milán no desamparar el rebaño que le encomen-

dó el Mayoral del cielo, cuidando de cada uno de aquellos miserables con un vigilantísimo afecto; y en tiempo que huyen los padres de los hijos, el esposo de la esposa, entraba con escaleras por las ventanas buscando los enfermos, administrando los Sacramentos; de su mano lo recibieron los curas á quien tocó el contagio, asistiéndolos hasta que dieron el alma. Este peso, que así hace sentirse á quien sabe conocerle, le dió traza cómo cada alma tuviese cura propio que cuidase de su bien, haciendo que los padres de familias hiciesen ciertas congregaciones con los curas, con que conocían todas las necesidades espirituales y las remediaba.

Cuidó que los curas fuesen curas, conociesen sus ovejas y cuidasen de ellas, sin que muriese alguno que no tuviese su cura á la cabecera. El aprieto en que tenía este celo le hizo velar las noches, durmiendo recostado en una silla; cortos le parecian los días para atender á este gran negocio; para conseguirle juntó gran número de ministros santos y celosos, que con su consejo, obra é industria le ayudaban á esta empresa. ¿Qué diré de la administración de Sacramentos? Desde el alba hasta las tres de la tarde le sucedió muchas veces estar dando la comunión sagrada; y era muy ordinario cada día comulgar once mil personas; los días enteros pasaba confirmando á gente rústica en las iglesias estrechas, tal vez con un calor y olor intolerable.

Este celo abrasador le tuvo en un perpetuo desvelo, en un trabajo continuo, y combatido del poder y la malicia humana permaneció siempre firme en su propósito de reformar su Iglesia, de debelar el reino del pecado, de medicinar las almas, reducir á los hombres más perdidos. Este celo santo le obligó á decir en cierta ocasión: *¡Oh, con cuánto gusto, á no estar constituído en el grado que tengo, abrazara el estado de un simple sacerdote, que sujeto á la obediencia de un buen Obispo, me enviase ya á ésta, ya á aquella parte sin estipendio alguno á ayudar á las almas, no teniendo respeto á incomodidad ó fatiga alguna!* Estas palabras descubren grandemente el celo de San Carlos, y juntamente la estima que hizo de la profesión de la vida del Venerable Maestro Avila, que está pintada en ellos, pues sirviendo á Dios este gran Prelado de tantos modos en obras tan importantes, le llevó los ojos y el afecto.

El andar un sacerdote discurriendo de unas partes á otras, ayudando las almas sin estipendio y sin tener respeto á incomodidad ó fatiga alguna, esto ejercitó el santo Maestro Ávila por número de años, con tanta perfección y espíritu y un celo tan semejante al de San Carlos; éste les hizo tan incansables, tan santos, tan agradables á Dios, de quien gozan premio digno de este celo. Sin él no pesa una pluma el mayor arzobispado, ni ocupa más que un beneficio simple; los más numerosos pueblos se estiman por la renta, innumerables almas no cuestan un desvelo; sirven á la conversación los pecados públicos, ni causan más movimiento que si se oyesen nuevas; no se atiende á los clamores de los pobres, ni se divisan sus necesidades; la perdición del pueblo se mira con ojos secos; prefiérese la voluntaria habitación de la corte á la forzosa residencia; quien sin este celo santo se encarga de regir almas por su mal animoso, verá cuando le pidan cuenta la carga que puso sobre sus hombros.

CAPÍTULO VI

De la humildad del Venerable Maestro Ávila.

Gran dificultad tiene el hablar de la humildad de los Santos, porque siéndolo con toda verdad grandes, y conociendo que han recibido de Dios mercedes y dones soberanos, ellos se tienen por viles y miserables pecadores, y lo afirman y publican, y no podemos decir que dijeron lo que no sentían; porque esto no podía ser sin fingimiento y culpa, que ellos tanto aborrecían. Del glorioso Santo Domingo se cuenta, que antes de entrar en cualquiera ciudad ó villa donde iba á predicar, de rodillas pedía á Dios que no mirase sus culpas, y que por entrar él en aquel pueblo no mostrase contra él su ira y le castigase. Y su seráfico amigo decía que era el peor de los pecadores, siendo las dos mayores lumbreras de santidad que tenía entonces el mundo.

Esta dificultad no es fácil de alcanzar prácticamente de los que no fueren santos y hubieren alcanzado un grado altísimo de una humildad profunda; nuestro modo de discurrir ordinario halla grande repugnancia. Los que tratan la materia dicen que procede de un claro conocimiento, de una luz sobrenatural, infundida por el Espíritu Santo en el entendimiento de los Santos, con que alcanzan á entender lo que es un hombre por sí mismo, y lo que ha Dios sobrepuesto en él, y lo que los dones y favores divinos han obrado en sus almas, conociendo con gran claridad lo que sin ellas fueran, que su perseverancia pende de una influencia divina, de una continua manutención de Dios. Hacen por otra parte gran reflexión en su miseria, su

ingratitud, su falta de correspondencia (anda siempre Nuestro Señor adelantado), y que aquellas misericordias en otros cualesquiera sacaran mayores frutos; esto les hace prorrumpir en las voces que dijimos.

De estas consideraciones y otras que suelen traerse á este propósito, es necesario valernos para disculpar, si así puede decirse, la humildad del santo Maestro Ávila: fué, sin duda, á la traza de los dos santos Patriarcas, obra de la mano de aquel Artífice grande, que en el taller de la Iglesia católica labra santos, y cuando este Señor quiere levantar á una alma á grandes grados de santidad, comienza de la virtud de la humildad y conocimiento de sí mismo, y deshaciendo el sujeto donde mora, le vaya llenando de sus dones, de riquezas y tesoros de virtudes, obra del Espíritu divino.

Fué el santo Maestro Ávila humilde de corazón, de voluntad, de entendimiento con singular y notable extremo, y esta virtud fué de las más notables que tuvo el apostólico varón. El fondo de su humildad se descubre en sus escritos; su origen fué un continuo estudio de un profundo conocimiento de sí mismo con que descubrió la flaqueza y malicia del corazón humano; llámale un abismo profundísimo que sólo le conoce aquel soberano Señor, que estando sobre los querubines, descubre la malicia de nuestros corazones; de este principio y manantial cenagoso nacía en él una continua ponderación de sus miserias y pecados con un conocimiento claro de lo poco que son las fuerzas de la naturaleza; fué el blasón de este varón venerable abatirlas, deshacerlas, mostrar al hombre lo que es en sí, lo que puede con la divina gracia; esta es materia de muchas de sus cartas, descubrir las miserias del corazón del hombre y hacerle por este camino humilde.

Desde el capítulo LVI del libro del *Audi filia* trata divinamente del propio conocimiento, sacando de esta mina el oro precioso de la humildad. Decía "que era esta virtud tan esencial y necesaria para nuestra vida, que viene á resolver que todas las tentaciones y cegueras espirituales, ausencias y desamparos de Nuestro Señor, y algunas caídas, son por Él permitidas á fin de hacernos verdaderos humildes, no teniendo por cosa indigna comprar esta joya por tan caro precio".

Del conocimiento de todos estos principios y de los afectos que de ellos se originan, que son faltas y pecados, le obligaban

á andar tan humilde y desconto de sí, oliéndose, como él dice, á perro muerto. Pinta el estado de su interior en una carta en que se conoce el concepto de su bajeza y vileza; son éstas sus palabras:

"¿Cuál es el espíritu de verdad si no es el que hace que el hombre se descontente y se parezca mal, y de entrañas y de corazón se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios le sufre sobre la tierra? Y esta es la verdad en que habemos de vivir, y sin esto en mentira vivimos, y algunas veces, cuando más bien parece que tenemos, estamos peores faltándonos esto, porque confiando en esto y en otras cosas, parécenos que somos algo, y no así delante de los ojos de aquel que mira los corazones y dice: "Nombre tienes de vivo y estás muerto." Nombre tiene de vivo quien no cae en los pecados que el mundo tiene por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué importa que el mundo absuelva? No sabe el mundo tener por malo, ni castiga á uno que se parece bien á sí mismo y se contenta de sí con soberbia; mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego, y el que no se hiede á sí mismo, como si trajese un perro muerto á sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante de los ojos de su Criador, como quien estuviese delante de un juez de acá habiendo hecho un feo delito."

Estas palabras descubren el concepto que este santo varón de sí tenía, y juntamente muestran cuán altamente sentía la fineza de esta virtud.

De aquí nacía tener de sí una vilísima estima; solía decir "que el día que le menospreciaban y tenían en poco, era el día de su mayor alegría"; y no esperaba que otros le despreciasen é hiciesen de él poco caso, él tomaba la mano, y decía de sí lo que no cupiera en pensamiento de otro. Dijo un día, en presencia de algunas personas, hablando de sí mismo: *Si Dios no nos hiciera de gente humilde, ¿quién se pudiera averiguar con nosotros?* Era común dicho suyo, cuando le llamaban para consolar ó acompañar á algún ajusticiado que llevasen á la horca ó al brasero: *Vamos á ver lo que fuéramos si Dios nos dejara de su mano.* De su profunda humildad nació también el no admitir dignidades ni obispados: para ninguna cosa se hallaba digno ó capaz. Deseó Pedro Delgado, pintor de nombre en Montilla, retratar al Venerable varón por su devoción, y

pedírselo personas afectas al Maestro; fué tanta su humildad, que no pudo conseguirlo aunque lo procuró con cuidado.

Fué tan humilde, que parecía había rendido el juicio á esta virtud; con ser tan eminente en el púlpito, decía muchas veces que ningún sermón oía, de cualquiera que fuese, que no saliese muy consolado de él; de esta misma humildad nacía hablar con mucho gusto con los novicios de la Compañía de Jesús de Montilla, y con los hermanos simples. De esta humildad fué efecto, siendo hombre tan grave, de tanto nombre y letras, ponerse por su persona á enseñar la doctrina cristiana á los niños de la escuela en las calles y plazas, hasta enseñarles coplas y cantares santos. Fué este empleo continuo de este apostólico varón; de tanta importancia juzgó esta enseñanza; esto hizo en todas las ciudades en que predicó, en lo mismo ejercitó á sus discípulos, hombres muchos de aventajadas letras y talentos en púlpito y cátedra.

Descubrió cuán grande fué su humildad en su muerte, y cuán profundas raíces había echado en esta virtud; porque cuanto hace al hombre tener mayor descontento de sí, tanto más le hace temer mirándose á sí, donde no ve sino defectos y flaquezas; de aquí los temores que tuvo en aquella hora, como después veremos.

No hay cosa alguna que así descubra la igualdad de ánimo y humildad de este varón de Dios como esta ponderación. De todo el discurso de esta historia, como otras veces hemos apuntado, se muestra claramente que tuvo intento el santo Maestro Avila en fundar congregación de sacerdotes que ayudasen á las almas; á esto miraba tanta junta de discípulos, hombres todos tan doctos y ejemplares, empleados en ministerios de salvación de almas, predicación, misiones, introducir frecuencia de Sacramentos, y conseguido con esto copiosos frutos; ensayos todos de lo que pretendía.

Después de tanto aparato fué Nuestro Señor servido de escoger un soldado, dejando los doctos y maestros, que con su nombre levantase una compañía que se ocupase en aquellos ministerios; concedió, pues, esta empresa al glorioso Patriarca San Ignacio, dejando al Venerable Maestro Avila, cuando gozaba de la mayor opinión de santidad y letras que por ventura había en toda España; y siendo tan natural en los hombres el deseo de lograr sus pensamientos y ejecutar sus trazas,

mayormente de largo tiempo meditadas, parecía, mirándolo á lo humano, que podía mostrar algún sentimiento de ver prevenidos sus intentos, y que le hubiesen ganado por la mano; estuvo tan fuera de ser hombre en esta parte, que cuando vió á los de la Compañía y su instituto de vida, se alegró con un grande gozo en demasía. Adoró el varón santo la voluntad de Dios y providencia que tiene de su Iglesia; túvola por obra de su diestra; favoreció los hijos de San Ignacio, y les mostró el amor que si fueran sus discípulos.

No deseaba el santo Maestro Ávila en sus intentos más que la gloria de Dios y provecho de las almas, y viendo esto conseguido, su humildad y rendimiento á la voluntad de Dios fué tan grande que no llegó á su imaginación lo que al que no fuera tan humilde pudiera causarle sentimiento.

Realza aún esta humildad la respuesta que dió en esta ocasión, digna de toda ponderación y estima. Deseaba mucho el santo Padre Ignacio, como dejamos escrito en el libro I, que alguno de los suyos que estaban en España fuese de su parte á visitar el santo Maestro Ávila, porque aunque estimaba á los de la Compañía, y con su autoridad les daba favor en cuantas ocasiones se ofrecían, no estaba bastantemente informado de su modo de vivir; escribióle la carta que pusimos el año de 1549; sobrevino después una grande persecución de un Prelado de grande autoridad en estos reinos; deseó que el buen concepto que el santo Maestro Ávila tenía de los suyos no descaeciese; así envió orden desde Roma el año de 1552, que el P. Francisco de Villanueva, hombre de gran prudencia y santidad, y de los mayores y más celosos obreros que tuvo la Compañía en estos reinos, hiciese esta jornada; en tanto estimó San Ignacio al Venerable Maestro Ávila y tenerle de su parte.

Tomó el religioso Villanueva su manteo al hombro, como acostumbraba, partió de Alcalá á la Andalucía en busca del Venerable Maestro Ávila, dióle el recado de San Ignacio, y cuenta muy particular de su instituto y trabajos. El Venerable Maestro Ávila recibió con grande amor al P. Villanueva, holgóse mucho de oirle, quedó maravillado que Nuestro Señor hubiese encomendado á alguno lo que él tanto tiempo había deseado, y dijo: "Eso es tras lo que yo andaba tanto tiempo ha, y ahora caigo en la cuenta que no me salía á mí porque Nuestro Señor había

encomendado á otro aquesta obra, que es vuestro Ignacio, á quien ha tomado por instrumento de lo que yo deseaba hacer y no acababa; hame sucedido á mí como á un hombre que empieza una obra y luego se le cae, ó como á un niño que á la falda de un monte procura con todo su poder subir una cuesta arriba una cosa muy pesada y no puede por sus pocas fuerzas, y después viene un gigante, que arrebata la carga que no puede llevar el niño, y la pone donde quiere.„

Y añadió "que todos los que viese aptos de los que le seguían para la Compañía, les aconsejaría entrasen en ella„, como lo hizo. Trató á los de la Compañía como amigos, tuvo con ellos muy gran correspondencia, que se la han pagado, haciendo del Venerable Juan de Ávila igual estima que de su gran fundador. Volvió el P. Villanueva muy edificado de la prudencia y santidad del santo Maestro Ávila, y muy satisfecho de sus sermones; solía decir que anduviera muchas leguas por oirle.

En todo este discurso campea la humildad del Venerable Maestro Ávila; hízose niño, con que aseguró el entrar en el reino de los cielos; á esta sinceridad y humildad manda Cristo que nos reduzcamos; y ésta tuvo en eminente grado el santo Maestro Ávila.

De esta misma virtud de la humildad nació la pronta obediencia á sus Prelados, pendiendo de los Obispos en cuyas diócesis predicaba; por obedecer al Arzobispo de Sevilla dejó su jornada de las Indias. Fué grande la observancia y reverencia que tuvo á la Sede Apostólica y obediencia á sus mandatos.

Aunque el Venerable Maestro Ávila no profesó obediencia por voto, estimó grandemente esta virtud en los religiosos. Estando el P. Francisco Vázquez, de la Compañía de Jesús, Rector del Colegio de Montilla y Maestro de novicios, en conversación con el Venerable Maestro Ávila, pendiente de aquel su razonar admirable, llegó un novicio á preguntarle qué haría en cierta cosa. El P. Rector, por no interrumpir la plática, dijo: *Vaya, hermano, haga lo que quisiere.* El Venerable Juan de Ávila le detuvo, diciendo: *Espere, hermano;* y vuelto al Rector, le dijo: *No le haga tan grande agravio á este hermanico de dejarle en manos de su voluntad; mándele lo que ha de hacer, que yo esperaré.*

Decía que los que eran gobernados por obediencia eran llevados en silla de manos, que no corrían peligro, y carecían de una gran penalidad que padecen los siervos de Dios que no están debajo de obediencia, que es traer atormentado su entendimiento en deliberar cuál será mayor servicio de Nuestro Señor, esto ó aquello; en todo fué Maestro.

CAPÍTULO VII

Del particular conocimiento que tuvo del misterio de Cristo.



No de los más singulares dones con que la mano liberal de Dios enriqueció este gran siervo suyo fué una clarísima luz, un conocimiento altísimo del misterio de Cristo, del beneficio de nuestra redención, de aquella invención maravillosa llena de sabiduría y bondad de haberse hecho el Verbo de Dios hombre. Fué ésta una ilustración muy superior del entendimiento, con que penetró con grandes ventajas lo que abraza y comprende el misterio de nuestra reparación, la grandeza de esta gracia, las riquezas y tesoros que tenemos en Cristo.

Esta gran misericordia fué premio de haber padecido injustamente por predicar la verdad, por hacer con fidelidad su oficio (así premia Dios, aun en esta vida, á los predicadores que se aventuran por cumplir su obligación) de la prisión que dijimos de la Inquisición salió con estas medras; y mientras sus enemigos pensaron apagar esta hermosísima antorcha, que Dios había puesto en su Iglesia, la infinita bondad suya la acrecentó nuevas luces, dándole más claras noticias, una estima superior de este soberano misterio de Dios hombre, abrasándole la voluntad con el amor del Verbo encarnado. Afirmaba que en aquellos pocos días de su detención había aprendido más que en muchos años de estudio, porque fué el Maestro Dios, obligado de ver padecer á su ministro por su causa.

De aquí resultó un amor ternísimo que tuvo á Cristo Nuestro Redentor y á su Humanidad santísima; hablaba de sus gran-

dezas y misericordias noche y día; y con guardar tan gran silencio en sus sentimientos espirituales, con este afecto impaciente prorrumpía muchas veces, y decía: *Tráiganme muchos escribientes, que estaré dictando todo el día grandezas y lindezas de Dios hecho hombre.* Y si lo que abunda en el corazón sale por la boca, ¿cuál estaría el pecho de este varón santo? Estaba lleno de Cristo, de su amor, de ternísimos sentimientos de sus misterios; esto le oían en sus sermones, en sus plácticas; esta era su conversación ordinaria, predicar, engrandecer la caridad, la misericordia de Nuestro Señor; éste resplandece en esta junta de Dios y hombre, la grandeza del remedio, y consolación y salud que por Él nos vino, y los motivos grandes que en Él se nos dan para amar y servir y confiar en Él; que de esta fuente manan todos nuestros bienes; que estos merecimientos son todas nuestras riquezas; pudo decir con San Pablo: *A mí, el más pequeñuelo de los Santos, se me ha dado esta gracia de predicar á las gentes las investigables riquezas de Cristo.* Andaba tan actuado en esto, que cuando alguno se maravillaba de alguna merced que Nuestro Señor le había hecho, decía: *No os maravilléis de eso, sino maravillaos y espantaos de que os amó Dios tanto, que se hizo hombre por vos.*

Esta verdad campea maravillosamente en sus cartas, donde para casi todos los intentos que en ellas trata, se vale con gran destreza de este soberano misterio; todas las razones y consideraciones van fundadas en Cristo nuestro bien. De aquí saca motivos para la confianza, para el amor de Dios, aborrecimiento del pecado; con los dolores de este Señor consuela los afligidos, con sus aflicciones alienta los trabajos, con esta sangre cura todas las heridas, remedia todas las dolencias; aquí se cifra toda la doctrina de este gran Maestro. Viénenle bien las palabras que de sí dice el Apóstol: *Que no sabía sino á Cristo, y Ése crucificado.*

Dió á entender este mismo sentimiento en una respuesta muy notable. Aconteció estando en Córdoba entrar con un sacerdote, amigo suyo, en un jardín amenísimo, donde la naturaleza competía con el arte; iba el santo varón con gran mesura, sin divertir la vista ni mudar el semblante y sosiego de su rostro; el compañero, que le quería hacer fiesta, le pedía mirase lo gracioso de los cuadros, la invención de aquella fuente, la beldad de las flores; él respondió con su acostumbrada manse-

dumbre: *No hace eso á mi caso.* Esto dijo (como advertidamente lo pondera el P. Fray Luis), porque cuando quería levantar el corazón á Dios, no se ayudaba de esta consideración de criaturas, teniendo el misterio de Cristo por más excelente motivo para esto; porque si no podemos en esta vida conocer á Dios si no es por sus obras, ¿qué obra más excelente que la sagrada humildad para venir por ella en conocimiento de la soberana deidad? Y así aconsejaba á los que se dan á leer las Sagradas Escrituras, que señaladamente trabajasen en aquella parte que trata de este divino misterio, por la gran ventaja que hace á todas las otras; así en ésta empleó siempre su elocuencia, llevándole un poderoso afecto á pensar, discurrir, hablar siempre en Cristo, pareciendo que no sabía otra cosa.

Sintió esto con agudeza el P. Francisco Arias, de la Compañía de Jesús, varón tan santo y docto como publican sus libros, que entre varias poesías que en alabanza del Venerable Maestro Ávila adornaban la Iglesia el dia de sus honras, puso en una tarjeta solas estas palabras, aludiendo á verso antiguo:

Quidquid conabar diceri Christus erat.

Así decía el Venerable Maestro que estaba alquilado para dos cosas, para humillar al hombre y glorificar á Cristo; porque en estas dos cosas se movió toda su predicación, su principal intento, su espíritu y su filosofía; esto es, humillar al hombre hasta darle á conocer el abismo profundísimo de su vileza, y por el contrario, engrandecer y levantar sobre los cielos la gracia, el remedio y los grandes bienes que nos vinieron por Cristo, y así muchas veces, después de haber abatido y casi desmayado al hombre en el conocimiento de su miseria, revuelve luego con admirable elocuencia, y casi lo resucita de muerte á vida, esforzando su confianza con la declaración de este sumo beneficio, mostrándole que muchos mayores motivos tiene en los méritos de Cristo para alegrarse y confiar, que en todos los pecados del mundo para desmayar.

Muestra la verdad que hemos escrito en una notable carta, que llanamente descubre las riquezas de aquel pecho, y el profundo conocimiento que tuvo de este misterio, en particular para la confianza; no la escribió á alguna persona grande, sino á una humilde mujercita; y para consolarla le dió Nuestro Señor todas estas perlas preciosas, corriendo la pluma por el pa-

pel con tanta presteza y facilidad como si fuera otro el que dictara y él escribiera. Al que le pareciere larga, y que con ella se interrumpe la historia, puede pasar al capítulo siguiente. En este libro hemos deseado dar á conocer algo del interior de este santo varón; ninguna cosa así lo explica como sus palabras. Dice así:

"No tengáis por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; y mejores son —dice la Escritura— las heridas dadas por el queama, que los falsos besos de quien aborrece; y grande agravio hacemos á quien con amorosas entrañas nos reprende en pensar que por querernos mal nos persigue. No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero Nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal. ¿Tan presto habéis olvidado que la sangre de Jesucristo da voces pidiendo para vos misericordia? ¿Y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar?

„Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto, que lo tiene por suficiente y sobrada paga (cuanto es de su parte) de todos los pecados del mundo, y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, sino por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fe, y penitencia y Sacramentos de la Santa Iglesia. Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón, que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó á su cargo, como si fuera suyo, y á nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo: *Longe a salute mea;* y pidió perdón de ellos sin los haber cometido, y con entrañable amor pidió que los que á Él se quisiesen llegar fuesen amados, como si para Él lo pidiera; y como lo pidió lo alcanzó; porque, según ordenanza de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que ó hemos de ser Él y nosotros amados, ó Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros si estamos incorporados en Él con la fe y amor; antes por ser Él amado lo somos nosotros, y con justa causa.

„Pues ¿qué más pesa Él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que Él sea aborrecido? Y más ama el Padre á su Hijo que aborrece á los pecadores que se convierten á Él; y como el muy Amado dijo á su Padre: *Quiero, Padre, que donde yo estuviere estén los míos; porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados, y porque sean incorporados en mí.* Venció el mayor amor al menor aborrecimiento; y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparado donde hay nudo tan fuerte de amor; y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores acongojada, pensando que Dios la ha olvidado, como la vuestra lo está, provee el Señor el consuelo, diciendo en el Profeta Isaías de esta manera: *¿Por ventura puédese olvidar la madre de tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquélla se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito.*

„¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia sangre; y la sentencia de la letra dice: *Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje á mí!* Tal, pues, escritura como ésta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el ánima atraída con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado. Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosa de éstas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amaros se enclavaron en cruz.„

Y un poco más abajo dice así: "Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos á Él fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos le dará. ¡Oh hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante de los ojos de Dios! ¡Oh, si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón! Y cuando nosotros nos parece que estamos alanzados, ¡cuán cercanos estamos á Él! Sea para siempre Jesucristo bendito, que Éste es á boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me pueda atemorizar, cuanto Él asegurar. Múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo á obscuridad y abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con

infierno, y pongan diez mil peligros delante; que con gemir mis pecados y alzar mis ojos, pidiendo remedio á Jesucristo el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar viéndome tan apreciado, que fué Dios dado por mí.

„¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que acosados de las ondas tempestuosas de su corazón huyen á Ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados! Tú eres descanso entrañable, fluencia que á ninguno de su parte faltó; amparo de huérfanos y defensor de las viudas; firme casa de piedra para los erizos llenos de espinas de pecados, que con gemidos y deseo de perdón huyen á Ti. Tú defiendes de la ira de Dios á quien á Ti se sujeta; Tú, aunque mandas algunas veces á tus discípulos que entren en la mar sin Ti, y que se desteten de tu dulce conversación, y estando Tú ausente se levantan en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima; mas Tú no los olvidas. Dícesles que se aparten de Ti, y vas Tú á orar al monte por ellos; piensan que les tienes olvidados y que duermes, y estás las rodillas hincadas, rogando por ellos; y cuando son ya pasadas las cuatro partes de la noche, cuando á tu infinito saber parece que basta la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como Señor de las ondas mudables andas sobre ellas, "que para Ti todo es firme„, y acércaste á los tuyos, cuando ellos piensan que están más lejos de Ti, y dícesles estas palabras de confianza: *Yo soy, no queráis temer.*

¡Oh Cristo diligente y cuidadoso Pastor, cuán engañado está quien en Ti y de Ti no se fía de lo más entrañable de su corazón si quiere enmendarse y servirte! ¡Oh, si dijeses Tú á los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal Capitán los que quieren entrar á servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien Tú eres basta para lo consolar! Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese; y por eso dices: *Yo soy, no queráis temer. Yo soy aquel que mato y doy vida; meto en los infiernos y saco de ellos.* Quiere decir: atribulo al hombre hasta que me parece que muere, y después le alivio y recreo y doy vida; meto en desconsolaciones, que parecen infier-

no, y después de metidos no los olvido; mas sácolos, y para eso los mortifico, para vivificarlos. Para eso los meto, para que no se queden allá; mas para que en la entrada en aquella sombra de infierno no sea medio para que después de muertos no vayan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy omnipotente, y os quiero librar, porque todo soy bueno, y os sabré librar, porque todo lo sé.

„Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo soy vuestro fiador, que salí á pagar vuestras deudas. Yo, Señor vuestro, que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas para engrandeceros si á mí quisiésedes servir, porque fuisteis con grande precio comprados. Yo aquel que tanto os amó, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros á innumerables tormentos de cuerpo y mayores de alma, para que vosotros os esforcéis á pasar algunos por mí, y tengáis esperanza de ser librados, pues tenéis en mí tal librador. Yo, vuestro Padre por ser Dios y vuestro primogénito Hermano por ser hombre. Yo, vuestra paga y rescate, ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedís suelta de ellas? Yo, vuestra reconciliación, ¿qué teméis ira? Yo, el lazo de vuestra amistad, ¿qué teméis enojo de Dios? Yo, vuestro defensor, ¿qué teméis contrarios? Yo, vuestro amigo, ¿qué teméis que os falte cuanto yo tengo si vosotros no os apartáis de mí? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre, ¿qué teméis hambre?

Vuestro es mi corazón, ¿qué teméis olvido? Vuestra es mi divinidad, ¿qué teméis miseria? Y por accesorio son vuestros mis ángeles para defenderos; vuestros mis santos para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita para seros Madre cuidadosa; vuestra la tierra para que en ella me sirváis; vuestro el cielo para donde vendréis; vuestros los demonios é infiernos, para que los halléis como á esclavos y cárcel; vuestra la vida, porque con ella ganáis lo que nunca se acaba; vuestros los buenos placeres, porque á mí los referís, y vuestras las penas que por mi amor sufrís; vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra corona; vuestra es la muerte, porque os será el más cercano paso para toda la vida.

Y todo esto tenéis en mí y por mí, porque ni lo gané para mí

sólo, pues que cuando tomé compañía con la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda. No sois pobres los que tantas riquezas tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no las queréis perder á sabiendas. No desmayéis, que no os desampararé, aunque os pruebe; vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá; vuestra flaqueza hace parecer más fuerte fortaleza; de vuestros pecados y miserias saco yo manifestación de mi bondad y de mi misericordia. No hay cosa que os pueda dañar si me amáis y de mí os fiáis.

" No sintáis de mí humanamente según vuestro parecer; mas en viva fe con amor, no por las señales de fuera, mas por el corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros para que no pongáis duda en ser amados, en cuanto es de mi parte, pues veis tales obras de amor de dentro. ¿Cómo negaré á los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino á los que me buscaban para maltratarme? Ofrecíme á sogas y cadenas que me lastimaban, ¿negarme he á los brazos y corazones de cristianos donde descanso? Dime á azotes y columna dura, ¿y negarme he á la ánima que me está sujeta? No volví la faz á quien me la hería, ¿y volverme he á quien se tiene por bienaventurado en la mirar para adorarla? ¡Qué poca confianza es ésta, que viéndome de mi voluntad despedazado en manos de perros, por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de mí, si los amo, amándome ellos! Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿Á quién desprecié que me quisiese? ¿Á quién desamparé que me llamase? ¿De quién huí que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué á los apartados y sucios.

Importuno yo á los que no me quieren; ruego yo á todos conmigo, ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor? Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo, mas encúbrolo por amor de mi criatura, á la cual ninguna cosa le está tan bien como no saber ella de sí sino remitirse á mí. En aquella ignorancia está su saber, en aquel estar colgada su firmeza, en aquella sujeción su reinar. Y bastarle debe que no está en otras manos sino en las mías, que son también suyas, pues por ella las di á clavos y cruz; y más son que suyas, pues hicieron por el provecho de ella más que las propias suyas. Y por sacarla

de su parecer y que siga el mío, le hago que esté como en tinieblas y que no sepa de sí; mas si se fía y no se aparta de servicio, librarle he y glorificarle he, y cumpliré lo que dije: Sé fiel hasta la muerte, y darte he la corona de vida.„ Hasta aquí son palabras de la carta, que declaran muy bien el intento para que se han traído.

CAPÍTULO VIII

De su penitencia y abstinencia.

Trató el santo Maestro Ávila su persona, no como pedían sus estudios y continuo trabajo de predicar y otros ministerios de almas que piden fuerzas robustas, mas como si solamente se hubiera ofrecido á Dios Hostia viva para pasar retirado en una celda, haciendo vida austerísima; porque verdaderamente excedió el rigor de los más reformados religiosos, y muchas personas cuerdas atribuyeron su falta de salud, supuesta su templanza y buena composición natural, al rigor con que trató su cuerpo; castigábale, reducíale á servidumbre, porque predicando otros no quedase él reprobado; domábale con cilicios, disciplinas, armas de esta milicia. En una carta que escribe á un sacerdote, que comienza *La enfermedad*, en que le da algunos avisos, le aconseja que antes de recojerse lea algún libro devoto, y también tome una disciplina; no aconsejó lo que él no hacía.

La falta de una comodidad ordinaria en las cosas precisas para la vida continuada por mucho número de años en un hombre de perpetuos estudios, y quebrantado de un púlpito ordinario, es penalidad tan grande, como lo sabe quien lo ha experimentado, si hay alguno. El santo Maestro Avila, profesando la pobreza en el rigor que hemos visto, expuesto á la Providencia divina, que tal vez prueba á sus más fuertes soldados, es cierto padeció terribles menguas y luchó continuamente con lo más duro de la necesidad y pobreza. Contaba el P. Molina que entraba algunas veces en su casa en Córdoba, cansado de predicar ó de acudir á otras obras santas, y le decía: *Hambre*

traigo, ¿tiene alguna cosa que darme de comer? Tan al caso vivía, tan descuidado de cosa tan necesaria á la vida.

Hermana muy familiar y conjunta es de la pobreza la abstinencia, porque el pobre no tiene manjares ricos, ni la abstinencia los consiente. Practicó toda la vida la extrema moderación que escogió para sí el Apóstol San Pablo cuando dijo: *Teniendo alimentos y con qué cubrirnos, estamos contentos.* Imitó nuestro segundo Pablo con rigor al primero. De la modestia de vestido hablamos en el capítulo IV tratando de su pobreza; no fué más costoso en los manjares; raras veces comía carne; su mantenimiento ordinario hemos dicho era alguna fruta, higos, pasas, granadas, hierbas ó cosas semejantes que se venden por las calles; decía *que la comida era sólo para conservar la vida, para servir á Dios, y no para ofenderle con glotonerías y demasías.*

Entró en su casa un sacerdote grave; vió los dos buenos compañeros, nuestro santo Maestro y al P. Juan de Villarás, sin mas ruido de ama ni criados; preguntando cómo estaban solos y quién les guisaba la comida, dijo el Venerable Maestro "que no se comía nada guisado; que bien lo pasaban con unas granadas ó naranjas que pasaban por la puerta; y que de esto cuidaba muy poco; que lo que lastimaba era que Nuestro Señor fuese ofendido con tantos pecados como se hacían."

Estaba tan firme en esta su gran templanza, que no le descomponían ocasiones en que suelen alargar algo la rienda aun los más austeros. Comiendo un día con los Duques de Arcos, sirviéndose á la mesa los platos que suelen en las casas de los Príncipes, el Venerable Maestro, con un donaire santo, comenzó á decir: *Venga la cocina, venga la cocina; y pasó con poco más.* Decía esto ordinariamente las veces que era convidado; en las comidas ordinarias con los suyos jamás dijo quiero esto ó lo otro; comía lo que le ponían delante no siendo cosa curiosa ó regalada.

Cenando en un convento de Santo Domingo le pusieron un plato con cierto manjar, en otro unas sardinas, que él holgara de comer acabado el primer plato; mas un niño que servía á la mesa, ignorantemente levantó el plato de las sardinas; acudió el santo Maestro con su acostumbrada mansedumbre, diciéndole: *Sea así como vos queréis.* Esta palabra tan sencilla y blanda es mucho de ponderar, porque declara cuán resigna-

do estaba este santo varón, que sin voluntad y tan ajeno de querer y nó querer, pues no se atrevió á decir á un niño: *Deja el plato;* porque siendo hombre el que servía, no había que maravillar tanto de no querer dar nota de que tenía gusto en algo; mas guardar esta moderación con un niño es lo que más admira.

Estando enfermo mitigaba algo el rigor; mas no en Cuaresma, que apretado de males muy pesados, nunca quiso comer carne; decía que predicando á otros no la comiesen, no había de dar contrario ejemplo. Y si sus achaques le daban lugar para predicar, aunque flaco y muy falto de salud, jamás quiso admitir el comer carne, esperando más las fuerzas de la Providencia de Nuestro Señor que de los medios humanos. Estando en Granada algo flaco y con necesidad de comer, la Marquesa de Mondéjar, viendo por una parte el fruto de sus sermones, y por otra el impedimento de la flaqueza, le dijo que le habían de obligar á comer carne en Cuaresma, porque no se perdiese lo más por lo menos, respondió *que el predicador testificaba y predicaba que hay favores y socorros de Dios sobrenaturales; que es razón que testifique por obra lo que dice con la palabra, fiándose en muchos casos de Dios, cuando de los medios humanos se siguen algunos inconvenientes que tienen apariencia de mal, como es comer carne en Cuaresma quien predica la abstinencia de ella.*

Confusión verdaderamente grande de los que por levísimos achaques, de ordinario imaginados ó temidos, quebrantan el precepto de la Iglesia con informaciones hechas por el amor desordenado de la vida, que muchas veces se pierde tempranamente en pena de lo poco que de Dios se fía. El santo Maestro Avila con rigurosa abstinencia llegó á la última edad; es Nuestro Señor dueño de la vida.

Bebía el vino muy templado; y probándolo por ver si estaba bastantemente aguado, examinaba primero lo que había de meter en casa para quedar perfectamente señor de sí y no faltar en sus estudios y ejercicios, para que, como aconseja San Jerónimo, después pueda el hombre leer y orar; demás que el santo Maestro aconsejaba que después de la refección ordinaria se tuviese silencio, considerando que suelen los hombres desmandarse en palabras ó porfías con el calor de la comida. Finalmente, su vivir fué un continuo ayuno.

El sueño fué moderado: desde las once á las tres de la mañana; la cama, como las demas alhajas, humilde; más bien compuesta, como dijimos. Las noches de los jueves y los viernes casi las pasaba en oración, y si tomaba algún sueño, jamás en cama, por haber padecido Cristo nuestro Señor tanto el jueves en la noche, y haber muerto el viernes. Tenía detrás de la cama unos haces de sarmientos cubiertos, porque no se viesen, con un paño; aquí se recostaba estas dos noches; esta devoción aconsejó á sus discípulos, y que ellos lo aconsejasen á otros. En la carta que escribió á un sacerdote, en que le da la instrucción que dejamos escrita en el libro I, casi al fin le dice así: *Jueves y viernes es bien dormir en alguna tabla, para acompañar al Señor, que padeció aquellos días.*

Y en el capítulo LXXII del *Audi filia,* aconsejando á la santa doña Sancha la meditación de la Pasión de Cristo por todos los días de la semana, remata así: "Y particularmente os encomiendo que en la noche del jueves toméis cuan poco sueño fuere posible, por tener compañía al Señor, que después de los trabajos del prendimiento y largos caminos á casa de Anás y Caifás, y después de muchas bofetadas, y burlas y otros males que le fueron hechos, pasó lo más de la noche muy aherrojado y en cárcel muy dura, y con tal tratamiento de los que le guardaban, que ni á Él vagaba dormir ni habría quien cesase de llorar si bien supiese lo que allí pasó; lo cual es tanto como San Jerónimo dice, que hasta el día del juicio no se sabrá. Pedidle vos á Él parte de sus penas, y tomad vos por Él cada noche del jueves alguna, en particular la que Él os encaminare; porque gran vergüenza es para un cristiano no diferenciar aquella noche de otras; y una persona decía que quién podría dormir la noche del jueves, y aun también creo que tampoco dormía la noche del viernes.„

Hasta aquí el santo Maestro Ávila. La persona que lo decía y hacía era el venerable varón. Así lo dice el P. Fray Luis de Granada tratando de los largos espacios de su oración; dice el gran orador: "Y en estas vigilias entraban las del jueves y viernes. *Ca*—decía él,—*que quién se acostaba y podía acabarla consigo de dormir toda la noche el jueves, habiendo sido preso en este día nuestro Salvador, y pasado tal noche, y el viernes, estando muerto, que no correspondía á la grandeza de este beneficio.*

CAPÍTULO IX

De la compostura y modestia exterior, y templanza en sus palabras.

Una de las cosas que hizo más admirable á este varón apostólico fué la modestia y compostura exterior de su persona; porque verdaderamente fué maravillosa; y al modo que del concierto de tantas ruedas y partes que componen un reloj da testimonio la muestra, así las innumerables virtudes que enriquecían el alma de este gran siervo de Dios, todas se descubrían en lo exterior de su rostro, en la compostura de sus ojos, en la templanza y moderación de sus palabras. Veíase en él una gravedad, acompañada de la humildad, mansedumbre, y de una blandura natural. No hay exageración que pueda bastantemente explicar la rara suavidad, la apacibilidad con que á todos oía, la caridad con que satisfacía á todas las preguntas que le hacían, el afecto amoroso, el gusto con que acogía aun á los más extraños; mas en esta apacibilidad de palabras puso Dios tanta eficacia y virtud, que con ellas convirtió, redujo y levantó á grado de perfección á inumerables almas. Sus palabras eran todas muy cuerdas, muy ejemplares y de grande edificación para los prójimos, sin que jamás saliese de su boca palabra que fuese menos grave; juntó la humildad y gravedad con singular y peregrina modestia; finalmente, era mirar un Apóstol, y su vista componía aun á los más distraídos.

Su semblante siempre el mismo; y entre tanta variedad de negocios y de personas con quien trataba, nunca mudaba la

constante serenidad de su rostro; parecía haber llegado á tener una participación de la inmutabilidad de los bienaventurados; procedía esto del recogimiento y composición del hombre interior, que redundaba en el exterior; porque á no tener tan firmes raíces dentro, fácilmente se alterara, y destemplara y mudara con tanta diversidad de negocios y sucesos que se ofrecían. Andaba tan en presencia de Dios, que aunque estuviese en negocios de mucha importancia, nunca la perdía.

Acaeció estar diez ó doce días en el Colegio de la Compañía de Montilla, y nunca, en todo este tiempo, perdió esta acostumbrada mesura y suavidad; notó esto uno de los Padres del Colegio; pensó que esta mesura y gravedad la conservaba allí por darles buen ejemplo, y así lo dijo á uno de sus discípulos; mas él le desengañó, diciéndole que esto era perpetuo en el Venerable Maestro Ávila en todo tiempo y lugar; de modo, que aun andando por su casa, y lo que más es, estando enfermo en la cama ó encerrado á solas en su aposento, siempre conservaba esta misma serenidad y gravedad tan grande en el hábito que tenía adquirido.

La mensura y compostura de sus ojos fué un milagro, y era cosa rarísima el verlo ir por las calles. Yendo en Córdoba en la procesión del *Corpus* con una vela en la mano, iba con tan grande mesura y gravedad y tan rara modestia, que un caballero principal de esta ciudad se arrodilló y le besó la mano. Era su aspecto venerable y tan compuesto que apenas levantaba los ojos. Practicó la doctrina de San Vicente, que aconseja que el Religioso no extienda la vista más de cuanto ocupa la estatura de un crucifijo; así lo guardó el Venerable Maestro Ávila, porque poco más que éste extendía comunmente la vista. Dijimos á otro propósito que en Córdoba entró con un sacerdote, amigo suyo, en un jardín muy ameno, donde había muchas cosas que mirar y admirar; el Venerable Maestro ni mudaba semblante, ni aquella hermosura, pompa mayor de la naturaleza, atrajo á sí los ojos; tan enfrenado tenía este sentido indómito.

La templanza y gravedad de sus palabras fué admirable; donaire nunca se vió en su boca, y así entendía aquellas palabras del Apóstol: *Scurrilitas quae ad rem non pertinet*. Explicábalas así, que palabras de chocarrería no pertenecían á la gravedad del instituto cristiano. Afirmaba el P. Alonso de Mo-

lina que habiéndole conocido y tratado muchos años, nunca le oyó una palabra ociosa; y el P. Juan de Villarás, que en más de treinta años que le trató, dieciseis de ellos en una casa, nunca le vió reir; y el sonreir era tal, que, como dice San Bernardo, más tenía necesidad de espuelas que de freno. No consentía que en su presencia se hablase de manera que la fama ajena padeciese el más ligero daño; y si alguna persona se desmandaba en esta parte, impedía con brevedad la plática; y dando una palmada en la silla, decía: *Basta, démosle treinta días de término para que responda por sí.*

No permitía aun que se sospechase mal de una persona. Estando un día en conversación con unas personas espirituales, comenzó á cantar una vecina con voz muy alta, que no les dejaba entender; el santo Maestro, previniendo á los oyentes para que no juzgasen mal, dijo con gran sinceridad: *Sirve esta doncella con alegría á Nuestro Señor.*

Fué muy cortés con todos, y decía que la santidad y urbanidad corren parejas. A Príncipes seglares trató con notable cortesía; tal vez se juzgó á exceso. Diciéndole sus discípulos que por qué había hecho una humillación demasiada á cierto Duque, respondió: *Quieren paja, démosle paja.* Con cada uno usaba del cebo que gustaba para ganarle.

Esta su compostura y gravedad, mezclada con humildad, suavidad y alegría, causó admiración tan grande en el P. Fray Luis de Granada, habiéndole comunicado muchos días continuados en una misma casa, en una mesa, que afirmaba que no vió en él una hora más que otra; y aun en acabando de comer, en que suele la lengua desmandarse en palabras alegres ó risas, no vió en él otro semblante que el que se ve en un hombre que sale de una larga y devota oración; lo cual dice no podía perpetuamente conservarse si no fuera por el recogimiento y unión interior que tenía siempre con Dios, con la cual procuraba tener siempre el horno de su corazón caliente, y para que al tiempo del recogimiento no fuese menester mucha leña de consideraciones para meterle en calor.

Esta compostura de su rostro tan severa, humilde y alegre era de suerte, que cuantos le miraban se compungían y aficionaban á darle la obediencia y seguir sus consejos. Tuviéronle los que le comunicaron una singular reverencia; y todos los señores y Prelados con quien trataba le veneraron y respeta-

ron grandemente, porque su rostro era un sobrescrito que declaraba lo que en el hombre interior estaba secreto. Decían algunos: este hombre con sólo verle nos edifica.

Algunos de sus discípulos fueron eminentes en esta mesura y compostura santa, y salieron muy parecidos á su Maestro.

CAPÍTULO X

De la virtud de la castidad.

La castidad del Padre Maestro Ávila fué como de ejemplar, quiero decir, de persona que puso Dios en su Iglesia por ejemplo y dechado en que se mirasen muchos y por él se gobernasen. Cuando la divina Providencia, para gran bien del mundo envía algún varón santo para reformador de algún estado, ó para plantar alguna virtud ó reparar algún abuso, ó para que sea ejemplo del gobierno sobre las virtudes que concurren todas en los santos, campea en particular aquella para cuyo magisterio les puso Dios en su Iglesia. El Seráfico P. San Francisco fué ejemplar de la pobreza y humildad; Santo Domingo, de la predicación evangélica; San Luis, para que entendiese que pueden ser los Reyes santos; San Carlos fué modelo á los Prelados en el gobierno de la Iglesia; San Pedro de Alcántara, de la penitencia; admiramos en estos Santos, y en otros que pudiéramos traer para este intento, aquellas virtudes particulares para que fueron ejemplo.

Dió nuestro Señor al santo Maestro Juan de Ávila á los sacerdotes, *de especial en estos reinos,* por maestro y guía del estado clerical; alabamos en él todas las virtudes que adornan un perfecto sacerdote; mas como la castidad y la limpieza de alma y cuerpo es la virtud más propia y que más adorna á los profesores de este estado, y es el ornamento máximo, el honor, la gloria del sacerdocio católico, nuestro Señor concedió al venerable Maestro esta virtud en grado heroico; resplandeció en él con tan notable excelencia, que arrebató los ojos y admira-

ción de todos, y el santo varón, conociendo su importancia, por ventura fué en la cosa en que puso más intenso cuidado y más vigilante desvelo.

Túvose por cosa cierta que fué virgen, y es fácil de persuadir esta verdad al que con atención hubiere leído el discurso de su vida. Tomóle Dios para sí desde la cuna; previnole con bendiciones de dulzura desde los primeros años; con él nacieron, con él fueron creciendo el recato, la penitencia, la severidad de costumbres, el uso de sacramentos; no halló entrada el enemigo; estaba defendido de tantos baluartes; escogióle Dios para predicación de la castidad y maestro de las vírgenes; enamoróse de esta virtud sobre manera, para que tomando tan desde los principios la corriente, fuese el amor mayor, más poderoso el afecto.

La virtud de la castidad en el santo Maestro Ávila fué rara, fué admirable, fué angélica; en el mirar, en sus palabras, en toda la compostura exterior parecía la castidad misma; comunicaba en la naturaleza con los hombres, en la pureza con los ángeles, sin que jamás se le oyese palabra que fuese menos recatada ó advertida. Es maravillosa en sus libros tocando en materias de castidad; el río de su elocuencia divina va creciendo más claro que el cristal, mayormente hablando con sacerdotes de la pureza y castidad que deben tener para cumplir con las obligaciones de su estado; remontóse sobre sí mismo, y la grandeza del afecto da aumentos á la elocuencia. Algunas cartas hay para vírgenes, exhortándolas ó á emprender ó á perseverar en este estado; dictaba la castidad, el Maestro Juan de Ávila escribía; y en el libro de oro del *Audi filia* por muchos capítulos habla de esta virtud y del vicio su enemigo, con tan gran magisterio, con tal conocimiento de la materia, que se muestra su cuidado en la conquista de esta virtud, la destreza en pelear con su contrario, la vigilancia en su conservación.

Fué predicador de la castidad, mostrando los deseos que tenía de que todos la guardasen; fueron grandes las conversiones de personas entregadas al vicio sensual, que vivieron no solo casta, mas ejemplarmente. Redujo á muchas doncellas á que se consagrasen á virginidad perpetua; sus palabras tan vivas, salidas de un pecho casto, infundían castidad. Fué tan eminente en esta virtud, que jamás, por enemigos que tuvo, padeció calumnia en ella y fuera cierto valerse de esa nota, si

la hubiera, aun imaginada, en un hombre que predicaba de las verdades que duelen; mas el gran crédito de su castidad enmudeció á la intención más depravada.

El recato en el trato con mujeres fué grandísimo; por grave que fuese la persona, de cualquier edad y buena fama, habiendo de hablar ó tratar con él cualquier negocio, jamás consintió pisase los umbrales de su casa: siempre era en materias de conciencia, remitíalas á la Iglesia; allí las hablaba, y no en confesonario; si acaso era negocio, sentábase con ellas en un banco raso á vista de la gente; oíalas, y con suma brevedad las despedía; acrecentaba la compostura en los ojos; mostrábase más severo en el semblante, grande la concisión en las palabras, y aquella su mesura que dijimos, en estas ocasiones se afinaba.

Teníanle todos en opinión tan grande, que jamás en su presencia se atrevió hombre humano á hablar ó hacer ademán que no fuese honestísimo; y cualquier descuido que se cometiese lo reprendía ásperamente. Componía su presencia los concursos de los hombres y mujeres en verle pasar por una calle ó entrar en la iglesia, haciendo con un mirar lo que no alcanzan mandatos y censuras. Enseñó este espíritu á sus discípulos, hubo alguno que arriesgó tal vez la vida por volver por la honra de Dios, reprendiendo con un celo de Elías unos personajes graves, que con poca modestia hablaban con mujeres.

Esta virtud de la castidad plantó en sus verdaderos discípulos con tan hondas raíces, con tan continuo riego de doctrina, que dió copiosos frutos; por ella sola los podían conocer, pues á imitación de su gran Maestro eran recatadísimos, y muchos de ellos se servían de hombres ó de amas tan ancianas, que cesase todo inconveniente. Algo tocamos de aquellos primeros padres fundadores del Estudio de Baeza; fueron ejemplo raro de castidad y recato; hablamos de la virginidad del venerable Diego Pérez y del Maestro Noguera; todo fruto de la continua enseñanza del Venerable Maestro Avila, del ejemplo de la vigilancia que en él veían. Aconsejábales fuesen recatadísimos en la comunicación con mujeres; que le imitasen en aquel modo de hablarlas en la Iglesia, y si en el confesonario, con poquísimas palabras, y las que solamente pidiesen la necesidad de la materia.

Habíale enseñado la experiencia de muchos años y continua práctica del confesonario, que muchas mujeres principales, no

atreviéndose á desdecir de su honor, gastan mucho tiempo parlando con los confesores, satisfaciendo en esto á su apetito, y tomando esto por sensualidad, y se acusaban de ello; esto le hizo recatado, y así aconsejaba á sus discípulos obviar por estos inconvenientes la breve comunicación del confesonario: que se diga lo preciso y con cautela, no salte alguna centella. Lo mismo aconsejó á Doña Sancha Carrillo en algunos capítulos, y en ella á todas las almas castas y que desean evitar peligros (en todo lo hay si falta la advertencia); trata del modo de confesarse y portarse en estas ocasiones en que le imagina algún riesgo. El venerable Diego Pérez, en el libro de *Aviso de gente recogida*, hace un largo tratado del peligro que es la imprudencia en la confesión.

Cuéntase en las informaciones de su vida que cierto sacerdote forastero le vino á pedir consejo si tendría en su casa una ama que fuese de mucha edad; respondióle *que otro día por la mañana le daría la respuesta, y que fuese aquella noche su huésped.* Ordenó al criado que le servía que en el manjar que les diese de cenar echase algo más de sal de la ordinaria, y retirase las vasijas del agua que tenían su puesto conocido, y que dejase en una vacía grande el agua que lavase el vidriado con que servía la mesa. Despertó el huésped, pasada parte de la noche, fatigado de la sed; fuese á buscar agua; no la hallando en los cántaros, echóse á beber en la vacía, sin reparar si estaba limpia ó sucia, y satisfizo su sed. Preguntóle el Venerable Maestro *cómo le había ido.* Contó el huésped lo que le había pasado; entonces el santo varón le dijo que eso le daba por consejo, que es el apetito tan bruto, y tal vez tan desenfrenado, que se abalanza á la torpeza sin reparar en deformidades; y así cuando no hay gran seguridad en la persona, juzgaba por inconviente el tener mujer en casa; que esto le daba por consejo; así lo cuentan; es la doctrina, por lo menos, cierta.

Todas las personas, y son muchas, que han depuesto en su causa en Montilla, donde el santo Maestro vivió de asiento algunos años (en las demás ciudades fué siempre peregrino) contestan casi todos en estas palabras: Fué grande su recato; jamás se le oyó palabra que no fuese muy casta y honesta, ni permitía se pronunciase ó dijese en su presencia. Dió raro ejemplo á los sacerdotes en el modo con que vivió. Su casa parecía un convento muy observante, á puerta siempre cerrada; al que

llamaba respondía de dentro un criado, *Deo gracias*, y sabiendo el recado le llevaba al santo Maestro Ávila, y si daba licencia entraba la persona; y no consintió entrase mujer ninguna por su puerta; y las que iban por consejo ú otra necesidad, las remitía á hablarlas en la iglesia; allí las daba audiencia, nunca á solas y aparte.

Fué recatadísimo en la vista; traía los ojos de tal manera bajos, que componían á los que le miraban, aunque fuesen personas distraídas; y cuando venía por la calle, los que le veían venir de lejos, decían: *El Maestro Ávila viene, mudemos de conversación;* y así lo hacían, y se componían en lo exterior, y decían de él grandes alabanzas, ponderando su santidad, modestia, compostura y buen ejemplo, diciendo: "Este es verdadero siervo de Dios; todo es predicar con palabras y obras." Quedó como proverbio en Montilla, si alguno reprendía alguna falta ó vicio á otro, decir: *Mirad quién reprende: ¿es por ventura el gran Maestro Ávila?* Dando á entender que él sólo pudo reprender, por no haber cometido cosa digna de reprensión.

CAPÍTULO XI

Del don de consejo y su prudencia.

Tuvo este santo varón con singular alteza los dones de consejo y discreción de espíritus, con una prudencia más que humana, y por eminente en esta ciencia fué conocido y tenido en toda España de todas las personas santas que en su tiempo florecieron. Estos atributos fueron como debidos á la facultad y oficio que profesó de perfecto predicador, y guía y padre de almas, á quien habían de ocurrir innumerables casos en que era forzoso valerse de estos dones.

Fué un oráculo en su tiempo; acudían á él de muchas partes á pedirle consejo y determinación en dudas de conciencia y de otras muchas materias. Pudo decirse por él lo que la *Escritura Santa* de Aquitofel, aquel gran consejero de David, aunque de diferente virtud, que era tal su consejo que se acudía á él como si se consultara á Dios; y por ventura de ningún santo se dicen tantos casos en que con tan gran acierto aconsejase lo conveniente. Dióle Nuestro Señor una excelente y singular prudencia y una maravillosa virtud en conocer las inclinaciones, sujetos de personas que le comunicaban y pedían consejo, mayormente sobre la elección de estado, ó eclesiástico ó seglar, mostrando la experiencia que los que no habían seguido su consejo se habían perdido. Sus consejos, como veían por el efecto, no eran consejos de hombre, sino del Espíritu Santo.

Fué, sin duda, la persona más consultada que hubo en España en su tiempo; y por no faltar á tantas cartas, que sobre

todas materias se le escribían, usaba de esta providencia, que tenía en su aposento un ovillo hincado con clavos á trechos en la pared, con los títulos de las personas y ciudades de donde le escribían; y así trabajaba por satisfacer á todos. Otros acudían por oir alguna palabra de edificación; y por este concurso tan continuo dijo una persona discreta que este gran varón entre los siervos de Dios era como señor de salva, por la mucha gente que con él negociaba y pendía de su consejo; porque de más de cien leguas venían á él para determinarse en el estado y manera de vida que tomarían; á unos aconsejaba que fuesen religiosos de esta ó de aquella religión; á otros que se casasen; á otros que tomasen órdenes sacras ó quedasen solteros, ó de otra manera ó ejercicio de vida, según la información que le daban.

Finalmente, este don de consejo fué el más particular que se ha visto ni leído en historias eclesiásticas; porque á los que aconsejó el estado que habían de tomar para alcanzar la salvación ó la perfección, parece que un ángel se lo había aconsejado; y perseveraban en aquel puesto que el santo Maestro les señaló por cuarenta y cincuenta años, como si fuera el primer día que este varón prudentísimo les había dado aquel consejo. Ya admiramos la gran perseverancia de aquel devoto sacerdote de Córdoba, que permaneció tantos años en el hospital de San Bartolomé, sin que la edad ni el tiempo le sacasen de aquella penosa ocupación, sólo por habérselo aconsejado su buen Maestro.

Fueron innumerables los casos y sucesos en hombres que, sin conocerlos, de sólo una vista les decía este varón iluminado lo que debían hacer, con tanto acierto, que fueron varones insignes en las religiones y fuera de ellas, y lo que es más de admirar, que muchas de las personas que venían á pedir consejo para tomar estado, viniendo inclinados á casarse, les aconsejaba que fuesen religiosos; y otros con ánimo de entrar en religión, les decía se casasen. Ninguna persona le consultó é hizo lo que le ordenaba que errase; fueron muy acertados sus consejos, y todos los que le siguieron vivieron alegres y contentos, fueron muy virtuosos, dieron buen ejemplo y dejaron loable fama. Movió con su consejo á muchas personas para obras grandes del servicio de Dios; emprendieron muchos animosos la perfección, que consiguieron felizmente.

No vimos pocos ejemplos de esta verdad tratando de sus

discípulos; los más ó todos eligieron estado por su consejo, siguieron sus pisadas, fueron hombres eminentes; dijo á muchos estudiasen latinidad y se hiciesen sacerdotes, intento á que por la edad y modo de su vida precedente repugnaba la prudencia; el suceso mostró que un espíritu divino movía aquella lengua.

Vino de las Indias D. Pedro de la Cerda con grande hacienda, que gastaba más como mozo que como indiano; súpolo el Venerable Maestro Ávila, y por todos caminos procuró su reducción; persuadióle que era mejor gastar su dinero con pobres que con mujeres. Fué una de las más raras mudanzas la de este caballero, que se vió en Granada; empleóse en ejercicios de todas obras buenas. Resolvió ser Religioso, en que no vino el Venerable Maestro Ávila, antes hizo se casase; procedió en este estado santamente; y dos hijas que en él tuvo las dedicó á Dios, aunque muy ricas. Fué larguísimo en limosnas; llevaba á sus hijas, cuando crecidas, á las casas de los pobres enfermos vergonzantes; dábales en su presencia limosna para que ellas hiciesen lo mismo con las Religiosas menesterosas; murió ejemplarísimamente, fruto de los consejos y dirección del Venerable Maestro Ávila.

Un mancebo de Córdoba le fué á consultar si sería ermitaño; estaba muy inclinado á este modo de vida, y aun persuadido tenía vocación de Dios y señales de ello. El santo Maestro Ávila dijo no le convenía. Entristecióse el mozo y le pareció que el consejo no era bueno; discurrió porfiadamente, llevado por ventura de alguna melancolía. El santo Maestro le respondió con brío: *Numquid tantum est Deus solitariorum;* poco después perdió el juicio.

En otra ocasión le consultó una persona sobre cierto negocio, y no le agradó su respuesta; mas al día siguiente este hombre se confesó y comulgó, y acabando de comulgar, estando recogido, sintió que interiormente le decían: *A mí tu voluntad y á mi siervo tu parecer; y esto no es engaño.* Entendió el hombre esto, y otro día fué al Venerable Maestro á pedirle se determinase en lo que le había de aconsejar, porque él venía determinado á cumplirlo, y no le dijo por entonces nada de aquel movimiento que había sentido en su corazón; mas después se lo vino á declarar. *Este caso pone el P. Fray Luis de Granada.*

Estando un día en oración llamó al P. Villarás, y le dijo:

Si llegare algún hombre á preguntar por mí, aunque esté recogido llámeme. Era esto fuera de su estilo, porque las horas que tenía señaladas para la oración no se habían de interrumpir por graves negocios que se ofreciesen. Poco después llegó á la puerta un hombre que venía de camino; preguntó por el Venerable Maestro; entró, y hablóle: después de haber salido, dijo el forastero: "Yo he venido desde Roma á tomar parecer con el Venerable Maestro Ávila del estado que me conviene tomar para que mi alma se salve, y me ha dicho algunas cosas cerca de dudas que yo tenía, que sólo las sabía Dios y yo „ Después de ido, dijo el santo Maestro al P. Villarás: *Lástima tengo á este hombre el trabajo que ha pasado; pero será Dios servido no sea perdido; hemos de acudir unos á otros.*

El Dr. Pedro López, natural de Valladolid, médico insigne del Emperador Carlos V, vino desde Alemania hasta Andalucía á poner en manos del santo Maestro Ávila su persona y hacienda para que dispusiese de ello como entendiese ser más agrado y servicio de Dios. Estaba persuadido que con su rara prudencia y luz que Nuestro Señor le daba acertaría en lo que acordasen. El santo Maestro le aconsejó que hiciese asiento en Córdoba, y fundase un colegio de estudiantes, donde se criasen buenos sacerdotes. „ Vino fácilmente en ello; hízose un muy bastante edificio cercano al colegio de la Compañía de Jesús, á cuyo estudio acuden los colegiales, y están al gobierno de los Padres. En esta obra tan santa empleó toda su hacienda y gajes que tiraba del Emperador, y grandes ganancias que hizo con señores de Andalucía. Vió y gozó de esta fundación en vida, que son las obras pías que se logran y favorece más Dios, y después de muchos años murió santamente.

Siendo mozo el Ilmo. Cardenal Toledo, le consultó la facultad que estudiaría; él se inclinaba á la Jurisprudencia, para socorrer á sus padres, que necesitaban de su ayuda; el santo varón le aconsejó que estudiase Teología, que su ingenio era aplicado á esta ciencia, y le aseguró que había de lucir en esta facultad. Envióle á Salamanca, donde le acudió con los alimentos necesarios; el suceso mostró el acierto del consejo en la eminencia y letras de este gran Cardenal.

Residiendo en Montilla vino un forastero á pedirle consejo en un negocio importante; preguntando en la posada por la casa del Maestro, le dijeron que estaba para predicar en la igle-

sia parroquial; fuese á oirle; en acabando el sermón, salió diciendo: *El Venerable Maestro parece me había leído el corazón, y sabía lo que venía á consultar; en el sermón me ha respondido á las dudas que traía y satisfecho á mi deseo; vuelvo muy contento, mayormente por haber oído predicar á un varón santo.*

Vivía en Montilla un Diego López, hombre virtuoso; tuvo intento de hacerse Religioso; consultólo con el Venerable Maestro Ávila; no le salía á ello; él porfió en su intento; negoció le recibiesen en el convento del Tardón, aquel gran santuario que está en Sierra Morena, de que hablamos; fué á despedirse el buen hombre el día de su partida del Venerable Maestro Ávila; pidióle consejo de cómo se había de haber; el santo varón le dijo: *Vaya, hermano; cuando venga se le dirá lo que ha de hacer.*

Tomó el hábito; á los dos meses cargaron sobre él tantas enfermedades, que le fué forzoso dejarle; y vuelto á Montilla visitó al venerable Maestro Ávila; holgó de verle, y le dijo que no le convenía el ser Religioso, que su vocación era estado de continente, que no se casase, que tomase algún oficio honesto de manos para sustentarse; hízolo así; vivió con mucha virtud y buen ejemplo.

Tuvo el santo Maestro en su servicio á Juan Rodríguez, hombre virtuoso; el año último de su vida, pocos meses antes que muriese le dijo: *Hermano Juan, yo le puedo aprovechar poco en poco tiempo; y así le aconsejo, si quiere servir mucho á nuestro Señor, tome estado de religioso, que en él se honrará á Dios; y esto le conviene para salvarse.* Juan Rodríguez siguió este consejo; tomó el habito, y profesó en la sagrada religión de Nuestra Señora del Carmen; resplandeció en toda virtud, y fué muy observante Religioso, y estimado en su religión, y con el tiempo fué Provincial en la Andalucía; cumplióse á la letra lo que el santo Maestro le predijo.

Vivían en un lugar cerca de Montilla dos casados afligidos porque en ocho ó diez años de matrimonio no habían tenido hijos; resolvieron de hacerse Religiosos; fueron á consultar su determinación con el venerable Maestro Ávila; discurrió con ellos en la vocación; díjoles que se volviesen á su casa, y encomendasen á Dios sus deseos, y que de allí á dos meses volviesen á darle cuenta de cómo les iba de propósitos; hiciéronlo así; á poco más de un mes volvió el marido muy alegre de que se

sentía en cinta la señora. El santo Maestro le dijo: Hermano, vaya con Dios, haga vida conyugal, que eso le conviene para su salvación. Exhortóle á que sirviese á Dios con su mujer en aquel estado, y que al hijo que naciese, que sería varón, le criasen con cuidado en el santo temor de Dios y buenas costumbres, porque sería Religioso, y hombre de letras y gobierno; sucedió así como lo dijo.

No puedo dejar de referir con ternura las admirables virtudes, loables trabajos y sudores del venerable P. Juan del Aguila, de la Compañía de Jesús, maestro y guía de mis primeros años; merecían mejor pluma; suplirá por la elocuencia el afecto. No trato de la nobleza de su casa, que la dejó por Cristo, donde mejoró de calidad, siendo la suya tan buena.

Residiendo en Salamanca, graduado de licenciado en derechos, oyendo un sermón al P. Dr. Juan Ramírez, aquel varón apostólico de quien tan cortamente hablamos, se movió de manera, que quitándose el cuello de la lechuguilla, le fué siguiendo llorando; trató de mejorar su vida y mudar de pretensiones; comenzó á emplearse en obras de caridad, hasta hacer en su casa un hospital de hasta treinta enfermos, á quien curaba y servía. Dejando la facultad primera, se puso, ya hombre, á estudiar Artes, é inflamado en deseos de mayor perfección, tomó para su acierto por intercesora á la Vírgen Santísima. Fué en peregrinación á Guadalupe y otros santuarios; anduvo por diversos monasterios, mirando el modo de vida que más ajustase á sus intentos, en que anduvo á pie más de doscientas leguas; y como por este tiempo llenase á España el gran nombre de la santidad del Venerable Maestro Ávila y el singular don que tenía de Dios para encaminar las almas en el estado de vida que á cada uno convenía, acordó ir á Andalucía á tomar consejo del Venerable Maestro Ávila; dióle cuenta de sus intentos; aconsejóle entrase en la Compañía de Jesús, con que tuvo por cierta su vocación.

Dió la vuelta á Salamanca; allí recibió el hábito de esta sagrada religión, donde vivió tan tamente ocupado en los ministerios que profesa. Después de haber sido Rector en Valladolid y Medina del Campo, vino á vivir á Madrid, donde fué el empleo de sus mayores trabajos. Tenía partida la semana, sin tener un día de descanso, en cárceles, hospitales y escuelas de niños; hablo como testigo de vista de muchos años. Dióle

Nuestro Señor particular talento para enseñar la doctrina á los niños, y por ventura en este ministerio fué de los más eminentes que tuvo su religión. Tenía una voz de bronce, una gracia y agrado extraordinario, que hacía más amable lo venerable de la persona. Predicaba todos los domingos en la plaza por la tarde. Las fiestas y los jueves, que no había estudios de latinidad, en compañía del P. Miguel de Reino, inseparable compañero suyo, varón digno de memoria eterna por sus solidísimas virtudes, iban á hacer la doctrina, ya á una, ya á otra parte, y las más veces por los arrabales de la villa.

Sacaban los niños de una escuela, iban cantando la doctrina á la primera plazuela; allí la enseñaba y predicaba, á que se juntaba mucha gente; en esto se empleó muchos años con edificación grande de la corte, y el Rey D. Felipe II deseó oirle; su grandeza y achaques no dieron lugar á ello. Dábanle personas devotas algunas limosnas para el agasajo de los niños; ocupado en estos ministerios le halló la muerte; pasóle á mejor vida á 25 de Mayo del año de 1599, á los setenta y tres años de su edad. *Probó bien el suceso el acierto del consejo del santo Maestro Avila.*

No daba estos consejos acelerada y repentinamente, mas con gran madurez y advertencia; porque ordinariamente en todas las preguntas de cosas graves siempre acudía á la oración, y la pedía también á la persona que pedía el consejo; porque como prudente y visto en las sagradas Escrituras, sabía que estaba escrito que los pensamientos de los mortales son temerosos, y sus providencias inciertas y dudosas; y que dijo Salomón, que es grande la aflicción del hombre, porque ignora las cosas pasadas, y por ningún mensajero puede tener noticia de las venideras. Entendiendo, pues, esta verdad el varón prudentísimo, y que el suceso de los negocios que se esperan y están por venir nadie sabe cuál será sino solo Dios; tenía por cosa peligrosa dar parecer en cosa alguna sin encomendarlo mucho á Nuestro Señor, así por su parte, como del que pedía el consejo; y para esto traía aquellas palabras del Rey Josafat, que viéndose en un aprieto, hablando con Dios, decía: *Como no sabemos, Señor, lo que nos conviene hacer, sólo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á Vos.* Por defecto de esta diligencia engañaron á Josué y á los Príncipes del pueblo los Gabaonitas; de la oración y de la luz particular

que en ella le daba Dios, nacieron los aciertos de los consejos del Venerable Maestro Ávila, á que ayudó su prudencia, que fué la que veremos.

La prudencia del Venerable Maestro Ávila fué celestial, y más rara y en más heroico grado de cuantos se han conocido ni oído en nuestros tiempos, ni en muchos de los pasados; y manifiestamente parecía sobrenatural y divina, porque la presteza y destreza tan general, con aciertos tan grandes en todo género de materias, pedían causa muy superior, como era el Espíritu Santo, que gobernaba á este apostólico varón. Fué su prudencia por todas maneras excelente en todo y para todo: decía el Conde de Feria, D. Pedro Fernández de Córdova y Figueroa, que si le preguntaran quién era bueno para Rey, dijera *que el Maestro Ávila;* quién bueno para Papa, *el Maestro Ávila;* quién bueno para capitán, *el Maestro Ávila;* quién bueno para asistente de Sevilla, *el Maestro Ávila;* y es común sentimiento de hombres doctos y espirituales, que el don de sabiduría y consejo que tuvo el santo Maestro Ávila fué de lo muy raro que ha habido en la Iglesia de Dios.

En el tiempo en que vivió en Montilla la Marquesa Doña Catalina, gobernó sus Estados de Priego y Aguilar por el consejo y prudencia del Venerable Maestro Ávila con singular paz, quietud y satisfacción de sus vasallos; llamaban aquel tiempo el *siglo de oro;* estuvieron los vasallos ricos, prósperos y obedientes; excusábanse pecados; castigábanse los públicos; remediábanse los secretos, y esto con gran caridad. *Es mayor felicidad de los Príncipes buenos lados; enferma muchas veces la salud pública de dolor de costado.*

Tuvo tan gran concepto de la prudencia y consejo del Venerable Maestro Avila D. Pedro Guerrero, Arzobispo de Granada, que habiendo de ir al Concilio de Trento, donde este insigne Prelado mostró sus grandes letras, santidad y talento, le deseó llevar consigo; excusóse el Venerable Maestro con sus grandes enfermedades; *dióle un memorial con avisos soberanos para reformación de la cristiandad, en especial del estado eclesiástico,* refiriéndolos en sus ocasiones á los Padres del Concilio, los recibieron con aplauso, y el humilde Arzobispo dijo llanamente *ser del Padre Maestro Avila.* Cuentan también que le escribieron cartas para que informase en diferentes materias; tan grande fué el concepto que se tuvo de su consejo y prudencia.

Sea última prueba de su prudencia un consejo que importará á muchos el tomarle. Aconsejaba comunmente á todos el huir ocasiones, en que son pocos los cuerdos. Tuvo amistad con D. Juan Manuel, caballero de los más principales de Córdoba; decíale muchas veces: *Sr. D. Juan, si quiere ahorrar dineros y pecados, haga casa y vivienda en el campo.* Tomó el consejo; hizo algunas en diferentes partes, donde se recogía, y afirmaba le había sido el consejo de gran provecho.

CAPITULO XII

De la gracia de discreción de espíritus y don de profecía.

Esta gracia de discreción de espíritus, dicen los que tratan de ella que es especie de profecía y un don muy escelente y de mucho provecho en la Iglesia. Dale Nuestro Señor comunmente á personas que gobiernan almas. El oficio de esta gracia es discernir si la moción interior es inspiración de Dios ó del buen ángel, ó inspiración del demonio, ó moción del propio espíritu ó alma del hombre, conociendo por los efectos y otros principios y reglas, y principalmente por una luz superior, el origen verdadero de lo que pasa en el alma. Y asimismo juzga de muchas obras, que en la apariencia pueden ser muy buenas, y proceden de muy torcido principio.

Tiene también por oficio sobrenatural y maravilloso el penetrar y conocer los pensamientos que están más secretos y escondidos en el corazón, y ver como con los ojos corporales lo que en aquel secreto retrete pasa, y juzgar por aquí los quilates de oración y perfección que una alma tiene. Este don no reside siempre en el alma, sino al tiempo que Dios es servido; porque en las ocasiones que son de su gloria y voluntad, suele ilustrar con luz sobrenatural el entendimiento de sus amigos, para que, mediante esta luz, conozcan tan grandes secretos.

Es cosa certísima que tuvo con singular alteza el Venerable Maestro Ávila este don de discreción de espíritus, y esta luz extraordinaria y grande. En esta opinión fué tenido y conocido en toda España de todas las personas santas de su tiempo. Varios testimonios de esto pondremos más adelante cuando escri-

bamos los elogios del santo Maestro Ávila; baste por ahora el del P. Fray Luis de Granada, que afirma haberle tenido, y que podía referir varios casos en que declaró con una luz admirable no ser de Dios muchas cosas que en la apariencia se tenían por buenas; de esta verdad quedaron estos sucesos.

Acudía á la capilla de la Vera Cruz de San Francisco de Córdoba un hombre de exterior bueno; la continuación y el tiempo que gastaba en oración le dieron fama de santo; del ademán y elevamiento creían todos estaba arrobado; estando en esta postura llegó el santo Maestro Ávila, y tocándole con la mano en voz baja le dijo: *Hermano, déjese de eso; mire que le entiende Dios; deje ficciones, vaya á la verdad.* Levantóse el buen hombre como víbora pisada y furioso; con una cólera grande y no menor soberbia, le dijo: "Mal cristiano, demonio, inquietador de los siervos de Dios que estan en oración, ¿qué me quieres?„ Tras esto le cargó de otras injurias, con que se descubrió hasta dónde llegaba la santidad del hipócrita. El Venerable Maestro llevó las palabras con gran modestia y mansedumbre.

Magdalena de la Cruz, monja de Córdoba, ocupaba la primera opinión de santidad de España; es cierto que le llevaron los primeros paños y mantillas del Príncipe D. Carlos, primogénito del Sr. Rey D. Felipe II, para que los bendijese. Nuestro santo Maestro conoció que sus cosas eran del demonio; y estando en Córdoba nunca se pudo alcanzar de él que la visitase; antes la envió á decir *que presto se descubriría quién era;* y esto pasó cuando su fama volaba por el mundo. Á pocos años el Santo Oficio averiguó el fingimiento de su santidad, *y la castigó, como es público.*

Por el contrario, fué maravilloso el acierto que tuvo en juzgar del espíritu de *Santa Teresa de Jesús*, cuando su humildad y recelos aún la tenían tan dudosa, que fué á dar cuenta de sí al inquisidor, como vimos; el Venerable Maestro, con una seguridad admirable, *calificó sus cosas por de Dios,* y como un sol clarísimo ahuyentó todas las dudas, y *aseguró* que en aquella alma santa reinaba Dios, y cuanto en ella pasaba eran cosas suyas, y no había en ellas el menor engaño; y débese á esta calificación gran parte de la opinión que tuvo la santa en en aquel tiempo, que después fué creciendo en la opinión del mundo hasta calificarla la Iglesia.

Tuvo en tan heroico grado este gracia, que viendo á cualquier persona que le pedía consejo, ó para mejorar de vida ó estado, ó tratar de virtud, parece le leía el corazón, y así le aconsejaba con notable acierto lo que le convenía para su salvación ó el camino que había de tomar para servir á Dios.

Francisco Ruiz de Aguilar, vecino de Montilla, instaba á Francisca de Aguilar, su hija, se casase, á que ella resistía, resuelta de ser monja; intentó reducirla á deseo por medio de diferentes personas; valióse entre otras de la Madre Agustina de los Ángeles, beata profesa de la Orden de San Agustín, mujer de mucha virtud, hija de confesión del Venerable Maestro Ávila. Un día que la apretó mucho el padre se fué la doncella en casa de la beata, que juntas con otras buenas mujeres fueron á casa del Venerable Maestro Ávila; bajó al zaguán, y en viendo á la Francisca de Aguilar, volviendo el rostro á la beata, le dijo: *¡Oh Madre Agustina, qué linda esposa de Cristo trae aquí en su compañía! Váyanse á la iglesia y espérenme allí.*

Envió á llamar á Francisco de Aguilar; hablóle con aquella su elocuencia blanda y eficaz; allanóle para que no diese á su hija estado contra su voluntad ni le impidiese el perfecto á que Dios la llamaba; de allí se fueron al convento de Santa Clara, donde aquel día, hechas las escrituras, la recibieron por monja; fuélo muy ejemplar, y decía que jamás le había pesado del estado que escogió; y cuando en algunos trabajos interiores se acordaba de haber sido monja por medio del Venerable Maestro Avila, se hallaba con gran paz y quietud en su espíritu.

Confesaba en Córdoba á cierto caballero, que vivía muy atormentado con tentaciones sensuales; por su ausencia ú ocupaciones le envió al P. Alonso de Molina, su discípulo: díjole que tuviese gran cuidado con aquel caballero, que aunque le había tratado poco, había de ser un gran siervo de Dios; sucedió así: pasado algún tiempo fué un ejemplar cristiano.

Remate este capítulo el don de profecía. Comunicó Nuestro Señor á este gran siervo suyo esta gracia, con que la bondad divina ha enriquecido á muchas personas de gran santidad, que con espíritu divino revelan lo que está lejos de nosotros, porque no falte adorno alguno á la Esposa de Cristo la santa Iglesia católica. Uno fué el Venerable Maestro Ávila, como lo mostraron diferentes casos.

Hallándose en Priego, en la enfermedad del Conde de Feria, el venerable Maestro Ávila, el P. Fray Luis de Granada, don Diego de Guzmán y el Dr. Loarte, comiendo un día juntos, sobremesa se ofreció tratar de las herejías con que comenzaba á arder el reino de Francia y se abrasaba el de Alemania; comenzaron los tres á arquear las cejas y encojer los hombros, diciendo: *¡Guarde Dios á nuestra España!* El santo Maestro Ávila se suspendió un poco, y dando una palmada en la mesa, dijo estas palabras con gran aseveración: *Demos gracias á nuestro Señor, que su voluntad determinada es que las herejías no entren en España.* Más ha de ochenta años que lo dijo, y el efecto ha mostrado haber sido profecía; no permita nuestro Señor por su clemencia que por nuestros pecados falte.

Habiendo ofrecido al venerable Dr Diego Peréz el arcedianato de Jáen, fué á tomar consejo con el venerable Maestro Ávila: respondióle: *Bien lo podéis tomar; mas no os faltarán trabajos, y persecuciones y prisiones;* túvolas tan grandes como vimos cinco años que tuvo la prebenda, que para quietud de su alma hubo de dejarla, suma felicidad de Barcelona.

Estando el venerable Maestro viejo y enfermo en Montilla salía alguna vez en el año á la heredad de San Lorenzo, que tienen para recreación los Padres de la Compañía; allí tendía las velas á la oración sin embarazo y descansaba algunos días de sus continuos trabajos y enfermedades; cuidaba de esta heredad el Hermano Francisco López; llamóle un día el santo Maestro, y díjole: *Hermano Francisco, dese mucho á amar á Dios.* Respondióle que lo deseaba. Replicóle el venerable Maestro: *Pues mire, mi Hermano, sabe cuándo le amará, cuando sufra á un mozo de esta heredad que le dé muchos palos y ande tras él dándoselos, y él calle su boca y no lo diga á nadie; y no sólo los sufra, sino que también le procure su bien.* Como lo dijo sucedió después, y el buen Hermano sufrió el fracaso sin despegar su boca; murió en la Compañía con grandes muestras de virtud y colmo de merecimientos.

Siendo el Dr. Diego Pérez mozo, ordenado de Evangelio, comenzaba á predicar. Fué á Sevilla; deseó oir algunos sermones (como lo hacen todos los principiantes); oyó, entre otros, en la iglesia mayor al Dr. Constantino. Fué todo predicar de la Pasión de Cristo con notables afectos, haciendo gran ponderación en cada punto con gran moción de los oyentes; vió que acabado

el sermón le aguardaba una mula muy compuesta, con pajes y lacayos, y él crujiendo seda.

Fué á visitarle á la tarde; vió la casa adornada de colgaduras ricas, el menaje precioso, los diurnos y breviarios hechos una ascua de oro sobre ricos bufetes; como estaba hecho á la pobreza de su Maestro, y muy enseñado por él que habían de concertar las obras y palabras del predicador, reparó que sermón de tanta pasión de Cristo y tan poca mortificación en la persona y casa, olía á hereje luterano; vínose por Montilla, donde estaba el Venerable Maestro Avila; preguntóle *qué predicador había oído.* Dijo *que al Canónigo Constantino.* Replicó: *¿Qué os ha parecido?* Respondió: *No me ha parecido bien, porque el sermón fué todo predicar pasión de Jesucristo, y luego tanta relajación en su vida y tan poca mortificación, discípulo me parece de Lutero.* Respondió el Venerable Maestro: *Hijo, en la vena del corazón le habéis dado.* Pocos días después prendieron al Constantino por hereje luterano, y como tal le castigó la Inquisición.

Residiendo en Córdoba sobrevino un año falto de agua; los Cabildos eclesiástico y seglar ordenaron se hiciesen rogativas, una procesión solemne á Nuestra Señora de Villaviciosa, imágen milagrosa; estaban los sembrados casi secos; convidaron al Venerable Maestro Avila predicase en esta ocasión; hízolo el día de la fiesta entre los dos coros de la catedral; oyéndole una multitd grande de gente, exhortólos á tener gran confianza en la misericordia de Dios, y acabó su sermón con estas palabras: *Hermanos, confiad en Dios, que yo de su parte os prometo y doy palabra que este año ha de ser muy fértil, y que tiene de llover antes de veinticuatro horas.* Cumplióse como lo dijo, y estando el díamuy claro y sereno, antes de tocar á vísperas llovió, y el resto del día y los dos siguientes; fué el año abundantísimo.

Viviendo el santo Maestro en Montilla vinieron cartas á la Marquesa Doña Catalina, que su hermana la Duquesa de Arcos estaba á lo último de la vida, y se la daban por horas; mandó aprestar el viaje muy aprisa, y llevada del afecto, por parecerle que tardaban los criados, mientras se disponían salió á pie camino de Marchena; súpolo el Venerable Maestro Avila; fué en su seguimiento; alcanzóla junto á una ermita que está al salir de la villa; persuadióla entrase en ella á hacer oración

á Nuestra Señora; habiéndolo hecho, le dijo estas palabras: *No parta V. S. tan aprisa y de esa suerte, que yo la aseguro y doy palabra de parte de Dios, que V. S. halle viva á la Sra. Duquesa su hermana; vaya V. S. con sus criados y autoridad, que no es tan acelerada la muerte de la Sra. Duquesa como dicen. V. S. la hallará viva, y la verá hacer su testamento.*

Sosegóse con esto la Marquesa; esperó su gente; tardó dos días en el camino; halló viva á la Duquesa su hermana; otorgó testamento en su presencia, y vivió cuatro dias después, habiéndose cumplido á la letra lo que dijo el Venerable Maesto Avila.

En el capítulo donde tratamos del don de consejo referimos muchos casos en que profetizó algunas cosas que se hallaron verdaderas; mas por haber sido don de consejo tocaron á aquel lugar.

CAPÍTULO XIII

Del particular don que tuvo de consolar y quitar tentaciones.

Entre otros dones con que Nuestro Señor enriqueció al Venerable Maestro Ávila fué el de consuelo; habitaba en su alma el Espíritu Santo con gran plenitud de gracia; y como este divino Espíritu es el consolador verdadero, comunicó con abundancia grande esta misma propiedad á este santo varón como á instrumento suyo. Teníase experiencia cierta que todas las personas afligidas y desconsoladas, acosadas de graves y vehementes tentaciones, en llegando á sus pies hallaban remedio, aliento y consuelo en todos los trabajos interiores, de ordinario molestísimos; consolábales, confortábales, encaminábales para que saliesen de sus miserias y lazos del demonio. Pudo decir con Isaías: *El Señor me ha dado una lengua discreta para que sepa yo con mis palabras sustentar á los flacos para que no caigan.*

Como hemos dicho, igualmente acudía al confesonario como al púlpito, y su casa estaba abierta á cuantos querían valerse de sus talentos. Salían todos mejorados, instruídos del modo de gobernarse en el camino del espíritu; en esto procedía con aquella su eficacia y suavidad, y con un acierto grande en penetrar la enfermedad de cada uno y aplicarle conveniente medicina, sin que por incurable que pareciese la llaga, por implacable el dolor, dejase de alcanzar salud entera; y en todas no sólo no se cansaba ó recibía fastidio ó molestia, mas antes, como solícito obrero, decía que ésta era la gloria del predicador, ofrecérsele materia en que pueda aprovechar; y á veces, cuando acertaba

á venir alguna persona, aunque fuese de humilde condición, estando él comiendo, se levantaba de la mesa á oirle; y á los que de esto se maravillaban, decía *que él no era suyo, sino de aquellos que le habían menester.*

Finalmente, todas las personas que se sentían acongojadas y afligidas en cualquier género de tentación y desconsuelo, tenían librado su remedio en el Venerable Maestro Avila, porque les daba camino con que saliesen de sus miserias y tentaciones. Tuvo particular eminencia en remediar los tentados de la sensualidad.

Confesábanse con el Venerable Maestro Avila algunas Religiosas del convento de la Encarnación de Granada; comunicábanle algunas tentaciones y trabajos interiores que padecían; preguntándoles algunos días después *cómo les iba,* afirmaban que se hallaban libres de aquellas tribulaciones, y reconocían este bien á los consejos y oraciones del Venerable Maestro Avila.

Decía ordinariamente: *la tentación á vos y vos á Dios.* Dejamos escrito cómo remedió á Doña Sancha Carrillo en una tentación que le afligía demasiado, dándole una cruz sobre que había dicho Misa, con que ahuyentaba los demonios.

Estando un día en oración el santo Maestro Avila salió de su oratorio, y dijo al P. Juan de Villarás: *Si viniere aquí un clérigo forastero, avíseme al momento;* volvióse á su oración; poco después llegó un clérigo, quedó con el santo á solas, y le dijo: Padre Maestro, vengo afligidísimo á que vuestra merced me dé remedio en una vehemente y molestada tentación del pecado: su enormidad le ha quitado el nombre; aflígeme de manera que me trae sin sentido; he usado muchos remedios para librarme de esta gran molestia: Misas, limosnas, oraciones, penitencias, porque Dios me libre de ella; á más remedios más persevera y aprieta el enemigo; confío en Dios, mediante su misericordia y las oraciones de vuestra merced, que ha de librarme de este peligro.

Consolóle el Venerable Maestro Avila; díjole que se estuviese con él y se previniese para hacer una confesión general, y que confiase en Dios le ayudaría en su trabajo. Entretúvole en su casa algunos días; gozó de su conversación y trato; confesóse con el Venerable Maestro generalmente; dióle muy buenos consejos y advertencias, y consolado le envió á su tierra. Este

clérigo vino después de la muerte del Venerable Maestro Avila á Montilla á visitar su sepulcro; decía que debía á aquel gran santo la quietud de su conciencia, y que mediante sus oraciones y consejos le había Nuestro Señor librado de una gran aflicción que tanto le había molestado, de que se hallaba libre; y afirmaba que nunca le había afligido más el demonio con aquella tentación nefanda.

No es menos peligrosa la tentación de la ira y la venganza; antes cuando la apadrina el honor, carece de aquel horror que causa la sensual. Viviendo en Montilla supo que había dos personas honradas encontradas con odio capital y vengativo. Entrando un día el Venerable Maestro Avila en la iglesia de Santiago vió á uno de los dos enemigos, el más ofendido, y por esta parte más incontrastable; llegóse á él, y con muchos ruegos y humildad procuró atraerle á que se reconciliase con su contrario y fuese su amigo; estuvo el hombre de bronce sin poder hacerle mella; multiplicaba ejemplos y razones con singular modestia y suavidad; perseveraba inexorable; era una obstinación terrible. Díjole: *Por lo menos, señor mío, haga una cosa por amor de Dios; éntrese en aquella capilla de las ánimas, y delante del santo Crucifijo que allí está, rece un Pater noster y una Avemaría, pidiendo á Dios le alumbre el entendimiento.*

Vino en ello; postrado delante de una imagen santa de Cristo crucificado comenzó su oración, y antes de acabar el *Pater noster* se levantó muy apriesa, y salió perdido el color, temblando y muy turbado; dijo al venerable Maestro: "Digo que quiero ser amigo del señor N.„ nombrando por su nombre al enemigo; y echándose á los pies del venerable Maestro decía: "Padre, suplico á vuestra Reverencia, por amor de Dios, no deje este caso de la mano, hasta que muy apriesa nos haga amigos; yo desde luego le perdono todos los agravios é injurias que me ha hecho, así de obra como de palabra, y lo hago puramente por amor de Cristo, Dios y Redentor nuestro, que padeció muerte de cruz, y en ella pidió perdón por los que le quitaban la vida; no quiero, Padrè, que se muestre enojado en el día de mi muerte; porque según me pareció que vi su imagen en aquella cruz airada contra mí, temo su ira, y pido misericordia á su divina Majestad, y perdono á mi enemigo; y á vuestra Reverencia le suplico disponga de manera que seamos muy amigos,

y ruegue á Dios por mí que me tengan de su mano„, decía descolorido y temblando.

El venerable Maestro le echó los brazos y agradeció lo que hacía; hízolos amigos; fuéronlo con amistad muy estable de allí adelante. Decía esta persona que lo que el P. Maestro Ávila no había acabado con ruegos, lo alcanzó con la oración; decía de él grandes alabanzas.

Casi en el mismo modo libró á otra persona de una aflicción bien grande. Un hombre principal estaba tentado de matar á su mujer por celos que tenía con bien poco fundamento; fué á hablar con el santo Maestro Ávila y comunicarle su tentación; entráronse en una iglesia cercana; oyóle cuanto le dijo en el caso; el santo Maestro le dió muchas razones para desengañarle y sacarle de aquella imaginación; no se convenía el personaje; díjole: *Mucho me duele que os aprovechen tan poco los consejos que os doy; y pues todavía quedáis tan fatigado, os ruego os vayáis delante de aquella imagen de nuestra Señora, que está allí, y le supliquéis os remedie en tan gran aflicción como tenéis;* hízolo así, y sintió luego en su corazón remedio y alivio en su tentación, y se lo fué luego á decir al venerable Maestro; y ambos glorificaron á Dios por esta merced de haberle librado de tan grande aflicción y engaño que tenía de su mujer. *Esto sucedió en Sevilla, y lo cuenta así el P. Fray Luis de Granada.*

Contra tentaciones sensuales daba el santo varón por remedio la devoción con *la limpia Concepción de nuestra Señora.* El P. Pedro de Ribadeneira, de la Compañía de Jesús, en el día de su fiesta, á 8 de Diciembre, dice estas palabras: "Y así el P. Maestro Ávila, predicador apostólico de nuestros tiempos en Andalucía, tratando de las tentaciones sensuales, cuándo son importunas y molestas y cuánto vale para vencerlas la intercesión de los Santos y particularmente de la Virgen, dice estas palabras: *Especialmente he visto haber venido provechos notables por medio de esta Señora á personas molestadas de flaqueza de carne, por rezarle alguna cosa en memoria de la limpieza virginal con que concibió al Hijo de Dios; y es cierto que nuestro Señor ha hecho algunos milagros para testificar esta verdad.*»

Esta misma virtud de quitar tentaciones parece quedó en los libros. Una persona espiritual en Granada vivía afligidísi-

ma con varias tentaciones y notables dudas sobre el acierto del camino que llevaba; los confesores no la entendían ni se atrevían á resolver, ó ya aprobando, ó reprobando el camino. Encomendábase á nuestro Señor; pedíale luz para elegir lo que más le agradase en esta ocasión; tomó el libro de las epístolas del venerable Maestro Ávila; leyó la primera que se le ofreció abriendo el libro; habiéndola leído se halló enseñada y consolada, y con luz particular de lo que debía hacer; cesaron todas sus dudas, permaneció con notable fortaleza sin poder olvidar un punto de lo que una vez había aprendido; quedó muy agradecida á la merced que nuestro Señor le había hecho; comunicó su camino con hombres doctos, y el medio con que nuestro Señor le había alumbrado, asegurándola todos iba bien; tuvo toda su vida por Maestro al venerable Juan de Ávila.

Otra buena mujer estaba casi determinada de dejar el camino interior que llevaba, pareciéndole que éste le ocasionaba aquellas aflicciones y trabajos, y decía: "¿Para qué quiero yo estos caminos, sino rezar mi rosario y encomendarme á Dios, sin meterme en estas dificultades?„ Padecía mil recelos si iba errada, ó había de padecer algún engaño con que peligrase; en estas dudas leyó el libro del *Audi filia;* cesaron con esto todos los nublados; quedó con particular luz y fortaleza para no dejar lo comenzado por cuantos temores le pusiese el enemigo, padeciendo cualesquier tentaciones que le acosasen. A estas dos personas, que fueron muy virtuosas y ejemplares, llevó nuestro Señor por el camino de trabajos interiores, en que padecieron mucho, y no aprovecharon menos, como suele suceder.

CAPÍTULO XIV

De su oración.

Uno de los dones que con más larga mano comunicó Nuestro Señor á su gran siervo fué el de la oración; derramó sobre él el espíritu de gracia y oración, como lo prometió por su profeta. Fué el riego continuo con que crecieron sus virtudes, el fuego con que se forjó su santidad, el aliento con que sonó su voz. Fué opinión común haber sido una de las almas más regaladas de Dios, que en esta centuria de años ha habido en España, con haber, por la bondad divina, florecido tantos varones y mujeres santas, célebres en esta virtud.

Su oración fué levantadísima, pura, sin engaños é ilusiones, de gran seguridad y certeza; prueba esto manifiestamente la alteza de sabiduría y superior conocimiento que tenía de las cosas espirituales y acierto en el gobierno de las almas; una superior luz, una prudencia rara en cuanto escribía y hacía; unas palabras abrasadoras de los corazones en grado superior á que moralmente no podía haber llegado si en la oración y contemplación no le hubiera Nuestro Señor enseñado lo que tan bien supo aprender.

Fueron extraordinarios los favores y mercedes que el santo Maestro Ávila recibió de Nuestro Señor en la oración; mas como era tan prudente, discreto, moderado y humilde, callólos todos; mas su grandeza la publican sus virtudes, el sufrimiento en los trabajos y dolores, el desengaño y desprecio del mundo con que vivió, y otros dones que nunca se hallan sino en hombres de muy grande oración.

Fué muy regalado de la Virgen Santísima, de quien fué muy devoto; recibió muchos consuelos é ilustraciones del Espíritu Santo. Tuvo muchos raptos, y éxtasis y arrobos. Depone con juramento Hernando Rodríguez del Campo, en la información de Montilla, que pasando un día cerca de su oratorio, le vió arrobado en oración alto del suelo en el aire más de una vara, fijos los ojos en un crucifijo, que parecía inmóvil; y diciéndolo á un cuñado suyo, criado del santo, por cuya casa tenía entrada en su casa, le respondió: Esos raptos y arrobos son muy ordinarios en nuestro santo Maestro Ávila. Y yendo yo á hablarle algunas veces, llamándole no responde, y tocándole le hallo inmóvil en el aire, de rodillas; y acabada la oración me llama, y dice: *Hermano, ya sé lo que quería; no sea molesto otra vez; vaya á fulano, y dígale esto;* con que le respondía á su pregunta.

También cuentan que yendo de camino llegó de noche á la posada; recogióse á un aposento á tener oración; estando en ella acertó á entrar en la pieza un niño, y salió diciendo: *Madre, que se está quemando un clérigo;* subieron al aposento, y hallaron al santo Maestro hincado de rodillas en oración; presumieron que el fuego que vió el muchacho eran resplandores que salían del santo.

Vivía de oración, en que gastó la mayor parte de la vida. En el mismo tiempo que predicaba, cercado de tantos negocios, tenía cada día dos horas de oración por la mañana y otras dos en la noche; el día que había de predicar era la oración más prolija; esto era á costa del sueño, porque como dijimos, se acostaba á las once y se leventaba á las tres de la madrugada. Después que sus enfermedades le impidieron el predicar tanto, el tiempo que quitaba á la predicación acrecentaba á la oración, gastando en ella la mayor parte del día y de la noche. Entrábase en su oratorio; pasaba su tiempo en alta contemplación, y las horas que tenía señaladas á este ejercicio santo no admitía negocios, ni le entraba á hablar familiar ó discípulo si la importancia de la cosa no pidiese dispensación de la orden; sucedía raras veces.

Su modo ordinario de estar en oración era hincado de rodillas delante de un Cristo, con ambas manos puestas en el clavo de los pies; allí recibió singulares favores y mercedes y alcanzó los altos misterios que predicó y enseñó á las almas. Afir-

maban sus discípulos que estando de esta manera en oración le habló el santo Crucifijo, y le dijo: *Juan, perdonados te son tus pecados.* Y esta merced como muy cierta corría entre todos sus amigos y confidentes más íntimos; y con juramento deponen muchos haberlo oído á sus discípulos.

Éranle tan dulces los ratos que gastaba en este ejercicio santo, que cuando salía de su casa á confesar, ó negocios de caridad ó bien del prójimo, que no tenía otras ocupaciones ni gastaba el tiempo en visitas que no fuesen del servicio de Dios; estando confesando en la iglesia, decía: "¡Ay Dios! Si fuera mejor estarme en mi dulce rincón llorando mis pecados y los del pueblo, y ocuparme en la contemplación de las perfecciones divinas y en sus alabanzas!„ Y así tenía grande envidia á los religiosos, que por medio de sus superiores y obediencia saben con certidumbre cuándo es voluntad divina se ocupen en las alabanzas de Dios y en la oración, y cuándo deben acudir al bien de los prójimos.

Cuando salía de la oración reparaban sus discípulos que traía en su rostro un género de novedad ó inmutación, como quien había tratado con Dios y había recibido mercedes en esta conversación; veíanle inflamado como un serafín; parece sacaba unos nuevos resplandores que obligaban á mirarle con gran veneración y respeto.

Rezaba el oficio divino con notable atención, reverencia y devoción, en que dió raro ejemplo á los sacerdotes; poníase á rezar algunas veces en parte donde le pudiesen ver los clérigos de Montilla, con deseo que le imitasen; reformáronse con este ejemplo muchos; y en los años que vivió en aquella villa se adelantaron los clérigos en virtud y buen ejemplo.

La grandeza del don de la oración que tuvo el Venerable Maestro Avila fué como debido á tres grandes ministerios que ejercitó en la Iglesia, siendo estilo de la Majestad divina dar el caudal á sus santos proporcionado al oficio para que los escoge. *Puso al Venerable Maestro Avila para ejemplar sacerdote, predicador apostólico, Maestro de oración;* y á cualquiera de estos tres oficios era convenientísimo concederle este soberano don en grado muy levantado.

Es el principal oficio del sacerdote ofrecer continuas oraciones á Dios, y ser medianero entre Dios y el pueblo; y como persona pública que se encarga de las necesidades de todos,

representando la persona de Cristo Nuestro Señor, parecer en el trono soberano, interceder por el universo mundo, aplacar la indignación divina, impetrar el perdón de los pecados, hacer propicio á Dios á los hombres, detener los castigos, alcanzar misericordias con la fuerza de su oración. El sacerdote ha de pelear con Dios, vencer al Omnipotente, para que no ejecute su enojo y levante los castigos; y como abogado en el tribunal divino hace la causa del pueblo, que él no sabe hacer por su ignorancia; es Ministro de la casa de Dios, que es casa de oración; y así su ocupación ordinaria es interceder y orar; y este orar é interceder ha de ser más con gemidos y sentimientos del corazón que con palabras, é igualmente con santidad de vida y ejercicio de virtudes, para que sea grata é impetratoria la oración.

Palabras son todas éstas de nuestro santo Maestro en la plática segunda á los sacerdotes, donde los exhorta eficazmente al ejercicio continuo de esta virtud santa. Y no sólo en las pláticas, mas en las cartas y en las conversaciones ordinarias que tenía con los sacerdotes era continuo exhortarles que tuviesen oración. Suspiraba por sacerdotes que con su oración y vida santa hiciesen las amistades entre Dios y los hombres, pidiendo con lágrimas y gemidos misericordia; y decía muchas veces, y aun lloraba viendo cuán pocas viudas había en Naín que llorasen los hijos muertos; esto es, *cuán pocos sacerdotes que llorasen tantas almas muertas en pecado.* Habiendo, pues, colocado la Providencia divina al Venerable Maesto Avila en el candelero de su Iglesia por un modelo de un sacerdote perfecto, y dádole por ejemplo de virtudes á este estado, fué convenientísimo que su oración fuese altisima, como parte tan principal de su profesión de vida.

Es el segundo título el de predicador, oficio que sin fervorosa y continua oración apenas puede hacerse con provecho; diólo así á entender con las obras y palabras; porque, como dijimos, sus sermones igualmente los prevenía con estudio y oración, dispuesto su sermón y puntos que había de tratar conforme al Evangelio en una cubierta de una carta; se entraba en su oratorio, y de rodillas delante de un Cristo gastaba gran parte de la noche en oración. Salía de allí á decir Misa, y dadas gracias, subía inmediatamente al púlpito; con esto tenía absorto y admirado al pueblo; de aquí las grandes conversiones y moción del

corazón. Esta oración era más larga si había de hacer pláticas á sacerdotes ó estudiantes; en éstas ponía mayor estudio, y tenía más horas de oración.

Un predicador de nombre hizo en la Catedral de Granada un sermón, admiración del auditorio, lleno de lugares de la Escritura y santos, traídos con erudición y delgadeza; tuvieron los oyentes un buen rato. Pidió D. Pedro Guerrero, Arzobispo de Granada, á nuestro Maestro que predicase otro día; excusábase con falta de libros y de tiempo, y haber de ser el sermón en fiesta, á que había de concurrir lo docto y noble de la ciudad; hubo de obedecer el mandato del Prelado; encerróse en un aposento sin pedir libro ninguno; descubrió la curiosidad de los que acecharon por los canceles de las puertas, que pasó de rodillas la mayor parte de la noche en oración.

Predicó á otro día un sermón grandioso, tan lleno de espíritu y de Dios, que salieron todos compungidos, mirándose unos á otros con gran demostración de conversión. Hallóse á ambos sermones D. Francisco de Terrones, Colegial entonces en el Colegio Real de Granada, después predicador de Reyes y Obispo de León, de quien dejamos hecha mención; era frecuente en su boca este suceso cuando reparaba en el modo de predicar presente, tan docto, tan erudito, tan deleitable, de que se saca ó poco ó ningún fruto; y verdaderamente á menos costa el Venerable Maestro Ávila cogió los colmados frutos que hemos visto.

En la carta primera á un predicador le dice el santo Maestro: "Más importa una palabra después de haber estado en oración, que diez sin ella; no en mucho hablar, mas en devotamente orar y bien obrar está el aprovechamiento; y por eso así hemos de mantener á otros, como nunca nos apartemos de nuestro pesebre, y nunca falte el fuego de Dios en el altar. No sea, pues, muy continuo en darse demasiadamente á otros; mas tenga sus buenos ratos diputados para sí; y crea en esto á quien lo ha bien probado."

Debíasele asimismo este don por el ministerio y oficio para que nuestro Señor le escogió de Maestro de la oración, para introducir este ejercicio santo en el mundo, y guiar inumerables almas, que muchas llegaron á gran perfección y santidad, encaminadas por este gran Maestro, y era preciso saber los primores de este gran arte, y ser muy doctor en ella, y tener co-

nocimiento de esta ciencia. Predicó la fuerza de esta virtud y su importancia; deseaba grandemente que todo el mundo se ocupase en este ejercicio santo.

Afirman cuantos le conocieron que fué el Maestro de espíritu y oración de la provincia de Andalucía y reino de Granada, y por sus escritos en toda la cristiandad. Y hasta que Dios trajo al mundo á este santo varón, poco era lo que se sabía y practicaba esta materia en estos reinos, y con sus sermones y libros fué el Maestro común de esta ciencia; y como fué tan fervoroso en su oración y trato con Dios, lo pegaba de manera á todos sus discípulos y á cuantos trataba, que quedaban presos del amor de esta virtud, y les aconsejaba se retirasen del bullicio del mundo y del trato ordinario, y recogerse á tratar á solas con Dios, porque así ahorrarían pecados.

Acudían á él muchas personas religiosas y otras de diversos estados á tratar con él cosas particulares de esta virtud; y era cosa muy notable ver la satisfacción con que se apartaban de su presencia, glorificando á nuestro Señor por haberle dado tanta luz y discreción en estas materias, dando consejos y enseñando caminos de grande seguridad, y avisando de los peligros que en ellos puede haber.

Vino un día á comunicarle algunas cosas de espíritu el Padre Centenares, su discípulo; preguntóle cómo gastaba el tiempo; respondióle: "Tanto gasto en rezar las horas y oficio canónico y decir Misa, tanto en oración, tanto en estudio." El venerable Maestro le dijo: "Hermano, quite del tiempo del estudio, y póngalo en la oración, porque ésta es el maestro que más enseña, y en ella se aprende más en poco, que con el estudio en mucho, y en la oración se alcanza conocer mejor á Dios y saber ejercitar la caridad con los prójimos. Y así le encargó lo uno y lo otro, que es cadena de fuertes eslabones; y era ordinario consejo á todos sus discípulos quitar del estudio y ponerlo en la oración. Haciendo una plática espiritual en Granada á unos estudiantes, les dijo: *Hijos míos, mas querría ver á los estudiantes con callos en las rodillas de orar, que los ojos malos de estudiar.*

El modo de oración que enseñaba se hallará en el libro de *Audi filia*, en los capítulos que tratan del propio conocimiento y en particular desde el LXVIII en que habla del conocimiento de Cristo y sus misterios con notable alteza. Anda también un

discurso de esta materia, comienza: *Así que, mi hermano;* está en la nueva impresión al folio 221; es de lo mejor que escribió el Venerable Maestro Ávila; contiene una doctrina admirable y avisos importantísimos en esta ciencia (1).

Remate este discurso el P. Fray Luis de Granada, que en el capítulo de la oración dice así: "Y es familiar consejo y doctrina suya que nos lleguemos á la oración más para oir que para hablar, y más para ejercitar los afectos de la voluntad que especulación del entendimiento. Antes me dijo él una vez que lo ataba como á loco para que no fuese parlero en la oración." Por donde en una carta que escribe á un sacerdote le declara esto por una comparación, diciendo que una cosa es hablar con el Rey, y otra estar con acatamiento y reverencia en presencia de él; y así decía que una cosa es hablar con Dios, y otra estar con este acatamiento y reverencia y una voluntad amorosa y temerosa delante de Él, que es un modo fácil, y devoto y aparejado para recibir particulares favores de Nuestro Señor, poniéndose el hombre como aquel hidrópico del Evangelio delante de Nuestro Salvador, esperando humildemente el beneficio de su salud.

Del continuo trabajo de predicar, y más tan largos sermones, con tan gran fervor y espíritu que hacía estremecer los corazones, se le estragaron todos aquellos miembros interiores que gobiernan nuestros cuerpos, á que ayudó mucho la total falta de regalo y el áspero tratamiento con que maceró su cuerpo. Estragóse totalmente el estómago, quedándole muy perdido; naturalizáronsele fuertes dolores de hijada y de riñones, gota artérica, con dolores agudísimos en las coyunturas de los brazos y piernas; dábanle con esto recísimas calenturas. Eranle éstas aún más molestas que los dolores, con ser en extremo grandes, porque como dijo á un discípulo, que en sus dolores le era alivio verse parecido á Cristo, que los padeció tan grandes; pero las calenturas le ocupaban muchas horas del día sin darle lugar á más que á padecer y sufrir, de más que lo recio de los dolores duraban cuando más seis horas, y pasadas rezar, y leer, y dar audiencia á los prójimos que venían á aconsejarse con él. Por esta causa solía llamar á las calenturas impedi-

(1) Esta Instrucción, que, cierto, es de grande alteza, tiene su debido lugar en la presente edición, en el volumen II pág. 325, y por título el siguiente: *Doctrina Admirable.*

mentos y estorbos, no haciendo caso de la fatiga y quebranto con que le tenían, sino el tiempo que le ocupaban, y no poder emplearse todo en tantos ejercicios de oración ordinaria, enseñanza de prójimos y otros ministerios de almas, teniendo esto por mayor mal lo molesto de aquel fogoso accidente.

La paciencia, y sufrimiento y conformidad con la voluntad de Dios del Venerable Maestro Ávila en estos trances fueron admirables; duráronle estas enfermedades largos dieciocho años con poca intermisión. En tanta desigualdad de males conservó tal igualdad de ánimo, que ni en el corazón hubo caimiento, ni se vió disgusto en sus palabras, ni enfado en el semblante.

La cama no era lugar de descanso, sino de tormento; no pidió alivio en dolores continuos, antes los deseaba, y en medio de la mayor falta de salud estaba más sobrado de sufrimiento. En lo apretado de los intensos dolores, en particular de hijada, que cuando aprietan de veras parece que son de muerte, la mayor demostración era decir con tierno sentimiento: Señor, ¡ay, ay! De que colegían los que le curaban la vehemencia del dolor, porque comunmente era el silencio y tolerancia grande. Gozábase en los trabajos como el labrador en la cosecha, porque cogía frutos para el cielo; teníalos por ganancia para la vida eterna.

Era ordinario en su boca cuando más le apretaban los dolores: *Señor, más dolor y más paciencia.* Y otras veces: *Señor mío, crezca el dolor y crezca el amor, que yo me deleito en el padecer por Vos.* Y otras decía con gran ternura y devoción en lo fuerte del dolor: *Señor, habeos conmigo como el herrero, con una mano me tened y con otra dadme con el martillo.* Invocaba de ordinario los dulcísimos nombres de Jesús, María y José. Contaban los hermanos que le asistían que todas sus suspensiones eran padecer más y más.

Un día estuvo apretadísimo y muy angustiado con los dolores, y decía: *¡Ah, Señor, que no puedo!* Aplicábanle en este tiempo remedios; y algunas personas devotas que allí estaban decían la letanía, y el dolor no cesaba; él con gran conformidad les dijo: *Hermanos, esto ha de ser así hasta que Nuestro Señor quiera.*

Otra noche se embraveció la tempestad de los dolores, y con un aprieto grande estaba como anegado; los hermanos que le

servían, cansados del trabajo, se rindieron al sueño; apagóse la luz, que no deja de ser algún alivio; iba creciendo la angustia; no quiso despertar los enfermeros; pasaba su aflicción á solas, y vencido de la fuerza del dolor, pidió á Nuestro Señor se le quitase, y luego durmió un poco y despertó sin dolor y sin angustia; dijo entonces á uno de sus discípulos: *¡Oh qué bofetada me ha dado Nuestro Señor esta noche!* Palabra digna de gran ponderación; lenguaje que no le entenderá la carne y sangre; mas entendíalo este varón de Dios, porque conocía el valor y mérito de la paciencia en los dolores, y veía que con su petición había perdido parte de este mérito; y junto con esto reconocía que Nuestro Señor le había humillado y dado conocimento de su flaqueza, pues rehusó, como flaco, llevar la carga; mas comunmente así padecía, como si gozara; así gozaba, como si padeciera; y como quien tenía todo su bien puesto en el cumplimiento de la divina voluntad, nunca le pareció estar con mayor bonanza que en la mayor tempestad de sus tribulaciones.

No predicó menos desde el lecho que había predicado en el púlpito, porque todos los que le visitaban salían muy edificados de verle padecer, y aquella grandeza de ánimo en el ofrecer á Dios lo que padecía; y así lo dijo un día filosofando sobre esta materia cuando le apretaban estas enfermedades. Tan admirable es Dios con el enfermo en el rincón como el predicador en el púlpito.

Comenzaron estas enfermedades poco después de los cincuenta años, y á lo que se ha podido colegir, llegaron á los sesenta y nueve ó setenta y uno, según la cuenta que después haremos, casi continuadamente, con bien moderadas treguas; cosa verdaderamente digna de admiración, y que se cargue poderosamente el juicio en ella, porque es argumento claro de cuánto agradan á Nuestro Señor los trabajos llevados con paciencia, pues habiendo este gran siervo suyo trabajado tantos años en oficio tan agradable á Dios como es la predicación, y ganado tantas almas, criado y enseñado santos discípulos, fundando tantos estudios, trabajado días y noches, y ganado tantas coronas cuantas almas sacó de pecado; y á cabo de tantos merecimientos, cuando en la vejez hubiera de descansar de tantos trabajos, le proveyó Nuestro Señor de otros incomparablemente mayores que los pasados, pues en aquéllos había gusto y consuelo, y en éstos gravísimos dolores.

Prueba es ésta bastante de cuán grande sea el mérito de las enfermedades y dolores, pues tan á manos llenas colmó Nuestro Señor á este varón tan santo, á quien sin duda amaba tiernamente. Prueba Séneca que los trabajos é infortunios de esta vida no son malos, porque los padeció Catón, que él tenía por hombre virtuoso. ¡Con cuánta mayor verdad podemos afirmar que las enfermedades y dolores no son malos, pues el santo Maestro Ávila, que tanto sirvió á Dios y le fué tan agradable, los padeció tan grandes!

No consiente Dios Nuestro Señor que su gracia y sus dones estén ociosos; donde ve que hay mucho de este caudal, da materia en que se emplee; y siendo la mayor de las ganancias la de las tribulaciones, llevadas con paciencia, en este trato quiere que negocien sus amigos; gánase mucho con poco, porque las tribulaciones de esta vida, que duran un momento, son materia de un eterno é incomprensible galardón, como dice el Apóstol.

Tenía bien entendida esta filosofía el santo Maestro Ávila. Habiendo ido á visitarle un Religioso de la Compañía, y preguntándole el santo Maestro cómo se hallaba, respondióle que la noche pasada había sido para él muy mala: preguntándole por qué, dijo el Religioso que por los muchos dolores y congojas que había padecido causados de sus achaques. Díjole el Venerable Maestro: "No diga vuestra merced que ha sido mala, sino muy buena, muy buena; dando á entender con esta repetición lo mucho que se grangea con Nuestro Señor padeciendo y conformándose con su voluntad, y las grandes ganancias que él sacaba de sus enfermedades. Concuerda con esto lo que dice en una carta: *A lo que me pregunta de mi salud, mal me va, pues soy flaco; que si no lo fuese, no me quitaría Dios los dolores tan presto como me los quita.*

No estaba en las enfermedades ocioso, porque en lo más penoso de ellas, los ratos que se sentía con algún alivio no dejaba de ayudar las almas en todo lo que podía, consolando y enseñando á muchas personas las cosas necesarias á su salud. Escribía cartas de celestial doctrina, que eran única medicina para cualquier suerte de enfermedades espirituales y trabajos; tenían especial gracia y espiritual eficacia las que se dictaban en estas ocasiones. Cuando se sentía más aliviado hacía pláticas en monasterios de monjas, de quien tenía particular cuidado por ser Esposas de Cristo; y en las fiestas grandes, en

especial del Santísimo Sacramento, predicaba con aquella maravilla que dijimos de sanar y enfermar pasados los ocho días.

Y aunque el sufrimiento en las enfermedades tiene gran merecimiento, es incomparablemente mayor el de la paciencia en las injurias; por tanto, no quiso Nuestro Señor que el Venerable Maestro Ávila careciese de la segunda corona de más alta paciencia; y así le quiso sellar con su sello, dándole á beber el cáliz que el bebió; porque dijo: *No es mayor el siervo que su Señor;* si á mí me persiguieron, á vosotros perseguirán; si calumniaron mis obras, también calumniarán las vuestras. En algunas partes de esta historia hemos tocado la gran tolerancia que tuvo en las injurias, mayormente en la prisión del Santo Oficio, persecuciones de otros predicadores, y por la irritación de muchos á quienes ofendieron las verdades dichas con tanta energía y celo; diéronle gran materia de sufrimiento y de gran mérito, cuyo premio ahora goza.

CAPÍTULO XXIII

De su feliz tránsito.

Con tan continuos trabajos y largas enfermedades tengo por cierto pasó este santo varón de los setenta años de edad; porque aunque no sabemos el año de su nacimiento, parece bastante prueba decir el P. Fray Luis de Granada que comenzó su predicación de los veintiocho á los treinta años, y afirmar el P. Juan Díaz, su discípulo, en el prólogo de los sermones del Santísimo Sacramento, que predicó este misterio cuarenta y cinco años; llegan á sesenta y tres, aun contando desde los veintiocho; otros le dan sesenta y nueve, como dijimos en el capítulo pasado. Larga vida, si consideramos un trabajar incansable, frecuentes caminos, predicación continua, rigurosa penitencia, y lo que más admira, dieciocho ó veinte años de enfermedades. Es Dios Señor de la vida; dalá larga á quien la pone en sus manos; mueren muchas veces mozos los que con mayor industria trabajan por conservarla.

Con la edad y enfermedades vino á estar delicadísimo; y como él dice en la carta primera á un predicador, aconsejándole trabaje moderadamente: *Y no querría verle como estoy de indiscretos trabajos, que á cada sermón me da una calentura.* Hizo también la edad suerte en la vista, ayudada de un fuerte corrimiento. Dice á D. Pedro Guerrero en una carta: "Desde principio de Octubre me ha ido de salud tan flacamente de un dolor de cabeza y corrimiento á los ojos, que no he podido hacer esto, aunque lo he deseado; y aunque ahora ha cesado el dolor, no el corrimiento, que, según dicen, va á más andar á ha-

cer catarata: *Sed Domini sumus, sive vivimus, sive morimur.*„

Si bien el cuerpo padeció estos ultrajes, el ánimo se fué siempre mejorando, sin que le alcanzase parte de debilidad y de flaqueza, que suelen padecer los viejos tal vez doctos. Las veces que sus enfermedades le daban alguna tregua, predicaba los últimos años sentado en una silla, mas con la voz tan entera y tan sonora, que se oía en cualquier parte de la iglesia; el fervor y la eficacia siempre mayor; y en lo último de la vida cantó con mayor suavidad, fervoroso cisne. Había ya algunos años que residía en Montilla, como dejamos escrito, así asistiendo á la Condesa de Feria, como detenido de sus enfermedades, en que le acudieron con liberalidad y piedad notables los señores de esta casa.

Habiendo pasado una feliz carrera, peleado varonilmente con los vicios, vencido el mundo, ganado grandes despojos del infierno, quiso Nuestro Señor sacar á su gran siervo de este destierro, y darle la corona merecida por tanto número de almas como encaminó á sus servicio, por tantos triunfos como alcanzó del pecado y del demonio, por la palabra divina, tan fielmente predicada, por tan continuos sudores en beneficio de las almas, por tantas enfermedades padecidas con tan singular paciencia; mas no quiso el gran remunerador de trabajos que la muerte careciese de nuevos merecimientos, con los acerbísimos dolores que en ella padeció, á imitación de aquel Señor que en una cruz murió á sus manos, pareciendo en el morir á quien tanto procuró imitar viviendo.

Por Marzo del año de 1569 le apretaron dolores de hijada y los riñones con notable vehemencia. Fué pasando el mes de Abril, hasta que á los principios de Mayo, día de la Aparición del Arcángel San Miguel, su gran devoto, le sobrevino un dolor en el hombro y espalda izquierda. Parecióle al P. Villarás, que como fiel amigo le asistía, que la disposición era muy peligrosa y muy diferente de las pasadas; y así preguntó: *¿Siente vuestra merced que Nuestro Señor le quiere llevar para sí?* Respondió *que no.* Otro día por la mañana vino el médico, y después de haberle visitado, le pareció que estaba muy de peligro, y así lo dijo al P. Villarás, y le advirtió que si tenía de hacer testamento, lo hiciese con brevedad. Respondióle el Padre *que no tenía de qué hacerlo, porque como había siempre vivido pobre, moría pobre.* ¡Suma felicidad de un sacerdote!

Llegóse el médico al santo Maestro, y le dijo: *Señor, ahora es tiempo en que los amigos han de decir las verdades: vuestra merced se está muriendo; haga lo que es menester para la partida.* Entonces el Venerable Maestro levantó los ojos al cielo y dijo: *Recordare Virgo Mater dum steteris in conspectu Dei, ut loquaris pro nobis bona.* "Acuérdate, Virgen Madre, en el acatamiento de Dios de alegar en mi favor." Díjole luego: *Quiérome confesar.* Y añadió: *Quisiera tener un poco de más tiempo para aparejarme mejor para la partida.* Habida la nueva del peligro, con notable sentimiento vino la Marquesa de Priego á visitarle; parecióle que era bien que el P. Villarás le dijese Misa. El le preguntó *de quién quería que la dijese, si del Santísimo Sacramento ó de Nuestra Señora*, que eran sus especiales devociones; respondió *que no, sino de la Resurrección*, como hombre que comenzaba ya á consolarse con la esperanza de ella.

Entonces la Marquesa mandó traer hachas para darle el Santísimo Sacramento por Viático; y cuando se lo traían, decía con tierno y amoroso afecto: *Denme á mi Señor, denme á mi Señor.* Llegando con el Santísimo Sacramento el P. Villarás, que le traía, le pidió que por consuelo suyo y los que estaban presentes, dijese alguna cosa de edificación. Respondió el Venerable Maestro *que el Señor que había de recibir en aquel Santísimo Sacramento había descendido de los cielos á la tierra para remedio, sanidad y consuelo de pecadores arrepentidos; que él era uno de ellos, y como tal pedía se le diesen.*

Quedaron los presentes edificadísimos de tan grande humildad; recibióle con gran ternura y reverencia. Sería esto entre las ocho y nueve de la mañana, y el dolor que había comenzado la tarde antes se pasó á la hijada izquierda, y subió al pecho y al corazón. Pasada casi media hora después que recibió la sagrada Comunión pidió la Extremaunción; y diciéndole que aún no era tiempo, que podía esperar algo más, respondió que todavía fuese luego, porque él quería estar en todo su acuerdo para oir y ver lo que en este Sacramento se decía y hacía. Diéronsele al medio día, estando en todo como había deseado.

El dolor iba creciendo y apretándole el pecho, porque ni en este breve espacio quería Nuestro Señor que careciese de merecimiento, pues no había de carecer de galardón eterno. Preguntóle entonces la Marquesa qué quería ó mandaba que hiciese por él. Respondió: *Misas, señora, Misas, y aprisa;* palabra que

causó grande admiración en los presentes, y decían: Si este gran siervo de Dios pide Misas y muchas, y que se digan aprisa, ¿qué será de nosotros que tanto hemos ofendido á Dios?

Acudieron sus grandes amigos los Religiosos de la Compañía á consolarle y apadrinarle en el último combate. Díjole el Padre Rector: *Muchas consolaciones tendrá vuestra reverencia de Nuestro Señor*. Respondió: *Muchos temores por mis pecados*. Palabras que piden el mayor entendimiento para su ponderación. Gran jornada—exclama el P. Fray Luis de Granada en este paso—debe de ser la postrera, pues un varón tan santo, que tan dispuesto estaba, confesando y diciendo Misa, ó comulgando cada día, dice que quisiera tener más tiempo para aparejarse; y gran juicio debe de ser el de esta hora, pues este varón tan grande siervo de Dios, y que así le había servido, teme el entrar en él, y pide socorro de Misas, que sirven para alivio de las penas del purgatorio; porque ya que tuviese algo que purgar, lo cual no se debe creer de tales virtudes y vida, ¿no bastaban veinte años de enfermedades, tan agudos dolores llevados con heroico sufrimiento, mayormente valiendo más un día de los trabajos padecidos voluntariamente en esta vida que muchos en las penas del purgatorio, que tienen más de necesidad que de voluntad?

¡Oh demasiadas confianzas, nuestras vidas estragadas, desacompañadas del temor que pide aquel momento, que mira á una eternidad, á vista de aquella puerta formidable por donde pasa el alma á padecer ó gozar siglos sin fin, de aquel paso en que va la suma de las cosas! Denos Dios luz para acertar en lo que va á perder ó ganar á Dios eternamente.

Con varios afectos ha dispuesto nuestro Señor la salida de este mundo de sus siervos, segurísimos de la confianza temerosa y del temor confiado. Fué sin duda el crisol último en que se purificó el alma santa del venerable Maestro Ávila estos temores de su salvación, la mayor probanza de su virtud y santidad. Aquel grande Arsenio, grande en el mundo, ejemplo y admiración de los yermos, hombre sólo en el aspecto, serafín en espíritu, llegándose la hora última comenzó á llorar copiosamente, y á temblar con movimiento notable; dijéronle sus discípulos: *¿Qué es esto, Padre, y tú lloras? ¿Acaso temes?* El respondió: *De verdad temo; y este temor que así de mí se apodera, siempre le tuve desde que comencé á ser monje.*

San Arnulfo, Obispo, estando á la muerte, dijo á un amigo suyo que le encomendase á Dios, porque estaba muy apretado, y no le parecía que había satisfecho por su pecados antiguos, que aunados en un poderoso ejército le cercaban. San Agatón Abad, después de una santa vida en un desierto, tembló al morir por los sobresaltos y congojas de su salvación; y extrañando este temor sus discípulos, les dijo que temía porque sabía que eran muy altos los juicios de Dios y muy diferentes de los nuestros. Abenner, padre de San José, después de cuatro años de penitencia en la soledad, se vió al tiempo de la muerte con grandes congojas y miedos, hasta que su santo hijo le quietó.

San Hilarión, espejo de toda santidad, viendo que su alma recelaba la partida, la esforzaba diciendo: *Sal, ánima mía, ¿qué temes? Setenta años ha que sirves á Cristo, ¿y temes la muerte?* El pacientísimo é inocentísimo Job, que no tenía par ni semejante en la tierra, ¡cuánto mostró el temor que tenía de este juicio cuando decía: *¿Qué haré cuando se levantare Dios á juzgar? Y cuando me hiciere cargo de mis culpas, ¿qué le responderé?* De esta manera temieron los que con gran luz de Dios penetraron las veras de este juicio; y así los temores del santo Maestro Ávila no sólo no son argumento de imperfección, sino de gran perfección y prudencia.

Entre las virtudes que más resplandecieron en el santo Maestro Ávila, con la ocasión de su muerte, fué la humildad, que profunda en la vida, al morir fué profundísima. Ésta dió materia á sus temores, porque mirándose á sí con ojos claros, no halló sino defectos, y flaquezas y descontento de sus obras por suyas, si bien grandes y de incomparable mérito. Cercaban al santo lecho los Religiosos de la Compañía, y como á varón tan santo le decían consideraciones delicadas muy altas y divinas; él con mucha humildad les dijo: *Padres míos, díganme: ¿qué es lo que suelen decir cuando acompañan á los que van á morir por sus delitos?* Respondiéronle *que les decían tuviesen gran confianza en la misericordia de Dios, porque era infinita, y se apiadaba de los más rematados pecadores que de corazón piden perdon.* Él les dijo: *Padres míos, díganme mucho de eso;* con que mostró sentir alivio en sus congojas. Con este santo temor acabó la vida este varón apostólico, dejándonos con este clarísimo ejemplo de su temor la razón que todos tenemos de vivir y morir con él.

Preguntóle la Marquesa dónde quería que se sepultase su cuerpo, mostrando sería su gusto y de la señora Sor Ana, Condesa de Feria, que le tenían por padre de sus almas, se enterrase en Santa Clara; mas él respondió que no, sino en el Colegio de los Padres de la Compañía de Jesús, á los cuales como había amado en vida, quiso darles esta prenda en muerte.

Era ya tarde, y el dolor iba subiendo al pecho; y uno de sus discípulos, que tenía un Crucifijo en las manos, se lo entregó, y él lo tomó con ambas manos y le besó los pies y la llaga preciosa del costado con gran ternura y devoción, y abrazólo consigo; púsole también en la mano una cuenta de indulgencias que él tenía consigo, para que pronunciase el nombre de Jesús; pronunciólo muchas veces con el de Nuestra Señora. Era ya noche, y apretábale mucho el dolor, y él decía á Nuestro Señor: *Bueno está ya, Señor, bueno está.* Llegó el dolor á las once y doce de la noche, y él perseveraba diciendo con voz muy flaca: *Jesús, María y José..*

Poco antes que muriese le dió cierta cosa congojosa, y aunque no dijo de qué, dió muestra de estar con pena; volvió los ojos á un cuadro pequeño de un *Ecce Homo* que estaba colgado en la pared, y habiendo estado mirándole algún espacio, volvió con suma serenidad, y dijo: *Ya no tengo pena alguna de este negocio.* El dolor no cesaba, ni él de invocar á Dios, y repetir los tres nombres dulcísimos de *Jesús, María y José,* y cuando le fué faltando el habla, en el movimiento de los labios se conocía decir las mismas palabras.

Un Padre le tenía el Crucifijo en la mano derecha, y otra persona la vela en la izquierda. En todo este tiempo ninguna mudanza hizo en su rostro ni en los ojos de las que suelen hacer algunos enfermos; mas antes la serenidad de rostro que siempre tuvo en vida conservó en muerte, y apenas estuvo un cuarto de hora sin habla; y con esta paz y sosiego dió su espíritu á Nuestro Señor. Eclipsóse este gran sol, que alumbraba nuestra España con su esclarecida vida y ejemplos, y aunque fueron tan grandes sus trabajos y dolores, no le quedó aquel día á deber nada su amo; púsole (como piadosamente debe creerse) en posesión eterna de sí mismo, con tanta pujanza de gloria, cuanta fué la gracia de que para su ministerio apostólico estaba lleno; y de aquel pobre aposentico partió rico, vestido de inmortalidad, á ser Rey en el reino de la vida.

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

Y cuán grande fué el premio de gloria que allí recibió, declarólo Cristo nuestro bien en su Evangelio diciendo *que el que hiciere y enseñare*—esto es—*el que guardare sus Mandamientos y los enseñare á guardar á otros, será grande en el reino de los cielos.* Y este oficio de doctor tiene en el cielo especial premio, como el de virgen y mártir, que todos concurren en este gran varón, si los dolores pueden hacer mártires, y el deseo denodado de ir á padecer martirio. Los justos—dice Daniel—resplandecerán como el cielo; mas los que enseñan á otros á serlo, resplandecerán como estrellas en perpetuas eternidades.

Sucedió esta muerte á los diez días del mes de Mayo del año 1569, día del Santo Job, según la cuenta del Martirologio Romano, en que se nos da á entender que este gran siervo de Dios no sólo recibió la corona de Doctor, sino también de paciencia, que conservó enternamente veinte años de enfermedades.

CAPÍTULO XXIV

Entierro y sepulcro del Venerable Maestro Ávila, y sentimiento que hubo por su muerte.

Como quebrado el alabastro del precioso nardo por la religiosa Magdalena á los pies del Salvador se llenó toda la casa de olor, así, quebrado el vaso de tierra del frágil cuerpo del santo Maestro Ávila, se sintió un olor suavísimo que llenó toda la casa, tan fragrante, que en el aposento en que murió y el oratorio duró más de cuarenta años; y aunque admirable y divino, no igualó al de sus virtudes, con que llenó todo el orbe.

Luego al punto la Marquesa envió orden á los conventos de San Agustín y San Francisco y Colegio de la Compañía para que se dijesen Misas, confiada eran más para gloria accidental del difunto que sufragio de su alma; la misma diligencia mandó hacer con la clerecía de las iglesias de Montilla, que es copiosa, y en los demás lugares de su Estado.

Fué extraordinario el sentimiento de toda aquella villa de la muerte del Apóstol que gozaban, y así conforme al dolor fueron las demostraciones.

Concurrió todo aquel pueblo eclesiástico y seglar á acompañar y venerar el cuerpo. Fué copioso el concurso, aumentado con gente que vino de la comarca; de manera que no podía pasar el clero y religiones con el venerable cuerpo; todos procuraban tocarle y tomar parte de sus vestidos por reliquias, y besarle los pies, y hacer otras demostraciones, con que ostentaban la gran opinión de santidad que tenían del difunto. Dificultosamente podía caminar la pompa fúnebre, aun defendida de los ministros de justicia, que separaban del tropel y multitud la gran reliquia. Acompañóle el clero y religiones con cantos

eclesiásticos, el pueblo con lágrimas y llantos, condoliéndose de la gran falta que les había de hacer tan gran varón y Maestro.

Llegaron apenas á la iglesia del colegio de la Compañía de Jesús, corta para la multitud que quisiera asistir al oficio del entierro; poca parte la ocupó respecto de la que quedó afuera.

Acabados los sufragios y demás ceremonias de la Iglesia, hechas con gran devoción y sentimiento, los Religiosos de la Compañía, agradecidos á la demostración de voluntad que el Venerable Maestro hizo de su religión y buena correspondecia, no le dieron sepultura en la forma que se suele; diferenciáronle de los demás muertos como él los diferenció en la vida. En la capilla mayor del colegio, que es de los Marqueses de Priego, al lado del Evangelio abrieron en el arco un hueco, donde, elevado en una caja, acomodaron el cuerpo, y delante de él una gran losa engastada en la pared; en ella, con letras grandes, grabado este espitafio, composición del P. Gerónimo López, de la Compañía de Jesús, tan religioso como gran poeta.

MAGISTRO JOANNI AVILAE PATRI OPTIMO, VIRO INTEGERRIMO, DEIQUE AMANTISSIMO FILII EJUS IN CRISTO P.

Magni Avilae cineres, venerabilis ossa Magistri
Salve te, extremum condita ad usque diem;
Salve, dive parens, pleno cui flumine coelum
Affluxit, largo cui pluit imbre Deus;
Coelis rore satur, quae mens tua severa tinctus
Mille duplo retulit fenore pinguis ager.
Quas Tajus, ac Betis, quas singulis alivit oras
Ore tuo Christum buccina personuit
Te patrii cives, te consultatus adibat
Advena, tu terris numinis instar eras.
Quantum nitebaris humi reptare pusillus,
Tantum provexit te Deus astra super.

IPSE LECTORI

Avila mi nomen, terra hospita, patria coelum,
Quoeris quo functus munere? messor eram
Venerat ad canos falx indefessa seniles,
Quae Christi segetes messuit innumeras.

ANIMÓSE Á VOLVER ASÍ Á NUESTRA LENGUA

Salve, mármol sagrado, en quién ahora,
Urna feliz hasta el supremo día,

Cenizas del gran Ávila atesora.
Salve, Padre y Maestro,
En quien el cielo todo, por bien nuestro,
Inundaciones de su amor llovía:
Fecundó, pues, con celestial rocío
Lo que tu pecho mismo había sembrado:
A Dios dió frutos veces mil doblado.
Que en mieses ya maduras
Lo que te fía cobra con usuras.
Cuanta espaciosa vega
El Tajo y el Genil y el Betis riega,
Llenó tu voz del nombre
Que el Evangelio aclama de Dios Hombre.
El santo desengaño
El natural buscaba y el extraño
En ti, como en espejo,
Oráculo era al mundo tu consejo.
Y cuanto procuraste
Ser pequeño en la tierra, en que dejaste
De tu humildad tan soberanas huellas,
Tanto mayor subiste á hollar estrellas.

EL MISMO VENERABLE PADRE AL LECTOR

Ávila fué mi nombre; mi camino
La tierra en que pisaba peregrino:
El cielo era mi patria verdadera;
¿Qué oficio ejercité? Segador era
De la incansable mano:
Nunca dejé la hoz por muy anciano:
Antes á Cristo di siempre constante
Cosecha de sus mieses abundante.

En las palabras de este epigrama mostró la sagrada Religión de la Compañía de Jesús la gran veneración y estima que hizo de este varón apostólico, que ha sido siempre igual á la que ha dado á su gran fundador San Ignacio, imitando al afecto y aprecio que el Santo Patriarca hizo de nuestro gran Maestro, como hemos visto y veremos adelante.

Hiciéronsele exequias en Baeza, y predicó el Dr. Bernardino de Carleval, su discípulo, donde mostró el justo sentimiento de esta escuela; hizo alarde de las grandes hazañas y virtudes de su venerable Maestro.

Fué muy sentida esta muerte en toda la provincia de Andalucía, donde apenas había ciudad ó lugar grande donde no tuviese discípulos y muchas personas de aventajado espíritu,

que justamente sintieron la soledad y falta de este gran Maestro, Padre y guía de sus almas.

Tocó el dolor más de cerca á la Marquesa de Priego; púsola á riesgo de la vida con una enfermedad peligrosa; teníale por padre, y vió acabarse el consuelo único suyo y luz de todo su Estado; la soledad fué mayor é igual el sentimiento de la santa Sor Ana de la Cruz, Condesa que fué de Feria; debía, después de Dios, al Venerable Maestro Ávila los grandes aumentos de santidad á que llegó aquella alma felicísima.

Mas la grandeza de esta pérdida súpola ponderar y sentir quien tenía íntimamente conocida la santidad é importancia de la vida de nuestro santo Maestro. La gloriosa Santa Teresa de Jesús derramó por esta muerte copiosas lágrimas. Escribe advertidamente lo que en esto pasó el santo Obispo de Tarazona, Fray Diego de Yepes, en el lib. III, cap. XXV de su *Vida*, donde, ponderando lo que estimaba la Santa los hombres que se empleaban en ministerios de almas, lo que rogaba á Dios por su salud, lo que sentía su muerte, añade estas palabras: "Cuando murió el Venerable Maestro Ávila, de quien tantas veces habemos hablado en esta historia, súpolo luego la Santa en Toledo, que entonces estaba en casa de Doña Luisa de la Cerda; pues como ella vió que faltaba tan grande Santo de la tierra, comenzó á llorar con grande sentimiento y fatiga.

Causó á sus compañeras grande novedad este llanto no acostumbrado en muerte de nadie; y la que habiendo sabido la muerte de su hermano no había echado una lágrima, sino que puestas las manos bendecía al Señor, viendo ahora con tan nuevo sentimiento, les ponía grande espanto y admiración; y habiendo sabido de ella la causa de su llanto, le dijeron que por qué se afligía tanto por un hombre que se iba á gozar de Dios. Á eso respondió la Santa: "De eso estoy yo muy cierta; mas lo que „me da pena es que pierde la Iglesia de Dios una gran colum„na, y muchas almas un grande amparo que tenían en él; que la „mía, aun con estar tan lejos, le tenía por esta causa obligación.„ Hasta aquí el Santo Obispo. Estas palabras, este sentimiento, estas lágrimas son el mayor elogio que puede escribirse del Venerable Maestro Ávila.

CAPÍTULO XVII

De las revelaciones de su gloria, y estimación de sus reliquias y sepulcro.

Sin duda es gran día para Dios el en que entra un Santo en el cielo; que aunque aquel mar de infinita felicidad está en continua creciente, cuando á él vuelven los ríos de santidad que de él salieron, parece da muestras en el cielo de cuán maravilloso y glorificado es en sus Santos. De su venida da cuenta muchas veces, como de cosa de gran gusto suyo á los amigos que tiene acá en el mundo, ó para consuelo suyo ó manifestación de la gloria de sus siervos; de la del Venerable Maestro Avila hubo algunas revelaciones que se tuvieron por ciertas.

Doña Inés de Hoces, monja profesa en el monasterio de Santa Marta de Córdoba, cuya madre recibió del santo Maestro Avila el mayor beneficio de encaminarla á la salvación muy al seguro, fué muy estimada del Venerable Maestro Avila, para quien son algunas cartas de su Epistolario. Después de su muerte la gobernó el P. Juan de Villarás, á quien se la encomendó. Su trato con Nuestro Señor fué muy íntimo y familiar; aprobaron su espíritu hombres doctos y espirituales. Cuenta que antes de su muerte se le apareció Cristo Nuestro Señor y la consoló en una grande aflicción que tuvo; llegó con un ejemplar tenor de vida á noventa años de edad, y acabó en el Señor con muy gran loa.

Muerto el Venerable Maestro Avila, esta sierva de Dios se puso á discurrir si el alma del P. Maestro Avila había pasado

por purgatorio, ó se fué derecha al cielo; parecíale que de la pureza y perfección de su vida se debía píamente creer así. Estando un día en su aposento embebida en este pensamiento, inclinándose mucho á que desde la cama había entrado en el cielo, se le puso delante un mancebo muy hermoso y le dijo: *¿Pues no había de ser así?* Esto discurría con su piedad, que inquirirlo con curiosidad fuera cosa digna de reprensión. Esta visión contó el P. Francisco Gómez, de quien dejamos hecha mención muy larga.

Otra vez, estando en su aposento esta misma religiosa, vió pasar al santo Maestro Avila, después de su muerte, vestido de ornamentos sacerdotales con gran luz y resplandor, y le dijo al pasar: *Vos allá habéis de ir también.* Penetró la pared del aposento y desapareció.

Estas visiones se pueden tener por ciertas, según las circunstancias de la perfección de vida de Doña Inés y fidelidad que siempre se le conoció, y aprecio que de ella hicieron tanta gente docta y grave, mayormente en confirmación de la santidad de un varón tan señalado y tan gran siervo de Dios.

Pertenece á esta parte lo que dejamos escrito de la Madre Constanza de Ávila, que estando con aquella tentación contra la inmortalidad del alma, vió al santo Maestro Ávila en visión intelectual, y le dijo: *Grados de gloria tengo;* y se apareció á esta sierva de Dios al tiempo de su muerte, dándole la buena nueva que se verían juntos en el cielo.

El año de mil quinientos ochenta y nueve, día del Apóstol San Mateo, hubo una gran tempestad en la villa de Montilla y su comarca; al anochecer fué mucho mayor; temióse había de asolar la villa; en Córdoba hizo notable estrago. Fray Bartolomé de Jerusalén, Religioso descalzo de la Orden de San Francisco, estando en el convento qne esta Religión tiene extramuros de esta villa, se puso á conjurar el nublado desde el claustro alto del convento; antes de empezar los exorcismos se halló cercado de demonios, y le decían: *No te canses, que Montilla tiene fuertes muros, y así no recibirá daño;* y replicando que era lugar abierto, ¿cómo decís que tiene fuertes muros?, respondieron los demonios: *¿Qué más fuertes muros que Avililla, el que está enterrado en la Compañía, y sus discípulos Villarás y la Condesilla de Feria, que está en Santa Clara?* ¡Pobre de Montilla si no tuviera tales muros! Vivían aún los dos últimos. Este caso fué

muy público en Montilla y deponen de él gran número de testigos.

Vivía en Montilla la Madre Agustina de los Ángeles, beata profesa de la Orden de San Agustín, de quien hemos hablado, mujer de gran virtud, vida ejemplar y muy contemplativa; confesaba con el Venerable Maestro Ávila, y la gobernaba en las cosas de espíritu; el día que el santo varón murió se le apareció el demonio, y le dijo: *Agustina, ya es muerto Avililla; no tendrás quien te confiese y aconseje como él; ahora nos lo habremos los dos.*

Estos casos, que suelen ser muy frecuentes en las muertes de las personas que dejan opinión de santidad, piden á la piedad cristiana entero crédito; mas lo que necesita es la aprehension común, mayormente de personas doctas y espirituales, que con asentimiento uniforme tienen por varón de singular santidad al que ha faltado mayormente concurriendo la aclamación del pueblo.

Este género de testificacion de santidad la ha tenido el Venerable Maestro Ávila igual á cuantos hombres y mujeres santos han muerto en este siglo último, muchos ya canonizados; *porque no se abre libro en que se ponga su nombre sin encarecidas alabanzas y encomios;* jamás le nombró persona que no sea llamándole á boca llena el santo Maestro Ávila. Jamás se oye su nombre que no se regalen los oídos y enternezca el corazón; y ha poseído los de toda España con notable aceptación y crédito, no sólo teniéndole por santo, sino por muy gran santo, y de los grandes que reinan en el cielo.

Desde el día que entró en el descanso eterno se estimaron y procuraron sus pobres alhajas y vestidos y todas las cosas de su uso, teniéndolas por reliquia como de hombre santo; y aunque esto ha sido común en todos, en especial los religiosos de la Compañía de Jesús tienen y estiman sus reliquias en suma veneración, poniéndolas en nóminas, comunicándolas á personas afectas al Santo, dándoles todo el culto que se puede á las prendas de los que dejan opinión de gran santidad.

Hanse copiado muchos retratos suyos, y se veneran como de persona santa; y aunque muestran un rostro de hombre grave, no llenan con mucho lo venerable y respetable que tenía.

El P. Juan de Villarás guardaba sus reliquias como de

hombre santo, y dió á personas devotas letra suya, pelos de su barba, pedazos de su vestido; *y algunos libros en que había estudiado los dió como preciosas joyas para la librería de la Asunción de Córdoba.* D. Pedro Fernández de Córdova, Marqués de Priego, preguntó al P. Villarás si había quedado alguna cosa de las que usaba el Venerable Maestro Ávila. Respondió *que hasta unos zapatos viejos se habían llevado, y que sólo había quedado el cáliz en que decía Misa, con que celebraba él.* Dijo *que en faltando le había de llevar á su palacio, como lo hizo.* Tiénenle aquellos señores en gran estima y veneración por haber celebrado en él tantas veces el Venerable Maestro Ávila.

El Duque de Arcos guarda algunas cartas del varón tan santo con suma veneración, y con la misma conservaba cuatro cartas de letra del Venerable Maestro Ávila el Dr. Francisco Hañes de Herrera, Patrón y catedrático de Prima que fué de la Universidad de Baeza, varón grande en la virtud y letras, y sucesor dignísimo de aquellos primeros santos catedráticos que fundaron esta escuela; prometió escribir la vida del santo Maestro Ávila, de quien era devotísimo; mayores ocupaciones nos privaron de este bien; tenía ya recogidas muchas cosas, *algunas quedaron en la deposición jurada, igualmente docta y pía,* que componen gran parte de los capítulos siguientes. Para animarme á esta obra me favoreció con una de las cartas, que estimo como es justo; llevóle Nuestro Señor á descansar á tiempo que pudiera ayudar mucho á esta empresa tan desigual á mis fuerzas.

El Conde de Benavente y Luna, D. Antonio Pimentel, guardaba con gran veneración dos firmas del Venerable Maestro, la cruz grande de madera, único adorno de su aposento, los manteles con que decía Misa, parte de un dedo y otras reliquias suyas, *con tanta estima y amor, que afirma en su deposición jurada* que habiendo dado muchas reliquias de santos á personas devotas, nunca ha podido vencerse á apartar de sí las del Venerable Maestro Ávila, pareciéndole que quedara muy solo sin ellas. Y afirma que en sus necesidades espirituales tiene en ellas una gran compañía y un inestimable tesoro, y que de ellas se ha valido en sus enfermedades y trabajos y ha sentido particular favor y auxilio de Nuestro Señor, y que ha oído que á otras personas ha sucedido lo mismo.

El aposento donde murió se tuvo en grande veneración, como en lugar donde había muerto un varón de tan grande santidad, y de cuya gloria no dudaban. Es opinión constante en Montilla, y lo deponen muchos testigos jurados, que por más de cuarenta años después de la muerte del Venerable Maestro Avila se sintió en este aposento, y en especial en el oratorio, un olor muy suave y confortante, que alegraba y vivificaba el espíritu y consolaba á los que en él entraban. Muchas personas han venido á visitar este aposento. San Francisco de Borja, pasando por Montilla, habiendo venerado el sepulcro del Venerable Maestro Ávila, preguntó por la casa donde había vivido, *y estando en ella, entró de rodillas desde la puerta del aposento donde más asistía, hasta la parte donde murió, con gran veneración y respeto.*

Quedó en esta casa el P. Juan de Villarás, y mientras vivió la estimó el Marqués D. Pedro, ni consintió la habitasen sino clérigos virtuosos; el tiempo alteró esto, con que cesó el olor.

Habiendo venido á Montilla el Duque de Arcos con el Conde de Luna, su yerno, después de Benavente, por el año de 1606, á la muerte del Marqués D. Pedro, un día, saliendo á acompañar al Santísimo Sacramento que llevaban á un enfermo, y dejándole en la custodia, pasando por la casa del Venerable Maestro Avila, dijo el Duque al Conde, su yerno: *Hijo, vamos á ver un santuario digno de toda veneración, que es la casa donde vivió y murió el siervo de Dios el Venerable Maestro Ávila.* Llegando á ella se hincaron de rodillas á la puerta de la casa, y con grande humildad besaron los umbrales de ella, diciendo: *Esta veneración y mayor se debe á esta casa por haber vivido en ella aquel santo é insigne varón.* Vieron esta acción muchas personas que los acompañaban.

No fué menor el afecto del Conde de Castellar, señor de raro ejemplo de vida: vino desde Sevilla en compañía del Licenciado Francisco de Cervantes, hombre de gran espíritu, y otros piadosos caballeros, á visitar al santo cuerpo; preguntó el Conde por la casa, y él y los demás veneraron y besaron los umbrales con actos de mucha religión y reverencia.

La veneración mayor ha sido al santo cuerpo; hase visitado su sepulcro con gran frecuencia de los fieles de toda suerte de personas, ofreciéndole dones y votos en hacimiento de gracias por mercedes recibidas por su intercesión.

Decía el P. Villarás Misa junto á un altar que está cerca del sepulcro de su santo Maestro; cuando la acababa de decir hacía una humillación al altar donde la había dicho; volvía luego la cabeza al lugar donde estaba el santo cuerpo, y la tornaba á bajar, haciéndole esta veneración mostrando la que de él tenía. Ya dijimos la gran reverencia que hizo á este sepulcro San Francisco de Borja cuando pasó por Montilla, reconocido del bien que recibió por su medio.

La Marquesa de Priego, Doña Catalina, hija de la santa Condesa de Feria, señora de la ejemplar virtud que escribimos, dejó el convento de San Francisco de Montilla, sepulcro de sus pasados, y se mandó enterrar en el Colegio de la Compañía á los pies del Venerable Maestro Ávila.

Este sepulcro le estima la universal Compañía de Jesús, teniendo á gran felicidad que el Colegio de Montilla tenga este tesoro, que no le trocaran por cuantos tiene el mundo; y como ufana de poseer esta prenda, lo publicó en su nombre su historiador el P. Nicolás Orlandino, lib. XIV, núm. 61, donde hablando del Venerable Maestro, dice: *Ad extremum supremo vitae suae die corpus suum Montillae jussit suae voluntatis benevolentiaeque pignus in aede nostra sepulturae mandari.*

Entre las personas que con mayor afecto han visitado el sepulcro del Venerable Maestro Ávila, ha sido D. Mateo Vázquez Leza, Arcediano de Carmona y Canónigo de la santa Iglesia de Sevilla, varón de ejemplar virtud; vino de muchas leguas á venerar el cuerpo del Venerable Maestro Ávila y velar en oración junto á su sepulcro, como lo hizo algunos días, morando para este efecto en el colegio de la Compañía; hablaba con gran veneración y estima del santo Maestro Juan de Ávila; parecióle que su santidad y fama pedía más descubierto sepulcro; dió al P. Rector del colegio una suma competente para que se hiciese una urna de jaspe, en que se trasladase y colocase más decentemente el santo cuerpo. Hízose la urna de siete pies de largo, con su cubierta con muy buenas labores, y sobre ella unas pilastras y cartelas, cornisa y frontispicio, todo de jaspe fino con vetas coloradas, blancas y amarillas; entre las dos pilastras, como entre guarnición, se puso un cuadro con el retrato del Venerable Maestro, que envió el mismo Arcediano.

Trasladóse el cuerpo á la urna en el lugar que antes esta-

ba, dentro de un arco que de nuevo se hizo en la pared, sobre uno como altar, á que sirve de frontal la losa donde está grabado el epigrama, añadiendo por guarnición unas fajas de mármol negro. Cuando se abrió la caja en que estaba se hicieron grandes diligencias para tomar algunas reliquias del santo cuerpo por los Padres y Hermanos del Colegio; y á satisfacer la devoción de todos, no hubiera qué poner en la urna; y aunque se defendió mucho, lograron la ocasión algunos, llevando algunas reliquias. En este sepulcro está hoy el santo cuerpo, venerado y frecuentado de todos.

Parece que podía tener justo sentimiento la noble villa de Almodóvar de carecer del tesoro del cuerpo de este gran Padre, que por haber nacido en su suelo puede llamar hijo suyo; mas Nuestro Señor la ha consolado dándole muy justa recompensa. El Venerable P. Fray Francisco de Montilla, natural ó naturalizado en esta villa, como lo da á entender el apellido que tomó en la Religión, según su estilo, de la casa de los Marqueses de Priego pasó á la de San Francisco, en la provincia de los Descalzos de San José. Fué varón de tan heroicas virtudes, que tenía en la oración arrobos, éxtasis, visiones, revelaciones divinas y otros favores del cielo, premio comunmente de grandes penitencias y trabajos.

Habiendo vivido en su provincia con raro ejemplo de santidad, arrebatado de un celo apostólico, pasó á predicar á las Indias (parece suplió los afectos y deseos del Venerable Maestro Ávila), aportó á las Filipinas, llegó á las islas del Rey de Cauchín, de allí á la China, al reino de Siam; predicó el Evangelio en estas partes, y dicen bautizó de su mano cinco mil infieles; donde padecidos infinitos trabajos y peligros por mar y tierra, volvió á España, y residiendo en Almagro, salió á un negocio de la Orden; sobrevínole una dolencia grave en el camino, en término de Almodóvar, donde hizo le llevase el compañero; murió allí santísimamente; enterráronle, después de una gran contienda, en la iglesia parroquial en el lugar de los sacerdotes, sepulcro que tuviera el Venerable Maestro Ávila á morir entre los suyos, como diciendo: *Aquí vengo á estar por él.*

¡Quién no admira la disposición de la divina Providencia! Dió Almodóvar un cuerpo santo á Montilla; pagó Montilla á Almodóvar con otro santo. ¿Quién duda que trajo Dios de los

últimos fines del oriente por tantos mares, por tantos climas, al bendito Fray Francisco de Montilla para honrar este sepulcro y saldar aquella pérdida?

Un apóstol, maestro de la verdad, le recompensa con otro predicador también apostólico. Dióle por un virgen otro virgen de pureza incomparable; por un mártir en el afecto, otro mártir de voluntad, que no faltó al martirio, el martirio le faltó; fué traído cargado de prisiones de unos á otros tribunales por diversas ciudades de la China, tragando la muerte á cada paso. ¿Quién no dirá que la santidad de este perfectísimo Religioso la predestinó la atención divina á suplir las veces del Venerable Maestro Ávila? Puede decir Almodóvar con Eva: *Posuit mihi Deus semen aliud pro Abel.* Que el carecer de un justo, sólo otro justo puede compensarlo. Las maravillosas virtudes de este insigne varón, sus jornadas, sus peligros, los lances que pasaron en su entierro, refiere en mejor estilo el muy Rdo. P. Fray Juan de Santa María en su *Crónica de la provincia de San José*, en el libro II de la primera parte, desde el capítulo XLIII con los siguienes.

CAPÍTULO XVIII

De la estima y crédito de santidad que el Venerable Maestro Juan de Ávila ha tenido cerca de hombres graves y santos.

RESPLANDECIERON en este santo varón las virtudes todas en tan heroico grado, que le hicieron admirable al mundo; y así por su singular santidad y hechos heroicos, y celo apostólico y espíritu de un San Pablo, fué tenido en su vida y después de su muerte por grande santo, y por tal es venerado comunmente por todos, y no se oye su nombre sin ternura y espiritual sentimiento, en particular en los pueblos donde predicó; y todas las personas que le comunicaron le reverenciaron como apóstol, y veneraron como á un varón perfecto, y crece cada día esta opinión.

Fué verdaderamente varón apostólico y discípulo en el ejemplo de su vida y fuerza de su palabra y espíritu, verdadero imitador del Apóstol San Pablo, cuya doctrina parece que el mismo maestro de las gentes, con particular favor y intercesión suya para con Dios, se la declaró y explicó de manera que oirle en un púlpito y en las conversaciones, y cuando explicó sus Epístolas, parecía que hablaba el mismo Apóstol.

Fué grande la estimación que de él hicieron las personas Reales, Arzobispos, Obispos, consejeros y todos los eclesiásticos de España, estimándole más que si fuera Obispo ó Cardenal, procurando su amistad, valiéndose de su consejo. Fué amado y respetado de cuantos Príncipes y señores hubo en su tiempo, y tenían á dicha hablarle y llevarle á su casa, comunicarle y gozar de su espiritual conversación; en tanto grado, que muy

grandes señores de Andalucía envidiaban á los Marqueses de Priego tener en su villa un tan insigne y santo varón, y estos señores reconocieron esta dicha; estimáronle tanto, que compraron una casa donde viviese arrimada á la suya, para poder tratarle y comunicarle con frecuencia; en sus manos pusieron sus Estados y, lo que más es, sus almas, que en su tiempo aquéllos gozaron de gran felicidad y éstas de grandes mejoras.

Con esta estimación y aprobación común concurrió la de los particulares. Sea la primera la que resulta de la Bula de erección de las Escuelas de Baeza, por la Santidad de Paulo III, en 19 de Enero de 1540; en la narrativa de la misma Bula, cuando hubo de nombrar Administradores de las Escuelas, se le propuso á su Santidad á nuestro varón apostólico por estas palabras: *Joannem de Avila, Clericum Cordubensem, Magistrum in Theologia, et verbi Dei Praedicatorem insignem.* Esto fué treinta años antes que muriese.

El Santo Fray Tomás de Villanueva, gloria de la Religión de San Agustín, Arzobispo de Valencia, verdadera centella del amor divino, que reverberó en los pobres, de quien fué verdadero padre, decía y afirmaba que desde los Apóstoles acá no sabía quién hubiese hecho más fruto que el Venerable Maestro Juan de Ávila. Este testimonio del Santo Fray Tomás publicaba un Religioso descalzo, varón de santa vida.

El glorioso Patriarca San Ignacio estimó con obras y palabras al Venerable Maestro Ávila. Fué el espíritu de estos dos santos varones uniforme, los intentos los mismos y los ministerios, el deseo de fundar congregación de sacerdotes que ayudasen á las almas; concedió Nuestro Señor el efecto á San Ignacio, y al Venerable Maestro Juan de Ávila los intentos; fué el Juan que señaló aquel Jesús que levantó San Ignacio, y así le enviaba sus discípulos para que los recibiese; pero como la autoridad y santidad del Bautista pudo dar crédito á Cristo, así el santo Maestro Ávila le dió á la Compañía, ayudando su introducción y á la fundación de los colegios, favoreciendo á sus hijos.

Así lo afirma Nicolás Orlandino en el libro XIV de su *Historia*, núm. 26, donde hablando de nuestro santo Maestro dice: *Societati vero ipsi plurimum ille, et auctoritatis, et gratae sua auctoritate eximiaque in eam benevolentia comparavit.* Para esto fué conveniente que el espíritu fuese muy conforme.

Pareólos advertidamente el P. Orlandino en el lugar citado, número 59, donde habiendo puesto los consejos que el santo Maestro Ávila dió á D. Diego de Guzmán y Dr. Loarte, y otros semejantes de San Ignacio al P. Olave, dice: *Ut intelligas, quam geminum illud evangelicae sapientiae lumen Ignatius, et Avila consentirent:* en que se ve la estima que este historiador tuvo de nuestro santo Maestro; más superior incomparablemente fué la de San Ignacio, como lo prueba este suceso.

"Llegó á Roma el P. Diego de Guzmán con el P. Nadal; quiso San Ignacio, que estaba á la sazón enfermo, cenasen con él los huéspedes; sobre cena dijo el Santo: Díganos nuestro Hermano D. Diego algo del santo Maestro Ávila. Respondió: Ya ha años que no le veo, porque tantos ha que nos envió al Padre Dr. Loarte (estaba también allí presente) y á mí á Oñate, para que el P. Francisco de Borja nos recibiese en la Compañía, y nos dijo: Andad, hijos, que quizá seré yo como Jacob, que envió sus hijos delante, y después fué tras ellos. A esto añadió el P. Nadal: Muchas veces trató conmigo el venerable Maestro Ávila esta materia de entrar en la Compañía; pero como humilde, parécele que estando ya tan viejo y tan gravado de enfermedades, no ha de ser de provecho sino de carga á la Religión. A esto dijo San Ignacio: Quisiera el santo Maestro Ávila venirse con nosotros, que le trajéramos en hombros como al Arca del Testamento, que diferencia se ha de hacer de las personas; palabras dignas de aquella prudente santidad, y que declaran el crédito y grande estimación que tenía de nuestro santo Maestro."

El P. Fray Diego de Yepes, de la Orden de San Jerónimo, Obispo de Tarazona, confesor del Rey D. Felipe II, nuestro señor, y de Santa Teresa de Jesús, varón de gran talento y juicio, y reputado por santo, de quien dejamos hecha mención, y nunca se puede hacer sin gran alabanza suya, en el catálogo de las personas santas que aprobaron el espíritu de Santa Teresa, pone á nuestro santo Maestro por estas palabras: "El Venerable Maestro Ávila es bien conocido en nuestros tiempos por varón evangélico y ministro de los más fieles y celosos que ha tenido la Iglesia en muchas edades, cuya vida y virtudes son tales, que el P. Fray Luis de Granada escribió de ella un libro. Pues para que este santo varón examinase el espíritu y revelaciones de la santa Madre, escribió ella, por mandado

de sus confesores, su vida, lo cual hizo muy despacio; y escribió una carta, aprobando con algunas razones las revelaciones y espíritu de la Santa.„

Inmediatamente pone la aprobación del santo Fray Pedro de Alcántara, y remata el santo Obispo con estas palabras: "Son estos dos varones que he dicho personas de tan alto espíritu y de tan admirable santidad, que tienen virtudes y vida para ser canonizados; del uno escribió la vida el P. Fray Luis de Granada; del otro que es el P. Fray Pedro de Alcántara, la santa Madre, donde en breves palabras describe sus virtudes.„

El Padre Maestro Fray Luis de Granada, á cuya santidad y celestiales escritos es corta la mayor alabanza, varón tan conocido en Europa por Maestro común de cuantos desean salvarse, hizo suma estimación y aprecio del grande y superior espíritu del Venerable Maestro Ávila; y cuando no hubiera otro argumento para probar cuál él fué sino haberse puesto tan de propósito un varón tan grande á escribir su vida, bastaba para entender cuán admirable fué, y cuánto le trató y estimó, y cuán de veras se hallaba obligado á quien tanto provecho le había hecho con su enseñanza y ejemplo; y así hacen todos gran fundamento para probar la santidad de este apostólico varón el estar su vida escrita por tan excelente Maestro, tan grave, tan docto de tan grande verdad, y que no escribió por relación solamente, sino por comunicación y trato que tuvo con nuestro santo, como él dice.

Y éste es bastante testimonio para que se entendiese su gran santidad y heróicas virtudes; y aunque todo el discurso de su historia está lleno de elogios y alabanzas del santo Maestro Ávila, pondré solamente unas palabras del prólogo, que muestran más que otras el alto concepto que el P. Fray Luis tenía. Después de decir la dificultad que hallaba en esta empresa, que él con suma humildad dice es superior á sus fuerzas, dice así: "Porque después que me puse á considerar con atención la alteza de sus virtudes, parecióme cierto que ninguno podía competentemente escribir su vida sino quien tuviese el mismo espíritu que él tuvo; porque sus virtudes son tan altas, que claramente confieso que las pierdo de vista; y como me hallo insuficiente para alcanzarlas, así también para escribirlas. Mayormente que para esto tengo de desviar los ojos de las comunes virtudes que ahora vemos en nuestros tiempos, subir á otra

clase más alta de otros nuevos hombres, en quien, por estar la carne más mortificada, reina el espíritu de Dios más enteramente, el cual hace los hombres semejantes á sí, y diferentes de los otros que de la alteza de este espíritu carecen.

Y para decir algo de lo que siento, leyendo las vidas de los santos pasados, y mirando la de este siervo de Dios, que él quiso enviar en nuestros tiempos al mundo, aunque confieso que en ellos habría más altas virtudes, pues están puestos por un perfectísimo dechado de ellas en la Iglesia, me parece que trató de imitarlos con todas sus fuerzas, porque vi en él una profundísima humildad, una encendidísima caridad, una sed insaciable de la salvación de las almas, un estudio continuo y trabajo para adquirirlas, con otras muchas virtudes suyas que adelante se verán.„ Hasta aquí el P. Fray Luis.

El muy Rdo. P. Fray Juan de Santa María, Religioso descalzo de San Francisco, cronista de esta santa Reformación, en el cap. XXXI de la primera parte de su Historia, tratando de las personas insignes que hicieron grande estima de las virtudes del santo Fray Pedro de Alcántara, pone á nuestro santo Maestro por estas palabras: "Dió también testimonio de su Santidad el Venerable Maestro Juan de Ávila, hombre de grande espíritu, experiencia para discernir lo verdadero de lo falso, y lo bueno de lo no tal; bien conocido en nuestros tiempos por varón evangélico y ministro muy celoso de la honra de Dios, conoció mucho al santo Fray Pedro, y le trató con particular caridad, y dice que en la común estimación de todos era el más calificado en el ministerio de tratar cosas de espíritu y conocerlas.„

El P. Maestro Fray Agustín Salucio, de la Orden de Santo Domingo, insigne en letras y todo género de virtud, y gran predicador, hacía grande aprecio de la santidad y virtud del santo Maestro Ávila, y decía que había muchos siglos no se había conocido predicador verdaderamente apostólico como él lo había sido, y que Nuestro Señor le había enviado á la provincia del Andalucía para reformación de ella.

El P. D. Antonio de Molina, de la sagrada Religión de la Cartuja, que la grandeza de su espíritu y doctrina muestran sus dos libros de *Oración é instrucción de sacerdotes*, en el capítulo VII del tratado II de este libro trae un pedazo de una de las pláticas para sacerdotes; alégale con estas palabras, que mues-

tran la gran estima que aquel religioso y docto varón hizo de nuestro gran Maestro; dice así: "Tratando este mismo punto de la oración un santo y venerable varón, que es el Venerable Maestro Ávila, hombre de grande perfección y altísimo espíritu y rara sabiduría, en una plática que hizo á los sacerdotes, dice unas palabras muy notables, que por ser á nuestro propósito y de varón tan calificado las quiero referir aquí entre las demás sentencias de los Santos, y honrar con ellas este libro, y confirmar y autorizar lo que voy tratando.„

Y después de las palabras de la plática añade: "Hasta aquí son palabras de aquel santo y apostólico varón, el cual, con el altísimo espíritu que tuvo y la gran luz con que el Espíritu Santo le alumbró, echó bien de ver cuán importante y necesaria cosa es á los sacerdotes ser muy dados al ejercicio de la oración.„

El P. Fray Antonio Daza, de la Orden de San Francisco, en la cuarta parte de su *Historia universal,* en el libro IV, capítulo XLIV, escribiendo la vida de la Condesa de Feria, hablando de nuestro Santo dice: "El P. Juan de Ávila, clérigo andaluz, luz de aquellos siglos en santidad y doctrina.„ Y antes había dicho: "Con la enseñanza de tan gran Maestro como el P. Juan de Ávila, de quien ella y la Marquesa su suegra oyeron públicamente la declaración de la Epístola canónica de San Juan en el monasterio de San Catalina de Zafra.„ Y después, hablando de la misma dice: "A ninguna cosa dió crédito sin haberla primero comunicado y tenido aprobación del P. Maestro Ávila, su confesor, á quien Nuestro Señor dió tanta luz y gracia, como se sabe, para discernir espíritus y encaminar las almas á la vida espiritual.„

El P. Pedro de Ribadeneyra, de la Compañía de Jesús, varón igualmente pío y docto, en el capítulo del libro I de la vida de San Francisco de Borja, hablando del sermón de las honras de la Serma. Emperatriz Doña Isabel, dice así: "Predicó el Maestro Juan de Ávila, varón eminente y predicador apostólico de aquel tiempo en Andalucía, y en el sermón discurrió admirablemente del engaño y vanidad de esta vida; y como si hubiera oído las voces y gemidos del Marqués, cuando la noche antes, hablando consigo mismo y con Dios, así parece que le hablaba el corazón, y echaba el sello á sus propósitos que el Marqués había hecho, y después los confirmó más á la

tarde; porque el Marqués le llamó y le dió cuenta de sus deseos, y le consoló, animó y aconsejó lo que había de hacer para retirar á puerto seguro.„

El P. Jerónimo de Acosta, de la Compañía de Jesús, en una carta que anda al principio de las empresas espirituales del Maestro Juan Francisco de Villava, hablando del comentario de la primer empresa, que trata de los alumbrados, libro conocido de pocos, y es la cosa mayor de aquel género que hay escrita, dice calificando este tratado: "A mi parecer es obra digna del gran Maestro Avila ó de cualquier otro varón que en letras y espíritu más se haya señalado en nuestra edad.„

El P. Martín de Roa, Provincial de la Compañía de Jesús en Andalucía, varón de gran talento y letras, cuyos escritos tan doctos, tan elegantes, tan graves, se leen con admiración en las dos vidas que escribió de la Condesa de Feria y Doña Sancha Carrillo, en varias partes hace honorífica mención de nuestro Santo; en el libro I, capítulo I de Doña Sancha dice así:

"Aquel apostólico varón á quien Andalucía debe celestial enseñanza y reformación de costumbres, el cielo muchas conversiones é ilustres almas ganadas á Dios, para suplir las menguas que por ciega altivez trocaron la alteza del estado que poseían en la bajeza del que hoy tienen, sin esperanza de mejorarlo, trataba el negocio de Dios, más que como hombre sin interés de tierra, predicaba con espíritu de Apóstol, despertaba á todos del olvido de su remedio, procuraba lo buscasen y recibiesen en la frecuencia de los sacramentos de la Penitencia y sagrada Eucaristía, todo con tan admirable suavidad y eficacia, que ni perdía lance, ni se le perdía persona que de veras gustase una vez de su doctrina.„ Y más abajo dice de nuestro Padre: "Que como tan codicioso del bien de las almas, ninguna cosa de mejor gana siempre que deshacerse por rehacerlas en lágrimas de penitencia y oración.„ Y en el cap. XIV del lib. II dice: "Los Padres Maestros Juan de Ávila y Fray Luis de Granada, varones tan conocidos en toda la cristiandad por sus escritos, como en toda España por su religión y virtudes.„

Y en la dedicatoria del libro de la vida de la Condesa de Feria dice: "El P. Juan de Ávila, varón de conocida santidad y prudencia.„ Y en el cap. VIII del lib. II dice: "Quiero acabar con muy clara muestra de la gran estima que hizo y el tier-

no amor que tuvo el mismo Señor á esta su fiel esposa; pues habiendo encendido en aquellos tiempos una antorcha tan hermosa y resplandeciente como el P. Maestro Juan de Ávila, que puesta sobre el candelero pudiera ser muy copiosa luz en la Iglesia con los rayos de su doctrina, la encerró en el lugar de Montilla para que fuese guía y maestro de la vida espiritual de la Condesa.„

El P. Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, en su *Dilucidario del verdadero espíritu,* en el cap. IV, donde pone la carta que el santo Maestro escribió á Santa Teresa, dice: "Esta es la carta del P. Maestro Ávila, cuya vida escribió el Padre Fray Luis de Granada, que en su tiempo fué de los más aventajados en espíritu que había en España.„

El muy Rdo. P. Fray Tomás de Jesús, descalzo Carmelita, cuyos admirables escritos testifican su erudición y espíritu, en el lib. II, cap. XV del libro precioso que intituló *Práctica de la viva fe*, de que el justo vive y se sustenta, citando al Venerable Maestro Ávila dice: "Como aconseja, tratando de esta misma materia aquel gran Padre y Maestro de espíritu, Juan de Ávila, en el cap. XLV del *Audi filia.*„

El Maestro Francisco de Castro, el primero que con gran sencillez y bondad escribió la vida del Beato Juan de Dios, tratando de la conversión de este siervo de Dios, dice de esta manera: "Y fué así que el día del bienaventurado mártir San Sebastián, en la ciudad de Granada se hacía entonces una fiesta solemne en la ermita de los mártires, que es en lo alto de la ciudad, frontero de la Alhambra; y sucedió predicar un excelente varón, maestro en Teología, llamado el Maestro Ávila, luz y resplandor de santidad, prudencia y letras de todos los de aquel tiempo, y tal que por su buen ejemplo y doctrina en toda España hizo nuestro Señor gran fruto en las almas en todo género de estados de gentes, tanto que de esto requería muy particular historia; y como sus sermones fuesen tales y tan famosos, seguíale con mucha razón gran número del pueblo; y así fué aquel día, y entre los demás fué Juan de Dios á oirle.„ Prosigue con el suceso de su conversión, que escribimos en el libro primero.

El Dr. Navarro, Canonigo magistral de Granada, después de Córdoba, el Licenciado Núñez, el Licenciado Gómez de Ávila, Canónigos de San Salvador, hombres de mucha virtud y letras,

decían comunmente: *Nadie sabe quién es el Maestro Juan de Ávila: tiempo vendrá en que se sepa quién es.* Palabras que declaraban la gran estimación que hacían del venerable Maestro Ávila.

El Maestro Bartolomé Jiménez Patón, en su *Historia de Jaén,* en el cap. XX, en que trata de las escuelas de Baeza fundadas por el venerable Maestro Ávila, dice: "De toda esta perfección fué administrador y ejecutor el evangélico predicador el Maestro Juan de Ávila, varón de perfectísima virtud, verdadera ciencia, ejemplar vida y ejemplar predicación, que por ser tal le llamaron evangélico. Para decir su perfección basta haber dicho que fué maestro verdadero de tales discípulos como el Dr. Diego Pérez y el Maestro Noguera; y siendo cosa cierta que no enseñó cosa que no la obrase primero, los que no alcanzaron su doctrina en voz, léanla en sus escritos y conocerán el apostólico espíritu que le dió el divino.

Los que no gozaron del efecto que con su predicación hacían, lean la instrucción de predicadores que hizo el Dr. Terrones, Obispo que fué de Tuy y de León, predicador de su majestad, catedrático de estas escuelas, y conocerán cómo fué milagroso. Fuélo en todas sus acciones, mortificaciones, penitencia, afecto piadoso de la conversión de la almas, en que trabajaba de noche y de día incesable é incansablemente; y aunque con falsas calumnias (como á su discípulo Diego Pérez), le llevaron á la Inquisición, de donde salió, como dicen del sol después de nublado, más claro, limpio, puro y hermoso.

"Después de haber peleado muy bien y legítimamente en la palestra de Cristo, corrido su carrera sin desmayar hasta coger la joya y guardado la fe, le guardó Dios para darle la corona que da á los justos, privándole de la vida temporal para la investidura de la eterna, en el año del Señor de mil quinientos sesenta y nueve, á diez de Mayo, y así tenemos por cierto le goza en su gloria para siempre. „

El P. Andrés de Ayala, de la Compañía de Jesús, en un sermón panegírico que predicó en alabanza del Venerable Maestro Fernando de Vargas, de quien dejamos hecha mención, dice así: " Un nuevo Eliseo resucita al mundo en el fervor alentado y fervoroso aliento del Venerable Maestro Fernando de Vargas, discípulo en todo, heredero legítimo de los redobles de espíritu del nuevo y antiguo Elías; llamo nuevo Elías de nuestros

tiempos á aquel gran predicador apostólico el Maestro Juan de Ávila, honra y enseñanza de España, lustre de Andalucía, reformador del mundo, sol en su ejemplo, fuego en sus palabras, luz en sus escritos, incansable en la vida, venerable en la muerte, cuyo querido discípulo y diligente imitador fué nuestro Fernando para que en ausencia suya sirviese al mundo de consuelo y ejemplo, como lo fué Eliseo en la de Elías.„

Don Pedro Fernández de Córdova, en la vida de Doña Sancha Carrillo, su hermana, que anda manuscrita, dice: *Un gran siervo de Dios, letrado, con quien yo deseaba que se confesase, que era el Venerable Maestro Juan de Avila.* Y en otro lugar afirma que decía esta devota virgen que veía, cuando predicaba el Venerable Maestro Ávila, sobre su cabeza un lucero lleno de luz y resplandor grande, y que le salían por la boca unos rayos de luz que iban á parar á las orejas de los oyentes. Y en otra parte dice del alivio que sintió cuando andaba á brazo partido con los demonios con la cruz sobre que dijo Misa el Venerable Maestro Ávila, de que dejamos hecha mención.

Y habiendo dado primer lugar á la Iglesia, bastará por el estado seglar, que hizo igual estimación del santo Maestro Ávila, el testimonio del Conde de Benavente y Luna, D. Antonio Pimentel, cuya virtud iguala á su calidad en la deposición jurada que ha hecho en esta causa; dice así:

"Que después de los santos canonizados, á los cuales en primer lugar por serlo y por la fe que tiene, como hijo de la Iglesia católica apostólica romana, y venera y estima en cuanto puede y debe la doctrina, ejemplo y reliquias, nombre de santidad y memoria del bendito y Venerable P. Maestro Juan de Ávila, Apóstol de Andalucía, Maestro de tantos espirituales, y voz eficaz de la palabra de nuestro Señor, que con mucho fruto predicó y enseñó; *y tiene por cosa muy justa que se haga particular instancia con Su Santidad, que se digne de beatificar y canonizar á este apostólico varón; y que el estado eclesiástico debe instar en esto por honra suya y de estos reinos de España, que tan beneficiados han sido con su doctrina y ejemplo;* y porque de esto se seguiría el principal fin, que es el servicio, honra de Dios, en el que se le hace en sus fieles amigos y escogidos siervos, que con tanta asistencia viviendo buscaron su mayor gloria á costa de sus trabajos y el cumplimiento de su santa ley.„ Esto entre otras muchas alabanzas, dice el Conde.

CAPÍTULO XIX

La estimación que tuvo con las naciones extranjeras el Venerable Maestro Ávila.

No se ha estrechado la gran opinión de la santidad del Venerable Maestro Ávila en los límites de España: igual ha sido en toda la cristiandad. En Roma le llaman comunmente el *Apóstol español*. Aquí juntaremos los testimonios de personas gravísimas, á quien la grandeza de su fama obligó, aun en regiones remotas, á publicar grandes y singulares elogios del santo y apostólico varón Juan de Ávila, hablando siempre de él con grande estima y alabanza.

El P. Nicolas Orlandino, historiador de la Compañía de Jesús, hablando de la noticia que dió San Ignacio al Venerable Maestro Ávila de la persecución que padecían los suyos en Salamanca, dice así: *Florebat per id tempus in Baetica sanctitatis, et elocuentia apostolicae nomine, totaque celebrabatur Hispania Joannes Avila, experientissimus virtutis, Magister idem que scriptor egregius, cujus quantum voci ejus provinciae aetatisque populi, tantum, stilo posterae totius pene christiani orbis debent aetates: Hunc Ignatius pro ea charitate, quae Sanctorum inter se animos nectit, consulendum putavit de Salmanticensibus turbis, quidque ipse pro majori Dei gloriae providendum contra censuisset, allatis undique ex Sanctis Patribus atque Doctoribus testimoniis ostendens prorsus fuisse curandum, ut fama hujus ordinis, quae necessaria, et causas animarum tratantibus cuantum fieri posset integra servaretur.*

Quiere decir: "Florecía por aquel tiempo en Andalucía el Maestro Juan de Ávila, experimentadísimo Maestro de la virtud

y excelente y escogido escritor, y era celebrado en toda España por su santidad y elocuencia apostólica, á cuya voz aquella provincia y los pueblos de su edad deben lo que las edades que se le siguieron de todo el orbe cristiano á sus escritos.

„A este gran varón, Ignacio, con la caridad que enlaza los ánimos de los santos, le consultó y dió parte de las persecuciones que los suyos padecían en Salamanca. Y lo que por mayor gloria de Dios había resuelto hacer en su defensa, y trayendo algunos testimonios de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, mostró que en todas maneras se debía cuidar que el buen nombre y reputación de esta religión, que es tan necesaria á los que tratan cosas de almas, cuanto fuese posible, se conservase entera.

El P. Bernardino Rosignolio, varón de gran santidad, Provincial en las provincias Romana, Veneciana, y Mediolanense, de la Compañía de Jesús, en el libro V de la *Disciplina christianae perfectionis*, en el cap. XXVI, al principio, dice: *Sanctissimo viro Magistro Joanni Avilae celeberrimo in Hispania superioris saeculi concionatori.*

El P. Juan Lorino, ilustre escritor de nuestros tiempos, escribiendo sobre los Actos de los Apóstoles, en el cap. VI, vers. 2, dice: *Joannes Avila vir nostro saeculo apud Hispanos magni nominis propter vitae sanctimoniam, et efficatiam praedicationis.*

El P. Andrés Escoto, de la misma Compañía de Jesús, en su *Biblioteca hispana* hace un largo y elegantísimo elogio á á nuestro santo maestro; comienza así: *Joannes Avila, theologus, et saeculi sui ecclesiastes sumus, si utilitatem, spectes in disseminando Dei verbo ne inter spinas cadens suffocetur.* Hace un grave compendio de su vida, hablando de él como de persona santa.

El P. Antonio Posevino hace frecuentemente honorífica mención del santo Maestro; en su *Aparato sacro* dice: *Joannes Avila, hispanus in baetica provincia concionator vir optimus, et qui vitae sanctitati doctrinam advinxit. Generale epistolarium, inquo inter alias epistolas scripta est praetori hispalensi, qua agitur accurantisime de ratione administrandi ecclesiastica et saecularia.*

De esta carta hizo tan grande estima este autor, que insta que los hijos de los príncipes y cuantos tratan las cosas públicas

la lean muchas veces; dice así en su *Biblioteca*, en el cap. XLV: *Sed non pigeat id repetere, idipsum, quod nunc de principum filiis diximus, Nimirum Joannis Avila epistolam quae hispalensi asistenti scripta fuit saepe, ad sedulo esse legendam ab iis qui republicas tractant. Nam et si ad praefectos civitatum ea in primis attinet, spectat tamen ad eos quoque qui eum praefectis principibus, et regibus agunt de communibus rebus.* Inmediatamente alaba en general todas las epístolas y el gran don de prudencia que recibió de Dios: *Et sane idem ipse Avila qui donum a Deo prudentiae magnum erat consecutus epistolas alias scripsit, non tantum spiritualibus, quam et politicis per commodas, et (ausim dicere) pene coelestes.*

Y el P. Orlandino, otras veces citado, en el lib. IX, núm. 61, le da nuevos elogios, haciendo grande aprecio del concepto que de su Religión hacía el Venerable Maestro Ávila; hablando de él dice así: *Praestans hic doctor actorque virtutis, usque eo erat noster; et tam praeclare de hoc Ordine sentiebat, et loquebatur, ut affirmaret nihil se tam dolore, quam quod per aetatem, et valetudinem, ut sese adjungere cum ejus usu fructuque non posset.*

Y hablando de lo que se regocijó cuando los Padres de su Religión vinieron á fundar en Córdoba, añade el lib. XIII, número 42: *Agebae Cordubae cum alumnis suae disciplinae tunc Avila, qui simul nostros in ea urbe conspexit, pro qua re egregie laborarat, magnitudine gaudii elatus in canticum Simeonis erupit: Nunc dimittis servum tuum Domine.*

El P. Miguel Turriano, de la Compañía de Jesús, escribió una carta á San Ignacio; dice lo que ha visto en el Venerable Maestro Ávila; contiene un ilustre testimonio de gran santidad, refiérela el P. Orlandino en el núm. 60; dice así: *Quam de Patre, ac Magistro Joanne Avila conceperam animo opinionem eam confirmavi vehementer in hominis congressum usumque veni. Fuitque maximum mihi sinceritatis, ac veritatis ejus spiritus argumentum cum vidi quam ex animo complectatur, et excipiat spiritum societatis, et cuncta ejus instituta, idque ait se facere naturali quadam quasi propii amoris illecebra, quod omnia plane congruunt cum ea forma, quam in animo suo ipse descripserat; id esse quod suo spiritu sentiebat, et sentit verum se paranimphum instar Sancti Ioannis fuisse, et gaudio gaudere propter sponsum.*

Los muy Rdos. Padres Fray Juan de San Jerónimo y Fray Juan de Jesús María, Carmelitas descalzos, en el Compendio latino de la vida de Santa Teresa, que hicieron en Roma para su canonización, en el núm. 17, ponen el sentimiento que esta sagrada Religión tiene de nuestro santo Maestro; hablando del P. Fray García de Toledo, dice así: *Qui illi praecepit, ut ante actae vitae suae actiones omnes prescriberet, ut mitti possent ad praenominatum Magistrum Avilam virum singulari sanctitate praeditum, praesertim vero spirituum discretione conspicuum; cujus vita adeo evangelica, et spectabilis fuit, ut eam Pater Ludovicus Granatensis conscripserit; qui cum virgine Theresiae progressum vitae, et omnia alia legisset, probabit, et tuta incidere via existimavit.*

Estos elogios latinos serán para los que entienden esta lengua: no he tenido por necesario volverlos en la nuestra, en que estan los primeros, que contienen la misma ó equivalente sentencia.

CAPÍTULO XX

Algunos milagros que nuestro Señor ha obrado por la intercesión del venerable Maestro Ávila.

La grandeza del amor que tiene Dios á los santos no cabe en pensamiento de hombre: es á la medida de su ser sin medida. Son las criaturas en quien más resplandece la semejanza de la divina bondad, y así es excesivo el amor y sus demostraciones. ¿Quién podrá explicar las honras, los favores que los hace, poniendo muchas veces toda la naturaleza en sus manos para que dispensen y dispongan de ella como si fuera su autor? Y esto no solamente en su vida, mas después de muertos honra sus cenizas y reliquias. En los harapos, en las más humildes alhajuelas y vasijas que usaron parece quedó depositada su virtud con su tocamiento: invocando su favor se obran milagros y prodigios estupendos, que testifican su santidad, y cuán agradables fueron á Dios sus vidas, y cuánto los favorece el cielo.

La santidad del venerable Maestro Ávila no ha carecido de estos testimonios, si bien su vida, tan llena de virtudes, sus escritos y documentos celestiales y admirables, milagros pueden llamarse. Y reconociendo la proporción de vida, podemos decir de sus escritos lo que el Papa Juan XXII, que canonizó al doctor angélico Santo Tomás de Aquino, afirmó que no tenía necesidad de milagros para canonizarle, porque tantos milagros había hecho cuantas cuestiones había escrito. Cualquiera de las cartas del venerable Maestro Ávila es un milagro; porque se echa de ver que andaba allí el espíritu del Señor.

Mas de los que llamamos milagros comunmente pondré algunos que he hallado probados: no dudo haya habido algún descuido en escribir otros muchos, como en las demás cosas de su vida.

Estando Doña Luisa de Oviedo, vecina de Montilla, muy enferma de un sobreparto, y sin ninguna leche, pidió al santo Maestro Ávila la encomendase á Dios que la favoreciese en en aquella necesidad. Otro día la envió el Venerable Maestro á pedir con un criado un poco de leche de sus pechos, porque tenía necesidad de ella: respondió Doña Luisa que no tenía ninguna, que esa era la causa de su desconsuelo; al mismo punto sintió llenarse los pechos de leche, que se derramaba por los poros y pezones, y en un vaso le envió un poco de leche y las gracias al Venerable Maestro, teniendo por cierto que por su intercesión nuestro Señor la había favarecido en aquel trabajo.

Corriéndose un día toros en Montilla, en el llano del palacio había juego de cañas: entraba en él Antonio de Figueroa: teniendo el caballo aderezado y á punto para salir al juego, se subió la bestia por una escalera angosta, y se metió en un aposento alto, y en él comenzó á dar grandes bufidos y dar saltos, tirar coces, que parece se le había investido algún demonio; y aunque algunas personas intentaron entrar para sacarle, no se atrevieron, porque acometía el caballo con un furor terrible; juntóse á esto mucha gente con notable alboroto. Estaba á la sazón el Venerable Maestro Ávila retirado en oración en su oratorio: llamó al P. Villarás, y le dijo: Pase en casa de Antonio de Figueroa (vivía cerca), y remedie el daño que hay en ella; llegó el P. Villarás, hizo bajar la gente que estaba en la escalera y puerta del aposento, diciendo que el Padre Maestro le enviaba. Subió donde estaba el caballo haciendo las bravezas que dijimos: en entrando el P. Juan de Villarás se sosegó: cogióle por la rienda, bajóle con grandísimo sosiego, y manso como un cordero le entregó al dueño. Tuviéronlo todos por caso milagroso, obrado por la oración del Venerable Maestro Ávila: conformáronse con la opinión que tenían de su santidad.

Martín Gómez, vecino de Montilla, se halló presente cuando sacaron el cuerpo del Venerable Maestro Ávila para ponerle en la urna de jaspe: pidió un poquito de paño del manteo ó sotana

que tenía el siervo de Dios, que estimó por gran reliquia; en llegando á su casa lo puso sobre una inflamación oculta que tenía, de la cual había muchos días que padecía grandes dolores, que no se le mitigaban por muchos remedios que aplicaba; aquella noche sosegó y pasó sin dolor; á la mañana se halló sano, sin hinchazón alguna; y mirando la parte donde estaba, la halló buena, y que de ella cayeron unas escamas ó pellejos en partes pequeñas, y nunca más sintió dolor. Túvolo por caso milagroso.

El licenciado Juan Ramírez de Mesa, colegial del colegio de la Concepción de la ciudad de Sevilla, estando estudiando en este colegio en el año 1623, por el mes de Noviembre, se halló debilitado y achacoso, y casi sin fuerzas, de tal manera, que en cualquier movimiento, aunque fuese despacio, se cansaba mucho, y se hallaba sin respiración; tenía un continuo dolor del pecho y escupía sangre. Viéndole tal el Rector del colegio, que lo era á la sazón el P. Gonzalo de Peralta, Religioso de la Compañía de Jesús, llamó al Dr. Francisco Jiménez, insigne médico, de grande experiencia y letras; hallóle con una calentura continua, y habiendo hecho algunas experiencias por muchos días, declaró que estaba hético y tísico confirmado, y así le mandó apartar de la comunidad; ordenóle dejase los estudios y se fuese á Montilla, de donde era natural, y dispusiese su cosas, porque según reglas de medicina, podía vivir, cuando mucho, hasta la Cuaresma siguiente.

Tenía noticia de la santidad del Venerable Maestro Ávila, y que estaba su cuerpo en Montilla: encomendóse á su intercesión: hizo cierto voto, y aunque se apartó de la comunidad en mesa y ropa, no usó de medicina alguna: sólo se encomendaba de veras al santo Maestro Ávila, pidiéndole intercediese con nuestro Señor le diese salud, ó lo que más le convenía para servirle y salvarse; al cabo de quince ó veinte días vino el médico al colegio á visitar otro enfermo, y viendo al Licenciado Juan Ramírez, reparó en el buen color del rostro, ojos alegres; tomóle el pulso una y otra vez, y hallóle limpio de calentura y bueno, y admirado le dijo: Vuestra merced está sano, y Dios milagrosamente le ha querido dar salud.

Díjole cómo se había encomendado al siervo de Dios Maestro Ávila, y cómo desde el punto que hizo el voto no había escupido más sangre, y se le quitó el dolor del pecho; y el

Dr. Jiménez dijo: "Verdaderamente es milagro sobrenatural; y así lo juraré en juicio: y lo juró en presencia de muchos, diciendo que según la disposición que halló en el enfermo declaró estaba hético y tísico, y según las circunstancias de la enfermedad, era imposible vivir; y así lo tuvo por milagro obrado por nuestro Señor por los méritos é intercesión del Santo Maestro Ávila." No le quedó rastro de enfermedad: quedó más robusto y con más fuerzas: pasó adelante con sus estudios, con trabajo continuo, como si nunca hubiera tenido mal alguno.

El Dr. Francisco Háñez de Herrea, catedrático de Prima, de Baeza, cuya deposición en las informaciones que se hicieron en esta ciudad casi equivale á este libro, y él se ha adornado de la erudición de este doctísimo varón, dice que después que comenzó á deponer en servicio de este gran Santo, pidió por su intercesión una merced, y manifiestamente la halló obrada el día siguiente, como lo había pedido á nuestro Señor; lo que fué calla, por ventura por su humildad.

Si á alguno le parecieren pocos estos milagros, júntelos á los que se esparcen por todo el discurso de esta historia. Júntelos, digo, á las conversiones de pecadores insignes, ó tantas mudanzas maravillosas de vida errada á la más perfecta, y hallará cuánto crece el número, que si las obras de Dios nos admiran más cuando son milagros, ¿en quién como en sus Santos es admirable? ¿A cuántos muertos en el pecado redujo nuestro predicador á nueva vida de gracia? Algunos vimos, muchos se ignoran. Si hubiera resucitado los cuerpos, supiéramos sus nombres; de los que resucitó en el alma, admiramos las virtudes; y así deben tenerse por milagros todas estas resurrecciones.

Cuantos leprosos en los vicios sensuales cobraron entera salud, tantos fueron milagros del gran Maestro. Cuantos poseídos del mal espíritu ó acosados de tentaciones horribles libró con su consejo y predicación, sanó otros tantos endemoniados. Los que abrieron los ojos al desengaño, ciegos eran á quien dió vista. Los que apenas sabían dar un paso, y después caminaban tan ligeros por las sendas de la virtud, cojos fueron ó impedidos á quien sanó milagrosamente. Cierre el libro y esta cláusula un testimonio ilustre de San Gregorio, gran Padre y Doctor de la Iglesia, que comprueba esta verdad en el lib. III de sus *Diálogos*.

En el cap. XVII pregunta cuál es el milagro mayor: dice el que introduce la duda, que el primero y mayor de todos es que los muertos vuelvan á la vida, y que otra vez el alma se una al cuerpo; y responde el Santo Pontífice estas palabras: "Si atendemos á lo que ven los ojos, así es forzoso que lo creamos; mas si ponemos la consideración en lo que no percibe el sentido, infaliblemente es mayor milagro con la palabra de la predicación y con el consuelo de la oración convertir al pecador que resucitar al muerto. En éste revive la carne, qué ha de volver á morir; en aquél resucita el alma, que ha de vivir para siempre. Propóngote dos ejemplos: ¿En cuál juzgas de dos varones que obró la virtud divina mayor milagro : Lázaro, á quien creemos que estaba en gracia y el Señor le resucitó en la carne, ó á Pablo á quien resucitó en el alma?

Después de la resurrección de Lázaro no se habla de sus virtudes; después de la resurrección de Pablo no alcanza nuestra flaqueza cuantas grandezas de sus virtudes cuenta la Sagrada Escritura." Desde aquí prosigue el Santo haciendo de ellas un largo alarde, y concluye así brevemente: "Veis aquí de qué modo vive el que del sepulcro de los pecados vuelve á la vida de la virtud; luego menos es resucitar el cuerpo. Si no es que acaso, después de haber dado vida á la carne, se le dé también al alma; y lo que se obra por milagro exteriormente en el cuerpo, se obra en la conversión interiormente en el alma."

OTROS CAPÍTULOS

SOBRE

LA VIDA Y LAS VIRTUDES DEL SANTO BEATO

POR EL MISMO LICENCIADO MÚÑOZ

QUE SON TAMBIÉN ESTÍMULO Y EJEMPLO Á SACERDOTES
Y FIELES SECULARES

I

Denuncián al Maestro Ávila en el Santo Oficio, y su suceso.

Honroso y meritorio es el oficio de predicador, é igualmente de peligro. Consagróle con su persona Cristo nuestro Señor, que no sabemos dijese más de una ó dos veces Misa; bautizó sola una vez, ó pocas más, según dicen algunos; mas en los tres últimos años de su santísima vida predicaba cada día, y en algunos muchas veces. Este fué el oficio de los Apóstoles, de los Discípulos del Señor, de los Doctores de la Iglesia, y es propio de los Prelados y Obispos, sus sucesores, que como Pastores han de sustentar su ganado con doctrina sana y fiel. El mérito es grande, el fin altísimo; resucitar las almas, encaminarlas al cielo, cooperar á la salvación de los hombres, alumbrar su ignorancia, sazonar las costumbres, librar de errores, animar los pusilánimes, hacer los hombres ángeles: son los que edifican la Iglesia, pueblan el cielo; estas son las estrellas que resplandecen en eternidad perpetua, los que por la enseñanza adquieren aureolas celestiales, y obrando y enseñando son grandes en el reino de los cielos.

Por otra parte son los peligros igualmente grandes, porque si el predicador no cumple con lo que pide su oficio; si procura, ó no huye el agrado de los hombres; si atiende al regalo del oído, y deleitar el entendimiento del oyente antes que á mover la voluntad, y cuida de la cultura de palabras más que de las costumbres; y, en fin, si con la agudeza de los conceptos se predica más á sí que á Jesucristo, es evidente el riesgo, y un modo de alevosía pesada. Semejable, dice nuestro gran Maestro en una carta, al que fuese á decir á una doncella que la quería por mujer el hijo del Rey, si ella quería dar consentimiento; y el tal mensajero granjease para sí la que había de ganar para el hijo del Rey.

De esta predicación tan aseada y tan culta, sin vigor y sin el espíritu, decía el venerable P. Gaspar Sánchez, de la Compañía de Jesús, ilustre intérprete de la Sagrada Escritura, varón de gran santidad, que era la mayor persecución que padecía la Iglesia de Dios en estos tiempos. Van dilatando su imperio la ambición y la avaricia y los vicios deshonestos. La usura y la simonía, disimuladas con un honesto traje, pasan entre los contratos y donaciones lícitas, sin haber quien les diga una palabra. La profanidad, los trajes brotan sensualidad; por no nombrarse no se reprenden.

El olvido de Dios y de sus leyes dan clamores al cielo; han pasado á muchos hombres los trajes y vicios de las mujeres. Los tiempos nunca peores; un día de escándalo, un siglo es de perdición. Todo va caminando en tinieblas; la lumbre de la razón obscurecida con el humo de la vanidad. Los sentidos atropellan las potencias; el apetito se ha alzado con el navío; las públicas costumbres perdidas; no hay detener el raudal de la relajación; llévase los remedios tras de sí, si Dios no pone remedio; cada uno se busca á sí, y se halla, que es lo peor; aquello que es sustentar con el cuidado de muchos al todo, pereció. Tratan los particulares de sus particulares; desvanécese lo público; vase perdiendo muy apriesa todo, no sólo en lo temporal, sino en lo eterno; que el dispendio de las vidas ya es poco respeto de la ruina de las almas.

Crecen en las costumbres los vicios, y totalmente triunfa lo insolente de lo honesto; la mentira se burla de la verdad; el cuerdo y recatado es ya risa de las gentes. Tiene la soberbia á la humildad en cadena, y herrada como esclava á la razón;

los vicios extraordinarios ya son comunes; el pie se asienta seguramente sobre lo que antes tembló la tierra al pisarlo; no causa el vicio desprecio, sino aprecio; aplaudido el malo como pudiera el bueno. Grandísimos pecados ya son galanterías, y bizarría el escándalo; los nombres de las cosas acreditan las maldades, extenúan los delitos; la honra, un tiempo embarazo del pecado, ya se fué, conquistada del poder, vencida por el dinero; las ofensas de Dios se aumentan; ni los castigos nos mejoran, ni los escarmientos nos avisan; sordos como en las riberas de Nilo sus habitadores al ruido con que desembocan sus aguas.

La corte, cabeza de la Monarquía, trae con su grandeza á sí los vicios de todo el orbe; como ríos caudalosos la inundan en perdición. Al estruendo de las cosas temporales ensordecemos; y cuando bien se siente el golpe común, pasa brevemente con el divertimiento el dolor, y con el dolor la enmienda. La Religión padece gran persecución de nuestras culpas; afligen mucho nuestros pecados la Iglesia; perseguido de los católicos Cristo con los pecados poco menos que los herejes con las armas y los libros, y con circunstancias de mayor dolor. Dejamos á Dios, y déjanos á nosotros; resistimos á su voluntad, y déjanos en la nuestra. Mal servido está de nosotros Dios poderoso y enojado; ni cuando nos castiga le tememos, ni cuando nos perdona le amamos.

Esto se sufre decir del estado de las cosas; la enmienda y el reparo de tan grandes males corre en gran parte por cuenta de los predicadores; sal son de esta corrupción, medicina de estas llagas, luz de tantas tinieblas; no se curan dolencias tan peligrosas con lenitivos suaves de canciones desleídas; cauterios piden, rigor, fuego. Dice Dios á cada predicador con su proporción lo que al Profeta: *Ecce dedi verba mea in ore tuo; ecce constitui te hodie super Gentes, et super regna ut evellas, et destruas, et disperdas, et dissipes, et aedifices, et plantes.* Y quiera Dios no alcance á nuestro siglo la lamentable voz de Jeremías: *Prophetae tui viderunt tibi falsa, et stulta, nec aperiebant iniquitatem tuam, ut te ad poenitentiam provocarent.* Y esto por seguir el pueblo, que les dice: *Nolite aspicere nobis ea quae recta sunt, loquimini nobis placentia, vide nobis errores.*

Por el extremo contrario, no son pocos los riesgos del predicador cristiano: si se predica de veras, danse á muchos pesa-

dumbres, malas nuevas; ríase con poderosos; en fin, son centinelas y atalayas, que si dan con la bocina el aviso de enemigos, suelen caer en sus manos. ¿A cuántos hemos visto arrojados por el enojo de un príncipe ó recelos del privado, y pasar en un rincón los más floridos años de su vida, defraudando á la Iglesia de talentos de importancia, castigados, mereciendo loa? ¿Á cuántos han llevado al Santo Oficio oyentes ignorantes ó malévolos? Y muchos más son los denunciados á los que el Santo Tribunal no llama por el gran tiento con que en estas materias se procede. Y afirma un experimentado, que si los inquisidores hubiesen de llamar todos los predicadores denunciados por oyentes ruines, no habría quien predicase. Estos son los más ciertos gajes de los que predican desengaños y verdades, aun cortesana y prudentemente dichas. Costóle al Bautista una verdad la cabeza, y muchas á Jesucristo la vida; y raros de cuantos han ejercitado este oficio apostólico, apostólicamente han dejado de haber padecido mucho; mas hales dado Dios muy grandes premios.

Fué el Venerable Maestro Ávila insigne ejemplo de estas experiencias; predicaba con celo y espíritu del cielo; afeaba los vicios; reprendía las costumbres; decía con viveza las verdades evangélicas, las sentencias de los santos y doctores de la Iglesia con aquella sinceridad y llaneza que ellas tienen; mas dichas con tal vigor, que eran unos dardos penetrantes, arrojados con un valiente brazo. Ofendidos algunos presumidos, que acaso imaginaron que de intento se asestaban á sus vicios, le denunciaron en el Santo Oficio en el Tribunal de Sevilla; calumniando las proposiciones, ó exagerándolas, ó torciendo el verdadero sentido, decían que cerraba la puerta de la salvación á los ricos (como si la facilitara el Evangelio), y otras cosas de esta calidad, y acaso más pesadas.

Prendiéronle hasta averiguar la causa. (¡Duro golpe en un hombre honrado!) Piérdese de contado la opinión con muchos que no saben ó no quieren distinguir entre la prisión y la sentencia, que, aun favorable, cura agriamente el crédito. Lo estrecho y desacomodado de la cárcel, la soledad y otras penaildades son de mayor aflicción que en el mundo pueden suceder á un hombre de discurso, mayormente tan conocido y de tan gran opinión. Portóse en esta ocasión el varón santo con una rara paciencia y sufrimiento, y una confianza en Dios maravi-

llosa, con tanta paz y quietud de ánimo, que espanta á los mismos oficiales. Fuése el proceso fulminando con el tiento que usa el Santo Tribunal. La defensa que hizo fué dejar la causa á Dios, confiar que en tales manos no padecería su inocencia. Aconsejábale el Maestro Párraga, de la Orden de Santo Domingo, varón de grandes letras, edad y santidad, que tachase los testigos, dándole muy concluyentes razones para hacerlo. No pudo conseguirlo; respondía estaba muy confiado en Dios y en su inocencia, y que Él le salvaría, pues Dios nuestro Señor, como dice San Agustín, no ama y desampara, mayormente en el tiempo de la tribulación; antes en el Salmo, hablando del varón justo, dice: *Con él estoy en la tribulación, librarlo he y glorificarlo he*, como se verificó en este siervo suyo.

Esforzábase la calumnia de los contrarios con tan poca resistencia; mas nuestro Señor no faltaba; asistióle en la prisión, y le hizo señaladas mercedes; en particular lo que estimó en gran precio fué darle un alto conocimiento del misterio de Cristo; esto es, de la grandeza de la gracia de nuestra Redención, y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar, y grandes motivos para amar y para alegrarnos en Dios, y padecer trabajos alegremente por su amor. Estimó toda su vida por dichosa esta prisión, pues por ella aprendió en pocos días más que en todos los años de sus estudios. Tan grande premio tuvo el padecer por la justicia y hacer con fidelidad su oficio.

La causa se fulminó teniendo el campo por suyo sus contrarios, esforzando su calumnia sin la más ligera oposición del reo. Cuentan que estando muy adelante el pleito, le dijo uno de los jueces: "Padre Maestro, su negocio está en las manos de Dios„; queriendo decir estaba en muy peligroso estado. El, con gran confianza en la Providencia y misericordia divina, con un semblante alegre respondió: "Nunca ha tenido mi negocio mejor estado; hasta aquí han hecho los hombres, ahora hará Dios„. La sinceridad de sus palabras, aquella seguridad y modestia que mostraba indicios de un ánimo inocente, obligó á reparar y preguntarle si tenía algunos enemigos; respondió que nunca había dado ocasión que hombre alguno le fuese con razón; mas que podía haber algunos ofendidos de las verdades del púlpito; nombró los que sospechaba que se hallaron ser acusadores y testigos.

La fama ha esparcido varias cosas, como en los casos de

los hombres grandes, cerca del modo como el venerable varón salió libre de este trance; en lo que más conforman es que uno de los conjurados escribió una carta á otro exhortándole á la perseverancia en la ratificación de su dicho, con palabras que daban á entender que la dilación había sido venganza; cómo vino la carta al Tribunal, también se varía mucho; lo cierto es que este caso tuvo mucho de milagro, y que campeó la divina Providencia que nuestro Señor tiene de los suyos. Finalmente, á pocos lances se descubrió su virtud y santidad de su vida, y la verdad y sinceridad de su doctrina, y que todo había sido una conjuración y calumnia.

Declaráronle por libre; habitaba en el amparo del Altísimo; ayudóle la protección de Dios del cielo. Decíale á Dios y Señor, mi valedor eres Tú y mi refugio; en ti esperaré, Dios mío, porque Tú me librarás del lazo de los cazadores y de la palabra áspera; tus espaldas me harán sombra, esperaré debajo de tus alas; tu verdad me cercará como escudo contra las saetas que vuelan de día, y el negocio que anda en las tinieblas. Por esta confianza experimentó con efecto aquellas palabras; porque esperó en mí, le libraré; ampararéle, porque conoció mi nombre; clamó á mí, y yo le oiré; con él estoy en la tribulación; salvarle, glorificarle, llenarle de longitud de días, mostrarle mi salud, esto es, aquella salud que el santo viejo Simeón cantó que se había de revelar á las gentes y ser gloria del pueblo de Israel.

Ordenó el Santo Tribunal que predicase un día de fiesta en la misma iglesia donde de ordinario predicaba, que era en San Salvador, iglesia grande y colegial de Sevilla: y en apareciendo en el púlpito, cuando iba á comenzar su sermón, sonaron trompetas y chirimías, señales de su victoria, con grande aplauso y consuelo de la ciudad. Mas él, por cumplir lo que el Salvador nos aconseja, comenzó el sermón exhortando á los oyentes á que hiciesen oración por los que le habían calumniado. Acabado el sermón, dijo que mayor tentación había sido para su carne el haberle tocado las chirimías, que todas las que tuvo estando preso.

Pensó el demonio quitar con este golpe de la Iglesia este gran caudillo del ejército de Dios, que dilataba el reino de los cielos; mas sucedió al contrario, porque desde este día fué mayor su opinión con los doctos, su estima con los señores, su

veneración en el pueblo. Salió acrisolado en las virtudes de paciencia, resignación, fé, esperanza, amor y perdón de enemigos; conocimiento grande del valor de los trabajos.

Otra persecución se llegó á la pasada, no de tanto cuidado, mas que suele ser harto molesta; fué la emulación y envidia de algunos predicadores, que viendo la fama y gran concurso de sus sermones, y viéndose á sí olvidados, tuvieron por injuria propia la prosperidad ajena, que procuraban desacreditar por varios modos; flaqueza que alcanza á muchos; en algunas artes fácilmente se conocen ventajas; en la de la oratoria raras veces por lo que tiene de ingenio en que se cede dificultosamente. De estas contradicciones padeció muchas, mayormente á los principios de su predicación, hasta que la grandeza de su virtud y eminencia en el púlpito venció la envidia que, á poco tiempo se trocó en veneración.

Nunca por estas persecuciones perdió la paz y serenidadad de su alma, que conservó siempre entera; no se le oyó palabra contra sus émulos; antes procuró por todos medios sazonarlos y sacarlos aquella espina del corazón. Los que intentaron dañarle, le dieron materia para merecer; que el justo sabe hacer de piedras pan, y saca de la ponzoña medicina, y de las pérdidas de otros crecen sus aumentos. Dijo el Venerable Maestro Ávila á uno de sus más confidentes discípulos, que habían sido grandes los provechos que estas persecuciones habían causado en su alma.

II

De la gran eminencia de la predicación del Maestro Ávila, y de los grandes talentos que tuvo para ella.

Han sido muchos los que con erudición para la enseñanza pública, han formado un Príncipe perfecto, un Gobernador, un Capitán cabal, un Prelado, un sacerdote que conste de todas sus perfecciones; empresa no dificultosa, porque juntando las partes necesarias que componen un sujeto de éstos, pidiéndolas en grado levantado, forman unas ideas que pasan los términos de posibles, y nunca llegan á que los toquemos con las manos.

Es, sin duda, providencia más difícil describir cabalmente

las grandes persecuciones que se juntaron en el Maestro Ávila en el oficio de la predicación del Evangelio, á que le llamó Nuestro Señor; porque por mucho que se diga de su valentía en el decir, la fuerza de su elocuencia, el fervor de su espíritu, del celo de la salud de las almas, la eficacia de sus palabras, el trasegar corazones, la mudanza de costumbres, aún no puede cabalmente percibirse la eminencia de la predicación de este varón apostólico.

Era forzoso tener alguna experiencia, que ya es imposible alcanzarse. Es una cosa leer las conversiones de varios pecadores, las vidas mejoradas, los hombres sensuales trocados en serafines; otra oyendo la voz viva de aquel orador divino, sentir en sí mismo estos felices efectos, el corazón clavado, trasegarse el ánimo, hallarse el hombre mudado en un momento, porque al modo que si oímos las mercedes sobrenaturales que hace Nuestro Señor en la oración á los santos, los soberanos deleites que les comunica, y aquella marea divina que es una participación de los gozos de la gloria, si bien concebimos en el entendimiento ser una cosa grande, y por mucho que vuele el pensamiento queda corto, porque no puede alcanzar qué bien es éste si no es quien lo experimenta; así dificultosamente puede percibirse cómo fué la eficacia y los efectos de esta predicación tan sobrehumana, de que sólo pudieron hacer juicio los que por su buena dicha la gozaron, mayormente en siglo que vemos tan poco de esto; mas con la divina gracia procuraré, cuanto alcanzaren mis fuerzas, juntar lo que de este gran predicador he hallado escrito, á gran peligro de que mi pluma mengüe mucho.

Determinó por primer fundamento, por acertar este camino, buscar una guía á quien pudiese seguramente seguir; no halló otra más conveniente que el Apóstol San Pablo, dado por predicador de las gentes, á quien procuró imitar en obras y palabras en el largo discurso de su vida. Ni esto tuvo por soberbia, pues el mismo Apóstol convida á todos los fieles á seguirle, diciendo: *Hermanos, sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo.* Y aunque este ejemplo es tan alto que nadie puede llegar á él, ni aun acercársele, empero, como dice Quintiliano, más altos subirán los que se esforzaren á subir más alto, que los que perdida la esperanza se abatieren vilmente. Con este intento hizo particular estudio en las Epístolas de San Pablo;

llegó á saberlas de memoria; fué su principal caudal. Cuando comenzó á predicar había en España muy moderadas letras, y muy poca inteligencia de las Epístolas del Apóstol, de las grandes profundidades y misterios que en ellas están encerrados.

Este gran varón trabajó mucho por penetrar estos secretos; comenzó á explicarlas y citarlas en el púlpito con grande agudeza y sutileza, diciendo cosas maravillosas. Parece que para su inteligencia tuvo particular luz y socorro del Espíritu Santo, muy semejante al de San Juan Crisóstomo, porque se vieron los efectos mismos que alcanzó el Apóstol al santo Doctor griego; fué otro Crisóstomo en el púlpito, en el celo y conversión de las almas, si bien muchos juzgaron el espíritu de nuestro santo Maestro haber tenido algo más de suavidad; de aquí nació la gran devoción que tuvo á San Pablo con un singularísimo amor y reverencia; predicaba de él cosas maravillosas, y le imitó, entre otras virtudes, en la prudencia y en la desnudez y amor á los prójimos en las cartas y caminos.

Constan las partes del predicador de lo adquirido é infuso, de lo que alcanza con su trabajo, de lo que Dios Nuestro Señor le comunica por su bondad inmensa para hacerle perfecto en su oficio, obra tan de su mano. Las letras de nuestro predicador fueron grandes; la Teología escolástica y moral, tan necesaria al púlpito, las supo con eminencia; fué varón doctísimo; era de grande ingenio y agudeza, á que se llegó un continuo estudio. Puso el principal trabajo en adquirir conocimiento general y grande de la Sagrada Escritura, principal materia de los sermones; abrióle la puerta de su inteligencia el que tiene la llave de David, que Él sólo la abre á quien es servido; sabía la Escritura con grande magisterio; tenía toda la Biblia de memoria, y cualquier lugar que oía decir, citaba el capítulo y hoja en que estaba.

Llegó con el trabajo, y principalmente con la gracia y luz del Espíritu Santo, á tan gran facilidad y destreza en el estudio de sus sermones, que no había menester para formarlos más que la noche precedente al día que había de predicar. Obligábanle á cuidado los copiosos auditorios, y con durar dos horas las más veces los sermones, no le costaban más que el estudio de una noche, y parece gastaba más tiempo en predicarlos que en prevenirlos. Había hecho, como de Nepociano dice San Jerónimo, su pecho una librería de Cristo. Al grande Antonio la

memoria le servía de libros, y el Maestro Ávila tenía en su alma por libros la lumbre del Espíritu Santo que le enseñaba lo que había de decir. Determinó en un tiempo ser más breve en los sermones, y esto le costaba más trabajo; tantas eran las riquezas y tanta la afluencia de las cosas que su espíritu le ofrecía, que le costaba más estudio, no el hallar que decir, sino acortar lo que se le ofrecía.

Predicaba con tanta facilidad y claridad, que le entendían todos, explicando la Escritura y expositores de ella; y tenía tal agrado y dulzura en el decir y fuerza en el persuadir, que durando de ordinario los sermones (como hemos dicho) dos horas, nunca se cansaban los oyentes, ni aun los que estaban en pie; y cuando acababa, les pesaba, pareciendo se privaban de oir un ángel; y asi lo decían, y no se cansaban de le alabar y engrandecer la sana doctrina que enseñaba; y por maravilla hizo sermón de que no se sacase fruto y muchos mudasen de vida.

Llevaba el sermón muy bien trazado, como persona de tantas letras é ingenio; mas tenía por estilo, que yendo de camino, prosiguiendo su intento principal, iba sacando de lo que decía algunos breves avisos y sentencias para diversos propósitos, ó para esfuerzo de tentados, ó consuelo de tristes, ó para confusión de soberbios; y para personas de diversos estados daba varios documentos. Llamaba un hombre docto á sus sermones una red barredera; y no con menor propiedad el P. Fray Luis de Granada los comparó al arcabuz cargado de mucha munición, que de un tiro hace mucho estrago; el santo lo hacía en varios vicios, dando en todos con gran destreza y valor. Tampoco se contentaba en dar doctrina en común, ó por mayor decencia á tratar en particular, y dar los medios con que habían de adquirirse las virtudes, como ejercitarse las buenas obras; y, por el contrario, daba particulares avisos cómo se habían de huir las ocasiones, los vicios, y evitar los pecados; instruía, finalmente, á sus oyentes como un maestro de novicios en la virtud: con este magisterio cogió abundantes frutos.

III

Prosigue la materia del capítulo pasado, de los dones sobrenaturales que nuestro Señor le dió en orden á la predicadión.

Entre lo sobrenatural é infuso tuvo el primer lugar en este gran Maestro el amor que tuvo á Dios; fué encendidísimo; dióle grandes ayudas, grandes fuerzas para ejercitar fructuosamente tan importante oficio: esta llama del amor divino que ardía en su corazón le daba unas palabras abrasadas, que prendían en las almas este mismo fuego. Preguntóle un día un virtuoso teólogo, qué aviso le daba para predicar con fruto; respondióle brevemente: "Amar mucho á nuestro Señor„. Esto dijo por la experiencia que tenía de las grandes fuerzas que le había dado este amor para haber llegado á tan superior eminencia. Estudiaba sus sermones, como otro Santo Domingo, en el librico de la caridad, que le daba, como al gran Patriarca, excelentes cosas que decir.

Nacía en él de este amor una sed insaciable de la gloria de Dios; y porque él es glorificado en la santidad y pureza de la vida de sus criaturas, de aquí se originaba un entrañable deseo de que todos tuviesen esta pureza; y así, al paso de este afecto amoroso, era incansable, sin perdonar trabajo día y noche en procurar la salvación de las almas, teniendo á suma felicidad perder la salud y vida en esta empresa. Este celo y este amor en que andaba tan encendido y transformado, le trajeron predicando por tantas ciudades y pueblos como veremos, sin que tratase ni pensase en otra cosa que en salvar las almas, poniendo para este fin varias industrias y medios, que eran como centellas vivas que procedían del fuego que ardía en su corazón y le causaban estos deseos.

De este gran amor de Dios procedió el que tuvo al prójimo, que verdaderamente fué excesivo; amaba á todos con un amor ternísimo, como si fueran sus hijos, con que robaba y cautivaba los corazones, y hacía que amasen y estimasen su doctrina por ser del maestro que tanto amaban; porque cuando la persona es agradable, lo son todas sus acciones. Fué esta su benevolencia un medio eficacísimo para cazar las voluntades; y es

cosa que no se puede determinar fácilmente con qué ganó más almas para Cristo, si con las palabras de su doctrina, ó con la grandeza de la caridad y amor, acompañado de buenas obras que á todos hacía; porque así amaba, así se acomodaba á las necesidades de todos como si fuera padre de todos, haciéndose, como dice el Apóstol, todas las cosas para todos. Consolaba los tristes, esforzaba los flacos, animaba los fuertes, socorría á los tentados, enseñaba á los ignorantes, despertaba á los perezosos, procuraba levantar los caídos; mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas; no con ira, sino con espíritu de mansedumbre.

Todas las necesidades de los prójimos teníalas por suyas; así las sentía y las procuraba remedio cuanto alcanzaban sus fuerzas; con esto se juntaba una singular humanidad y mansedumbre, que son las virtudes que hacen á un hombre amable. Era tan especial el amor que mostraba á todos, que los que con él trataban se persuadían que cada uno era el más privado de todos, y singularmente amado; así amaba á todos como si para cada uno tuviera un corazón; de aquí nacía que aficionados los ánimos se imprimían vivamente sus palabras. De esta manera, este prudente ministro del Evangelio, con este amor ablandaba la cera de los corazones, y con la palabra de Dios imprimía el sello de la doctrina en ellos.

Mas como no hay amor sin dolor, como el amor que tenía á sus hijos espirituales le hacía con grandes ansias procurar la salud de sus almas, y se alegraba del remedio de ellas, así, por el contrario, sus caídas le eran de gran dolor y sentimiento; padecía su corazón un martirio lastimero en ver la muerte espiritual de cualquiera de sus hijos, porque les amaba como verdadero padre. Sabía estimar el mal de un alma que pierde á Dios, que le ofende, que aumenta el reino del demonio. Lloraba por los que en su manera lloran los ángeles, y el Señor de los ángeles llorara y moriría otra vez si posible fuese. Fué grande su celo y espíritu y el deseo de la salvación de las almas, y á este paso sentía sus caídas.

Junto con este amor de Dios y el prójimo tuvo otro don especialísimo del Espíritu Santo; fué un gran fervor y un espíritu vehemente para mover los más endurecidos corazones. Esta era una viveza, un espíritu ardiente, que no hay palabras que puedan bastantemente explicarle; tenía un como imperio sobre

los corazones. Provocábase este espíritu en un celo ardentísimo que tenía de la salvación de las almas, y una hambre de su conversión, don también del mismo Espíritu Santo. De aquí, decía, que cuando había de predicar, su principal cuidado era ir al púlpito templado, en que daba á entender, que como los que cazan con aves procuran que el azor ó el halcón con que han de cazar vaya templado, esto es, con hambre, para que vaya más ligero tras la caza, así procuraba ir al púlpito, no sólo con la actual devoción, sino con una muy viva hambre y deseo de ganar en aquel sermón alguna alma para Cristo; porque esto le hacia predicar con mayor ímpetu y fervor de espíritu.

Era grande el ardor y deseo que este grande amador de la honra de Dios tenía de engendrar hijos espirituales que le honrasen y glorificasen. Este mismo deseo le daba no sólo fervor y eficacia para predicar, sino también le dictaba cosas con que prendiese é hiriese los corazones. Salían sus palabras como saetas encendidas del corazón, que ardía y hacía también arder los corazones de los oyentes. De esta moción es materia la mayor parte de esta historia; basten por ahora dos grandes testimonios. Dice á este intento el P. Fray Luis de Granada estas palabras: "Un día oíle yo encarecer en un sermón la maldad de los que por un deleite bestial no dudaban de ofender á Nuestro Señor, alegando para esto aquel lugar de Jeremías: *Obstupescite coeli super hoc*. Y es verdad, cierto, que dijo esto con tan gran espanto y espíritu, que me pareció que hacía temblar las paredes de la iglesia."

El Dr. D. Francisco de Terrones, Obispo de León, predicador del Rey, persona muy conocida en estos reinos por su eminencia en el púlpito, en un tratado que anda suyo del *Arte de predicar*, dice así: "En nuestros tiempos hemos conocido al Maestro Juan de Ávila, y al P. Lobo y á otros santos, que no revolvían muchos libros para cada sermón, ni decían muchos conceptos, ni esos que decían los enriquecían mucho de Escritura, ejemplos ni otras galas; y con una razón que decían y un grito que daban, abrasaban las entrañas de los oyentes. Y en tiempo que predicaba en Granada el Maestro Ávila, predicaba juntamente con él otro predicador, el más insigne y de mayor fama que ha tenido nuestra edad; y cuando salían los oyentes del sermón de este, todos iban haciéndose cruces, espantandos

de tantas y tan lindas cosas, tan linda y gravemente dichas y tan provechosas. Mas cuando salían de oir al Maestro Ávila iban todos las cabezas bajas, callando, sin hablarse unos á otros, encogidos y compungidos á pura fuerza de la virtud y excelencia del predicador. „

De los principios que hasta aquí hemos dicho, procedía su elocuencia; del encendido amor de Dios, de las entrañas de compasión de los prójimos, del deseo vehemente de su aprovechamiento, nacía como de fuentes aquella retórica divina que persuadía cuanto predicaba. Es propiedad de todos los afectos y pasiones, mayormente cuando son vehementes, hacer elocuentes á los hombres, y, entre todas, el amor y el dolor son los Tulios y Demóstenes que dan mayores preceptos. Su lenguaje era propio, casto y natural, sin género de artificio ni afectación; mas como si hablara la naturaleza bastante á explicar sus conceptos, sin duda el más conveniente para persuadir y mover los corazones, acumulaba razones, y ésas eficaces sin parar hasta vencer.

Fué de verdad elocuentísimo; porque si es el mejor médico el que á más sana, ese será verdaderamente elocuente el que con mayor fuerza persuadiere; la prueba de esta verdad es la mayor parte de esta historia. No careció de la retórica humana y sus preceptos, tropos y figuras, si bien no pretendida por él, porque mayor enseñanza le movía la lengua. Habiendo el P. Maestro Fray Luis de Granada venido á verle á Montilla, le oyó un sermón, en que habló con levantadísimo espíritu, de que quedaron todos admirados. Comiendo este día juntos, le dijo el P. Fray Luis: "Cierto, Padre Maestro, que no ha dejado hoy vuestra Reverencia piedra en la retórica que no haya movido„. Respondió el santo Maestro: "No me cuido de eso en verdad„. Y pidiéndole el P. Fray Luis el sermón para copiarle, sacó del seno una dobladura de una carta, donde en pocos renglones estaban los puntos reducidos

Procedió en gran parte su eminencia, en el oficio de la predicación y en el gobierno de las almas que estaban á su enseñanza, de la alteza de los conceptos que tenía de las virtudes y de todas las cosas espirituales. Entendió primorosamente este negocio de la cristiandad. Esto nació de la grandeza de su santidad, porque su vida, superiormente levantada y muy extraordinaria del común vivir de los hombres virtuosos, le dió emi-

nente conocimiento de las virtudes y de las cosas divinas. Supo estimar y ponderar la dignidad y quilates de las cosas espirituales con el juicio de Dios y de los Santos, que dan á cada cosa su peso conforme á su verdadero valor.

El fin de su predicación era sacar las almas que estaban caídas y muertas en pecados, ordenando todas las razones y sentencias á este intento, por tocar á tan gran parte del pueblo esta desdicha. Daba también doctrina para conservar las almas que vivían, y aventajarlas en las virtudes; mas lo primero era lo que señaladamente pretendía, y así tenía por impertinentes todas las cosas que no hacían á este intento; y esto le impelía hablar siempre al corazón, sin divertirse á otras materias sutiles y curiosas. Ni paraba solamente en mover los corazones al temor y amor de Dios y aborrecimiento del pecado, sino también proveía de avisos y recetas espirituales contra todos los vicios, en especial el pecado mortal, que comprende á todos. Finalmente, no le quedaba medio que no intentase, ni piedra que no moviese hasta batir el inexpugnable castillo del corazón humano y rendirle para Dios; andaba siempre absorto en este pensamiento como hombre enseñado de Dios y que conocía las veras del oficio del predicador. Muchas veces, llevado del espíritu, decía muchas cosas que no traía prevenidas. En una ocasión, dejando todo lo que traía estudiado, enderezó el discurso á la defensa de nuestra santa fe y Religión sagrada, y confutó una secta, de que resultó convertirse un moro ú otra persona de la secta confutada.

Daba el alma á todos estos intentos la oración, que era en este varón santo la que adelante veremos. No predicaba sermón sin que por muchas horas la oración le dirigiese. Allí se acrisolaban los conceptos y se les infundía vida; allí se les daba corte á las razones que herían en los corazones mas duros; tomaban viveza sus palabras, más penetrantes que espada de dos filos; aquí se renovaba el espíritu, y aumentaban vigor aquellos ímpetus que se ejecutaban en el púlpito; en la oración suplicaba á Nuestro Señor íntimamente diese virtud y eficacia á sus palabras; pedía la conversión de las almas; en ella negociaba el trueco de los corazones, la mudanza de las vidas; aquí las lágrimas sobre los pecadores, los gemidos que penetraban los cielos. A esta virtud se debe lo que fué este predicador evangélico, lo que obraron sus sermones y su vida; y así afir-

maba que los hijos espirituales que con la predicación se ganaban, más eran hijos de lágrimas que de palabras.

Los frutos de esta predicación pueden dificultosamente reducirse á número. ¿Quién contará los caballeros profanos trocados en caballeros cuerdos, modestos y de loables costumbres; tantos ricos derramando sus haciendas, pasándolas donde las pudiesen gozar eternamente; tantos pobres ocupados en obras de misericordia y caridad? ¿Cuántos mercaderes ricos trataron de las granjerías verdaderas, ajustándose á lo seguro y lícito? Las mujeres que llegaron á los supremos grados de perfección fuéron innumerables, y los que entraron en religiones y salieron varones perfectísimos, no menos los clérigos que pudieron aspirar á prebendas y dignidades grandes, las dejaron, y vendieron sus haciendas, profesando la pobreza evangélica con vida ejemplarísima, cuidando de su salvación y la de sus prójimos, permaneciendo todos con una perseverancia admirable. Dióle Dios tal eficacia para reducir y levantar á Dios muchas almas, que fueron raras ó ningunas las que, una vez tocadas de sus palabras, volviesen atrás en lo comenzado.

Este es, lector cristiano, un bosquejo, no del todo bien formado, de lo que fué este varón apostólico en el oficio de la predicación del Evangelio; sus efectos fueron materia de los discursos que se siguen; el fruto grande que con ella hizo consiguióle la santidad de su vida y la excelencia de sus virtudes, que tienen su lugar más adelante; empero es de advertir en éste que sus obras fueron las que ayudaron grandemente á las palabras, porque no predicó lo que no hacía, y se ha de colegir la grandeza de su predicación por la de su santidad, dejando por cosa cierta que la bondad de su vida, que fué en todas maneras grande, dió eficacia á sus palabras.

Parecería por ventura á alguno que era de este lugar celebrar con dilatados elogios el alto ministerio de la predicación evangélica que tuvo en la Iglesia nuestro Venerable Maestro, la grandeza de su fin, cuán agradable es á Dios ejercer el oficio á que vino Cristo á la tierra, en cuya persona se dedicó el instituto de ser perfectas, y procurar otros lo sean. Compararle con la vida solitaria y penitente, que dada á la comtemplación en el retiro, sólo trata del aprovechamiento propio, acumulando razones en que pareciese que le hacía ventajas, materia en que se debate contenciosamente, digresión fuera excusa-

da y en gran parte inútil. ¿Qué edificación resulta de semejantes contiendas sino desconformidad de voluntades, bandos, disensiones siempre con malos efectos?

El Espíritu Santo es autor de las vocaciones, y reparte sus dones soberanos conforme su divino beneplácito; Él lleva á la soledad, mueve á la rigurosa penitencia, levanta á la contemplación, pone ministros en la Iglesia, no para que unos se prefieran á otros, mas para que cada cual guarde su puesto, y cumpliendo con su instituto, espere de Dios el premio de sus trabajos; que aunque los santos Doctores de la Iglesia dan á cada profesión sus grados, no fué para contiendas ni disensión de voluntades, mas para que reconocidos á los beneficios divinos, se alentasen al agradecimiento y correspondencia.

Grande fué el Maestro Ávila en su ministerio; grandes en aquel tiempo muchos que habitaban los desiertos, los conventos; atendían á dar cuenta cada cual de sus talentos, formando este fortísimo escuadrón de la escogida parte de la Iglesia en una unión perfecta, en que consiste su principal hermosura.

IV

Su predicación en Córdoba, y lo que sucedió en esta ciudad.

Son los predicadores evangélicos como nubes (así los llama Isaías), que llevadas por el viento del divino Espíritu, van fertilizando las almas con las lluvias de la doctrina sagrada; tal fué el santo Maestro Ávila, que conociendo la alteza de su vocación y los talentos que había recibido para ella, no cesó, mientras le duraron las fuerzas, de caminar por diversas partes, comunicando el riego de su doctrina.

No puede fácilmente averiguarse la mudanza que fué haciendo de unos lugares á otros, ni las veces que estuvo en cada uno, ni importa mucho saberse más que de Sevilla pasó á otros lugares de su arzobispado, Alcalá de Guadaira, Jerez, Palma, Écija; estuvo también en el obispado de Jaén, en Andújar, en que gastaría nueve años, predicando en todos ellos con notable fruto y aprovechamiento, y llamamientos de muchos pecadores, por más duros que fuesen.

Trataba el negocio de Dios más que como hombre, sin inte-

rés de tierra; predicaba con espíritu de Apóstol; despertaba á todos del olvido de su remedio; procuraba le buscasen y recibiesen en la frecuencia de los sacramentos de la Penitencia y Sagrada Eucaristía, todo con tan admirable suavidad y eficacia, que ni perdía lance, ni se le perdía persona que de veras gustase una vez de su doctrina.

Después de los lugares que dijimos vino á Córdoba, donde estuvo algunas veces en tiempo de los Obispos D. Fray Juan de Toledo y D. Cristóbal de Rojas; perseveró en esta insigne ciudad por muchos días; los concursos á los sermones fueron grandes; tendió la red del Evangelio con notable fruto, con reducción de muchos nobles, clérigos y otras personas de todos estados; viéronse conversiones milagrosas.

Aposentóse la primera vez que estuvo en Córdoba en el hospital de San Bartolomé: cúpole un aposento con una ventana al altar mayor; allí asistía como un ángel humano al Santísimo Sacramento (su principal librería); gastaba lo más del tiempo en oración y contemplación, que aun para tomar la refección ordinaria bajaba molestamente. Halló en este hospital su gran caridad un continuo ejercicio de virtudes; visitaba de ordinario los enfermos, confesábalos; exhortaba á la paciencia, á la disposición para morir, quedándose muchas veces las noches enteras con los que estaban de peligro; consolábalos, confortábalos en Dios; apadrinábalos en el duro combate de la muerte, en que tantas veces valen tanto los ayudadores buenos, que parece aseguran la victoria: regalábalos en el modo que podía. Dos piadosas mujeres, que vivían cerca del hospital, tomaron por devoción los días que predicaba enviarle algún regalo, que aumentaba la ración de los enfermos más necesitados, sin dejar que le cupiese parte su rara é indeclinable abstinencia. Aposentóse otras veces que vino á esta ciudad en casa del Licenciado Alonso de Molina, su discípulo, hombre de gran virtud, como en su lugar veremos.

Demás de los sermones ordinarios leía por las tardes, en una iglesia parroquial de Córdoba, las Epístolas de San Pablo, ó hablando más propiamente, hacía unas pláticas espirituales en que explicaba la doctrina del Apóstol: era grande el concurso; hallábanse caballeros y toda suerte de gente; acudían también muchas señoras de la primera nobleza, de vida muy ejemplar, y otras mujeres pías deseosas de su aprovechamiento. Reparó

en esta lección un religioso docto de la Orden de los Predicadores los grandes celadores de la honra de Dios, cuidadosos de cualquier inconveniente que pueda temerse en materias de la religión: dijo á un maestro grave de su casa que le parecía mal aquel concurso, y leerse á seglares y mujeres lecciones de escritura: respondióle que suspendiese el juicio y le oyese; hízolo así: volvió edificado y admirado á su convento, diciendo á voces: "Vengo de oir á San Pablo interpretar á San Pablo".

Viene con esto bien lo que decía el P. Fray Alonso Carrillo, catedrático de Prima de Teología de la misma Religión, que si al Apóstol San Pablo y su doctrina habían de entender dos hombres y dar explicación verdadera, uno era el Maestro Ávila, y el otro estaba por nacer, porque era único en el mundo en la ciencia y las virtudes. Había en este tiempo en Andalucía gran falta de estudios, en que con facilidad pudiesen darse á las letras muchos á quien sobra talento y falta posibilidad para ir á universidades.

Dispuso el Venerable Maestro, como en Córdoba, tan fértil de excelentes ingenios, se leyesen Artes y Teología; proveyó de lectores; persuadió al Dr. Pedro López, médico del Emperador, fundase en Córdoba el colegio de la Asunción, donde se criasen clérigos virtuosos que saliesen á predicar por los lugares vecinos, que ha sido de gran provecho en aquel obispado. Vió copiosos frutos de este utilísimo acuerdo. Llevóle un día el P. Francisco Gómez un buen número de clérigos que habían acabado de oir el curso de Teología; eran los primeros teólogos que se habían visto en Córdoba, para que les echase su bendición y viese cumplidos sus deseos; recibiólos con grandes muestras de alegría, y dijo las palabras de Jacob: *Jam laetus moriar*, por ver sacerdotes apóstolicos para acudir á los prójimos. Duraron estos estudios hasta que vinieron los Padres de la Compañía de Jesús, que en su colegio sucedieron en este oficio.

En este tiempo se celebró en Córdoba Sínodo diocesano; juntóse gran número de clérigos; predicóles el Venerable Maestro apartadamente, y se tiene por cierto fueron aquellas pláticas que para sacerdotes andan entre sus obras. Era grande el deseo que tuvo de la perfección en el estado eclesiástico, por ser los sacerdotes los ministros de los Sacramentos y de la palabra de Dios, de cuyo ejemplo depende el aprovechamiento del pueblo;

y con este ardor y deseo les predicó con tan gran fervor y espíritu, que se vieron en muchos de aquella Congregación muchas mudanzas; unos determinaron de mejorar la vida, otros de seguirle y entregársele por sus discípulos; á otros, que parecieron personas de ingenio y esperanzas, envió á estudiar á Salamanca, de cuyo beneficio dicen algunos participó el Cardenal Toledo. Muchos de estos sacerdotes, después de aprovechados con su doctrina y ejemplo, enviaba á confesar y predicar á muchas partes, como más dilatadamente se dirá adelante.

Entre las cosas más señaladas que obró su doctrina en esta ciudad fué la resolución acertada de Leonor de Córdova, doncella, de calidad conocida; era de veinticuatro años, estimada y querida de sus padres; trataban de casarla aventajadamente; oyó un día al Venerable Maestro en un sermón de las vírgenes engrandecer la excelencia del estado virginal, la estima que hace Dios de él, y los premios que le aguardan; mudósele de tal manera el corazón como si le pusiera otro nuevo; y era tan grande la luz, mediante aquellas palabras que daba Nuestro Señor á su entendimiento, que le parecía veía el cielo abierto, y en él las aureolas que hermoseaban las azucenas cándidas, los coros, digo, de las vírgenes, con palmas y guirnaldas ir sirviendo al Cordero inmaculado adondequiera que va, oir aquellas canciones que cantan solas las vírgenes, y finalmente, ver todas aquellas cosas que iba diciendo el predicador.

Resolvió no casarse; recogióse en casa de sus padres, donde hizo una vida digna de escribirse para ejemplo de la Iglesia; fué raro su encerramiento; tuvo continuas enfermedades, llevadas con admirable paciencia; recibió grandes favores del cielo; gozó de soberanas visiones; tuvo continuas luchas con el demonio, y, adornada de todas las virttudes, llegó á los ochenta años de edad, en que, colmada de merecimientos y días, pasó, mediante una santa muerte, á recibir la corona de sus trabajos, como se puede creer piadosamente.

Es digno de saberse este suceso. La tarde de un día de la Circuncisión salió del hospital donde estaba ahora y con paso extraordinario; siguiéronle algunos devotos suyos, pensando iba á hacer alguna plática; entróse repentinamente en un convento de monjas; estaba llena la iglesia de gente, buena parte de caballeros mozos; esperaban una comedia que habían de

representar las monjas; subió al púlpito, y con mucha modestia y mansedumbre comenzó á reprender aquel exceso. Fué apretando las razones con viveza, y corriendo al punto las religiosas los velos del coro, se fueron despojando de las galas y vestidos profanos, poniéndose sus hábitos religiosos. La gente se fué saliendo de la iglesia, hasta el caballero más empeñado en la fiesta: dejáronle solo al Venerable Maestro que, llorando, se llegó á la reja, y continuó su plática á solas las religiosas, con tan vivo sentimiento de su parte y tan gran mudanza en ellas, que se oían acá fuera los gemidos y sollozos con abundantes lágrimas.

Adornarse una casada para agradar á otros ojos, es especie de traición. La esposa de Jesucristo, que es arca del Testamento, y que el velo la niega á toda vista humana, festejar ojos profanos en hábito peregrino, género es de sacrilegio, y dejar los santos hábitos, aun en lo interior del monasterio, no carece de pocos inconvenientes. Creyóse por cosa cierta tuvo aviso superior el Venerable Maestro para esta acción tan notable; por lo menos no se supo alcanzar quién le pudo dar noticia.

La mayor hazaña que hizo en Córdoba, y por ventura no se ha visto igual en nuestro siglo, fué la conversión de una mujer muy noble, á quien el vicio, con pretesto de padecer necesidad, la había traído á estado tan miserable, que había años que yacía atollada en una amistad torpe y escandalosa con un personaje rico y poderoso, de quien tenía tres hijos, que apretaban más fuertemente el lazo.

Solía el santo Maestro en sus sermones enderezar algunos trozos para sacar á mujeres de pecado, que de la pobreza toman color para mala vida; repetía aquellas palabras con que los hijos de los profetas daban voces á Eliseo diciendo: *Mors in olla vir Dei, mors in olla;* y así clamaba y decía: "Pobrecita miserable, la muerte está en la olla, la muerte está en la olla de que te sustentas; rejalgar es eso que comes, que trae consigo no muerte temporal, sino muerte eterna.„ Con estas palabras y otras semejantes, dichas con aquel vehemente espíritu, hería de agudo los corazones. En uno de estos sermones trocó Nuestro Señor, cuya misericordia es infinita, el corazón de esta mujer con un tan gran tocamiento, que resolvió animosamente salir de aquel cenegal tan asqueroso. Dió cuenta al Venerable Maes-

tro del miserable estado en que vivía, la firmeza de su propósito, y sus alentados deseos; mas hallaba dificultades grandes en salir de aquel atolladero, así por su pobreza, como ser tan poderoso el personaje, tan enseñoreado de ella con posesión de tantos años. Él dijo: señora, este negocio quiere tierra en medio.

La ejecución casi tocaba en imposible; mas el verdadero discípulo de Cristo, confiado en su Señor, determinó sacar esta alma de pecado. Fué menester mucha industria y fortaleza, y mucha costa hasta llevar la empresa al cabo. El contrario poderoso bramaba como la osa cuando le hurtan los hijos; amenazaba muertes, venganzas. Sacóla de su casa, púsola en un convento de Santa Marta, que no tuvo por lugar seguro. Llevóla á Montilla para que la amparase la autoridad y sombra de la Marquesa de Priego; proveyó como prudente capitán, de buena escolta al sacarla de Córdoba, y él en persona la acompañó hasta Montilla, valiéndose de ministros de justicia; pasóla después á Granada, donde quedo asegurada de todo punto.

Tuvo esta hazaña circunstancias que la hicieron grande; rompió terribles dificultades, peligros, recelos, murmuraciones, juicios de mundo y mucha costa; en nada se embarazó; mas poniendo su confianza en Dios, ni reparó en la costa, ni rehusó el trabajo, sino cerrados los ojos á los juicios del mundo, y abiertos á solo Dios, acometió y dió cabo á tan gloriosa hazaña por sacar esta alma del miserable cautiverio en que vivía, por la cual Cristo diera su sangre si la dada no bastara. Esta nueva Magdalena, gobernada por este gran Maestro, caminando por sus pasos contados llegó á tan gran perfección, que por consejo de este varón santo, con ser limitadísimo en las licencias para comulgar, comulgaba cada día con mucho aprovechamiento de su alma. En esta vida ejemplar perseveró treinta años, acabándola santamente.

En todo este tiempo la proveyó el Venerable Maestro de todo lo necesario mientras vivió, llevando hasta el fin con grande constancia, perseverencia y fidelidad lo que había comenzado, sin faltar jamás aquella alma que, fiada en su palabra, se puso en su manos, desamparando el regalo en que vivía, y lo que más es, dos hijas y un hijo que tiernamente amaba. La santidad y perseverancia de esta verdadera penitente declaran haber sido obra de Dios.

V

Pasa á predicar á Granada.

No hay cosa que así encienda á los predicadores apostólicos el deseo de aprovechar como haber aprovechado, ó sacando algunas almas de pecado, ó haciendo que otros caminen á la perfección á toda prisa. No puede ofrecerse lance de mayor ganancia que la salvación de un alma, ni hay trabajo más bien empleado que el que obra lo que obró la Sangre de Jesucristo; porque cebado el predicador en este tan dulce fruto de su trabajo, y alegre y animoso con ver una alma librada de las garras del dragón infernal, y restituída á su Criador, procura en sus sermones enderezar todas las cosas á este fin, y concibe en su ánimo una nueva alegría y confianza de su salvación, esperando que no permitirá Nuestro Señor que se pierda quien á otro libró de la perdición.

Animado el Venerable Maestro Ávila con el abundante fruto que había recogido en Córdoba, arrebatado de un ardiente celo de la conversión de las almas, partió á Granada, donde fué el colmo de su mayor felicidad. Parece le dobló Dios el espíritu, y fué añadiendo talentos á talentos, pues veía se doblaban las ganancias.

Era á esta sazón Arzobispo de esta ilustre ciudad D. Gaspar de Avalos, gran Prelado y gran siervo de Dios. Conoció el prudente Arzobispo muy al principio la excelencia y eficacia de la doctrina de este admirable varón, y se alegraba y daba el parabién á sí mismo de haberle enviado Nuestro Señor tal ayudador para descargo de su obligación, tal cooperador en el ministerio de su apostolado. Aposentóle en un cuarto apartado de su misma casa, y se valía de su consejo en todas las cosas de importancia del gobierno de su arzobispado y de su alma.

Comenzó su predicación con nuevo fervor y espíritu; respondió el fruto al trabajo; ofreciéronse muchos á ser sus discípulos; hizo gran provecho en los maestros y doctores del colegio de esta ciudad; tratáronle muchos familiarmente, y aprovecháronse de su doctrina, profesando nueva vida ejemplar y santa.

La copiosa clerecía y gran número de estudiantes fué mies copiosa á este labrador del cielo, á que ayudó mucho la religión y santidad del Prelado, que favorecía cuidadosamente todas las cosas de virtud. Floreció la frecuencia de los Sacramentos que en aquella edad era muy poco conocida; con esto y la doctrina, ejemplo de tal Maestro, fueron muchas las personas que se señalaron en virtud. Algunos de los discípulos más familiares comían en su mesa en un pequeño refectorio que tenía.

Hízose en Granada un colegio de clérigos recogidos para servicio del arzobispado, y otro de niños para que se les enseñase la doctrina cristiana y buenas costumbres. Lográronse en esta ciudad prósperamente sus deseos, y alegrándose el Venerable Maestro en el fruto de sus trabajos, cuando nombraba á esta ciudad, decía mi Granada, por haber lucido allí tanto sus sudores; parecía que la mano de Dios intervenía en este negocio, favoreciendo á este fiel siervo suyo, que día y noche no pensaba ni trataba sino en ampliar su gloria.

Viendo, pues, el religioso Arzobispo el fruto que hacía en su iglesia la doctrina y ejemplo de este varón santo, insistió mucho en tenerle siempre consigo, así por su consejo, como por el bien de las almas de su rebaño; y así decía: "Hermano Maestro, estaos aquí con Nos; mirad que aquí servís mucho á Nuestro Señor." A lo cual respondió: "Reverendísimo señor, todo lo que Nuestro Señor fuere servido haré como es razón. Mas no contento el Arzobispo con esta respuesta general, le apretó mucho para que le diese palabra de estar en su compañía; mas ni toda esta importunidad, ni ofrecerle la canongía magistral, que había entonces vacado, fué parte para obligarle á disponer de su perseverancia en Granada, como hombre que no era suyo, sino del Señor que le había escogido para aquel oficio; sólo á su voluntad atendía, sin cuidar comodidades propias, ni llevarle el ser estimado ó bien recibido en una ciudad, si verosímilmente entendía podía hacer mayor provecho en otra.

Así no quiso prenderse ni dar palabra de estar en un lugar, con que su predicación hubiera sido de limitado fruto; mas pasando de unos lugares á otros, alcanzó el riego de su celestial doctrina innumerables almas, sin dejar ciudad ó pueblo en Andalucía que no participase de la gran misericordia que Dios hizo á esta provincia de darle este fervoroso apóstol; dejaba hijos

espirituales en todas partes, que después conservaba con documentos y cartas; y volviendo una y otra vez donde había estado primero, alentaba y consolaba aquellos queridos hijos, cuyas almas amaba más que su propia vida; y así á muchos Prelados que procuraron tenerle en los obispados respondía: "No puedo dar palabra en cuanto á estar ó salir, porque no soy mío; haré lo que Dios me mandare." Fué un singular retrato del Apóstol San Pablo, su gran devoto, cuyos pasos y vida procuró imitar y seguir en el largo discurso de su vida.

VI

Predica las honras de la Emperatriz, y buen efecto de su sermón en el marqués de Lombay.

No es mi intento en esta historia escribir las vidas de muchos varones y mujeres que por la predicación del Venerable Maestro Avila ó mudaron ó mejoraron de vida hasta llegar á la cumbre de la perfección cristiana; ha ocupado esta materia grandes plumas; empero las acciones de este varón apostólico en las conversiones ó mejoras de estas personas insignes son materia propia de este libro; y no fuera del intento que se sepa á qué grado de santidad han llegado almas á quien Nuestro Señor ha hecho grandes en su Iglesia, tomando por instrumento la predicación, dirección y consejos de este gran Maestro.

Así, dejando lo particular á las historias propias, tocaremos solamente la parte que en estas vidas tuvo este santo varón; los maravillosos efectos que vió y admiró el mundo en muchos hijos espirituales suyos declaran su santidad, la eficacia de sus palabras y consejos. No tuviera término este libro si hubiéramos de poner por extenso lo que en esta parte obró, mediante la divina gracia; descubriremos con brevedad sus mayores lucimientos, para que por la santidad de los discípulos colijamos en parte la que tuvo su Maestro.

Hallábase en Granada el Maestro Avila, año 1539, cuando entristeció á estos reinos la acelerada muerte de la Serenísima Emperatriz Doña Isabel, digna consorte del Emperdor Carlos V, Rey de España; era entonces el sepulcro de los Reyes la capilla real de la iglesia de Granada, adonde se trajo el cuerpo de esta gran señora; acompañóle, de orden del Emperador, el

Marqués de Lombay, D. Francisco de Borja, hijo del Duque de Gandía, mozo de veintinueve años, en quien las partes de naturaleza igualaban á las de su calidad. Habiendo de hacer la entrega del cuerpo, descubrieron el que pensaron ser rostro que diera á conocer al dueño; había hecho en él tal estrago la muerte, (parece se esforzó á ostentar sus fuerzas contra el mayor poder, contra la mayor belleza, como si temiera resistencia), que no se atrevió á jurar ser de la Emperatriz aquel cuerpo, mas de haber puesto cuidado en el traerle y guardarle. ¡Oh deidades humanas! ¡Oh soles de la tierra, cuál es vuestro ocaso después de tantas adoraciones y lisonjas! Huyeron los demás del cuerpo; tal era el horror que ponía á todos; sólo la lealtad del Marqués y el amor grande que tenía á su señora le tenía fijo, considerando aquellos que fueron ojos, que poco antes con un mirar suave serenaban los corazones de todos.

Los ojos de D. Francisco en los de la Emperatriz, los de Dios en D. Francisco, mirándole con unos rayos de luz que le fueron penetrando hasta lo interior del alma, dándole un conocimiento grande, mediante aquel espectáculo, de lo poco que es cuanto admiran los hombres, y veneran por lo mayor del mundo, el miserable paradero de la grandeza del imperio, de la hermosura de la que fué señora de dos mundos y ocupó el corazón del mayor monarca de ellos, despertó su corazón á buscar los verdaderos bienes en quien no tiene jurisdicción el tiempo, ni los acaba la muerte, mas es su posesión y gozo eterno. Resolvió no perdonar á trabajos ni fatigas hasta alcanzarlos. Pasó la mayor parte de aquella noche á los pies de Cristo, regándolos con lágrimas, penetrando los cielos con gemidos, pidiendo á Dios misericordia, rogándole que admitiese sus deseos, y le diese su gracia para seguirle con todas las fuerzas de su alma.

El día siguiente se hicieron en la iglesia arzobispal de Granada las honras de la Emperatriz; predicó en ellas el Maestro Juan de Ávila; y después de las alabanzas debidas á las grandes virtudes de la Emperatriz, trató divinamente del engaño y vanidad de las cosas de la vida, de la locura y desvarío de los hombres, que ponen sus ansias y deseos en pretender y conseguir unos bienes que dejan burlados al mejor tiempo á sus dueños, y muchas veces no llegan á alcanzarse, habiendo gastado el tiempo en esperanzas que corta sin pensar la muerte; des-

acuerdo que trae muchas veces á condenación eterna. Pasó á ponderar la eternidad de gloria ó pena que se sigue á las obras de la vida, llorando el desatino de los hombres que en el espacio breve que vivimos no procuran asegurar lo que sólo es necesario; habló con aquel ardor y valentía que le daba su desengañado espíritu. Penetraron las palabras al corazón del Marqués, ya tan tocado de Dios, y confirmaron la gran resolución que ya reinaba en su pecho; y como si supiera lo que por él pasó la noche antes, encaminó las palabras á la obra que había comenzado el Espíritu divino.

Envió á llamar el Marqués aquella tarde al santo predicador; dióle cuenta del estado de su alma y vigorosos deseos. Animóle el Venerable Maestro Ávila, y consolóle mucho; y con aquellas palabras tan de verdad que usaba, le confirmó en su propósito; aconsejóle á que dejase la corte, mar lleno de innumerables peligros; que se acogiese al puerto de su casa, donde sin ambición, sin envidia, sin los riesgos de los vaivenes humanos viviese cristianamente, vacando á Dios, cuidando de su alma. Allí trazaron el modo de la nueva vida, que ejecutó el Marqués para tan gran gloria de Dios, ejemplo y admiración del mundo.

De esta gran vocación, de estas verdades enarboladas con continuo espíritu, de estos consejos dados con sinceridad y sin respetos, comenzó la admirable santidad de D. Francisco de Borja, Duque cuarto de Gandía, que correspondiendo á una superior luz, que fué creciendo hasta la claridad del medio día y amor divino que se fué apoderando de su alma, tomó aquella heroica resolución de dejar tanto por Dios.

Volvió en el Evangelio un caballero rico las espaldas á Cristo Nuestro Señor, que le convidaba amorosamente con su compañía, por no deshacerse de su hacienda; mas D. Francisco de Borja las oye, y obedece después de tantos siglos, dejando por la Compañía de Jesús y por seguirle, no sólo unas viles posesiones, que embarazaron el corazón del mancebo, mas el gran Estado de Gandía, sus hijos, sus vasallos, la grandeza de su casa, la numerosa copia de criados, que en diversos ministerios acudían al servicio y estimación de su persona; dejó numerosas rentas; deshízose de sí mismo, abrazando por voto la pobreza evangélica; y el que Virrey y Duque mandó á tantos, obedece á cualquier hombre que le cupo en Superior.

Ciñó de tal manera su carne, que le vino á sobrar parte, según cuentan, de la piel; y habiendo dejado tanto por Dios, llevado de sus promesas, nunca se llamó á engaño por falta de cumplimiento. Tan poderoso y puntual es el Señor á quien servía, que pudo darle de contado cien veces tanto de lo que había dejado y llevado de tan gruesa granjería y tan asegurada ganancia; renunció tres capelos; lo mismo hiciera del imperio de la tierra; bebió del agua que quita la sed al que una vez la bebe.

¡Quién pudiera dilatarse por el extendido campo de sus heroicas virtudes! Admiró su prodigiosa humildad, tanto mayor en un Grande, en un señor que pudo y valió tanto. Igualó su penitencia á los que en los desiertos hicieron profesión de macerar sus cuerpos. Habitaba con la oración en el cielo, tan familiar á Dios, tan de su casa como los que abrasados asisten en su presencia. Alcanzó á ver nuestro siglo, émulo de los primeros de la Iglesia, que admiró los Paulinos y Pamaquios, á un gran Príncipe en el altar, en el púlpito enseñando á los niños la doctrina, ejercitándose en todos los ministerios de una nueva religión, dedicada á la salud de las almas; mas si fué Grande en el mundo, mayor es en el palacio de Cristo, donde ahora reina, como lo ha certificado el oráculo de Roma, que le ha declarado por Beato, y debérsele culto y adoración de Santo.

¡Dichosa su nobilísima familia, su heroica descendencia, á quien ilustrarán más los resplandores de su diadema que su nobleza antiquísima! ¡Dichosa España, que gozó de su doctrina, que se edificó con su ejemplo! ¡Felicísima la sagrada Religión de la Compañía de Jesús, á quien ilustró con su persona, y la propagó con su gobierno, y la animó á la perfección con su ejemplo, la defendió y amparó con su autoridad de diferentes encuentros; y mil veces dichosa la nobilísima villa de Madrid, corte del mayor monarca, enriquecida con el tesoro de su santo cuerpo! Sus virtudes, sus hazañas merecieran un docto cronista; fuera en mí referirlas deslustrarlas; sólo ha sido mi intento que se sepa la gran estima que hizo Nuestro Señor del Venerable Maestro Ávila, tomándole por instrumento para ayudar esta gran santidad, y que la nueva vida de este Príncipe renaciese en las manos de este gran Màestro de espíritu.

VII

Prosiguen otros sucesos en Granada.

Hallóse á los principios cuando asistió en Granada á la fundación del convento religioso de la Encarnación, de que fué fundadora y primera Abadesa Doña Isabel de Avalos, hermana de D. Gaspar de Avalos, Arzobispo de Granada. Por la amistad del Prelado y por su celo acudió mucho el Venerable Maestro Ávila á esta nueva planta, regándola con su celestial doctrina; hacía á las Religiosas continuas pláticas; persuadíalas á la obediencia, y particularmente les encargaba el silencio, sin el cual decía que apenas se podía hallar virtud; aconsejábalas se dejasen á sí propias, y que no bastaba haber dejado al mundo si no se dejaban á sí mismas; que advirtiesen que habían sido llamadas á un estado perfecto, y que el Espíritu Santo no permanece sino sobre corazones quietos; y así las encargaba se amasen unas á otras, y que donde hay amor no habría murmuraciones; que evitasen este vicio, que era perniciosísimo en las Comunidades.

Cuando no podía por su salud ó ausencia hacerles pláticas, les enviaba cartas y papeles que se leyesen en comunidad; todos miraban á que fuesen sumamente perfectas, que olvidasen sus parientes; que sólo pusiesen su gusto en estar en oración en la presencia de Dios, de donde les había de venir todo su bien. Mirábanle las Religiosas como un hombre angélico venido del cielo; era grande el fruto que sentían en sus almas; andaban todas en aquel tiempo como fuera de sí, absortas todas en Dios; muchas llegaron á gran perfección, y murieron santamente. Reconoce este convento sus bienes espirituales á la doctrina y oraciones del santo Maestro Juan de Ávila.

Acudía el santo varón á mejorar los buenos; mas su principal intento era reducir los pecadores; y á los que apenas tenían noticia de la virtud en una vida, si no distraída, poco atenta, encaminarlos á las obras virtuosas, oración, penitencia, frecuencia de Sacramentos y ejercicios de virtudes.

Predicando un día en Granada, en la iglesia de los Mártires, le oyó una mujer casada, de mediano estado, conocida por su hermosura y gala; cuál fué la doctrina, lo mostró el efecto.

Salió del sermón tan compungida, tan resuelta á mudar de vida, que, en llegando á su casa, arrojó por la ventana al corral la arquilla del aderezo de su rostro, quebrando los botes y redomas, y aquella breve botica que tantas veces agravia la hermosura natural. Iba resolviendo de veras; comenzó por lo más dificultoso; alcanzó de su marido, después de largos ruegos, que viviesen como hermanos, pues ya se hallaban con fruto de bendición; renunció todas las galas, adornóse con un vestido honesto; traía continuamente una soga apretada á la raíz del cuerpo, en satisfacción de una cadena de oro que trajera, en que tuvo algun deleite; los pies descalzos, aunque cubiertos por la parte superior; acostábase sobre unas tablas dispuestas con artificio, que no la dejaban dormir con gusto, ni mucho tiempo; redimía los pasados gustos con continuas aflicciones

Enviudó, y con el nuevo estado se dió á velas llenas á la penitencia; aumentó más rigor en el modo del dormir, si dormía quien pasaba las noches en oración; nunca comía carne; un pedazo de pan y unas hojas de rábano, halladas en la calle, eran su común sustento; confesábase, desde que se redujo, con el Maestro Ávila, y en todo se gobernaba por sus órdenes. En este tenor de vida perseveró con un vigor notable. Llegó la enfermedad postrera, y en aquel último trance, en que se coge el fruto de estas obras, vino el santo Maestro á confesarla, confortarla y asistirla; no desamparaba sus hijos hasta verlos en el cielo; pidióla, estando muriendo, le volviese á ver, quizá con particular moción del Espíritu Santo; prometiólo, si Dios le daba licencia.

Llamóse esta buena mujer, después de su reducción, la Beata Paz. Ocho días después María de Posadas, compañera de dieciséis años de la difunta, encontró al Venerable Maestro, y le preguntó si cumplió la palabra la Beata; arrasáronsele los ojos de agua al Venerable Maestro, y diciéndole la pesaba de haberle dado pena, respondió: Hija mía, este sentimiento no es por lo que me ha preguntado, sino porque estoy corrido que una mujercita me haya ganado por la mano. Sí; me vió, hija, y me cumplió su palabra; me dió á entender la merced que Dios la había hecho en llevársela al cielo sin entrar en el purgatorio. En vida tan penitente cosa es muy probable.

Fué también fruto en Granada de esta predicación y enseñanza de este gran Maestro la rara santidad de Constanza de

Ávila (llamóse así por su humildad, aunque era de gente noble); fué desde moza discípula del Venerable Maestro Ávila, y por su orden y dirección hizo voto de castidad; fué un ejemplo rarísimo en Granada de todas las virtudes, en particular de un gran desprecio del mundo. Vivió ochenta y ocho años con una perseverancia admirable, y los cuarenta comulgó todos los días con orden del Venerable Maestro Ávila. Su oración fué levantadísima, y en ella recibió de Nuestro Señor muy singulares favores, encaminados algunos por la persona del Maestro Ávila, así en la vida como después de su muerte.

Padeció esta sierva de Dios por muchos días una vehemente tentación contra la inmortalidad del alma, que la traía con grandísima aflicción (á los grandes espíritus envía Nuestro Señor grandes pruebas); resistióla valerosamente. Un día vió al Venerable Maestro Avila ya difunto, y aunque sin cuerpo, mas entendió que era él con la misma certidumbre que si le viera con los ojos corporales; díjole: "Hermana, grados de gloria tengo." Estas palabras, que miraron derechamente contra aquella tentación, deshicieron el nublado y causaron una seguridad y quietud grande.

Visitaba esta santa doncella el Monte Santo de Granada, que tan magníficamente adornó é ilustró aquel gran ejemplo de Prelados D. Pedro Vaca de Castro, Arzobispo de Granada, y después de Sevilla, digno de eterna memoria. Andando, pues, por las cuevas encontró á la Santísima Virgen María, que andaba en ellas como en su casa. Vió también en este Santo Monte al glorioso San Cecilio vestido de pontifical. De estas visiones dió cuenta á su confesor el P. Pedro Vargas, de la Compañía de Jesús, persona muy conocida en España por sus letras y espíritu, y por justos respetos hizo lo declarase así ante un notario y el Provisor de Granada.

Contó también esta devota virgen á su confesor, estando muy cercana á la muerte, que un día, recibiendo el Santísimo Sacramento, le dijo Nuestro Señor, con voz exterior, que estaba predestinada, y le gozaría en el cielo.

Estando esta sierva de Dios en Granada tenía algunas cosas que comunicar tocantes á su espíritu y bien de su alma con el Maestro Ávila, que residía por este tiempo en Montilla, donde iba algunas veces á verle. Pensando en esta ocasión en su jornada, la dijo Nuestro Señor: Ve, que me le quiero llevar. Fué

á hablarle á los primeros de Octubre: el Mayo siguiente fué el tránsito del venerable Maestro.

En esta ocasión, ó en otra, estando el santo Maestro muy al fin de sus días, le preguntó la madre Constanza de Ávila qué quería hiciese por él; respondió que le pedía sacase cinco niñas de cautiverio, que fuesen de tan poca edad, que se entendiese ser vírgenes, y habiéndose la santa doncella ido á obligar por el rescate al Convento de la Merced en Granada, se le apareció el santo Maestro Ávila, ya difunto, y le dió de palabra las gracias, oyendo y conociendo la voz; quedó tan alegre y consolada con esta visión maravillosa, que le movió Nuestro Señor el corazón, después de haber sacado las cinco niñas de cautiverio, á obligarse por otras cinco, y volvió el santo Maestro á dar de nuevo las gracias por la segunda redención. Estuvo muchos años tullida en la cama, pasando extrema necesidad con alegría y consuelo indecible.

Llegó la enfermedad última, que había de ser paso para su descanso; no le faltó en él su Maestro, apareciéndosele, y la aseguró de su gloria, dándole las buenas nuevas que presto se verían en el cielo. Trajéronle el Santísimo Sacramento por Viático, presentes el Licenciado Justino Antolínez, Deán de Granada, y hoy Obispo de Tortosa, y el Licenciado Estrada Manrique, que murió oidor de Valladolid, y el P. Pedro de Vargas, su confesor; dió en esta ocasión tan grandes muestras de su santidad, fueron tales los afectos amorosos y coloquios de esta santa virgen, que parecía salir llamaradas de ella; eran las palabras tan encendidas en amor divino, hablando con el Santísimo Sacramento, que los que se hallaron presentes estaban como asombrados y como fuera de sí, viendo unas muestras tan maravillosas y del cielo, donde piadosamente se cree voló su dichosa alma muy cerca de la de su Maestro, como se halló escrito en un papel suyo, que Nuestro Señor le había hecho esta merced.

Yace en el convento de San Jerónimo de Granada. Hallóse á su muerte la Madre Beatriz de Aguilar, grande amiga suya, mujer de superiores virtudes, y decía que la Madre Constanza tenía en el cielo eminente lugar. La santidad de las dos hace la proposición muy creíble.

VIII

De lo mucho que procuró que se fundasen colegios y seminarios en que se criase la juventud.

Desde los principios de la predicación del santo Maestro Ávila reconoció que la quiebra de las costumbres cristianas y rotura de los vicios procedía del corto conocimiento que se tiene comunmente de las cosas de la fe y obligaciones del cristiano; y que el único remedio de que se podía esperar más asegurados bienes era la abundancia de doctrina para enseñar los niños, formar la juventud en costumbres cristianas, criar clérigos virtuosos; mas veía la falta que había en esto, y los pocos medios que se descubrían para remediar tan grandes daños, y así solía decir con grandes ansias: "Tengo de morir con este deseo." Así herido de este celo verdaderamente apostólico, desde que comenzó á predicar en Sevilla dió orden de ir á las escuelas de los niños y predicar en las plazas.

Era su ejercicio continuo enseñar á los rudos y los niños; ministerio que continuaron sus discípulos en toda la provincia de Andalucía. Enseñaban públicamente la doctrina cristiana, acudiendo á las escuelas, procurando que prendiese en aquella nueva tierra la dichosa semilla del santo temor de Dios; cuidado primero de los Prelados eclesiásticos y de todos los que tienen cura de almas. Solía decir el santo varón que ganando los corazones de los niños en la tierna edad, se ganaban las repúblicas que por ellos venían después á ser gobernadas, y depender de ellos el estado del pueblo, y que, comenzando bien, comunmente perseveraban; y así cuidó siempre que hubiese maestros que acudiesen á este ministerio y encaminasen la juventud con santa y verdadera doctrina.

Entre estos cuidados, ejecutados por muchos años por el santo varón y sus discípulos con un celo apostólico y maravillosos efectos, levantó Dios en su Iglesia el instituto santo de los Padres de la Compañía de Jesús, tan conforme á lo que el apostólico varón deseaba; cuando llegó á su noticia se alegró grandemente su espíritu, viendo que lo que él no podía hacer sino por poco tiempo y con muchas quiebras, había Nuestro Señor

proveído quien lo hubiese ordenado tan perfectamente y con perpetua estabilidad y firmeza.

De aqueste mismo celo procedió el gran cuidado que puso el santo Maestro Ávila en que se erigiesen Colegios y Seminarios donde se criase la juventud y se formasen hombres de letras y espíritu, que pudiesen ser maestros y ministros de tan importante enseñanza. Tuvo éste por tan proporcionado medio de su intento y obra tan agradable á Dios, que estando enfermo en Priego el Conde de Feria, D. Pedro Fernández de Córdoba, de quien haremos larga mención más adelante, deseando la Condesa asegurar su salud, preguntó al Venerable Maestro Ávila qué obra haría más agradable á Nuestro Señor para pedir en retorno y alcanzar de su Majestad lo que deseaba. Respondióle que fundar un Seminario donde se criasen niños y los enseñasen la doctrina cristiana, letras y virtud.

Erigióse con título de Colegio; asisten Rector y Maestro á la crianza de la niñez, enseñando á leer y escribir, y con las primeras letras el gusto de la virtud y amor á la cristiandad. Este dotó la Marquesa de Priego con renta bastante para empresa tan necesaria, y levantó un buen edificio y capaz á este propósito, arrimado á la iglesia de San Nicasio, para que á sombra é intercesiones del Santo, como Patrón del lugar, creciesen aquellas nuevas plantas en la enseñanza cristiana.

Mas la obra en esta parte más digna de admiración, y que debiera imitarse en todas partes, son las escuelas de niños de la ciudad de Baeza, gobernadas desde sus principios por la prudencia y cuidado de este celestial varón. Llegó en un tiempo á haber mil niños; de ordinario pasan de quinientos de la ciudad y comarca, divididos en diferentes clases, que rigen siete maestros, y les enseñan desde conocer las letras, á leer, escribir, contar y latinidad hasta estar capaces de oir facultad mayor; pónese el principal cuidado en que sepan la doctrina y obligaciones cristianas.

De estas escuelas pasan á las mayores, donde se leen Artes y Teología, todo de gracia; de manera que desde poner en las manos á un niño la cartilla hasta subir al púlpito ó ponerse en el altar, no les cuesta á sus padres un solo real; y muchos lugares del obispado de Jaén gozan de este beneficio, enviando los padres á Baeza á sus hijos; socorro grande para la gente pobre. Gastan media hora por la mañana, otra media por la tarde

en enseñar la doctrina cristiana, con que crían á toda aquella niñez y juventud en santas y loables costumbres. Ha sido grande la utilidad de estas escuelas por la buena crianza de estas nuevas plantas, que crecen felizmente con el riego de la sana doctrina que les enseñan.

Para esto puso el santo varón un Rector y preceptores, hombres de gran virtud y ejemplar vida, imitadores de su celo.

Gobernó estas escuelas muchos años el venerable varón P. Fray Francisco, indigno Descalzo Carmelita. Crióse en Baeza en sus primeros años al lado de los Doctores Bernardino de Carlevar y Diego Pérez, discípulos todos del Venerable Maestro Ávila; andaba en hábito clerical; fué un raro ejempo de todas las virtudes; salía á predicar á las plazas; enseñaba por las calles la doctrina; y con no haber estudiado, por la grandeza del espíritu que hervía en su corazón, alentado con la doctrina del Venerable Maestro Ávila, su maestro, decía excelentes cosas con admiración de todos, por ventura con más fruto que las grandes elocuencias; sobre cualquier capítulo del *Contemptus mundi* (teníale bien estudiado y practicado) discurría largo tiempo con gran edificación y admirable doctrina.

De estas escuelas sacó Dios á este santo varón para la Universidad insigne donde se enseñan todas las virtudes, la perfección evangélica en su mayor rigor, la verdadera santidad de vida, á la sagrada Religión, digo, de los Padres Descalzos Carmelitas; aquí tomaron nuevos quilates sus virtudes. Descansa su venerable cuerpo en el convento de San Hemenegildo de esta villa de Madrid, en la capilla de la Santa Madre Teresa, en una decente urna, á que hace correspondencia otro Francisco, igualmente docto en las escuelas del cielo, el Hermano Francisco del Niño Jesús, cuya admirable caridad con los pobres, sinceridad prudente, insigne humildad, y otras virtudes, le hacen digno compañero del indigno en el santo hábito que vistieron en la decente colocación de sus reliquias en el lugar que tienen en el cielo.

Fué también Rector de estas escuelas el devoto varón Pedro Sánchez, digno discípulo del Venerable Maestro Ávila; fué hombre de gran oración y silencio; no hablaba sino preguntando, ni respondía si no era lo necesario, estando siempre en perpetuo recogimiento interior, en particular las noches de Navidad; permanecía inmoble todo el tiempo que duraban los ofi-

cios, con ser hombre que pasaba de ochenta años. Resplandeció en la pobreza de espíritu; no llevaba la renta por entero, contento con lo que bastase á su sustento. Fué rara su caridad con los menesterosos; en años faltos recogía á los niños pobres que hallaba desamparados; cuidaba de su abrigo y sustento. Fué admirable su paciencia en las injurias; murió con opinión de Santo, y por tal le respeta hoy el clero y pueblo de Baeza.

Otro colegio ó escuelas de niños, al tenor de éstas, fundó el santo varón en la ciudad de Úbeda por medio del P. Diego de Guzmán, de la Compañía de Jesús, su discípulo, que hoy permanecen con igual utilidad.

Por consejo del Santo Maestro Ávila fundó en Montilla la Marquesa de Priego Doña Catalina el Colegio de la Compañía de Jesús; tiene también escuelas donde crían los niños desde los cinco años; enséñase lo mismo que en Baeza; procuran que desde los tiernos años frecuenten los Sacramentos; han resultado en esta villa y su comarca innumerables bienes; han sido causa que haya habido en Montilla doctos y virtuosos sacerdotes, y algunos sujetos han salido insignes en letras y santidad.

Ya dejamos escrito cómo en Córdoba el Obispo D. Cristóbal de Rojas, á instancia del Venerable Maestro Ávila, ordenó allí un colegio de clérigos virtuosos, para que de allí saliesen á predicar por todo aquel obispado.

En esta misma ciudad, de su consejo, se fundó el Seminario de San Pelayo, donde se reciben mancebos virtuosos pobres de todo aquel obispado; susténtanlos siete años hasta que acaben sus estudios en las clases de la Compañía de Jesús, donde se leen Artes y Teología. Los días de fiesta del año asisten con sobrepellices á los divinos Oficios en el coro de la Catedral. Críase esta juventud en virtud y letras; salen excelentes curas de almas y ministros del culto divino.

Lo mismo pasó en Granada, donde á instancia del santo Maestro Ávila se hizo un colegio de clérigos recogidos para servicio del arzobispado, y otro de niños para enseñarles la doctrina cristiana.

En algunas partes, como en Córdoba, hizo se leyesen Artes y Teología, y él proveyó de lectores de los discípulos que tenía; y duró esto hasta que los Padres de la Compañía de Jesús fundaron allí un colegio, los cuales sucedieron en este oficio.

Finalmente, cuantos colegios se fundaron en su tiempo en

toda Andalucía, así de la Compañía de Jesús como otros, en todo tuvo parte la diligencia, el cuidado, el consejo y el celo de este apostólico varón, que tuvo por sólido fundamento para el aprovechamiento espiritual de los fieles y aumento de la disciplina cristiana estos minerales ricos, que con aguas de saludable doctrina y buen ejemplo riegan los planteles de la Iglesia.

IX

Su predicación y asistencia en Montilla.

Montilla, antes noble villa y ya ciudad, en el marquesado de Priego, es estancia de sus Marqueses, dichosa por las muchas veces que gozó de la doctrina del Venerable Maestro Ávila, y haber sido su morada los últimos años de su vida, y poseer hoy el tesoro de su cuerpo.

Predicó á los principios una Cuaresma con gran fervor y aprovechamiento de las almas; hiciéronse más de quinientas confesiones generales, no por vía de jubileo, sino por la impresión que habían hecho las palabras de este siervo de Dios en los corazones de las gentes.

La comunicación y buena correspondencia con los señores de esta nobilísima casa, comenzó muy de los principios de su predicación, y continuóse con una amistad muy agradable, no sin gran bien de los Marqueses, y envidia (si así puede llamarse) de otros señores de Andalucía, viendo que los Marqueses de Priego tuviesen en esta villa tal prenda; y justamente, porque fueron grandes las medras que se siguieron de esta asistencia. Fué rara la cristiandad, la religión, la bondad de estos señores, y de verdad pudo llamarse feliz aquel estado por haber residido en él tan de asiento el Venerable Maestro Ávila, como tocaremos en otras partes. Las veces que vino á Montilla, antes de vivir de asiento, fueron muchas en todo el discurso de su vida.

Sus enfermedades, y lo más cierto el acudir á la dirección y magisterio de la Condesa de Feria, le avecindaron, como hemos dicho, en Montilla; dispusiéronle los Marqueses una casa moderada cerca de la suya, no léjos del convento de Santa Clara.

Su modo de vida y de distribuir el tiempo era éste: levantábase á las tres de la mañana (dando lugar la salud); el primer pensamiento que ocupaba su corazón era el haber de recibir aquel gran Huésped, que es adorado de ángeles, Rey suyo y hermano nuestro; rezaba con este pensamiento sus horas. Comenzaba luego su oración; duraba dos horas largas (como después diremos); esto cuando predicaba y andaba cercado de negocios, mas por el tiempo que vivió en Montilla, cuando le molestaron sus enfermedades y no predicaba tanto, fue mucho más dilatada, porque el tiempo del estudio le añadía á la oración. Gran parte de la oración de la mañana daba á las consideraciones que le dispusiesen para decir bien Misa (algunas pondremos en el tercer libro, en capítulo particular, que trata de esto).

Decía Misa tan larga y tan devota, como veremos en su lugar. Daba gracias una hora por lo menos, después rezaba parte de las horas que faltaban, siempre con gran devoción y pausa; leía alguna cosa devota, de manera que toda la mañana la llevaba Dios enteramente hasta las dos de la tarde, sin que en todo este tiempo atendiese á otra cosa, ni admitiese negocio, por importante que fuese. Rezaba las vísperas y completas á su hora con un poco de oración, acordándose de aquel Señor que aquel día había sido su huésped; desde las dos á las seis daba audiencia á los que venían á hablarle; era siempre en negocios de importancia y materias espirituales; del concurso que había y consuelo de los que le trataban, hay discursos particulares adelante.

Respondía algunas tardes á cartas, salía caída la tarde (ésta era su recreación) á visitar y consolar enfermos, y otras personas afligidas que le habían menester para consuelo de sus almas; no olvidaba á los presos de la cárcel, que en él tuvieron padre; acudiólos por su persona y por sus discípulos amorosa y cuidadosamente; los últimos años, por falta de la vista, le llevaban de la mano. Desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche se tornaba á recoger, volvía á la oración dos horas por lo menos en tiempos de ocupaciones; estudiaba después cuando aquéllas cesaron, y el estudio que obligaba á predicar, casi la noche toda daba á la oración, en que gastó casi el último tercio de su vida.

Allí el pensar en la muerte, en el juicio de Dios, haciendo

cuenta que estaba delante de Él, y el cuerpo echado en la sepultura, entraba el examen riguroso de sus obras; consideraba sus defectos y raíces de las pasiones para que fuese fundado el edificio; consideraba los beneficios divinos, la cuenta que había de dar de sus talentos; eran sus vigilias continuas y largas, llenas de dolores y gemidos por los pecados del mundo; los jueves y viernes en la noche había particulares ejercicios, que en su lugar veremos; la intención, fervor y modo de obrar en todas estas cosas eran de un varón perfectisimo; es materia de diferentes capítulos.

Esta es la vida de un verdadero y perfecto sacerdote, que trata de cumplir su vocación exactamente y lo que pide su estado Esta distribución de tiempo se colige de lo que escribe el P. Fray Luis de Granada en la segunda parte de la vida tratando de la oración, y de una carta que escribió el Venerable Maestro á un sacerdote; comienza: "Pues que por la gracia de Jesucristo;„ en que le ordena cómo ha de distribuir el tiempo, sacada de sus ejercicios y modo de vivir; es cierto no había de aconsejar varón tan santo lo que él no hacía.

X

La Santa Madre Teresa de Jesús, honor de España y gloria de nuestro siglo, hermosura del Carmelo, alegría de la Iglesia, la dió Nuestro Señor en estos días, con acuerdo soberano, para consuelo de los fieles afligidos con las grandes pérdidas que en las partes septentrionales ha tenido la Iglesia católica, para que con su oración y de sus santas hijas y el ejemplo de su vida se reparen tan lamentables ruinas. Favoreció Dios á varones señalados en el espíritu y letras en que fuesen como coadjutores en el edificio de este gran alcázar del Príncipe de la gloria; porque aunque esta obra es de la mano del Altísimo, la dirección, el gobierno de los Santos, el adelantarlos y guiarlos en camino tan dificultoso cual es el de la virtud heroica, le tiene cometido á sus ministros los confesores y padres de espíritu, sin consentir que el más sabio se gobierne por su voluntad, falaz maestro.

Entre los que escogió Nuestro Señor para consuelo y gobierno de esta santa virgen fué el Venerable Maestro Juan de Ávila; y aunque por la gran distancia de lugares no fué posi-

ble hablarla, ayudóla de la manera que pudo. Caminaba en alta mar de los divinos favores la feliz alma de la Santa Madre, enriquecida de soberanos dones, raptos, éxtasis, hablas interiores, y otras misericordias que la levantaron á la gran santidad que veneramos. Puso Dios por lastre á este navío, porque los vientos de los favores, de las visiones y revelaciones no le hiciesen peligrar, un temor santo, un recelo cuerdo de si su camino iba acertado, de que nacía una profunda humildad, con que se aseguraba este viaje de no dar en escollo de alguna vanagloria ó bajío de propia complacencia; estilo de aquel Señor que sabe gobernar nuestra flaqueza. Para humillar la soberbia que podían causar las revelaciones, dice el gran Doctor de las gentes, San Pablo, que se le dió aquel estímulo ó tentación de la carne, que le traía continuamente acosado. Esto convino al Apóstol para su seguridad, y consuelo de los que viven tentados.

La Santa Madre nunca se aseguraba del todo, por grandes que fuesen las misericordias de Dios, y que las mayores letras de España, los hombres más espirituales la certificasen de su buen camino; mas porque no quedase medio por intentar de su parte, resolvió dar de sí cuenta á la Iglesia, y estar en todo á su juicio.

Iba visitando en aquel tiempo (como es costumbre del Tribunal de la Fe) D. Francisco de Salazar, Inquisidor apostólico, después Obispo de Salamanca; llegó á Ávila; hablóle Santa Teresa; dióle cuenta de su espíritu, creyendo que, como hombre experimentado en casos semejantes, la podía desengañar; oyóla con atención, y respondióla que el estado de sus cosas no pertenecía á su tribunal, á quien solamente toca castigar y enmendar lo que se peca en las materias de fe; que si era de Dios su espíritu, era gran merced suya; si demonio, era pena que padecía contra su voluntad, y que no había que temer, como ella no se dejase llevar á mal alguno, si acaso se lo persuadiese (respuesta docta y cuerda); mas que para más seguridad le aconsejaba pusiese por escrito todo lo que sentía y había pasado por su interior, con toda llaneza y verdad, y lo enviase al Venerable Maestro Ávila, que residía en el Andalucía, y florecía entonces con gran opinión de santidad y virtud; porque era hombre de muchas letras y espíritu, y la entendería mejor; que con la respuesta que él diese se asegurase, y que no tenía que temer.

Aprobaron el consejo los confesores, en especial el Padre Maestro Fray García de Toledo, varón docto de la religión de Santo Domingo; de su orden puso por escrito su vida, su espíritu, lo que interiormente pasaba por su alma, con gran claridad y distinción. Esta relación envió al Padre Maestro Fray García de Toledo, que estaba ausente, para que la encaminase donde estuviese nuestro Venerable Maestro; y en la carta que le escribe con el libro muestra la satisfacción grande que tenía del Venerable Maestro Ávila. Después de haber dicho lo que pasó en el escribirle, dice, entre otras razones: "Suplico á vuestra merced lo enmiende y mande trasladar si se ha de llevar al Venerable Maestro Ávila, porque podía conocer alguno la letra. Yo deseo harto se dé orden como lo vea, pues con ese intento comencé á escribir; porque como á él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más que hacer, lo que es en mí."

Esta relación de la vida de la Santa envió el P. Fray García de Toledo (con cartas suyas y de otros confesores que lo habían sido de la Santa Madre) al Venerable Maestro Ávila, pidiéndole que las viese y diese su parecer. Vió nuestrc santo Maestro la relación y caminos por donde Nuestro Señor había llevado á su sierva, y conoció diestramente que ésta era obra de Dios; respondióle por escrito; y porque esta carta muestra la gran luz y experiencia en las cosas de espíritu, y tocar á persona de tan gran santidad, pondremos las principales cláusulas. Pues los cronistas de la Santa Madre se valen de ella para apoyo del espíritu de la Santa; servirá también á nuestro intento, para que se vea el gran juicio y talento de este varón apostólico, el íntimo conocimiento en materias tan interiores y dificultosas. Es ésta:

CARTA DEL VENERABLE MAESTRO ÁVILA PARA LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

La gracia y paz de Jesucristo Nuestro Señor sea con vuestra merced siempre. Cuando acerté á leer el libro que se me envió, no fué tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podía yo en el fervor de Nuestro Señor aprovecharme algo de la doctrina de él; y gracias á Cristo, que aunque lo he leído con el reposo que era me-

nester, mas me he consolado, y podría sacar edificación, si por mí no queda. Y aunque cierto yo me consolara con esta parte sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio y á quien me lo encomienda me da licencia para dejar de decir algo de lo que siento, á lo menos en general.

La doctrina de la oración está buena por la mayor parte, y muy bien puede vuestra merced fiarse de ella y seguirla, y en los raptos hallo las señas que tienen los que son verdaderos.

El modo de enseñar Dios al ánima sin imaginación, y sin palabras interiores ni exteriores, es muy seguro, y no hallo en él qué tropezar, y San Agustín habla bien de él.

Las hablas interiores y exteriores han engañado á muchos de nuestros tiempos, y las exteriores son las menos seguras. En ver que no son espíritu propio, es cosa fácil; el discernir si son de espíritu bueno ó malo, es más dificultoso. Danse muchas reglas para conocer si son del Señor, y una es que sean dichas en tiempo de necesidad ó de algún gran provecho, así como para confortar al hombre tentado ó desconfiado, ó para algún aviso de peligro, etc.; porque como un hombre bueno no habla palabra sin mucho peso, menos las hablará Dios; y mirado esto, y ser las palabras conforme á la Escritura divina y doctrina de la Iglesia, me parece de las que en el libro están, ó de las más, ser de parte de Dios.

Visiones imaginarias ó corporales son las que más duda tienen, y éstas de ninguna manera se deben desear; y si vienen sin ser deseadas, aun se han de huir todo lo posible. Debe el hombre suplicar á Nuestro Señor no permita vayamos por camino de ver, sino que la buena vista suya y de sus Santos se la guarde para el cielo, y que acá lo lleve por camino llano, como lleva á sus fieles amigos, y con otros buenos medios debe procurar el huir de estas cosas.

Mas si todo esto hecho duran las visiones, y el ánima saca de ello provecho, y no induce su vista á vanidad, sino á mayor humildad, y lo que dicen es doctrina de la Iglesia, y dura esto por mucho tiempo, y con una satisfacción interior, que se puede sentir mejor que decir, no hay para qué huya ya de ellas; aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sin comunicarlo luego con quien le pueda dar lumbre. Y este es el medio universal que se ha de tomar en todas estas cosas, y esperar

en Dios, que si hay humildad para sujetarse á parecer ajeno, no dejará engañar á quien desea acertar.

Y no se debe nadie atemorizar para condenar de presto estas cosas, por ver que la persona á quien se da no es perfecta; porque no es nuevo á la bondad del Señor sacar de malos justos, y aun de pecados y graves, con darles muy grandes gustos suyos, según lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa á la bondad del Señor? Mayormente que estas cosas no se dan por merecimiento, ni por ser uno más fuerte, antes algunas por ser más flaco; y como no hacen á uno más santo, no se dan siempre á los más santos.

Ni tienen razón los que por sólo esto descreen estas cosas porque son muy altas, y parece cosa no creíble abajarse una Majestad infinita á comunicación tan amorosa con una su criatura; escrito está que Dios es amor; y si amor, es amor infinito y bondad infinita; y de tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor que turben á los que no le conocen. Y aunque muchos le conozcan por fe, mas la experiencia particular del amoroso y más que amoroso trato de Dios con el que quiere, si no se tiene, no se podrá bien entender el punto donde llega esta comunicación; y así he visto á muchos escandalizados de oir las hazañas del amor de Dios con sus criaturas; y como ellos están de aquello muy lejos, no piensan hace Dios con otros lo que con ellos no hace; y siendo razón que por ser la obra de amor, y amor que pone en admiración, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia, de allí mismo sacan ocasión de descreer, concurriendo las otras circunstancias que den testimonio de ser cosa buena.

Paréceme, según del libro consta, que vuestra merced ha resistido á estas cosas, y aun más de lo justo. Paréceme que le han aprovechado á su ánima; especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas, y enmendarse de ellas. Han durado mucho, y siempre con provecho espiritual. Incítanle á amor de Dios y propio desprecio, y á hacer penitencia. No veo por qué condenarlas; inclínome más á tenerlas por buenas, con condición que siempre haya cautela de no fiarse del todo, especialmente si es cosa no acostumbrada, ó dice que haga alguna cosa particular y no muy llana.

„En todos estos casos y semejantes se debe suspender el cré-

dito, y pedir luego consejo. Item se advierta que aunque estas cosas son de Dios, se mezclan otras del enemigo, y por eso siempre ha de advertir recelo. Item, ya que se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar mucho en ello, pues no consiste la santidad sino en amor humilde de Dios y del prójimo, y estotras cosas se deben temer, aunque buenas, y pasar su estudio á la humildad, virtudes y amor del Señor. También conviene no adorar visión de éstas, sino á Jesucristo en el cielo ó en el Sacramento; y si es cosa de Santos, alzad el corazón alto del cielo, y no lo que se representa en la imaginación, baste que me sirva aquello de imagen para llevarme á lo representado por ella.

También digo que las cosas de este libro acaecen, aun en nuestros tiempos, á otras personas, y con mucha certidumbre que son de Dios, cuya mano no es abreviada para hacer ahora lo que en tiempos pasados y en vasos flacos, para que Él sea más glorificado.

Vuestra merced siga su camino, mas siempre con recelo de los ladrones, y preguntando por el camino derecho; y dé gracias á Nuestro Señor que la ha dado su amor y el propio conocimiento y amor de penitencia y de cruz; y de esotras cosas no haga mucho caso, aunque tampoco las desprecie; pues hay señales que muy muchas de ellas son de parte de Nuestro Señor; y las que no son, con pedir consejo no la dañarán.

Yo no puedo creer que he escrito esto con mis fuerzas, pues no las tengo; pero la oración de vuestra merced lo ha hecho; pídole por amor de Jesucristo Nuestro Señor se encargue de suplicar por mí, que Él sabe que lo pido con mucha necesidad, y creo basta esto para que vuestra merced haga lo que le suplico. Y pido licencia para acabar ésta, pues quedo obligado á escribir otra. Jesús sea glorificado de todos y en todos. Amén.

Con esta carta se quietó Santa Teresa, lo que antes no había hecho, aunque personas santísimas y gravísimas lo habían asegurado.

Todos los que han escrito de las cosas de la Santa Madre han hecho grande estimación de haber aprobado el Venerable Maestro Ávila su espíritu. En la vida que escribió de esta gloriosa virgen el santo Obispo de Tarazona Fray Diego de Yepes, de la Orden de San Jerónimo, confesor de D. Felipe II, Rey de España, y de la Santa Madre, varón de asentada opinión de

santidad, habiendo puesto la carta del Venerable Maestro Ávila en el cap. XXI del lib. I, añade estas palabras en alabanza de nuestro santo Maestro:

"Esta carta de este santísimo varón anda impresa con las demás que él escribió á diferentes personas; y por el estilo de ella, por la gravedad y peso de las sentencias, por la claridad y distinción con que habla de cosas tan subidas, se echa de ver bien cuán grande fué el espíritu y santidad de su autor. Y quien más largamente se quisiere enterar de quién fué el Venerable Maestro Ávila, lea sus libros, que son bien conocidos y estimados en toda España y fuera de ella; y lo que en alabanza escribió el religiosísimo P. Fray Luis de Granada, el cual, á la larga, trata de su vida y virtudes; y entre otras gracias y dones que el Señor le comunicó, dice haberle dado particular don de discreción de espíritu de nuestra Santa, y de esta carta que le escribió. Todo esto se ha dicho para que se entienda cuánto se ha de estimar la aprobación de este varón de tanta virtud y discreción. Otra carta le escribió este santo varón en otra ocasión á la Santa Madre, en la cual le vuelve á asegurar de su buen espíritu y modo de oración."

El P. Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, religioso de Nuestrá Señora del Carmen, bien conocidos en estos reinos y fuera de ellos por sus grandes sentidos, virtudes y trabajos en el Dilucidario del verdadero espiritu, en el cap. IV, pone también esta carta del Venerable Maestro Ávila, que dice tenía original, para apoyar el espíritu de Santa Teresa, y añade estas palabras: "Esta es la carta del Venerable Maestro Ávila, cuya vida escribió el P. Fray Luis de Granada, que en sus tiempos fué de los más aventajados en espíritu que había en España."

El P. Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesús, varón verdaderamente santo, y de los más eminentes en letras de esta sagrada Religión, en el cap. VII del lib. IV de la vida de la Santa, habiendo puesto una relación de ella misma, en que hace mención del suceso que hemos escrito en este capítulo, dice así: "La carta que dice tuvo del Maestro Ávila, aquel santo y sabio varón que tanto fruto hizo siempre con sus palabras, y la hará siempre con sus escritos."

Puede muy bien conjeturarse que esta relación es el libro que hoy tenemos de la vida de Santa Teresa, ó muy poco aña-

dido, y así lo da á entender el P. Fray Jerónimo Gracián, al fin del cap. III del libro que hemos citado; y el margen á la relación que pone el P. Dr. Ribera, donde á la relación que en vió al Venerable Maestro Ávila llama libro de su vida; y hablando de ella la misma Santa en este lugar, dice estas palabras en tercera persona: "Fué de suerte esta relación, que todos los letrados que la han visto, que eran sus confesores, decían que era de gran provecho para aviso de cosas espirituales, y mandaron la trasladase, é hiciese otro libro para sus hijas, que era Priora, en que las diese algunos avisos. Este es el libro de *Camino de perfección*, y llamándole otro libro, supone que lo era el primero."

Y el Venerable Maestro Ávila le llama algunas veces libro en la carta; y más claramente el Obispo D. Diego de Yepes en el prólogo á la vida de Santa Teresa, en que entre las personas santas que aprobaron su espíritu, pone al Venerable Maestro Ávila, entre los Santos Fray Luis Beltrán y Fray Pedro de Alcántara, y hablando del caso de este capítulo dice: "Pues para que este santo examinase el espíritu y revelaciones de la Santa Madre, escribió ella, por mandado de sus confesores, su vida." De que se infiere una grande alabanza de nuestro santo Maestro, de haberse escrito para él solo aquel celestial volumen, que de tan gran provecho ha sido al mundo, y juntamente tener una gran obligación á la opinión de su rara santidad; pues ocasionó esta consulta con que gozamos de este gran tesoro, disponiéndolo así la suavísima providencia de Dios para tan gran bien de su Iglesia.

XI

De una carta que el glorioso San Ignacio de Loyola escribió al Venerable Maestro Ávila cerca de la razón que tuvo para defenderse en la persecución que los de la Compañía tuvieron en Salamanca.

La autoridad y crédito del Venerable Maestro Ávila era tan grande; su santidad y letras tan admiradas y veneradas en la cristiandad, que en todas las cosas graves que se ofrecieron en su tiempo, se procuró su aprobación y apoyo, deseando tenerle de su parte.

Habiendo corrido muchos años que predicaba el Venerable Maestro con tan prodigioso fruto, y que por su medio y de sus discípulos había obrado Nuestro Señor grandes bienes en las almas, cuando parece iba disponiendo hacer una congregación de sacerdotes que acudiesen á los ministerios apostólicos, como veremos largamente en el libro tercero, tratando de su humildad, puso Nuestro Señor en su Iglesia la religión de la Compañía de Jesús, con la profesión de vida que tenía trazada en su pensamiento el Venerable Maestro Avila. Recibió el santo varón á los religiosos de la nueva Compañía con notable benevolencia y amor; favorecíolos cuanto alcanzaron sus fuerzas.

Habiéndose levantado en Salamanca una recia tempestad contra los hijos de Ignacio (como es ordinario en las fundaciones nuevas), se temió que vientos tan esforzados, si no arrancasen, desmedrasen por lo menos la nueva planta. Fué esta persecución tan porfiada y molesta, que obligó al santo fundador á dar cuenta de ella al Pontífice Paulo III, cuya autoridad en cierto modo se derogaba no admitiendo lo que él había aprobado. Para sosegar estas inquietudes despachó un breve apostólico, que pusiese el remedio conveniente.

El glorioso San Ignacio sabía, por cartas de los suyos, el ayuda y favor que el Venerable Maestro Ávila les daba, cuya santidad y autoridad estimaba en gran manera; y aunque estaba confiado de su entereza y prudencia, recelaba si por andar tan contrastado el crédito de sus hijos por hombres doctos y religiosos, hiciese alguna mella en su opinión, y le faltase tan gran favor y apoyo por malas informaciones. Por asegurar su amistad y darle satisfacción de lo que hacía, le escribió una carta con el breve del Pontífice, dándole razón de los motivos que había tenido para valerse de este medio, pareciéndole que, ganada su aprobación, tenía la de todos, y estando tan gran varón de su parte, hacía equivalencia al poder de sus contrarios, y dando satisfacción al Venerable Maestro Ávila, la daba á toda España.

Deseó que con la carta le visitase de su parte el Hermano Villanueva, y le diese razón del instituto de la Compañía, para asegurarle más en el favor que le hacía. La visita se hizo años adelante, como en su lugar veremos; contentóse por ahora con enviar carta y breve. Y porque en ella se muestra la grande estima que San Ignacio hacía del Venerable Maestro Ávila, á

que le obligaba la santidad de su vida, va á la letra, por ser propia de esta historia. Dice así:

"Muy reverendo mi señor en el Señor Nuestro: La suma gracia y amor eterno de Cristo Nuestro Señor á vuestra reverencia salude y visite con sus santísimos dones y gracias espirituales. Habiendo entendido diversas veces y por diversos de los nuestros el continuo favor, y con tanta intensa caridad, que vuestra reverencia ha dado á esta su mínima Compañía, me ha parecido en el Señor Nuestro escribir ésta por dos cosas. La primera, por dar señal de gratitud y de eterno reconocimiento, dando infinitas gracias á Dios Nuestro Señor, y á vuestra reverencia en su santísimo nombre, por todo cuanto á mayor gloria de su divina Majestad, y á mayor aumento y devoción de los que somos de vuestra reverencia, se ha empleado.

Y así en el tal reconocimiento, con toda la devoción á mí posible, me ofrezco como uno de todos sus allegados ó hijos espirituales en el Señor Nuestro, para hacer con entera voluntad cuanto me fuere ordenado en el Señor de todos, y su divina Majestad me diere fuerzas para ello, porque haciéndolo me persuado que me será mucha ganancia en su divina bondad; así en satisfacer en alguna manera á lo que me tengo por tan obligado, como en servir á los que son siervos de mi Señor, pienso servir al mismo Señor en todos.

"La segunda es que como vuestra reverencia habrá entendido algunas cosas de los nuestros en el Señor nuestro favorables, me ha parecido en su divina Majestad que es justo que de las contrarias también entienda; aunque espero sin poder dubitar, siendo mayor ejercicio espiritual de ellos, que en todo resultará á mayor gloria divina; y es, que en Salamanca, según que nos escriben los nuestros, han pasado y pasan mucha contradicción de algunos Padres N. N., movidos, como yo creo, más de buen celo que de ciencia debida; y esta tal contradicción ha que dura por espacio de diez meses; y ahora, teniendo letras de nuevo de 25 de Noviembre y 2 de Diciembre pasado, está más en aumento, y tan fuera de todos términos, que hemos sido forzados á proveer en ello, conforme á lo que San Agustín y otros santos Doctores nos lo muestran.

„San Agustín, *de Viduitate*, dice: *Nobis est necessaria vita nostra, aliis fama nostra.*—S. Crisóst. sobre S. Matth.: *Discamus illius exemplo nostras quidem injurias magnanimiter*

ferre. Dei autem injurias, nec usque ad auditum sufferre. —Sanctus Hieronymus, in Epist. contra Rufinum: *Nolo quemquam in crimine hae resis patientem esse.*—S. Thom., 2.ª 2.ae, q. 27, a. 3: *Tenemur habere animum paratum ad contumelias tollerandas; si expediens fuerit, quandoque tamen oportet, ut contumeliam illatam repellamus maxime propter duo, primo propter bonum ejus qui contumeliam infert, ut videlicet, audacia ejus reprimatur, ut de caetero talia non attentet, secundum illud.*—Prov., XXVI: *Responde stulto juxta stultitiam suam, ne sibi sapiens videatur; alio modo propter bonum multorum quorum profectus impeditur, propter contumelias nobis illatas.*

„Unde Gregorius super Ezeh., homil. 9: *Hi quorum vita in exemplo imitationis est posita, debent, si possunt, detrahentium sibi verba compescere, ne eorum praedicationem non audiant, qui audire poterant, et ita in pravis moribus permanentes bene vivere contemnatur.*—San Buenaventura, in *Apologetico quaestio: Cum debeatis omnia mala vobis illata patienter sustinere, et nullam super his querimoniam facere, vel movere, quid est, quod non solum istud non facitis, sed etiam non contenti Episcoporum judiciis obtinetis a Sede Apostolica judices, et conservatores, et ad illos quoslibet molestantes vos etiam leviter citatis, gravatis laboribus, et spensis, donec satisfaciant vobis pro velle vestro contra Apostolum ad Corinth. Delictum est in vobis, quae judicia habetis; respondeo injurias, et molestias, ex quibus aliud malum non sequitur, nisi quod illa hora sentiri potest, ut sunt verba probosa, vel damna rerum, seu verba, et talia Religiosi equanimiter sustinere debent; quia nihil aliud afferunt nocumenti. Sed ubi possunt graviora damna subsequi, vel animarum gravia nocumenta, ubi non est expediens tolerare.*

„Cajetanus, in Summa: *Famam propriam falso ereptam negligere tunc est peccatum cum aliis haec noceret, seu nocere timetur; nam fama propter alios necesaria est, et in tali casu dicit Augustinus: Qui confidens conscientiae negligit famam, crudelis est, quia aliorum animis occidit.*

„Así pensamos proceder por mayor gloria divina, primero con todo cumplimiento y amorosamente, enviándoles una letra de un Cardenal, que parece en alguna manera puede con ellos. Lo segundo, asimismo presentándoles una patente de su Gene-

ral. Lo tercero, si no lo primero ni lo segundo. por lo que Dios Nuestro Señor y la caridad cerca de nuestros prójimos nos obliga, y por quitar fuerzas al enemigo de nuestra naturaleza humana, que así suade y persuade á las personas, aunque sean de letras, siendo religiosas y criadas para mayor gloria divina, se procederá por virtud de un proceso fulminado y un breve del Papa, como vuestra reverencia verá; porque estando del todo así avisado vuestra reverencia, tenga mayor materia para encomendar muy de veras á Dios Nuestro Señor en sus santos sacrificios y santas oraciones, que su divina Majestad se quiera dignar en dar su divino favor y ayuda á la parte de donde su mayor gloria y alabanza pueda redundar para siempre; pues otra cosa alguna, mediante su divina gracia, ni buscamos ni deseamos, á quien de ello y de todo sea gloria para siempre sin fin; y que por la su infinita y suma bondad nos quiera dar su gracia cumplida, para que su santísima voluntad sintamos, y aquella enteramente la cumplamos. De Roma 24 de Enero de 1549.=*Ignacio.*„

Respondió el Venerable Maestro Ávila con gran cortesía y amor en esta sentencia que tenía por don y beneficio divino el haber puesto Nuestro Señor en su Iglesia la Religión de la Compañía de Jesús; y así lo había entendido luego desde su principio, afirmando que esta nueva planta era obra manifiesta de la divina Sabiduría, y usaba de una gran misericordia y una clemencia de Padre, así con los que entraban en ella, como con todos aquellos que por su medio aprovechaban en virtud. Aprobó el consejo del Santo Padre Ignacio en haberse valido de la Sede Apostólica contra los que se oponían á la obra de Dios, para que se reprimiesen las lenguas de los que ó con buena ó mala intención ponían nota en los suyos. Que desde que empezó el mundo no hubo virtud que no fuese ejercitada, ni vicio que no ejercitase. Que no agradan tanto á aquel Señor celestial sus siervos cuando les dice prósperamente las cosas que aún hacen en su servicio, cuanto en sufrir con alegría y confianza las adversas. De otra manera no se conocería el verdadero siervo del fingido.

El águila prueba sus polluelos á los rayos del sol, el artífice el oro en el crisol, y Cristo prueba los siervos, si son de admitirse por suyos, en el horno de la tribulación. Finalmente, que por donde pasó la cabeza era forzoso pasasen los miembros; que

habiendo sido Cristo perseguido, lo habían de ser los que pretendían seguirle; mas que á lo último prevalecería la verdad, que así esperaba se había de verificar en los de su Compañía.

Por este tiempo D. Antonio de Córdova, hijo de los Marqueses de Priego, que criado con la doctrina del Venerable Maestro Ávila, estudiaba en Salamanca, se había aficionado mucho á los Padres de la Compañía, tan perseguida de muchos, por cuyo medio Nuestro Señor había comenzado á dar luz á su alma: dió cuenta al Venerable Maestro Ávila de sus trabajos, de la variedad de opiniones en sus cosas; escribióle el Santo Maestro con gran acierto y prudencia en abono de los Padres; defendió su causa nervosamente; no pongo, por no alargar tanto, la carta; dícele: "Persevere en su amistad, mayormente habiendo por su comunicación experimentado tantas medras su alma.„ Cuán grandes fueron, veremos en su lugar.

XII

De lo mucho que el Venerable Maestro Juan de Ávila se ocupó en confesar, y el provecho que de ello se siguió.

Era tan viva la fe, tan encendido el deseo de que todos se salvasen, tan abrasado el celo de la salud de las almas que ardía en el corazón del Venerable Maestro, que le movían poderosamente á usar todos los medios para ganarlas á Dios. No contento con el copioso fruto que hacía con sus sermones, le aseguró y acrecentó en gran manera en el confesonario, llegando á aplicar con cada particular lo que universalmente había predicado. Eran dardos sus palabras; seguía la caza que dejaba herida, hasta que de todo punto hacía la presa y la ponía en la mesa de Dios.

En acabando de predicar dos horas, de ordinario convidaba á todos los que quisiesen ir á confesarse con él, diciendo que estaba allí dispuesto á oir á todos de penitencia. Y así cansado y quebrantado, tal vez enfermo, sin tomar algún alivio ó mudar ropa, inmediatamente, en bajando del púlpito, se sentaba en el confesonario; oía de confesión á cuantos llegaban, durando en esta ocupación, sin comer muchas veces, hasta las cinco y seis de la tarde, sin que mostrase cansancio; antes con gran afabilidad rogaba que aguardasen. Tomaba este trabajo con gusto por lograr muchas mociones, que, excitadas luego, se libran del pe-

ligro de desvanecerse por las calles. Fué grande el bien que con esto hizo á innumerables almas, ó confesándose, ó dando cuenta de sus conciencias ó estado peligroso de sus cosas para tratar del remedio, ó tomar mejor acuerdo en su vida; decíales con gran espíritu palabras tan eficaces y proporcionadas á la necesidad de cada uno, que les duraba por mucho tiempo su doctrina.

Mostraba el rostro alegre y gustoso en administrar este Sacramento; no dejaba el confesonario hasta que no hubiese quien confesase, aunque fuese muy tarde; en acabando se iba muy alegre, alabando á Dios de haberle servido en esto.

Bastante prueba de cuán gran Maestro fué en el confesonario es la santa virgen Doña Sancha Carrillo, pues de una confesión sola vimos aquella mudanza, tan rara, tan admirable, tan milagrosa. La comunicación ordinaria en la confesión y fuera de ella formó aquella gran santidad de la Condesa de Feria; decíase comúnmente que ninguna persona se llegaba á confesar con él que no la redujese á mudar ó mejorar de vida.

Demás de los días en que predicaba, oía todas las horas del día á cuantas personas se venían á confesar con él, y oíalas con notable sufrimiento y espera, aunque se sintiese muy cansado y fatigado, conociendo la importancia de esta obra. Siempre aconsejaba á sus discípulos que nunca despidiesen confesiones ningunas, ni consejos, por muy cansados y ocupados que estuviesen, porque era mucho lo que se servía Dios Nuestro Señor en el bien que las almas recibían, y le es muy agradable ampararlas en sus aprietos y trabajos en que se veían; y que era tanto el gusto que Dios recibía, que lo pagaba y satisfacía á los suyos con grandes ventajas.

Quejándosele un cura de almas que por acudir á las ocupaciones de su oficio no sentía la devoción que él quisiera, le dice: "No desmaye si no alcanzare lo que quisiere, que las ánimas en cuyo provecho entiende, algo valen, pues costaron á Jesucristo su sangre." Esta consideración le hacía incansable en los trabajos, y le daba fuerzas más que humanas.

Lo mucho que estimó el venir á brazos con los pecados y como en duelo particular batallar y vencer al enemigo, lo mostró bastantemente en este caso. Habiendo ido á decir Misa á la iglesia parroquial de la Magdalena de Córdoba como á las once y media, se llegó á él una mujer en el traje y aliño de poca suerte, y le pidió la oyese de penitencia; sentóse con

mucho sosiego á oirla, dieron las doce, llegó el Padre Villarás, y dijo que era muy tarde, que viniese á decir Misa. Respondióle: "no importa que sean las doce; más conviene acudir al consuelo de esta alma, y en ello se servirá más á Dios, que no que yo diga Misa." Con esto prosiguió en su confesión hasta cerca de la una, con que quedó sin decir Misa.

Fué grande y universal el provecho que el santo Maestro hizo ejercitando el oficio de confesor, y las muchas almas que por este camino ganó; y cosa maravillosa cuán á la mano le ponía Dios la presa, que parece se la había prometido á él personalmente. Fueron muchas las personas graves y principales que consiguieron quietud de conciencia, y muy grande aprovechamiento sus almas, y sirvieron á Dios, mejorando vidas y costumbrss. Otros se convirtiéron eficazmente y con perseverancia hasta el fin de su vida, con gran olor y ejemplo de virtud, de sólo haberse confesado con él.

Son muchos los casos que prueban esta verdad; sirva por todos este suceso. En un lugar cerca de Montilla vivía un virtuoso sacerdote; tenía una hermana doncella, hermosa, pero mucho más desvanecida. Habíala recibido una señora titulada en su servicio, con que estaba más ufana que si fuera á ser dama de la Reina. Su hermano más la quisiera santa que en palacio; y aunque procuró disuadirla de su intento, era en vano, porque ella se figuraba gran señora. Con todo, le persuadió que antes de su partida se confesase con el Venerable Maestro Ávila; vino en ello, confesóse, y con tan notable efecto, que volviendo á su casa dejó las galas, púsose un hábito honesto, vivió con un recogimiento ejemplar en compañía de su hermano; fué muy caritativa y limosnera; acabó la vida con santidad notable.

Finalmente, ninguno confesó con el Venerable Maestro Ávila que no sacase muy grande medra para su alma; luz, seguridad y quietud de conciencia; grande fué el fruto que hizo predicando, no menor en el ministerio de confesar; sembraba la divina palabra desde el púlpito; cogía por la mayor parte el fruto en el confesonario.

FIN

D. S. B.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Págs.

PRÓLOGO Á ESTE IV VOLUMEN..... V
TRATADO PRIMERO.—De la Encarnación del Hijo de Dios..... 1
TRAT. II.—Del glorioso San José, esposo de la Virgen María, Nuestra Señora..... 15
TRAT. III.—De la festividad del nacimiento de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora..... 47
TRAT. IV.—De la festividad de la Presentación de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora..... 63
TRAT. V.—De la festividad de la Visitación de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora..... 79
TRAT. VI.—De la festividad del nacimiento de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora, y es segundo de esta fiesta. 89
TRAT. VII.—De la festividad de la Purificación de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora..... 109
TRAT. VIII.—De la festividad de la Soledad de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora..... 119
TRAT. IX.—De la festividad de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora, en el milagro de las Nieves..... 139
TRAT. X.—De la festividad de la Asunción de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora..... 153
TRAT. XI.—De la festividad de la Asunción de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora..... 173

CINCO TRATADOS PARA LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

TRATADO PRIMERO.—Consideraciones sobre el apercibimiento que debemos tener para la venida del Espíritu Santo..... 207
TRAT. II.—Del Espíritu Santo..... 221
TRAT. III.—Del Espíritu Santo..... 239
TRAT. IV.—Del Espíritu Santo..... 265
TRAT. V.—Del Espíritu Santo..... 283

DE LAS VIRTUDES DEL VENERABLE MAESTRO JUAN DE ÁVILA, CLÉRIGO, PREDICADOR APOSTÓLICO DE ANDALUCÍA, Y SU MUERTE EN MONTILLA Á 10 DE MAYO DE 1569

CAPÍTULO PRIMERO.—Del conocimiento que alcanzó del amor que tiene Dios á los hombres, de donde se originó el que el Venerable Maestro tuvo para con Dios 301
CAP. II.—De su fe y esperanza 309
CAP. III.—De su amor á los prójimos 317
CAP. IV.—Del desprecio de las cosas de la tierra y afecto á la pobreza 321
CAP. V.—Del celo de la honra de Dios y de la salud de las almas 331
CAP. VI.—De la humildad del Venerable Maestro Ávila 339
CAP. VII.—Del particular conocimiento que tuvo del misterio de Cristo 347
CAP. VIII.—De su penitencia y abstinencia 357
CAP. IX.—De la compostura y modestia exterior, y templanza en sus palabras 361
CAP. X.—De la virtud de la castidad 365
CAP. XI.—Del dón de consejo y su prudencia 371
CAP. XII.—De la gracia de discreción de espíritus y dón de profecía 381
CAP. XIII.—Del particular don que tuvo de consolar y quitar tentaciones 387
CAP. XIV.—De su oración 393
CAP. XV.—De su feliz tránsito 405
CAP. XVI.—Entierro y sepulcro del Venerable Ávila, y sentimiento que hubo de su muerte 413
CAP. XVII.—De las revelaciones de su gloria, y estimación de sus reliquias y sepulcro 417
CAP. XVIII.—De la estima y crédito de santidad que el Venerable Maestro Juan de Ávila ha tenido cerca de hombres graves y santos 425
CAP. XIX.—La estimación que tuvo con las naciones extranjeras el Venerable Maestro Ávila 435
CAP. XX.—Algunos milagros que nuestro Señor ha obrado por la intercesión del Venerable Maestro Ávila 439

OTROS CAPÍTULOS SOBRE LA VIDA Y LAS VIRTUDES DEL SANTO BEATO POR EL MISMO LICENCIADO MUÑOZ, QUE SON TAMBIÉN ESTÍMULO Y EJEMPLO Á SACERDOTES Y FIELES SECULARES

I.—Denuncian al Maestro Ávila en el Santo Oficio, y su suceso 445
II.—De la gran eminencia de la predicación del Maestro Ávila, y de los grandes talentos que tuvo para ella 451
III.—Prosigue la materia del capítulo pasado, de los dones

sobrenaturales que nuestro Señor le dió en orden á la predicación..... 455
IV. — Su predicación en Córdoba, y lo que sucedió en esta ciudad..... 461
V. — Pasa á predicar á Granada..... 467
VI. — Predica las honras de la Emperatriz, y buen efecto de su sermón en el Marqués de Lombay..... 469
VII. — Prosiguen otros sucesos en Granada..... 473
VIII. — De lo mucho que procuró que se fundasen colegios y seminarios en que se criase la juventud..... 477